JOSÉ INGENIEROS
en su centenario

Hugo Biagini, Alejandro Herrero
y Martín Unzué (compiladores)

IIGG
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANUS
UNLa.

José Ingenieros en su centenario

HUGO BIAGINI, ALEJANDRO HERRERO Y MARTÍN UNZUÉ
compiladores

José Ingenieros en su centenario

IIGG
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UBA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANÚS
UNLa.

Hugo Biagini, Alejandro Herrero y Martín Unzué (comps.)
José Ingenieros en su centenario. 1a ed. Buenos Aires: 2024.
738 p.; 15.5x23 cm. ISBN 978-950-793-438-4
1. Pensamiento Nacional.
CDD 982
Fecha de catalogación: 27/02/2024
© 2024, Hugo Biagini, Alejandro Herrero y Martín Unzué
© 2024, IIGG-UNLa. Edición a cargo de Ediciones Imago Mundi
(www.edicionesimagomundi.com)
Diseño de tapa: Diana Criceli
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Sumario

Aritz Recalde
Prólogo XI

1 **Yamandú Acosta**
Tras las huellas uruguayas de José Ingenieros 1

2 **Hugo Biagini**
El discurso juvenilista de José Ingenieros 47

3 **Carlos A. Casali**
La democracia funcional de José Ingenieros y la de Saúl Taborda . 67

4 **Daniel Omar De Lucia**
Recuperando una experiencia olvidada. La logia Artes y Letras siempre unidas, un círculo inspirado por José Ingenieros 95

5 **Facundo Di Vincenzo**
La evolución sociológica argentina de José Ingenieros (1901-1910) y los estudios sobre el libro. Sus usos, lecturas y equívocos 141

6 **Oscar Daniel Duarte**
Un análisis contextual de la vida y la obra de José Ingenieros . . 161

7 **Jorge Dubatti**
«Una rara apología de nuestro teatro nacional»: José Ingenieros en una encuesta del diario *Crítica* en 1924 185

8 **Ariel Eiris**
Los usos de Gregorio Tagle, Pedro José Agrelo y Manuel Moreno en la formación del discurso filosófico disciplinar por parte de Ingenieros y Korn 195

9 **Natalia P. Fanduzzi**
La cuestión obrera en la Argentina de principios del siglo XX desde la mirada de José Ingenieros 219

10 **Cristina Beatriz Fernández**
El *Tratado del amor* de José Ingenieros: textos y contextos . . . 233

11 **Hernán Fernández**
Los usos de Sarmiento entre la «república posible» y la «república verdadera». Una aproximación desde los textos de José Ingenieros 261

12 **Sebastián Alejo Fernández**
El Echeverría de Ingenieros. Usos y apropiaciones 281

13 **Roberto Follari**
¿Dice algo la moral de José Ingenieros al presente? 295

14 **Alejandra Gabriele y Leonardo Visaguirre**
Dinámicas científicas institucionales en *Archivos de Psiquiatría y Criminología* y *Archivos de Pedagogía*. Configuración de un positivismo argentino entre las direcciones de José Ingenieros y Victor Mercante 311

15 **María Carla Galfione**
Filosofía e historia de la filosofía, modos de un desencuentro . . 333

16 **Pablo Guadarrama González**
José Ingenieros ante la libertad y la justicia social 365

17 **Laura S. Guic**
José Ingenieros, el discípulo: consideraciones en torno a su vínculo con José María Ramos Mejía 385

18 **Alejandro Herrero**
José Ingenieros y Ricardo Rojas en el debate educativo 407

19 **Celina A. Lértora Mendoza**
Tres giros epistémicos en Ingenieros 433

20 **Marcos Mele**
Juan Bautista Alberdi, precursor de las ideas sociológicas de José Ingenieros 475

21 **Jorge Morales Brito**
El proyecto liberal argentino ante el peligro del estallido social: los papeles desempeñados por José Ingenieros 485

22 **Marisa Muñoz**
Modos de amar: resonancias afectivas en la obra de José Ingenieros 527

23 **Héctor Muzzopappa**
José Ingenieros, dos ideas discordantes con el reformismo de los veinte 545

24 **Gerardo Oviedo**
El fucilazo de un genio. Mariano Moreno en *La evolución de las ideas argentinas* de José Ingenieros 557

25 **Adriana Claudia Rodríguez y Juan Martín Messiga Farizano**
Las huellas cubanas en la *Revista de Filosofía* (1915-1925) . . . 585

26 **Carlos Rojas Osorio**
Presencia de la obra de José Ingenieros en Centroamérica y el Caribe 609

27 **Jorge Sad Levi**
Reflexiones acerca de *El lenguaje musical (y sus perturbaciones histéricas)* de José Ingenieros. Los comienzos de la semiología musical en Argentina 625

28 **Norma Isabel Sánchez**
Diversas maneras de recordar a José Ingenieros 635

29 **Martín Unzué**
El ingenioso Ingenieros. La universidad mediocre y el porvenir . . 651

30 **Patrice Vermeren**
Ingenieros y la aventura filosófica francesa 671

31 **Alejandro Zoppi**
El joven Ingenieros: un recorrido de temas, problemas y respuestas 689

Prólogo

ARITZ RECALDE*

José Ingenieros es, sin lugar a dudas, uno de los pensadores argentinos con mayor proyección e influencia en el país y en Latinoamérica del siglo XX. El libro compilado por Hugo Biagini, Alejandro Herrero y Martín Unzué, *José Ingenieros en su Centenario*, hace un recorrido por la diversidad de temas, por la profundidad de los planteos y por la importante trayectoria laboral, cultural, científica y política del autor.

La formación de Ingenieros fue universitaria y a diferencia del lugar tradicional del docente y del académico, su obra adquirió una marcada proyección política logrando complejas derivaciones que no son fácilmente encuadrables en un solo espacio partidario, si bien sus ideas estuvieron ligadas mayoritariamente a la tradición de izquierda socialista. Su vida y su obra habilitaron una diversidad de relecturas, de articulaciones políticas y de reapropiaciones teóricas. Esta particularidad caracterizó a Ingenieros y también a muchos de sus compañeros de militancia como el mexicano José Vasconcelos o los argentinos Leopoldo Lugones y Manuel Ugarte.

Ingenieros fue un hombre de gran sensibilidad social y posiblemente esa dimensión existencial lo acercó al mundo de la medicina y de las ciencias de la salud. Asimismo y aquí radica una de sus particularidades, a su formación académica la articuló con sus inquietudes humanistas y sus reflexiones políticas y filosóficas en el

* Director del Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Lanús.

campo de la moral, la educación, la historia, la sicología, el derecho y la sociología.

Su compromiso social lo llevó a adentrarse en los dramas de los obreros y de sus familias en nuestro desigual continente latinoamericano. Profetizó que «los intereses creados obstruyen la justicia. Todo privilegio injusto implica una inmoral subversión de los valores sociales». Su obra forma parte del intento de construir un país, un continente y una humanidad libres y es a partir de estos valores que se acercó al socialismo, al anarquismo y que fue un entusiasta de la Revolución Rusa tal cual documentó el artículo de Héctor Muzzopappa incluido en el presente libro.

Ingenieros fue un prolífero comunicador y ya desde su juventud participó fundando y/o escribiendo en diversas revistas y medios periodísticos, académicos y partidarios como *La Montaña*, *Claridad*, *Renovación* o la *Revista de Filosofía*, por citar solo alguno de ellos. Esta característica le dio potencia y visibilidad a sus planteos dentro y fuera del mundo académico y científico del país y de la región.

Su obra es de proyección hispanoamericana y junto a Alfredo Palacios y Manuel Ugarte, conformaron las influencias argentinas más destacadas de la juventud reformista de 1918. Sus artículos y conferencias aparecen citados por diversos referentes políticos y culturales de todo el continente y tal cual sostiene Hugo Biagini en su capítulo del presente libro, su influencia ideológica se mantiene viva hasta el presente. El trabajo póstumo de Ingenieros *Las fuerzas morales*, reunió varios de sus textos que formaron parte de su militancia a favor de la Reforma Universitaria entre los años 1918 y 1922. Denominó a esas notas como «sermones laicos» que estaban al servicio de la formación de «un nuevo espíritu en nuestra América Latina».

Tal cual analizó Martín Unzué en su texto incluido en el presente volumen, Ingenieros le dedicó muchas líneas y horas de militancia a la formación de la juventud. En *Las fuerzas morales* remarcó que era el sujeto político de vanguardia para la transformación social, cultural y política. Con este mandato histórico, los jóvenes tenían la trascendente e idealista tarea de conocer y de despertar «las fuerzas morales» para la «magna obra de desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental».

Fomentó la unidad regional cultural y política latinoamericana continuando la tradición modernista que fue revitalizada en los recintos universitarios y en las calles de Córdoba del año 1918. En lí-

nea con sus pares reformistas como el mexicano José Vasconcelos y los pensadores centroamericanos que conocían en primera persona el problema, propugnó una bandera antiimperialista cuestionando el accionar expansionista de los Estados Unidos en la región. Contribuyó a formar el ideal regionalista desde el pensamiento y la cultura e intentó aportarle a ello una organización con la Unión Latinoamericana que no llegó a ver por su temprana e inesperada muerte del año 1925.

Ingenieros es uno de los promotores de la psicología y también de la sociología académica de nuestro país tal cual argumentaron Alfredo Poviña o más recientemente Horacio González en su *Historia crítica de la sociología argentina*. Sus análisis sociales están mediados por el positivismo de corte biologicista que adquirió a partir de la influencia de José María Ramos Mejía y por el canon de los entonces hegemónicos teóricos Spencer, Darwin y Lombroso, entre otros. No fue ni el primero ni el último en intentar explicar el comportamiento social del país con elementos de la biología, ejercicio teórico ya realizado por Sarmiento en *Armonía y conflictos de razas en América*, libro de referencia de una generación y que es citado por Ingenieros. Entre las diversas aplicaciones sociológicas que haría se destacan sus estudios sobre el crimen y la delincuencia. Entre otras obras de esta etapa, escribió *Criminología* que fue publicada cuando era profesor de la UBA y director del Instituto de Criminología. En este libro destacó que había que aplicar «criterios científicos» al estudio del delito reemplazando el derecho penal clásico y con este fin propuso recuperar los estudios de Lombroso. En su óptica, en el origen del «factor delictuoso» estaban los «factores endógenos, biológicos, propios de las constitución fisiopsíquica de los delincuentes» y los «factores exógenos, metodológicos, propios del medio en que actúa». Los primeros factores constituían la «antropología criminal» y los segundos la «mesología criminal» (sociología y meteorología).

Siguiendo el esquema de Domingo Faustino Sarmiento al que caracterizó como «verdadero filósofo de la historia», Ingenieros analizó el devenir nacional en clave civilización y barbarie. Muchos de sus planteos historiográficos quedaron condensados en su trabajo *La evolución de las ideas argentinas*. Interpretó a las guerras civiles como parte de una disputa entre actores políticos que acarreaban una cultura feudal y retardataria y otros que eran los poseedores de los valores de la evolución progresista moderna,

argumentando que este choque de civilizaciones tenía una manifestación histórica concreta en las disputas de los caudillos federales contra la «minoría ilustrada de jóvenes porteños». Estos últimos profesaban el programa de la Revolución Francesa y el credo del «contrato social» en el terreno de la política, y el liberalismo y la fisiocracia en el plano de la economía. Pensó que el liberalismo y el enciclopedismo traerían la libertad a nuestro continente. En este marco, reivindicó la expulsión de los jesuitas que fue ejecutada por Carlos III, que consideraba que iba a derivar en el abandono paulatino de la religión, a la que caracterizó como parte de una «superstición de las masas».

En *La evolución de las ideas argentinas* definió negativamente el accionar de los pueblos precolombinos por su condición «primitiva» y por arrastrar elementos culturales españoles. Quiroga o Juan Manuel de Rosas al que bautizó «nuestro Fernando VII», eran la encarnación de la restauración absolutista, católica e indigenista. La contracara de estos sectores retardatarios protagonizaban las figuras de la tradición liberal oficial como Mariano Moreno, Rivadavia, Mitre y Sarmiento. Estas opiniones recibirían diversas críticas en los años sesenta entre los grupos de la izquierda nacional y del revisionismo histórico. Amelia Podetti consideró que los estudios de Ingenieros tenían un sesgo racista que justificaban e incluso eran apologéticos de los abusos políticos de las potencias occidentales sobre nuestros países en los siglos XVIII y XIX.

Sus planteos historiográficos lo acercan al canon oficial y sus estudios criminológicos pueden ser ubicados como parte de un discurso proclive a reproducir el poder establecido y el carácter ordenador del Estado liberal. El capítulo de Alejandro Herrero atraviesa parte de estas tensiones en aquellos textos de Ingenieros que contienen la noción de «imperialismo argentino». Por el contrario, su prédica juvenilista, su ideario de izquierda social y antiimperialista, lo ubican como un pensador y un político libertario y antisistema.

Parte de sus obras contienen un esquema de análisis positivista, –al cual cuestionaría luego en algunos aspectos según Luis Farré– y otros de sus trabajos, por el contrario, profesan un espiritualismo moralista y una vocación de profeta laico.

Fue admirado y citado por figuras prominentes del *establishment* y también por una juventud de izquierda militante e idealista que

lo consideró un maestro y un ejemplo a seguir para su vida. José Ingenieros contiene esas y otras contradicciones.

Más allá de las tensiones propias de su inmensa y diversa trayectoria, existió una línea conductora en su vida personal y política que es la búsqueda de una humanidad mejor y la vocación por construir una nueva cultura nacional y sudamericana que motorice y que garantice el cambio social y la posibilidad de contribuir un continente soberano. Con este último fin en *El hombre mediocre* Ingenieros hizo un llamado a conformar «ensueños comunes, a anhelar juntos grandes cosas y sentirse decididos a marchar en pos de un ideal a la construcción de una patria resultado del querer y el hacer colectivo (…) sincronismo de espíritus y de corazones, temple uniforme para el esfuerzo y homogénea disposición para el sacrificio, simultaneidad en las aspiraciones de grandeza, en el pudor de la humillación y en el deseo de la gloria».

En el año 1926 Deodoro Roca resumió lúcidamente la vida y la personalidad de Ingenieros afirmando que «Fue el niño mimado de los ambientes universitarios, la plata labrada que se exhibe con vanidoso orgullo. Pudo serlo todo. Se contentó apenas con ser un hombre. Por debajo del sabio vivía el hombre, y el hombre de su tiempo acuciado por los imperativos históricos, tendida como un arco la prodigiosa voluntad, nutrida en una grave y lúcida conciencia civil (…). Profesor de inquietudes, fue amado por los jóvenes, y orgulloso y alegre entregó a los humildes el oro de su fama y la pureza de su vida (…) Jamás trocó por el fácil botín su primogenitura espiritual. En la adversidad o en la fortuna llamó siempre a su corazón el imperativo de las tareas urgentes y desinteresadas».

José Ingenieros en su centenario reúne 31 artículos que contienen diversos estudios sobre aspectos de la prolífera y polifacética obra escrita del destacado autor argentino. Luego de estudiar el libro el lector se va a convencer de que no se puede entender la obra y el legado de Ingenieros a partir de interpretaciones cómodas o dogmáticas. El excelente y riguroso trabajo compilado por los destacados académicos Hugo Biagini, Alejandro Herrero y Martín Unzué nos invita a recorrer un cúmulo de ideas y de teorías en desenvolvimiento, planteos profundos y originales y muchas veces polémicos que son propios de un pensador brillante y de un gran escritor cuyos textos tienen que analizarse a la luz del tiempo que le tocó vivir.

CAPÍTULO 1

Tras las huellas uruguayas de José Ingenieros

YAMANDÚ ACOSTA*

1.1 Introducción

A propósito de este libro colectivo sobre José Ingenieros, su promotor y editor, colega y amigo Hugo Biagini, me invitó a participar en él con el asunto específico de Ingenieros en Uruguay, en la perspectiva de aportar en torno a la presencia de su pensamiento en este país y, en particular, con relación a la eventual influencia del pensamiento de Ingenieros en el pensamiento uruguayo.

Al proceder a mis primeras búsquedas, encontré que José Ingenieros había vivido en Montevideo en su infancia, lo que me llevó a pensar que, además de Ingenieros en Uruguay, debería pensarse sobre Uruguay en Ingenieros.

Encontré también que su pensamiento era considerado por un intelectual de nacionalidad española, pero que al momento de probablemente haber conocido a Ingenieros niño en Montevideo, seguramente en la instancia posterior de recibir uno de sus libros y –muy probablemente– al momento de referirse, más adelante, a Ingenieros, a su pensamiento y a su libro, residía en Montevideo; todo lo que se inscribía en la consigna Ingenieros en Uruguay –su persona, su libro, las consideraciones del intelectual español sobre su libro y su pensamiento– pero no en el pensamiento uruguayo.

También constaté algunas consideraciones sobre distintos tópicos del pensamiento de Ingenieros realizadas por uruguayos, pero no siempre realizadas desde Uruguay o publicadas en éste país,

* Universidad de la República, Uruguay.

lo que no implicaba que no fuera el caso de Ingenieros en Uruguay, aunque pudiera ser el caso de su presencia en el pensamiento uruguayo.

En consecuencia, estimé que un título como «Ingenieros en Uruguay» en sentido estricto, no incluía a estos últimos, mientras que «Ingenieros en el pensamiento uruguayo», que era otra alternativa, excluía tanto el hecho la radicación de José Ingenieros en el Uruguay en su infancia y sus implicaciones educativas; como a las consideraciones del referido intelectual español, tal vez entre otras posibles.

Luego de pensarlo con algún detenimiento, me pareció que el título «Tras las huellas uruguayas de José Ingenieros» era incluyente de la presencia física de José Ingenieros en Uruguay, de lo que sobre él manifestó el intelectual español radicado en Montevideo y de lo que sobre él –desde Uruguay pero también desde otras latitudes– expresaron algunos uruguayos, fueran o no pensadores en el sentido usual de esta expresión.

Además, «Tras las huellas uruguayas de José Ingenieros» título por el que finalmente opté, tiene la virtud de hacer referencia a una búsqueda, a un ponerme en camino en la perspectiva de encontrar las huellas que me fuera posible desde mi campo de conocimiento y en las condiciones que la realidad impone y, tal vez, en estimular a mis lectores a continuar y complementar este camino a partir de lo avanzado.

Como hipótesis asumí las orientaciones brindadas por Marisa Muñoz y Dante Ramaglia que me remitían a los ejes del socialismo, el positivismo y el unionismo latinoamericano (Muñoz y Ramaglia 2001), las que se reflejaron razonablemente en los hallazgos de mi búsqueda.

Algunos amigos y colegas realizaron aportes a mi tarea; aportes que agradezco y de los que dejo constancia, aclarando que la responsabilidad por los resultados alcanzados que estimo limitados y provisorios es exclusivamente mía.

1.2 Arturo Ardao: Ingenieros en Montevideo

Arturo Ardao,[1] publicó por primera vez en semanario *Marcha* n.° 730 del 30 de julio de 1954 su documentado artículo «La infancia de Ingenieros en Montevideo», que luego incluyó en su libro *Filosofía de lengua española* publicado en 1963.

Con el título «Ingenieros, de Palermo al Río de la Plata», escribió Ardao un nuevo artículo fechado en 1997 y publicado en 2009 en el libro póstumo –titulado, verosímilmente por la editorial– *Escritos trashumantes. Trabajos dispersos sobre América Latina y España* (Ardao 2009, págs. 83-90), en el que «La infancia de Ingenieros en Montevideo» (Ardao 2009, págs. 83-86) que era el título del texto de 1954, pasó a titular la primera de las dos partes que Ardao distingue en su nuevo texto, titulando a la segunda «Ingenieros, de Sicilia a Montevideo» (Ardao 2009, págs. 86-90).

En «La infancia de Ingenieros en Montevideo», comienza Ardao señalando que «Palermo, en Sicilia, la ciudad donde murió Rodó, es también la ciudad donde nació Ingenieros» (Ardao 1963, pág. 167, 2009, pág. 83).

Más allá de lo simbólico de la coincidencia de que José Ingenieros hubiera nacido el 24 de abril de 1877 en la misma ciudad en que José Enrique Rodó habría de fallecer –cuarenta años después– el 1° de mayo de 1917, Ardao pone el acento en que –según su conocimiento– el propio Ingenieros en sus referencias autobiográficas omitió su origen de nacimiento italiano, omisión que se reitera también en sus biógrafos Aníbal Ponce y Sergio Bagú. Ello parece haber llevado –conjetura Ardao– a que «numerosas noticias biográficas menores» tanto de ediciones de sus obras como en textos de referencia a éstas o a su autor, «caigan en el habitual error de llenar ese vacío, estableciendo, como lugar de su nacimiento, Buenos Aires» (Ardao 2009), mencionando algunos ejemplos.

Agrega Ardao que, no obstante Pablo Ingenieros, hermano de José, a dos años de la muerte de éste, en 1927, testimonió por escrito el nacimiento de José en «vía Candeal, número 45» en «la ciudad de Palermo (Sicilia)» (Ardao 1963, págs. 167-168, 2009, pág. 83) en la fecha ya consignada, «Curiosamente, esta noticia quedó ignorada o fue olvidada» (Ardao 1963).

[1] Arturo Ardao, filósofo, latinoamericanista, historiador de las ideas, nació en Lavalleja en 1912 y falleció en Montevideo en 2003.

En este punto, no obstante, la mesura de Ardao, que al constatar el hecho del olvido u omisión se limita a señalarlo como una curiosidad, creo que no sería demasiado aventurado –cosa en la que casi seguramente Ardao no estaría de acuerdo– hacerle algún lugar a la hipótesis de los olvidos u omisiones sintomáticas, tanto en lo que a José Ingenieros se refiere como a quienes a él se han referido.

Si puede hablarse de omisión u olvido respecto del nacimiento de José Ingenieros en Palermo (Sicilia); de acuerdo a las siguientes palabras de Ardao sobre la infancia de José Ingenieros en Montevideo –asunto de su artículo de 1954– la omisión y el olvido parecen profundizarse: «Menos conocido todavía es el hecho de que Ingenieros, antes de ser incorporado definitivamente con sus padres a la Argentina, vivió durante su primera infancia en Montevideo, cursando aquí sus primeras letras» (Ardao 1963).

Justifico mi afirmación en el señalamiento de «menos conocido» del hecho de un tramo de la primera infancia de Ingenieros transcurrida en Uruguay, en comparación con el de su nacimiento en Italia. Y amplío a esta segunda situación, mi hipótesis sobre la omisión u olvido sintomático sobre un trayecto formativo inicial de la vida de Ingenieros que se habría dado fuera de la Argentina «antes de ser incorporado definitivamente con sus padres» a este último país, en el que residió definitivamente, desplegando su intensa labor intelectual. En particular, el «antes de ser incorporado definitivamente» de Ardao, indica que José Ingenieros fue «incorporado definitivamente» a la Argentina, no solamente por sus padres al dejar Montevideo y emigrar a Buenos Aires, sino a través de las lecturas de su vida que olvidando u omitiendo su nacimiento en Italia y su infancia en Uruguay, previos a su radicación en Argentina, tal vez produjeron la leyenda –esto es, el producto de una lectura– de Ingenieros (exclusivamente) argentino.

Escribe Ardao que su padre fue «Salvador Ingenieros, nacido también en Palermo en 1848», aclarando que José utilizó el apellido así escrito, hasta que «en ocasión de su segundo viaje a Europa, de 1911 a 1913» (Ardao 1963), «castellanizó su apellido en la forma conocida» (Ardao 1963); Ingenieros.

José había nacido en Italia en 1877 y es el de «1882, –escribe Ardao– el año al que corresponden las primeras noticias seguras que poseemos de su presencia entre nosotros» (Ardao 1963, 2009, pág. 84): no obstante, en el mismo artículo, registra una nota de

Pablo Ingenieros, hermano de José, en que da testimonio de que José habría cursado «estudios primarios en la ciudad de Montevideo (República O. del Uruguay) en el año 1881» (Ardao 1963, pág. 169, 2009, pág. 84), Conociendo lo puntilloso y preciso que fue Ardao en la redacción de sus investigaciones, me llama poderosamente la atención que en el mismo texto refiera a 1882 las primeras noticias de la presencia de José Ingenieros en Uruguay y poco después consigne el escrito de su hermano en el que señala que en 1881 cursaba estudios primarios en Montevideo. Considerando que Ardao reiteró el texto de 1954, primero en 1963 y luego como parte de un nuevo texto en 1997, y en la certeza de que revisó con su proverbial dedicación y cuidado las tres ediciones del texto –que en esto coinciden– descarto las hipótesis del error o la distracción, aunque no se me ocurre otra. De acuerdo a estas dos fechas –1881 y 1882– habiendo nacido Ingenieros en 1877, se habría radicado en Montevideo entre los cuatro o cinco años de edad.

Ardao dedica a continuación tres densos párrafos que dan cuenta de la vinculación de Salvador Ingenieros «en Europa a la Primera Internacional» (Ardao 2009), de su calidad de «director de uno de los primeros diarios socialistas de su patria» (Ardao 2009), su condición de «masón destacado» (Ardao 2009) y de «amigo personal de Garibaldi, Mazzini y Malatesta» (Ardao 2009).

Salvador Ingenieros, escribe Ardao «formó parte de nuestra vigorosa inmigración liberal italiana de la segunda mitad de la pasada centuria» (Ardao 2009); interpreto que «nuestra», refiere a montevideana y uruguaya y por extensión, –así lo sugiere además el nuevo artículo de 1997– rioplatense, tratándose de la segunda mitad del siglo XIX en nuestra ciudad, país y región, inmigración que cumplió importante papel en el desarrollo de la masonería entre nosotros; y por qué no, siendo Ardao nacionalista de la gran nación latinoamericana, podría tratarse también en su horizonte de comprensión de «nuestra vigorosa inmigración liberal italiana» en nuestra América Latina toda.

Escribe Ardao que, una vez radicado Salvador Ingenieros con su familia en Buenos Aires «fundó y dirigió por muchos años la *Revista Masónica*» (Ardao 2009), recordándonos que falleció «en la capital de Sicilia en 1922» (Ardao 2009).

También nos recuerda Ardao que Salvador Ingenieros fue Grado 33 con los mayores reconocimientos y responsabilidades en la masonería uruguaya de la época, especialmente en el quinquenio

1882-1887, incluida la condición de «Venerable de la Logia Garibaldi, una de las más importantes de la historia de la masonería uruguaya» (Ardao 1963, págs. 168-169, 2009, pág. 84).

Estos antecedentes de Salvador Ingenieros son obviamente relevantes a la hora de considerar la inserción de su hijo José Ingenieros en el campo intelectual argentino, rioplatense, latinoamericano e internacional desde fines del siglo XIX y durante el primer cuarto del siglo XX, hasta su fallecimiento en 1925.

En cuanto a la formación de José Ingenieros en Montevideo, Ardao cita una nota testimonial de su hermano Pablo Ingenieros –a la que ya me referí y ahora cito más ampliamente– en la que dice:

> «José Ingenieros cursó estudios primarios en la ciudad de Montevideo (República O. del Uruguay) en el año 1881, aprendió sus primeras letras bajo la experta dirección de la educacionista Srta. Aurelia Viera. Más adelante y hasta el año 1885 fue alumno externo, y luego interno, en ese año en el Instituto Nacional que en esa ciudad dirigió el virtuoso educacionista don Pedro Ricaldoni. Llegado el año 1885, en el mes de septiembre, se trasladó con sus padres a la ciudad de Buenos Aires, donde se radicó definitivamente» (Ardao 1963, pág. 169, 2009, págs. 84-85).

Si de acuerdo a la nota de Pablo Ingenieros citada por Ardao, consideramos 1881 como el primer año de Ingenieros con su familia en Montevideo y a septiembre de 1885 como fecha de su traslado a Buenos Aires, en la hipótesis más generosa, habría vivido en la capital uruguaya por cinco años, hasta los ocho años de edad; los primeros de su formación inicial.

Además de la nota del testimonio de Pablo, hay otro del propio José Ingenieros, que en 1904, ya con veintiséis o veintisiete años de edad– con motivo de un reconocimiento universitario en Buenos Aires y en ocasión del que sería su primer viaje a Europa, pronunció unas palabras en público, en las que sin nombrarse a sí mismo ni a la ciudad de Montevideo, expresó: «Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional dirigido por el virtuoso educacionista Pedro Ricaldoni. Llegó la mañana de exámenes, verdadera semana dolorosa de los escolares, y el niño obtuvo tantos sobresalientes cuantas asignaturas cursaba. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto» (Ardao 1963, págs. 169-170, 2009, pág. 85).

Agrega Ardao que Ingenieros declaraba luego «tener entonces siete años» (Ardao 1963, pág. 170, 2009, pág. 86), y comenta en el siguiente párrafo: «Ese Instituto era montevideano» y aporta otros datos sobre su ubicación en la ciudad, su fundador y sus destacados docentes (Ardao 2009).

Comenta luego Ardao:

> «La fugaz mención que Ingenieros hace de su pasaje por el colegio de Ricaldoni, es la más fuerte probanza de su iniciación escolar en Montevideo, al mismo tiempo que la conformación de las noticias proporcionadas sobre el punto por su hermano Pablo. Su parquedad de entonces a propósito del período montevideano de su existencia, se vuelve silencio en 1915, extensivo a su origen italiano, en unos apuntes autobiográficos cuya primera referencia concreta corresponde a su salida del Colegio Nacional, en Buenos Aires, en 1892» (Ardao 2009).[2]

De la «parquedad» pues, al «silencio» por parte de José Ingenieros a partir de 1915, sobre el «período montevideano de su existencia», silencio «extensivo a su origen italiano». Ello seguramente auspició la lectura que facilitó «la arraigada creencia de que Ingenieros nació y se crió en Buenos Aires» (Ardao 2009); una lectura que por «olvido» u «omisión» hace lugar a la que objetivamente es una leyenda, es decir, producto consolidado de una lectura.

En el tejido de la que estimo como «leyenda», Arturo Ardao considera especialmente señalamientos de Héctor Agosti en *José Ingenieros, ciudadano de la juventud* publicado en Buenos Aires en 1945.

La entrada dedicada a José Ingenieros en el *Diccionario Enciclopédico de las Letras en América Latina*, publicado por Editorial Ayacucho en 1995 aporta también objetivamente a esa leyenda. La misma, firmada por Oscar Terán, comienza diciendo «Filósofo y ensayista argentino, n. en 1877 y m. en 1925» (Terán 1995, pág. 246). No obstante en el siguiente párrafo hace referencia al padre de José Ingenieros como «oriundo de Palermo (Sicilia)» y al hecho de que «debió emigrar primero al Uruguay y luego a la Argentina» (Terán

[2] En referencia a un «Autorretrato» de Ingenieros publicado en la revista *Mundo Estudiantil* de Buenos Aires en 1915, reproducido –escribe Ardao– por la revista *Nosotros*, en número de homenaje a Ingenieros en 1925 (Ardao 2009).

1995), nada dice acerca del nacimiento de José Ingenieros al igual que su padre en Palermo (Sicilia), así como tampoco incluye a José en el pasaje por Uruguay de su padre. La brevedad que supone toda entrada de diccionario, puede en cierta medida disculpar esta doble omisión u olvido.

Cerrando su artículo de 1954, que pasó a ser la primera parte del redactado en 1997 y publicado en 2009, aporta Ardao otras noticias sobre Salvador Ingenieros en 1884 en Montevideo desde Buenos Aires y en 1885 en viaje desde Montevideo a Buenos Aires. Las dejo de lado para considerar una presencia –ahora por escrito– de José Ingenieros en Montevideo, con la que Ardao cierra el artículo, a la que volveré un poco más adelante: «A fines de 1895 un periódico de Montevideo anunciaba el primer temprano volumen del entonces José Ingenieros, *¿Qué es el socialismo?* y transcribía pasajes del mismo» (Ardao 1963, pág. 171, 2009, pág. 86). El periódico, informa Ardao era *El Intransigente* en su número correspondiente al 9 de noviembre de 1895 y su director Adolfo Vázquez Gómez «amigo y compañero de actividades masónicas de Salvador Ingenieros» (Ardao 2009) originario de La Coruña, España.

Dice Ardao en las dos últimas líneas: «Era un envío del propio autor a la ciudad de donde hacía apenas dos lustros había salido en condición de incipiente colegial» (Ardao 2009). José Ingenieros, valiéndose de los importantes vínculos de su padre con la masonería uruguaya, procuró desde Buenos Aires la difusión de su volumen en Montevideo, lo que además de la proyección rioplatense de su obra y de sí mismo como intelectual militante, brindaba a la ciudad que había proveído los primerísimos pasos en su formación, a modo de devolución, el producto de su capacidad intelectual, a que aquella formación de base, había aportado.

En la segunda parte del artículo de 1997, «Ingenieros, de Sicilia a Montevideo», comienza Ardao refiriéndose a su trabajo de 1954, que como primera parte, acabamos de considerar. Esta segunda parte aporta, más de cuarenta años después, fuentes –alguna en forma facsimilar– que le dan al texto de 1954 el respaldo documental sobre los que Ardao pudo sustentar sus señalamientos sobre el nacimiento de Ingenieros en Palermo y sobre su pasaje con su familia por Montevideo en los tempranos años de su niñez.

1.3 Adolfo Vázquez Gómez, director de *El Intransigente* de Montevideo, recibe en 1895 una carta de José Ingenieros y su libro *¿Qué es el socialismo?*

En el anterior apartado, hicimos referencia a este envío del libro por parte de José Ingenieros a Adolfo Vázquez Gómez,[3] «amigo y compañero de actividades masónicas de Salvador Ingenieros» (Ardao 2009) según consigna Ardao.

Aunque testimoniada la recepción de ese envío en el texto de una «Introducción» del libro de marras realizada por Adolfo Vázquez Gómez a una edición del mismo de Editorial Claridad de Buenos Aires, realizada luego del fallecimiento de Ingenieros –1925– la radicación montevideana de Vázquez Gómez, importante masón español, al momento de la recepción del libro y la difusión del mismo a través de las páginas de *El Intransigente* de Montevideo de que entonces –1895– era director; al momento de escribir la «Introducción» para Editorial Claridad, treinta años después, tal vez pudiera estar circunstancialmente en Buenos Aires. De todas maneras, los contenidos de ese texto introductorio publicado en Argentina, fueron fruto de las huellas que Ingenieros y su libro dejaron en este «amigo y compañero de actividades masónicas de Salvador Ingenieros», su padre, que recibía el libro, lo leía, lo difundía y reflexionaba sobre él desde las más inmediatas circunstancias motevideanas y uruguayas, al interior de las rioplatenses que se habían objetivado en el envío y la recepción. Vázquez Gómez residió en Montevideo desde 1893, fundando entonces *El Intransigente* que salió durante tres años, hasta 1904. Entre esos años estuvo tres en Buenos Aires; a su regreso a Montevideo fue gerente de *El liberal* y director de *El socialista*. Participó en la fundación del Partido Socialista del Uruguay en 1910, siendo su primer vicesecretario. Luego de algunos viajes al exterior, se radicó en Uruguay definitivamente a partir de 1941, falleciendo en Montevideo nueve años después.

Escribe Vázquez Gómez iniciando su Introducción:

> «El 1 de noviembre de 1895 –siendo yo director de *El Intransigente*, en Montevideo– hallé, entre la correspondencia llegada para mí ese día, un libro y una carta, que conservé hasta el presente. Tenía aquél volumen un título expresivo: *¿Qué es el socialismo?* Estaba escrito para la juventud universita-

[3] Adolfo Vázquez Gómez, escritor y periodista español, nació en Ferrol en 1869 y falleció en Montevideo en 1950.

> ria. En el ejemplar por mi recibido, leíase la siguiente autógrafa dedicatoria: "Al campeón del socialismo y el librepensamiento en la América del Sur"» (Vázquez Gómez 1925, pág. 5).

Y agrega: «La carta, fecha 31 de octubre, decía»:

> «A los hombres que luchan por la emancipación económica de la humanidad entera; a los que sacrifican su existencia en aras de un ideal noble; a los que se cobijan en los amplios pliegues de la bandera socialista universal ¿qué puede ofrecer un modesto luchador, que –impulsado solamente por la conciencia del deber– contribuye a la gran obra de la redención social? Yo no puedo ofrecer hoy más que este folleto de propaganda. Envío, por consiguiente, a usted –que es de los primeros– un ejemplar. Disponga de él, si tiene algo bueno, para *El Intransigente*. La propaganda no puede, ni debe, reconocer propiedad literaria» (Vázquez Gómez 1925).

En estas palabras de Ingenieros desde Buenos Aires para Vázquez Gómez en Montevideo, los ideales de una profesión de fe socialista seguramente compartidos, son manifiestos.

Adolfo Vázquez Gómez, nacido en Ferrol, La Coruña, España y radicado a la sazón en Montevideo, tenía al recibir el libro 26 años; José Ingenieros, nacido en Palermo, Sicilia, Italia, y radicado ya definitivamente en Buenos Aires, contaba al publicar y enviar el libro 18 años. La presencia implícita de Salvador Ingenieros –que entonces contaba con 47 años– «amigo y compañero de actividades masónicas» del primero y padre del segundo, allanaba el envío, más allá de que las causas del librepensamiento, la masonería y el socialismo eran por ellos, de un lado y otro del Río de la Plata, compartidas.

De acuerdo al testimonio de Vázquez Gómez en su «Introducción» a *¿Qué es el socialismo?*, escrita a sus 56 años para la reimpresión del mismo por Editorial Claridad, la carta fechada en Buenos Aires el 31 de octubre de 1895 que con el libro recibió el siguiente 1° de noviembre en Montevideo los conservó –durante treinta años– hasta 1925, en que Ingenieros había fallecido con 48 años.

1.4 Adolfo Vázquez Gómez valora a Ingenieros en su «Introducción» a *¿Qué es el socialismo?*

Aunque treinta años después de la recepción del libro y la carta en 1895, la conservación del libro en sitial de honor y de la carta

durante esos años y la redacción de la «Introducción» dan cuenta de una huella de Ingenieros en Vázquez Gómez resistente al paso del tiempo:

> «(...) hoy entrego a la empresa de Claridad –con objeto de que lo reimprima– el volumen, para muchas gentes desconocido, que el autor me remitió bondadosamente con su carta, fecha 31 de octubre de 1895 y que he conservado durante un período mayor de tres décadas en el lugar de honor de mi biblioteca. Rindo, así, tributo a la memoria de quien –sin dejar de cultivar sus especialidades científicas– tuvo tiempo y virtud para enseñar a luchar y para luchar él en pro de ideales renovadores» (Vázquez Gómez 1925, pág. 7).

Son las palabras con que el intelectual español articulado en la masonería rioplatense, cierra su «Introducción» a *¿Qué es el socialismo?* de José Ingenieros.

Se trata de un «tributo a la memoria» de quien se destaca la conciliación del cultivo de las especialidades científicas que exigen el espacio del laboratorio, la clínica o el aula, con el «enseñar a luchar» pero también hacerlo personalmente «en pro de ideales renovadores», que habla de apertura y compromiso en el ámbito del ágora. Había trazado previamente la siguiente síntesis biográfica de Ingenieros:

> «Transcurrieron los años. El autor de *¿Qué es el socialismo?* llegó a las más altas cumbres. Sus libros de ciencias y letras despertaron la atención pública: aquende y allende los mares. Suscitaron alabanzas y homenajes, y simultáneamente despertaron odios y envidias. A medida que se iba maestro de sus antiguos profesores, de guía de la juventud, afirmaba él –más y más– sus convicciones» (Vázquez Gómez 1925, págs. 5-6).

La proyección internacional de su figura y sus obras en los campos de las letras y de las ciencias, el impacto de estas en el universo discursivo de la época, la fortaleza e integralidad de las distintas facetas de su personalidad y la unidad de sentido que las animó, quedan en esas síntesis explícitas. Lo considera junto a Agustín Álvarez «un verdadero ejemplo para las nuevas generaciones» (Vázquez Gómez 1925, pág. 6), distinguiéndolos

> «(...) de ciertos pelustrantes –muchos de ellos doctores, parlamentarios, generales, ministros– que en la llanura y al comienzo de la ascensión, se prodigan en radicalismos de programa y en excesos de amistad, llegando

> hasta el extremo de cometer imprudencias para acreditarse de apóstoles y de mártires y en el afán de halagar a los "instrumentos", y luego se vuelven torpes, vanidosos, endiosados, olvidando su pedestal de barro, tan propicio a la pulverización!» (Vázquez Gómez 1925, pág. 6).

En conjunción con lo señalado, describe ponderando la valía, autenticidad e integralidad de obra y vida de José Ingenieros:

> «Brilló Ingenieros, como brilla el oro de ley. Cada uno de sus libros, cada una de sus páginas, cada una de sus líneas, encierra lecciones provechosas. Y, en todo instante, se reveló el hombre, pero el hombre integralmente emancipado, el hombre de una sola pieza, el hombre consecuente, el hombre animado y animador» (Vázquez Gómez 1925, pág. 6).

Lo destaca en su acompañamiento militante intelectual de «grandes causas» como «la campaña en favor de la liberación de Méjico» de 1910 y «la gran revolución rusa» de 1917, anotando a modo de síntesis de sentido en cuanto a los valores orientadores de su conducta pública: «Cuanto creyó honradez, verdad, justicia, redención, tuvo su colaboración valiosa» (Vázquez Gómez 1925).

Vuelve a enfatizar la consistencia entre el hombre y su obra mantenida a través del tiempo en un «sentido ascendente», sin retrocesos, proponiendo que «sus obras todas pueden, merecen y deben ser reeditadas» (Vázquez Gómez 1925).

1.5 José Ingenieros en la consideración de Emilio Frugoni

Emilio Frugoni,[4] abogado, escritor, poeta, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República, fundador y primer secretario del Partido Socialista del Uruguay, primer diputado por ese partido en el país, en el marco de un homenaje a José Ingenieros realizado por la Federación Universitaria Argentina en 1933 en Buenos Aires, brindó unas palabras, que posteriormente recogió en *El libro de los elogios* (Frugoni 1953, págs. 171-175).

Los primeros siete párrafos apuntan a destacar el significado de la conmemoración de Ingenieros destacando en el tercero, la pertinencia de «su reaparición en el alma de una asamblea de jóvenes universitarios», atentos al «alcance profundo de incitación espiritual que caracteriza su obra de pensador y de incansable sembrador

[4] Emilio Frugoni, nació en Montevideo en 1880 y falleció en la misma ciudad en 1969.

de ideas» (Frugoni 1953, pág. 171). Frugoni condensa allí el carácter del homenajeado y de su obra, la que anima como principio de vida y movimiento, al «alma» colectiva «de una asamblea de jóvenes universitarios».

Destaca luego el compromiso con la vida por la mediación de la filosofía y la ciencia, que ha llevado a Ingenieros al «azaroso empeño» de «navegar» en una acepción «aún más amplia que la del lema latino» (Frugoni 1953, pág. 172) en referencia de Frugoni al *Navigare necesse, Vivere non est necesse* que invita a actuar con valentía a través del ejemplo de hacerlo personalmente.

Traza Frugoni las líneas de los filósofos griegos que cobran presencia en Ingenieros, en particular la «preocupación de conciliar, de unir, bajo una ley de armonía inmanente al mundo físico con el moral» a los efectos de no frustrar los «más altos destinos» de la «vida del espíritu» (Frugoni 1953).

Señala el papel que «la defensiva y racionalista duda metódica de Descartes» cumplió en «la orientación de su pensamiento en los problemas trascendentales de la filosofía», mientras que «no fue nunca dubitativo en su pragmática para la acción» (Frugoni 1953); toda la duda necesaria en el pensamiento, toda la decisión posible en la acción.

Su condición de «positivista», el carácter científico de su filosofía, un pensador que decidido a «argumentar con los datos de la investigación y la experiencia, no incursionaba en zonas de irrealidad metafísica ni de abstracción lógica» (Frugoni 1953, pág. 173) son claramente presentados.

Consigna luego Frugoni que «La psicología, la criminología y la sociología le ofrecieron el campo más apropiado a las inclinaciones de su mente» (Frugoni 1953), disciplinas en las que descolló:

> «Fue uno de los primeros y más sabios representantes de la escuela criminalística positiva de América, fue el primero que trajo a los estudios psicológicos y psiquiátricos en la Argentina las concepciones del positivismo experimental, fue en sociología un marxista que interpretó la realidad argentina y americana con el concepto del materialismo histórico» (Frugoni 1953).

En relación con otro plano del perfil de Ingenieros, expresa Frugoni:

> «Predicó una moral sin dogmas. Hizo cura laica de almas y difundió como el mejor tratamiento del espíritu el optimismo de una fuerte filosofía de la

> acción, que aspiraba a transformar en un bien de todos y para todos la alegría de vivir sobre la base del reconocimiento completo de los derechos humanos y el cumplimiento espontáneo de los más altos y solidarios deberes sociales» (Frugoni 1953).

Dice Frugoni que Ingenieros era «Un grande, un irreductible idealista» y agrega con rica prosa señalando la conjunción y sinergia en el intelectual argentino entre el saber de laboratorio y el de ágora: «se entregaba a la búsqueda de la verdad en un "laboratorio" cuyas ventanas daban a la plaza pública por las cuales el sabio se asomaba a refrescar su frente con el aire de las agitaciones colectivas y por las cuales le llegaba el llamamiento de las necesidades sociales y de las inquietudes históricas con las que a menudo descendía a mezclarse» (Frugoni 1953). A continuación, Frugoni da cuenta a través de una anécdota, de la impronta de José Ingenieros en su trayectoria personal:

> «Su destino de maestro de la juventud, de animador de almas y despertador de vocaciones, se ejerció, sin que él lo supiese, en mi propio destino personal. Traeré a colación un recuerdo. Era allá por el año 1898 o 1899. Yo tenía a la sazón 18 o 19 años. Cursaba estudios secundarios. Se celebraba en Montevideo un Congreso Científico Panamericano. En él figuraban dos jóvenes intelectuales argentinos: Leopoldo Lugones y José Ingenieros. Tras el brillo deslumbrante de aquellos dos jóvenes excepcionales fueron los pasos de nuestra curiosidad de mi conciencia el aleteo de un pájaro recién nacido que, desde la oscuridad de un desconocimiento casi total de las nuevas corrientes políticas mundiales, pugnaba por romper la cáscara de los prejuicios, de los preconceptos, de las ideas hechas que, por demasiado familiares se aceptaban sin examen, sobre todo cuando aún no se ha comenzado a vivir y a razonar por cuenta propia» (Frugoni 1953).

José Ingenieros, según el testimonio, despertó la «curiosidad por el socialismo» de quien, a partir de entonces, no solamente para su tiempo, sino hasta hoy habría de ser desde muchos puntos de vista, el más relevante de los socialistas en toda la historia del Uruguay.

Esa semilla de la «curiosidad» que está siempre en el despertar de las vocaciones científicas, en este caso, sin desmedro de aspectos científicos y filosóficos que hacían parte del despertar del entonces muy joven Emilio Frugoni, se trascendían en los de la vocación social y política, de quien habría de descollar en el Uruguay como

hombre de pensamiento y de acción a través de una sostenida militancia socialista exenta de claudicaciones.

Frugoni valoró luego el compromiso socialista de Ingenieros, que más allá de su estricta militancia partidaria, implicó siempre el núcleo duro de la defensa de la «causa de los trabajadores» asumida «de corazón» desde su sensibilidad social, defensa que articuló con la de «la cultura» por cuya «emancipación» militó en «la campaña por la Reforma» universitaria de 1918:

> «Él era entonces un socialista militante. Cuando dejó de militar no perdió por eso su fe en el Socialismo y estuvo siempre de corazón con la causa de los trabajadores. Quiso que su posición de espíritu ante los problemas sociales y la situación de las clases fuese la de todos los universitarios, la de la Universidad misma; y por eso en la campaña por la Reforma ocupa un sitio de combate como orientador desde la cumbre definiendo la función social de las universidades y dando expresión elocuente al sentido histórico de esa batalla intelectual por la emancipación de la cultura» (Frugoni 1953).

Acto seguido, en relación con el «sentido histórico de esa batalla intelectual por la emancipación de la cultura» que ponía en escena en el proceso de la Reforma «la función social de las universidades», reivindica la evocación de la figura de Ingenieros, que en ese contexto de los años treinta «adquiere una significación de protesta o de tremolar de banderas de juventud incitando a emprender la marcha en columna cerrada hacia las Bastillas que todavía no cayeron o que volvieron a levantarse» (Frugoni 1953).

No obstante, destaca luego Frugoni, el «fenómeno de los fascismos» que «en algunas partes del mundo civilizado, para vergüenza y castigo de la civilización» se manifiesta y amenaza extenderse y profundizarse –y se refiere tanto a Mussolini, como a Hitler, pero también al «fascismo criollo»– es lo que le da a «esta rememoración de Ingenieros un sentido de exhortación a la brega por el ideal» (Frugoni 1953, págs. 174-175), imprescindible para enfrentar ese ascenso de la barbarie.

Esa barbarie, como «barbarie civil reaparece en estos países alentada por el ejemplo de afuera, y disfrazada con trajes y teorías que son un remedo de la moda que tratan de imponer en el viejo mundo fuerzas oscuras de opresión y retroceso» (Frugoni 1953, pág. 175), destaca Frugoni reivindicando la validez y vigencia de la prédica de Ingenieros por la transformación de la sociedad y la

cultura en nuestra América en pos de valores humanizantes, para enfrentar en la coyuntura los valores deshumanizantes que vienen de Europa y son asumidos en el ejercicio de «barbarie civil» por el «fascismo criollo» que como imitación refleja comienza a ganar espacio en este otro lado del Atlántico.

En ese espíritu de nacionalismo defensivo, antifascista y antiimperialista de la gran nación latinoamericana, que José Ingenieros propugnó muy fuertemente, desembocando en la fundación de la Unión Latinoamericana en marzo de 1925, poco antes de su fallecimiento, pone Emilio Frugoni el foco en el cierre de su alocución de homenaje:

> «Él había querido salvar a América de ese peligro intentando la formación de un alma continental inspirada en su propio amor a la libertad y a la justicia, que fuese al mismo tiempo imán de atracción para todas las razas del mundo en el abrazo de la confraternidad humana, impulso hacia un porvenir de igualdad económica y fuerza de contención y defensa ante el avance avasallador de imperialismos que obran como aplanadoras de soberanías nacionales. Para eso fundó la Liga Latinoamericana, que fue en sus manos una bandera prestigiada por la adhesión de las más espontáneas esperanzas juveniles de nuestro continente. Ella seguía en prevención de peligros ante los cuales nada resulta ahora tan oportuno como buscar en el recuerdo del pensamiento y la lección de maestros como José Ingenieros, el aliento y la inspiración para afrontarlos decididamente sin desmayos» (Frugoni 1953).

En un texto publicado en Buenos Aires (Frugoni 1934), luego de esta intervención pública también en la capital de Argentina, Frugoni retoma el aporte de José Ingenieros en relación con su condición de fundador de la Unión Latinoamericana –a la que en la anterior ocasión había aludido como «Liga Latinoamericana»– complementando el significado de la misma como baluarte antifascista con la de baluarte antiimperialista en específica referencia al imperialismo yanqui.

No obstante destacar su significado, la caracteriza «como una liga intelectual de simples relaciones espirituales», que en el combate al imperialismo, cede en significación política –valora Frugoni– a las definiciones por las que en ese contexto impulsaba la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) fundada en el Perú por Víctor Raúl Haya de la Torre.

Escribe Frugoni:

> «En verdad ya había habido quienes, especialmente los partidos socialistas en la América Hispana, encaraban la lucha dentro de su país contra el imperialismo económico extranjero y sus desbordes en el plano de las relaciones políticas intercontinentales, como un episodio de la lucha de clases. Y la misma Unión Latino Americana fundada por José Ingenieros, sabio marxista que había militado en uno de esos partidos, no desconoció la índole del avance del imperialista yanqui. Pero mientras esta se estructuraba y actuaba como una liga espiritual de simples relaciones espirituales, el APRA adoptaba las técnicas de combate de los organismos políticos y se definía como movimiento político que aspiraba a movilizar las masas americanas en operaciones estratégicas dirigidas a desalojar del gobierno de cada país la influencia de los imperialismos o las manos dispuestas a entregarles las llaves de la soberanía» (Frugoni 1934, pág. 263).

1.6 Arturo Ardao: el lugar de Ingenieros en el unionismo latinoamericano

Ardao recrea el ciclo de expresiones fundacionales del latinoamericanismo en París, destacando que en 1925 se funda en esa capital europea la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos y, desde Buenos Aires, sumando a ese unionismo latinoamericano fundamentalmente en su dimensión cultural e intelectual, pero en este caso desde una capital americana, José Ingenieros funda –la ya mencionada– Unión Latinoamericana.

Refiriéndose Ardao a «sucesivas publicaciones del francés Ernest Martineche de 1910 a 1932, primero el *Boletín* y después la *Revista de l'Amerique Latine*», escribe:

> «Coincidiendo con el apogeo de ese ciclo, una nueva emergente generación de fuerte entonación política funda, en 1925, también en París, la tan representativa Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA). Con Carlos Quijano como principal animador, contó con la participación de hombres como Haya de la Torre, Miguel Ángel Asturias, Carlos Pellicer, prolongando su existencia hasta la década siguiente» (Ardao 2011, pág. 144).[5]

Destaco la caracterización de Ardao –coincidente en lo que a Haya de la Torre se refiere– en la valoración de Frugoni antes

[5] Este libro es el segundo de Arturo Ardao que se publica en forma póstuma.

recreada respecto a la impronta política del peruano y el APRA por él fundado, en comparación con la impronta intelectual del argentino y su Unión Latinoamericana. En todo caso, se trata de pensadores e instituciones por ellos fundadas en las que las relaciones entre lo más específicamente intelectual –que los hace hombres e instituciones de pensamiento– y lo más definidamente político –que los hace hombres e instituciones de acción–, implican tanto una sinergia como una tensión que en el caso de Haya de la Torre se resuelve tal vez primordialmente en la dirección de la acción, mientras que en el de Ingenieros lo hace más intensamente en la dirección del pensar. Ello no implica la ausencia de referencia del otro horizonte en ninguno de los dos casos. Continúa Ardao:

> «Aquel mismo año 1925, fundacional del último de los grandes episodios de asociación latinoamericanista con sede en París, vino a ser el primero de la misma índole –en cuanto expresa apelación a la nomenclatura resultante del nombre de América Latina– radicado en nuestras tierras: la Sociedad Unión Latinoamericana, de que fuera fundador en Buenos Aires José Ingenieros, apenas unos meses antes de su muerte» (Ardao 2011).

Un doble simbolismo: es la Unión Latinoamericana fundada por Ingenieros en Buenos Aires en 1925 la primera asociación que apelando al «nombre de América Latina» se radica en suelo latinoamericano por lo que América Latina es espiritual y materialmente su lugar de enunciación, y, por otro lado, Ingenieros de alguna manera se adelanta casi premonitoriamente a su muerte procurando salvaguardar la proyección de su latinoamericanismo, al dar nacimiento a esta asociación.

En el libro de Carlos Quijano *América Latina. Una nación de Repúblicas*; editado en noviembre de 1989 en Montevideo,[6] prologado por Arturo Ardao, se documentan al menos dos instancias latinoamericanistas acaecidas en París en 1925 –año en que fallecerá José Ingenieros el día 31 de octubre– en que su nombre y el del uruguayo Carlos Quijano, son los dos que se reiteran, dando cuenta –en lo que aquí nos convoca– del peso específico de José Ingenieros en el unionismo latinoamericano y la huella de su presencia en el libro uruguayo de 1989.

[6] Quijano (1989). Agradezco muy especialmente a mi amigo el profesor Pablo Rocca, el haberme orientado a la lectura de este libro, en respuesta a mi consulta por «huellas uruguayas de José Ingenieros».

El texto de Carlos Quijano «Sobre América y la Sociedad de Naciones» con que inicia el libro (Quijano 1989, págs. 1-9), que había sido publicado en *El País* de Montevideo, el 11 de agosto de 1925, es puesto en contexto a través de la siguiente nota:

> «El 15 de junio pasado, según a tiempo informó el telégrafo, la Federación Universitaria Internacional Pro Sociedad de Naciones, realizó en honor de la América Latina, una gran ceremonia en la Sorbona. Los diarios franceses últimamente llegados confirman la importancia y la magnitud del acto celebrado que presidió míster Appell Rector de la Universidad de París, y al cual asistieron además de representantes del gobierno francés y de todos los gobiernos americanos, los más destacados elementos de la colonia americana y de los centros universitarios. Además de míster Appell hablaron en ese acto los doctores Guani, Souza Dantas, embajador del Brasil, Caballero, ministro del Paraguay, Guerrero, ministro de El Salvador, Genes Bonnet, ministro de Estado del Gabinete y además el mexicano De la Barra, el chileno Leonardo Pena, el peruano García Calderón y el argentino José Ingenieros. Los representantes universitarios fueron míster Balinsky, presidente de la Confederación Internacional de Estudiantes, míster Lauge secretario general de la Federación y nuestro compañero Carlos Quijano que organizó con míster Lauge el acto de la referencia y que pronunció el discurso que va a continuación» (Quijano 1989, pág. 1).

En cuanto al texto que había salido publicado en el diario *El País* de Montevideo el 14 de agosto de 1925, con el título «¿Existe un imperialismo yanqui? Repercusiones del gesto del presidente Calles»; es incluido como segundo capítulo de este libro (Quijano 1989, págs. 11-19) y antecedido por la siguiente noticia que lo ubica en su contexto de enunciación:

> «Con motivo de los incidentes suscitados entre México y Estados Unidos, se constituyó en París un Comité de Solidaridad Latinoamericana. El primer acto de ese comité fue la realización de una conferencia de adhesión a las declaraciones del presidente Calles. Miguel de Unamuno, José Ingenieros, Eduardo Ortega y Gasset, Manuel Ugarte, Leonardo Pena, Hugo D. Barbagelata, Víctor Raúl Haya de la Torre y Carlos Quijano, cuyo discurso damos más abajo, fueron los encargados de exponer a la numerosa y entusiasta asamblea que se realizó en La Salle des Societés Savantes, el derecho que asistía al gobierno mexicano y la obligación en que estaban de acompañarlo en su actitud, todos los demás pueblos latinoamericanos» (Quijano 1989, pág. 11).

Compromiso con América Latina a través del unionismo latinoamericano, es el común denominador que atraviesa las dos actividades en París en las que, sobre un trasfondo intelectual fundante, parece articularse más a lo diplomático en la primera de ellas y más a lo político en la segunda. José Ingenieros fue en ambos casos –así como Quijano– uno de los portadores y expositores del mensaje latinoamericanista, lo que habla del reconocimiento de su prédica en tal sentido, llevada a cabo tanto desde París como desde Buenos Aires.

Esa relevancia de Ingenieros es destacada por Arturo Ardao en su «Prólogo» al libro de Carlos Quijano. Haciendo referencia al desenlace de la guerra entre Estados Unidos y México en 1848, al hacer visible la amenaza latente sobre Latinoamérica, «ofreció las condiciones en que rápidamente el latinoamericanismo, en su sentido propio, surgió» (Quijano 1989, pág. XXII); aportó como efecto no intencional las condiciones de posibilidad del latinoamericanismo, que, como ya consignamos implicó el nacionalismo defensivo de la gran nación latinoamericana –América Latina como una «nación de Repúblicas», según el título del libro que recoge diversos textos y conferencias de Carlos Quijano– nada más eficaz que un enemigo común para propiciar la unidad de la diversidad. No obstante, tal vez el latinoamericanismo que se ha ido forjando desde entonces, no se reduzca a una racionalidad estratégica, sino que en muchas de sus versiones –tal vez sea el caso de la de Ingenieros– se trascienda en una racionalidad práctica de fines según la cual la «nación de Repúblicas» es una finalidad valiosa –en lo político, pero también en lo económico, lo social y lo cultural– a realizar; valiosa de por sí con independencia de cualquier amenaza externa efectiva o posible.

En todo caso, Ardao distingue para ese latinoamericanismo dos etapas: la primera discurre entre la agresión estadounidense a México de 1848 y «el desenlace en 1898» –medio siglo después– «de la guerra entre Estados Unidos y España» (Quijano 1989).

> «A la etapa fundacional, –escribe– con su epílogo en la década del 90, iba a seguir otra de expansión como el latinoamericanismo no había conocido hasta entonces; etapa de ahondamiento cultural, por una parte, de activa combatividad política por otra» (Quijano 1989, págs. XXII-XXIII).

La nueva etapa del latinoamericanismo que inicia a fines de la década de los noventa del siglo XIX, sin resignar la dimensión

política de la unidad, profundiza la dimensión cultural; en esta profundización de lo cultural radica su novedad en el sentido fuerte –no entrópico– de la novedad de lo nuevo.

La segunda etapa que se abre entonces, en tanto etapa que viene a continuación de otra, implica continuidad, pero también cambio. Es en esta segunda etapa que el latinoamericanismo que implica el nacionalismo de la gran nación latinoamericana, asume una identidad antiimperialista (Quijano 1989, pág. XXIII) a la que luego, más allá del término de esta segunda etapa que Ardao localiza en 1925 –fundación de la Unión Latinoamericana por Ingenieros y su fallecimiento– frente a los fascismos europeos y criollos de los años treinta, sumará una identidad antifascista.

Así la caracteriza Ardao, destacando el papel singular que le cupo a José Ingenieros en su definición:

> «Esa segunda etapa resultó ser una segunda forma histórica de latinoamericanismo. Siempre por convención –no excluyente de otras periodizaciones según ocasionales puntos de vista– se le puede asignar, como a la primera, fechas puntuales de comienzo y término. Ambas referidas a episodios de igual significado, la aparición de *Ariel* de Rodó, en 1900, mensaje latinoamericanista directamente motivado por los acontecimientos de 1898, la fundación por José Ingenieros –l modo del olvidado Torres Caicedo– de una Sociedad pro Unión Latinoamericana, en 1925. Por primera vez en la historia del latinoamericanismo, el Río de la Plata pasaba a tomar, en una u otra capital, posiciones de iniciativa» (Quijano 1989).

Esta segunda etapa –queda claro– no se limita a ser la que cronológicamente viene después de la primera que inició y terminó con dos agresiones de Estados Unidos: a México en 1848 y a España en 1898 como los mojones que marcan el proceso.

La segunda etapa está marcada por esa historia de agresiones, que vienen a poner en la escena política e intelectual la cuestión del imperialismo y por ello «resultó ser una segunda forma histórica de latinoamericanismo», con un sentido explícitamente antiimperialista y con un inicio con el *Ariel* de Rodó de 1900 en un manifiesto intelectual y una culminación con la fundación de la Unión Latinoamericana por Ingenieros en 1925, que en línea con la estatura intelectual de aquél manifiesto, configura una emergente institucionalidad latinoamericanista; un inicio en el Montevideo de 1900, una culminación en el Buenos Aires de 1925 –«episodios de igual

significado»– en las que por «primera vez en la historia del latinoamericanismo, el Río de la Plata pasaba a tomar, en una y otra capital, posiciones de iniciativa».

Entre 1900 y 1925, entre Rodó e Ingenieros, entre el *Ariel* y la Unión Latinoamericana, el epicentro del latinoamericanismo en América Latina, había migrado al Río de la Plata.

Simbólicamente, Rodó e Ingenieros que, como había señalado Ardao tenían en la ciudad de Palermo en Italia un lugar determinante en sus biografías, para el primero el lugar de su muerte, para el segundo el de su nacimiento; en la periodización del latinoamericanismo que Ardao propone, comparten no intencionalmente la responsabilidad de delimitar la segunda etapa del latinoamericanismo desde un espacio estrictamente rioplatense; Rodó marca su inicio en 1900 desde Montevideo, e Ingenieros su culminación y cierre en 1925 desde Buenos Aires.

Ardao, dentro del concierto de aportes de la intelectualidad latinoamericana en su prédica antiimperialista en la que el latinoamericanismo era la alternativa al panamericanismo funcional a los intereses estadounidenses sobre nuestra región, destaca un discurso brindado por José Ingenieros en 1922 en Buenos Aires en perspectiva del que sería su acto fundacional de 1925:

> «Pasando por escritos y campañas latinoamericanistas de hombres como Roque Sáenz Peña, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Alfredo Palacios nada más revelador de la madurez alcanzada al final del período, que el discurso "Por la Unión Latinoamericana" que en homenaje a Vasconcelos pronunció Ingenieros en Buenos Aires, en 1922» (Quijano 1989, pág. XXV).

Y cita Ardao, algunos pasajes de ese discurso, destacando «la naturaleza del sistema económico» que estaba por detrás de «los sucesivos atropellos militares norteamericanos en el Caribe, México y Centroamérica en las dos primeras décadas del siglo», que Ingenieros también pormenorizó en su alocución:

> «Creemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisas y alabar la Unión Panamericana o prepararse en común a no fácil por los "muy grandes intereses creados a la sombra de poderosos

> sindicatos financieros". Más incisivamente denunciaba en el mismo pasaje "la ambición del capitalismo imperialista"».[7]

Comenta Ardao aquel discurso desde su futuro de 1925: «Prefiguraba aquel discurso –verdadero ensayo– el programa de la ya mencionada Unión Latinoamericana que el mismo Ingenieros fundó en marzo de 1925, donde tanto como al "panamericanismo" condenaba al "imperialismo"».[8]

Ese programa de Ingenieros de 1925, así como cerraba –en la periodización de Ardao– la segunda etapa del latinoamericanismo, abría a una tercera, en la que se inscribe el uruguayo Carlos Quijano cuya peripecia lationamericanista es el asunto del texto prólogo de Ardao que consideramos, quien –nueva curiosidad señalada por Ardao– nació en 1900 –cuando se abre con el *Ariel* de Rodó la segunda– siendo 1925 cuando aquella se cerraba con la fundación de la Unión Latinoamericana por Ingenieros. La generación de Quijano –desde aquellos antecedentes– abría esta tercera etapa, que como la segunda en relación con la primera, no solamente era cronológicamente nueva por ser posterior, sino que era una nueva, cualitativamente hablando, «forma histórica de latinoamericanismo».

La huella de la segunda etapa y la de Ingenieros como cierre de la misma, se imprimía en la nueva que se abría después de su muerte, que incluía su legado latinoamericanista intelectual e institucional, marcando a la generación que iniciaba esa tercera, en donde estaba el uruguayo Carlos Quijano como uno de sus más connotados integrantes; huella que Ardao registra en su prólogo montevideano a los escritos latinoamericanistas del fundador del semanario *Marcha*:

> «Un entero cuarto de siglo quedó encerrado entre las fechas de la que hemos considerado segunda gran etapa del latinoamericanismo. Por coincidencia relacionada con nuestro tema, la inicial de ellas, 1900, es la del nacimiento de Quijano; la terminal, 1925, la de la apertura por su generación, de la que fuera uno de los principales conductores, de una tercera también gran etapa,

---

[7] Quijano (1989), las citas las toma Ardao de José Ingenieros, «Por la Unión Latinoamericana», en el vol. *Hispanoamérica en lucha por su independencia* (Antología), México, 1962, pág. 222.

[8] Quijano (1989, pág. XXV), las citas están tomadas por Ardao de José Ingenieros, «Programa de la Unión Latinoamericana», en el vol. *Hispanoamérica en lucha por su independencia* (Antología), México, 1962, págs. 224-225.

> que vino a ser a la vez una tercera forma histórica de latinoamericanismo. No se comprendería bien su advenimiento, sin tener presente que fue en el marco de la segunda, después de todo, que aquella generación se reconoció y se ensayó como tal, para la milicia latinoamericanista y antiimperialista, desde su muy primera juventud» (Quijano 1989, pág. XVI).

Continúa Ardao, con nueva referencia explícita a Ingenieros y su significación en la generación latinoamericanista emergente y en Quijano como una de sus figuras más prominentes:

> «Profundizar esa circunstancia nos llevaría a internarnos en uno de los fundamentales aspectos del idealismo latinoamericano del 900, de decisiva influencia cultural y política en las mocedades de entonces: en el caso de Quijano, exteriorizada desde 1917 en el Centro "Ariel" y su revista del mismo nombre, de cuyas respectivas fundaciones fuera figura capital. Sería registrar, una vez más, el reconocido magisterio continental de Rodó e Ingenieros (dos nombres cuyo enlace en la iniciación del propio Quijano fue en toda su generación, aquí también por coincidencia, el personalmente más estrecho)» (Quijano 1989).

En Quijano el «enlace» entre Rodó e Ingenieros de «reconocido magisterio intelectual» en el «idealismo latinoamericano del 900» –idealismo del ideal– es valorado por Ardao dentro de la generación del fundador de *Marcha* como «el personalmente más estrecho», sinergia y eventual síntesis que en alguna medida tal vez puedan ser parte de la explicación de su posicionamiento como «uno de los principales conductores» de la tercera generación latinoamericanista.

Ardao pone a continuación en contexto el texto de Ingenieros «La revolución universitaria se extiende ya por toda América Latina» de 1924, que es un mojón en la transición de la segunda a la tercera etapa del latinoamericanismo en la que este se especifica como antiimperialismo, especificación que se profundizará a partir de 1925 en la generación latinoamericanista emergente que cuenta a Quijano en sus filas. Escribe Ardao:

> «Baste apuntar que antes de que el primer cuarto del siglo concluyera, la rápida propagación del movimiento de Reforma Universitaria desde la Córdoba de 1918, había infundido un espíritu nuevo al relacionamiento juvenil inaugurado en Montevideo en 1908, por el Primer Congreso de Estudiantes Latinoamericanos, que Rodó alentara. Cada vez más se ponía énfasis en

> la nota antiimperialista, inseparable de la latinoamericanista. Bajo el título de "La revolución universitaria se extiende ya por toda la América Latina", dirigiéndose a la juventud reformista acusaba Ingenieros, en 1924, a los tiranuelos que "han puesto sus pueblos a los pies del imperialismo capitalista norteamericano"».[9]

Quiero destacar el eje del «relacionamiento juvenil» que Ardao señala en esa trayectoria que va de 1908 a 1924 –otra vez asociadas las fechas a Rodó y a Ingenieros– que hace a un mojón de la que, con categorías más actuales, Hugo Biagini ha caracterizado e investigado como «contracultura juvenil» (Biagini 2012), y en la exposición de la cual registra numerosos aportes significativos de José Ingenieros.[10]

En segundo lugar, la identidad universitaria de esa «contracultura juvenil» que en el contexto de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 había irradiado a todo la América Latina, identidad que en el título mismo del texto de Ingenieros de 1924 se hacía explícita y en el que la «Reforma» apuntaba a profundizarse como «revolución» que «se extiende ya por toda la América Latina»; una revolución de la inteligencia.

En tercer lugar, ya enunciado, pero vale la pena volver a señalarlo, el antiimperialismo no sustituye al latinoamericanismo antecedente, sino que especifica, profundiza y redimensiona sus sentidos con explícita referencia a la dimensión económica –«imperialismo capitalista norteamericano»– no es cualquier imperialismo, sino relativo a un modo de producción y a un país que lo desarrolla por la mediación de la lógica del capital que impulsa en su beneficio y en detrimento de los «pueblos» de América Latina por la mediación corrupta de sus respectivos «tiranuelos» en ejercicio del poder político.

---

[9] Quijano (1989, págs. XXVI-XXVII), la cita de Ingenieros la toma Ardao de: José Ingenieros, «La revolución universitaria se extiende por toda la América Latina», en Gabriel del Mazo, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1941, vol. III, pág. 115.

[10] Estas son huellas «argentinas» de José Ingenieros, por lo que me limito a aludirlas sin analizarlas.

1.7 Arturo Ardao: José Ingenieros y la leyenda de Rosas como restaurador del orden colonial

Comienzo por aclarar que hablar de la «leyenda» para referirme a lo que con conocimiento pormenorizado y cautela epistemológica caracteriza más ajustadamente como «interpretación», es un riesgo que asumo para darle a la crítica de Ardao a la saga Echeverría, Lamas, Alberdi e Ingenieros que propone, desarrolla y –en Ingenieros– sistematiza esa «interpretación», el alcance de una lectura que eventualmente no intencionalmente constituye una «leyenda» –producto de esa lectura– que probablemente no se corresponde con los efectivos significados del papel de Juan Manuel de Rosas en su contexto argentino y regional, dando por buenas las razones esgrimidas por Arturo Ardao.

En su escrito «Interpretaciones de Rosas» (1978b), Arturo Ardao considera críticamente la interpretación que «presenta a Rosas como el espíritu de la contrarrevolución, actuando en nombre de los intereses coloniales» (Ardao 1978b, pág. 71), la que se remonta –escribe– a un discurso pronunciado en Montevideo por Esteban Echeverría en 1844, que reitera Andrés Lamas en *Agresiones de Rosas* de 1845 y, finalmente, Juan Bautista Alberdi en sus *Estudios económicos*, «donde llegó a afirmar que cuando Caseros "el antiguo régimen colonial caía con Rosas por segunda vez"» (Ardao 1978b).

Señala luego, «En tiempos posteriores el representante más característico de esa interpretación ha sido José Ingenieros. Es en realidad quien la ha sistematizado, dándole forma orgánica a aquellos ilustres antecedentes. "La Restauración", precisamente, se titula en su obra *La evolución de las ideas argentinas* la parte que trata de Rosas y de su época» (Ardao 1978b, pág. 72).

Mientras Echeverría –consigna Ardao– destaca que en la lógica restauradora el «paralelismo histórico de los grandes acontecimientos acaecidos en Francia, resalta en las diversas fases de la revolución Americana» (Ardao 1978b) según cita de Ingenieros; este, expresa Ardao, «recoge esa idea del paralelismo con el proceso europeo, pero prefiriendo referirlo a España antes que a Francia» (Ardao 1978b).

En esa línea argumental, al mismo tiempo semejante y divergente respecto de la tesis de Echeverría; Ingenieros –expresa Ardao–: «Formula así una suerte de principio que llama "homología histórica hispano-rioplatense" y que, en el caso, concluye en una

asimilación de la personalidad de Rosas a la de Fernando VII, el restaurador español del absolutismo monárquico del siglo XIX» (Ardao 1978b).

Concede Ardao que «El título que el propio Rosas se hizo dar de "Restaurador de las Leyes", facilita psicológicamente esta interpretación que bien merece llamarse clásica» (Ardao 1978b). Y agrega: «De acuerdo con ella el fenómeno Rosas se presenta, del punto de vista social, como una reacción de las clases privilegiadas del antiguo orden contra las fuerzas sociales revolucionarias» (Ardao 1978b, págs. 72-73). Como corolario que refrenda la tesis, Ardao cita en extenso a Ingenieros:

> «En todos los países europeos conmovidos por la Revolución, tuvo ramificaciones el plan internacional de la Restauración. No hubo uno solo, grande o pequeño, cercano o remoto, donde no se pusieran en contacto estrecho los partidarios del antiguo régimen, coaligándose para terminar con las "novedades del siglo". Las dos clases sociales que antes disfrutaban de mayores privilegios, eran las más damnificadas: el feudalismo y el clero. Uniéronse a poco andar, movidos por la comunidad de intereses, constituyendo un nuevo partido compuesto en cada país por los terratenientes y los católicos. En América, como en Europa, el proceso histórico de la Restauración fue general; sus diversas tiranías más o menos isócronas, fueron aspectos de la misma resistencia colonial a las nuevas doctrinas e instituciones».

Cita a continuación a Ingenieros en relación con la Argentina «hacia el final de la tercera década del siglo»:

> «Intereses económicos poderosos hacían desear un "gobierno fuerte" que devolviese a los terratenientes la paz y la riqueza, ya que toda prosperidad era imposible mientras las masas proletarias estuviesen apartadas del trabajo por la incesante sucesión de turbulencia».

Y culmina Ardao: «El partido restaurador no tuvo dificultad en encontrar su instrumento. Llegada la hora "no hubo disparidad de opiniones: Rosas"».[11]

En esa lectura y en la consiguiente leyenda, Rosas es solamente el instrumento de una lógica de restauración que viene a oponerse a toda revolución, lógica restauradora que como una suerte de ley ineluctable de la historia trasciende los espacios y tiempos.

---

[11] Ardao (1978b, pág. 73), Ardao toma las citas de las *Obras Completas* de José Ingenieros, vol. XVI, pág. 33 del apéndice y vol. XV, págs. 56, 59-60.

Más allá de la leyenda, como respuesta a ella y, por lo tanto en cierta medida desde ella, Ardao introduce su lectura de los hechos, su lógica y el papel de Rosas en ella:

> «El nuevo orden que de esta manera se instauró, no fue, de ningún modo, la mera restauración del orden colonial, basado en el tráfico monopolista de los comerciantes españoles de uno y otro lado del océano. Pero viejos intereses coloniales llegaron a consustanciarse con él, prefiriéndole al caos político y a las novedades doctrinarias del período de la revolución. Así, la Iglesia, mal avenida con la burguesía mercantil criolla y extranjera que sustituyó a la española, hubo de entenderse con el rosismo oficial, llevando a los altares la imagen del dictador. No le importó para ello transar con los excesos plebeyos y crueles de las turbas federales. Y Rosas hubo también de entenderse con ella, llegando a entregar la educación pública a los jesuitas, para "contener y dirigir" el gauchaje que fraternizaba en las calles de Buenos Aires con el proletariado de los arrabales porteños, semiurbano, semirural, creyéndose, juntos, los dueños de una situación que otros aprovechaban» (Ardao 1978b, pág. 85).

Sobre estas consideraciones, Ardao ajusta su juicio crítico sobre la leyenda de Rosas y el aporte de José Ingenieros a su montaje:

> «Es aquí donde reside la parte de verdad de la interpretación clásica, sistematizada por Ingenieros, que tampoco como la de Juan Agustín García[12] ha sido arbitraria. Su error ha estado en no abarcar el hecho en su totalidad y, por lo tanto, en su originalidad radical, considerando, en cambio, solo alguno de sus aspectos y descuidando otros, precisamente los más poderosos y llenos de vida en cuanto fenómeno social» (Ardao 1978b).

Frente a la lectura-leyenda de Rosas y el rosismo en la línea Echeverría, Lamas, Alberdi e Ingenieros –que la sistematiza– más contemporáneamente reforzada por Rodolfo Puiggrós en aplicación del «método marxista» (Ardao 1978b, pág. 73) –que Ardao también considera– y que da cuenta de su fuerza y persistencia más allá de los métodos de investigación explícitos o implícitos, que ven en el fenómeno un caso de una suerte de dialéctica histórica revolución-restauración que se cumple inexorablemente sea en Europa (Francia o España), sea en América; Ardao, reconociendo

[12] Juan Agustín García, nació en Buenos Aires en 1862 y falleció, en esa ciudad, en 1923.

que no es una lectura arbitraria, estima que hay un error de apreciación al «no abarcar el hecho en su totalidad» y «por lo tanto, en su originalidad radical»; de elucidar, comprender y comunicar esa originalidad, es de lo que se trata.

1.8 Ardao y el lugar de la psicología de José Ingenieros en la psicología latinoamericana

En su trabajo «Génesis de la Lógica Viva de Vaz Ferreira», habida cuenta que, Vaz Ferreira quien había publicado un *Curso de psicología elemental* en 1897 y que *Lógica viva* de 1910 es, según su autor, una suerte de «psico-lógica» en la que, justamente la dimensión psicológica de la obra es la que le insufla vida a su magnitud más estrictamente lógica, Arturo Ardao reflexiona sobre su eventual lugar en la «constitución científica de la psicología latinoamericana», en un ciclo que inicia con la *Psicología* de Enrique José Varona de 1888 y termina con *Los principios de psicología* de Ingenieros de 1911.

Escribe Ardao: «En una historia de la constitución científica de la psicología latinoamericana, acaso haya que asignarle un especial sitio en el característico ciclo que va desde la *Psicología* del cubano Varona de 1888 a la del argentino Ingenieros de 1911» (Ardao 1978a, pág. 181). Cuál pueda ser el lugar de *Lógica Viva* en ese ciclo es algo a considerar; mientras tanto los textos de Varona e Ingenieros son los que definen el ciclo en su inicio y en su culminación.

En la valoración de Ardao, pues, *Los principios de psicología* de 1911 de José Ingenieros, es una obra que culmina el ciclo de «la constitución científica de la psicología latinoamericana», en que la identidad positivista del pensamiento y la investigación de Ingenieros en el campo de la psicología se hace presente.

1.9 Tras las huellas uruguayas de *El hombre mediocre*

El libro de José Ingenieros *El hombre mediocre* tiene su primera edición en 1913. Ha tenido desde entonces muchas ediciones y tal vez, entre sus libros, pueda ser el de mayor difusión; el de mayor llegada a públicos lectores, más allá de lectores especializados. Conjeturo que puede haber sido objeto de muchas lecturas en Uruguay, pero estoy muy lejos de poder verificarlo.

Me limitaré aquí a registrar y comentar dos «huellas» de distintas maneras significativas y ambas, razonablemente recientes, lo que de suyo habla acerca de la vigencia del libro en lectores uruguayos actuales, sea directamente como acontece con estos dos lectores-autores que comentaré, sea indirectamente a su respectivo público lector, a través de un artículo de prensa en el primer caso y por medio de un libro en el segundo.

Bajo el título «Ayer y hoy. Un hombre mediocre», el doctor Adrián Báez –presumo que abogado– dirigente colorado-batllista en Salto, en el litoral noroeste uruguayo, publica la nota en el Diario *El pueblo* de Salto, el 18 de noviembre de 2019 (Báez 2019) que a continuación presento y procuro comentar:

> «Estimados lectores: leyendo el libro *El hombre mediocre* de José Ingenieros, cuyo verdadero nombre era Giuseppe Ingenieri, nacido en Italia en 1877, pero radicado en Argentina desde muy pequeño, estudiante del Nacional de Buenos Aires, quien luego se recibió de médico, también escritor, filósofo, sociólogo y político, fallecido en la ciudad porteña a los 49 años, en 1925».

Corto la cita en estas primeras líneas, por ser de carácter biográfico y por tener que señalar un error. Efectivamente, el nombre de pila original de Ingenieros era Giuseppe, como Báez afirma, pero su apellido no era «Ingenieri» –como también afirma– proponiendo una suerte de versión hispanizada del plural de «ingeniero» en italiano: a saber «ingegneri». En rigor, como Ardao lo señaló, el apellido original es «Ingenieros», tal como luce en la reproducción facsimilar del acta de nacimiento de Giuseppe Ingenieros el 24 de abril de 1877 en Palermo, que Ardao facilita en su artículo «Ingenieros de Palermo al Río de la Plata» (Ardao 2009, pág. 88) que ya he citado. Fuera de ese razonable error, siguiendo la «leyenda» establecida, el pasaje de Palermo a Buenos Aires «desde muy pequeño» omite –de hecho– la estancia montevideana de José Ingenieros en los años de su formación inicial; en esto, Báez no está solo.

Continúa el texto del doctor Báez:

> «... rescatamos parte del texto que, de verdad, sirve para que en los días que nos separan del acto electoral que definirá el futuro del país de los próximos 5 años, pero que cimentará las bases de los 25 o 30 venideros, pensamos concienzudamente a la hora de sufragar, qué modelo de país deseamos para que forje el porvenir en el que deseamos que crezcan nuestros hijos, constituyendo, también, la realidad de muchas naciones del mundo y, en particular, de

> nuestra América Latina, las que hoy padecen crisis sociales y políticas, quizás producto de la mediocridad de los que esporádicamente, ocupan el poder, y que, con sus acciones u omisiones, sepultan los anhelos de los pueblos y con ellos, el futuro» (Báez 2019).

En continuidad con las líneas biográficas, Báez anuncia que propondrá «parte del texto de Ingenieros» como aporte a las mejores decisiones de los ciudadanos en su participación en el acto electoral que el domingo 24 de noviembre de 2019 –seis días después de publicado su texto en la prensa salteña– elegiría en la segunda ronda electoral a la fórmula presidencial, como finalmente aconteció.

En la argumentación de Báez, esa elección no decidiría solamente sobre el período de cinco años de gobierno –que en este 2022 está promediando– sino –en una mirada larga de horizonte estratégico– por un cuarto de siglo o más. En atención a esa proyección del acto electoral de 2019, en el que se jugaría mucho más que un período de gobierno, los textos a presentar de Ingenieros vendrían a ilustrar sobre «la mediocridad», de la que hay que prevenirse para elegir a los representantes del pueblo, a los efectos de no hipotecar el futuro. La «mediocridad» del «hombre mediocre» sobre el que Ingenieros reflexiona y nos ayuda a reflexionar, lo descalifica para la responsabilidad política, sea la del ciudadano como elector, sea como gobernante; expresa un *pathos*, un *ethos* y un *logos* que no se debería aceptar pasivamente, emular, alentar o recrear, sino en la medida de lo posible combatir y procurar superar como sociedad.

A continuación, Báez reproduce la parte del texto de Ingenieros que percibe funcional a su propósito comunicacional:

> «Ingenieros sostiene en su obra que: "Cada cierto tiempo el equilibrio social se rompe en favor de la mediocridad. El ambiente se torna refractario a todo afán de perfección, los ideales se debilitan y la dignidad se ausenta, los hombres acomodaticios tienen su primavera florida"».

Los gobernantes no crean este estado de cosas, lo representan: «El mediocre ignora el justo medio, nunca hace un juicio sobre sí, desconoce la autocrítica, está condenado a permanecer en su módico refugio».

El mediocre rechaza el diálogo, no se atreve a confrontar con el que piensa distinto. Es inseguro y busca excusas que siempre se apoyan en la descalificación del otro. Carece de coraje para expresar o debatir públicamente sus ideas, propósitos y proyectos.

Se comunica mediante el monólogo y el aplauso. «Esta actitud lo encierra en la convicción de que él posee la verdad, la luz, y su adversario el error, la oscuridad. Los que piensan y actúan así, integran una comunidad enferma y, más grave aún, la dirigen o pretenden hacerlo».[13]

Coincide Báez con Ingenieros en lo que a la consideración de la mediocridad, sus causas, su identidad profunda, sus implicaciones y proyecciones sociales se refiere, por lo que cumple en su nota periodística con pretensión normativa, la «función de apoyo» (Roig 1981, pág. 178), que muy bien analizara Arturo Andrés Roig.

Continúa Báez:

> «El mediocre no logra liberarse de sus resentimientos, viejísimo problema que siempre desnaturaliza a la Justicia. No soportan las formas, las confunde con formalidades, por lo cual desconoce la cortesía que es una forma de respeto a los demás. Se siente libre de culpa y serena su conciencia si disposiciones legales lo liberan de las sanciones por las faltas que cometió. La impunidad lo tranquiliza».

Siempre hay mediocres, son perennes. Lo que varía es su prestigio y su influencia.

> «Cuando se reemplaza lo cualitativo por lo conveniente, el rebelde es igual al lacayo, porque los valores se acomodan a las circunstancias. Hay más presencias personales que proyectos. (...) La declinación de la "educación" y su confusión con "enseñanza" permiten una sociedad sin ideales y sin cultura, lo que facilita la existencia de políticos ignorantes y rapaces» (Báez 2019).

Báez, Ingenieros mediante, traza aquí otros rasgos de la condición mediocre, que lo hacen una condición no deseable en la sociedad, aunque, por lo que se dice, siempre existente y aparentemente inevitable: «Siempre hay mediocres, son perennes». Los «resentimientos» que el mediocre no puede superar y que en buena medida lo gobiernan, promueven un obstáculo subjetivo-objetivo para la «Justicia» a la que «desnaturaliza». La deformación de las «formas» en «formalidades» implica la desvalorización del

[13] Báez (2019), las comillas (...) dentro de la cita, respetan las del texto del doctor Báez, las que indicarían pasajes de *El hombre mediocre* de esta manera citadas, pero no está indicada la edición de la obra de Ingenieros usada y, por lo tanto, tampoco están indicadas las páginas de las que se extraen las citas.

«respeto a los demás» que incluye la tramitación de las relaciones interpersonales en la observancia de las formas de la «cortesía». Si comete falta moral, pero ella no es sancionada como falta en el ámbito normativo de la ley que hace a la convivencia social, entonces, en su fuero íntimo «se siente libre de culpa y serena su conciencia»; lo que legalmente no es sancionado, no tiene por qué serlo moralmente de acuerdo a un sentido de la moral reducida a la objetividad vigente del orden jurídico positivo; una moral acomodada y acomodaticia, inescrupulosa. De allí que «la impunidad» lejos de inquietarle –como no podría ser menos en una moralidad emergente en el contexto de cualquier eticidad que amparara la impunidad– «lo tranquiliza».

Hay mediocres con diferente «prestigio» e «influencia», que se identifican en lo sustantivo antes descripto. El reemplazo de «lo cualitativo» por «lo conveniente», la igualación del «rebelde» con el «lacayo» (que transforma la rebeldía en servidumbre y obediencia) y el acomodamiento de los «valores» a las «circunstancias» (y, por lo tanto, su instrumentalización en términos de un cálculo de beneficio personal), el desbalance a favor de las «presencias personales» –lo dado– frente a los «proyectos», lo posible/deseable, son las dicotomías que la mediocridad genera y resuelve en los sentidos señalados, de paso perpetuándose como parte sustantiva del paisaje social. La «declinación» –confusión y reducción– en la que la «enseñanza» desplaza –reduciéndola– a la «educación», que alimenta la reproducción de «una sociedad sin ideales y sin cultura» (entendiendo que la «cultura» y los «ideales» son motores centrales en la transformación de toda «sociedad» en el sentido humanizante de mejor sociedad), fungen como condiciones estructurales –y superestructurales– de «existencia de políticos ignorantes y rapaces» que procuran el ejercicio del poder para ponerlo al servicio de sus intereses particulares, políticos que se colocan así en el extremo radicalmente opuesto al de los sabios gobernantes del ideal clásico, que amaban por sobre todas las cosas la contemplación de la verdad y –a pesar de este trascendental interés y contra él– aceptaban ejercer las funciones del gobierno con la finalidad de aportar –desde su saber y desinterés en beneficios materiales personales– al mejor gobierno para la sociedad en su conjunto, con la sola búsqueda del bien común como horizonte de sentido.

Termina Báez su nota, sugiriendo que esa condición humana descripta por José Ingenieros en *El hombre mediocre* de 1913, más que oficiar como una suerte de anticipación de la sociedad salteña o uruguaya de 2019, lo hace como eventual causa eficiente.

Se trata, en la instancia electoral de noviembre de 2019, a los efectos de poder tomar la mejor decisión posible, ejerciendo el voto con «conciencia», «dignidad» y «responsabilidad», tener presente «la diferencia entre ser o no ser un hombre mediocre», justamente para evitar serlo o comportarse como tal en ese acto tan trascendente en que se define el futuro del país –en lo que a su gobierno se refiere– por cinco años, en los que se sentarán las bases de la vida política del Uruguay tal vez por veinticinco o treinta años:

> «Todo parecido con la realidad actual no es mera coincidencia, es producto de lo antedicho. A votar con conciencia, a votar con dignidad y responsabilidad. Que los 30 segundos que nos lleva introducir la papeleta en el sobre y éste en la urna, nos permita, al mismo tiempo, divisar la diferencia entre ser o no un hombre mediocre» (Báez 2019).

En 2021, Horacio Bernardo,[14] publica su libro *La inquietud y el sentido. Filosofía y vida cotidiana* (Bernardo 2021).

Estando yo «tras las huellas uruguayas de José Ingenieros», en este 2022 escuché a Bernardo en un programa radial y –entre otras referencias que el libro incluía– aparecía con bastante visibilidad, *El hombre mediocre* de José Ingenieros.

El libro –que Bernardo, a quien conocí como atento estudiante en mi curso de Filosofía en América Latina en la Universidad de la República, tuvo la deferencia de obsequiarme– quiere ser un aporte desde la filosofía al pensar como componente mediador para el mejor desempeño de la vida personal en lo cotidiano. Con ese propósito, como se lee en su contratapa, entre otras fuentes, el libro recurre a «obras del pesado y del presente», entre las cuales se encuentra el libro de Ingenieros de 1913, centro de mi interés en el contexto de este trabajo.

En el capítulo tercero del libro, que procura orientar a quienes lo lean frente al dilema de ser normal (Bernardo 2021, págs. 131-192),

[14] Horacio Bernardo, «escritor y conferencista» según se define, es Licenciado en Filosofía y Contador Público, egresado de la Universidad de la República, Uruguay, en la que se desempeña como docente en su Facultad de Información y Comunicación; nació en Montevideo en 1976.

luego de ilustrar y reflexionar sobre perspectivas que ponen «bajo sospecha» al «hombre anormal» (Bernardo 2021, págs. 150-165)„ pasa a hacerlo con aquellas que lo hacen respecto del «hombre normal» (Bernardo 2021, págs. 165-180). En relación con estas últimas, propone la categoría de «hombre gris», a la que caracteriza:

> «Hombre gris es toda aquella persona anónima, inserta en el cuerpo social, que resulta sospechosa por el hecho de estar más o menos bien adaptada. Esta sospecha se manifiesta bajo diversos nombres y construye una curiosa discriminación. Discriminación de la mayoría porque, así como se margina al hombre anormal, también se ha marginado al hombre de todos los días, aunque con mecanismos completamente diferentes. Y este proceso también tiene su historia» (Bernardo 2021, pág. 169).

Como mojones de esa historia del «hombre gris» y sus «muchos rostros» (Bernardo 2021), reflexiona sobre el libro *Los héroes* de Thomas Carlyle de 1841 (Bernardo 2021, págs. 169-170), luego sobre *Así hablaba Zaratustra* de Friederich Nietzsche, considerando especialmente su capítulo sobre las tres transformaciones del espíritu (Bernardo 2021, págs. 170-171). En la reflexión de Bernardo, tanto «Carlyle como Nietzsche son dos ejemplos de cómo el siglo XIX contribuyó a construir una imagen degradada del hombre normal» (Bernardo 2021, pág. 171). Ella implicaba «una curiosa discriminación hacia la mayoría de los hombres» (Bernardo 2021), en un proceso en que «se fue demonizando al hombre normal (entendido como uniforme y gris) de diversas maneras» (Bernardo 2021), tal vez no menos de cómo se demonizaba al hombre anormal, lo cual «contribuyó a que, en el interior de cada individuo, se reforzara el dilema sobre si ser o no ser normal» (Bernardo 2021), dado que «Ninguna de las dos opciones parecía estar exenta de rechazo» (Bernardo 2021).

Agrega Bernardo: «En el siglo XX, este dilema se potenció y continuó ampliándose. El hombre gris fue siendo demonizado con muchos otros rostros» (Bernardo 2021).

El primero de esos otros rostros de ese hombre gris que en el siglo XX vendrían a potenciar el dilema que se anunciaba en el XIX y en buena medida está en el centro de «la inquietud y el sentido» de que en el siglo XXI el libro de Horacio Bernardo se ocupa, es el del «hombre mediocre» a través de la reflexión sobre *El hombre mediocre* de José Ingenieros (Bernardo 2021, págs. 171-173).

Escribe Bernardo:

> «En 1913, el filósofo y científico ítalo-argentino José Ingenieros escribió *El hombre mediocre,* obra de gran difusión y que incluso hoy en día continúa reeditándose. Con ella contribuye a fomentar una idea negativa de los hombres y mujeres adaptados por considerarlos incapaces de propiciar cualquier progreso social» (Bernardo 2021, pág. 171).

En esa presentación, se hace visible el nacimiento de Ingenieros en Italia y en este sentido, aporta a liberarnos de la leyenda a que tantas lecturas que olvidaron u omitieron ese origen, contribuyeron.

Debo aclarar que no es patrimonio de no argentinos o específicamente de uruguayos –como Ardao, Báez y Bernardo– señalar el origen italiano de Ingenieros, sino que muy rigurosos investigadores argentinos, por cierto, también lo hacen (Ramaglia 2009, págs. 786-788).[15]

La referencia a las reediciones de *El hombre mediocre* que llegan hasta el presente, dicen acerca de la vigencia del libro al menos en el mundo de habla hispana. Finalmente, Bernardo traduce «hombre mediocre» que es –ya había dicho– la figura del «hombre gris» que Ingenieros acuña en su libro, como «hombres y mujeres adaptados».

El libro de Ingenieros, habida cuenta de su importante difusión, aporta objetivamente según Bernardo a «fomentar una idea negativa» de las personas humanas que sean identificadas bajo la categoría-expresión de «hombre mediocre» que en cuanto persona adaptada, se describe-evalúa como «incapaz de propiciar cualquier progreso social».

Se refiere luego a los «dos tipos de hombres inadaptados» que Ingenieros distingue al comienzo de su libro –«el *hombre inferior*» y «el *hombre superior*»– cuyas características describe (Bernardo 2021, págs. 171-172). De un lado, los extremos del *hombre inferior*, incapaz de adaptarse al medio social en que vive y del *hombre superior* con capacidades de pensamiento y acción para trascender a dicho medio social, «motor del progreso social» (Bernardo 2021, pág. 172), y del otro, –escribe– «el tercer tipo de hombre, el adaptado, que es el *hombre mediocre*» (Bernardo 2021).

[15] Además del nacimiento de Ingenieros en Palermo, Ramaglia menciona su radicación montevideana en la infancia.

En palabras de Ingenieros que transcribe, el *hombre mediocre* es «el hombre que nos rodea a millares, el que prospera y se reproduce en el silencio y en la tiniebla» y en relación estadística con los otros dos tipos humanos, constituye «una masa abundante de sujetos, más o menos equivalentes, acumulados en los grados centrales de la serie» (Bernardo 2021), es resultado «del medio, de las circunstancias, de la educación que se les suministra», «es una sombra proyectada por la sociedad (…) y está perfectamente adaptado a vivir en rebaño, reflejando las rutinas, prejuicios y dogmatismos», «En todo minuto de su vida, y en cualquier estado de ánimo, será siempre mediocre», se trata de «existencias vegetativas [que] no tienen biografía», cuya «cabeza es un simple adorno del cuerpo», que «piensan con la cabeza de los demás», «hueste mercenaria del primer hombre firme que sepa uncirlos a su yugo», los caracteriza la envidia que es «la pasión de los mediocres», tienen «franca incapacidad de concebir una perfección, de formar un ideal», exhiben «horror a lo desconocido» (Bernardo 2021, pág. 173), entre otras muchas características que lo califican negativamente.

En este sentido, siguiendo a Ingenieros, había escrito Bernardo: «El hombre mediocre no es digno de reconocimiento sino, por el contrario, de repudio. Ellos son agentes de retraso social, conservadores y rutinarios y se oponen a la originalidad y a la rebeldía» (Bernardo 2021, pág. 172). Y comentaba a continuación: «La persona común es puesta así bajo una despreciable sospecha, acusada de ser la que se resiste e impide la mejora social» (Bernardo 2021).

La apuesta de Ingenieros es por el *hombre superior* que «debe luchar entre esa masa de hombres grises y encontrar su lugar. Ese es el verdadero drama que importa para el progreso social» (Bernardo 2021, págs. 172-173).

El único valor que Ingenieros le reconoce al *hombre mediocre* es –escribe Bernardo– «el hecho de ser el contrapeso indispensable para que se despliegue la lucha de los hombres superiores» (Bernardo 2021, pág. 173). En palabas de Ingenieros: «es necesario (…) porque constituye el público de esta comedia humana en que los hombres superiores avanzan hasta las candilejas, buscando su aplauso y su sanción» (Bernardo 2021).

Luego Bernardo se refiere a «el *hombre masa*» en especial referencia al libro *La rebelión de las masas* de 1927 de José Ortega y Gasset (Bernardo 2021, págs. 174-176), a «las *clases medias*» reflexionando en particular sobre *La psicología de masas del fascismo*

de 1933 de Wilhelm Reich (Bernardo 2021, págs. 176-178), a «el *hombre inauténtico, hombre unidimensional*», considerando *El hombre unidimensional* que Herbert Marcuse escribió en 1964 (Bernardo 2021, págs. 178-179), que continúan con relación al *hombre gris* que había postulado, la saga de visiones iniciada por Ingenieros con su *hombre mediocre* en el libro de 1913. Queda pues colocado Ingenieros en muy buena compañía.

Más adelante en su libro, en la sección que se refiere a «La normalidad como dilema» (Bernardo 2021, págs. 180-192) con la que cierra el capítulo tercero, bajo el título «Todos bajo sospecha» (Bernardo 2021, págs. 183-190), Bernardo vuelve a mencionar a Ingenieros para sostener que el mecanismo que operaría en cada uno de nosotros en el sentido de sentir y pensar en el fuero íntimo que «La mayoría son los otros» (Bernardo 2021, pág. 188), en el caso de que se trate de mayorías descalificadas socialmente como es el caso de las identificadas bajo la categoría del *hombre mediocre*,

> «(...) es el que le permite a Ingenieros hablar tranquilamente del hombre mediocre como el mayoritario de una sociedad. Logra convencer a cada lector de que la inmensa mayoría de las personas son mediocres pero que, casualmente, ninguno de sus lectores lo es. Construye al hombre mediocre de un modo que siempre es alguien más. Según Ingenieros, el mediocre se caracteriza por no considerarse mediocre» (Bernardo 2021).

Agrega, en palabras de Ingenieros sobre los mediocres:

> «... están en todas partes, aunque en vano buscaríamos uno solo que se reconociera; si lo halláramos sería un original, por el simple hecho de enrolarse en la mediocridad. ¿Quién no se atribuye alguna virtud, cierto talento o un firme carácter?» (Bernardo 2021).

Concluye Bernardo:

> «En consecuencia, si el mediocre no se puede reconocer como tal, ¿quién podría saber por sí mismo que lo es? Si te examinaras para ver si estás entre los mediocres no podrías darte cuenta porque justamente eso caracteriza al mediocre: no admitirlo. Y si lo admitieras, ya no serías mediocre. La mediocridad, así construida, es algo que solo puede ser juzgado en los otros. Por eso Ingenieros puede rechazar a la mayoría y la mayoría leer gustosamente el libro de Ingenieros. De hecho, fue un libro muy popular» (Bernardo 2021, págs. 188-189).

1.10 Sobre huellas uruguayas de José Ingenieros, a pedido

Ricardo Nicolon,[16] respondiendo a mi solicitud de aportes para este trabajo que pudieran estar a su alcance, respondió por correo electrónico del 22 de abril de 2022, con el siguiente texto como anexo, que transcribo:

> «José Ingenieros fue un masón argentino destacado a principios del siglo XX. Observamos su influencia en la masonería uruguaya en primer lugar por sus dos obras más relevantes para el contexto masónico como *Hacia una moral sin dogmas* y *El hombre mediocre*. La primera obra porque la masonería en su filosofía rechaza todo dogmatismo propiciando la libre interpretación, tanto es así que sus principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad no están definidos, por lo que cada masón puede desarrollarlos a su mejor saber y entender. La segunda obra porque la masonería insiste en la permanente superación del hombre y no su estancamiento en la mediocridad. Varios masones uruguayos destacados han realizado trabajos sobre sus obras. En los planes de estudio masónicos se lo recomendó para desarrollar trabajos iniciáticos. Otro elemento a destacar es la influencia de su trabajo editorial con la publicación de revistas masónicas como *La Cadena de la Unión* de la cual en la biblioteca de la Masonería uruguaya se conservan un gran número de ejemplares. En dicha revista, en el número de noviembre del año 1925 encontramos un recuerdo masónico argentino ante su muerte; "Era sin duda alguna, la personalidad de José Ingenieros, múltiple y en cierto modo extraordinaria. Basta recordar que ha muerto en la edad en que comienza para casi toda la verdadera madurez intelectual, sin embargo, nos deja una obra que con rarísimas excepciones puede ser objeto de la actividad de un solo pensador. Dejando aparte la extensión de su obra, la serie de materias comprendidas en esta, donde alterna la filosofía con la ciencia, el arte, la sociología con la ética, prueba bien cuánta era su capacidad, su ilustración y sus preocupaciones. En nuestro país ha pasado un tanto inadvertido su gran valor, pues no siempre se sabía dejar de lado al hombre para reconocer al noble pensador que era. Tal vez la condición un tanto ingenua de nuestros intelectuales y de nuestras gentes que consideran de rigor la solemnidad para el sabio, hizo que no se reconocieran en él,

[16] Ricardo Nicolon, nació en Montevideo en 1956. Cursó estudios de filosofía en el Instituto de Profesores «Artigas» –en donde tuve el gusto de contarlo entre mis alumnos en Historia de las ideas en América– ha incursionado más recientemente en la masonería y en estudios de teología Además de este texto, agradezco a Nicolon que me haya advertido sobre la nota en que el Dr. Adrián Báez en *El pueblo* de Salto argumenta con finalidad política a partir de *El hombre mediocre*.

> por lo general, todos los valores que en el extranjero hacían de Ingenieros una de las personalidades más ilustres de la época"».[17]

> «Como se dice en el texto bíblico: "Nadie es profeta en su propia tierra" y así lo sufrió José Ingenieros que al día de hoy en la web oficial de la masonería argentina en su sitio Masones Ilustres, no figura este masón de renombre a nivel internacional».[18]

En esta nota, Ricardo Nicolon aporta en relación con las huellas de José Ingenieros en la masonería uruguaya, en la que su padre Salvador Ingenieros había tenido una relevante actuación. Destaca *Hacia una moral sin dogmas* y *El hombre mediocre* como las dos obras de Ingenieros de mayor impacto en ese ámbito, la primera porque argumenta a favor de la libre interpretación y la segunda porque lo hace en la perspectiva de la superación del hombre, criterios y principios que hacen parte de la identidad masónica. La alusión a trabajos realizados por masones uruguayos sobre sus obras y el testimonio de la recomendación de las mismas para trabajos iniciáticos de formación masónica en Uruguay, sustentan –sobre la palabra de Nicolon– la tesis de una recepción e impacto significativos de la obra de José Ingenieros en la masonería uruguaya.

Con toda una trayectoria existencial e intelectual desplegada en Argentina, «el recuerdo masónico» que con motivo de su muerte, fue publicado en 1925 en la revista masónica porteña *La Cadena de la Unión* –revista de la que el propio José Ingenieros fuera editor, ejemplares de la cual se localizan en la biblioteca masónica uruguaya y que Nicolon cita– reflexiona sobre las razones de un escaso reconocimiento en este país de un hombre cuyos valores «hacían de Ingenieros una de las personalidades más ilustres de la época».

---

[17] *La Cadena de Unión*, año 34, Segunda Época, Buenos Aires, noviembre de 1925.

[18] Nota del historiador de la masonería Ricardo Nicolon sobre el masón José Ingenieros y su influencia en la masonería uruguaya, Montevideo, 22 de abril de 2022.

Mi amigo Jorge Liberati,[19] respondiendo a mi consulta por huellas uruguayas de José Ingenieros, me respondió con el siguiente correo de fecha 29 de julio de 2022, que me autorizó a transcribir:

> «Creo que Ingenieros fue bastante leído al menos en Montevideo, incluso pasado el medio siglo, como ha ocurrido con otros autores importantes, aunque no dejara huellas registradas en nuestros autores, hasta donde sé».

Pero me parece que fue obra de las editoriales, más que nada, por lo que Ingenieros fue conocido aquí. Fue difundido por Losada ya en la década del cuarenta, con reediciones en los cincuenta (*Sociología argentina*, *Principios de psicología*, *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, *Hacia una moral sin dogmas* y quizá también, aunque no me consta, *El hombre mediocre*). Una editorial muy difundida en Uruguay, de prestigio reconocido y de importantes ventas.

El arraigado positivismo de Ingenieros (en auge todavía en aquella época) y su compromiso con las ideas progresistas de la época fue tal que hizo que llegara a ser leído por maestros y profesores, por universitarios de prestigio en las décadas políticamente calientes de los sesenta y setenta. Es todo conjetura.

Lo conjetural me hace pensar en ese espíritu renovador que impregnó la educación uruguaya con la tradición vareliana. Ingenieros tuvo como maestra en Montevideo a Aurelia Viera, representante conspicua de la pedagogía del Reformador, con buena disposición a Spencer y el positivismo. Hay pues cómo relacionar al pensamiento de Ingenieros con lo que mi madre recogió en el Instituto Normal de Señoritas a través de Leonor Horticou y Débora Vitale D'Amico, continuadoras de María Stagnero de Munar y de la maestra Viera.

La obra de la editorial argentina y la impregnación de las educadoras uruguayas por la posición humanista y cientista de Ingenieros podría explicar cómo fue que a mi madre le diera por leerlo y recomendarlo.

> Estimado, solo puedo decirte eso, pero tienes mi consentimiento para transcribir estas palabras como una nota al pie o como quieras en tu trabajo. Más no puedo hacer.

---

[19] Jorge Liberati nació en Montevideo en 1943; es profesor de literatura, escritor e investigador de filosofía; ha mantenido una consecuente dedicación al estudio del pensamiento filosófico uruguayo.

Quedamos «al habla».

Jorge.[20]

Previamente a este correo, Jorge Liberati me había manifestado que siendo adolescente su madre le había recomendado la lectura de *Hacia una moral sin dogmas*, lo que recuerda haber hecho con sumo placer.

En términos que no lo comprometen más allá de lo conjetural según su confesión, es relevante que un estudioso del pensamiento filosófico uruguayo como Liberati, identifique dos fuentes que pueden estar en la base de eventuales huellas uruguayas de Ingenieros.

Por un lado la tradición vareliana que desde José Pedro Varela, a través de Aurelia Viera llega a la formación inicial de Ingenieros en Montevideo con el aporte de la impronta de la vertiente evolucionista del positivismo spenceriano, la que –más allá de la maestra y su alumno– mantiene presencia en el Instituto Normal de Señoritas, en el que se formaban las maestras, a través de las destacadas pedagogas que Liberati menciona, presencia que en términos de formación e intereses, dan sentido a la de Ingenieros con su «posición humanista y cientista» a través de *Hacia una moral sin dogmas* en la biblioteca de su mamá –maestra normalista– y, especialmente, en el hecho de estimular a su hijo con su lectura.

Por otro lado, el papel de las editoriales, tan atendido hoy en renovadoras perspectivas de análisis de la historia intelectual, coloca –también conjeturalmente– a la editorial Losada en la condición de responsable de la posibilidad de huellas uruguayas de José Ingenieros más allá del contexto de enunciación de su pensamiento, por la edición y reedición de sus obras que hacen a la difusión de ese pensamiento.

Podría hipotetizarse sobre una suerte de círculo virtuoso entre la obra editada y la editorial: porque la obra vale, una editorial de prestigio –Losada en este caso– la edita; al tiempo que, porque la editorial de prestigio la edita, la obra –*a priori*– vale, y por ello es leída.

En el caso de la lectura de la obra de Ingenieros, la presunción *a priori* se confirma *a posteriori* a su efectiva lectura. De ello dan testimonio de manera objetivamente convergente, Liberati especialmente en relación con *Hacia una moral sin dogmas*, Bernardo

[20] J. Liberati, correo electrónico del 29 de julio de 2022.

en lo que a *El hombre* mediocre se refiere y Nicolon en relación con ambas obras en lo que hace a su valoración por la masonería uruguaya.

1.11 Conjeturas finales

Como lo anuncié en la introducción, la orientación de la búsqueda de «huellas uruguayas de José Ingenieros» en torno a los ejes del socialismo, el positivismo y el unionismo latinoamericano, resultó adecuada a la luz de los resultados hasta aquí expuestos.

En cuanto al eje del socialismo, la confesión de Emilio Frugoni, el más importante socialista uruguayo de todos los tiempos, de haberse sentido tocado por esa orientación del pensamiento y la acción a partir de haber escuchado en su temprana juventud a José Ingenieros; ateniéndonos al dicho popular «a confesión de parte, relevo de prueba», le da a la influencia de Ingenieros, carácter fundacional en Frugoni como socialista y, por lo tanto –Frugoni mediante– en el desarrollo del socialismo en Uruguay.

En lo referente al eje del positivismo, conjeturamos sobre una plausible influencia en Ingenieros de la matriz positivista de la primera enseñanza que recibió en Montevideo en su niñez, que sin lugar a dudas se potenció en los estudios realizados luego en Buenos Aires, habida cuenta de que el positivismo cientista y evolucionista era el que primaba en el Río de la Plata hacia fines del siglo XIX, potenciando a José Ingenieros como uno de sus más importantes representantes en el cambio de siglo.

La valoración de Ardao de *Principios de psicología* de 1911 como culminación del «ciclo de la constitución científica de la psicología latinoamericana», proceso iniciado por el cubano Varona en el siglo XIX, destaca este aporte original de matriz y espíritu positivista, científicamente relevante, de significación continental. Las consideraciones de *El hombre mediocre* de 1913, que en la valoración de Ingenieros es el caso de un modo de ser, sentir, pensar y actuar, inconveniente en la perspectiva –positivista– del progreso social, en lecturas desde el Uruguay del siglo XXI que hemos presentado y comentado, dicen, no obstante la crisis del positivismo en 1900, que aún opera entre nosotros, también por la mediación de Ingenieros, como crítica de la sociedad existente y propuesta normativa hacia la construcción de la sociedad posible y deseable que sobre la idea-fuerza de progreso, disputa hoy sentidos de sociedad, tal

vez no ya con visiones prepositivistas, sino de distintas maneras, anti-positivistas.

Respecto al unionismo latinoamericano, constatamos la valoración realizada por Frugoni y las muy analíticas y documentadas consideraciones de Ardao que como filósofo, latinoamericanista e historiador de las ideas hizo de este tópico uno de sus asuntos de profunda y documentada investigación, en la cual, análogamente a la valoración de los *Principios de psicología* de Ingenieros de 1911 como culminación del ciclo de «la constitución científica de la psicología latinoamericana», la fundación de la Unión Latinoamericana de 1925, es valorada como culminación del segundo período del latinoamericanismo que habría iniciado con el *Ariel* de Rodó en 1900; segundo período cuya novedad pasa por especificar el antiimperialismo como eje renovador y profundizador de su sentido, aportando así las condiciones de posibilidad para la tercera etapa, desde esa segunda etapa en la que, entre Rodó e Ingenieros, entre el *Ariel* y la Unión Latinoamericana «de igual significación», entre Montevideo y Buenos Aires, el Río de la Plata había pasado a ser epicentro del unionismo latinoamericano.

Más allá de los tres ejes de búsqueda, socialismo, positivismo y unionismo latinoamericano, registramos la documentada, fundamentada y respetuosa valoración crítica de Ardao a la interpretación de Rosas como restaurador del orden colonial que José Ingenieros habría sistematizado, aportando a consolidar esa leyenda.

No está de más reiterar que, según lo registrado en esta búsqueda de «huellas uruguayas de José Ingenieros», su libro *El hombre mediocre* de 1913 se hace presente en la meditación de la sociedad actual, salteña y uruguaya en el artículo de prensa en Salto de 2019 y de la sociedad uruguaya y la sociedad contemporánea al menos en su horizonte occidental moderno, en el libro de 2021. En ambos casos, la meditación incluye –explícita o tácitamente– llamados a la acción, en el plano político en un caso y en la dimensión personal en el otro, no obstante las inevitables interpretaciones de lo personal y lo colectivo que pueden estimarse.

Dentro de «las huellas uruguayas de José Ingenieros» la aproximación dentro de ellas a las huellas masónicas en la masonería uruguaya, de estatus conjetural como estas conjeturas finales, da cuenta de un eje de interés para ulteriores búsquedas.

Finalmente, investigar sobre «huellas uruguayas de José Ingenieros» a partir de su infancia montevideana, ha llevado a conjeturar sobre huellas uruguayas en José Ingenieros que, que no obstante de casi imposible verificación en términos de conocimiento, dada su plausibilidad no dejan de ser de interés en el plano del pensamiento.

Referencias bibliográficas

ARDAO, ARTURO

1963 *Filosofía de lengua española*, Montevideo: Editorial Alfa, referencia citada en páginas 3-8.

1978a «Génesis de la Lógica Viva de Vaz Ferreira», en *Estudios Latinoamericanos de Historia de las Ideas*, Caracas: Monte Ávila editores, referencia citada en página 29.

1978b «Interpretaciones de Rosas», en *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Caracas: Monte Ávila editores, referencia citada en páginas 26-28.

2009 *Escritos trashumantes. Trabajos dispersos sobre filosofía de América Latina y España*, rev. de María Angélica Petit, con prólogo de Hugo Biagini, Montevideo: Librería Linardi y Risso, referencia citada en páginas 3-9, 30.

2011 «El latinoamericanismo de ayer a hoy», en *Artigas y la Confederación. El unionismo hispanoamericano*, Montevideo: Fin de siglo, referencia citada en páginas 17, 18.

BÁEZ, ADRIÁN

2019 *Ayer y hoy. Un hombre mediocre*, recuperado de <https://diarioelpueblo.com.uy/ayer-y-hoy-3/>, referencia citada en páginas 30-32, 34.

BERNARDO, HORACIO

2021 *La inquietud y el sentido. Filosofía y vida cotidiana*, Montevideo: Paidós, referencia citada en páginas 34-38.

BIAGINI, HUGO

2012 *La contra cultura juvenil. De la emancipación a los indignados*, Buenos Aires: Capital Intelectual, referencia citada en página 25.

FRUGONI, EMILIO

1934 *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*, Buenos Aires: América lee, vol. VI, referencia citada en páginas 16, 17.

1953 *El libro de los elogios*, Montevideo, referencia citada en páginas 12-16.

MUÑOZ, MARISA Y DANTE RAMAGLIA

2001 «José Ingenieros: del socialismo positivo a la unión latinoamericana», en *Itinerarios socialistas*, comp. por Estela Fernández Nadal, Córdoba: Alción Editora, referencia citada en página 2.

QUIJANO, CARLOS

1989 *América Latina. Una nación de Repúblicas*, con prólogo de Arturo Ardao, Montevideo: Cámara de Representantes, República Oriental del Uruguay, vol. III, referencia citada en páginas 18-25.

RAMAGLIA, DANTE

2009 «José Ingenieros (1877-1925)», en *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latino» [1300-2000]*, ed. por Enrique Dussel; Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez, Ciudad de México: CREFAL y Siglo XXI, referencia citada en página 36.

ROIG, ARTURO

1981 *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 32.

TERÁN, OSCAR

1995 «José Ingenieros», en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, vol. II, referencia citada en página 7.

VÁZQUEZ GÓMEZ, ADOLFO

1925 «Introducción», en José Ingenieros, *¿Qué es el socialismo?*, Buenos Aires, referencia citada en páginas 10-12.

CAPÍTULO 2

El discurso juvenilista de José Ingenieros

HUGO BIAGINI*

En apretada síntesis, puede entenderse por juvenilismo a una creencia o ideología que acentúa el papel que juegan o deberían jugar las nuevas generaciones o los jóvenes y sus movimientos dentro del escenario mundial o situacional. Se trata de un rol protagónico que le es atribuido a la juventud por sí misma o ante una notoria marginación histórica experimentada por ese segmento etario y otros actores postergados de la sociedad, como la mujer y el trabajador, los países periféricos y las minorías étnicas o religiosas.

En consecuencia, todos esos sujetos vienen a representar algo análogo a lo que ha sucedido con tantas otras exteriorizaciones que también, como el juvenilismo, poseen sus respectivas reivindicaciones identitarias y procuran hacer pie en su singularidad a través de distintas tendencias sociopolíticas y expresiones vitales: feminismo, obrerismo, indigenismo, negritud, tercermundismo, redes solidarias o el propio conservacionismo, si estamos haciendo alusión al planeta y a la naturaleza como una entidad sustantiva del universo bíofisico, víctima a su vez de expoliación.

Sin remontarnos a etapas embrionarias, un breve repaso de la literatura orgánica nos mostraría que el juvenilismo aparece, con apreciable centralidad, en un puñado de heterogéneos voceros y expresiones culturales –clásicas o renovadas–, como las que en Nuestra América han dado a conocer desde Rodó, Ugarte y Alfredo Palacios al Che Guevara o Hugo Chávez, mientras que en Europa puede citarse a un Émile Zolá, Romain Rolland, Walter Benjamin,

* UNLa.

Ortega y Gasset, Herbert Marcuse o Stéphane Hessel. En el plano de las manifestaciones colectivas se encuentran afines con el juvenilismo diversos indicadores de la bohemia, el modernismo, la Reforma Universitaria, la contestación sesentista, la posmodernidad y la alterglobalización, según lo he procurado desenvolver en otras obras precedentes.[1]

Pretendemos sistematizar aquí los textos de y sobre José Ingenieros en torno a la juventud y, en menor medida, al movimiento estudiantil; textos donde se prolongan o renuevan los avances que en esa materia habían emprendido otros intelectuales de la época, como fue el caso de algunas de aquellas figuras mencionadas. Para concluir, haremos hincapié en algunas expresiones o entidades representativas del alumnado y la universidad que estuvieron en contacto con el mismo Ingenieros, a través del epistolario y otros medios comunicacionales.

2.1 Corpus principal

2.1.1 ¿Qué es el socialismo?

Con ese subtítulo, estamos aludiendo a un «folleto» de José Ingenieros cuya primera edición data de 1895. Fue publicado –originariamente– en Buenos Aires por la Biblioteca del Centro Socialista Universitario (cfr. Iñigo Carrera 1997), un espacio fundado en esa época por Ingenieros con otros compañeros suyos de la Facultad de Medicina en particular. Espacio al cual aludirá el propio Ingenieros en su prólogo *ad hoc* como dirigido a «estudiar y resolver los grandes problemas que agitan al organismo social», v. gr., la injusticia comunitaria; sin dejar tampoco de privilegiarse el alistamiento del alumnado junto a las masivas filas del proletariado mundial.[2]

En ese inspirado *corpus* textual, un Ingenieros aún adolescente (con 18 años de edad) y con una fuerte militancia socialista,

[1] Entre otras, obras como *La Reforma Universitaria* y *Nuestra América*, Buenos Aires, Octubre-UMET, 2018; (re)editado simultáneamente por la USAC (Universidad de San Carlos de Guatemala) en el mismo año.

[2] Hemos seguido la versión publicada en Santiago de Chile, por la Enciclopedia popular Ercilla, (circa 1927-1928, 71 págs.), la misma editorial que también habría de sacar el libro de Ingenieros, *Las fuerzas morales*, hacia 1936.

trazaba una tajante división entre «nuestros enemigos», los individualistas y quienes no pertenecían a la «escuela comunista» ni patrocinaban la propiedad colectiva de los medios de producción como sí lo haría el «socialismo científico» (págs. 30, 32, 6). No todas las fuentes bibliográficas a las que recurre Ingenieros responden puntualmente a esa orientación, como es el caso del pensador hispano-argentino Serafín Álvarez (págs. 69-70), invocado por Ingenieros como «distinguido jurisconsulto rosarino», sin aludir al pasado revolucionario de Álvarez en España pero sin dejar de identificarse con su ideario político, en cuanto –para Ingenieros– el mismo Álvarez seguiría presentando al socialismo a secas como algo no moribundo sino fecundador (pág. 63).

Además de apelar a otra fuente heterodoxa, el difundido libro de Henry George [Enrique Georges, sic], *Progreso y miseria*, donde se efectúa –para Ingenieros– una referencia ilusoria a un tipo de juventud no «raquítica y hambrienta», será en sendos capítulos finales –«Proletariado Intelectual» y «Los estudiantes y la cuestión social»–, cuando nuestro autor entre de lleno en la cuestión que nos concierne: la juventud y el mismo alumnado, a quienes les advierte que el socialismo –lejos de ser un movimiento destructor como lo pintaban los explotadores–, representa «el más noble de los ideales que han agitado a la humanidad y el más justo de los pabellones que los oprimidos enarbolan» (págs. 18 y 64).

Ingenieros convoca a la juventud estudiosa –específicamente universitaria– por varias razones: para incorporarla al derrotero socialista, para participar en una lucha titánica contra la familia y la sociedad, para hacerse cargo de la magna causa del «proletariado universal», junto a «la numerosa pléyade de artistas y literatos» que por aquel entonces reclamaban justicia al borde de la miseria (págs. 74 y 71). Invocando a un joven innominado pero distinguido profesor universitario, Ingenieros deploraría la educación superficial y engañosa, tanto como la frivolidad que imperaba en el plan de estudios impartido en el colegio secundario para aquella época (pág. 66).

Poco tiempo después, al evocarse en la Argentina un nuevo aniversario del 1º de mayo en el Club Vorwärts, el mismo Centro Universitario Socialista de la Juventud Estudiosa –que patrocinó el texto aludido con la participación activa de Ingenieros– lanza un

afiche para conmemorar esa significativa fecha, sin asistir a clases y poder celebrar la fiesta internacional de los trabajadores.[3]

2.1.2 De *El hombre mediocre* a «Juvenilia»

La obra más célebre de Ingenieros, *El hombre mediocre*, tuvo su origen en el curso sobre psicología del carácter –un *leit motiv* epocal– que aquél impartiera en la Facultad de Filosofía hacia 1910, siendo editado por el diario porteño *La Nación* y otras fuentes periódicas. Aquí nos valdremos de la revisión que hiciera el mismo autor siete años después, añadiéndole al libro una sugestiva dedicatoria: para los jóvenes «comprensivos e ilustrados», capaces de «formarse ideales y ennoblecer su vida». Ideales perfeccionistas que eran explicitados como aquellos que han de orientar a una filosofía del porvenir, ajena a la mediocridad y cercana a la excelencia

El accionar empeñoso de una juventud veinteañera permitiría viabilizar en definitiva el camino hacia nuevos horizontes emancipadores, tal como había acontecido en grandes momentos revolucionarios, aunque en esa etapa de su existencia Ingenieros aún trasuntaba resabios elitistas y meritocráticos, no solo en torno a una aristocracia natural o a individuos estimados superiores sino también en detrimento del mismo sufragio universal; resabios que, para algunos intérpretes, seguirían *mutatis mutandi* latentes en nuestro autor hasta sus últimos días.

Para Ingenieros, mientras la vejez, una variante de la mediocridad, representa una decrepitud que ha afectado a los máximos exponentes del conocimiento, el joven como tal empieza a adquirir, en el texto en cuestión, el relieve que luego le iba otorgar el autor al adjudicarle el sello disruptivo del ensueño, la innovación y el entusiasmo.

También se alude allí a las energías propulsoras que han permitido a los jóvenes acceder al gobierno en momentos especiales como los de la Revolución Francesa o la emancipación americana. Esta noción será transcrita en un pasaje que estuvo ausente en la primera edición de *El hombre mediocre*; una noción donde se acotaba que no todas las generaciones tienden siempre a lo mejor sino que a veces pueden reposar sobre glorias pretéritas y que debe

[3] Cfr. https://imagoteca.cedinci.org/s/imagoteka/item/12973.

entonces recurrirse a «los genios de su raza» para salir nuevamente retempladas.

En 1917, para la tercera edición de la misma obra, el vanguardismo juvenilista de Ingenieros se irá consolidando, cuando reestructura su libro y le añade un subtitulado de largo aliento: «Ensayo moral sobre la mediocridad humana como causa de rutina, hipocresía y domesticidad en las sociedades contemporáneas, con útiles reflexiones de idealismo experimental para que los jóvenes puedan evitarla educando libremente su ingenio, su virtud y su dignidad».

Un año más tarde, en la encuesta de una revista universitaria estudiantil, *El hombre mediocre* –del cual llegarían con el tiempo a lanzarse muchos miles de ejemplares– resulta elegido entre los cien mejores libros argentinos y como el más votado entre los diez volúmenes correspondientes a ciencias morales. Para el principal colaborador de Ingenieros, Aníbal Ponce, la aparición de esa obra señala un largo predominio sobre la juventud americana, por su soplo idealista y su optimismo final. El maestro Arturo Andrés Roig lo ha incluido dentro de la órbita de los manifiestos generacionales, de la literatura programática o de ideas que fue inaugurada por el *Dogma socialista* de Echeverría.

Estaríamos innmersos en un género poco explorado como tal y que tiene entre sus principales testimonios a otro libro publicado a partir de 1900 con notable suceso: el *Ariel* de Rodó, quien, pese a las diferencias doctrinarias con Ingenieros, se adelanta francamente al mismo cuando unge a nuestra juventud –«el obrero interior»– con la apostólica misión de desarrollar la democracia, la ciencia y la integración latinoamericana.

Con ello y con otras fuentes precedentes o paralelas puede rectificarse la animosa afirmación de Sergio Bagú –uno de los mayores estudiosos de Ingenieros– sobre *El hombre mediocre* como «la primera gran voz que se alzó en todo el continente para formar la conciencia de una nueva generación». En síntesis, los jóvenes pueden haber leído el texto de Ingenieros no solo como un llamado para su reposicionamiento comunitario sino también como una sagaz caricatura del profesorado, contra el cual embestirían frontalmente hacia 1918 en el manifiesto liminar de Córdoba.

Durante el ínterin, se publican en Madrid, hacia abril de 1917, dentro de la colección Rubén Darío (Imprenta de M. García y G. Sáez), varios trabajos de Ingenieros con el nombre de *Ensayos filosóficos*. En uno de esos ensayos, «Juvenilia», se amplía la propuesta

sobre los jóvenes estudiantes como quiméricos y soñadores, pero libres de prejuicios ante las opiniones consagradas y capaces de promover futuras grandezas; entre las cuales se destacan la forja de ideales constructivos, un arte original, los avances científicos, otra era civilizatoria y hasta una nueva moral para nuestra América, en contraposición con el arcaico espíritu europeo.

2.1.3 *Los tiempos nuevos* (1ª edición 1921)

Se recopilaron allí trabajos en torno a la Revolución Rusa que Ingenieros había difundido, bajo distintas denominaciones, entre 1918 y 1920 en publicaciones propias o ajenas, tales como *Nosotros*, *Revista de Filosofía* y *Claridad*.

En la advertencia a ese libro suyo, Ingenieros trae a colación la relevancia del cristianismo, el Renacimiento, la Reforma y la Revolución Francesa para la formación de una nueva conciencia moral. Con todo, según nuestro autor, el «advenimiento bolchevista» –la Revolución Rusa como tal– estuvo en situación de resultar más importante para la humanidad que aquellos grandes acontecimientos del pasado, por erigirse en una «nueva era histórica». De ahí el interés del propio Ingenieros para que la juventud –invocada en varios pasajes claves de la obra– se preocupara por indagar en esos «altos problemas» (Ingenieros 1956, pág. 9).

En uno de tales pasajes se hace alusión al grupo Claridad junto al llamamiento que efectuaron especialmente sus fundadores a dos sectores de distinta magnitud: los intelectuales del mundo y quienes habían inaugurado la Internacional del Pensamiento, con sede central en París. El espíritu de Claridad se va a apelar entonces como ínsito entre las nuevas generaciones y entre los jóvenes estudiosos en particular, quienes, despojados de las aterrorizadoras doctrinas tradicionales, simbolizaban «la más firme palanca» espiritual (Ingenieros 1956, pág. 45).

La versión inicial de ese texto acotado fue publicada por Ingenieros bajo el nombre *¡Claridad!* en el primer número de su publicación periódica del mismo nombre y con el siguiente subtítulo *Revista quincenal socialista de crítica, literatura y arte* (año I, n.° 1, 19 enero 1920, pág. 1). En esa misma entrega aparece la nota «Manifiesto de fundación del grupo Claridad francés», entre cuyos firmantes se encontraban Anatole France y Henri Barbusse, a los

cuales se van a sumar otras plumas como las de Lenin, Bernard Shaw y Gorki.

Las últimas palabras de esa obra alentadora no dejan de contener una memorable tónica equivalente en torno al desenvolvimiento juvenil:

> «Ha comenzado ya, en todos los pueblos, una era de renovación integral, de cuyas generosas proyecciones políticas, éticas y económicas, solo nos es dable entrever.
>
> »Tan magna obra necesita el pensamiento y la acción de la juventud entusiasta y optimista; ella puede labrar el Porvenir, porque no tiene complicidades con el Pasado; en sus manos están los ideales de justicia y las esperanzas de solidaridad, en esta hora inicial de los tiempos nuevos» (Ingenieros 1956, pág. 148).

2.1.4 *Las fuerzas morales* (y un plus) (1925)

El golpe favorable de gracia en la materia –la del juvenilismo– se va a producir circa 1925 –el mismo año que fallece Ingenieros– con la aparición de *Las fuerzas morales*, un libro póstumo dedicado «A la Juventud de la América Latina», una consigna que a veces aparece publicada como subtítulo. En ese texto, junto al declarado vanguardismo y antisenilismo de Ingenieros, se alude a una Nueva Generación –a todas luces, la de la Reforma Universitaria– no corrompida por una filosofía retardataria y encaminada hacia una empresa hercúlea: desenvolver la solidaridad y la justicia social. Ante la nueva conciencia histórica que surge en un mundo cansado de enfermos y de viejos (…), a los jóvenes –principalmente estudiosos– se les adjudica la capacidad de integrar la patria grande para evitar su colonización imperial.

Hacia el final de su tumultuosa vida, Ingenieros enarbola su evangelio ético, reuniendo un conjunto de «sermones laicos» –en honor a la juventud– que fueron editados por separado entre 1920 y 1923 como obra póstuma y que ya había publicado en su significativa *Revista de Filosofía* y otras fuentes periódicas (que él mismo califica como «estudiantiles y universitarias»).

En esa obra inédita (hasta la muerte de Ingenieros), *Las fuerzas morales*, han de culminar no solo las incursiones de nuestro autor sobre la juventud y su consabido juvenilismo sino también su propio panorama en torno a una Ética Funcional (…) que, junto en

parte con el texto ya citado al comienzo de este trabajo, incluye otros libros suyos como *El hombre mediocre* y *Hacia una moral sin dogmas*. A toda esa producción conjunta el mismo Ingenieros asociará textualmente –en su Advertencia como autor– con «un idealismo ético en función de la experiencia social» que no debía ser confundido «con los capciosos idealismos de la vieja metafísica».[4]

Antes de ocuparnos de lo que para Ingenieros representa la parte más valorable de la vida –la del elenco o clase plenamente juvenil y sus sectores afines o complementarios más allá de las diferencias etarias– nos corresponde encarar a aquellos sectores o tipos humanos que configuran el polo opuesto: el de los viejos o envejecidos, los inválidos, las sombras o los enfermos, carentes de ideales y hasta de impulsos, poseídos por el odio y la envidia, que o contemplan tan solo el ayer o viven únicamente en el presente y están impedidos de mirar hacia el porvenir.

Sin embargo, para José Ingenieros no bastaba con cumplir la premisa de ser apenas un joven de años, sino de no atarse a la esclavitud de las costumbres y contar con la capacidad de prever, soñar y solidarizarse, pues aquél tampoco se admite caer en la rutina ni dejarse llevar por la tradición, el fanatismo o los posicionamientos dogmáticos. A todo ello se le suman un sinnúmero de tabúes e impedimentos personales o grupales con diferentes especificidades:

1) los hombres maduros que son vistos como árboles torcidos;
2) los viejos que no solo logran ahogar en la juventud los ideales y rebeldías sino que también resultan refractarios a toda novelería;
3) quienes conspiran contra la paz con intrigas diplomáticas;
4) los que hacen correr sangre que no es la suya propia;
5) esos retardados filósofos que corrompen a la juventud con «disputas palabristas…».

Enfatizamos aquí –en su fuente libresca clave– los atributos que acompañan a la juventud en la óptica conceptual de Ingenieros. Entre esas filiaciones dominantes se encuentra en primer término –junto al entusiasmo y a una osada energía– la predisposición a no ser cómplice del pasado: en resumidas cuentas, a impulsar la renovación del mundo moral, lo cual implica, metafóricamente,

[4] Citamos de la edición de *Las fuerzas morales* fechada en Buenos Aires por los Talleres Rosso, 1933, pág. 7.

empuñar la Antorcha y pronunciar el Verbo por parte de una nueva generación incontaminada que no se guía tanto por la edad sino más por los ideales, el estudio y el espíritu. Se trata de llevar a cabo una fervorosa reforma ética, ideológica e institucional; una nueva conciencia histórica que trasmute los valores inveterados del derecho y la cultura.

En otros planos o sentidos, cada generación deberá anunciar una nueva aurora, volar más y más lejos, prometeicamente, en base al ingenio, la voluntad y el saber; a vivir y repensar la historia en su contemporaneidad, con mayor justicia social y con «los pueblos de nuestra América predestinados a confederarse en una misma nacionalidad continental» (pág. 25). Mientras que el primer imperativo humano consiste en aprender a pensar, el porvenir depende de la libre iniciativa de una juventud enfrentada con los intereses creados y dispuesta a promover la solidaridad.

Para concluir con la exposición de conjunto sobre sus piezas temáticamente afines de Ingenieros, nos ocupamos de la nota denominada «Juventud», escrita anónimamente por Ingenieros para su boletín mensual *Renovación* (enero 1924). Mientras se levanta allí la bandera de la patria continental se censura a la vez a la generación precedente por su carrera armamentista y por los alienantes empréstitos contraídos. Tampoco dejaba de ponerse en tela de juicio a diversos poderes fácticos –como objetivos contra los cuales apunta la Nueva Generación– para permitir que el Trabajo y la Justicia reemplacen al parasitismo y los privilegios. Entre esos factores adversos a la génesis de una nueva conciencia nacional figuran: «las oligarquías parlamentarias (…) la hiedra burocrática (…) las supersticiones religiosas, el imperialismo capitalista extranjero, la prensa mercantilizada, el academicismo artístico y literario».[5]

2.2 Abordajes

Pese al considerable relieve que hemos intentado acotar en torno al tratamiento que le ha merecido a José Ingenieros la juventud y, en menor medida, el propio estudiantado, ese tratamiento no llegó a ocupar un espacio tan destacado en la literatura pertinente como sí lo hicieron otros tópicos correlativos del mismo autor; siendo

[5] Las mayúsculas inusuales que aparecen en los últimos textos evocados pertenecen al mismo Ingenieros.

comparativamente soslayado en otros acercamientos como los de Oscar Terán o Néstor Kohan. Sin embargo, aunque hayan escaseado en proporción los trabajos específicos sobre la imagen del joven en Ingenieros, podríamos acotar una serie de contribuciones en torno a ese punto particular: desde los primeros abordajes de Agosti o Bagú a la más reciente nómina de aproximaciones temáticas, dentro de la producción disponible, para dar con textos más alusivos *ad hoc*.

Soslayándose o marginando las obras de mayor amplitud temática y para centrarnos en la bibliografía más en torno a Ingenieros, nos encontramos con sendas piezas librescas iniciales. Por una parte, la producción de Héctor Agosti –desde su primera edición en 1945 (Buenos Aires, Editorial Futuro)– evocaría el magisterio embrujado que Ingenieros había ejercido sobre los jóvenes, al imbuirlos de la inquietud hacia lo mejor y posibilitar que su texto capital, *El hombre mediocre*, se transformara «en el credo de las nuevas generaciones americanas» hasta alcanzar el rol de un libertador que les abriría grandes «perspectivas de futuro». Por otro lado, siguiendo a dicha fuente, tenemos el dato de que las revistas juveniles transcribían «los pasajes más encendidos de ese texto, las editoriales americanas reproducían su prólogo exultante (…) y en los bancos de los colegios los muchachos recitaban páginas enteras del libro que parecía elevarlos triunfalmente sobre la *aura mediocritas* execrable» (Agosti 1945, págs. 126-127).

Una de las grandes obras pioneras en la materia, donde se esboza nuestro asunto en cuestión –el del juvenilismo en Ingenieros– fue escrita en 1936 por Sergio Bagú, quien evocaría la multitudinaria asamblea antiimperialista efectuada en París hacia 1925 con la participación de intelectuales consagrados como Unamuno, Vasconcelos y Ugarte junto a exponentes más recientes como Haya de la Torre, Carlos Quijano o Miguel Ángel Asturias. En la intervención central del propio Ingenieros en esa memorable ocasión histórica, se recalcaría su *parti pris* en nuestro *leit motiv*: «La nueva juventud americana ha precisado la ideología de la lucha contra el imperialismo yanqui y todos los hombres mayores (…) deben declararse guiados y no guías» (Bagú 1955, pág. 221).

En la nueva edición de su libro sobre Ingenieros, Bagú volvería a abordar el juvenilismo de Ingenieros, pero tomando distancia frente al mismo con raciocinios equilibradores. Entre ellos:

> «El culto del juvenilismo está basado en la creencia de que la capacidad creadora es privativa de la edad juvenil. Con unas u otras palabras, Ingenieros lo enseño así durante lustros, con su prosa cálida y contagiosa. Él admitía, como aclarando el concepto, que joven de espíritu se puede ser aún algunos años después de serlo físicamente. Pero de sus páginas, donde el tema aparece a menudo, casi como una obsesión, se desprende que la capacidad creadora comienza a declinar a edad muy temprana. Estaba equivocado. Nada hay más difícil de encasillar dentro de épocas, en la vida del hombre, que la capacidad creadora» (Bagú 1955, pág. 230).

De todas maneras, el propio Bagú no dejará de reconocer, en honor a su figura consular, la parcial verosimilitud del planteamiento empírico del autor en cuestión: «Lo que en los jóvenes se observa en pleno vigor, con frecuencia, es esa emoción de lo nuevo y esa audacia constructiva que, aunque no constituyen propiamente la capacidad creadora, resultan indispensables para que el hombre no cese de andar. Ingenieros supo, como pocos, alentar en los jóvenes esa emoción y esa audacia» (Bagú 1955).

Con el nuevo siglo y el nuevo milenio se produce un salto pronunciado en el tiempo dentro de nuestro perfil temático específico: el de Ingenieros y la juventud.

En el primer caso aquí acotado, se lo hace por contraposición frente al disvalor de la ancianidad. Ante el «irreparable» tema de la edad, hacia 1912, mientras le daba forma al prototipo de su hombre mediocre, nuestro autor se declaraba inclinado a «ser un apóstol o un santo de algún ideal para nunca envejecer» tras haber exigido bastante tiempo atrás que un hombre de ciencia debía contar ya a sus 20 años con «ideas generales definidas y una orientación precisa» para llegar a convertirse en un profesional de valía. No obstante, pese a que la juventud constituía para él un inmenso don vital, puede darse un «viejo joven» que «gracias a su sensibilidad, sentido del humor, solidaridad y otras virtudes juveniles permanezca ajeno a los vicios del envejecimiento», por más que la vejez no sea una cualidad propia sino aportada por la juventud. En definitiva la capacidad de adaptación del joven difiere con las rigideces de las personas seniles, llegando a identificarse cosas tales como vejez y enfermedad (Matusevich 2004, págs. 1-6).

Para Tortorella (2005, págs. 109-135) donde más se transparenta en Ingenieros la mediocridad física, intelectual, moral y del carácter es en la vejez, por tratarse de un proceso regresivo que anula toda

capacidad superior individual. Sin embargo, para Ingenieros su idea de la senilidad no resultaba netamente etaria, puesto que la juventud no resulta un mero asuntos de estado civil y puede sobrevenir con alguna cana: «es un don de vida intensa, expresiva y optimista». Así y todo, predomina, por una parte, la correspondencia entre vejez y mediocridad, mientras que, por otra, sobresale la afinidad entre ser idealista y juventud, aunque para acceder a ésta última se requiera de un arduo proceso adquisitivo que va distanciándose del nivel biológico para acceder a cierta espiritualidad.

Un episodio destacable en el contexto juvenilista ingenierano, fue la aparición del libro de Pita González (2009), donde se destaca la originalidad de esos espacios intelectuales –dos constructos de Ingenieros como «santo y seña de las juventudes universitarias» (Pita González 2009, pág. 86)– en el cual constatamos diversos aspectos correlativos:

1) el legado de Rodó que resaltaba el papel del sabio como maestro de vida de las juventudes y también la exaltación de la juventud en términos de la «Nueva Generación» (pág. 49);
2) la apelación de Ingenieros a los jóvenes universitarios para crear una Unión Latinoamericana versus Unión Panamericana y su postulación de la juventud no mediocre para desarrollar las «fuerzas morales» y una «nueva conciencia social» (págs. 63-64, 148);
3) la caracterización de Ingenieros como un sabio que incentivaba a los jóvenes a desarrollar su conocimiento creativo no solo en el aula sino también en la calle (pág. 160);
4) la conferencia de 1922, «Por la Unión Latinoamericana», que llamaba a defender las fuerzas morales identificadas con el sector más joven de la intelectualidad (pág. 276).

En un texto complementario, Pita González (2018) nos evoca que la misma ULA fue fundada en la redacción de la revista *Nosotros*, por «hombres jóvenes e idealistas» para ejercer una «influencia intelectual sobre las jóvenes generaciones de Ibero-América» y que durante los primeros años de *Renovación* las alusiones a «los Maestros de las juventudes» incluían a Rodó, Martí, Ugarte y Vasconcelos, mientras que Ingenieros habría alcanzado ese «venerado lugar» con *El hombre mediocre* hacia 1913.

Según Pita y Bruno (2010), Ingenieros presenta en *El hombre mediocre* un repertorio de modelos y antimodelos de amplia acogida entre los jóvenes, a quienes les atribuye la capacidad para

desarrollar determinadas características: como la rebeldía ante los dogmatismos sociales, el individualismo para saberse independiente, defender su originalidad, encontrar un ideal y acceder a la creatividad. El joven que adquiere esos rasgos de perfeccionamiento denota un «idealismo romántico» en el cual los sentimientos adolescentes promueven el crecimiento y la lucha. Para ser verdaderos idealistas, los jóvenes deben transformar su pasión en razón. Si bien el joven tiene el germen del cambio solo una «selecta minoría» está dispuesta a realizarlo. En base a esa elite idealista, Ingenieros contrapone su mirada aristocrática a las tradicionales, cuyo poder político y económico no era adquirido a través del mérito.

Hemos encarado con antelación otros perfiles temáticos análogos por parte de Ricardo Melgar Bao, como su contribución al estudio sobre las universidades populares latinoamericanas y sobre el ascendiente reformista en España.[6] Nos detenemos acá en su artículo «Más allá de la recepción aprista», publicado en el *dossier* especial «José Ingenieros y sus mundos» que dio a conocer la revista *Políticas de la memoria* (n.° 2012-2013). Más en particular, mencionamos de allí el apartado crítico, «La Federación de Estudiantes y sus Maestros de la Juventud», perteneciente al artículo «Más allá de la recepción aprista. José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano», donde Melgar no dejó de advertirnos sobre el reconocimiento atenuado que la figura de Ingenieros alcanzaría entre los intelectuales peruanos. Por un lado, la instalación de Ingenieros como Maestro de la Juventud por el movimiento estudiantil junto a otras virtudes específicas suyas señaladas por figuras como las de Haya de la Torre o Mariátegui; por otro, las reservas que el propio Ingenieros pudo despertar con su larvado racismo antiindigenista, por caso, entre el grupo de exiliados peruanos en la Argentina, renuentes a admitir esa supremacía blanquiñosa de la cual nuestro autor no terminaría de apartarse por completo.

Jose Luis Mora García –miembro de la Academia Regional y Director de la *Revista de Hispanismo Filosófico* conectada con el Centro de Ciencias Sociales del CSIC– le ha salido al cruce a ese

[6] http://pacarinadelsur.com/homenaje-a-ricardo-melgar-bao/1950-homenaje-a-ricardo-melgar-bao-extension-y-reforma-universitarias-en-latinoamerica-y-espana

lugar común sobre la irrelevancia del pensamiento filosófico *stricto sensu* en el ruedo hispanoamericano (Mora García 2013). Para desmitificar ese tópico, Mora García ha incursionado, *inter alia*, en una de las obras más socorridas de José Ingenieros, *El hombre mediocre*, pieza ya clásica de la ensayística *nuestroamericana*, a la que se le ha procurado devolver su carácter reflexivo, más allá de las pretendidas o reales contradicciones que la misma ha dado lugar. Para ello, el mismo Mora se ha valido de una edición ad hoc de ese hombre mediocre.

Habida cuenta de la exégesis supracentenaria en torno a la producción de Ingenieros y al *boom* bibliográfico que estalló en el mundo académico en general, uno de abordajes más acotados sobre su visión de la juventud tuvo lugar hacia 2014. Así Alex Ratto entiende al joven de Ingenieros como un «agente activo de renovación» y hermandad latinoamericana, enfrentado a las viejas generaciones que han preservado el aislamiento y la injusticia social. Gracias a las fuerzas morales, emergen distintas cualidades positivas de la juventud: el entusiasmo, el idealismo, la solidaridad y la civilización subversiva (contra la apatía de la vejez, los intereses creados y el privilegio). En esa versión, ser joven para Ingenieros no es una cuestión biológica sino una cualidad ideal, porque existen viejos de poca edad y jóvenes añosos; ergo: no resulta del todo suficiente y determinante la condición etaria. Una ilustrada minoría de la Nueva Generación de los pueblos latinoamericanos estaría predestinada a confederarse en una misma nacionalidad para evitar su colonización (Ratto 2014).

Al cumplirse el simbólico centenario del llamado grito de Córdoba, vieron la luz diversos libros sobre la Reforma Universitaria. Entre ellos, el de Pablo Requena, *Derivas de un dirigente reformista. Deodoro Roca (1915-1936)* (2018); el de Eduardo Dalmasso, *1918. Raíces y valores del movimiento reformista* (2018), ambos publicados por la Universidad Nacional de Córdoba y el de varios autores, *A 100 años de la Reforma Universitaria*, por la Universidad Nacional de Hurlingham (2018). En el primero de esos textos se le atribuye a Ingenieros la «teoría» de que la juventud y cada nueva generación –con mayúsculas– se hallaba munida de valores e ideales, tendientes a producir la evolución moral de la humanidad, mientras no dejaba de postularse la oposición entre Mundo Nuevo/Viejo Mundo o entre América joven y pura/Europa vieja y corrompida. Para Dalmasso, Ingenieros trazaba el paralelismo entre juventud e

innovación como lo sostuvo el movimiento modernista y advirtió la problemática de la mediocridad intelectual que iba a cuestionar la misma Reforma Universitaria. Finalmente, en el último texto mencionado, Sergio Balardini enunció varios puntos en común entre los enunciados del *Manifiesto Liminar* y los sermones laicos del propio Ingenieros.

Como excursus culminante, apuntamos dos textos alusivos de Mariano Plotkin: su colaboración para la enciclopedia de historia latinoamericana con su «José Ingenieros, *El hombre mediocre* and the struggle for survival» y una obra cumbre, su laborioso *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo* el cual fue objeto de una merecida difusión y recepción libresca. Según retoma Plotkin enriquecedoramente, Ingenieros habría cargado contra la mediocridad y la vejez por atribuirles una alta cuota de insensibilidad, mientras exalta, por lo contrario, al sector juvenil no solo como factor de cambio social sino también como reaseguro para acceder a los más altos ideales. Todo ello le habría aportado a nuestro autor central una vasta legión de seguidores, ávidos por acceder a la lectura de su *hombre mediocre*, que llegó a lograr verdaderos *records* de venta y edición junto a cuantiosos comentarios bibliográficos en torno suyo, lo cual el propio Plotkin pondrá bien de manifiesto así como se detiene minuciosamente en la importancia capital que implicó la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, más allá de la significación que su mismo artífice alcanzaría a concederle.[7]

2.3 En síntesis

Sumariamente hablando, mientras se afianzaba la convicción de que entre los jóvenes primaba un temple idealista, personalidades tan influyentes como la de José Ingenieros, director de una revista de filosofía con alcance supranacional y fundador de la Unión Latinoamericana, irían aún más lejos, al asociar la juventud con la izquierda doctrinal y al aducir que quienes no se acercaran a ese espectro ideológico, por escasa edad que tuviesen, reflejaban un estado de obsolescencia total. Con ello se formulaba un entrañable planteo emancipador para nuestro continente: la negación del

[7] Véase la esmerada recensión de Cristina Beatriz Fernández al libro de Plotkin sobre Ingenieros, *Estudios de teoría literaria*, julio 2022, págs. 178-182.

tiempo físico y la asimilación del ser joven con los compromisos por el cambio social; al punto de adoptarse la fantástica creencia de que existen jóvenes ancianos y viejos jóvenes.

El propio Ingenieros había perfilado varios de sus libros en función de tal raigambre juvenilista: *El hombre mediocre* (1911), *Hacia una moral sin dogmas* (1917) y *Las fuerzas morales* (1925). Más acotadamente, Ingenieros, poco antes morir, haría llegar a una multitudinaria asamblea de latinoamericanos en París, su imagen sobre la nueva juventud de nuestra América, como aquella «que había precisado la ideología de la lucha contra el imperialismo yanqui» y a la cual «todos los hombres mayores (…) debían declararse guiados y no guías» (Ingenieros 1928, págs. 17, 23 y 25). El mismo maestro argentino había señalado que la declamación lírica y patriotera no solo llegó a desencantar a la juventud continental, sino que esta también procuró formarse una nueva ideología frente a los prejuicios inveterados.

Un apartado final para destacar la dimensión continental de nuestro homenajeado. Una dimensión que, entre otras tantas, llegó a ponerse de manifiesto mediante las misivas que Ingenieros recibiría por parte de la juventud y del estudiantado universitario en particular. No descartamos tampoco las consideraciones que Ingenieros obtiene de sus colegas y congéneres en torno a su ascendiente epocal.

Ello puede verificarse a través de la correspondencia que le dirigieron, allende las fronteras, figuras como Haya de la Torre, Germán Arciniégas, Roberto Meza Fuentes y sus propios compatriotas Gregorio Bermann, José María Monner Sanz *et alia* o nombres consagradas al estilo de un Vasconcelos, Varona o Palacios, no quedando prácticamente ningún país de América Latina sin hallarse representado en dicho epistolario: desde el sur-sur a México.

Así han abundado entonces las páginas y mensajes de asociaciones y centros de alumnos, los ateneos juveniles y las federaciones universitarias junto a los muy diversos calificativos de Ingenieros como gran maestro, miembro honorario, defensor ejemplar de la Revolución rusa o la propia instalación de su *Revista de Filosofía* entre lo más alto del pensamiento hispanoamericano.

Entre las imágenes exaltadoras que también se desprenden de esa misma correspondencia se encuentran tanto el ditirambo que le brindaron sus admiradores –de una revista como *Juventud* de la

Federación de Estudiantes chilenos que sostuvo hacia 1920 que el retrato de Ingenieros los acompañaba todo el tiempo junto al de Enrique Rodó y Romain Rolland– como los reparos de sus mismos críticos, quienes, pese a sus «más hondos desacuerdos ideológicos» le reconocen a Ingenieros la infrecuente «valentía y el talento de definirse».[8]

Por otro lado, también se hallan esos corresponsales que le solicitan la redacción de una carta para la muchachada universitaria colombiana en respuesta a trascendentes cuestionarios: «¿Qué carácter común debe perseguir la revolución universitaria de América. Están preparadas las juventudes para emprenderla?» (Arciniégas. Bogotá, abril 1923). El recuerdo de un ilustre exiliado: «Desde el primer alto de mi camino al destierro, envío al gran maestro mi saludo cordial».[9] O el envío de un temprano convite partidario:

> «Compañero Ingenieros: Habiendo resuelto este Centro [Recreativo de la Juventud Socialista] dar una velada literario-musical, para inaugurar su fundación, el día 19 de Junio en el local del Wörward [sic] (Rincón 1141) la C.A. me encarga solicitar de V. su cooperación, pronunciando un discurso, en dicho acto, a fin de dar mayor brillo y realce a la velada» [Buenos Aires, mayo 20 de 1897].

Aristocratizantes o discriminatorias, mesiánicas o redentoristas, las enfáticas enunciaciones de José Ingenieros sobre el papel protagónico de la juventud, un sector etario radiado de la historia oficial como tantos otros grupos milenariamente pospuestos –mujeres, trabajadores, hombres de color, minusválidos, desposeídos– han urdido un megarelato contrahegemónico, análogo al que levantaron en distintas latitudes los propios movimientos estudiantiles o relevantes intelectuales y políticos: desde Jules Michelet y Romain Rolland hasta Walter Benjamin, Ernesto Guevara, Herbert Marcuse y el propio Hugo Chávez, ya en nuestra más palpitante actualidad.

No resulta entonces un episodio banal que los propios estudiantes latinoamericanos decidan postular a Ingenieros como «Maestro de la Juventud»; distinción que también hicieron extensiva a otros venerables personajes, como José Martí, González Prada, Rodó, Vasconcelos, Varona o Alfredo Palacios.

---

[8] José Gabriel en carta fechada en Buenos Aires desde la Asociación Cristiana de Jóvenes, 28 de junio 1922.

[9] Una postal de Haya de la Torre fechada en Panamá un 20 de octubre de 1923.

Referencias bibliográficas

AGOSTI, HÉCTOR

1945 *Ingenieros. Ciudadano de la juventud*, Buenos Aires: Juárez Editor, referencia citada en página 56.

BAGÚ, SERGIO

1955 *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires: El Ateneo, referencia citada en páginas 56, 57.

INGENIEROS, JOSÉ

1928 *Teoría y táctica de la acción renovadora y antiimperialista de la juventud en América Latina*, Buenos Aires: Centro Estudiantes de Ciencias Económicas, referencia citada en página 62.

1956 *Obras completas*, vol. 16: *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires: Elmer, referencia citada en páginas 52, 53.

IÑIGO CARRERA, NICOLÁS

1997 «Documentos para la historia del Partido Socialista», en *Razón y Revolución* (1 de marzo de 1997), recuperado de <https://razonyrevolucion.org/documentos-para-la-historia-del-partido-socialista/>, referencia citada en página 48.

MATUSEVICH, DANIEL

2004 «José Ingenieros, el envejecimiento y la vejez», en *Temas de historia de la psiquiatría en la Argentina*, n.º 20, referencia citada en página 57.

MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS

2013 «*El discreto*, de Gracián, a *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, tres siglos de modernidad olvidada», en *Valenciana*, n.º 11, referencia citada en página 60.

PITA, ALEXANDRA Y PAULA BRUNO

2010 «Definiendo su propia emoción. Una relectura de *El hombre mediocre* de José Ingenieros», en *Estrategias del pensar*, Ciudad de México: UNAM, referencia citada en página 58.

PITA GONZÁLEZ, ALEXANDRA

2009 *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, Ciudad de México: Colegio de México y Universidad de Colima, referencia citada en página 58.

2018 «El capítulo faltante. La Unión Latinoamericana entre 1926 y 1927», en *Cuadernos de Historia*, n.º 21, referencia citada en página 58.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 61.

RATTO, ALEX EMANUEL

2014 «La conceptualización de joven por José Ingenieros en las inmediaciones de la Reforma Universitaria de 1918 y la Unión Latinoamericana», en *América Latina desde América Latina*, comp. por Adriana Pifferetti, Rosario: Iracema, referencia citada en página 60.

TORTORELLA, ROBERTO

2005 «Las brechas del discurso. Positivismo y reforma moral en *El hombre mediocre* de José Ingenieros», en *Estudios sociales*, referencia citada en página 57.

CAPÍTULO 3

La democracia funcional de José Ingenieros y la de Saúl Taborda

CARLOS A. CASALI[***]

Corría el año 1934 cuando el periódico *Nuevo Frente* abrió la polémica en torno del carácter fascista de un programa político que oscuramente era atribuido a «dos de los prohombres de la Reforma Universitaria», Carlos Astrada y Saúl Taborda, supuestos autores del manifiesto «Joven Argentina».

Todo era aquí bastante poco claro. En primer lugar, porque el manifiesto estaba presentado como la base programática de un movimiento que «aún no ha aparecido a la luz pública» después de un año de redactado, lo que dejaba a esa agrupación política bajo un extraño cono de sombras. Esta extrañeza se veía reforzada por el carácter meramente conjetural respecto de la existencia misma de ese movimiento, pues, «a pesar de la falta de publicidad, se ha hecho ya en torno a "Joven Argentina" cierta discusión pública, que obliga a reconocer la existencia del movimiento». Dicho en otros términos, tanto el programa de Joven Argentina cuanto el movimiento político que se organizaría en torno suyo resultaban ser no mucho más que el *supuesto* de cierta discusión pública sin llegar a constituirse como un *objeto real* sobre el que se discute.[1] En segundo lugar, porque la supuesta autoría por parte de Taborda (y Astrada) no pasa de ser una mera inferencia sin base sólida

* UNLa.

** Este trabajo recoge con ligeras variantes los argumentos presentados en el capítulo II.4.6, «Democracia funcional», en Casali (2012).

[1] *Nuevo Frente*, I, n.º 4, 5 de septiembre de 1934.

(«adjudicamos la paternidad del temario de 'Joven Argentina' al doctor Saúl Alejandro Taborda y al señor Carlos Astrada, por ser quienes lo difundieron entre estudiantes e intelectuales de Córdoba»), sostenida pese a que «según versiones que nos han llegado, el doctor Taborda rechaza la paternidad de ese documento y tampoco se solidariza con su contenido».[2]

A pesar de estas oscuridades –o gracias a ellas– el interrogante que abrió la polémica («¿Cree usted que 'Joven Argentina', programa político concebido por intelectuales reformistas, es de carácter fascista? ¿Por qué?»)[3] fue capaz de impulsar un breve debate en torno de aspectos centrales del pensamiento político en aquellos convulsionados años treinta y tuvo en Taborda a un referente fundamental. Y, puesto que el contenido y la autoría del manifiesto no estaban del todo claros como para vertebrar la discusión alrededor de esas bases un poco endebles, los encuestados van tomando en consideración un espectro más amplio y se refieren fundamentalmente a la conferencia que Taborda había dado el año anterior en la Universidad Nacional del Litoral y que fuera publicada con el título de *La crisis espiritual y el ideario argentino* y, también, al manifiesto del FANOE, redactado por Taborda y hecho público en setiembre de 1932.

En la conferencia de 1933 Taborda había sostenido la idea –no demasiado explicitada, por otra parte– de una posible superación de la democracia liberal parlamentaria por la vía de una democracia funcional y será precisamente esta propuesta la que sonará fascista a los encuestados. En la base de esta imputación está también la idea de que la democracia funcional propuesta por Taborda coincidía con la que, por esos años, proponía Ibarguren para articular el proyecto corporativo de Uriburu.[4] Esta misma interpretación es la que va a sostener más tarde José P. Barreiro cuando acusa a Taborda del intento de superar la crisis política por la vía de una

[2] *Nuevo Frente*, I, n.° 5, 12 de septiembre de 1934.

[3] *Nuevo Frente*, I, n.° 4, 5 de septiembre de 1934, reproducido en los tres números siguientes que dieron cobertura a la polémica.

[4] Sostendrá Juan Zanetti, uno de los encuestados por *Nuevo Frente*, que «la democracia funcional es el ideal de las clases más reaccionarias y de los intelectuales a su servicio. Instaurada en Italia fascista y en camino de hacerlo en Alemania, Uriburu en nuestro país tuvo también la idea de imponerla. Viñas, Ibarguren, teóricos fascistas, le dirigen alabanzas», *Nuevo Frente*, I, n.° 7, 26 de septiembre de 1934.

democracia funcional que no es la de «Greef que tanto entusiasmaba a Ingenieros, sino el corporativismo, es decir, el remedio fascista que Ibarguren ya propiciaba» (Barreiro 1955, pág. 168).

En este trabajo haremos una reseña de aquella polémica, comenzando por el desarrollo que hace Taborda de su idea de «democracia funcional» con la intención de despejar algunos equívocos, ante todo, el equívoco de que su pensamiento político tenga, en este punto, algún parentesco con el de Ibarguren.

3.1 La democracia funcional en La crisis espiritual y el ideario argentino

La comprensión del modelo político que Taborda comienza a articular sobre la base antropológica del hombre precapitalista y que culminará años después dentro del formato institucional del federalismo comunitarista, comienza a esbozarse, en la conferencia de 1933, como *democracia funcional*, con ambiguas resonancias a izquierda y derecha del espectro ideológico y político. Ambiguas, porque, las referencias de Taborda a este tema son muy breves y generales. A uno y otro lado del espectro ideológico, porque Taborda tenía como marcos referenciales dos propuestas divergentes de la democracia funcional, la de Ingenieros y la de Ibarguren, y se aparta de ambas.

Veamos primero, entonces, qué es lo que dice Taborda sobre este tema en el año 1933. En la *Crisis*, sostiene que

> «(...) tengo para mí que lo que nos conviene es instaurar una democracia funcional porque me parece ser la que responde con más eficacia a una expresión de la voluntad nacional que sea móvil, rápida, fluyente y dinámica, como lo es la vida moderna. Forma ágil y presta que se acomode a las sucesivas variaciones del flujo vital, forma que disponga del recurso inmediato y no la pesada maquinaria que hoy nos dicta una ley de emergencia muchos años después de pasada la necesidad que la reclamara, como lo muestra la situación de la agricultura indefensa y a merced de la especulación de la banca internacional, como lo muestra la situación del petróleo, como lo muestra la situación de las clases pobres, como lo muestran todos nuestros problemas irresolutos.
>
> No poseo la fórmula salvadora. Pero está fuera de duda que solo podrá encontrarla quien sepa compenetrarse de las aspiraciones de la conciencia

> argentina en este momento de su historia y pueda revisar el sistema vigente a la luz de un orden acorde con ella.
>
> No es esta una misión que pueda ser encomendada al partido político. A ningún partido político se le puede pedir que se decrete el suicidio, o que, por lo menos, comparta con otros órganos de nueva creación el manejo de la política nacional.
>
> Es una misión que incumbe a la reflexión comprensiva y creadora. Está ahí todo su contenido.
>
> Su contenido, que no puede ser otro que el de dotar de formas adecuadas a la expresión de nuestra conciencia para que la tierra de los argentinos sea tierra de productores que plasman en creaciones originales la eternidad de su nombre» (Taborda 1933, págs. 49-50).

De modo más breve, aunque con mayor precisión respecto del contenido, en la encuesta que para esos mismos días respondía para *Noticias Gráficas* (24/07/1933), Taborda sostiene que «ninguna organización puede subsistir en la situación anárquica de las fuerzas materiales, y todos ven bien la urgencia de someterlas a las exigencias de los más altos valores»; y esto se logrará «por la reducción del capitalismo», reducción que para ser explicada requeriría de «un libro», pero que muestra un ejemplo posible en «Rusia con su concepción soviética».

Como decíamos más arriba, en la recepción que hace José P. Barreiro del pensamiento político de Taborda, atribuye –en tono acusatorio– la filiación de su democracia funcional a la proximidad de Ibarguren antes que a la de Ingenieros.[5] En coincidencia con Barreiro en este punto –aunque en divergencia en muchos otros, sobre todo en la interpretación general que hace Barrerio de un Taborda próximo al fascismo– Caturelli sostiene que «Taborda debe haber conocido escritos de Carlos Ibarguren, reunidos en su libro *La inquietud de esta hora* (1934) pues coincide plenamente con el pensador nacionalista, sobre todo con la doctrina del capítulo

[5] En la búsqueda de la fórmula salvadora de la crisis «no encuentra más inspiración que la de instaurar una democracia funcional, pero no la democracia funcional de Greef que tanto entusiasmaba a Ingenieros, sino el corporativismo, es decir, el remedio fascista que Ibarguren ya propiciaba (…). Minutos después de haber fulminado la arquitectura estatal y política construida por Mussolini, no repara que lo que él escoge como remedio para los males argentinos es el recurso electoral que el fascismo ha ingeniado para quitar la libertad al pueblo italiano» (Barreiro 1955, págs. 168-169).

IV titulado "Hacia una democracia funcional" en el cual propone la representación directa (y para él auténtica) de los grupos sociales naturales»; sin embargo, Caturelli –siguiendo en esto al propio Ibarguren– no cree que «todo partidario de la democracia funcional sea fascista y partidario de la dictadura» y que «debe disiparse el temor de algunos que, como Barreiro, sostenían que Taborda se adhería al fascismo. De ningún modo. Lo que Taborda quizá no sabía era que, de hecho, se adhería a la doctrina social de la Iglesia Católica contenida en las Encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo anno*».[6] Ahora bien, pese a estas divergencias con Barreiro señaladas por Caturelli, ambos coinciden a filiar la propuesta tabordiana de la democracia funcional en proximidad al pensamiento de Ibarguren; sin embargo, las únicas referencias que Taborda realiza respecto de Ibarguren en la *Crisis* son más bien de carácter negativo y están relacionadas con su participación en el proceso de sanción de la ley Sáenz Peña.

Nuestra interpretación, entonces, es que el concepto de democracia funcional que Taborda presenta en el año 1933 está formado por componentes que le vienen de Ingenieros (no casualmente se refiere Taborda al modelo de la Rusia soviética en la encuesta de *Noticias Gráficas*) y también, de modo muy general, de la experiencia corporativa que se desarrollaba en los años veinte en Italia (que es la que describe Ibarguren), aunque Taborda tiene sumo cuidado en no nombrar en términos corporativos su propuesta de ordenamiento político superador de la democracia parlamentaria ni en hacer culminar en el Estado un orden que tampoco estima que deba estar articulado por la lógica de la jerarquía ni servir, básicamente, a la causa de frenar el avance del comunismo, como sí lo presenta Ibarguren. Veamos, entonces, brevemente, qué es lo sos-

[6] Caturelli (1993, pág. 222). El comentario de Roberto A. Ferrero sobre este tema es el siguiente: al argumentar en torno de la *democracia funcional* «Taborda pensaba más en la experiencia soviética, que seguía con cierta simpatía y que había sido –en la medida en que ofrecía representación directa a los grupos sociales de producción– una democracia funcional, al menos hasta el advenimiento del stalinismo. (…) Ni por un momento había propuesto un orden corporativista al estilo fascista, al que repudiaba infinitamente…»; más adelante, Ferrero advierte cierto parentesco con la idea de «participación funcional» que «ya había sido teorizada por Víctor Raúl Haya de la Torre bajo la forma de un "Congreso Económico Nacional", en el cual las clases productoras articularían sus intereses en un eventual gobierno aprista en Perú» (Ferrero 1988, págs. 131-132).

tienen Ingenieros e Ibarguren cuando se refieren a la democracia funcional.

3.2 La democracia funcional de José Ingenieros

Ingenieros había publicado en 1919 *La Democracia Funcional en Rusia*,[7] como una contribución de la filosofía política destinada a superar la crisis civilizatoria desatada por la Gran Guerra y como un intento, también, de conceptualizar la novedad política producida por la Revolución Rusa: son «nuevos principios de Derecho (…) que representan una nueva filosofía política, encaminada al perfeccionamiento del sistema democrático representativo federal»; se trata también de nuevas instituciones, puesto que «la transformación de las instituciones y las reformas constitucionales son hechos frecuentes en las naciones civilizadas» y, a su vez, «la sucesión de esas formas constituye el Progreso, que no significa estabilidad, sino incesante devenir» (págs. 8-9). Se trata, finalmente, de un continuo movimiento de adaptación que estará presente también en Taborda como *flujo de lo irracional* y que tiene en el pensamiento de Ingenieros mucho del optimismo evolucionista de matriz positivista: «las instituciones sirven los intereses sociales en un momento dado; cuando dejan de servir, son reemplazadas por otras mejor adaptadas al nuevo ritmo de las funciones» (pág. 9). Aventando todo tipo de prejuicios ideológicos, Ingenieros sostiene que «después de dos años de infatigable difamación inalámbrica, el pueblo de Rusia sigue experimentando un sistema político sustancialmente nuevo» (pág. 10). En la medida en que esas novedades políticas se consolidan, ponen de manifiesto que no son nunca «improvisaciones inventadas por quiméricos utopistas» sino «el resultado de la experiencia»; entonces, resulta necesario «acudir al método genético» para establecer su «significado histórico» y su «grado de legitimidad». Ingenieros traza una línea de derivación histórica que lleva desde la Revolución Francesa hasta la Revolución Rusa pasando todo a lo largo por el siglo diecinueve (pág. 16). Con la Revolución de 1789 termina el ciclo de «la filosofía política

[7] El texto fue publicado también en *Los tiempos nuevos*, en 1921, por los Talleres Gráficos Cuneo; en el n.° 4, año I, 19 de marzo de 1920, de la Revista *Claridad*; y en el n.° 3, correspondiente al mes de mayo de 1920, de la *Revista de Filosofía*, según consta en el catálogo de esa revista preparado por Fernández y Galfione (2021).

de la monarquía feudal, fundada en el absolutismo por *derecho divino* y en la desigualdad de las clases» para dar comienzo el ciclo de «la filosofía política de la democracia, radicando en la *soberanía popular* toda autoridad legítima, con prescindencia de cualquier otro principio político o religioso» (pág. 19).

Es dentro de este escenario histórico y político donde Ingenieros ubica el problema de la representación, pues «si prescindimos de algunos grupos sociales en los que puede concebirse la deliberación y la ejecución directas, estas funciones se especializan en órganos cada vez menos imperfectos». La evolución social tiene en Ingenieros la forma de la extensión de su límite interno: de «la tribu y el municipio a la provincia y a la nación», se va conformando un proceso por el cual «las sociedades particulares unificadas en el Estado, expresaron con firmeza el derecho de diputar representantes a los cuerpos deliberativos». Ingenieros observa que, en todo ese proceso, «aunque restringida, la representación aspiraba a ser funcional» (pág. 21); y esto responde a «principios sociológicos muy simples»: «las sociedades cuyas funciones están poco diferenciadas, se adaptan al medio efectuando reacciones generales; cuando las funciones se especializan, la coordinación de las partes entre sí y la adaptación del conjunto al medio, conviértense en funciones especiales servidas por instituciones apropiadas». Conforme con este principio sociológico, Ingenieros sostiene una versión tal vez ingenua y decididamente racionalista de la representación política según la cual «la representación es el modo natural de coordinar las funciones para toda acción conjunta» puesto que «anteponiendo la deliberación a la ejecución, disminuyen las reacciones irreflexivas e inadaptadas a sus fines» (pág. 22). Ahora bien, si hay ingenuidad y racionalismo en esta conceptualización de la representación política, no es porque la interpretación de Ingenieros esté obscurecida por un racionalismo ingenuo, sino porque confía demasiado en el potencial liberador de la razón y en su capacidad para mantenerse a distancia de los intereses y pasiones que suelen contaminarla.

No siendo ingenuo, el racionalismo de Ingenieros es suficientemente crítico como para advertir la existencia de diversas formas de la representación. Así, cuando «la soberanía popular fue afirmada como un derecho individual y contra los privilegios de clase» la técnica de la representación resultante tomó la forma de la distribución cuantitativa «dividiendo al pueblo soberano en tantas secciones electorales cuantos representantes debía elegir».

Ingenieros advierte que «ello permitió disgregar los privilegios que viciaban las precedentes asambleas; pero, al mismo tiempo, suprimió el carácter funcional de la representación, en vez de aumentarlo» (pág. 22). Ingenieros esquematiza «la técnica adoptada en el siglo XIX para hacer efectiva la soberanía popular» mediante dos características: una, es la extensión de los derechos electorales a porciones cada vez mayores de la población, sin distinción de sexos, el voto secreto, la representación proporcional de los partidos políticos y el parlamento; otra, la «sustitución del criterio funcional en la representación, por un criterio topográfico y cuantitativo».

Esta segunda característica es particularmente interesante, porque marcará un posible punto de diferenciación con el concepto de democracia funcional que más tarde elaborará Taborda en relación con su comunalismo federalista o, también, un posible punto de profundización del concepto de federalismo más allá de las rutinas y formalidades electorales, como sustrato que preexiste a la organización institucional del Estado nacional. Según Ingenieros, la representación política del interés local carece de toda funcionalidad social: «se ha dividido la sociedad en zonas o distritos sin función diferenciada» y sus representantes «no lo son de ninguna función social, aunque pretenden serlo de todas al mismo tiempo». En nota al pie Ingenieros despliega una curiosa enumeración de las funciones sociales que esta modalidad –digamos abstracta– de la representación deja sin posibilidad de afirmación: «en cualquier país el diputado de una provincia, distrito o circunscripción, representa al mismo tiempo los intereses de los banqueros, los agricultores, los ladrones, los rentistas, los acróbatas, los albañiles, los rufianes, los farmacéuticos, los jueces, etcétera, radicados en su jurisdicción electoral» (pág. 23). De estas dos características Ingenieros saca la conclusión de que «la técnica electoral ha corrompido el principio político» de la soberanía popular (pág. 24).

Tal y como lo indicaba Barreiro, el autor de referencia de Ingenieros es Guillermo de Greef,[8] y la severa crítica que dirige contra el sistema parlamentario que «falsea la representación» y los representantes que no son más que «profesionales audaces, sin más ética ni doctrina que el éxito individual dentro del éxito del grupo» (págs. 24-25), hace recordar, en el contenido y en la

[8] Ingenieros se refiere explícitamente a *Introducción a la sociología* y *Régimen parlamentario y régimen representativo*.

forma, la crítica que Taborda había dirigido a la partidocracia ya en el año 1918. El análisis de Ingenieros no se queda, sin embargo, en esta primera conclusión sino que extrae una segunda, de mayor sutileza conceptual: el régimen de representación «puramente cuantitativa e indiferenciada» constituye en los hechos «el mayor obstáculo» hacia el logro de una representación política de los diferentes intereses sociales y hacia la concomitante consolidación del pueblo como «conjunto de funciones sociales distintas» cuya representación eficaz exige organización: «pues las zonas o distritos heterogéneos son absolutamente irrepresentables» (pág. 27).

Ingenieros parece estar pensando en la democracia funcional como una forma de organización política compleja de una sociedad que es también compleja; organización que debería basarse sobre los principios de la identidad y la diferencia como vías de reducción de la heterogeneidad, evitando de este modo la falsa solución que plantea la democracia abstracta basada sobre un criterio cuantitativo que «en vez de representar necesidades y aspiraciones bien determinadas, expresa vagas tendencias de la voluntad social, corrientes de intereses indefinidos, mal canalizados y siempre expuestos a desbarrar» (pág. 27). Los partidos políticos que tienen representación parlamentaria actúan en función de su propio provecho y no «en beneficio del soberano representado» y «los que más hablan de patriotismo, son, generalmente, los de conducta menos patriótica» (pág. 28). Sin embargo, los males de la democracia se curan con mayor democracia, y no se debería confundir el sistema representativo «que puede ser excelente» con su actual forma parlamentaria «que es detestable» (pág. 28).

Buscando ejemplos concretos de representación funcional que pudieran ser tomados como «indicios expresivos de nuevas formas que van tomando las instituciones sociales», Ingenieros encuentra uno en la enseñanza universitaria que, desde su origen medieval, fue evolucionando hacia formas de organización institucional que reconocen las diferentes funciones e interese de las partes que la componen: profesores y estudiantes. Como dato curioso, Ingenieros se refiere a «las más recientes reformas ensayadas en la Universidad de Buenos Aires» y no menciona a la de Córdoba (págs. 36-38).

Volviendo al tema del federalismo, en el capítulo VI de su breve ensayo Ingenieros hace una distinción entre el «federalismo político» y el «federalismo funcional». El primero tuvo legitimidad a la hora de celebrarse los «pactos feudales» que permitieron

«constituir uniones nacionales» puesto que «en su origen, los municipios, feudos o provincias, constituyeron sociedades diferentes y heterogéneas, con cierta especificidad funcional bien definida»; sin embargo, en el momento en que se adoptó «la técnica representativa por zonas o distritos» ese federalismo político perdió su carácter funcional y se convirtió «en una rueda de la representación política artificial». Por otra parte, ese federalismo político ha perdido su razón de ser en cuanto la marcha evolutiva de la historia lo ha privado de racionalidad: «los intereses y las aspiraciones sociales no dependen ya de razones topográficas localistas» (pág. 39) sino de la diferenciación funcional de la sociedad, ya que, por ejemplo, «los agricultores de cualquier provincia tienen intereses distintos de los farmacéuticos de sus respectivos lugares» (pág. 40). El federalismo funcional, en cambio, podría constituir la base de una «efectiva representación social, pasando del sufragio universal indiferenciado e incoherente, al sufragio universal funcionalmente organizado» (pág. 42), cuya organización técnica Ingenieros esboza según el modelo soviético que da formato estructural al Estado socialista: se trata de «una coordinación técnica de órganos técnicos» más próxima la verdadera naturaleza de la sociedad que «la representación por partidos y por distritos geográficos» que plantea un «federalismo artificial, que es la antítesis del funcional» (pág. 46, nota 1).[9]

[9] Halperin Donghi interpreta el concepto de democracia funcional de Ingenieros como «una reforma del régimen representativo destinada a poner el poder en manos de una minoría que no era sino la tecnoburocracia del Estado prerrevolucionario»; así, «los cuerpos representativos que proyecta Ingenieros no aspiran a representar ni a la sociedad en su conjunto ni a las clases o grupos que ella abarca: representan en cambio al Estado mismo, y tienen por atribución atender a las distintas funciones de ese Estado con una competencia técnica que sería vano esperar de los elegidos por la democracia de sufragio universal» (Halperin Donghi 2000, págs. 76-77). Una interpretación similar a la de Halperin Dongui es la que sostiene De Lucia (1998): «La "democracia de los productores", era la base de una nueva racionalidad industrial que recuperaría el protagonismo del técnico y pondría la producción en sintonía con el progreso tecnológico. Nada más alejado de la instauración del poder de decisión de la masa indiscriminada de obreros industriales. La nueva organización era hija de la lucha de clases solo en la medida que ésta fue necesaria para derrocar un sistema agotado. La fábrica no sería la base de la dictadura de las masas. Sería la escuela en donde los obreros aprenderían a ser sujetos de los distintos procesos sociales y embrión de una nueva humanidad».

3.3 La democracia funcional de Carlos Ibarguren

Veamos ahora el concepto de democracia funcional que presenta Carlos Ibarguren en el año 1934, dentro de un contexto en el que el referente de la Revolución Rusa tiene un carácter más bien negativo y al que se le agrega la experiencia fascista italiana de los años veinte, la crisis del veintinueve, el golpe del treinta y los comienzos del que será el trágico experimento alemán.[10]

En primer lugar, el diagnóstico de la crisis: «el capitalismo tal como existió hasta ayer y la democracia individualista basada en el sufragio universal fenecen» (pág. 17) y «en el interior de los países avanzan impetuosamente las dos corrientes revolucionarias encontradas, que aglutinan hoy las tendencias políticas (…): el fascismo, corporativismo o nacionalismo por un lado, y el marxismo o comunismo por el otro» (pág. 19); todo en un clima de tensión internacional que presagia una nueva guerra ante «la falencia notoria de la Sociedad de las Naciones» que, en cuanto parlamento internacional, «se encuentra en la crítica situación en que están todos los parlamentos nacionales que aún subsisten en apariencia» (pág. 21). Ibarguren incorpora a este diagnóstico de la crisis un factor dinámico constituido por la juventud rebelde: «una generación hija de la guerra, que abría los ojos en medio del cataclismo, ha comenzado hoy a actuar trayendo con un violento empuje combativo nuevas visiones y nuevas corrientes sobre los escombros de lo que se destruye» (pág. 34). La juventud va asociada simbólicamente con «el dominio de la fuerza» y con el valor, también simbólico, del Nietzsche profeta del peligro: «la generación de la posguerra repudia el intelectualismo que dominó a fines del siglo XIX y que

[10] Ibarguren (1934); edición posterior en *Biblioteca del pensamiento nacionalista argentino*, Buenos Aires, Dictio, 1975, que es la que utilizamos como referencia. José P. Barreiro advierte, como sosteníamos más arriba, una íntima relación entre los planteos de Taborda e Ibarguren: «aunque de psicologías antitéticas y colocados en planos ideológicos distintos, los problemas planteados por ambos aparecen animados por los mismos influjos perturbadores, por análogos factores escépticos. (…) Taborda e Ibarguren coinciden en las fuentes de información que invocan y en la apreciación de los acontecimientos. En ciertos momentos de 1933, Taborda se ampara en Ibarguren, solo en Ibarguren, y éste, a su vez, para ciertos parágrafos de su libro de 1934 parece haberse inspirado en *La crisis espiritual*…» (Barreiro 1955, pág. 160). Un comentario sobre el pensamiento corporativo de Ibarguren de los años treinta puede verse en Devoto (2002, págs. 264-271).

ahora es reemplazado por el impulso vital» (págs. 34-35). Bajo la inspiración de Bergson se busca exaltar «una intuición de la vida que debe ser vivida más que representada, actuada más que pensada» y bajo la del Nietzsche de «la voluntad de potencia» se impulsa a la juventud a «extender nuestra vida en el universo, dominando a todas las fuerzas y seres que impiden esa expansión» (pág. 35). Todo ello contribuye a generar un clima «espiritualista», impregnado de «neomisticismo», en el que «se han ahondado las fuentes naturales de la exaltación espiritual: la religión, el patriotismo» (pág. 35). Dentro de este clima, «el individualismo predominante en el siglo XIX desaparece y está siendo reemplazado por la adunación; la persona, por la masa; la célula, por el grupo coordinado, la acción asilada, por la colectiva»; se trata de un nuevo tiempo histórico: «la hora de las masas organizadas» (pág. 36). No deja de resultar curioso que Ibarguren apele como confirmación de su diagnóstico de un clima epocal «colectivista» al testimonio de Francisco Romero, quien «llega en su erudito estudio filosófico a la conclusión de que concepciones de índole totalizadora o estructural sustituyen en todas partes a las nociones atomísticas e individualistas del sistema, hoy agotado y caduco, del racionalismo europeo» (págs. 36-37).

Como se podrá apreciar, el diagnóstico de Ibarguren va delineando un mundo en el que una nueva totalidad se recompone después de la crisis sobre la base de un impulso vital expansivo y heroico que solo está contenido y refrenado por sus limitaciones internas, por su propia cobardía abonada por los prejuicios y los mitos. Dentro de esos mitos, en el diagnóstico de Ibarguren tienen un lugar destacado «los mitos proclamados por la Revolución Francesa». Así, «la libertad en el viejo concepto individualista y romántico desaparece tras la disciplina mantenedora del grupo»; «la igualdad del mito liberal es reemplazada no por el privilegio, sino por la jerarquía indispensable a la organización colectiva» y «la fraternidad y la lírica expresión de ternura utópica es sustituida por el arrebato combativo de la generación hija de la guerra» (pág. 37).[11] Como se podrá advertir, el organicismo en el que está

[11] En el reportaje publicado por el diario *Noticias Gráficas* en 1933, Taborda se refería también a «las tres palabras esenciales de 1789» y a su resignificación en el momento histórico de la crisis que está describiendo. Respecto del concepto de libertad, Taborda sostiene que el significado que le ha

pensando Ibarguren tiene signos bien definidos: disciplinado, jerárquico y combativo. Por otra parte, se trata de un organicismo que culmina necesariamente en el Estado como síntesis y, sobre todo, como principio organizador: «el concepto del Estado estático, simple guardián de la libertad y del orden (…) se transforma en el eje sostenedor, regulador y animador de la sociedad entera, en la síntesis de la vida de la nación en todas sus fases» (pág. 37).

Si este era el diagnóstico de la crisis veamos, en segundo lugar, el concepto de pueblo que Ibarguren presenta como sujeto de su democracia funcional superadora de la fragmentación de la comunidad. Se trata de un sujeto orgánico capaz de contener la dispersión, pues «el pueblo, como suma de votos personales, es algo inorgánico, vago, caprichoso, ciego, y considerado como entidad en los discursos políticos, es solo una palabra, una abstracción». La democracia funcional, en cambio, piensa al pueblo como «conjunto orgánico de fuerzas humanas e intereses organizados que elaboran, nutren y regulan la vida social y el desenvolvimiento de una nación» (pág. 39). Ahora bien, Ibarguren afirma en forma clara que el pasaje del caos a la organización requiere de la acción excepcional pero inevitable de la dictadura: «una colectividad desgarrada por la anarquía solo puede volver a su quicio y formar otra vez un todo coherente mediante una fuerte acción que reajuste los elementos que se han aflojado y disgregado» (pág. 54). En esta acción organizadora del pueblo capaz de superar el caos y la anarquía en los que se configura el escenario de la crisis del sistema demoliberal se enfrentan dos modelos: «el comunismo soviético» que se basa «en la dictadura de una sola clase: el proletariado» (pág. 55) y «el fascismo» que «busca el equilibrio social que impida la lucha de clases» y «crea el Estado corporativo fundado en la democracia funcional y resume en ese Estado la idea de la nación» (pág. 56). Mientras que en el sistema político soviético «el hombre

---

dado el siglo XVIII es el de referirla a «la personalidad que resuelve en su propio concepto la antinomia de la libertad y la autoridad»; el concepto de igualdad queda referido «a los medios de realización» y el de fraternidad a «la estructuración mediante la solidaridad y el amor que hacen corresponsables a todos sus miembros». El siglo XIX resignificó el sentido de esos términos propugnando una libertad desvinculada de la igualdad y la fraternidad. Cfr. «14 de julio. A 144 años de la Revolución Francesa: ¿cuáles fueron sus consecuencias históricas entonces, ahora y en el porvenir?» (encuesta), *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 24/07/1933.

solo tiene derechos políticos si pertenece a una *colectividad de trabajadores*» y «el Estado absorbe tiránicamente al individuo» (pág. 56), el fascismo «ha creado un régimen de trabajo productivo y solidario, es decir, un régimen social: el de las corporaciones», capaz de «suprimir la lucha de clases» (pág. 56) y que «no anula al individuo disolviéndolo en la masa, ni sacrifica la persona al esfuerzo colectivo, sino que los armoniza» (pág. 57). De manera que, estos dos modelos enfrentados no son equivalentes e Ibarguren abriga la esperanza de que el orden corporativo sea capaz de contener la «ofensiva general comunista» (pág. 63).

En tercer lugar, la propuesta de la democracia funcional de Ibarguren se basa en la inoperatividad y caducidad de los partidos políticos «estructurados sobre sumas de voluntades individuales ajenas a los intereses económicos y sociales organizados» en un momento histórico en el que «las fuerzas sociales se han aglutinado en grupos, asociaciones e instituciones que las exteriorizan» a la vez que «se han generalizado corporaciones y entidades colectivas cuya función, en su conjunto, constituye la vida misma de la sociedad» (pág. 76). Ibarguren no elude el dato histórico de su participación en el gobierno de Roque Sáenz Peña y su responsabilidad en la sanción de la ley electoral –recordemos que la mención que hace Taborda de Ibarguren en *La crisis espiritual* es más bien negativa y está referida a este solo tema– pero deja en claro ahora que el intento de 1912 de «dar vida orgánica a nuestra democracia» no se ha logrado por ese medio electoral y partidocrático, entre otras razones, por «los grandes acontecimientos cuyas consecuencias conmueven la sociedad y las ideas y tendencias políticas». En aquel momento, Ibarguren confiaba en que los partidos políticos podrían ser capaces de darle forma orgánica a la democracia en cuanto fuesen capaces de expresar y representar «tendencias e intereses colectivos» –y este el punto de discrepancia que Taborda tenía con Ibarguren–[12] y ahora, crisis por medio, Ibarguren mantiene la misma idea, solo que, ya no confía en los partidos políticos y las virtudes del voto universal como instrumentos adecuados para lograra un orden orgánico estable articulado por el Estado: «el Estado se vigorizaría si el gobierno fuese expresión directa de los

[12] «Pero, ¿de dónde nace esta necesidad del partido político? ¿Qué razones militan para aseverar que el partido político es el instrumento más adecuado para servir la voluntad nacional?», sostenía Taborda (1933, pág. 46).

valores sociales» ya que, en ese caso, podría ser fácilmente «el órgano propulsor y ordenador de todas las energías colectivas» (pág. 77).

Encontramos aquí un punto de notoria discrepancia entre los modelos políticos de Taborda e Ibarguren: mientras que el primero piensa lo político recorriendo un camino que va de la vida fluyente al ordenamiento institucional, el segundo piensa en la potencia restrictiva y configuradora de las formas institucionales por sobre el dinamismo caótico de la vida. Para Ibarguren, no será la vida como flujo de lo irracional quien busque darse una forma adecuada de realización –pues «el caos ama la forma», como sostenía Taborda– sino que será la propia forma, el Estado en este caso, quien le dé vida al caos sacándolo de la anarquía. Se trata aquí de una operación política negativa que solo es posible sobre la base –o bajo la condición– de haber privado previamente a la vida de su *arkhé* –según se entiende etimológicamente la «anarquía» como aquello privado de poder–. De acuerdo con cierta lectura del pensamiento nietzscheano de «la voluntad de la potencia», que es la que hace Ibarguren, la vida *es* poder (es «la energía que nos lleva no solo a vivir sino a extender nuestra vida en el universo, dominando a todas las fuerzas y seres que impiden esa expansión», pág. 35) y, consiguientemente, la anarquía es muerte. Ahora bien, si se identifica el caos con la anarquía, es fácil identificar el orden con el poder; luego, no queda más que dar un paso para identificar el poder con el Estado y es en ese paso donde se consuma la inversión política que diferencia los planteos de Taborda e Ibarguren: el Estado en cuanto principio ordenador es el que da vida a la vida: «el pueblo es la sociedad, vale decir, un todo complejo que funciona con órganos que la propia vida crea» (pág. 77) y esos órganos son «los órganos genuinos del cuerpo social del Estado» (pág. 78). No es la vida la que se da a través del Estado y del conjunto de las instituciones los órganos adecuados para su realización, sino que es el Estado –el Estado *corporativo*, se entiende– el que le ofrece a la vida los órganos que podrían encauzarla de modo ordenado: de lo que se trata es de la *acción* «para defender a la patria de la ola roja o anárquica y para que impere en la sociedad la jerarquía hecha por la selección de valores y la disciplina que es base del orden» (pág. 83).

En cuarto lugar entonces, la democracia funcional de Ibarguren se realiza dentro del Estado corporativo: «el Estado fascista es un

organismo distinto de los ciudadanos que lo forman, tiene vida y objetivos superiores, a los que deben subordinarse los individuos». Y, de modo muy claro y terminante, el Estado corporativo *es* –y *debe* serlo– el principio organizador: «el Estado debe estar sobre todas las fuerzas, ordenarlas, encuadrarlas y dirigirlas hacia los fines superiores de la vida nacional» (pág. 86). Se trata, como se advierte, del Dios mortal que ha muerto como Estado liberal y ha resucitado como Estado corporativo para llenar aquel vacío nihilista que dejaba el colapso del principio ordenador.[13] Pero el vacío nihilista no puede ser llenado con nuevos valores mientras no se modifique la fuente misma de la valoración y, en este punto, Ibarguren parece confiar exclusivamente en la *jerarquía* como principio organizador: en el plano político e institucional, «sobre los sindicatos está la corporación (…) y sobre la corporación está el Estado, que armoniza todos los intereses y actividades del cuerpo social dentro de la jerarquía y de la disciplina» (pág. 90); en el plano social y antropológico, de lo que se trata es de «repudiar el mito de la "igualdad" proclamado por la Revolución Francesa y de fijar la jerarquía como la necesaria armazón que debe sostener el cuerpo social» (pág. 94); en el plano axiológico, «dentro de cada grupo, sociedad o pueblo, el valor que adquiere la *persona* es desigual; por lo tanto hay y debe haber una jerarquía de valores como elemento esencial en las relaciones interpersonales y en la apreciación de ellas» (pág. 95). Se trata, en síntesis, de un nuevo nacionalismo que se propone consolidar la nación como «un cuerpo fuerte, unido, disciplinado en jerarquías» (pág. 104), a través de la democracia

[13] Taborda lo decía en estos términos: «las fluctuaciones que le han llevado [se refiere al fascismo] desde la intentona fracasada de un sindicalismo artificial organizado desde arriba, hasta la constitución del partido político dotado de un programa ahíto de instituciones antiguas –soberanía popular, asamblea parlamentaria, identificación de Nación, Estado y Jefe, y la instauración de ese impreciso núcleo de valores políticos entrañados en la *Carta del Lavoro*– significa un desesperado arrepentimiento aconsejado por el terror al vacío. El fascismo huye de su propio vacío. Es un fugitivo de sí mismo. El flujo vital que lo lanzó sobre Roma teme a la propia vida, impotente para vertebrarse, ante el aniquilamiento que lo amenaza y por eso golpea las puertas del Vaticano impetrando la protección que el Dios eclesiástico depara a los arrepentidos y a los conversos», *La crisis espiritual y el ideario argentino*, pág. 26.

funcional. Nada más alejado, como podrá verse, del pensamiento comunitarista y antiestatalista que reivindica Taborda.[14]

3.4 La polémica en *Nuevo Frente*

Como se habrá advertido entonces, la descripción hecha por Taborda de su democracia funcional, aunque es excesivamente parca y sucinta, parece estar más cerca de la conceptualización de Ingenieros que de la de Ibarguren y esto bastaría para desmentir tanto las opiniones de Barreiro cuanto las que circularon en otros ámbitos. Sin embargo, la cuestión de la posible vinculación del pensamiento político de Taborda con el fascismo tuvo otros matices que fueron planteados a través de aquella serie de artículos publicados a lo largo del año 1934 por *Nuevo Frente* en los que se discutía la filiación política del FANOE y, también, la del programa presentado por Joven Argentina.[15] Veamos, en primer lugar, el texto fuertemente acusatorio que publica Alberto May Zubiria en *Claridad* (May Zubiría 1934)

May Zubiría afirma que existe una comunidad de ideas y la continuidad del desarrollo de un mismo programa político entre el manifiesto que en septiembre de 1932 había publicado el Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual con la firma de Saúl Taborda –entre otros– y la proclama que bajo el título «Joven Argentina» circulaba sin firma por aquellos años:

> «(...) ha llegado a nuestra manos –dice May Zuburía– "Joven Argentina", manifiesto netamente fascista que no ha sido publicado todavía. En él se esboza

[14] En este punto, nuestra interpretación difiere de la de Clara Bresssano cuando finaliza su trabajo referido a las conceptualizaciones políticas de Ingenieros y Taborda con el argumento «Democracia y Estado quedan, así, enlazados» (cfr. Bressano 2011). Esa asimilación entre ambos términos políticos y sus conceptos («democracia» y «Estado») deja fuera de juego la perspectiva anarquista (o «anarquizante») que es constitutiva del pensamiento político de Taborda y le da su rara –por decirlo de alguna manera– especificidad.

[15] Horacio Sanguinetti da por sentado que Taborda intentó dar forma política a su «controvertida tesis facúndica» a través de la creación de «Joven Argentina». Si bien aclara que «Taborda fue un ardiente luchador antifascista, como lo prueba a cada paso su obra y su vida» pues «el centralismo, el estatismo rígido estaban en la antípoda de su concepción comunal y democrática» (Sanguinetti 1959, pág. 7). Un análisis de esta polémica puede verse en Rodeiro (2009, págs. XXII-XXXIV).

> el programa político, cultural y económico fascista que los iniciadores de FANOE propugnan. De la primera a la última palabra es fascista, ultraburgués, contrarrevolucionario. Como está sin firmas, la copia que hemos podido conseguir, no se especifica positivamente quiénes acompañan a los fascistas Taborda y Astrada. Tenemos entendido, sin embargo, que pese a los esfuerzos realizados en Córdoba, Rosario y Buenos Aires, no han logrado una sola firma que los acompañe en esta cruzada final» (nota al pie n.º 3).

Como se verá luego, Taborda relativizará el carácter programático del segundo manifiesto y rechazará su paternidad, y los motivos de May Zubiría para establecer la responsabilidad intelectual de Taborda con ese texto anónimo no son muy concretos ni verificables. Sin embargo subsisten las motivaciones ideológicas que lo llevan a cuestionar como fascista el programa del FANOE, Este sí con la firma reconocida de Taborda. Veamos cuáles son esas motivaciones.

En primer lugar, el desconocimiento explícito en el manifiesto del FANOE de la lucha de clases como motor de la historia y de la URSS «la única República actual de los trabajadores que marcha victoriosa bajo la hegemonía del proletariado –única clase capacitada histórica y revolucionariamente– hacia la nueva sociedad sin clases». Los firmantes del manifiesto son calificados de «revolucionarios espirituales y filósofos» y los caudillos del movimiento –Taborda y Astrada– como «los humanistas de Córdoba». En segundo lugar, entonces, hay una motivación ideológica interior al campo intelectual argentino de los años treinta, referida a la metodología del análisis político, que gira en torno del materialismo histórico:

> «ante la concepción materialista de la historia y el materialismo dialéctico, primero FANOE y ahora Joven Argentina, que califican a los que luchan por el marxismo o el marxismo-leninismo como revolucionarios en lo económico y social y ultrarreaccionarios en lo espiritual (...), resuelven ser "revolucionarios integrales" y se entregan al fascismo, para tratar de apuntalar la sociedad capitalista del presente en plena crisis, sirviendo claramente los interese de la feudal burguesía» (nota al pie nº 5).[16]

[16] El texto del FANOE sostenía en el punto tercero de su proclama que «asistimos (...) al paradójico espectáculo de movimientos, partidos y hombres de auténtico fervor revolucionario en cuestiones económicas y políticas, que sin embargo profesan un hermético conservadurismo en lo cultural, hasta

Sin embargo, si la calificación de fascista del programa publicado por el FANOE parece un poco apresurada o discutible, aunque encuentre una explicación razonable en las dos motivaciones expuestas, el programa de Joven Argentina, en cambio, parece estar más cerca del ideario corporativo. May Zubiría enumera el contenido del manifiesto anónimo en los siguientes términos:

> «(...) dicen: "que la estructura política fundada en la democracia parlamentaria ha hecho crisis" y establecen entonces la solución que para esa crisis, así como para la económica, cultural, espiritual, etcétera, todo "buen argentino patriota" debe propugnar. En síntesis, nacionalismo furibundo, "economía corporativa y dirigida, cultura destinada a crear y mantener una clase dirigente"».

---

el extremo de querer perpetuar formas espirituales típicas de la ideología burguesa del siglo XIX: biología darwiniana, sociología naturalista, metafísica materialista, ética y pedagogía utilitarias, literatura y arte realistas, etcétera. Son, no obstante su izquierdismo económico-social, radicalmente reaccionarios del espíritu». Sobre este tema, Silvia N. Roitenburd comenta que las críticas de Taborda «a la Unión Soviética se hicieron extensivas al Partido Comunista Argentino» y toma como referencia este fragmento del manifiesto del FANOE. «Sin embargo, –prosigue Roitenburd– no vaciló, en 1935, en recuperar, siempre en el horizonte de nuestra tradición, los elementos que creía imprescindible rescatar. Pese a sus reservas aprecia el modelo de los soviets, que no encuentra contradictorio con su visión del comunalismo facúndico, activando su concepción de una memoria local con valores –a su juicio– patrimonio de toda la humanidad» (Roitenburd 1998, pág. 168). Comentarios similares se pueden ver en Roitenburd (2007, págs. 22-23). El comentario de Jorge A. Huergo va en la misma dirección: «es notable que, pese a la apropiación que han hecho de Taborda ciertos autores nacionalistas, este pensador y pedagogo advirtió la importancia histórica de la Revolución Rusa, a la que recibió con expectativas y conmoción, como "el acontecimiento más grande y trascendental de nuestro tiempo" (...). Pese a las críticas que formula a esa Revolución por no haber atacado los fundamentos del ordenamiento educacional dominante y, en especial, al Partido Comunista Argentino, por profesar "un hermético conservadurismo cultural, hasta el punto de querer perpetuar formas espirituales típicas de la ideología burguesa del siglo XIX" (...), esas críticas las hace desde una posición revolucionaria (y nunca tradicionalista): reclamando llevar hasta las últimas consecuencias la posición revolucionaria», capítulo 4 «Las prácticas culturales y la educación en las investigaciones y ensayos de Saúl Alejandro Taborda» y capítulo 5 «Algunas consideraciones sobre la cultura y lo educativo en los discursos genealógicos de Comunicación/Educación» (Huergo 2004).

Como podrá observarse, en el primero de esos puntos programáticos –la crítica del parlamentarismo– seguramente coincidirían muchos pensadores de la época y son conocidas las numerosas críticas que Taborda dirige a la democracia parlamentaria desde los comienzos mismos de su tarea intelectual. En el resto, sin embargo, los caminos de Taborda y del corporativismo parecen tomar direcciones divergentes. Por otra parte, el concepto de fascismo que utiliza May Zubiría por estos años de 1934 es bastante amplio y equivale, como término genérico, a enemigo de la revolución soviética; May Zubiría incluye dentro de esta categoría del «social-nacionalismo» tanto a Hitler y Mussolini, cuanto a Roosvelt, «"revolucionarios" como los de "Joven Argentina", que quieren salvar de su definitiva bancarrota al régimen capitalista».

En el mes de septiembre de ese mismo año de 1934, el periódico *Nuevo Frente* da comienzo a una serie de publicaciones que bajo el título «¿Qué es "Joven Argentina"?» intenta recabar opinión mediante entrevistas a diversos intelectuales. En la primera de esas notas, fechada el 5 de septiembre de 1934,[17] el periódico da por sentado que la autoría del «manifiesto-programa» de Joven Argentina corresponde a Taborda y Astrada. En su reseña de los antecedentes del tema en discusión, *Nuevo Frente* remite a la nota crítica y acusatoria de May Zubiría publicada en *Claridad* y a la pública declaración de la Federación Universitaria de Córdoba, a la que Taborda respondió con «una carta irritada» en la que se desnaturaliza «el carácter de programa de "Joven Argentina", al que se presenta como simple esquema para estudiar la realidad argentina». A continuación, *Nuevo Frente* ubica la importancia política del tema en cuanto se trataría del «último episodio de las aventuras políticas de los hombres del 18, aventuras que van desde el programa revolucionario de Lugones hasta "Joven Argentina", pasando por la Alianza Civil». En el número correspondiente al 12 de septiembre de 1934, *Nuevo Frente* presenta el exordio del manifiesto y aclara que «según versiones que nos han llegado, el doctor Taborda rechaza la paternidad de ese documento y tampoco se solidariza con su contenido».[18]

---

[17] *Nuevo Frente*, I, n.º 4, 5 de septiembre de 1934.

[18] No es nuestra intención en este trabajo dilucidar este problema de la autoría del manifiesto en cuestión; sin embargo, la presencia en el texto publicado como exordio por *Nuevo Frente* de ciertas ideas muy definidas que están presentes también en la obra publicada por Taborda, estaría

En ese mismo número, el periódico recaba la opinión de Arturo Da Rocha, quien había sido electo diputado socialista por Córdoba en las elecciones legislativas de 1932.[19] La respuesta de Da Rocha al cuestionario resulta particularmente interesante. En primer lugar, por su manejo de la ironía: después de declarar que acaba de leer «con verdadero goce intelectual» el último libro de Taborda (se refiere a *La Crisis espiritual*), Da Rocha afirma que la empresa que Taborda se propone (darnos, como Ariadna, «un hilo para evadirnos de la oscura y tortuosa encrucijada histórica») es «desproporcionada a las fuerzas de quien la acomete»; y ello, por «razones de ambiente» (se refiere a la pretensión de Taborda de hacer de Córdoba el centro espiritual de la Nación sin comprender que «Córdoba es el centro geográfico del país, más el foco de nuestra cultura, que no existe sino como transmutación de la cultura europea, reside en Buenos Aires») y también «por la idiosincrasia misma del paladín» («el doctor Taborda padece de excesiva comprensividad. Lector infatigable y poligloto, quiere ser sincrético y cae en el eclecticismo»). De estas dos razones, Da Rocha concluye que Taborda «no llega a ser fascista».

En segundo lugar, la respuesta de Da Rocha es interesante porque ubica su planteo sobre un plano original: «buscar una solución nacional a los problemas nacionales no es ser fascista, sino realista. El comunismo ruso es comunismo y es ruso. En ello reside la causa principal de su éxito». Ahora bien, ¿qué es lo que podría postularse como una adecuada solución nacional a los problemas nacionales? «El doctor Taborda acusa al progreso técnico de los graves males que aquejan a la humanidad contemporánea» y en esto su solución

---

mostrando, por lo menos, cierta comunidad de ideas. Veamos algunos ejemplos: «Joven Argentina afirma: que la estructura política fundada en la democracia parlamentaria ha hecho crisis (…). Que las rectificaciones fundamentales reclamadas (…) deben proponerse llevar a sus últimas consecuencias la voluntad de Mayo en cuanto la Voluntad de Mayo es una viva exigencia de emancipación integral y una incoercible afirmación de la nacionalidad como continuidad histórica (…)». En su edición de los escritos políticos de Taborda correspondientes al período 1918-1934, y refiriéndose a este tema, Matías Rodeiro comenta que «dentro de los materiales revisados (…) no se había registrado la existencia de este supuesto manifiesto de la Joven Argentina (tampoco entre los materiales de Carlos Astrada), si tomamos por referencia el exhaustivo trabajo de Guillermo David» (Rodeiro 2009, pág. XXVIII).

[19] Arturo Da Rocha, *Nuevo Frente*, I, n.° 5, 12 de septiembre de 1934.

«no difiere fundamentalmente del retorno a la naturaleza preconizado en Francia por Jacobo Rousseau». Entonces, y apelando nuevamente a la ironía, Da Rocha propone llevar la crítica a la técnica todavía más lejos mediante el retorno a «la vida arborícola»; si esa solución fracasara, podríamos intentar otra: «reconciliarnos con la técnica, poniéndola al servicio de la comunidad entera, en lugar de hacerla servir a los intereses de una clase». Dentro de este mismo orden de ideas, Da Rocha coincide con Taborda en la solución del problema agrario por la vía de la enfiteusis rivadaviana «solución argentina de una cuestión especialmente argentina» que «no por ser nacional y por venir de uno de los próceres máximos de nuestra historia, deja de ser socialista». Luego, Da Rocha critica el apoliticismo de Taborda («cuando militábamos juntos en la política, el doctor Taborda que hacía propaganda a favor de la fórmula De la Torre-Repetto, ya era apolítico») que se expresa a través de su propuesta de «una democracia funcional sin partidos políticos» en la que el poder se concentra «en el hombre que encarna la voluntad de la nación».

Da Rocha caracteriza el fascismo como «la instauración de una estructura económica-jurídica que haga posible la subsistencia del capitalismo bajo el control del Estado»; así, mientras Karl Marx había descubierto la ley inexorable que llevaría a la humanidad hacia «el socialismo estatal», «Mussolini ha descubierto una etapa intermedia, el capitalismo de Estado, capaz de contener por algún tiempo el derrumbe definitivo y total del privilegio». En este sentido, «confundir el fascismo con el poder absoluto nos llevaría al absurdo de decir que existió en los tiempos de Nerón, Calígula, Tiberio y Domiciano, cuando no había capitalismo». Desde esta perspectiva, las formas políticas tienen el carácter de «una mera superestructura» y la esencia del fascismo es entonces el capitalismo de Estado, de manera que Da Rocha no duda en incluir dentro del fascismo la política roosveltiana de 1933.[20]

En conclusión, según Da Rocha, cuando «el doctor Taborda nos habla de una racionalización industrial», no se refiere «en modo alguno al capitalismo de Estado, por cuanto señala como ejemplo a la propia Rusia de los Soviets»; entonces, «o el doctor Taborda no es fascista, o el doctor Taborda no es claro».

[20] Se refiere a la NIRA, *National Industrial Recovery Act.*

En el número siguiente de *Nuevo Frente* responde el cuestionario Gregorio Bermann,[21] quien realiza una firme defensa de Taborda como pensador antifascista: «por lo que sé "Joven Argentina" no tuvo en su origen inspiración, carácter ni orientaciones fascistas e inclusive para el único a quien personalmente conocí como su propugnador, el doctor Saúl Taborda, el fascismo era palabra tabú y provocaba su repulsión». Bermann ubica el planteo de Joven Argentina en la misma tradición en la que el nombre de la agrupación pretende ubicarla, en la de la generación «democrática y liberal, romántica y socialista, legista y juvenil» del treinta y siete, pero con una diferencia importante «en cuanto renuncia a la democracia y acentúa fuertemente su espíritu nacionalista frente a los ideales humanitarios y de universal fraternidad que escribieron Echeverría y Alberdi».

El carácter del documento es, según Bermann «radico-comunicorporativista», expresión que sintetiza la naturaleza constitutiva «de su confusión ecléctica» cuyo ideario parece ser «una especie de socialismo individualista» que, sin embargo, podría verse arrastrado hacia «un nacional-socialismo» aunque «no con Taborda cuya unidad de vida, excelencia morales y cultura humanista todos admiramos». Por otra parte, Bermann rescata del documento analizado su originalidad frente al abordaje más esteriotipado que era común en las miradas que la izquierda solía realizar sobre la realidad nacional y que «olvidan que sean cuales sean los factores materiales en juego, son los hombres vivientes los que hacen la historia». Sin embargo, esta misma originalidad del planteo bien podría ser la causa de sus peores errores, toda vez que «la pretensión de querer hacer algo específicamente argentino, que sirva para la creación de un hombre argentino con caracteres netamente autóctonos y sin ligazón con lo que pasa en el mundo, puede desembocar o servir, se quiera o no se quiera, un nacionalismo de tipo fascista». De cualquier manera, Bermann no advierte ningún peligro inminente en la proclama de Joven Argentina: se trata de «un enemigo inexistente».

En la respuesta de Juan Zanetti, publicada en el número siguiente de *Nuevo Frente*,[22] Taborda queda ubicado dentro del «movimiento que se opera en todo el mundo entre los intelectuales de la

[21] Gregorio Bermann, *Nuevo Frente*, I, n.º 6, 19 de septiembre de 1934.
[22] Juan Zanetti, *Nuevo Frente*, I, n.º 7, 26 de septiembre de 1934.

pequeño-burguesía. Taborda y los superidealistas que lo rodean tratan, a mi entender –sostiene Zanetti– de buscar una salida a la crisis actual para la pequeño-burguesía, sin interesarles para nada el proletariado, que es la clase históricamente revolucionaria». Tomando un punto de vista más general que el que plantea la mera lectura del documento inédito de Joven Argentina, Zanetti remite sus observaciones a *La crisis espiritual* y califica el ideario de Taborda como de «púdico fascismo», «ecléctico» («como todos los programas de los movimientos fascistas incipientes») y «contradictorio» («como lo ha señalado casi unánimemente la crítica»). Zanetti advierte puntos de contacto entre el pensamiento de Taborda y el del hitlerismo y sus adláteres («la falencia de Occidente, la vuelta al sentido "totalista del ecuménico medioeval" y el surgimiento de esa especie de monstruo nietzscheano que es el "Hombre Total"») y advierte también sobre la inconveniencia del planteo tabordiano de «retomar las normas rectoras de la nacionalidad» en las raíces castellanas cuando, en rigor de verdad, «nada saben y nada les interesa este ideal de la argentinidad hispánica al proletariado y al campesino que provienen de los más distintos países de Europa y tampoco a los indígenas que son bárbaramente explotados en los ingenios del Norte y en los bosques del Chaco».

Conectando la propuesta organizativa de gobierno de Joven Argentina con la democracia funcional planteada por Taborda –aunque, como podrá advertirse, Zanetti parece estar considerándola más en la versión de Ibarguren que en la del propio Taborda– Zanetti encuentra que «la democracia funcional es el ideal de las clases más reaccionarias y de los intelectuales a su servicio», cuya «misión específica» es «suprimir la lucha de clases». Además, la «exaltación desmesurada de la juventud como fuerza instintiva, saturada de un "heroísmo creador"» le despierta a Zanetti la sospecha de que «se quiere hacer residir en ella la responsabilidad de la hora y significarle que es la fuerza revolucionaria que nos conducirá hacia un "orden nuevo"», cuando la juventud no constituye un sujeto homogéneo, sino que se divide según la clase de pertenencia (explotados y/o explotadores). También advierte Zanetti los peligros de «un nacionalismo xenófobo, saturado de un sentido religioso», ya que «por estas callejuelas del odio se va a desembocar en el racismo, que se insinúa tímido en el "temario"». A través de las muchas semejanzas que Zanetti encuentra entre las apelaciones a la mística juvenil de Taborda y las del nazismo y el fascismo,

concluye que «para ser fascista no es imprescindible usar camisa negra y llamarse como tal» y, así como «en Alemania se impuso el nazismo, en nombre de un nacional-socialismo fischetano [sic], pero consultando sobre todo la tradición nacionalista y la honda raigambre del socialismo», en nuestro país «el fascismo puede imponerse en nombre de un obrerismo radical, de una "voluntad de Mayo vigorante en el alma nativa", o también en nombre de un reformismo anquilosado».

3.5 Taborda y el fascismo

La posible vinculación del pensamiento político de Taborda con el fascismo tuvo en estos años de comienzos de la década del treinta una diversidad de significados y matices. En la versión de May Zubiría, el fascismo se vincula con la no aceptación de la misión histórica de la revolución soviética y, consiguientemente, con el intento de «salvar de su definitiva bancarrota al régimen capitalista». May Zubiría no duda en ubicar allí a Taborda (y Astrada) en cuanto niegan «la concepción materialista de la historia y el materialismo dialéctico». De acuerdo con la interpretación Da Rocha, sería fascista todo intento de evitar el colapso inevitable del capitalismo y, en este sentido, no sería fascista Taborda en la medida en que no se propone reivindicar ningún «capitalismo de Estado» y señala como ejemplo de una adecuada racionalización industrial «a la propia Rusia de los soviets». En la lectura que hace Bermann, el fascismo se escondería detrás de los ropajes del nacionalismo y, en consecuencia, absuelve a Taborda de toda sospecha dado su público rechazo del reduccionismo nacionalista impulsado desde el Estado. Finalmente, de acuerdo con Zanetti, el fascismo se vincula con las actitudes reactivas de la pequeña burguesía intelectual frente al avance del proletariado y acusa a Taborda de exhibir un «"púdico" fascismo» como el que plantea la democracia funcional. Si bien es muy posible que el conjunto de estas miradas sobre un mismo objeto vayan dibujando el perfil de un enemigo político todavía poco caracterizado por esos años de 1934, también es posible pensar que las urgencias por tomar posición frente al enemigo y caracterizarlo con nitidez, impiden ver los matices diferenciales de un pensamiento que no permite reducir su complejidad a fórmulas preconcebidas aunque tenga, desde luego, muchos parentescos y similitudes con muchas de ellas.

Referencias bibliográficas

BARREIRO, JOSÉ

1955 *La crisis espiritual de Saúl Taborda*, 2.ª ed., Buenos Aires: Antonio Zamora, referencia citada en páginas 69, 70, 77.

BRESSANO, CLARA

2011 «Los ideales democráticos de José Ingenieros y Saúl Taborda. Dos críticas heterodoxas a la democracia liberal en los años 20», en *Cuadernos de Historia*, referencia citada en página 83.

CASALI, CARLOS

2012 *La filosofía biopolítica de Saúl Taborda*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Lanús, referencia citada en página 67.

CATURELLI, ALBERTO

1993 *Historia de la Filosofía en Córdoba 1610-1983*, CONICET, vol. III, referencia citada en página 71.

DE LUCIA, DANIEL OMAR

1998 «La Revolución Rusa como hazaña del progreso: un imaginario social de la Argentina de entreguerras», en *Herramientas*, n.º 5, referencia citada en página 76.

DEVOTO, FERNANDO

2002 *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 77.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ Y MARÍA CARLA GALFIONE

2021 *La* Revista de Filosofía, Ciencia, Cultura y Educación. *Índices y aproximaciones a un proyecto editorial*, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 72.

FERRERO, ROBERTO

1988 *Saúl Taborda. De la Reforma Universitaria a la Revolución Nacional*, Córdoba: Alción, referencia citada en página 71.

HALPERIN DONGHI, TULIO

2000 *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, referencia citada en página 76.

HUERGO, JORGE

2004 *Hacia una genealogía de comunicación/educación. Rastrao de algunos anclajes político-culturales*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, referencia citada en página 85.

IBARGUREN, CARLOS

1934 *La inquietud de esta hora*, Buenos Aires: La Facultad, referencia citada en página 77.

INGENIEROS, JOSÉ

1919 *La Democracia Funcional en Rusia*, Buenos Aires: Ediciones Adelante, referencia citada en página 72.

MAY ZUBIRÍA, ALBERTO

1934 «Joven Argentina», en *Claridad*, n.º 273 (25 de enero de 1934), referencia citada en página 83.

RODEIRO, MATÍAS

2009 «Apuntes sobre los "Escritos Políticos" de Saúl Taborda (1918-1934)», en *Escritos políticos 1918-1934*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, referencia citada en páginas 83, 87.

ROITENBURD, SILVIA

1998 «Saúl Taborda: la tradición entre la memoria y el cambio», en *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, n.º 9, referencia citada en página 85.

2007 «La hora de América en un horizonte de reforma. Saúl Taborda: un intelectual alternativo», en *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, vol. 5, n.º 18, referencia citada en página 85.

SANGUINETTI, HORACIO

1959 «Saúl Alejandro Taborda», en *Facundo. Crítica y polémica*, Buenos Aires: Abeledo Perrot, referencia citada en página 83.

TABORDA, SAÚL

1933 *La crisis espiritual y el ideario argentino*, Santa Fe: Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, referencia citada en páginas 70, 80.

CAPÍTULO 4

Recuperando una experiencia olvidada. La logia Artes y Letras siempre unidas, un círculo inspirado por José Ingenieros

DANIEL OMAR DE LUCIA[***]

El presente capítulo es parte del rescate de una experiencia intelectual producida en Buenos Aires hace más de un siglo: la formación en 1915 de ALSU (Artes y Letras Siempre Unidas), una logia integrada por bohemios y literatos que reconocían como su principal referente al doctor José Ingenieros. A partir de la recuperación de un cuaderno con borradores de actas manuscritas de las reuniones de dicha sociedad nos propusimos analizar la breve vida de este círculo.[1] Para eso comenzamos por contextualizar esta experiencia en el momento político e intelectual en que se

* UNQui

** Quiero agradecer a Hugo Biagini por el importante aporte documental que hizo posible este trabajo y por facilitarme material bibliográfico de su biblioteca. Al amigo y colega Martín Cremonte por las valiosas sugerencias que hizo durante la redacción de este trabajo. Tanto por su mirada crítica como por el aporte de elementos que me sirvieron para alcanzar conclusiones sobre el tema estudiado. También le quiero agradecer a mi compañera Adriana Dora Oger por su colaboración en algunos aspectos técnicos del presente trabajo.

[1] El cuaderno de actas de la logia ALSU es un documento recuperado que constituye un testimonio de primera mano de un episodio apenas conocido de la vida intelectual argentina a comienzos del siglo XX. Hemos tenido acceso, junto a otros manuscritos y recortes periodísticos de la autoría del poeta Nicolás Coronado gracias a Hugo Biagini, quien había accedido a estos materiales por donación de la viuda del psicólogo y académico Marcos Victoria. Biagini me hizo notar las referencias que sobre esta experiencia

produjo, en su relación con la consolidación de un campo literario autónomo y en su rol como parte de una red política e intelectual. Lo primero que queremos destacar es la dimensión temporal como un elemento que permite apreciar la distancia entre la logia bohemia del novecientos La Syringa, como antecedente postulado de ALSU, y la agrupación de 1915. Dentro de este marco general nos propusimos trabajar sobre los siguientes ejes:

1) una aproximación a los integrantes de ALSU como miembros de una red que reconoce intersecciones con distintos espacios y ámbitos específicos;
2) el rol de ALSU como ámbito donde se establecían vínculos profesionales y se motorizaban experiencias en el campo intelectual;
3) las convergencias y tensiones en el *opus* de José Ingenieros y los escritos de otros hermanos de ALSU en el bienio siguiente a la experiencia de esta sociedad de iniciados.

4.1 De La Syringa a ALSU

> «El 1914, los insurgentes y audaces modernistas de 1906 se convirtieron casi todos en conservadores y formalistas. Con eléctrica velocidad Atenas devenía Bizancio» (Sanchez 1956).

Hasta los últimos años del siglo XIX los ámbitos de discusión de literatos y artistas en Buenos Aires estaban integrados, en lo fundamental, por hombres de la élite. A ese mundo de escritores o artistas *gentlemans* le sucederían, en vísperas del novecientos, los espacios de los primeros literatos con vocación de autores profesionales fruto de un paulatino proceso de autonomización del medio literario en nuestro país. Dicho fenómeno fue producto de los siguientes factores:

1) la formación de un mercado editorial producto de la alfabetización de los sectores medios;
2) la emergencia de una camada de escritores cuya procedencia social excedía el ámbito de la élite;

---

olvidada había dejado Delia Kamia de Ingenieros, que la menciona como *Academia Ommia*, un nombre alternativo del grupo, y el testimonio de José María Monner Sanz que fue miembro de ALSU.

3) el auge del movimiento modernista como un proceso que acompaño en la atmósfera mental y en el plano estético los cambios en el mundo de las letras en su conjunto.

El primer ámbito de la bohemia porteña fue una red de personas que intercambiaban experiencias e ideas en espacios interrelacionados:

1) cafés, librerías y redacciones de periódicos y revistas (ámbito de socialización cotidiana e informal);
2) foros y centros de conferencia como, por ejemplo el Ateneo de Buenos Aires, teatros y el espacio de la Facultad de Filosofía y Letras creada en 1896 (ámbitos más especializados de debates y difusión de obras);
3) sociedades y círculos iniciáticos como La Syringa (ámbitos de sociabilidad entre pares).

Esta fue una sociedad formada hacia 1897 alrededor de la figura de Rubén Darío, sumando a muchos asistentes del Ateneo de Buenos Aires fundado por Rafael Obligado en 1892 y a los jóvenes socialistas que editaban *La Montaña*. Junto al poeta nicaragüense, en el rol de patriarca, la logia era conducida por los pentarcas (José Ingenieros, el escritor Antonio Monteavaro, el cronista entrerriano Luis Doello Jurado, el musicólogo José Ojeda y el editor de revistas literarias José Pardo). Luego de que Darío dejara la Argentina la logia se nucleó alrededor de la figura de Ingenieros. En un artículo publicado en *Ideas* en 1905 este definía así a la agrupación qué el oriento en estos términos:

> «La Syringa, institución de estética y de crítica, preexiste, existe y subsiste. Es un exponente del espíritu dionisiaco y, como el, remonta su origen hasta la primera sonrisa del piteco ancestral. Todo Syringo es dionisíaco, puede, ulteriormente, ser apolíneo» (José Ingenieros 1905, págs. 328-329).

Igual que el Consistorio del Gay Saber, fundado por Horacio Quiroga en Montevideo en 1900, La Syringa amalgamaba el carácter de círculo donde se daba a conocer la obra de sus miembros con el de un grupo de prácticas transgresoras e iconoclastas. Los elementos más básicos que hacían a su identidad fueron:

1) un espíritu entre «dionisíaco y apolíneo» que reunía elementos vitalistas junto a la estética y sensibilidad modernista (poesía erótica, historias fúnebres, trágicas, etcétera);

2) carácter iniciático (simbología masónica, jerga de iniciados, himnos en honor a sus miembros, interés por prácticas ocultistas y esotéricas);
3) el fumismo o práctica de rituales de crueldad y burla entre pares, pero, principalmente, hacia afuera del grupo.

Estas costumbres incluían la formación de claques lapidarias, fraudes elaborados y montajes para hacer creer a un incauto que iba camino a la fama y luego bajarlo de las nubes. Miembros de este grupo como Lugones, Gálvez o Ugarte tomaron cierta distancia de estas experiencias contemporáneamente a los hechos o en sus recuerdos de madurez. La mirada del autor de *La maestra normal* sobre La Syringa y sus miembros tiende a minimizar su importancia. Gálvez los consideraba solo un grupo de literatos y periodistas previsibles que se reunían a realizar chanzas, beber a costa de algún incauto y a desplegar sus egos contrapuestos. Incluso sostiene que algunas de las hazañas «fumistas» atribuidas a los syringos fueron ficticias o exageradas.[2] Según Delia Kamia La Syringa, como tal, dejo de existir hacia 1903 (Kamia 1961). Pero subsistiría informalmente como círculo de amigos y literatos que se reunían a cenar nucleados alrededor de algún referente.

Los balances de la bohemia del novecientos tienden a resaltar su relación con la primaria consolidación de un grupo de escritores profesionales y a destacar la originalidad de estas formas de sociabilidad propias de artistas jóvenes (Viñas 2015, págs. 215-217; Altamirano y Sarlo 1997, pág. 182). A la hora de relacionar la experiencia de la bohemia con ordenadores políticos e ideológicos, varios autores resaltan una relativa oposición entre ámbitos bohemios identificados con posiciones libertarias y otros ligados a un cierto aristocratismo social pero sin poder plantearse una separación neta. El carácter difuso de la subcultura anarquista se

[2] En Gálvez encontramos un doble registro de la experiencia. El primero ficcional en *El mal metafísico* (1916) y la segunda en el tomo I de sus memorias *Amigos y maestros de mi juventud* (1944). El registro ficcional, aunque en tono irónico, brinda una imagen de Ingenieros (el doctor Escribanos como *alter ego* ficcional) y su ciclo un poco más cercano a las versiones más celebratorias de la Syringa. En sus memorias, publicadas cuatro décadas después, de sus épocas de literato joven, medio anarquista, Gálvez inscribe sus recuerdos en la línea de presentar a La Syringa y su inspirador con tonos críticos y un balance cercano al de un mito de carácter autorreferencial. Las referencias sobre La Syringa en Gálvez (1965, vol. 1, págs. 138-139).

prestaba a estos tipos de amalgamas en mayor medida que la más estructurada cultura socialdemócrata (Ansolabehere 2012, pág. 4).[3] Equidistante de la bohemia ácrata y del dandismo intelectual podemos situar el carácter esotérico, iconoclasta y los rituales de fumismo cruel de La Syringa. Se ha propuesto relacionar el fumismo de Ingenieros con su interés profesional por fenómenos como la simulación de la locura, psicopatías de imitación u otras conductas estigmatizadas por la psiquiatría de la época.[4] El nacionalista católico Díaz Araujo asocia esta impronta con una vocación blasfema y satánica (Diaz Araujo 1998, págs. 92-100). Una dilatada línea de análisis (Bagu, Ponce, Agosti) celebra el carácter lúdico e irreverente del grupo sugiriendo que estos rasgos identitarios se llevaban bien de la mano con la pertenencia de algunos de sus miembros al espacio de las vanguardias obreras. Se ha hablado incluso de un «socialismo modernista» encarnado por los syringos, ex redactores de *La Montaña*, consistente en la búsqueda de construir un «reino ambiguo de la libertad y la fantasía» en oposición al frío orden burgués al cual el socialismo reformista no terminaba de impugnar radicalmente. La crueldad syringuista no sería expresión de una burla de tipo elitista sino de irreverencia frente al adocenamiento mercantilista (Tarcus 2018). No creemos que La Syringa deba ser considerada, en un sentido clauwetziano, la continuación del socialismo por otros medios. Sin duda las vanguardias obreras y el modernismo conocieron puntos de contacto. Pero los elementos elitistas que en la breve experiencia socialista de Lugones e Ingenieros habían representado una tensión, en el marco de la bohemia modernista habían pasado a revestir un carácter más complementario. Indudablemente, la ruptura paulatina, pero sostenida de los ex jóvenes socialistas con el PS representó un punto de inflexión de no poca entidad[5] La bohemia de 1900 expresó irreverencia y

[3] Es interesante el testimonio de Giusti (1965) (reproducido en Pastormerlo 2014, pág. 292).

[4] Es conocido el párrafo de *Simulación de la locura* (1903) en donde Ingenieros cuenta el caso de un joven literato, que conoció como miembro de su círculo de bohemios, que, influido por el ejemplo de famosos falsarios europeos, había decidido mimetizarse con la figura de Oscar Wilde proclamándose homosexual por puro espíritu de «fisga». Más recientemente se ha resaltado cierta tendencia de Ingenieros a reproducir el patrón de los «simuladores» en su conducta personal (Plotkin 2021, págs. 97-98).

[5] Creemos que no puede pasarse por alto los elementos «superhombristas» presentes en Ingenieros ya a comienzos del siglo XX. Por ejemplo, su pro-

crítica a algunos aspectos de la realidad de su tiempo a la vez que comenzaba a tomar distancia de una lectura de la realidad que consideraba a la organización de la clase obrera como sujeto político como el principal camino para la transformación de la realidad.

La formación de estos ámbitos no era solamente indicio de una nueva relación de los escritores con un público que se expandía. El vínculo entre los escritores y las revistas literarias del nuevo siglo sería distinta a la que años antes los literatos habían entablado con un medio como *La Nación*. El círculo creado alrededor de Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, editores de la revista *Nosotros* (1907), es un ejemplo representativo de esta novedad. Téngase en cuenta que por ese entonces también se registran los primeros intentos de organización gremial o sectorial de los literatos.[6] En torno al Centenario estos espacios comenzarían a integrarse en una red de espacios diversificados y con intersecciones varias (véase Delgado 2009, págs. 259-288). Nos interesa resaltar el carácter aglutinador que la tertulia de literatos alcanzo al reunir a hombres de otra disciplinas (músicos, artistas plásticos, científicos, críticos). El tipo de espacio de sociabilidad que más huella ha dejado en las páginas de los cronistas fue la peña de literatos en un café o restaurante. Es sobre estos antecedentes que a mediados de la segunda década del siglo XX varios de los sobrevivientes de la bohemia del novecientos decidieron formar un espacio para iniciados pensado como una especie de reedición *agiornada* de La Syringa.

---

fesión de fe elitista expresada en los anticipos de *La simulación en la lucha por la vida* de 1900, donde divide a la sociedad en una minoría de personajes con carácter e iniciativa y una masa de mediocres o en su profesión de fe vitalista en el banquete homenaje a Daniel Pagano en 1903. Ya para ese entonces estaba bien consolidado el dispositivo «bioeconomicista» que dividía a la sociedad en aptos y no aptos atravesados por la lucha por la existencia. He tenido oportunidad de discutir este problema con el colega y amigo Martín Cremonte, experto en la recepción de Nietzche en Argentina.

[6] Roberto Payro, «Crónica del día. La casa de los que no la tienen» en *La Nación*, 18 de septiembre de 1906 (reproducido en Rivera 1980, págs. 95-96).

4.2 La corta vida de ALSU en su contexto

> «Y cuando yo podía robarme una noche o una hora, corría entre ustedes y estaba al unísono, como el más consuetudinario, los tenía dentro de mí, en lo más mío de mí».[7]

La logia que algunos testimonios denominan *Academia Omnia*, pero que en sus actas se denomina ALSU (Artes y Letras Siempre Unidas) tuvo una vida corta. Los borradores de las actas de la logia redactados por Nicolás Coronado abarcan reuniones realizadas entre septiembre y diciembre de 1915. El 9 de septiembre de ese año la revista *Nosotros* brindó una cena homenaje a José Ingenieros en el restaurante Génova de Montevideo y Corrientes. En este evento en el cual Roberto Giusti elogio a Ingenieros en su rol de intelectual y, principalmente, como editor de la colección Cultura Argentina, estuvieron presentes varios de los asistentes a la reunión de la logia el 24 de septiembre, la primera que ha sido resumida en la libreta de actas de Coronado. Esta primera reunión se realizó en el edificio de la Biblioteca Bernardino Rivadavia, cuyo director era el hermano de la logia Álvaro Melián Lafinur, sito en la calle Corrientes 1615. En esta asamblea la presidencia de ALSU la ejerció el poeta Julio Cruz Ghio,[8] el cargo de secretario Prospero López Buchardo y René Pérez Mascayano el de tesorero.[9] El corto período de reuniones de ALSU, cuyas actas están en la libreta de anotaciones de Nicolás Coronado, llega hasta el 14 de diciembre de 1915. Las reuniones de ALSU se realizaron mayormente en la Biblioteca Rivadavia salvo una que se, aclara explícitamente, se realizó en la, recientemente fundada, Sociedad de Autores y Compositores (SADAIC) en Florida 835. El juramento de los miembros de la logia se realizaba frente a una estatua de Bernardino Rivadavia.

El contenido de las actas de ALSU le dedica un mayor espacio a las discusiones internas del grupo qué a eventuales iniciativas de la

---

[7] Carta de José Ingenieros a Roberto Payro.

[8] Julio Cruz Ghio había publicado colaboraciones en *La Nación*, en *Ideas*, la revista de Manuel Gálvez, y luego había tenido una relación, de mayor continuidad, en la revista *Ideas y Figuras* de Alberto Ghiraldo. En 1912 había publicado *Cariños*, un libro de cuentos camperos con prólogo de Julio Barcos. Poesías de su producción aparecieron en *Mundo Argentino* y en *La Vida Moderna*. En 1914 dirigió la revista *Las Letras*, en su primera etapa. Era en esos años, un hombre que pertenecía al círculo íntimo de José Ingenieros.

[9] *Borradores de las Actas de ALSU*, sesión del 24 de septiembre de 1915, pág. 3.

logia para difundir las «artes y las letras» e incluso a los debates de sus miembros sobre cuestiones teóricas o problemas de actualidad. Algunas de las discusiones en que gastaron sus energías los hermanos, giraron en torno a si el presidente debía tener un voto igual que los demás miembros, si debía contar con doble o triple voto o solo votar en casos de desempate. También, discusiones sobre la redacción y la reforma de las bases de la asociación, los juramentos de fórmula, su pertenencia, la adopción de jergas y señas propias de iniciados. Estos rituales incluían el sondaje, una especie de examen e interrogatorio ritual que realizaban las autoridades de la hermandad al aspirante a ingresar a la logia, previo a la aceptación por el conjunto de los hermanos. Una actividad peculiar de ALSU fue el estudio del semáforo cultural, una idea de Ingenieros que se menciona en las actas pero que no se especifica claramente en qué consistía. Salvo que se creó una comisión de técnicos para llevarla a la práctica.[10] Otro tema al que los hermanos le dedicaron bastante tiempo es a la idea de sacar una revista como órgano de la logia. Eligieron para ese objetivo reflotar la revista *Las Letras* que había sacado algunos números en 1914, bajo la dirección de Julio Cruz Ghio, que volvería a salir en 1916. En las actas se alude a que la revista debía contar con un responsable rentado y otras previsiones técnicas. Se pensó en el hermano Juan Alejandro Olmos para esa función. Curiosamente en las actas de ALSU no se menciona en ningún momento a la *Revista de Filosofía* de Ingenieros que había visto la luz unos meses antes de la fundación de la logia y en la cual varios de los hermanos harían colaboraciones.

Pese a ser recordada como una supuesta continuación de la noctámbula La Syringa, las reuniones de ALSU eran sobrias en materia de duración. Solían empezar entre las 21.00 y las 22.00 hs y terminar alrededor de la medianoche. Muy lejos de las trasnochadas bohemias. Quizás las reuniones de ALSU mantuvieran mayor cercanía con las teñidas de los syringos por el tono vehemente, a veces más auténtico que en otras, de las discusiones que oscilaban entre la polémica enconada y el chascarrillo irónico. En discusiones sobre la necesidad de un juramento y los votos que le

[10] Una alusión al Semáforo Cultural como una de las tantas ocurrencias burlescas o farsescas la encontramos como una prolongación de los «titeos» de los syringos en las memorias de Gálvez en las mismas páginas que se mencionan en la nota 3.

corresponderían al presidente se sucedían intervenciones donde campeaba la lucha de egos y algo del clásico «titeo». Especialmente en algunas agarradas entre el presidente, que luego renunciaría al cargo, Julio Cruz Ghio y el pintor Sobiesky que siempre apoyaba sus propuestas argumentando ejemplos tomados de instituciones y asociaciones de su país natal. Son pocas las intervenciones de Ingenieros al qué el conjunto de los hermanos consideraban un referente o inspirador. El médico fumista fue el que formuló varias propuestas sobre el perfil de la logia, pero ante las enconadas discusiones de los hermanos se limitaba a hacer acotaciones o sugerencias discretas. Contamos con el testimonio del hermano José María Monner Sans que, en su homenaje a Ingenieros, a tres décadas de su muerte, describía el clima interno de ALSU en un tono coincidente con el que se desprende las actas:

> «En 1915 fue su sucesora (de la Siringa) ALSU, sigla de Artes, Letras siempre unidas, cuyo título cursi lo escogió Ingenieros con gozosa delectación. Se albergó esta logia en distintos sitios, y ocurrieron los más inverosímiles episodios, ya jocosos, ya grotescos. Entre ellos, recuerdo como se complicó un debate fingidamente acalorado al pedir algunos de los cofrades que "Se reconsiderara de la moción últimamente formulada"... Testigos hay que darán fe de lo dicho».[11]

De las discusiones de los hermanos se desprende con claridad el perfil ideológico e identitario que le querían dar a la sociedad que estaban intentando formar. Un mínimo común denominador basado en:

1) una identificación con el laicismo y la secularización progresiva de la sociedad;
2) un rechazo a la guerra que convivía con una simpatía por los aliados, en particular por Francia;
3) la idea de la renovación de la sociedad por élites instruidas y cultas cuyo perfil debía ser motivo de discusión.

Durante la discusión sobre el número de votos que le correspondían al presidente Juan Alejandro Olmos planteó explícitamente: «En todas las asociaciones bien constituidas las mentalidades superiores son las que mandan»... (*Borradores de las Actas de ALSU*,

[11] J. M. Monner Sans, «Un hombre que no quería ser importante» en *La Prensa*; 13 de marzo de 1956. Este artículo fue reproducido en Monner Sans (1976, págs. 177-191).

sesión del 29 de octubre de 1915; pág. 43). El carácter decididamente elitista de cualquier proceso que se quisiese encarar no estaba en discusión. El debate era sobre la composición y los objetivos por los que debían luchar las élites en ese momento histórico. Para los hermanos de Artes y Letras siempre Unidas el mundo que surgiría de la conflagración mundial sería obra de minorías rectoras muy diferentes a las que habían liderado el planeta en tiempos de la paz armada. Lejos de cualquier aristocratismo de sangre o abolengo. Es bueno destacar que una de las condiciones que se le pedía a los aspirantes a hermanos era el compromiso de no recurrir al duelo para solucionar diferendos caballerescos. Téngase en cuenta que hacía muy poco tiempo, en julio de 1915, una controversia alrededor de un lance caballeresco había producido la expulsión del Partido Socialista de Alfredo Palacios y la posterior renuncia de este a su banca en la Cámara de Diputados de la nación.[12] Los hermanos de ALSU rechazaban los contenciosos entre hidalgos como una costumbre retrógrada, rémora del mundo que agonizaba.[13]

Los debates más interesantes que contienen las actas de ALSU se relacionan con la repercusión de la guerra en la Argentina y temas conexos. En la sesión del 7 de diciembre el hermano Sobiesky propuso que se incorporase como miembro honorario de la logia a Rómulo Naón, embajador de la Argentina en Estados Unidos que ese día llegaba a Buenos Aires de paso hacia Chile donde asistiría al traspaso de mando presidencial. Naón era un hombre fuertemente identificado con posiciones panamericanistas y proestadounidenses.[14] Su visita incluyó homenajes en distintos círculos e instituciones argentinas y fue cubierto profusamente por la prensa de Buenos Aires. Luego de algunas consideraciones la moción del pintor polaco fue aceptada por unanimidad. Pero se decidió aplazar la comunicación al interesado para evitar relacionarla

[12] La renuncia de Alfredo Palacios a su banca de diputado en *Diario de Sesiones de la HCDN*; 1915, tomo I, sesión del 12 de julio de 1915, págs. 661-662

[13] *Borradores de las Actas de ALSU*, reunión del 8 de octubre de 1915; págs. 9-13

[14] Rómulo Naón fue abogado y profesor del Colegio Nacional Buenos Aires y de la UBA. Fue ministro de Justicia e Instrucción Pública durante el gobierno de José Figueroa Alcorta. Roque Sáenz Peña lo nombro en 1910 ministro plenipotenciario en Washington y embajador de la República Argentina en Estados Unidos en 1914. Fue el promotor de la visita de Theodore *Big Stick* Roosevelt a la Argentina en 1913. En 1914 participó de la mediación de los países del ABC en el diferendo entre el gobierno de Wodroow Wilson y Venustiano Carranza.

con las actividades políticas que venía a desarrollar Naón en el país. Luego el orientalista Muzzio Peña solicito que se nombrara miembro honorario de la logia al mismísimo Henry Ford con motivo de la campaña que este venía llevando adelante con el proclamado objetivo de detener la guerra europea.[15] Desde ya que se ganó algo de titeo Muzzio Peña por ensalzar la presunta «humanidad» de este empresario enemigo feroz de la organización gremial de los trabajadores, futuro ideólogo antisemita y conspicuo traficante de armas cuando su país entro en la guerra que Ford decía querer detener. En una discusión entre jaranera y no tanto, Muzzio Peña insistió en defender al empresario automotor como un «príncipe de la paz». Varios de los hermanos se mostraron escépticos respecto a las inclinaciones filantrópicas y humanitarias de Ford y la alta burguesía estadounidense en su conjunto. El más categórico fue Lami que dijo: «Es una característica del género humano que después que se ha hecho fortuna se busca la gloria. Todo lo que han hecho esos señores Carnegie, Ford, Rockefeller es una devolución de la milésima parte de la explotación del obrero».[16] Finalmente, la moción que se votó, de adherir a la campaña pacifista de Ford, fue rechazada por 9 votos en contra.

Como balance de estos debates queda evidenciada la fascinación, en clave panamericanista, de los hermanos con las virtudes de la gran democracia yanqui y la fuerte posición pacifista que sostenían en 1915 ante la guerra europea. Pacifismo que convivía en la mayoría de los casos con un indisimulable sentimiento aliadófilo. Curiosamente, un hecho puntual de esos días generaría un debate que dejo entrever una relativa tensión en ese posicionamiento. En la misma sesión de 7 de diciembre el hermano Frías pidió que se formara una comisión para estudiar el caso del *Presidente Mitre*[17]

---

[15] En 1915 el magnate Henry Ford inicio una curiosa campaña para promover la paz en medio de la Gran Guerra mundial. Esta consistió en una gira del propio Ford y otros dirigentes pacifistas por Suiza y los Países Bajos para entrevistarse con activistas antibélicos. La mayoría de los observadores contemporáneos evaluaron que se trató de una iniciativa carente de entidad.

[16] *Borradores de las Actas de ALSU*, reunión del 7 de diciembre de 1915; págs. 96-97.

[17] El 28 de noviembre de 1915 un barco de guerra británico intercepto al buque mercante argentino *Presidente Mitre* que navegaba en aguas territoriales argentinas. Luego de abordar el barco se lo expropió y se hizo descender a la tripulación en Montevideo. Este acontecimiento provocó una crisis

desde el derecho internacional y fijar una posición. Esto dio pie a una discusión en la cual varios de los hermanos expresaron opiniones bastante críticas frente a la actitud de Albion requisando aquel barco mercante. Incluso se habló de pedir que se le decretara un bloqueo a Gran Bretaña. Lafinur, que estaba entre los críticos frente a la actitud británica, calificó de inútil e insulso el discurso que el día anterior había pronunciado en la Cámara de Diputados el legislador y ex canciller Estanislao Zeballos pidiendo la renuncia del gabinete por la no asistencia del canciller Murature a la Cámara para informar sobre el tema.[18] Pero también algunos de los hermanos (Guiria, Arizio y Olmos) sostuvieron que había que evaluar la actitud de Inglaterra como un acto de represalia comprensible en un contexto de guerra. Aun ante el impacto de un incidente como el mencionado, el león británico gozaba de mucha consideración entre los hermanos de la logia.

En estas reuniones del mes de diciembre no estuvo presente José Ingenieros que había partido, a fines del mes anterior, hacia Estados Unidos, invitado por la Fundación Dale Carnegie, para participar en el II Congreso Científico Panamericano, donde presentaría su trabajo *La universidad del porvenir*. La logia lo autorizó a ausentarse del país, como establecían sus bases, lo despidió y lo ayudó con los viáticos (42 pesos y 80 centavos) como también preveían las bases que debía hacerse en caso de viaje de un hermano al extranjero.[19] La última reunión de ALSU, recogida en los borradores de la asociación, se realizó el 14 de diciembre. La presidencia estuvo a cargo de Félix Icasate Larios. Esa noche se informó de la renuncia de Juan Alejandro Olmos a la dirección de *Las Letras* que debía ser el órgano de ALSU. Luego de una discusión áspera se eligió otra comisión para encargarse de la publicación. René Pérez Mascayano sería el administrador y Umberto Lami el secretario de redacción. Se decidió organizar un concierto para recaudar fondos para la revista en los salones de *La Prensa*. Como

diplomática entre Argentina y Gran Bretaña. El gobierno británico alegó que el barco pertenecía a una compañía naviera alemana. Finalmente, la embarcación fue devuelta al gobierno argentino.

[18] El discurso de Estanislao Zeballos en *Diario de Sesiones HCDN* 6 de diciembre de 1915; T V; págs. 38-71. Para un análisis del posicionamiento de Zeballos véase Ferrari (1995, pág. 50).

[19] *Borradores de las Actas de ALSU*, sesión del 21 de noviembre de 1915; págs. 90-92.

rasgo curioso, señalaremos que en esta sección se solicitó el nombramiento como miembro honorario de Marcos N. Avellaneda, hijo del presidente Nicolás Avellaneda y ministro argentino en España. Don Marcos visitaba esos días Buenos Aires donde fue agasajado por la colectividad española por su desempeño como diplomático en el país ibérico.[20] El hijo de *Taquito* Avellaneda era un político fuertemente identificado con la Iglesia Católica, lo que hace que resulte raro que generase tanto entusiasmo en las filas de esta logia, tan laica ella. Parece que a la hora de la verdad lo que importaba para los hermanos era el famoso «mérito».[21] Las anotaciones terminan de una manera un tanto brusca. La última moción que se aprobó, por aclamación, fue la de Frías que propuso reunirse una vez por mes en el restaurant Cocodrilo, famoso «comenzaculo» de estos «bohemios».[22]

Este grupo formado principalmente por hombres jóvenes, pero con algunos referentes maduros, no reprodujo los rituales de iconoclasia y crueldad de la sociedad de los modernistas del novecientos. Aunque si reflejó algo de aquel espíritu en sus controversias basadas en luchas de egos y sus debates y discusiones entre enardecidas y jocosas. ALSU reproducía el carácter cerrado e iniciático del grupo de los syringos pero solo en relación hacia su propio espacio más que como una forma de presentarse hacia afuera. Entre los tiempos de La Syringa y los de ALSU había pasado mucha agua bajo el puente. Del optimismo de la *belle epoque* al «suicidio de los

[20] «Llegada de diplomáticos argentinos» en *Caras y Caretas*; 18 de diciembre de 1915; pág. 65 En la misma nota se comenta la visita de Naón a la Argentina.

[21] Ese mismo año la colección dirigida por José Ingenieros publicaría una compilación de escritos y discursos del ex presidente con prólogo del hermano Álvaro Melián Lafinur: *Nicolás Avellaneda*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

[22] La continuidad de este grupo a través de los comenzaculos, tuvo una expresión en el *Simposio de Agathaura*, una peña intelectual orientada por Ortiga Ackerman, de la que participaron varios de los hermanos de ALSU incluyendo el propio Ingenieros. También las clásicas cenas mensuales del círculo de la revista *Nosotros*. Tanto Kamia (1968, separata «La Syringa») como Requeni (1985, 1995) mencionan entre los presuntos miembros de ALSU o *Academia Omnia* a personajes como Aníbal Ponce, Alejandro Castiñeiras o Arturo Orzabal Quintana que no figuran mencionados en las actas. Entendemos que la vinculación de estos personajes con los hermanos se dio a través de los cenáculos de tiempo largo en los que participó el círculo ingenieriano.

bárbaros». Entre los syringos y los hermanos había algunos puntos en común a la hora de leer la realidad, pero los problemas e interrogantes eran otros. El campo literario autónomo que despuntaba tres lustros atrás se había consolidado. La Syringa había estado inserta en un circuito de ámbitos y espacios más modestos.[23] La red en la que estaba inserta ALSU era mucho más compleja. Incluía:

1) revistas literarias referenciadas, con grupos editoriales de larga continuidad, pasada o futura, como *Nosotros* o *Revista de Filosofía*.
2) una serie de publicaciones menores, literarias, culturales y políticas, donde los hermanos, como parte de una red de escritores más amplia, colaboraban (*La Nota, Las Letras, Proteo, Ideas, Ariel, Verbum*);[24]
3) un emprendimiento editorial, llamado a tener largo aliento, como Cultura Argentina de la que varios miembros de ALSU fueron colaboradores;
4) reuniones en círculos musicales (Asociación Wagneriana,[25] Sociedad Argentina de Compositores) o en salones de artes plásticas;
5) espacios que aunaban la discusión literaria o intelectual con inquietudes más politizadas como las conferencias del Ateneo Universitario (avenida de Mayo y Lima) o el centro de estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA. Ambos espacios donde la figura de Ingenieros era bastante convocante.

La red de la que formaban parte los hermanos reflejaba una diversificación y profesionalización de ámbitos mayor que la que habían integrado, en su tiempo, los alegres syringos. El liderazgo o magisterio moral de La Syringa y de ALSU, detentado por la misma persona, no revestía las mismas características. Los vínculos que se establecían entre los hermanos y el maestro orientador del grupo excedían el deslumbramiento del camarada joven por las ocurrencias o las primicias artísticas del literato o el intelectual

[23] Sobre el carácter esporádico de las publicaciones literarias del 900 véase Giusti (1965) (reproducido en Pastor Merlo, 2014; pág. 296).

[24] *Verbum*, órgano del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA, jugo un rol importante en el debate de ideas en los años previos la Reforma del 18. Sobre el perfil de esta publicación véase Bustelo (2012).

[25] El hermano Martínez Cuitiño, publico una reseña de las veladas wagnerianas con el título de «Historia de la Sonata» en *Revista de Filosofía*, mayo de 1915, págs. 479-480

bohemio.[26] Implicaban un sistema asimétrico de toma de decisiones que permitían la participación en publicaciones y espacios editoriales. Incluyendo la difusión y el comentario del *opus* (libros, piezas teatrales, muestras) de los distintos artistas cofrades.[27] En los días de septiembre de 1915, cuando era homenajeado en el banquete de *Nosotros* y preparaba la primera reunión de ALSU, Ingenieros publicaba un artículo en *La Nota* haciendo la historia del nacimiento de La Cultura Argentina. Luego de relatar en tono épico las dificultades que tuvo que sortear para lanzar su colección el «Pepe», dándose aires de esforzado burgués smiliano, hacia la siguiente afirmación, lejos del fumismo y la bohemia:

> «Si las ediciones (de 3 000 a 5 000) ejemplares no se agotan, se habrá cumplido lo que hace cuatro años le escribí a Joaquín De Vedia desde Suiza: "He resuelto perder como editor lo que he ganado en diez años de ejercer la medicina. Por las dudas no dejo de ejercerla"».[28]

4.3 ¿Quiénes son los hermanos? Redes de artistas e intelectuales en el momento 1915

> «Aniquiladas entre si las fuerza bárbaras, dos fuerzas aparecen como el núcleo de la civilización futura y con ellas se forjaran las naciones del mañana: el trabajo y la cultura».[29]

> «... En nuestra gran república nada serio puede realizarse si no es mediante la complicidad de unos langostinos inmersos en salsa tártara» (Monner Sans 1930).

---

[26] Biagini (2000, págs. 68-69) resalta en su análisis de *Verbum* que uno de los leitmotiv de esta publicación era definir un perfil de estudiantes («pensadores artistas») diferenciando de los «iconoclastas de café» que asociaban con cierta juventud dorada bullanguera y jocosa.

[27] En base a la información que brinda Delia Kamia, Fernández (2014) dice que Academia Omnia o ALSU fue un grupo formado por Ingenieros para mantener un equipo de colaboradores más o menos permanentes para la *Revista de Filosofía*. Sin duda que esa intencionalidad influyo en la iniciativa. Teniendo acceso a las actas de las reuniones del grupo creemos que la experiencia revistió características un poco más autónomas. Estas incluyeron el intento de dar a luz un órgano propio, pronunciarse sobre distintos problemas, etcétera.

[28] José Ingenieros, «Historia de una biblioteca» en *La Nota*, septiembre de 1915, pág. 92.

[29] José Ingenieros, «El suicidio de los bárbaros».

Los hermanos que integraron ALSU eran un grupo variopinto de hombres entre los que se encontraban literatos, muchos de ellos poetas, dramaturgos, críticos literarios y de arte, músicos, críticos de música, algún pintor, un par de dirigentes estudiantiles, un futuro historiador y hasta un inventor. Varios de estos hombres ejercían o ejercerían cargos como funcionarios públicos, en el área de la cultura y la docencia media o superior. La mayoría habían nacido en las dos últimas décadas del siglo XIX. Dato que revela una impronta bastante juvenil del grupo. Desde el punto de vista de las adscripciones políticas encontramos un predominio de hombres que se identificaban básicamente con la trayectoria del régimen liberal argentino y alguna presencia minoritaria de otros con vocación de representar una contraelite más crítica y regeneradora. Entre los maduros del grupo tenemos, aparte de Ingenieros, al poeta Julio Cruz Ghio, cercano al ámbito anarquista y cultivador de la poesía gauchesca; al aristócrata polaco-argentino, pintor, escritor y docente de escuelas técnicas Carlos Sobiesky;[30] a José Pardo, sobreviviente de La Syringa y editor de la revista *Atlántida* (1897) una de las primeras revistas literarias argentinas[31] y al musicólogo y miembro de la Asociación Wagneriana José Ojeda, otro sobreviviente de la legendaria cofradía de syringos. También al pianista, diplomático, hombre de negocios y bohemio chileno René Pérez Mascayano, amigo y colaborador de Ruben Darío[32] y el poeta, actor y maestro de actores, José Lorenzo Alemany Villa. Junto a ellos los jóvenes poetas y críticos literarios Álvaro Melián Lafinur, Evar Méndez, ambos de filiación arielista y Nicolás Coro-

[30] Carlos Sobiesky nació en Cracovia en 1866. Emigró de su país por razones políticas. Aseguraba haber sido gobernador otomano de Palestina con el nombre de Jalif Emir Jaffendi. Se radicó en la Argentina en 1909 donde desarrolló una importante obra pictórica. Fue profesor del colegio Otto Krause.

[31] José Pardo fue muy allegado a Rubén Darío y también a Leopoldo Lugones. Una poesía suya (*El burgués*) apareció en el último número del legendario periódico *La Montaña*.

[32] René Pérez Mascayano fue amigo y secretario de Rubén Darío en los períodos parisinos de la vida del poeta nicaragüense. Este le dedicó su poema *Lo Fatal* (1905) que, se ha dicho erróneamente, había sido escrito al morir Mascayano. Este fue junto con Darío, responsable de la revista *Mundial* (1911-1914), una muy completa publicación de actualidad y de reseña de la actividad artística editada en castellano en París y destinada a la élite de la comunidad iberoamericana radicada en la capital francesa.

nado,[33] el orientalista Carlos Muzzio Sáenz Peña, Juan Alejandro Olmos, que sería el director de la revista *Las Letras* en su segunda época, el futuro guionista de cine Pedro Miguel Obligado, Horacio Ramos Mejía,[34] el uruguayo Vicente Martínez Cuitiño y un joven Oliverio Girondo que integró la logia junto a sus hermanos Alberto y Rafael.[35] Junto a ellos dos dirigentes estudiantiles de la Universidad de Buenos Aires, el futuro abogado y literato, también de inspiración arielista, José María Monner Sans, primo del ya mencionado Alemany Villa; y el futuro historiador católico Vicente D. Sierra; el músico Umberto Lammi; el joven pintor y músico Próspero López Buchardo; el jurisconsulto Juan Carlos Rebora,[36] el periodista Alfonso de Laferrere, hijo del dramaturgo Gregorio de Laferrere, el ingeniero e inventor Félix Icasate Larios,[37] el dramaturgo santafesino Diego Ortiz Gronet y su par Carlos Guiria; el miembro de la élite salteña Benjamín Zorrilla Uriburu; y el actor

[33] Nicolás Coronado, redactor de las actas de ALSU, era hijo del poeta Martín Coronado. Se desempeñó como crítico literario y colaborador de *Nosotros* y *Revista de Filosofía*. Fue parte, durante muchos años, del círculo de escritores allegados a Leopoldo Lugones al que sucedió en el cargo de director de la Biblioteca del Maestro luego del suicidio del escritor cordobés en 1938. Fue hasta su muerte en 1962 colaborador del diario *La Nación*.

[34] Horacio Ramos Mejía era hijo de José María Ramos Mejía. Se quitaría la vida en 1916 a raíz de una desilusión amorosa. Junto con Monner Sans eran los benjamines de ALSU. Ambos con 19 años.

[35] Alberto Girondo fue un estanciero vinculado al medio artístico porteño, casado con la escritora francoargentina Gloria Alcorta. Rafael Girondo fue un conocido coleccionista de arte. Director del teatro Colon y presidente de la Asociación Wagneriana. Fue también miembro del Jockey Club, de la Sociedad Amigos del Arte y de la Academia Nacional de Bellas Artes.

[36] Juan Carlos Rébora fue miembro del Consejo Nacional de Educación, catedrático de las Universidades de Buenos Aires y La Plata y, con el tiempo, presidente de esta última casa de estudios. Fue autor de una tesis sobre los derechos cívicos de la mujer y trabajos sobre el derecho de herencia. Fue militante del Partido Democrático Nacional y embajador argentino en Francia.

[37] Félix Icasate Larios fue un ingeniero argentino que realizó estudios de física y matemática en Gran Bretaña. Residió algunos años en Bloomsbury. Experimentó con varios proyectos de aeroplanos los que presentó en muestras y exposiciones en París y Londres. El Ornithppere logro volar 60 metros en una demostración realizada en la capital británica en 1909. En Argentina fue profesor de música y de francés en la Escuela Normal de Dolores y otras escuelas medias. Formó parte del círculo más cercano a José Ingenieros. Fue colaborador de *Revista de Filosofía* y redactor de prólogos de varios volúmenes de la colección La Cultura Argentina.

Fernando Arizio. Aunque no figura en la lista oficial de miembros fue admitido como hermano de la logia el diplomático y escritor uruguayo Alberto Nin Frías, que se radicó en nuestro país a mediados de 1915.[38] Otras personas que no figuran en la lista oficial de los «hermanos» pero participaron de algunos eventos ligados a este círculo fueron el compositor y pianista Armando Chimenti,[39] y el joven músico Octavio Pórtela.[40]

En las filas de ALSU se codeaban las letras, la música, las artes plásticas, la escena teatral, el periodismo, la filosofía, el derecho y las ciencias sociales. Esto no era completamente nuevo en los círculos intelectuales y culturales porteños. En ALSU, cierta sensibilidad modernista tardía se presenta como un elemento bastante unitario, pero también como un punto de fuga. En la hermandad militarían futuros poetas vanguardistas de los años veinte, con otros que prolongarán estilos de tiempos pretéritos. Entrando a terrenos más particulares estaba representado en el grupo el creciente interés por el orientalismo en el medio literario local junto a la poesía gauchesca. En el plano musical se manifiesta un incipiente nacionalismo donde se amalgamaba la música de cámara con expresiones más populares. Lo mismo en la plástica, donde propuestas más clásicas como el paisajismo se abrían a experiencias más renovadoras. En la dramaturgia aparecen nombres que luego estarán ligados a la incipiente actividad cinematográfica nacional. Junto con los artistas ALSU reunía a los críticos de las respectivas disciplinas: letras y música. La presencia del periodismo se nos revela como menos pura, químicamente hablando, porque incluye

[38] Alberto Nin Frías fue miembro de la juventud dorada del Uruguay del 1900. Se convirtió al protestantismo en el marco de la alianza entre sectores laicos y disidentes religiosos en apoyo a la política de secularización del Uruguay batllista. Vivió en Europa y varios países latinoamericanos ejerciendo cargos diplomáticos y manteniendo relaciones con intelectuales de nota. Fue autor de una obra literaria y ensayística interesante. En 1915 se estableció en la Argentina. Frías fue uno de los primeros autores de lengua castellana en abordar la temática de la homosexualidad masculina en un tono no estigmatizante.

[39] Armando Chimenti fue un prestigioso compositor e intérprete de música de cámara y de tango. Fue el autor de *De vuelta al pago* (1909) un tango instrumental emblemático de las primeras etapas de nuestra música ciudadana.

[40] Octavio Portela nació en 1893 en el seno de una familia de artistas Se especializó como músico en Francia desde donde regresó en 1913. Junto a Jorge Luis Borges compuso un tango llamado *Biaba con caldo*.

hombres que unen esa condición con la pertenencia a otros campos profesionales y artísticos. La cercanía con el universo positivista entre los pensadores y hombres de derecho maduros, contrasta con presencias juveniles que pronto comenzarían a cuestionar las lecturas de la realidad basadas en ese universo de ideas. Artistas, intelectuales, profesionales y funcionarios convivían en las filas de esta sociedad iniciática de iguales.

La formación de la simpática logia ALSU en 1915 fue parte de un momento y una atmósfera mental que hasta hace poco no había despertado tanto el interés de los investigadores de la historia de las ideas y la cultura en nuestro país. A nuestro juicio el año 1915 quedaría opacado por un punto de inflexión más vigoroso que lo sucedería pronto en términos temporales. Nos referimos al bienio 1917-1918 signado por la Revolución de Octubre y la Reforma Universitaria. Sin poder atribuírsele efectos detonantes semejantes, el movimiento de 1915 representó un punto de inflexión de cierta magnitud. Los principales ordenadores de dicho momento transicional fueron:

1) el impacto de la guerra europea;
2) la transición hacia la democracia política en la Argentina posterior a la ley Sáenz Peña;
3) el momento del primer nacionalismo literario y político y cierto redescubrimiento de la identidad iberoamericana;
4) una atmósfera favorable, en determinados ámbitos, a las posiciones panamericanistas y a la asimilación del pensamiento estadounidense;[41]
5) los prolegómenos de la reacción antipositivista en nuestro medio.

Es mérito de Manuel Gálvez haber señalado en sus memorias literarias la emergencia para mediados de la década del siglo XX, de una nueva generación de poetas argentinos que sucedió a la generación de discípulos de Darío, el propio Gálvez y los hermanos de La Syringa. Gálvez incluye entre los impulsores de la nueva camada de vates a varios miembros de la logia ALSU (Álvaro Melián Lafinur, Nicolás Coronado, Carlos Muzzio Sáenz Peña y Pedro

[41] La buena prensa del panamericanismo en ámbitos de la élite convivió con el rechazo, en parte de la opinión pública porteña, de episodios como la intervención estadounidense en Haití (1915) y República Dominicana (1916).

Miguel Obligado). Según Don Manuel su canal de expresión primigenio había sido la revista *Nosotros*. Pronto lo sería también la *Revista de Filosofía* de Ingenieros que vería la luz en 1915. El autor de *El mal metafísico* denominaba a estos muchachos como «los pacíficos» porque dice que a pesar de comulgar con un espíritu iconoclasta e irreverente no buscaron romper lanzas con la generación de los modernistas del novecientos. En dicha perspectiva Gálvez los diferencia del grupo de jóvenes que formarían en 1917 el Colegio Novecentista, punta de lanza de la reacción antipositivista (Gálvez 1965, tomo II, págs. 209-239), en el que militarían varios miembros de ALSU, como Álvaro Melián Lafinur, Vicente D Sierra y Alfonso de Laferrere.[42]

La Argentina de 1915 era un lugar y un momento donde se reflexionaba mucho sobre el rol de los intelectuales en la organización de la cultura. En dicho contexto se perfila la figura de Ingenieros, vuelto de su segundo viaje a Europa, como un intelectual de prestigio que podía exhibir un importante capital intelectual acumulado. Alguien que sumaba la experiencia de técnico requerido como asesor de los gobiernos del régimen, de intelectual con repercusión internacional y, su más reciente desempeño, como propulsor de iniciativas culturales y editoriales. El ensayista de 1915 era el autor de *El hombre mediocre*, obra que se postulaba como un parámetro axial para tratar de leer una cambiante realidad mundial y nacional. Los jóvenes estudiantes y literatos admiradores de Ingenieros podían encontrar en *El hombre mediocre*, y en otro texto emblemático de la época como *El suicidio de los bárbaros* (1914), un esquema fecundo para tratar de evaluar el impacto histórico de la guerra europea y el inquietante tránsito a la democracia política que se venía viviendo en la Argentina desde 1912. El «Pepe» Ingenieros representaba la figura intelectual carismática que invitaba a la nueva generación a leer ambos procesos en contraluz. Tanto la ampliación del sistema político en la Argentina, como la crisis del orden decimonónico provocada por la gran guerra ponían en el tapete el rol de las élites dirigentes. La transición de la república patricia a la república real no debía derivar en el liderazgo de politicastros demagogos capa-

[42] Alfonso de Laferrere era periodista. Durante la agitación probelicista en 1917 sostuvo posiciones fuertemente aliadófilas. En los años veinte giraría a un posicionamiento nacionalista maurrasiano. En sus años de madurez sería canciller del gobierno de la llamada Revolución Libertadora.

ces de suscitar el apoyo de masas ignorantes («mediocracia»). La crisis del viejo orden mundial, basada en los equilibrios de la «Pax armada» planteaba la necesidad de una sustitución de las élites militaristas, clericales y nostálgicas de la aristocracia de sangre por nuevas élites del mérito y la virtud como fuerza del progreso. «Las patrias bárbaras las hicieron soldados y las bautizaron con sangre; las patrias morales las harán los maestros sin más armas que el abecedario» (José Ingenieros 1955, pág. 12). Mientras el viejo mundo se derrumbaba seguía incólume la idea del progreso, aunque las vías tradicionales para su concreción comenzaban a marchitarse y estaban en vísperas de ser cuestionadas aún más seriamente. Los cambios debían producirse a nivel nacional y mundial tenían que ser liderados por élites renovadas, incluso en términos generacionales, capaces de imaginar un horizonte de progreso compendiando la imaginación teórica con la experiencia:

> «Al idealismo dogmático qué los antiguos metafísicos pusieron en las "ideas" absolutas y apriorísticas, oponemos un idealismo experimental qué se refiere a los "ideales" de perfección, incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida misma» (José Ingenieros 1960, pág. 16).

Estos conceptos serían compartidos por los hombres que formarían ALSU bajo su liderazgo intelectual. El Ingenieros de 1915 ya no era el fumista «syringo». Seguía siendo, a su manera, el socialista de cátedra, el académico prestigioso y, por sobre todas las cosas el teórico de la renovación por las élites. Estos capitales serán la base de su liderazgo como «maestro de la juventud» reconocido en el marco de círculos acotados como una etapa previa a la proyección mayor que alcanzaría su figura a partir de 1918. Sin perjuicio que dentro de este panorama comenzaría a insinuarse una leve impugnación de su figura por parte de la reacción antipositivista que ganaba paulatinamente en audiencia. Pero esta tensión en el campo filosófico no significo su cuestionamiento en otros campos. El primer antipositivismo no le deparó un juicio tan severo al autor de *El hombre mediocre* como los balances más lapidarios de los que sería objeto años después. Otro campo intelectual que comenzaba a desarrollarse en esos años y en el cual la figura de Ingenieros era de difícil inserción es el del primer nacionalismo argentino (Rojas, Gálvez, etcétera). Los antecedentes antihispanistas ingenerianos, su admiración, cada vez más central, por la cultura y el pensamiento estadounidense y su adscripción a los esquemas racistas de la

sociología positivista lo convertían en una figura antagónica en ese terreno. Pero paradójicamente puede hablarse de cierta agenda común del Ingenieros sociólogo de 1915 y el primer nacionalismo iberoamericanista y plural de esos años. Estos elementos comunes podían ser:

1) un redescubrimiento de España a partir de una revaloración de las corrientes críticas del pensamiento ibérico que hacían el balance del 98 hispano;
2) un giro americanista buscando resaltar el papel de la Argentina (eurodescendiente) en el marco iberoamericano;
3) un balance crítico (complementariedad/oposición) del trayecto del Estado argentino independiente;
4) una preocupación por el papel de los intelectuales en la organización de una cultura nacional de rasgos identitarios propios;
5) La preocupación por el desarrollo de una filosofía Argentina.

Tópico este último con el que se podían sentir también identificados los primeros jóvenes antipositivistas que comenzaban a impugnar el largo predominio de los discípulos de Comte y Spencer en nuestro medio.

4.4 Los hermanos de ALSU escriben

Nos interesa abordar parte de la producción de algunos de los hermanos en esos años, para cotejarlos con los principales ordenadores del *opus* de Ingenieros como figura orientadora del grupo. Elegimos a algunos hermanos de ALSU con obras poco revisitadas por los analistas modernos: Julio Cruz Ghio, Álvaro Melián Lafinur, José María Monner Sans y Alberto Nin Frías. El sentimiento antibelicista unido a una admiración por las naciones democráticas occidentales de parte de Ingenieros no representa un gran secreto. La posición del psiquiatra evolucionaría del pacifismo y cierto desencanto hacia el panorama de Europa en la Gran Guerra a una admiración por la acción diplomática de Wilson que no sobreviviría a la conferencia de Versalles. En 1915 el Ingenieros que los hermanos de ALSU tomaban como inspirador era el que deploraba la guerra y lamentaba qué países como Francia o Inglaterra se hubieran embarcado en una conflagración qué derrumbaba las viejas certezas de la *belle epoque*. El mismo autor que no dejaba de

considerar a las naciones liberales lo más rescatable de ese orden qué corría el riesgo de autoinmolarse.

Comencemos por analizar el eco de estas posiciones en uno de los hermanos discípulos de la logia que se reunía en la Biblioteca Bernardino Rivadavia. El poeta y crítico Álvaro Melián Lafinur, presidente de aquella icónica biblioteca pública, y colaborador de *Nosotros* de la *Revista de Filosofía* y la colección La Cultura Argentina. En un artículo publicado en septiembre de 1916, en la revista dirigida por Ingenieros, Melián hacia una reseña de la influencia del pensamiento francés en la Argentina:

> «Nuestra adhesión a Francia, exteriorizada con más elocuencia que nunca en la hora de peligro, no nace solo de una simpatía explicable por motivos de raza. Es un sentimiento razonado y que reposa en vínculos ya antiguos. Francia ha sido nuestra maestra en derecho y libertad» (Lafinur 1916, pág. 249).

En su artículo Melián pasa revista a las influencias filosóficas y culturales franceses en nuestro medio desde la ilustración, el jacobinismo independentista, el grupo rivadaviano, la Generación del 37, la organización nacional, etcétera. Todo en la misma línea que venía desarrollando Ingenieros en una serie de artículos que luego integrarían su obra *La evolución de las ideas en la Argentina* (1918). En la misma cercanía con la obra del maestro señala Melián la proyección del pensamiento de autores como Taine, Renán, Guyot, Tarde y Fouille sobre la sociología y la filosofía argentina contemporánea. La francofilia del hermano Lafinur corría pareja con su admiración por los Estados Unidos que como vimos formaba parte de la atmósfera que imperaba en las reuniones de ALSU. Pero la admiración de este poeta hacia la cultura del gran país del norte se remontaba a sus años de adolescencia. En 1909 había publicado una extensa, y no muy inspirada, oda «A Walth Whitman» que apareció en las páginas de *Nosotros*. En este homenaje al autor de *Hojas de hierba* también hacía extensiva su admiración a otras figuras de la cultura estadounidense incluyendo un pensador que pronto gozaría de mucha popularidad en estas playas:

En los cielos del Norte de estrellas constelado,
Es un inmenso astro de aureola rodeado.
Con el celeste Edgardo, doliente y melodioso
Y con Ralph Waldo Emerson el pensador radioso.
Forma la trilogía magnífica y augusta,

Que cubre con sus alas el águila robusta (Melián Lafinur 1909, pág. 218).

Si hasta aquí vemos confirmadas inclinaciones de vieja data en las contra elites criollas estas conviven con nuevas referencias ideológicas y culturales que ganaban terreno en nuestro medio al promediar la segunda década del siglo XX. Según recordaba el liberal Melián, en unas páginas publicadas en su madurez, había sido miembro del Ateneo Hispanoamericano fundado por Joaquín V. González como parte de un cierto redescubrimiento de España por el primer nacionalismo literario argentino.[43] En 1916 aparecería en *Revista de Filosofía* una alocución del francófilo y yanquilófilo Melián en la cena homenaje que la revista *Nosotros* le ofreció a José Ortega, a su hijo José Ortega y Gasset y al escritor socialista Eduardo Marquina. Ante los intelectuales ibéricos, invitados para el centenario de la declaración de la independencia, Melián expresó su admiración por el medio intelectual español en la línea del rescate de una España alternativa. La toma de distancia de Melián Lafinur del antihispanismo tradicional de las contra elites, socialista y liberal, incluía elementos originales. Luego de elogiar el proceso de renovación intelectual que se vivía en España desde 1898, representado por los visitantes, el crítico argentino buscaba establecer una relación entre dicho proceso y la reacción antipositivista que se comenzaba a producir en la Argentina:

> «En vano con presuntuosa actitud pretendió el positivismo del siglo XIX disuadir al espíritu humano de su doloroso empeño en escrutar los últimos motivos. La vigorosa reacción neokantiana, torna a abrir hacia el infinito las puertas a la investigación racional, y la metafísica vuelve a atraer fuertemente a los espíritus ansiosos de ampliar el radio de la verdad» (Melián Lafinur 1916, pág. 459).

Así se expresaba este hermano, compañero de noctámbulas reuniones con Ingenieros, y futuro integrante del Colegio Novecentista, contribuyendo a filiar a la primera visita del joven Ortega a estas playas como un hecho fundante de la reacción antipositivista en la escena argentina. Que esta alocución apareciera reproducida con total naturalidad en las páginas de una revista identificada, en

[43] *De Álvaro Melián Lafinur* en *Nosotros*; agosto-septiembre de 1932; págs. 94-101

sus líneas generales, con el viejo modelo positivista y cientificista, habla del pragmatismo reinante en estas redes intelectuales que reconocían un mínimo común denominador básico en la identificación con la idea de progreso.

Otro ejemplo interesante se desprende del análisis de algunos artículos contemporáneos del hermano Nin Frías. En el caso de este converso al protestantismo en clave liberal secularizadora, el ser creyente no mereció mayores objeciones para su incorporación a la laicista ALSU. A comienzos del siglo XX en la orilla occidental del Río de La Plata el anticlericalismo era, fundamentalmente, anticatolicismo. Al igual que en el Uruguay batllista, el Portugal republicano y el México constitucionalista en la Argentina de 1915 el carácter de disidente protestante podía representar una credencial de cierta entidad en los ámbitos laicistas. En 1916 *Nosotros* publicó su conferencia «El cristianismo y la guerra» que puede leerse a contraluz con «El suicidio de los bárbaros» de Ingenieros. Frías coincide en la magnitud del corte que significó 1914 para la historia de la civilización. Para este cristiano liberal la guerra fue consecuencia del olvido y el abandono de la ética cristiana, empujada por el país donde el materialismo había alcanzado más entidad. País que no menciona, pero siendo obvio que se refiere al imperio alemán. De hecho, cita como ejemplos de impiedad a Heine, Nietzsche y David Strauss. Pero Frías cree necesario llamar la atención sobre el período de la *pax armada* donde recuerda que el mundo vivió en una engañosa sensación de que se avanzaba hacia la paz definitiva y el triunfo del progreso. Europa se proclamaba devota del progreso mientras acumulaba arsenales e incubaba una guerra bárbara y fratricida La causa de esa crisis no fue tanto producto de una lucha secular entre la civilización feudal que se resistía a morir y la civilización moderna como planteaba Ingenieros. Si no del predominio de valores militaristas y bárbaros en Europa en su conjunto. El militarismo moderno era hijo de la barbarie y el paganismo. Para este admirador del liberalismo anglosajón, el absolutismo de los reyes había sido suplantado, en la mayor parte del mundo, por el predominio del Estado sobre el individuo y esto se traducía en militarismo expansionista. Para Frías las grandes civilizaciones habían sido creadas y contenidas en pequeñas unidades políticas donde el hombre se podía realizar plenamente como ciudadano. El expansionismo fue la causa del fin de la civilización griega y

la decadencia de Roma. Este espíritu renació con las repúblicas italianas renacentistas. Frías es categórico al afirmar:

> «El progreso político del mundo consigue sencillamente en otorgar más libertad al individuo dentro de los límites que no perjudiquen a la masa».[44]

El cristiano Frías recuerda que Jesucristo no fue un creador de sistemas políticos, religiosos o sociales colectivos. Para el mártir del Gólgota la clave de su plan para la humanidad era el hombre. En el mundo contemporáneo lo más cercano a ese ideal se lo podía encontrar en las democracias anglófonas y sus clases dominantes. Esas élites de *gentlemens* que, según Frías, eran herederos de los ideales de la caballería medioeval. Sostiene Frías, haciendo una lectura histórica bastante parcial, que la hegemonía que los países anglófonos ejercían sobre buena parte del planeta se debía a su vocación pacifista que esperaba se contagiase a las clases dominantes de los demás países.

> «El *gentleman*, en una palabra, ha de estar educado de tal modo que nunca pierda la conciencia, de que el prójimo existe y es digno de respeto. La palabra *selfconsiousness*, en inglés, no significa realmente conciencia de sí mismo, sino conciencia del prójimo, conciencia de que el *gentleman* no debe ofender, ni engañar, ni explotar, ni oprimir, ni molestar al prójimo; pero tampoco dejarse ofender, engañar, explotar, oprimir o molestar por el prójimo» (Nin Frías 1916, pág. 372).

La imagen que traza Frías del *gentleman* anglosajón le debe mucho a la obra de un moralista liberal muy leído en el círculo de Ingenieros como Agustín Álvarez.[45] Igual que para aquel liberal mendocino para Frías las élites del mérito y la virtud eran dignas de gobernar un mundo en el cual los conflictos limítrofes y comerciales se pudieran dirimir de manera inteligente preparando el «reino de dios en la tierra». Para Frías la Gran Guerra había significado un remezón importante en la carrera hacia el progreso, pero la recuperación de ese camino debía hacerse también inspirándose en

[44] Nin Frías, «El cristianismo y la guerra» en *Nosotros*; marzo de 1916, pág. 370.

[45] Numerosas reseñas y comentarios de la obra de Álvarez aparecieron en *Revista de Filosofía* debidas a la pluma del propio Ingenieros y otros colaboradores de la publicación (Icasate Larios, Alicia Moreau, Maximio Victoria, Arturo de La Mota) La obra de Álvarez fue reeditada por la colección La Cultura Argentina.

actores ya existentes. La tarea de los intelectuales no pasaba solo por luchar para el advenimiento de una nueva era, sino por rescatar lo mejor de la era en que se vivía. Al igual que para *Petete* Ingenieros para Frías la regeneración del mundo de posguerra sería obra de una minoría. Pero esta no se diferenciará tanto de la masa amorfa por su mayor inteligencia y audacia sino por su superioridad ética y moral. Será una élite de caballeros más que doctores e intelectuales. Marcando la distancia, y a la vez la cercanía, del liberalismo eticista y el socialismo de cátedra.

Otro hermano preocupado por la renovación de las élites fue el impetuoso Julio Cruz Ghio cuyas intervenciones en ALSU siempre daban lugar a discusiones y peleas de egos. Este poeta y escritor campero le gustaba pasar por ser un iconoclasta con perfil propio. El editorial que escribió para el primer número de la revista *Las Letras*, de la que fue director, presentaba la publicación como un espacio de difusión de la literatura sorteando filiaciones político-ideológicas o de escuelas artísticas.

> «(...) Lo único que exigimos a la colaboración es belleza, cuando sea literatura, y verdad, cuando pensamiento. Y después que eso, o antes que todos eso nuestro saludo a la francesa».[46]

Por el tiempo de las reuniones de ALSU Cruz Ghio publicó en *Revista de Filosofía* y en *Proteo* pequeños artículos expresando sus ideas sobre la renovación que debía producirse en el planeta en esos días. Artículos que constituían un anticipo de su libro Espíritu *Nuevo* (1917). Al aparecer este libro fue objeto de críticas que señalaban su poca claridad a la hora de presentar las ideas que el autor pretendía desarrollar.[47] Sensación semejante a la que, un siglo después, experimentamos al tratar de analizar el volumen. Al igual que para los otros autores que venimos analizando, para Ghio la guerra reflejaba una crisis inédita en la civilización moderna. De la misma manera también creía que la superación de este *impasse* era tarea de una minoría de hombres que marcarían el camino. ¿Cómo debía estar compuesta dicha minoría? Por sobre todas las cosas por hombres capaces de sacudirse el peso muerto de la historia. El gran caballito de batalla de Cruz Ghio es la condena de

[46] LL, 01/10/1914; «Prólogo», pág. 1.
[47] *Nosotros*, septiembre de 1917; pág. 140 y LVT.; «El espíritu nuevo en Colegio Novecentista», julio de 1917, n.° 1, págs. 54-55.

la historia como una tradición que traba la renovación necesaria en cada generación. Este, autor que estuvo vinculado a círculos de libertarios lectores de Nietzsche, condena la historia en términos que recuerdan al filósofo alemán: «La historia debe desaparecer en la vida, ante el peligro de que la vida desaparezca bajo su imperio. Es una cadena que nos ata con mucha facilidad. Todo lo que nos prescribe, que es todo lo que no cuenta, parece querer ser una guía de nuestro procedimiento» (Cruz Ghio 1917, págs. 87-88). Pero el escritor campero va más lejos y su negación de la historia es mucho más lineal que la condena al historicismo del autor de *Humano demasiado humano*. Para Don Julio el historiador es el peor enemigo de cualquier proceso de regeneración que se quiera encarar. Los innovadores deben ser idealistas, que amen la belleza, capaces de encarnar el espíritu de cada época sin contemplar antecedentes de ningún tipo. Es inevitable relacionar esta posición de Don Julio con el pasaje de *El hombre mediocre* donde Ingenieros critica a los rutinarios que pueblan «su memoria con máximas de almanaque» (José Ingenieros 1960, pág. 45). Cruz Ghio seguía a Ingenieros en la identificación de esta élite en términos de ruptura generacional. Pero no cifraba sus esperanzas en una élite cruel e inescrupulosa como el superhombre nietzscheano. Esta debía ser una élite ética y altruista. Su norte lo debe señalar un solo hombre: un filósofo que interprete el espíritu de renovación necesaria en cada época: «un talento superior», «un faro». Los demás seguirán sus pasos. Pero, aclara Cruz Ghio, que los idealistas no debían dejar de ser profundamente individualistas. Igual que para Ingenieros en *El hombre mediocre* y «El suicidio de los barbaros» para Cruz Ghio estos idealistas no debían ser héroes sino hombres. Ya no era tiempo de generales, ni salvadores heroicos sino de hombres que ejerciesen un liderazgo moral en el devenir cotidiano. Ingenieros prefería a los maestros. En cambio, Cruz Ghio, celosamente antisistemático y reacio a lo institucional, prefiere idealistas sin diploma. El autor del *Espíritu nuevo* rechaza las identidades colectivas y la uniformidad de ideas. Luego de definir al filósofo que encarnara el nuevo «espíritu» como un maestro de la juventud de tono ingenieriano Cruz Ghio dice que este hombre debía también protagonizar una ruptura con los modelos de pensamiento hasta ese momento dominantes. Con relación al medio argentino Don Julio aportaba su granito de arena a la reacción antipositivista y anticientificista que ganaba vuelo en ese entonces:

> «Afirmamos que la corriente la ha establecido un modo de ver científico con absoluta ausencia de filosofía. Ciencia es saber. Filosofía es proceder. Ciencia es continuidad. Filosofía es renovación. Ciencia es disciplina. Filosofía es autonomismo. Como de lo vivido solo concebimos disparidad en las antítesis, resta decir que quienes se atengan al sistema enunciado, que no aspiran ni a hacer ciencia ni filosofía. Sera sistema para las aulas; pero jamás habrá sistema para filosofar. Y viene esta moderna corriente de ideas del claustro universitario o del laboratorio científico, porque viene del saber y no del filosofar. Pero el saber solo dará el vuelco del conocimiento adquirido. Podrán regir el sistema los sabios; les faltara siempre el maestro. Y el maestro será siempre el vidente y el sintetizador de normas, el filósofo renovador» (Cruz Ghio 1917, págs. 79-80).

Don Julio opone al investigador frío de gabinete, hijo del cientificismo, el filósofo «sobrio y eficaz» que no da recetas acabadas sino una guía general, acorde a los problemas actuales. Guía que sería asumida por los jóvenes idealistas en cuanto hombres y no como miembros de una facción, escuela o como parte de una nación. La renovación la harán individuos, poseedores de «hombría espiritual» individualista, no en grupos. Afirmación que no parece tan fácil de conciliar con la insistencia de que un maestro en particular debía trasmitir al conjunto de los idealistas el espíritu común de cada generación. Pero encontramos otra tensión aún más fuerte en el pensamiento de Cruz Ghio. Luego de afirmar la necesidad de una regeneración por una élite de idealistas el autor del *Espíritu...* vuelve la mirada a la masa anónima e ignorante («menesterosos del saber»). Develando un optimismo hasta el momento insospechado, sostiene que esta masa puede llegar, aunque sea a costa de mucho esfuerzo, a elevarse sobre su ignorancia y falta de idealismo. Los idealistas tienen una deuda con los «menesterosos». Si se dejan ganar por el egoísmo o por las presiones egoístas de la tradición o la historia la nueva élite habrá faltado al desafío que le planteaban los nuevos tiempos.

> «La cultura debe tener un principio: pertenecer a la generalidad. El sabio dirá que es imposible –tal se ha elevado sobre todos– pero acaso su negación deriva de una confusión: no definir el equilibrio, como la más pura belleza de la vida, es decir, no conformarse con bajar los bastante, hasta llegar al punto cultural donde la mayoría está subiendo penosamente» (Cruz Ghio 1917, págs. 102-103).

Varios de los tópicos que hemos señalado en estos tres autores encuentran un eco en los escritos de uno de los hermanos más jóvenes de ALSU. El estudiante José María Monner Sans, hijo del lingüista Ricardo Monner Sans, presidente del Ateneo Universitario y redactor de la revista *Ideas*, órgano de dicha agrupación. Publicación en la que colaboraba también el hermano Vicente D Sierra. En los días que se realizaban las bizarras reuniones de ALSU José María contaba con solo 19 años. Por ese entonces público un folleto titulado *La función de nuestra generación* que constituye un modesto programa. Para este joven, impetuoso pero reflexivo, el gran problema de la Argentina de cara a la ampliación del sistema político no era tanto la posibilidad de desbordes demagógicos apoyados en las masas sino la falta de solidez que la Argentina había experimentado como sociedad en un siglo de vida independiente. Según Monner Sans la Argentina siempre confío en su fortuna material y en una ingenua laxitud que ha dejado muchas tareas sin realizar. Lo anterior se manifestaba en el predominio de un espíritu mercantilista negativo. Idea que preanuncia otro tópico que será tan característico de la reacción antipositivista que se desarrollaría en nuestro medio en esos años. Ante los cambios que se avecinaban Monner Sans señalaba algunas reformas que consideraba imprescindibles:

1) la consolidación de un sistema de partidos representativos de las distintas clases sociales y grupos de interés;
2) el desarrollo de una política educativa nacional para integrar al inmigrante, tomando como modelo las propuestas educativas de Ricardo Rojas y Carlos Octavio Bunge;
3) el desarrollo de una legislación laboral avanzada como una forma de integrar a las masas;
4) la promoción de una mayor educación de la mujer («juventud femenina») para promover la formación de las futuras generaciones en el ámbito familiar.

El espíritu que había de presidir estas reformas debía ser la lucha por alcanzar un equilibrio que superase el predominio materialista y mercantilista:

> «En la sociedad como en el hombre pueden primar o equilibrarse tres elementos que constituyen el fondo de su individualidad: lo físico, lo intelectual y lo moral que traducidos al lenguaje sociológico denominaremos: su desarrollo

económico, su desenvolvimiento intelectual y su cultura moral» (Monner Sans 1915, pág. 8).

La minoría que debía llevar adelante esta tarea se identificaba, principalmente, con la juventud universitaria. Monner Sans era menos unilateral que los otros autores en sus ideas sobre el rol de las élites, pero no cuestionaba que el motor de cualquier transformación que se pudiera lograr pasaba por la acción de una minoría educada y pensante. El referente intelectual más inmediato desde el cual José María pensaba su propuesta era claramente Ingenieros. Aunque también llegasen ecos del *Ariel* de Rodo o del eticismo de Emerson, que como vimos contaba con no pocos admiradores criollos por esos años. También otras referencias que comenzaban a ganar fortuna en el medio de las contra élites criollas como el krausismo de Fernando Giner de los Ríos, también difundido por el autor de *El hombre...*[48] y el pensamiento del joven Ortega y Gasett pronto a visitar la Argentina con el impacto que ya señalamos. El joven José María fundamentaba su fórmula de renovación impulsada por una poderosa vanguardia generacional con las siguientes palabras:

> «Bastaría para afianzar aún más esta creencia mentar el discutido libro de Ingenieros *El hombre mediocre* en que surge un acendrado culto a la dignidad en sus múltiples aspectos, y en que, como afirma el escritor Vallejo se da una batida heroica a la mediocracia, corruptora de sociedades y gobiernos. Arriba Ingenieros, de este modo, a aconsejar el conveniente respeto de todas las originalidades descollantes; pudiendo traducirse su idealismo –según opinión de Mr Meyer– en la siguiente fórmula política: la aristocracia del mérito» *Revista de Criminología, Psiquiatría y medicina legal*, tomo I, n.º 4.

Este fervoroso culto de la originalidad ha de preocuparnos; hemos de ser sus sacerdotes en todas las esferas (Monner Sans 1915, pág. 15).

Existen puntos de contacto entre las ideas expresadas por el joven Monner Sans en su folleto-programa de 1915 y su actuación

[48] José Ingenieros (1939). Este libro, aparecido en 1916, incluye clases en Filosofía y Letras. Traza un cuadro de las contra corrientes del pensamiento ibérico desde los pensadores andalusíes hasta los liberales de la generación del 98. Le dedica un espacio importante al krausismo y Francisco Giner de Los Ríos

como dirigente del Ateneo fundado en 1914, a través de sus distintas versiones (Sección de Estudiantes Universitarios del Ateneo Hispanoamericano, «Ateneo de Estudiantes Universitarios», «Ateneo Universitario»). Este fue un ámbito particular de una red de estudiantes y académicos inscriptos en los ordenadores ideológicos y filosóficos de lo que venimos caracterizando como el momento 1915. Para ilustrar esa relación recurriremos al testimonio de uno de los integrantes de la agrupación estudiantil:

> «El contacto íntimo y casi diario a que obligaba el Ateneo, dio al grupo orgánicos contornos de hermandad, secta, entre sus cofrades estableciéndose estrecho nexo afectivo, como si constituyera más una familia indisoluble, cuyos temas de platica, entre icónicos y donaires, fueran usualmente los de la faena intelectual en que volcábamos nuestros sanos ejercicios» (Monner Sans 1930, pág. 12).

El Ateneo, como expresión de la inquietud estudiantil pre reformista, se identificaba con los siguientes ordenadores ideológicos:

1) laicismo;
2) nacionalismo no xenófobo e hispanismo no tradicionalista;[49]
3) renovación filosófica (antipositivismo ecléctico);[50]
4) una política de reforma social tendiente a integrar a las masas;
5) el rol de los universitarios en la educación popular y concientización del pueblo.

Esta agrupación representaba, en su propio espacio, una pluralidad de ámbitos-instancias de difusión de ideas:

1) foro (conferencias);
2) órgano (revista *Ideas*, continuada por *El Clarín*);
3) cenas de camaradería (sociabilidad más informal).

Red en la que se consideraba a Ingenieros un referente intelectual importante y a la *Revista de Filosofía* y la experiencia de La Cultura Argentina como canales de expresión de ideas cercanas

[49] Para un análisis sobre el interés de las organizaciones estudiantiles pre reformistas por la renovación intelectual ibérica véase Biagini (2012) y Bustelo (2021).

[50] Monner Sans (1930) lleva adelante en su *Historia del Ateneo Universitario (1914-1920)* un balance crítico de lo que el denomina «sarampión novecentista» pero parece referirse a la ruptura protagonizada por un sector católico del Colegio Novecentista. En el mismo trabajo sostiene que en el Ateneo se vio con cierta simpatía el nacimiento de este espacio que integraron algunos miembros de la agrupación estudiantil.

a las de los estudiantes.[51] En el primer número de *Ideas*, aparecido en septiembre de 1915 en los días en que se formaba ALSU, José María comentaba en los siguientes términos la conferencia pronunciada por el autor de *La simulación en la lucha por la vida* sobre el pensamiento de José María Ramos Mejía:

> «Nadie en mejores condiciones que el autor para hablarnos en forma docta y amena de la personalidad del ilustre maestro. Discípulo primero, amigo intimo después, ha podido seguir bien de cerca la evolución mental de ese espíritu selecto que oyendo leer versos o D'Annunzio olvidabase de sus funciones administrativas. Hemos tenido que hacer un esfuerzo para no colocar un epitafio laudatorio a tan original modo de ser en el párrafo precedente».[52]

Tan a tono con la dimensión generacional que algunos hermanos de ALSU le atribuían a los procesos de cambio la reseña de la obra de Ramos Mejía por Ingenieros prefiguraba la que los jóvenes intelectuales de 1915 pretendían hacer de la obra y la figura de Ingenieros. Convirtiendo al autor de *El hombre mediocre* en el nexo vivo entre la generación de los sociólogos positivistas finiseculares con la generación que afrontaba la crisis de la idea del progreso y la transición a la democracia ampliada.[53] Avanzando desde su núcleo de pertenencia más inmediato hacia un espacio más general José María señalaba también como modelo a seguir al Instituto Libre de Enseñanza de Francisco Giner de los Ríos. Con relación al medio local mencionaba la cercanía del *Ateneo* con una institución que ganaba prensa como el Museo Social, de inspiración georgista,

---

[51] J. A. Rodríguez, «La Cultura Argentina. Ediciones de obras nacionales» en *Ideas*; septiembre de 1915, n.° 1, págs. 88-91. En ambos artículos aparecidos en el órgano del Ateneo se elogia y comenta minuciosamente la revista y la colección dirigidas por Ingenieros

[52] J. M. Monner Sans, «José Ingenieros la personalidad intelectual». De José M. Ramos Mejía, un volumen de 81 páginas. Edición de «La Cultura Argentina», en *Ideas*; septiembre de 1915, n.° 1, pág. 99, Buenos Aires, 1915.

[53] En sus recuerdos publicados a tres décadas de la muerte de Ingenieros Monner Sans incluye una anécdota disruptiva en relación con la imagen de Ingenieros maestro de la juventud/fumista/bohemio situado más allá del bien y del mal. Cuenta que en los prolegómenos de la célebre conferencia sobre Ramos Mejía que pronuncio en el Ateneo el adolescente que lo estaba presentando debió ponerlo en su lugar ante un gesto un tanto pedante e irrespetuoso del autor de *Hacía una moral sin dogmas*. J. M. Monner Sans; «Un hombre que no quería ser importante» en *La Prensa*; 13 de mayo de 1956 (reproducido en Monner Sans, 1976; págs. 177-191).

y las visitas a las instituciones universitarias y de extensión universitaria de La Plata, como urbe ideal donde se intentaba hacer verdad la utopía de la fusión de intelectuales y pueblo. Son evidentes los puntos de contacto con las inquietudes expresadas en las reuniones de ALSU. Aunque la agenda de los jóvenes del Ateneo era más amplia y volcada a la búsqueda de un campo de acción. Representaban una reflexión y una propuesta de cierta entidad sobre como repensar el rol de las élites en los tiempos que corrían y en la vida del país.

4.5 Convergencias y tensiones del maestro y los hermanos

¿Qué relación existe entre estas inquietudes de los hermanos y la evolución del opus de Ingenieros, en el bienio-1916-1917? Para contestar esta pregunta debemos tomar en cuenta dos escritos fundamentales: *La universidad del porvenir* y *Hacía una moral sin dogmas.* Como vimos el primero de estos escritos fue la ponencia de Ingenieros en el Congreso Panamericano de Washington en 1916. El segundo era la versión taquigráfica de una serie de clases de Ingenieros en la cátedra de Ética de Horacio Rivarola del año 1917.[54] En la *Universidad* Ingenieros desarrollaba el esbozo de un programa de la transformación que el mundo necesitaba. El instrumento de este proceso debía ser la universidad como organismo coordinador de las «doctrinas, normas e ideales» capaces de impulsar un cambio de época. El actor social que debía impulsar esta tarea era la unión de los académicos progresistas y el estudiantado como minoría inteligente y vanguardia generacional. Todo en el marco de una universidad volcada a la acción social y a la educación gradual de las masas. En *Hacía...* Ingenieros explicaba cuáles eran los principios teóricos e ideológicos que debían presidir ese cambio. El desarrollo de una moral laica basada en la superación del dogmatismo religioso y racionalista («idealismo basado en la experiencia»). Idea que Ingenieros encontraba prefigurada en el

[54] El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras se ofreció a publicar el libro por su cuenta, pero Ingenieros decidió hacerlo en su sello La Cultura Argentina. Según se mencionaba en la reseña que apareció en *Verbum*, órgano del centro de Filo, Ingenieros donó 250 ejemplares para repartir entre los estudiantes que habían asistido a las charlas. «Bibliografía. José Ingenieros Hacia una moral sin dogmas» en *Verbum*; septiembre-octubre de 1917; págs. 9-96.

eticismo trascendentalista de Rhalp Waldo Emerson. La lectura que Ingenieros hizo de la obra del pensador estadounidense se inscribe en los marcos de un esquema que aparece una y otra vez en su opus. El encuadramiento del pensamiento de un autor en el contexto histórico en que nació y se desarrolló (local, mundial) y sus posibles vínculos con pensadores y corrientes presentes en la historia política e intelectual argentina. Para Ingenieros el eticismo de Emerson fue fruto del proceso de secularización gradual de la vida social y el pensamiento intelectual en Estados Unidos a lo largo del siglo XIX. La obra de Emerson fue la rebelión contra el teocratismo puritano por el unitarismo y otras corrientes protestantes liberales. El autor de *El hombre mediocre* encuentra puntos de convergencia entre dicho proceso y el socialismo romántico de Echeverría, la obra de Alberdi y Sarmiento, incluyendo los contactos del sanjuanino con Horace Mann y el propio Emerson, y la influencia de este último en el moralismo de Agustín Álvarez.[55] Para Ingenieros la Argentina de mediados de la segunda década del siglo XX, presentaba a la vez cercanía y distancia, con los Estados Unidos contemporáneos. La lucha que las fuerzas progresistas y laicistas locales habían llevado adelante contra las fuerzas del atraso, el oscurantismo y la barbarie representaban una batalla inconclusa con relación al grado de autonomía que la moral laica y el idealismo basado en la experiencia habían alcanzado en el norte del continente.

Estos textos representan un punto de arribo de cierta evolución en el pensamiento ingenieriano en el periodo 1915-1917. En vínculo con los escritos axiales del bienio 1914-1915 se avanzó desde un intento de leer los cambios que afectaban al mundo hacia una impronta más propositiva. Tarea que implicó cierto atemperamiento

[55] En su prólogo a la *Herencia moral de los pueblos hispanoamericanos* de Álvarez, por *Cultura Argentina*, Félix Icasate Larios reconoce la importancia de la obra del mendocino y su cercanía con otro autor muy leído en el círculo de Ingenieros, Augusto Bunge y su libro *El culto de la vida* (1915). Según Don Félix Bunge resignificaba al moralismo de Álvarez en clave socialista liberal. Sostenía que el libro de Bunge y *Hacía una moral sin dogmas* de Ingenieros eran los desarrollos más vigorosos de las ideas éticas de Álvarez. El prólogo fue reproducido en Icasate Larios (1919). Este artículo abrevaba en una reseña de Ingenieros sobre la obra de Bunge (Barreda Lynch 1915). Anticipos y fragmentos del libro de Bunge aparecieron en la misma publicación.

del individualismo más crudo del periodo inmediatamente anterior (Terán 1979, págs. 93-94). Esto posibilito la sintonía con el espíritu que reinaba en los círculos de universitarios porteños de los años previos a la reforma. A la hora de proponer ordenadores (ideas, actores, instrumentos) estos nuevos escritos presentan varios puntos de contactos con las inquietudes de los ex hermanos de ALSU cuyos escritos analizamos más arriba. La idea de una moral laica basada en la experiencia como guía para un mundo que se regenerase gradualmente converge con el programa del joven dirigente estudiantil Monner Sans, con las inquietudes de un liberal admirador de Emerson como Lafinur y hasta con la propuesta un poco indescifrable de Cruz Ghio que pensaba en un idealismo despojado de los lastres históricos. El cristiano liberal Frías en vez de invocar a la moral laica reivindica las enseñanzas del mártir del Gólgota pero su insistencia en un cristianismo antidogmático, ético y volcado a la extensión de los derechos del individuo lo sitúa cercano al Ingenieros de *Hacía una moral*... Volviendo a Lafinur es notable el uso del esquema de filiación histórica romántica e intersecciones con la tradición liberal argentina con que este hace profesión de fe francófila e Ingenieros reproduce en su análisis de la génesis del eticismo emersonanino. Esquema al que volvería a recurrir en su síntesis sobre las ideas sansimonianas en el romanticismo criollo.[56] La idea de la universidad como actor principal de la transformación de la sociedad entraba en tensión con el antiinstitucionalismo y antihistoricismo de Cruz Ghio y tampoco es invocada por Frías. No está tan lejos del académico Lafinur y sin duda converge plenamente con el programa de Monner Sans como presidente del Ateneo Universitario. Hay una tensión obvia entre la reivindicación de la tradición liberal cristiana de Frías y el antihistoricismo radical de Cruz Ghio. En donde el Ingenieros de 1916-1917 coincide más con Frías es, claramente, en el eticismo que lo liga con Emerson y con Agustín Álvarez y que puede relacionarse con el ideal de una élite de *gentlemans* como la que reivindica el uruguayo. La encendida apología de la tradición protestante liberal yanqui decimonónica que hace Ingenieros no podía menos que ser reivindicada por Frías.

[56] Ese esquema lo encontramos en otro hermano de ALSU, miembro del Ateneo y futuro dirigente novecentista como Vicente Sierra. No referimos a un artículo suyo publicado en la revista dirigida por José Ingenieros sobre la influencia de Saint-Simon en la Generación del 37 (Sierra 1915).

Ni en este ni en Lafinur aparecen claramente delineadas las ideas de que la regeneración por las élites pudiera derivar en una elevación progresiva pero sostenida de las masas incultas. Este sí presente, a su manera, en Ghio y mucho más claramente en Monner Sans y su reivindicación de la misión generacional de ir hacia las masas para educarlas.

Hay otro texto de Ingenieros en el bienio 1916-1917 que completa el panorama del giro *ingenieriano*. En su síntesis sobre la renovación filosófica española, se hace eco del interés que venía experimentando parte de la nueva generación intelectual por el pensamiento ibérico posterior a 1898. Esta inquietud que, en muchos jóvenes de 1915, incluyendo algunos hermanos de ALSU, se relacionaba con la reacción contra el predominio positivista en nuestro medio académico en la pluma de Ingenieros adquiere otro sentido. Con las siguientes palabras evaluaba Ingenieros la consolidación de una corriente filosófica ibérica neokantiana y renovadora del krausismo:

> «Algunos universitarios jóvenes, convencidos de que no hay tradición filosófica española han creído de provecho introducir en España una de las escuelas que están de moda en Europa. Dado el profundo sentimiento antifrancés de los españoles, en vez de acudir a Bergson optaron por el neokantismo de Marburgo, su equivalente alemán como filosofía ecléctica, equidistante de la atrasada escolástica española y del naturalísimo científico muy resistido en España. Los neokantianos españoles cultivan el derecho y no desdeñan las matemáticas; no profesan las ciencias naturales. Entienden ejercer una función moral y política, en lo que parecen continuar las huellas del krausismo; en España dicen que "es otro krausismo". Aunque no exteriorizado aún en obras filosóficas, su influencia cultural es ya muy apreciable. Encabeza el grupo el distinguidísimo profesor José Ortega y Gasset, y a él pueden referirse Manuel G. Morente, Luis de Zulueta, Domingo Barnés, Francisco Rivera y Pastor, De los Ríos y otros jóvenes» (Jose Ingenieros 2016, págs. 96-97).

Sin abdicar de su rechazo a la España de «cerrado y sacristía» (Antonio Machado *dixit*) Don Pepe buscaba contemporizar con las nuevas corrientes de pensamiento que desafiaban a la hegemonía positivista cientificista de la cual él era el principal icono vivo en estas playas. Es muy significativo el elogio al joven Ortega y Gasset que conquistaría Buenos Aires un mes después que estas palabras fueran publicadas en la *Revista de Filosofía*. El Ingenieros que escribió estas líneas era el mismo al que se escuchaba con tanta

atención cuando disertaba en el Ateneo Universitario. Estos guiños eclecticistas no lo hacían desertar completamente de la tradición a la que pertenecía. En el mismo artículo resaltaba la figura de Ramón Santiago y Cajal y su rol en el impulso de la filosofía de la ciencia como una disciplina que debía ayudar a renovar el panorama intelectual de la vieja España y sus tradiciones escolásticas. Para Ingenieros, en el Centenario de la declaración de la independencia argentina, nuestro país había alcanzado algo parecido a cierta madurez en la relación entre ciencia y filosofía mientras que la vieja «madre patria» estaba comenzando a avanzar en ese terreno. Para Ingenieros Argentina se situaba en una situación equidistante de los admirados Estados Unidos y de la redescubierta España en materia de secularización y autonomía del pensamiento.

Sus trabajos del bienio 1916-1917 representan un punto de arribo del movimiento iniciado en 1914 con la lectura de la crisis mundial provocada por la guerra, la crítica de la meritocracia y la identificación de las élites audaces y rupturistas como el sujeto que debía presidir la renovación de los viejos tiempos. Estos escritos tienen un carácter más propositivo y programático. Atienden a la necesidad de afirmar su posición como integrante de una red intelectual que multiplicaba sus instancias, ámbitos y espacios y expresaba una vocación de volcarse a jugar un papel activo en distintos campos. El mínimo común denominador en que el *Magister Juventus* Ingenieros convergía con los cuatro hermanos de ALSU se basaba en los siguientes elementos:

1) 1914 como crisis de la antigua sociedad;
2) un rechazo a la guerra y el militarismo;
3) una identificación del mundo liberal occidental como lo mejor del mundo que moría;
4) la moral laica y el idealismo de la experiencia como horizonte filosófico e ideológico a seguir;
5) una apertura hacía cierto eclecticismo en la tensión positivismo/antipositivismo.

Otros ejes fuertes de Ingenieros entre 1916-1917 que encontraban un eco parcial en algunos de sus ex compañeros de ALSU son:

1) la universidad como el actor del cambio social en la era que comenzaba;
2) la identidad juvenil-universitaria de la élite como actor social de ese cambio;

3) la elevación gradual de las masas por la difusión de la cultura y las ciencias;

4.6 Conclusiones

En el cuerpo general del trabajo señalamos distintos elementos que aproximaban la experiencia de La Syringa y ALSU en el plano formal, simbólico y en la memoria de algunos de sus miembros y allegados. A la vez resaltamos elementos, de contexto y sentido, que tendían a diferenciar a la sociedad de bohemios modernistas de la logia que se reunía en la Biblioteca Bernardino Rivadavia. Proponemos relacionar ambas experiencias con dos formas diferentes de entender el rol de los intelectuales-artistas producto de la mutación de los datos más generales de la realidad en los primeros tres lustros del siglo XX. Sin duda la bohemia syringa no estuvo tan motivada por la búsqueda de un rol activo en el campo político e intelectual como lo estarían los hombres de ALSU tres lustros después. En 1900, frente a la fortaleza que aun podía exhibir el orden conservador liberal, a lo que aspiraba la bohemia de los jóvenes modernistas era a una identificación no programática, difusa, parcial y aún tensionada, con las inquietudes estéticas e intelectuales de las vanguardias obreras que impugnaban el sistema de manera radical. Cierto es que el inspirador de La Syringa se convirtió en un «socialista de cátedra» del roquismo pero a título individual. Las pequeñas dosis de «socialismo» que oxigenaban al régimen se cubrían por cooptaciones particulares. Quince años después se perfilaban situaciones distintas e incluso más intermedias. La generación que se acercó a la vida intelectual y política en el *momento 1915* podía aspirar a encarnar una vanguardia crítica, en términos de ruptura y continuidad, con el orden nacido en los años de la organización nacional que ahora avanzaba hacia una transición de resultados abiertos. Más que un espacio de iconoclastas despreocupados, los hermanos aspiraban a ser un actor activo en el país y el mundo por venir que asistía al desencanto de un optimismo hasta hace poco incuestionado y en donde las preguntas parecían ser más que las respuestas. Este grupo de jóvenes, acompañados de algunos referentes maduros, pretendían representar una vanguardia más ética-política que solamente estética-artística. Sin poder plantearse esta oposición en términos absolutos, pero sí de grado.

A mediados de la segunda década del siglo XX el papel de los intelectuales como organizadores de la cultura y potenciales fortalecedores de la hegemonía ganaba centralidad en la agenda de la política nacional. La Argentina que asistía a la ampliación del sistema político venía experimentando desde hacía dos décadas la conformación de un campo literario profesional. Proceso que planteaba convergencias e intersecciones con los cambios experimentados en otros campos (historiográfico, filosófico, etcétera). Creemos que es legítimo postular a 1915 como un punto de arribo de cierta entidad en dicho proceso. El campo literario era más diversificado en términos sociales que veinte años atrás. Tanto si nos referimos al universo de los escritores como al de los lectores en plena expansión. Era un campo que había logrado definir mejor las funciones y los vínculos entre distinto tipo de especialistas (críticos, novelistas, periodistas, ensayistas, dramaturgos, editores, etcétera). Rasgo que le permitía revalidar su capacidad de atracción sobre otros campos artísticos que avizoraban en el medio literario en expansión un elemento de apoyo para su actividad. Como en ALSU donde la plástica, la lírica, la música de cámara y hasta el tango se codeaban con los críticos que tenían la pluma en la mano. En La Syringa habían coincidido gentes de distintas disciplinas artísticas, pero lo hacían, principalmente, para compartir vino, mujeres y canto. Para tiempos de ALSU se había ampliado la agenda. En el terreno en el que el campo literario profesional se convierte en un canal para las lecturas críticas de la realidad y los debates políticos Rivera resalta el papel de las dos colecciones de pensamiento argentino (Cultura Argentina, Biblioteca Argentina) que verían la luz en 1915 (Rivera 1995, págs. 341-343). En ese orden cobran dimensión los vínculos de los hermanos con Ingenieros y la experiencia de La Cultura Argentina y de la *Revista de Filosofía*.

Creemos que los móviles que impulsaron la formación de la logia excedían la búsqueda de nuclear un grupo de colaboradores más o menos permanente de RF y prologuistas de CA. Pero sin duda dicha impronta estuvo presente. Ambas experiencias fueron canales de concreción de inquietudes e iniciativas que los hermanos debatían en la logia o expresaban en sus escritos:

1) una inserción reconocida de su actividad como críticos o ensayistas;
2) la posibilidad de reseñar sus propias obras;

3) la definición de un corpus de pensamiento nacional (secularizador, modernizador, gradualista) y el rescate documental de una línea progresiva en la historia argentina equivalente a la evolución de las naciones centrales;
4) la edición de libros y textos para un público amplio como parte de la educación gradual de las masas

El Ingenieros referente de ALSU ya no era el bohemio fumista de La Syringa, aunque el carácter iniciático del grupo y el estilo de los participantes evocaran esta imagen nostalgiosa. Era un intelectual que podía ostentar un importante capital intelectual acumulado y a la vez expresar la inquietud crítica por una renovación del medio universitario y su *establishment*. Como filósofo había planteado las preguntas y algunos esbozos de respuestas a los problemas planteados por la crisis mundial y en relación con la transición política que experimentaba el país. Como sociólogo e historiador estaba trabajando en una gran síntesis de la historia argentina planteada como una hazaña del progreso encarnado en actores e ideas considerados antecedentes de las fuerzas que debían encabezar la renovación en el presente. En base a esos capitales es que se puede apreciar mejor su rol como organizador cultural, editor de libros y director de una publicación que marcaría la vida intelectual argentina durante tres lustros. Sobre estos ordenadores se cimentó su carácter de «maestro de la juventud» carismático que expresaba una guía/programa/legado desde una cátedra-tribuna (institucional o no) ante un actor o colectivo principalmente generacional. Sin duda el autor de *Los tiempos nuevos* encarno esa imagen en mayor medida que otras figuras de su tiempo con capitales intelectuales y políticos que les permitían aspirar a un rol semejante (Ricardo Rojas, Alfredo Palacios, Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte, etcétera).

ALSU fue un episodio en la formación en una red intelectual en la que Ingenieros ejerció un liderazgo orientador importante. Su continuidad, innominada, en la red fueron los cenáculos como forma de sociabilidad informal, que convivía con instancias y espacios donde se producían debates más axiales y se promovían iniciativas más programáticas como en el caso del Ateneo o el centro de estudiantes de Filosofía y Letras. Los textos del maestro y los ex hermanos en el bienio 1916-1917 expresan los interrogantes, ideas y propuestas que circulaban en esa red. Es interesante comprobar cómo algunas de las referencias políticas e intelectuales que podían aparecer divergentes entre sí en un nivel de superficie

(panamericanismo, redescubrimiento progresista de España, primer nacionalismo argentino democrático y laico), no forzosamente expresaban tensiones fuertes en un nivel de sentido. Ninguna de ellas era imposible de ser integrada en los marcos de la lucha por cimentar una moral laica basada en el idealismo de la experiencia, como idea fuerza que impulsaba la renovación política, cultural y ética que debía producirse. El caso particular del descubrimiento progresista de España, fue una pieza clave para la búsqueda de una sutura de la tensión que ganaría terreno entre positivismo/antipositivismo. Tensión que en el momento que estudiamos se resolvió por la impugnación del modelo positivista y cientificista duro, pero no se proyectó más allá del campo estrictamente filosófico. Ingenieros, con su rol de organizador cultural y a través de sus escritos, fue el articulador principal de esta red identificada con una vocación por renovar la realidad por obra de una contra élite generacional, identificada con el progreso secularizador, modernizador, pacifista y tendiente a albergar alguna esperanza de poder incorporar gradualmente a las masas a los procesos de la vida moderna. En el bienio 1916-1917 en el ámbito de esa red se intercambiaron ideas tendientes a avanzar hacia un programa concreto, definir mejor los actores sociales y actuar galvanizados por una idea-fuerza claramente definida (moral laica e idealismo de la experiencia) Pero pronto los datos de la realidad cambiarían de manera radical dejando un poco obsoletos los proyectos e improntas de aquellos jóvenes y maestros. Había pasado el auge de la esperanza de una era de renovación sin grandes rupturas y había comenzado la era de la revolución. El *Magister Juventus* adalid del nacimiento de una nueva era producto del trabajo paciente de una élite esclarecida pasará a ser el heraldo de la revolución que desencadenaba la potencia histórica de las masas a lo largo del planeta.

Referencias bibliográficas

ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO

1997 *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 98.

ANSOLABEHERE, PABLO

2012 *Itinerarios de la bohemia porteña (1880-1910)*, recuperado de <https://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2095?locale-attribute=pt_BR>, referencia citada en página 99.

BARREDA LYNCH, JOSÉ [seudónimo]
1915 «Las doctrinas morales de Augusto Bunge», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 129.

BIAGINI, HUGO
2000 *Lucha de ideas en nuestramérica*, Buenos Aires: Leviatán, referencia citada en página 109.
2012 *La contra cultura juvenil. De la emancipación a los indignados*, Buenos Aires: Capital Intelectual, referencia citada en página 126.

BUSTELO, NATALIA
2012 «Filosofía y literatura en la reacción antipositivista argentina», en *VIII Congreso Internacional Orbis Terris*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, recuperado de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar.library>, referencia citada en página 108.
2021 *Inventar la juventud universitaria. Una historia político-cultural del movimiento argentino de la Reforma Universitaria (1900-1930)*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 126.

CRUZ GHIO, JULIO
1917 *El espíritu nuevo*, Buenos Aires: Ediciones Cruz Orellana, referencia citada en páginas 122, 123.

DELGADO, VERÓNICA
2009 *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*, Buenos Aires: UNLP, referencia citada en página 100.

DIAZ ARAUJO, ENRIQUE
1998 *Jose Ingenieros*, Buenos Aires, referencia citada en página 99.

FERNÁNDEZ, CRISTINA
2014 «Las biografías de hombres de ciencias en el proyecto intelectual de la Revista de Filosofía», en *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*, coord. por Verónica Delgado; Alejandra Mailhe y Geraldine Rogers, Buenos Aires: Universidad de La Plata, referencia citada en página 109.

FERRARI, GUSTAVO
1995 «Estanislao Zeballos», en *Los Diplomáticos*, n.º 9, referencia citada en página 106.

GÁLVEZ, MANUEL
1965 *Recuerdos de la vida literaria*, 4 vols., Buenos Aires: Hachette, referencia citada en páginas 98, 114.

GIUSTI, ROBERTO
1965 *Visto y vivido*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 99, 108.

ICASATE LARIOS, FÉLIX

1919 «Las ideas morales en la Argentina», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 129.

INGENIEROS, JOSÉ

1905 «Origen y esencia de La Syringa», en *Ideas*, referencia citada en página 97.

1939 *La cultura filosófica en España*, Buenos Aires: Elmer Editor, referencia citada en página 125.

1955 *Los tiempos nuevos*, Ciudad de México: Editorial Latinoamérica, referencia citada en página 115.

1960 *El hombre mediocre*, La Habana, referencia citada en páginas 115, 122.

INGENIEROS, JOSE

2016 *La cultura filosofica en España*, recuperado de <https://psicologiaen.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/06/jose-ingenieros-la-cultura-filosc3b3fica-en-espac3b1a.pdf>, referencia citada en página 131.

KAMIA, DELIA

1961 «Prólogo», en José Ingenieros, *Antología*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 98.

1968 *Trabajos, Comunicaciones y Conferencias; Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, vol. XI, referencia citada en página 107.

LAFINUR, ÁLVARO MELIÁN

1916 «El pensamiento francés en La Cultura Argentina», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 117.

MELIÁN LAFINUR, ÁLVARO

1909 «A Walt Whitman», en *Nosotros*, referencia citada en página 118.

1916 «José Ortega y Gasset», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 118.

MONNER SANS, JOSÉ MARÍA

1915 *La función de nuestra generación*, Buenos Aires: Talleres de la Penitenciaria Nacional, referencia citada en página 125.

1930 *Historia del «Ateneo Universitario» (1914-1920)*, Buenos Aires: Imprenta Mercatali, referencia citada en páginas 109, 126.

1976 *Breves recuerdos de un lago pretérito*, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en página 103.

NIN FRÍAS, ALBERTO

1916 «El cristianismo y la guerra», en *Nosotros*, referencia citada en página 120.

PASTORMERLO, LUIS

2014 (dir.), *Escenas de la vida literaria en Buenos Aires. Memorialistas culturales, 1870-1920*, Buenos Aires: Malicia, referencia citada en página 99.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 99.

REQUENI, ANTONIO

1985 *Cronicón de las peñas de Buenos Aires*, Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, referencia citada en página 107.

1995 «El grupo literario de la revista *Martin Fierro*», en *Desmemoria*, referencia citada en página 107.

RIVERA, JORGE

1980 *El escritor y la industria cultural. Camino hacia la profesionalización (1810-1930)*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 100.

1995 *El periodismo cultural*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 134.

SANCHEZ, LUIS ALBERTO

1956 *¿Tuvimos maestros en nuestra América?*, Buenos Aires: Editorial Raigal, referencia citada en página 96.

SIERRA, VICENTE

1915 «Las doctrinas sociológicas de Echeverría», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 130.

TARCUS, HORACIO

2018 «Modernismo y socialismo a fin de siglo», en *Políticas de la Memoria*, referencia citada en página 99.

TERÁN, OSCAR

1979 *José Ingenieros, antiimperialismo y Nación*, Ciudad de México: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 130.

VIÑAS, DAVID

2015 *Literatura argentina y política*, recuperado de <https://issuu.com/mario6625/docs/140775545-david-vinas-literatura-ar>, referencia citada en página 98.

CAPÍTULO 5

La evolución sociológica argentina de José Ingenieros (1901-1910) y los estudios sobre el libro. Sus usos, lecturas y equívocos

FACUNDO DI VINCENZO*

5.1 Introducción al tema y problema

José Ingenieros[1] (Palermo, Italia 1877-Buenos Aires 1925) en su libro *Sociología argentina* de 1918, le informa a sus lectores que de la obra existen seis ediciones previas: 1901, 1907, 1910, dos de 1913 y una de 1915. Aclara además que hay en circulación otras ediciones no autorizadas por él, clandestinas. Tiene conocimiento de dos de ellas (1913 y 1915), pero no descarta que haya más ediciones circulando en Buenos Aires y en Europa para la época. De estas siete ediciones encuentro que solo tres de ellas tienen el formato de libro (1913, 1915 y 1918).

Observo que si bien existe una abundante cantidad de lecturas sobre José Ingenieros[2] no he encontrado entre los investigadores

* UNLa.

[1] Definido por sus biógrafos e investigadores como médico, psiquiatra, filósofo, historiador, sociólogo e introductor de la antropología en la Argentina. Solo diremos que de todas ellas, la única formación institucionalizada fue la de Farmacéutico (1898) y Médico (1900) egresando en ambas de la Facultad de Medicina de la UBA.

[2] En relación con el autor encontré estudios, ensayos y biografías que, en algunos casos, se publican incluso antes de su desaparición producida el 31 de octubre de 1925. Cuantitativamente, existen más de diez libros dedicados exclusivamente a su persona (Sergio Bagú, Aníbal Ponce, Héctor Agosti,

del campo de la historia y de la sociología un trabajo en donde se tome a su principal libro sociológico, *Sociología argentina*, como objeto fundamental de estudio.[3] En la mayoría de estas exploraciones presentan al libro ligado a otros libros de José Ingenieros como: *El hombre mediocre* (1913) o *Evolución de las ideas argentina* (1920) y a otros temas: la criminalidad en *Criminología* (1916), el psicoanálisis en *Principios de psicología* (1919), debates por la ley del voto secreto, la cuestión social, el anarquismo y la Revolución Rusa en *Los tiempos nuevos* (1921).

Al mismo tiempo, encuentro que en la mayoría de estos estudios no se alude al libro *Sociología argentina*, sino que se refieren «a su sociología» o «la sociología de Ingenieros». También observo que, aunque en *Sociología argentina* José Ingenieros se presenta como un científico y habla como tal, la mayoría de los estudiosos y estudiosas lo leen y lo presentan como un intelectual. En relación con la investigación sobre el tema, observo que los problemas se relacionan con los usos que las diferentes tendencias historiográficas han realizado sobre José Ingenieros y su obra sociológica. Hablo de usos y no de lecturas ¿por qué?

Tras una revisión por más de cincuenta autores que han estudiado, trabajado o escrito sobre la obra de José Ingenieros, encuentro que en la mayoría de los casos los estudios refieren más al clima de ideas y controversias académicas, institucionales, culturales y políticas vigentes en el momento en que fueron escritas, que a los contenidos de las ediciones del libro o a la historia del propio José Ingenieros.

En el caso de su principal estudioso, Terán (1979, 1986, 1987, 2000, 2015) el filósofo no estudia por separado a *Sociología argentina*. No la diferencia de otras obras de José Ingenieros publicadas durante la misma época, tampoco considera las ediciones previas

---

Gregorio Bernmann, Van der Karr, Juan Antonio Solari, José Piro, Díaz Araujo, Rodriguez Kauth, Félix Luna, Ernesto Giudice, Alfredo Genovesi, etcétera), y más de cuarenta trabajos (artículos, ensayos, ponencias) de autores nacionales e internacionales, mientras que en materia cualitativa, ha sido estudiado por historiadores, filósofos, médicos, psicólogos, sociólogos, escritores.

[3] El trabajo se enmarca en los proyectos de investigación en torno a la crisis del Estado liberal y el origen del Estado social en Argentina desarrollados por el Grupo de Investigadores de Historia del Instituto de Cultura de la Universidad Nacional de Lanús. Proyectos dirigidos por el doctor Alejandro Herrero y Héctor Muzzopappa.

a la de 1918. Al mismo tiempo, si bien observa que otros textos de Ingenieros sí son intervenciones políticas, no reconoce que en *Sociología argentina* lo que se plantea es una intervención de tipo político. Los otros estudiosos del campo de la historia y la sociología, con sus matices según cada caso, cuando hablan del libro hablan, en la mayoría de los casos aluden únicamente de la edición definitiva de 1918. Por ejemplo, en el caso del trabajo de Leticia Prislei «Tres ensayos y una encuesta en busca de la Nación», si bien la autora se plantea revisar algunas particularidades de la edición de 1910, en realidad cuando cita el libro no cita la edición de 1910, sino la de 1918.

Por otra parte, cuando los autores que sí dan cuenta de otras ediciones previas no analizan la historicidad de cada una de ellas. No las estudian como intervenciones públicas concretas dirigidas a cuestiones relacionadas con políticas sociales de Estado concretas, más bien, remarcan que estas ediciones son escritos inacabados de una obra que culmina con la edición de 1918. En definitiva, no las estudian en forma independiente.

Al estudiar las diferentes publicaciones vinculadas con el libro observo que, a diferencia de lo que dicen estos estudiosos, José Ingenieros no se presenta en ningún momento como un intelectual. Más bien, el autor intenta imponer la idea en el campo cultural y político argentino, que él es un científico, pero además plantea expresamente que son los científicos los que deben hablar, indicar los problemas y plantear las estrategias para resolverlos desde ámbitos estatales. Visión que se puede observar en distintos momentos de su trayectoria en donde estudia, publica e interviene en las discusiones culturales, políticas y científicas.

En este sentido, cada edición en libro de *Sociología argentina* (1910, 1913, 1918) refleja una intervención en el campo científico, en el campo cultural y en el campo político diferente. Este modo de intervenir públicamente de José Ingenieros lo separa de los otros sociólogos, pensadores y/o académicos que hablan de sociología. Por estas características, considero que cada una de sus ediciones debe ser estudiada por separado, y en caso de hablar de sociología argentina, debería advertirse que fue una obra escrita en el tiempo, publicándose bajo el efecto y en respuesta a las diferentes coyunturas.

5.2 El camino hacia la edición de 1910, la hipótesis de Sergio Bagú

Sergio Bagú, en su biografía sobre José Ingenieros señala que la edición del libro de *Sociología argentina* de 1910, titulada *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo*, contiene trabajos, estudios y conferencias realizadas por el autor desde 1898. En este sentido, Bagú considera que el libro surge de un recorrido previo del autor sobre temas, exploraciones e intervenciones públicas de tono sociológico publicadas entre 1898 y 1910.

Además, Sergio Bagú agrega que la idea de realizar una publicación con formato de libro surge a raíz de la repercusión causada por los textos de José Ingenieros publicados en Europa durante su estadía desarrollada entre abril de 1905 y octubre de 1906. Dice Bagú: «Sus conocimientos de sociología fueron ampliados y rectificados con los que adquiriera en las ciencias biológicas y mientras viajaba por Europa entró en contacto con la fuerte corriente reformista dentro de los partidos políticos socialistas, que tuvo por teórico más divulgado a Bernstein».[4]

En este punto, observo que los trabajos publicados por Ingenieros entre 1898 y 1910 validan lo que señaló su biógrafo Sergio Bagú. ¿Por qué afirmo esto? Por qué los diferentes trabajos demuestran que el libro es el resultado de una serie de estudios, ensayos y artículos sobre diferentes temáticas relacionadas con la sociología

[4] Eduard Bernstein (Berlín, 1850-1932), es considerado como uno de los iniciadores del revisionismo y la social democracia en Europa. Su posición se enfrenta a concepción de la izquierda revolucionaria, que sostenía que el Estado democrático moderno era la expresión política del poder económico de la burguesía, y en consecuencia era necesario la lucha contra ese Estado «Burgués». Bernstein en cambio, afirmaba en su libro publicado en 1899: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que los obreros hacia fines del siglo XIX vivían mejor que en la época en la cual escribieron Marx y Engels, y que el socialismo debía considerar una revisión y corrección del pensamiento clásico marxista. Para Bernstein, la burguesía de su época se encontraba fragmentada mientras el proletariado se encontraba en pleno proceso de unidad. Bernstein consideraba que la nueva arma del socialismo y del proletariado debía ser el sufragio universal. Con las victorias electorales, el proletariado tendría la posibilidad de obtener las mejoras necesarias. Ya no era necesaria la acción violenta, sino la acción gradual y pacífica a través de la participación con partidos socialistas en las democracias liberales de derecho occidentales. En Bagú (1936), Berstein (1982) y Cole (1964).

tales como: la evolución social Argentina, el Estado argentino y el proyecto de legislaciones de trabajo propiciado por el ministro Joaquín V. González, el imperialismo moderno, la economía y el socialismo, como puede observarse en el cuadro 5.1: *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo* textos sociológicos de Ingenieros previos a la publicación del libro (1895-1910).[5]

Ahora bien, en este punto, ¿qué significa que José Ingenieros haya escrito estos textos señalados en el cuadro 5.1?

En primer lugar, que la publicación en el año 1910 de un libro dedicado al estudio de la evolución de la sociología argentina no es una excepcionalidad ni es la expresión de una ruptura en la trayectoria de José Ingenieros. Incluso, en el plano de su pensamiento político, se puede afirmar que el libro demuestra la madurez de una tendencia presente en sus primeros textos publicados, como el caso de sus artículos en: *La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario* (1897- 1898). En este sentido, lejos de encontrar como señalan varios de los estudiosos de su pensamiento y trayectoria, que hay giros o desviaciones en su pensamiento, se observa todo lo contrario.

En segundo lugar, José Ingenieros escribía en momentos en donde la teoría de la evolución se encontraba consolidada en los ámbitos académicos, con revistas y demás espacios relacionados con el conocimiento, como lo señalan Ricaurte Soler[6] y Oscar Te-

[5] En el cuadro 5.1, se detallan los textos anteriores a la publicación señalada por el autor como primera edición del libro cuyo título de portada fue *El economismo histórico y la sociología americana*, 64 páginas (1901). Para realizar el cuadro se utilizaron datos extraídos de Bagú (1936) y Tarcus y Petra (2011); *Revista Nosotros* «A José Ingenieros. Número extraordinario», Buenos Aires, año XIX, diciembre de 1925, n.º 199. *Revista de Filosofía. Cultura, Ciencias y Educación* [número especial dedicado a José Ingenieros], Buenos Aires, año XII, n.º 1, 1926.

[6] Dice Ricaurte Soler: «Para Ingenieros también lo biológico envuelve lo social. (...) Esta teoría que de hecho constituye una filosofía biologista de la historia no es incompatible con la hipótesis según la cual el factor económico desempeña un papel preponderante en la evolución de las sociedades consideradas individualmente (ontogenia social) siempre y cuando este factor sea comprendido como una función de adaptación dentro del marco de la lucha por la vida. Es así como Ingenieros pretende superar el mecanicismo spenceriano (la concepción de los "supraorgánico") lo mismo que la "unilateralidad" de la interpretación materialista de la historia» (Soler 1968, págs. 196-197).

Textos que integran la edición y/o textos vinculados en su contenido a las secciones publicadas en el libro	Revista en donde se publicó	Cant. de págs.
¿Qué es el socialismo? (Buenos Aires, octubre, 1895)	Centro Socialista Universitario	87
Somos Socialistas (Buenos Aires, abril, 1897)	La Montaña. Periódico Socialista revolucionario	1
Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas (Corrientes, 1898)	Revista La Escuela Positiva	¿?
Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica, el militarismo y la guerra (Buenos Aires, 1898)	Librería Obrera	88
Problemas sociales contemporáneos. La jornada de trabajo (Buenos Aires, 1898)	Librería Obrera	30
De la barbarie al capitalismo (Buenos Aires, 1899)	Revista de Derecho, Historia, Letras	10
Las multitudes Argentinas (Buenos Aires, diciembre, 1899)	Revista de Derecho, Historia, Letras	18
La teoría científica de historia y la política argentina (Corrientes, abril, 1899)	Revista La Escuela Positiva	¿?

Cuadro 5.1. *La evolución sociológica Argentina. De la barbarie al imperialismo.* Textos sociológicos de Ingenieros previos a la publicación del libro (1895-1910). Observaciones: su primera intervención pública, como veremos, se produce a partir de este texto y expresa su polémica con las lecturas sobre el significado del socialismo que tenía uno de los primeros introductores de los libros de Marx en Argentina, el socialista alemán Germán Ave Lallemant (Lubeck, 1835 o 1836-1910). No he encontrado la cantidad de páginas, existe un libro donde se desarrolla un estudió crítico de la *Revista*, con sus índices: Malvina Gabardini, *Revista* La Escuela Positiva, *Corrientes 1895-1899*, Ediciones Culturales y Educativas del Chaco, Resistencia, 1995. Sí consideramos a los principales estudiosos del tema (Bagú, Terán, Tarcus) todos ellos señalan que el txto corresponde a una reimpresión del trabajo presentando para el congreso de Montevideo, aunque no indican quien edito el trabajo en Buenos Aires ni que cantidad de páginas tendría el mismo. A la fecha no hemos encontrado el texto sin poder reafirmar lo que dicen sus principales estudiosos.

rán,[7] aunque no expresaba un evolucionismo sin fisuras, más bien, todo lo contrario. El evolucionismo que proponía era superador del evolucionismo mecanicista, que se apoyaba en la idea de la unidad

[7] Afirma Terán: «Es innegable que, en el interior de este lenguaje predominantemente evolucionista, se mantienen empero núcleos ideológicos de la etapa intelectual anterior, sobre todo en referencia a un antiautoritarismo que sigue buscando sus blancos de ataque en el servilismo político o en la degeneración inducida por el capitalismo» (Terán 1986, pág. 33).

de las leyes de la historia de la naturaleza y la historia humana. No era un evolucionismo que analizaba con los mismos métodos las ciencias naturales y las sociales, sino que sumaba conceptos y nociones de otros campos académicos, culturales y políticos, elementos que extraía de disciplinas científicas como la psicología, etnografía o economía hasta teorías del pensamiento político provenientes del anarquismo, cooperativismo o marxismo. En textos como *De la barbarie al capitalismo. Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas* o en *La evolución del socialismo en Italia*, el evolucionismo se encuentra estrechamente vinculado con otro de los ejes fundamentales para los ámbitos relacionados con el mundo de las izquierdas y los hombres e instituciones del Estado nacional: la idea del progreso. Al mismo tiempo, la idea de progreso y el proceso de formación del Estado Nación para Ingenieros formaban parte de una misma cosa, en otras palabras, se alineaban en la evolución histórica de la humanidad.

Como señala el historiador Jhon Bury (Clontibret, Irlanda, 1861-1927) en su libro *La idea del progreso* se puede creer o no en el progreso, lo cierto es que fue una idea que se convirtió entre mediados del XIX y buena parte del siglo XX en una verdadera doctrina que ha servido para dirigir e impulsar a toda la civilización occidental moderna y eurocéntrica. En síntesis, la idea de progreso era mucho más que una idea. La frase civilización y progreso comienza a sentirse con más fuerza en los ámbitos culturales, científicos y entre los hombres del Estado argentino luego de la segunda mitad del siglo XIX. Hablar de civilizados y bárbaros funcionaba como un indicador de juicio sobre lo bueno y lo malo de una sociedad. Además, se inmiscuía con otras ideas, que tenían otras raíces epistemológicas, como por el ejemplo la idea de libertad o democracia. Para precisar, los ideales de libertad y democracia, que poseen su propia lógica histórica e independiente validez, toman un nuevo valor cuando se relacionan con el ideal de progreso.

En estos textos de José Ingenieros la idea de progreso es tomada como una idea-fuerza inevitable, que se manifiesta «históricamente» a través del avance de las sociedades humanas en su marcha irremediable de la barbarie al capitalismo. En este punto, el evolucionismo de Ingenieros se relaciona con el proceso de formación estatal, en la medida de comprender la evolución del Estado como expresión superior de la organización social humana. Ahora bien, en el caso argentino, el autor considera que no se ha llegado aún a

formar un Estado moderno capacitado para responder a los problemas sociales de su tiempo. En este sentido, me interesa mostrar que todos los textos del listado del cuadro 5.1 aparece de alguna manera cruzados por esta cuestión.

Por ejemplo, en el libro *La legislation du travail dan la République Argentine. Essai critique sur le proyet du ministre González* publicado en 1906, José Ingenieros habla de los problemas sociales, principalmente se ocupa de una cuestión: intentar explicar las razones que hicieron que estos problemas perduren a través del tiempo. Escribe Ingenieros:

> «Evadir el problema social contemporáneo no es suprimirlo; acercar los ojos ante sus postulados no es suficiente para resolverlo. Hay que preguntarse exactamente los términos de la ecuación, calcular cuidadosamente para echar un vistazo a las soluciones eficientes, que lógicamente no será directamente certera, pero sí será cada vez menos inexacta. El carro en el que viaja la sociedad amenaza con ir hacía la ruina eterna, por ello necesitamos hombres que sean líderes decididos a tomar la brújula de la previsión; la política moderna para adaptarse a su potente acción inteligente necesita un fuerte brazo dirigido por el espíritu ilustrado e imparcial, capaz de conciliar la estabilidad del bien existente y la inevitabilidad de los cambios ya presentes» (Ingenieros 1906, la traducción del francés al español es propia, págs. 8-9).

En este texto José Ingenieros llama a modificar a las instituciones del Estado, a reformularlas. Habla directamente de suprimir algunas de ellas, también habla de crear nuevas instituciones. Las transformaciones tienen la finalidad de responder a los nuevos tiempos. Considera que la forma de hacer política ha quedado obsoleta frente a las transformaciones sociales producidas entre fines del siglo XIX e inicios del XX. En definitiva, en estos escritos previos a la edición de 1910, advierte que existen problemas sociales evidentes que han sobrepasado la capacidad de respuesta del Estado argentino y de los hombres de Estado, sus dirigentes.

En este punto, volviendo a los estudiosos de Ingenieros y su obra, Oscar Terán, Ricaurte Soler y Ricardo Falcón reconocen y señalan las características particulares del positivismo–evolucionismo de Ingenieros, sin embargo, estos estudiosos no se detienen en relacionar las diferentes cuestiones que envuelven a sus ideas en materia de sus estudios sociales. En *La legislation du travail dan la République Argentine. Essai critique sur le proyet du ministre González*, por ejemplo, encuentro que Ingenieros sostiene que la

evolución de las razas solo es posible mediante la transformación de sus organizaciones políticas, confiriéndole una centralidad al tema del Estado y sus instituciones.

Al mismo tiempo, me interesa subrayar que la mayoría de los estudiosos de la obra de José Ingenieros (Sergio Bagú, Aníbal Ponce, Oscar Terán, Ricaurte Soler, Ricardo Falcón) no consideran la posibilidad de que Ingenieros se piense como parte del Estado. Como se ha examinado en la parte 1, lo definen como un crítico o un científico y/o intelectual que piensa sobre el Estado y sus organizaciones, tampoco lo identifican como un patriota, menos aún, como un nacionalista.

En este punto, antes de la edición en libro de *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al capitalismo*, José Ingenieros habló sobre el patriotismo, distinguiendo entre la idea de patria y patriotismo. Incluso encuentro que José Ingenieros cuando alude a la idea de patria, la liga a la idea de Estado, más precisamente a la constitución de los Estados modernos. Dice José Ingenieros:

> «Los vínculos de origen, de religión, de costumbres, cimentados por las necesidades de la vida material inherentes a la manera de producir en un momento histórico determinado, engendran un fuerte sentimiento de solidaridad (Durkheim, Engel); precisamente á ellos han debido su homogeneidad los primeros grupos humanos fundados en relaciones de parentesco bien determinadas. Luego, modificándose las relaciones entre los diversos grupos sociales, se pasó del matriarcado al patriarcado, la propiedad común primitiva paso insensiblemente á ser propiedad individual, y paralelamente a las variaciones de la organización económica las instituciones coercitivas que constituyen el Estado y, junto con él, la noción de patria» (Ingenieros 1898, pág. 16).

En este párrafo, como en otras partes de *La mentira patriótica. El militarismo y la guerra*, José Ingenieros alude a la noción de Patria ligada directamente con el momento en el cual se constituyen los Estados modernos.

Noto qué en su explicación sobre los grupos sociales y sus transformaciones a lo largo del tiempo, José Ingenieros destaca como parte inherente a este proceso a dos elementos. Uno de ellos relacionado con lo que llama «la manera de producir»; el otro, lo liga con las formas de organización de esa producción. En su exposición sobre la génesis de las agrupaciones humanas,

encuentra que la última de estas es el Estado moderno, ya que considera qué es a partir de su aparición que emana la idea de Patria.

En consecuencia, desde su concepción, la Patria es una invención. Es creada artificialmente, una abstracción. Un artificio, palabra que proviene del latín *artificium*, «del arte de hacer». Un objeto creado para un determinado fin. En otra parte del folleto sostiene José Ingenieros:

> «Sintetizando. La idea de Patria y el sentimiento patriótico serían naturales si implicaran comunidad de origen, religión, intelectualidad, costumbres, idiomas, intereses, etcétera. Ninguna de estas condiciones existe ya en los países modernos, –y mucho menos en los sudamericanos, llamados, *Quatrefages*– inmenso laboratorio de experiencias sobre la cruza de razas, cuya población originaria ha ido desapareciendo, suplantada por la inmigración española primero, e italiana y francesa más tarde; por consiguiente, en la actualidad, la idea de patria es absurda, por ser una idea política y no una idea natural, y el sentimiento patriótico es una mentira convencional inculcada a los que lo sienten y una mistificación de los que la inculcan sin sentido» (Ingenieros 1898, págs. 21-22).

En este texto, como en los anteriores, encuentro que en el pensamiento de José Ingenieros la evolución de la humanidad se encuentra estrechamente asociada a una evolución en los sistemas de organización política y a los modos de producir, desde la propiedad común primitiva al Estado moderno.

José Ingenieros en los trabajos publicados entre 1895 y 1910 también alude a los problemas que tienen los Estados surgidos durante el siglo XIX. Especialmente a la hora de responder a las nuevas demandas sociales en un mundo que él considera que ha evolucionado vertiginosamente hacia el modo de producción capitalista, generando transformaciones sociales, culturales y económicas a las que no puede responder.

Uno de esos problemas que señala Ingenieros es el relacionado con las interpretaciones que realizan parte de los teóricos y hombres del Estado sobre lo que ellos entienden por socialismo. Mientras que desde los círculos de letrados, funcionarios y demás personalidades se critica al socialismo y a los socialistas, por considerados como un peligro contra el orden que tantos años de guerras ha costado conseguir, en un libro titulado: *Italia en la*

ciencia, en la vida y en el arte publicado en 1905, Ingenieros se presenta como un sociólogo que interpreta al socialismo de forma positiva, incluso lo presenta como la solución a los problemas sociales contemporáneos. Dice Ingenieros:

> «La transformación del socialismo y de los socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad: los seres vivos se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, enferman, viven, en una palabra. La materia inorgánica es la única inerte; dejar de transformarse es negar la vida, es morir. La crítica del marxismo ha servido para depurarlo; si solo quedara de él una nueva orientación para el estudio genético de la Historia, ello compensaría de los muchos errores que en su nombre se han difundido entre las masas ignorantes. (...) Para la sociología determinista no es bueno ni malo: es una tendencia inevitable de la evolución. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son las causas de esa evolución, sino una de sus manifestaciones, pues se traduce en actividades más complejas que la simple fase económica, aunque todas orientadas convergentemente. Así comprendido, el socialismo no puede identificarse con ninguna acción política estrecha y sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido. No es un invento filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor: es un hecho, una realidad de la evolución social, que los ricos combaten sin comprenderla y los pobres defienden comprendiéndola menos» (Ingenieros 1905b, págs. 175-176).

Aquí observo una tendencia a considerar como «una acción positiva» el ejercicio de participar en proyectos que presenten beneficios para la sociedad. En otro libro, *Las fuerzas morales* (obra póstuma, aunque revisada por el autor para su publicación en 1923), afirma Ingenieros:

> «Solo es patriota el que ama a sus conciudadanos, los educa, los alienta, los dignifica, los honra: el que lucha por el bienestar de su pueblo, sacrificándose por emanciparlo de todos los yugos: el que cree que la patria no es la celda del esclavo, sino el solar del hombre libre. Nadie tiene derecho de invocar la patria mientras no pruebe que ha contribuido con obras a honrada y engrandecerla. Convertirla en instrumento de facción, de clase o de partido, es empequeñecerla» (Ingenieros 1962, págs. 73-79).

En este punto cabe preguntarse, ¿Por qué y cómo llega a estas reflexiones? ¿En qué lugares trabajaba Ingenieros? en otras palabras ¿Nos dice algo su vida y trayectoria respecto de su obra?

5.3 José Ingenieros, el Estado y la sociología 1905-1910

En 1905 el gobierno argentino designa a José Ingenieros como su representante para el Congreso de Psicología a realizarse en Roma. Le encomendaban la tarea de estudiar los sistemas penitenciarios europeos con el fin de tomarlos como modelos para modernizar los mecanismos de reclusión penal en Argentina. Ahora bien, ¿por qué razón fue elegido?

En aquel entonces José Ingenieros con 28 años ya había publicado su tesis de 500 páginas en Buenos Aires (1903) titulada: *Simulación de la locura ante la sociología criminal y la clínica psiquiátrica, precedida por un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*. Este libro, que se centra en sus experiencias como criminólogo, tiene una importante difusión, con varias reediciones en Argentina y en el exterior, publicadas en España (1906, 1907 y 1908) y traducida al italiano (1903), ruso (1904) y francés (1905). Además, ocupaba diferentes cargos en distintos organismos del Estado. Ejercía la docencia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, trabajaba en la edición impresa de los *Archivos de Criminología* y de las revistas la *Semana Médica* y *Argentina Médica*, además de cumplir desde 1900 otras funciones: médico agregado del Hospital San Roque y en 1904, director del Servicio de Observación de Alienados de la Policía.

A partir de su egreso como médico en 1900 se perfila no como cualquier científico. No trabaja encerrado en su despacho, con sus investigaciones dedicadas a una ciencia determinada buscando resultados para influir únicamente en los espacios académicos y científicos. Más bien, es un científico que al tiempo que realiza sus estudios e investigaciones también ocupa cargos en diferentes instituciones estatales (educativas y de salud física-mental). De modo que trabaja y ocupa cargos en donde él considera que se necesitan profesionales como él para ocuparlos. Estudia, pero al mismo tiempo interviene en los problemas de la sociedad de su tiempo.

Los principales estudiosos de su obra, como Oscar Terán o Ricaurte Soler, no se detienen en la relación existente entre estas funciones que Ingenieros desempeña en las diferentes instituciones y sus distintas publicaciones en libros, revistas y diarios. A diferencia de estos estudiosos, considero que para la comprensión

de las ideas de Ingenieros resulta imprescindible dar cuenta de la relación establecida entre ambas actividades. De hecho, creo que es una de las características principales que lo define. ¿Por qué digo esto?

Ingenieros considera que debe cruzar varias acciones y actividades vinculables a los ámbitos científicos, académicos y estatales. Entiende que si no existen, debe fundarlas, generar nuevos espacios para que sus propuestas e ideas se hagan efectivas. En esta medida el viaje a Europa de 1905 es una posibilidad para ver en primera persona el mundo académico, social y científico europeo. José Ingenieros tiene una concepción similar a la que tienen las autoridades del Estado, al que no encuentra como a un enemigo; sus textos ya no tienen el tono crítico que tenían cuando escribía en *La Montaña*.

Los hombres que están a cargo del Estado consideran que Ingenieros es quien tiene la mayor preparación científica académica para realizar el viaje, tanto por haber publicado textos referidos sobre el tema como por ocupar cargos asociados a la cuestión social en nuestras instituciones estatales. En consecuencia, es el indicado para poner en práctica en las instituciones del país aquellas mejoras técnicas y conocimientos científicos existentes en Europa.

En el Congreso de Roma Ingenieros entra en contacto con las figuras más relevantes de la psicología a nivel mundial: Cesare Lombroso (Verona, Italia, 1835-1909), Enrico Ferri (San Benedetto Po, Italia, 1856-1929), María Montessori (Chiravalle, Italia, 1870-1952). Luego del Congreso viaja por Roma, Florencia, Turín, Venecia, Milán, Nápoles. Después viaja a Viena, Weimar, Berlín, Niza, Montecarlo, París, Madrid, Londres. Las crónicas sobre las impresiones de estos lugares las envía a Buenos Aires y son publicadas por *La Nación*. Al mismo tiempo, en París, corrige pruebas en la Imprenta Alcan, en donde publican las principales autoridades de las ciencias sociales de Europa. En resumen, el viaje es aprovechado para inmiscuirse en el mundo académico, científico y editorial sobre los temas en lo que venía trabajando. Además, en Europa estudia y escribe.

Entre abril de 1905 y 1906 publica cinco libros: *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, *Le langage musical et ses troubles histeriques*, *La legislation du travail dan la República Argentine. Essai critique sur le proyet du ministre González*, *Nouva clasificazione dei delin-*

quenti,[8] *La simulación de la locura ante la sociología criminal y la Clínica psiquiátrica, precedida por un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*[9] e *Histeria y sugestión* Al mismo tiempo, cuarenta crónicas sobre sus impresiones de Europa son publicadas en el diario *La Nación* de Buenos Aires. En estos años contabilicé treinta artículos publicados en las revistas de Buenos Aires y más de sesenta en publicaciones europeas, entre las que considero distintas comunicaciones realizadas, en algunos casos para el dictado de conferencias en Universidades, centros de cultura e instituciones científico-académicas.[10] Observo que en Europa Ingenieros consolida la idea sobre la necesidad de que sean los científicos quienes deben intervenir desde el Estado vehiculizando acciones concretas para generar soluciones a los problemas sociales.

En una de las crónicas de *La Nación*, escrita y fechada en Roma, mayo de 1905, dice Ingenieros:

> «Es digno de especial mención un trabajo del profesor Nicéforo sobre "las clases pobres". El estudio de éstas se ha limitado, hasta hace poco, a investigaciones de economía social o de estadística; el autor propone ensanchar ese campo aprovechando los conocimientos de la antropometría, la psicología y la higiene. Otrora los economistas y sociólogos estudiaban a las clases pobres desde el bufete y frente al silencio tranquilo de las bibliotecas; después los agitadores líricos han declamado en su oratoria torrencial la infelicidad y la injusticia que gravita sobre los pobres; hoy la ciencia puede aplicarles el método de observación y experimental. Además de estudiar el pauperismo abstractamente, haciendo como Proudhom la "filosofía de la miseria", conviene estudiar al pobre de carne y huesos, haciendo su estudio natural como la zoología estudia al cisne, la botánica a la caña de azúcar y la mineralogía a la piedra pómez».

[8] Con una traducción clandestina que Sergio Bagú situa en Arequipa, Perú en 1908.

[9] Con traducciones en Italia, Turín, 1903 (traducción hecha por el propio José Ingenieros); 1904 en Rusia, San Petersburgo con traducción de Vladimir Kovalevsky; 1906, 1907 y 1908 en Valencia, España y 1911 en París con traducción de Charles Barthez.

[10] El listado, que es el más completo realizado a la fecha, se encuentra en el libro de Bagú (1936). La editorial Mar Océano de Buenos Aires, que publicó las obras completas de José Ingenieros en 1962 tomó como referencia el listado de Sergio Bagú en su apéndice dedicado al listado completo de publicaciones de Ingenieros.

Como puede observarse en la crónica del diario *La Nación*, Ingenieros alude a los científicos que realizan las investigaciones sobre temáticas sociales en abstracto, disociando a la ciencia social de los hechos sociales. Considera que esta disociación esteriliza cualquier aporte científico que pueda mejorar las condiciones sociales imperantes. En Europa como en Argentina, encuentra que los científicos sociales pueden y deben hablar, indicar los problemas y plantear las estrategias para resolverlos desde ámbitos estatales.

Ahora bien, en este punto cabe preguntarse, ¿quiénes eran los que estaban en el lugar de los científicos? En otras palabras, ¿quiénes tomaban esas decisiones que Ingenieros afirma que deben tomar los científicos? ¿Qué personas ejercían su poder desde el Estado?

5.4 El Estado nacional y la cuestión social en Argentina hacia 1910

Diferentes historiadores, politólogos, sociólogos que han estudiado el tema, remarcaron que entre los años 1862 y 1916 Argentina era una república restrictiva en donde se excluía a la mayoría de la sociedad de los mecanismos de decisión política (Botana y Gallo 1997; Devoto 2002; Gallo 1984; Halperin Donghi 2007; Oslak 1982; Palacio 1979; Ramos 1970). Estos estudiosos afirman que si bien en las elecciones podían participar sectores no vinculados a las elites económicas, el poder electoral residía en los gobiernos y el control se ejercía sobre los gobernados por parte de los únicos que podían participar en aquel: aquellos habilitados por la riqueza, la educación y el prestigio.

En las tres décadas anteriores al centenario de la Revolución de Mayo el sector de la sociedad que estaba a cargo del Estado nacional argentino motorizó una serie acciones desde sus diferentes instituciones (ministerios, escuelas, universidades) vinculadas a la construcción de una identidad nacional. En síntesis, en esos años se lleva a cabo la creación de una idea de Nación que surge de la voluntad de un grupo de hombres.

Entre 1860 y 1910 se había desatado en el territorio argentino una embestida del capitalismo internacional en sociedad con los grandes propietarios como nunca antes. En la práctica significaba un avance del capital privado de empresarios británicos, que pasaron a manejar la mayoría de las empresas de transporte terrestre y

marítimo, los recursos energéticos, la explotación petrolera y las compañías más importantes de manufacturas del país. Al mismo tiempo, se expandía por todo el territorio la tradicional unidad productiva criolla para la exportación, la estancia. Su formación, en realidad, antecede a la formación de los nuevos Estados latinoamericanos surgidos en el siglo XIX. La estancia, unidad de grandes extensiones, vinculada a las demandas del mercado internacional a través de sus regiones portuarias.[11] Los estancieros, también se beneficiaba del manejo exclusivo del mercado local con su corporación: la Sociedad Rural, ya que imponían el precio como productores monopólicos. La estancia es también una unidad de poder político y social vinculada estrechamente a un sistema de dominación oligárquica como parte fundamental para su funcionamiento y reproducción. Ejerce controles directos sobre las medidas económicas que toman los Estados, define el trazado de las líneas férreas, la construcción de puertos, los impuestos para protegerse de la competencia con los países vecinos, y hasta la utilización de las fuerzas coercitivas del Estado para reprimir huelgas obreras. Y cuando se alude a dominación oligárquica me refiero a la definición de Waldo Ansaldi y Verónica Giordano: «(…) definimos oligarquía como una forma histórica de dominación política de clase,[12] caracterizada por la concentración del poder en una minoría y la exclusión de la mayoría de la sociedad de los mecanismos de decisión política. En las sociedades de dominación oligárquica, la base social era angosta, con predominio de la coerción» (Ansaldi y Giordano 2012, págs. 465-466). En otro plano como he apuntado antes, en Argentina se realizaban elecciones regulares desde 1862, aunque estas eran fraudulentas. En ellas resultaban en la

[11] La estancia en Argentina, como en otras regiones de Latinoamérica, no puede entenderse únicamente como una unidad productiva nacida y desarrollada para el mercado exterior.

[12] Como en otros puntos de este libro, en este caso no estoy de acuerdo con la noción de clase empleada, ya que sí bien creo que se utiliza para ubicar a los sectores oligárquicos, pierde fuerza cuando uno intenta desglosar a los diferentes sectores implicados, como terratenientes, bancos extranjeros, política internacional de Estados Unidos, Gran Bretaña, funcionarios de gobierno, empresas de transportes privadas, etcétera. Evidentemente, difícil es que todos estos múltiples sectores puedan caber todos juntos en una misma clase social. Considero que todos ellos sí forman parte de un mismo sistema de dominación oligárquico pero no una misma clase social (Ansaldi y Giordano 2012).

mayoría de los casos vencedores los candidatos que eran elegidos previamente por el partido oficial. Natalio Botana señala: «El poder económico se confundía con el poder político; esta coincidencia justifico el desarrollo de una palabra que, para algunos fue motivo de lucha y, para otros, motivo de explicación: la oligarquía». En resumen, el término oligarquía en el contexto argentino, como señalan Ansaldi y Giordano, no comprende únicamente a un sector o a una determinada clase social, sino a múltiples y diferentes actores (políticos, dueños de tierras, académicos, escritores, capitales británicos y estadounidenses) articulados en un sistema de dominación política. No era homogéneo el grupo que ejercía la dominación de tipo oligárquica desde el Estado nacional, ni siquiera era en su totalidad «nacional», sino que participaba de esta dominación conjuntamente con sectores extranjeros, principalmente británicos. Una articulación que extendía sus brazos hacía los espacios de la cultura, como dice David Viñas: «En el último cuarto de siglo XIX y los primeros años del actual la dirección del país y la producción y el consumo de literatura son monopolio y definición de una clase».

Ahora bien, este sector dirigente oligárquico logra la incorporación de la producción agrícola y ganadera en el mercado mundial, ciclo económico llamado «agroexportador». La riqueza en Argentina se encuentra en el campo, en la actividad ganadera (ovinos y vacunos) y agrícola (con predominio del trigo) Y es demandada por los países centrales para consumo local, y a su vez, estos necesitan vender sus manufacturas, y es el mercado argentino, entre otros, uno de sus destinos. Los beneficios son evidentes, Argentina vende sus alimentos a excelentes precios en el mercado europeo, e importa manufactura barata y de buena calidad para el mercado interno. Sin embargo, y a pesar de que los indicadores económicos empiezan a dar los frutos esperados, hay otros signos que comienzan a ser una verdadera molestia para los hombres que estaba a cargo del Estado, los actores de la época mencionan la existencia de «consecuencias no deseadas» en el proceso de modernización, agrupando todas ellas bajo la noción de «cuestión social».

Eduardo Zimmermman en *Los liberales reformistas* señala que: «La cuestión social describe –y describía durante el periodo– el conjunto de consecuencias sociales del proceso de inmigración masiva, urbanización e industrialización que transformo al país, entre las que contaron problemas en áreas de vivienda, sanidad y salud pública, el aumento de la criminalidad urbana, la protes-

ta obrera y el surgimiento de nuevas corrientes ideológicas que desafiaban la validez de las instituciones políticas y económicas vigentes» (Zimmermann 1995).

En consecuencia, observo que al momento que se publica el libro de Ingenieros, encontramos un Estado oligárquico que ejerce su sistema de dominación sobre una basta franja de la población, que se encuentra al margen de varias necesidades básicas para los Estados modernos.

Por estas razones, hay discrepancias entre los académicos, pensadores, dirigentes y políticos hacía la época del Centenario. Algunos festejan los logros alcanzados en los primeros cien años de historia, otros lejos de festejar, permanecen inquietos, hablan de una evidente crisis social y se alarman con las transformaciones producidas desde mediados del siglo XIX, principalmente tras las oleadas inmigratorias.

Ingenieros se ubica en otro lugar, festeja el Centenario, pero no se encuentra del lado de los hombres de Estado. No festeja con ellos, todo lo contrario, pone en duda su capacidad para ejercer los cargos de Estado. Dice Ingenieros en la cita de 1907: «(…) la política moderna para adaptarse a su potente acción inteligente necesita una fuerte brazo dirigido por el espíritu ilustrado e imparcial, capaz de conciliar la estabilidad del bien existente y la inevitabilidad de los cambios ya presentes» (Ingenieros 1906, pág. 11).

Referencias bibliográficas

ANSALDI, WALDO Y VERÓNICA GIORDANO

2012 *América Latina. La construcción del orden. De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Buenos Aires: Ariel, vol. 1, referencia citada en página 156.

BAGÚ, SERGIO

1936 *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires: Editorial Claridad, referencia citada en páginas 144, 145, 154.

BERSTEIN, EDUARD

1982 *Las premisas del socialismo y la socialdemocracia*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 144.

BOTANA, NATALIO Y EZEQUIEL GALLO

1997 *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires: Ariel, referencia citada en página 155.

BURY, JHON

1971 *La idea del progreso*, Madrid: Alianza Editorial, referencia citada en página 147.

COLE, GEORGE DOUGLAS HOWARD

1964 *Historia del pensamiento socialista*, 8 vols., Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 144.

DEVOTO, FERNANDO

2002 *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 155.

GALLO, EZEQUIEL

1984 *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 155.

HALPERIN DONGHI, TULIO

2007 *Proyecto y construcción de una Nación (1846-1880)*, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en página 155.

INGENIEROS, JOSÉ

1898 *La mentira patriótica. El militarismo y la guerra*, Buenos Aires: Librería Obrera, referencia citada en páginas 149, 150.

1903 *La simulación de la locura ante la sociología criminal y la Clínica psiquiátrica, precedida por un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social*, Buenos Aires: La Semana Médica, referencia citada en página 154.

1905a *Histeria y sugestión*, Valencia: Sempere y Cía. Editores, referencia citada en página 154.

1905b *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, Madrid: Sempere y Cía. Editores, referencia citada en páginas 151, 153.

1906 *La legislation du travail dan la República Argentine. Essai critique sur le proyet du ministre González*, París: Edouard Cornely Editeur, referencia citada en páginas 148, 153, 158.

1907a *Le langage musical et ses troubles histeriques*, París: Félix Alcan Editeur, referencia citada en página 153.

1907b *Nouva clasificazione dei delinquenti*, Milán: Remo Sandrone Editore, referencia citada en página 153.

1962 *Las fuerzas morales*, vol. VII, referencia citada en página 151.

OSLAK, OSCAR

1982 *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 155.

PALACIO, ERNESTO

1979 *Historia de la Argentina 1515-1976*, Buenos Aires: Abelardo Perrot, referencia citada en página 155.

RAMOS, JORGE ABELARDO

1970 *Revolución y contrarevolución en Argentina*, Buenos Aires: Mar Dulce, referencia citada en página 155.

SOLER, RICAURTE

1968 *El positivismo argentino*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 145.

TARCUS, HORACIO Y ADRIANA PETRA

2011 *Fondo de Archivo José Ingenieros: guía y catálogo*, Buenos Aires: UNSAM Edita, referencia citada en página 145.

TERÁN, OSCAR

1979 *José Ingenieros, antiimperialismo y Nación*, Ciudad de México: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 142.

1986 *José Ingenieros, pensar la Nación*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en páginas 142, 146.

1987 *Positivismo y Nación en Argentina*, Buenos Aires: Punto Sur, referencia citada en página 142.

2000 *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 142.

2015 *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 142.

ZIMMERMANN, EDUARDO

1995 *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés, referencia citada en página 158.

CAPÍTULO 6

Un análisis contextual de la vida y la obra de José Ingenieros

OSCAR DANIEL DUARTE*

6.1 Introducción

En un texto ya clásico de Ricardo Falcón, «Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros», publicado originalmente en 1985, el autor realiza una periodización de la obra, y en gran medida de la vida, de José Ingenieros. En ella establece tres etapas diferentes; una primera de «socialismo revolucionario» entre 1894 y 1897; un segundo momento en el que Ingenieros se coloca a la «derecha del movimiento socialdemócrata» y que ocuparía los años 1898/1902 hasta 1914; y finalmente una tercera etapa de un nuevo «idealismo» que inicia con la guerra y se extiende hasta el fallecimiento de Ingenieros.

Las fronteras difusas en la transición entre un período y otro muestran un análisis consiente, ya que esos cortes no suelen ser abruptos ni taxativos, sino procesos de transformación, revisión, reinterpretación, así como del establecimiento de nuevos vínculos sociales y nuevas realidades políticas y económicas.

En este capítulo intentaremos, respetando en líneas generales dicha periodización, mostrar el contexto nacional e internacional en el que se desarrolla la producción intelectual de Ingenieros en cada etapa. Nuestra intención es mostrar cuales son los debates que imbuyeron a Ingenieros y las corrientes de pensamiento más

* Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Argentina de la Empresa (UADE).

relevantes en la conformación de esa elite intelectual local de la cual el autor formaba parte. Por otro lado, nos interesa mostrar cuál fue el recorrido de Ingenieros como intelectual y como actor político en la transición de los siglos XIX y XX.

Esbozamos una hipótesis, la del «camino esperable». La del inmigrante, primero socialista que, gracias a la instrucción y la ciencia, logra convertirse en intelectual «cientificista» vinculado a la elite, hasta que rompe con ella en el marco de una crisis personal, pero, sobre todo, por la ruptura del orden liberal que lo llevará nuevamente a una perspectiva crítica. Es un camino de oportunidades, pero también de oportunismo.

6.2 El contexto en los inicios del camino de José Ingenieros

El recorrido intelectual de Ingenieros, como ocurre con cualquier otro personaje, siempre está delimitado por su contexto histórico, por sus vínculos sociales (familiares o de entorno) y por su trayectoria intelectual (desde la carrera académica elegida hasta las influencias obtenidas a través de la lectura y el estudio). Es por ello por lo que se vuelve imprescindible un análisis contextual que explique los hechos determinantes del momento histórico en el que se desarrolla el pensamiento del autor, sobre los debates que se desarrollaban centralmente y sobre las corrientes de pensamiento que pudieron influir en el personaje analizado.

José Ingenieros nació en 1877 en Palermo, Italia, en el seno de una familia militante. La región había sido fuertemente atravesada por las experiencias revolucionarias de 1848 y todo el proceso posterior de unificación italiana, el *Risorgimento*, que continuó hasta al menos, 1870. Este período convulsivo en Italia (al igual que en toda Europa) dio lugar a un doble fenómeno; por un lado, la conformación de una clase obrera que tomará postulados del socialismo y del anarquismo como programa político de reivindicación de su clase; por otro, el desarrollo de un nacionalismo desembozado frente a las necesarias tareas históricas de constitución del Estado-Nación.

El padre de José, Salvador, fue un militante socialista que debió emigrar de su país con su familia producto de las persecuciones a las que los militantes de las causas populares debieron hacer frente durante el período. Fue así como llegó a la ciudad de Montevideo en 1881 y en 1885 a la ciudad de Buenos Aires. José Ingenieros arribaba, con tan solo ocho años y la carga de pertenecer a una

familia perseguida y exiliada, a la ciudad donde desarrollaría toda su carrera intelectual.

En 1888 ingresó como estudiante al colegio Nacional de Buenos Aires. En esos momentos el colegio estaba dirigido por Amancio Alcorta, doctor en jurisprudencia y funcionario multifuncional del Partido Autonomista Nacional. El país comenzaba a sufrir nuevamente un ciclo descendente en lo económico que derivaría en la crisis de 1890 y que obligaría a cambiar (o bien a reordenar) una cantidad de puestos claves en la dirección del Estado. Eso ocurrirá desde el cargo de presidente de la Nación hasta, incluso, la rectoría del colegio en el que Ingenieros atravesaba sus estudios secundarios.

La crisis de 1890 provocó un fuerte impacto en toda una generación que se vinculó a la militancia, a nuevas experiencias políticas o al intento de formar parte de la «renovación» de los agentes estatales provocados por la inestabilidad política y económica. Ingenieros llegaría tarde a este proceso de renovación. Egresado del colegio recién en 1892 se toparía con otra problemática que lo atravesaría durante toda su vida… La cuestión social.

6.3 La cuestión social, el socialismo científico y la Segunda Internacional

Según establece Falcón (2011), la primera etapa en la vida intelectual de Ingenieros habría dado inicio en 1894 y se mantendrá hasta 1897. Estas etapas «a veces poco fáciles de limitar» se muestran diferenciadas en extensión y en productividad literaria. Durante esta primera época, la del «socialismo revolucionario», vemos una intensa producción vinculada a la retórica de un socialismo intransigente, de denuncia, y de certeza política.

Ya en 1893, egresado del colegio secundario, comenzó en la edición de un periódico estudiantil que llevó el sugerente nombre de *La Reforma*. Ese mismo año se sumó a la revuelta radical en la provincia de Buenos Aires y, luego del fracaso de esta, buscó nuevos horizontes políticos y artísticos. Fue en este período cuando comenzó sus estudios universitarios en medicina y derecho, las dos carreras tradicionales de la elite política e intelectual en Argentina que establecían vasos comunicantes con la carrera política. Se

definió por la medicina[1] donde conoció a personajes influyentes para él (y tan disímiles) como Juan B. Justo[2] y José María Ramos Mejía.[3]

Entre las producciones más reconocidas de estos años podemos citar el folleto *¿Qué es el socialismo?* de 1895 y su actuación como redactor, junto a Leopoldo Lugones, del periódico socialista revolucionario *La Montaña*, publicado entre abril y septiembre de 1897. En estas publicaciones se puede leer a un Ingenieros desembozadamente socialista, donde afirma cosas tales como que «El paso del capitalismo al socialismo se efectuará mediante la expropiación del pequeño número de poseedores del capital que lo conquistaron expropiando a los que lo han producido».[4] Así como, en el mismo texto, introduce conceptos evolucionistas y positivistas no tan propios del marxismo. Una mixtura entre crítica moral y determinismo social que se sostendrá en todo su pensamiento futuro.

En la sucesión de artículos que llevaron por título «Los reptiles burgueses» publicados en los números 2, 5, 8 y 10 del periódico,

[1] Se graduó como farmacéutico en 1897 y como médico en 1900. Este es un período de mucha fuerza de las corrientes cientificistas de carácter positivista (psicoanalíticas, sociológicas, racistas, darwinistas sociales). «El entramado de relaciones políticas, económicas y sociales en las naciones sudamericanas emergentes gestó una atmosfera intelectual que empalmó con la filosofía positivista que aparecía como lo más avanzado de Europa, permeada de un evolucionismo social, cuyo rasgo principal conceptual era el ascenso progresivo de lo superior, que entendió como "necesaria" la destrucción de las relaciones consideradas como inferiores, las "atrasadas", las que chocaban con la modernidad» (Schvartzman 2018).

[2] Juan Bautista Justo (1865-1928) fue médico cirujano graduado en 1888, fundador del Partido Socialista (PS) de Argentina en 1896. Fue diputado nacional (1912-1924) y luego senador nacional (1924-1928) por su partido. Tradujo el Libro I de *El Capital* directamente del alemán. En 1894 publicó el periódico socialista *La Vanguardia* que se convertiría luego en el órgano de difusión del PS.

[3] José María Ramos Mejía (1849-1914) se doctoró en 1879 con una tesis titulada «Apuntes clínicos sobre el traumatismo cerebral» dedicando sus estudios las enfermedades mentales. Ya era entonces un médico reconocido vinculado al aparato del Estado. Ocupará el cargo de director del Departamento Nacional de Higiene (1893-1898) y presidente del Consejo Nacional de Educación (1908-1913). La influencia de ambos no solo determinaría los menesteres cientificistas de Ingenieros desde la medicina, sino también (y de manera más ecléctica) sus conclusiones políticas. Ingenieros formaría parte del grupo juvenil que se integra al Partido Socialista en su etapa fundacional.

[4] *La Montaña* n.º 1, 1897 [1998]: 20.

realiza una brutal crítica moral contra la burguesía argentina. La acusa de amoral, hipócrita, prostibularia. Lo mismo hace con la prensa argentina, particularmente con *La Nación*, en el artículo «La patria, Guido y Spano, Cánovas del Castillo y la prensa patriotera» publicado en el periódico número 11. No se encuentran reivindicaciones de luchas, ni apoyos a huelguistas o el llamado a confluir en organizaciones gremiales. Es una acusación, sin más.

Su ingreso al Partido Socialista (PS), y la actividad con estas publicaciones, se dan en un contexto nacional de inestabilidad política y social provocada por el coletazo final de la larga crisis que impactó a escala global, y también en Argentina, entre 1873 y 1890. Hacía 1895 los índices económicos parecían acomodarse, «En 1895 los precios de exportación comenzaron a incrementarse y los términos del intercambio a mejorar» (Gerchunoff *et al.* 2008, pág. 268), sin que eso impacte en mejores condiciones para la clase obrera. En cuanto al ordenamiento político, la rígida estructura del partido gobernante mantenía los espacios cerrados a la participación.

La incorporación de muchos «*outsiders*» de la política oficial, intelectuales y profesionales en las revoluciones de 1890 y 1893 parece confirmar la exigencia de apertura política por parte de un nuevo sector social ascendente. Tal como afirma Carlos Altamirano (Altamirano y Sarlo 2016) entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX se desarrolla una nueva intelectualidad, muy vinculada a la corriente filosófica del positivismo que busca, como lo hizo Ingenieros, legitimarse en su saber y no en la pertenencia a las familias patricias.[5]

Es Hugo Biagini quien clarifica el panorama intelectual de fines del siglo XIX;

> «En los umbrales del siglo XX puede verificarse una crisis cultural de modelos y la elaboración de nuevos paradigmas, sin que dicha crisis llegue a afectar profundamente la formulación de enunciados omnicomprensivos sobre el mundo y la existencia. Dentro del terreno especulativo, se asiste al enfrentamiento de quienes oscilan entre el materialismo y el espiritualismo, el

[5] El surgimiento de partidos noveles como la UCR y el PS durante la década de 1890 son, sin duda, resultado de demandas insatisfechas de diversos sectores sociales y de la propia crisis política del grupo dirigente del Estado. Sin embargo, la aparición de nuevos profesionales e intelectuales puede explicar su desarrollo acelerado y la activa participación de ellos en la dirección de estos nuevos espacios políticos.

> escepticismo y la metafísica, el cientificismo y el esteticismo, el racionalismo y el emotivismo, el realismo y el voluntarismo, el positivismo y el esoterismo, el hedonismo y el agonismo. (...) El movimiento modernista, una de las principales expresiones culturales por aquel entonces, condensa en sí mismo muchas de esas pautas doctrinarias e ideológicas. Más que una escuela orgánica, se trata de una modalidad que se traduce en diversos ámbitos vitales y se asocia con la fiebre emancipadora finisecular» (Biagini 2000, pág. 37).

José Ingenieros se suma así a la política y a la ciencia, siendo un joven universitario, en el contexto de este desarrollo de ideas y desde una perspectiva crítica. Es por ello por lo que abraza el socialismo científico, con el cual se anima a dar una diatriba acusatoria desde una perspectiva moral que poco tiene que ver con los postulados del materialismo dialéctico. En estos primeros escritos nunca superará esa crítica apoyándose siempre en postulados morales «antiburgueses». En el capítulo escrito por Muzzopappa (2023, en este volumen) se muestra claramente otra de las influencias recibidas por Ingenieros en esta primera etapa. Se dio en torno a la lectura y el pensamiento del sociólogo positivista belga Guillaume De Greef (1842-1924). Muzzopappa describe como en los planteos de De Greef se registra una comprensión orgánica de la sociedad[6] y esos órganos que la componen serían sociales, económicos, morales, artísticos, científicos, jurídicos y políticos y, por ello, afirma que «La propuesta de una sociedad funcionalmente organizada es consecuencia de la concepción positivista». Ese positivismo;

> «(...) precedió o acompañó el despegue científico respectivo durante la segunda mitad del siglo XIX (...). Dicho movimiento se hallaba fuertemente impregnado por un talante prometeico que sostenía la perfectibilidad a través del cambio paulatino y la renovación incesante en los más variados órdenes de cosas» (Biagini 2000, pág. 57).

El socialismo científico de Ingenieros reposa, entonces, en el hecho de auto percibirse un científico preocupado por la cuestión social y moral. Se coloca él mismo, como intelectual en potencia, la toga de la ciencia, y asocia de manera directa «socialismo» con cuestión social y «científico» con sus estudios en ciencias médicas.

[6] Una sociedad formada por órganos puede ser analizada por un «médico» de la sociedad. De allí el vínculo entre la profesión de Ingenieros y su aceptación en el método de De Greef para abordar el análisis social.

Es por ello por lo que, esa prerrogativa «cientificista», Ingenieros la aborda desde sus saberes en psiquiatría y en sociología. El problema consiste en que no cuenta con un método que lo vincule al socialismo científico o, en todo caso, en la adopción de un método diametralmente opuesto, el positivismo, método propio de una burguesía que consideraba un desarrollo social sin freno –siempre positivo, y de un evolucionismo lineal– en sus propios términos.

De allí devendrán toda una serie de confusiones en el pensamiento de Ingenieros que, a diferencia de lo planteado por Falcón (2011) quien ve «saltos a posiciones radicalmente diferentes y opuestas…», marcan una línea de pensamiento. No negamos con esto los cambios en las posiciones, sino el hecho de que esos cambios no sean el resultado de una línea relativamente coherente de pensamiento, y de movimientos acomodaticios de oportunismo político.[7]

La expectativa de Ingenieros siempre estuvo puesta en un proceso de reforma radical. En un primer momento, interpreta esto en los revolucionarios europeos. Pero ellos mismos van tomando postulados reformistas. Su enfrentamiento contra Juan B. Justo se da en torno al problema del cooperativismo y de cierta parsimoniosa actividad del dirigente del PS aceptando las reglas del juego.

En el número 6 de *La Montaña*, del 15 de junio de 1897, publica un artículo titulado «Pablo Groussac y el socialismo» donde critica a los socialistas «utópicos» y defiende «La interpretación económica de la historia, la teoría de la lucha de clases, la teoría marxista del valor…» como «… cosas que no existen para Groussac.» Es necesario preguntarnos qué significan estas para el mismo Ingenieros. El suyo no es un socialismo científico tal como él mismo lo presenta, sino más bien una preocupación por la cuestión social desde un ángulo moral de radicalismo «antiburgués». Existen disputas a veces veladas y otras no tanto, sobre qué significa ser un socialista revolucionario. Es un tiro por elevación a un Partido Socialista (PS) que muchas veces se integraba mientras que otras corrientes, como los anarquistas, actuaban de manera más directa. Pero desde un

[7] A grandes rasgos y salvando las diferencias con consecuencias trágicas, lo mismo ocurrió con la socialdemocracia europea, particularmente el SPD que en un lapso de apenas 20 años pasó de un socialismo científico que llevaba a conclusiones revolucionarias, para apoyar la guerra contra sus vecinos europeos, lo que conllevaría a la muerte de millones de obreros.

principio (en otro de los artículos) y contradictoriamente, él mismo aclara que, la conclusión revolucionaria del socialismo científico debe ser superada.

Estos debates, y los textos de los autores que los postulan, son traídos en gran parte por Ingenieros y Lugones quienes publican sus traducciones en el periódico *La Montaña*. Es el debate que se está dando al interior de la Segunda Internacional con los revisionistas del *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* (…) respecto al problema de la «Reforma o Revolución».[8]

El período que abarca los años 1866-73 hasta 1890 aproximadamente se desarrolló en el marco de una crisis capitalista sin parangones. Pero la recuperación económica posterior provocó dentro del marxismo toda una serie de revisiones y críticas a las conclusiones revolucionarias de los padres del materialismo histórico. Fue Eduard Bernstein, secretario de Friedrich Engels, el primero en dudar de los postulados sobre la factibilidad de una ley que explicase la caída tendencial de la tasa de ganancia y, por derivación, en la existencia de un límite histórico, desde ese argumento, para el desarrollo capitalista. Esperó hasta luego de la muerte de Engels, acaecida en 1895, para dar a conocer sus postulados;

> «El revisionismo arranca justamente de la comprobación de que ciertas hipótesis marxistas no se han verificado, y en su análisis crítico llega a conclusiones cognoscitivas y, por lo tanto, operativas diversas. Bernstein llama a no permanecer fieles a la prognosis y a la terapia precedentemente fijadas, cuando contra el fundamento científico de la diagnosis marxista se han levantado legítimas dudas. Es así como Bernstein confrontando al marxismo con los nuevos datos de la ciencia social considera imprescindible la necesaria revisión del marxismo científico. De este modo, como dice Bernstein, el revisionismo tenía por objeto polemizar con "los puntos en que creo que la doctrina de Marx y Engels tienen sus principales errores o contradicciones" y avanzar en lo que Marx y Engels "legaron a sus sucesores la tarea de restablecer la unidad de la teoría y establecer una unidad entre la teoría y la praxis". Según Bernstein, en esto consiste la tarea de los marxistas y no en la "eterna" repetición de las palabras de sus maestros» (Reveco 1991, pág. 103).

[8] Es el nombre del texto de Rosa Luxemburgo, publicado en 1899, donde responde a los postulados revisionistas de Eduard Bernstein.

Presentaría sus conclusiones revisionistas en el libro «Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia», publicado en 1899.

La Segunda Internacional, iniciada en 1889, había tomado un punto de vista mecánico del marxismo. En gran parte sus teóricos fueron influenciados por la filosofía positivista y abrumados por la recuperación, por la expansión del capitalismo y por el desarrollo de las democracias. Otra particularidad de esta organización consistió en la falta de una dirección centralizada, lo que brindó a los diferentes partidos socialistas cierta autonomía nacional. El PS argentino se desarrolló en ese marco y en el plano de esos debates Ingenieros ingresó a sus filas.

La Montaña publicó artículos de una variedad de autores del socialismo de la época, o de intelectuales vinculados a este. Entre ellos August Bebel (principal dirigente del SPD) quien en un primer momento fue reticente respecto a las posturas revisionistas de Bernstein, pero, poco a poco, fue acercándose a ellas.

En gran medida el pensamiento de Ingenieros se forma en un socialismo positivista, y se apoya en ellos considerándolo el devenir necesario de la humanidad. En paralelo toma posturas propias del «darwinismo social» y con estas consideraciones de evolucionismo aplicados de manera lineal. Como afirmamos antes, en esta primera etapa de Ingenieros, la del «socialismo revolucionario», el autor no logra superar los planteos de índole moral. Ese señalamiento queda de manifiesto en una serie de artículos que llevaron por nombre «Los reptiles burgueses». En ningún momento parece hacer uso del materialismo dialéctico como método, ni se apoya en una teoría de la explotación (Roll 1975) –elaborada por Marx como continuidad y profundización de la teoría del valor-trabajo– o de la caída tendencial de la tasa de ganancia –como ley científica que explica los límites históricos de la relación social capitalista–. Por el contrario, se aproxima a las teorías reformistas de la socialdemocracia e inmediatamente al cientificismo spenceriano.

6.4 Una ruptura en el ingreso al nuevo siglo

José Ingenieros muestra un carácter ambiguo frente al poder. Grita, porque quiere llamar la atención de ese grupo al que no pertenece. Pega fuerte, y se presenta como amenaza, porque busca ser cooptado. Pero el contexto argentino cambió, y se encuentra

abierta «la carrera abierta al talento» tal como titulara Hobsbawm (2012) respecto a la emergencia de una nueva clase social en los orígenes de la burguesía. Tal como afirma Terán (2015) en su «Lección 5», Ingenieros se hace a sí mismo porque ya existe una red intelectual y, en tanto que piensa de manera autónoma y escribe bien, el también posee el capital intelectual requerido para ingresar a los círculos que determinan las políticas de Estado.

Falcón encuentra dificultades en establecer el momento exacto de la ruptura con su primera etapa. La ubica entre los años 1898 y 1902. Esta apreciación es correcta en tanto que no existe un momento puntual, es un proceso. «A partir de 1898 se acentúa en sus escritos el peso de la "sociología científica" de corte spenceriano, mientras que su concepción del materialismo histórico aparece fuertemente influida por el italiano Acchile Loria»[9] En 1899 cursa Medicina Legal «… con Francisco de Veyga, el introductor de la escuela positiva en medicina a través de la antropología criminal» (Tarcus 2020). Ese mismo año abandona el PS, partido del que se desafiliará en 1902. En ese entonces funda los *Archivos de Criminología, Medicina legal y Psiquiatría*. Asume como jefe de la Cátedra de Clínica de las enfermedades nerviosas, con cuyo titular, José María Ramos Mejía, entabla una relación que será determinante en sus pensamientos (y posicionamientos) posteriores.

José Ingenieros sigue siendo un intelectual sin herencia social, pero ya se encuentra vinculado al Estado tanto por sus cargos universitarios como por su actividad en la policía. Sus postulados lombrosianos lo aproximan al racialismo, su ruptura con el PS y su acercamiento a sectores de la elite tradicional van corriéndolo rápidamente hacia la «derecha del movimiento socialdemócrata» (Falcón 2011).

No es un momento cualquiera en la historia argentina. El «quinquenio difícil», que según Gallo (1980) ocurrido entre 1890 y 1895, como primera mitad de toda una década de intensa movilización obrera, forzó al establecimiento de una alianza entre diferentes sectores de la elite gobernante, representadas por Julio Argentino Roca y Carlos Pellegrini, que intentó sortear la crisis política. Fue

[9] Achille Loria (1857-1943) fue un economista y sociólogo italiano, influenciado tanto por el marxismo como por la Escuela de Viena. Su eclecticismo lo convierte en un intelectual difícil de catalogar, aunque se vio influenciado por el positivismo y las teorías bioeconomisistas de la época.

lo que llevó, en 1898, a una nueva presidencia de Roca –con quien José Ingenieros sentirá afinidad y realizará un acercamiento poco después–. Su presidencia vino acompañada por un fuerte debate entre el reformismo y el reforzamiento conservador.

Este se manifestó en ejemplos como la ley 4031 de servicio militar obligatorio de 1901, la ley 4.144 de residencia[10] (promulgada en 1902), y una ruptura con los sectores reformistas exteriorizado con la salida de Pellegrini del PAN en 1901. Por otro lado, Roca y los integrantes de su gobierno no desconocían la necesidad de realizar reformas. Tal como explica Terán (2015), son tiempos en que «la multitud» es la figura que amenaza a la elite gobernante. La preocupación en saber qué hacer con esas masas. Obtuvo una respuesta de manos de su ministro del interior, Joaquín V. González,[11] quien impulsó la ley 4.161, llamada de representación uninominal por circunscripciones, sancionada en 1902,[12] así como la realización de un estudio sobre la situación de la clase obrera, registrado en el informe de Bialet Massé (1904). El informe tenía como objetivo conocer el estado de situación de esas masas cada vez más movilizadas y ahora organizadas en centrales obreras. Se buscó sancionar una legislación obrera para tal fin, pero la misma nunca llegó a concretarse.

El servicio militar, la educación y la sanidad se constituían como instituciones centrales, capaces de atenuar las «falencias» de esas masas y de corregirlas acompañándolas en la construcción de un sentimiento de unidad nacional. Esto explica la preponderancia de José María Ramos Mejía, quien dirigió el Departamento Nacional de Higiene entre 1893 y 1898 y, luego, el Consejo Nacional de Educación entre 1908 y 1913.

---

[10] Fue inspirada sobre la base de una legislación propuesta por Miguel Cané en 1899. La ley fue sancionada luego de una intensa huelga general en el puerto de Buenos Aires.

[11] Joaquín Víctor González (1863-1923) ocupó los cargos de ministro del Interior entre el 9 de septiembre de 1901 y el 12 de octubre de 1904. En forma simultánea, ocupó por unos meses el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública entre enero y abril de 1902. Finalizada la presidencia de Roca, su sucesor Manuel Quintana volvió a proponerlo para el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública entre el 12 de octubre de 1904 y 12 de marzo de 1906.

[12] Para profundizar en este tema recomendamos la lectura del texto de Rojkind (2014).

Barbero y Devoto (1983) afirman que el nacionalismo argentino tiene en las fiestas del centenario su momento fundacional. Nacionalismo que viene expresándose desde la dirección del CNE como parte de su orientación educativa. Ingenieros apoya esas políticas y se mantiene como discípulo de Ramos Mejía.

Los años en los que, según Falcón, Ingenieros rompe con su «socialismo revolucionario», son también años de cambio y de temor sobre la dirección civilizatoria del país. El debate, en Argentina y en todo el mundo consistía en definir sobre quien recaía esa tarea civilizatoria. Son los años de transición entre siglos y en los que la política roquista adopta una doble estrategia conservadora y reformista. Son también los años en los que Ingenieros se vincula con Ramos Mejía y en los que comienza a profundizar en sus trabajos «científicos».

José Ingenieros aparece entonces como un profesional, su capital, como ya se ha dicho, es su saber. Intenta aunar el marxismo y el evolucionismo. Se nos presenta como sociólogo de masas, médico psiquiatra, darwinista social. Sigue apoyando medidas reformistas y, como afirma Terán, se siente impelido a vincularse al proletariado, ya que él mismo es un proletario intelectual. Pero lo que Terán subraya aquí no es resultado de su afecto natural a la clase, sino producto de su moralismo.

Falcón afirma que el último artículo publicado en *La Montaña* «La paradoja del pan caro» (1897) ya muestra cierto desencanto en el supuesto de que el cambio vendría de manos de las masas, por lo que afirma que «Sin duda, factores más complejos entraron también entre las razones que precedieron su viraje ideológico en esos años, pero parece evidente que la decepción mostrada en ese artículo acentuaría su elitismo y su paso a posiciones no revolucionarias» (Falcón 2011, pág. 185).

Es el período en el que se vincula a los círculos de elite a través de su saber, ocupa cargos universitarios y realiza tareas como criminólogo bajo una impronta lombrosiana. Es una época prolífica en producción escrita referida centralmente a psiquiatría y que culminará en 1913 con la publicación de sus dos obras más reconocidas, *El hombre mediocre* y *Sociología argentina.*

> «En 1911 se postula para la cátedra de Medicina Legal que deja De Veyga y la Facultad de Medicina lo coloca primero en la terna, pero el Poder Ejecutivo designa al candidato colocado en segundo término. Como protesta contra el

> presidente Sáenz Peña, cerró su consultorio, dejó su cátedra y se autoexilió por tres años en Europa, donde permaneció hasta 1914» (Tarcus 2020).

El viaje termina acercándolo a Julio Argentino Roca que se encontraba en la misma travesía. Se convierte en una especie de secretario privado del ex presidente durante el viaje. En Europa, además, se entrevista con diferentes personalidades, entre ellos August Bebel, principal dirigente del SPD, y se imbuye en los debates que para esos años está teniendo la socialdemocracia del viejo continente.

Es claro que el reformismo y el darwinismo social que tanto influyen en él no son una novedad argentina. Son temas que se vienen discutiendo en los ámbitos científicos de los países más desarrollados como parte de los planteos científicos que intentan justificar la dominación de la «civilización» sobre los «no civilizados». Será uno de los recursos por medio del cual la economía capitalista, y la burguesía que la impulsaba, eliminaron o transformaron todo tipo de organización social que no se subordinaba a esta.

La acelerada recuperación del capitalismo, luego de la crisis económica mundial de 1873-1890, y su expansión mundial provocó una serie de debates entre los intelectuales de la época, que fueron particularmente determinantes entre los miembros de la Socialdemocracia. Se abrieron una serie de planteos.

En primer lugar, la fuerte influencia del darwinismo social influyó entre los intelectuales a tal punto que llegaron a considerar que, para que todas las regiones del mundo llegaran a estar «aptas» para evolucionar al socialismo, primero debían «someterse» al dominio del capitalismo. Es por ello por lo que gran parte de la socialdemocracia europea avaló de manera pasiva el sometimiento al que sus propias burguesías sometían a gran parte de los pueblos del mundo. Fue una interpretación lineal de la teoría de la evolución copiada, sin más, al desarrollo de la vida social.

Si era realmente así, había sido la raza blanca europea la que primero había llegado a esa instancia civilizatoria. Esto despertó toda una serie de argumentos raciales que tendieron a justificar desde masacres hasta teorías ultranacionalistas.

Finalmente, los más moderados en estos análisis, entendieron los problemas de la dominación colonial. Sin embargo, también vieron como los excedentes obtenidos gracias a estas políticas

permitían un mejoramiento de la vida obrera local. Por lo que fundaron su esperanza en la democracia parlamentaria abandonando las conclusiones revolucionarias del socialismo científico.

La incomprensión sobre las particularidades de la nueva etapa y de los elementos centrales sobre los que se montaba la recuperación capitalista, reorientó a gran parte de la dirección de la socialdemocracia alemana hacia posiciones que concluyeron por dejar de lado las contradicciones estudiadas por Marx. Fue lo ocurrido primero con el revisionismo de Eduard Bernstein, ese revisionismo sería luego adoptado por Karl Kautsky y August Bebel.

> Si el desarrollo del capitalismo es inseparable de una tendencia descendente de la tasa de ganancia o de una demanda del consumo que tiende a quedarse cada vez más atrás de las necesidades de la producción (...) las crisis que periódicamente interrumpen la vida económica de la sociedad, deben considerarse como un *memento mori* del orden social existente. Pero si estos horribles presagios descansan en una base puramente imaginaria, y si las crisis no tienen su causa real en nada más indócil que las desproporcionalidades en el proceso productivo, entonces el orden social existente parece estar bastante seguro, al menos hasta que los hombres sean suficientemente bien educados y moralmente avanzados para desear y merecer otro mejor. Entre tanto, no solo no tiene por qué haber un colapso del capitalismo, sino que mucho puede hacerse bajo el capitalismo, para aplazar las desproporcionalidades, que son la causa de mucho sufrimiento innecesario (Sweezy 1981, págs. 180-181).

Esta nueva perspectiva provocó que los revisionistas marxistas, así como gran parte de la intelectualidad europea, recayeran en una excesiva confianza en las posibilidades provistas por la participación parlamentaria, por la expansión capitalista y por los influjos civilizatorios de la «raza» europea.

José Ingenieros seguía de cerca estos debates y a estos autores. Su «ciencia» desconocía el funcionamiento de la economía capitalista, pero reconocía los planteos del positivismo y el darwinismo social. Es así como, a pesar de haber transitado sus primeros años autoproclamándose adepto al socialismo científico, el carácter «moral» de sus críticas se impondrá, incluso, en su comprensión sobre el imperialismo.

En un escrito de la época que lleva por nombre «La evolución sociológica argentina: de la barbarie al imperialismo», introduce

los conceptos spencerianos sobre evolución de las sociedades humanas (Di Di Vincenzo 2022, pág. 50). Entenderá el imperialismo desde un ángulo diferente al que debatía en ese momento la Segunda Internacional. Por otra parte, su adhesión a cierto nacionalismo lo convencerá sobre la necesidad de un imperialismo argentino basado en su superioridad moral. Su interpretación sobre el fenómeno del imperialismo, y su ecléctica visión, serán el germen de la ideología que fomentará luego de iniciada la Gran Guerra.

6.5 La guerra, la revolución, el imperialismo y la reforma moral

Falcón (2011) es más taxativo a la hora de marcar el comienzo de la tercera etapa en el pensamiento de José Ingenieros. En 1914 comienza este tercer período marcado por un «nuevo idealismo de las fuerzas morales» y continuará hasta su muerte en 1925.

1914 es un año clave para él. Recientemente vuelto de Europa, y con las publicaciones de *El hombre mediocre*, una exaltación del idealismo y una crítica a la mediocridad de las mayorías, y *Sociología argentina*, una exaltación de la raza argentina, Ingenieros concluye su consolidación como intelectual. Pero ese año también marcó el comienzo de la guerra en Europa, lo que obligó a toda una revisión de los postulados liberales y positivistas que habían marcado la etapa inmediatamente anterior.

Una serie de eventos nacionales e internacionales, ocurridos en un breve espacio de tiempo, actuarán como un desencadenante que empujará a los intelectuales a posiciones en apariencia antagónicas con sus postulados anteriores. Nos interesa particularmente mostrar que no es del todo cierto, al menos en el caso de Ingenieros quien sí dará saltos bruscos, pero siempre montándose en un bagaje intelectual anterior que será determinante en esta última época de su vida.

Como dijimos, en 1914 inicia la Primera Guerra Mundial, pero también, casi en paralelo, lo hará el último gobierno oligárquico conservador del período en Argentina. Victorino de la Plaza sucederá al fallecido Roque Sáenz Peña desde el 9 de agosto de aquel año. Los intentos del nuevo presidente por mantener una coalición conservadora unida fueron vanos, además, una gran cantidad de inmigrantes obtuvieron la nacionalidad siendo más próximos a posiciones del socialismo o del radicalismo. En las elecciones de 1916 Hipólito Yrigoyen sería proclamado nuevo presidente marcando

un quiebre respecto a las tradicionales transiciones presidenciales anteriores en el país. Las «masas», las «muchedumbres», las «multitudes» irrumpían, no en apoyo a una elite patricia, ni siguiendo las directivas de los hombres que podían legitimarse en su saber.

En 1917 la Revolución Rusa, con la posterior toma del poder de los bolcheviques, se convertirá en otro hito determinante para Ingenieros. Ese año, el centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras le propone la publicación de sus lecciones sobre «Emerson y el eticismo», el texto finalmente se publicará ese año bajo el nombre de *Hacia una moral sin dogmas*. En 1918 ocurrirá en la ciudad de Córdoba una rebelión estudiantil que será conocida como la «Reforma Universitaria», hecho clave para entender los años subsiguientes de Ingenieros. Hacía fines de ese año concluiría la guerra poniendo en discusión el devenir humano nuevamente en la antinomia «Reforma o Revolución».

Terán (2015) afirma que el período 1914-1917 pone en crisis al liberalismo y con ello al parlamentarismo. El fascismo y el bolchevismo serán sus emergentes desde extremos opuestos. Lugones, antiguo compañero de redacción de Ingenieros en *La Montaña*, se inclinará por el fascismo. Ingenieros, por su parte, saluda a la revolución rusa y se enrola en las filas del antiimperialismo y el latinoamericanismo. En 1918 Ingenieros incluye en la *Revista de Filosofía* artículos publicados originalmente en *Izvestia*.[13] En su nueva oposición al parlamentarismo entiende a los soviets como parte de una nueva filosofía política, aunque la descripción del «sistema funcional» al que hace referencia en diversos escritos de la época, describe su ideal de gobierno como una organización más próxima al cooperativismo fascista que aquella a la que supuestamente está adhiriendo.

Pero el problema de reforma o revolución que planteamos previamente tuvo su continuidad en el debate sobre el imperialismo, problemática que abordó también la Segunda Internacional. Tanto para los revolucionarios de la época como para los pensadores de la burguesía, el imperialismo se presentaba desde fines de siglo XIX como una realidad. Quienes se ocuparon por estudiar el tema con

[13] *Izvestia*, «Noticias» en ruso, es un diario publicado por primera vez el 13 de marzo de 1917 y que fue, durante sus primeros años, el órgano de difusión del *Presidium* del Soviet Supremo de la URSS. Sigue siendo publicado, ahora, en manos de privados.

seriedad, dejaron de lado las categorías raciales como eje vertebrador para analizar en profundidad las necesidades del desarrollo capitalista y sus transformaciones.

El reformista inglés John A. Hobson publicó en 1902 *Imperialism: A study*. Realizó allí una crítica del imperialismo inglés entendiendo que los problemas de desigualdad del mercado interno provocaban la necesaria expansión del comercio mundial.

Por su parte, el trabajo más completo sobre el tema fue publicado por Rudolf Hilferding en 1910 bajo el título de *El capital financiero* donde, por primera vez, se realizaba un estudio pormenorizado del rol jugado por el crédito, el capital ficticio y la relación entre el capital financiero y los límites a la libre competencia. Rosa Luxemburgo rechazó ese ángulo del trabajo de Hilferding por considerar que sus intentos por alejarse de la «teoría del subconsumo» lo acercaban peligrosamente al eje analítico de los revisionistas.

Otto Bauer y Karl Kautsky, defendieron los postulados planteados por Hilferding arribando definitivamente a conclusiones políticas contrarias a las de Rosa Luxemburgo. Mientras el primero confió en la necesidad del desarrollo de la democracia en Austria como vía al socialismo, el segundo elaboró su teoría del «ultraimperialismo» (1914) como un proceso pacífico de transición entre una fase extremadamente desarrollada del capital y una primera etapa de socialización.

Nikolai Bujarin, escribió en 1915, pero pudo publicar recién en 1918 *La economía mundial y el imperialismo*, donde desarrolló el análisis más completo hasta el momento respecto al capital monopolista. Y finalmente Lenin, luego de leer la primera versión del texto de Bujarin, escribió y publicó en 1916 *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Aunque Lenin buscaba asestar un golpe definitivo a la teoría del ultrimperialismo de Kautsky su análisis se desliza a un problema al que León Trotsky también había arribado por otro camino. Si el imperialismo es la etapa más alta del desarrollo capitalista y requiere la expansión de los monopolios capitalistas a escala mundial, ya todo el mundo se encontraría integrado a la cadena capitalista.

Como vemos no existen, al menos como argumentos centrales problemas raciales o civilizatorios. El análisis del imperialismo refiere a particularidades económicas en un confuso entramado social. El mérito de los bolcheviques consistió en demostrar que en el desarrollo histórico no existen determinaciones que obliguen

a un evolucionismo lineal. El materialismo dialectico, tal como lo implementaban estos pensadores, dejaba de lado el evolucionismo lineal, el spencerianismo, el darwinismo social y el positivismo.

No sabemos cuánto de esto llegó a Ingenieros. Por lo que entendemos que no hay aquí tanto una contradicción como sí una incomprensión de lo que ocurría. Esa incomprensión se monta en un posicionamiento muy propio, proveniente de años anteriores, en torno al fenómeno del imperialismo. Su apoyo a la revolución rusa no viene acompañado por un posicionamiento revolucionario, ni del acuerdo respecto a la perspectiva que tenían los bolcheviques sobre lo que significaba el imperialismo, sino por un renacer del reformismo intransigente de sus primeros años. La crisis del liberalismo, y la irrupción de esas masas mediocres denunciadas en su libro de 1913, le llevan a poner la esperanza en las juventudes universitarias.[14] Ese apoyo lo convertirán en un referente para las juventudes que se fueron inclinando por posicionamientos de reformismo intransigente, la expansión de la «Reforma Universitaria» a lo largo de todo el continente y su interpretación de un «Imperialismo moral» serán la base de su novedoso «latinoamericanismo». Sus últimos años se verán atravesados por esta actividad política.

> «En 1920 adhiere al Grupo Clarté, "la internacional del pensamiento" (...) Ese mismo año apoya la corriente juvenil que, en el seno del PS, postula la adhesión a la Tercera Internacional (...). Sus artículos sobre la guerra y la Revolución rusa son reunidos en el libro *Los Tiempos Nuevos* (1921) (...). En enero de 1923 es el principal animador del mensuario Renovación, empresa en que lo acompañan Gabriel S. Moreau y Aníbal Ponce. En 1925 se convertirá en el órgano de la Unión Latinoamericana...» (Tarcus 2020).

Brinda una serie de conferencias en París a mediados de 1925 frente a personalidades de la cultura y poseedores de cierta impronta política de tipo progresista. A su regreso a Buenos Aires fue afectado por una meningitis que terminó con su vida el 31 de octubre de 1925.

El fin de su vida lo encuentra inmiscuido en una línea de pensamiento idealista y moralista, latinoamericanista y aun preocupado

[14] Como se puede ver en el texto de Rojkind, previamente citado, una juventud universitaria muy movilizada desde fines del siglo XIX, y luego de manera constante, hasta el *sumun* de 1918.

por la cuestión social, pero confiado en un devenir que pone en manos de la juventud. Así lo expresa al cerrar *Las fuerzas morales*:

> «Frente a estas fuerzas inmorales del pasado, la esperanza de acercarnos a una firme solidaridad solo puede ser puesta en la Nueva Generación, si logra ser tan nueva por su espíritu como por sus años. Sea ella capaz de resistir las pequeñas tentaciones del presente, mientras adquiera las fuerzas morales que la capaciten para emprender nuestra gran obra del porvenir: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental» (Ingenieros 1962, págs. 87-88).

6.6 Conclusión

La vida de José Ingenieros (1877-1925) nos sirve para realizar un recorrido histórico a través de un complejo período de transición del sistema capitalista, de conformación del movimiento obrero (en particular para el caso argentino) así como para ver el influjo de las diversas corrientes de pensamiento de la época.

Para realizar una periodización respecto a las etapas de su vida, respetamos la realizada por Falcón (2011) aunque nos vimos en la necesidad de matizar la idea de que los cambios en el pensamiento de Ingenieros «… son saltos a posiciones radicalmente diferentes y opuestas…» sino más bien que en su pensamiento ecléctico e influenciable, que muchas veces reinterpreta posiciones de manera libre o introduce matices necesarios para justificar su interpretación, existe una continuidad. Una crítica moral, un evolucionismo determinista, un racialismo y un sujeto histórico la juventud (luego la juventud universitaria, entendida como una elite aún incontaminada de la falsa moral burguesa) como agente del cambio.

Como afirmaron múltiples autores, la aparición de Ingenieros viene de la mano de un grupo de intelectuales que se hacen a sí mismos. No son miembros de las familias patricias tradicionales. Si no que cuentan por todo bagaje con su saber y sus cualidades intelectuales. Desde allí se presentan como críticos y desde allí intervendrán en las tareas que les asigne el Estado. Esta «novedad» social viene acompañada de toda una serie de debates de época. Es por eso por lo que prestamos particular atención a las discusiones ocurridas al interior del socialismo europeo (particularmente el que fue integrado a la Segunda Internacional) en torno a los problemas sobre la reforma social o la revolución. Pero esos debates

fueron atravesados por la situación coyuntural de recuperación y expansión del capitalismo y la irrupción de toda una orientación científica que se montará en el positivismo como método y en el Darwinismo Social como elemento de análisis social.

La ruptura del orden liberal y la caída del positivismo como método de interpretación social fue provocado por la guerra y por las emergencias surgidas de esa crisis. El bolchevismo y el fascismo. No obstante, el apoyo de Ingenieros a la Revolución Rusa, en Argentina siguió por el camino reformista, incluso cuando apoyó la Reforma Universitaria de Córdoba lo hizo del lado de esta tendencia y se vinculó, en el país y en toda América Latina, a sus representantes. Es el ingreso de Ingenieros a otro debate, el debate sobre el imperialismo. Pero aquí también lo entenderá desde una postura muy propia, lejos de la interpretación de etapa del desarrollo capitalista brindada por Lenin. Ingenieros verá la superioridad moral de la raza argentina, como predestinada a imponer esta especie de imperialismo moral entre sus vecinos. La conclusión lo llevó a la última actividad política de su vida, el latinoamericanismo.

Es por todo esto que, aceptando la periodización brindada por Falcón, para marcar las diferentes etapas del pensamiento de Ingenieros, consideramos que su devenir siempre está atravesado por los elementos previamente citados. Ponemos el acento en un concepto propuesto por Terán (2015) cuando marca su «moralismo».

Ingenieros es crítico de «los reptiles burgueses» y toda su crítica abunda en una crítica moral. Pero está siempre atravesada por un evolucionismo determinista. Método que también aplica para explicar las razas, la civilización, etcétera. La perspectiva moral cambia, justamente, con la moral. Y en tanto que esta depende del contexto y de los actores con los que Ingenieros interactúa su moral es dinámica y acomodaticia. Su «cientificismo» en cambio, nunca rechazará los postulados positivistas ni aún luego de la guerra.

Ingenieros realiza lo que podemos llamar, «el camino esperable» en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Inicia siendo un inmigrante, socialista, que logra transformarse y ser «útil» al Estado gracias al estudio y la investigación científica. Romperá en la década del diez con esa elite que no abre el juego y le impide dirigir una cátedra universitaria. Hace su experiencia europea donde logra entrevistarse con diferentes políticos e intelectuales. A su regreso se da el quiebre del orden liberal, no solo a escala mundial, sino también local, con la irrupción de las

«masas» en la política. Su elitismo lo aleja de allí para, al parecer contradictoriamente, apoyar un régimen, el bolchevismo, que atenta contra ese orden en crisis. Es un giro a la izquierda en contra de los sectores (las masas) que desplazaron a la oligarquía del poder. Su crítica moral continúa y encuentra en los jóvenes reformadores al sujeto social del cambio y en el fenómeno de la Reforma el proceso unificador de la política latinoamericana.

Es, como dijimos, un camino muchas veces esperable y otras, confuso. Es una elección en torno a las oportunidades que se le abren y, en muchos otros momentos la elección de un camino oportunista. Pero, en cualquier caso, es un camino que solo puede ser interpretado analizando en profundidad el contexto de su desarrollo. Este texto fue apenas un intento de ello.

Referencias bibliográficas

ALTAMIRANO, CARLOS Y BEATRIZ SARLO

2016 *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 165.

BARBERO, MARÍA INÉS Y FERNANDO DEVOTO

1983 *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 172.

BIAGINI, HUGO

2000 *Lucha de ideas en nuestramérica*, Buenos Aires: Leviatán, referencia citada en página 166.

BIALET MASSÉ, JUAN

1904 *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*, Casa Adolfo Grau, referencia citada en página 171.

DI DI VINCENZO, FACUNDO

2022 «El nacionalismo científico de José Ingenieros en *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo* (1910)», en *Liberalismo, Patriotismo y Nacionalismo. Estudios de casos en Argentina, 1880-1943*, dir. por Alejandro Herrero, Buenos Aires: Ediciones FEPAI, referencia citada en página 175.

FALCÓN, RICARDO

2011 «Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros», en *Revista de Estudios Sociales*, n.º 40, referencia citada en páginas 163, 167, 170, 172, 175, 179.

GALLO, EZEQUIEL
1980 «Un quinquenio difícil: las presidencias de Luis Sáenz Peña y Carlos Pellegrini», en *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 170.

GERCHUNOFF, PABLO; FERNANDO ROCCHI Y GASTÓN ROSSI
2008 *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 165.

HOBSBAWM, ERIC
2012 *La era de la revolución*, Buenos Aires: Crítica, referencia citada en página 170.

INGENIEROS, JOSÉ
1962 *Las fuerzas morales*, vol. VII, referencia citada en página 179.

MUZZOPAPPA, HÉCTOR
2023 «José Ingenieros, dos ideas discordantes con el reformismo de los 20», en *José Ingenieros ante su centenario*, dir. por Hugo Biagini y Alejandro Herrero, Buenos Aires: Teseo y Ediciones de la UNLa, referencia citada en página 166.

REVECO, JUAN MANUEL
1991 «El revisionismo de Eduard Bernstein», en *Revista Política*, n.º 28, recuperado de <https://rej.uchile.cl/index.php/RP/article/download/54464/57258/> (visitado el 12-04-2023), referencia citada en página 168.

ROJKIND, INÉS
2014 «Movilizaciones, protestas y reforma electoral. Buenos Aires, 1901-1904», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, recuperado de <http://journals.openedition.org/nuevomundo/67024> (visitado el 10-06-2014), referencia citada en página 171.

ROLL, ERIC
1975 *Historia de las doctrinas económicas*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 169.

SCHVARTZMAN, AMÉRICO
2018 «El lado oscuro de José Ingenieros», en *La Vanguardia*, recuperado de <https://lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2018/12/21/el-lado-oscuro-de-jose-ingenieros/>, referencia citada en página 164.

SWEEZY, PAUL
1981 *Teoría del desarrollo capitalista*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 174.

TARCUS, HORACIO

2020 «Ingenieros, José», en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, recuperado de <http://diccionario.cedinci.org>, referencia citada en páginas 170, 173, 178.

TERÁN, OSCAR

2015 *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en páginas 170, 171, 176, 180.

CAPÍTULO 7

«Una rara apología de nuestro teatro nacional»: José Ingenieros en una encuesta del diario *Crítica* en 1924

JORGE DUBATTI*

Entre el sábado 26 de julio y el jueves 7 de agosto de 1924, el diario *Crítica* realizó la encuesta «¿Por qué es verdaderamente malo el teatro nacional?», que respondieron personalidades de diversos campos y disciplinas. La encuesta, valioso documento para la historia de la escena porteña en los años veinte, se abre con la entrevista a José Ingenieros, a quien *Crítica* define como «un hombre que va al teatro», y considera que esta condición es «cosa no muy generalizada en nuestro ambiente literario y artístico aunque parezca raro». En nuestro artículo analizamos las observaciones de Ingenieros sobre el teatro de Buenos Aires. La expresión que entrecomillamos en el título proviene del epígrafe a la foto de Ingenieros que reproduce *Crítica*: «El Dr. José Ingenieros que responde a nuestra encuesta, haciendo una rara apología de nuestro teatro nacional». Ingenieros afirma no coincidir con la consigna de la encuesta, valora la dimensión comercial de la actividad escénica, destaca precursoramente la producción de Armando Discépolo (*Mateo*), cuestiona el rol de los críticos teatrales y pone en primer plano la relevancia del «juicio del público» en las dinámicas del teatro.

* Instituto de Artes del Espectáculo, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

El diario *Crítica* incluye una participación de José Ingenieros en la encuesta «¿Por qué es verdaderamente malo el teatro nacional?», publicada entre el sábado 26 de julio y el jueves 7 de agosto de 1924. Queremos destacar aspectos de la lúcida mirada de Ingenieros sobre la actividad teatral, en varios puntos coincidente con relecturas contemporáneas de los aportes de los años veinte y de sus teatristas (especialmente Armando Discépolo, quien desarrolló el grotesco criollo) a la historia de nuestra escena.

Estudiamos esta encuesta en otras oportunidades (Dubatti 1991, 2012). Se trata de un valioso documento sobre el teatro nacional en los años veinte, que ilumina las relaciones de diálogo y desencuentro entre el campo teatral, el campo cultural, sectores universitarios y de poder político, jurídico y militar. Quince personalidades de diferentes disciplinas aceptaron responderla: junto a Ingenieros, dieron su visión Arturo Goyeneche (político radical), David Peña (historiador y dramaturgo), Ricardo Rojas (historiador y profesor universitario especialista en literatura argentina), José Ignacio Garmendia (militar), Emilia Bertolé (pintora y poeta), Antonio de Tomaso (político socialista), Juan Luis Ferrarotti (jurisconsulto), Alberto Palcos (historiador y profesor universitario), Enrique Dickman (médico, escritor y político socialista), Carlos Ibarguren (escritor y jurisconsulto nacionalista), Nicolás Coronado (crítico teatral), Alfredo Palacios (político socialista), Antonio Dellepiane (historiador y educador) y Herminio J. Quirós (jurisconsulto y profesor universitario).

En la presentación de la encuesta (26 de julio, sin firma), bajo el título «Rodríguez Larreta y Vacarezza» (en referencia a Enrique Larreta y Alberto Vacarezza, señalados por los periodistas como exponentes de las dos tendencias polarizadas de nuestra dramaturgia, el «teatro de arte» y el «teatro mercantilizado»), se califica rotundamente el presente y el pasado inmediato y se idealiza la primera década del siglo XX (más tarde canonizada por la crítica y la investigación especializada como «época de oro» del teatro argentino):[1]

> «El teatro nacional es malo. He aquí una afirmación rotunda que no discuten ni los mismos autores. Y aun las personas menos versadas en estos asuntos pseudo-literarios, saben que el teatro de los primeros años, el de Florencio

[1] Véase al respecto, Dubatti (2013, 2014).

> Sánchez, por ejemplo, no ha sido superado, ni lo será, probablemente, ya que una orientación mercantilista aleja cada vez más de la escena al autor que no es, al mismo tiempo, un excelente "productor", como se dice en el lenguaje comercial».[2]

La nota introductoria reconoce que «en todos los ambientes tiene la producción artística, aparte de la finalidad puramente estética, una finalidad económica» y que «los países más civilizados son aquellos, precisamente, que colman de riqueza a Anatole France, a Bernard Shaw o a Chesterton». Pero los encuestadores no están dispuestos a «poner en idéntico plano, a igualdad de éxito económico, a Guido de Verona, el autor de *La suegra de Tarquino*, y a ciertos revisteros de algún teatro bonaerense». Por eso llaman a opinar a «nuestros lectores» y convocan para la encuesta a «los más capacitados». De los quince, solo José Ingenieros y Nicolás Coronado realizan un análisis positivo del teatro coetáneo y del pasado inmediato en Buenos Aires.

Detengámonos en la intervención de Ingenieros, ofrecida a continuación de la citada presentación ese mismo 26 de julio de 1924. Los encuestadores presentan a Ingenieros como espectador frecuente de los espectáculos porteños:

> «Ingenieros es un hombre que va al teatro. Así lo hemos comprobado en diversas ocasiones en los estrenos de las obras de sus amigos. Pepe, como lo llaman cariñosamente estos, no falta nunca a esos acontecimientos desarrollando en ellos toda su agudeza y espíritu crítico con la simpática jovialidad que lo caracteriza. Hemos creído, pues, que como hombre que suele ir al teatro, algunas veces por compromiso, ha de tener formado un criterio sobre nuestro teatro nacional, cosa no muy generalizada en nuestro ambiente literario y artístico aunque parezca raro».

Los encuestadores afirman que entrevistaron a Ingenieros «en su consultorio». Aseguran que «El profundo psiquiatra (...) y superficial ironista contestó a nuestras preguntas en términos tan equívocos, que el lector seguirá ignorando, de seguro, si el teatro nacional es bueno o es malo para el doctor Ingenieros...». Se trata de una aseveración más provocadora que certera, ya que de las

[2] En adelante, todas las citas de Ingenieros corresponden a «Encuestas de *Crítica*. ¿Por qué es verdaderamente malo el teatro nacional?», *Crítica*, sábado 26 de julio de 1924, pág. 6.

respuestas de Ingenieros se desprende unívocamente que considera que «nuestro teatro no es malo», tal como se sintetiza en el encabezado de la primera respuesta. Ingenieros les devuelve la pregunta: «No sé por qué creen ustedes que el teatro nacional es malo». Por otra parte, en el epígrafe de la foto de Ingenieros que con que ilustra *Crítica* la encuesta se sintetiza que Ingenieros hace «una rara apología de nuestro teatro nacional».

La primera observación propositiva de Ingenieros ilumina el protagonismo del público en la dinámica del acontecimiento teatral y en la determinación del valor de un espectáculo. Cuando piensa el atractivo de la oferta escénica que seduce al público, centra la mirada en «el autor» y su obra (textocentrismo) más que en los actores, el director o la poética de puesta en escena. Ingenieros establece una perspectiva sociológica (analizar si el público acompaña o no, y por qué) y sostiene que Buenos Aires cuenta con espectadores fervorosos que constituyen una relevante cultura teatral. Destaca la dimensión del teatro como «negocio», que no se riñe necesariamente con la calidad de la propuesta (recordemos que esta afirmación de Ingenieros es anterior a la creación, en 1930, del movimiento de teatro independiente, que opondrá polarizadamente el «negocio» a un «teatro de arte»):

> «Yo creo que no se trata de una cuestión de buen gusto. El teatro, aquí como en todas partes, es un negocio sometido al juicio del público. Si no fuera así, no sería teatro. El autor solo desea una cosa al poner una obra en escena, y es que el público le dé su sanción favorable, concurriendo asiduamente a sus representaciones. Así y de acuerdo con este lógico deseo del autor, la obra será magnífica si se representa cien noches, y una porquería si solo una. ¡Y cómo hemos de considerar malo a nuestro teatro con los éxitos que tiene noche tras noche! Las salas están llenas de un público devoto y entusiasta, las ganancias son pingües, ¿qué más puede desear un autor para ser feliz? ¿El juicio de la crítica? ¿El aplauso de dos o tres amigos?».

Polémica, irónica, socarronamente, y acaso con la deliberada intención de radicalizar el impacto de su respuesta, Ingenieros arremete contra la crítica teatral desde un argumento *ad hominem* y afirma que el problema son los críticos, que «los críticos suelen ser autores fracasados»,[3] que no suelen interpretar en qué dirección

[3] Tópico que también puede encontrarse en el cuento «Escritor fracasado» de Arlt (1933).

irá el público y menos aun orientan las elecciones de los espectadores. Una crítica positiva anuncia un fracaso de convocatoria, así como una negativa profetiza un éxito. Ingenieros parece sugerir que el público no está atento a las críticas, que estas no marcan tendencia, sino el boca-en-boca, las recomendaciones orales del mismo público. Los dramaturgos que no convocan al público son «autores mediocres», asegura:

> «Yo creo que los críticos en sus sueltos marcan inconscientemente la suerte de las obras. Vea sino (...) lo que sucede cuando en un diario leemos un suelto elogioso y ditirámbico. El desastre es seguro; la obra solo va a tener dos noches de vida. Por el contrario, analice las consecuencias de un 'palo': representación segura por cien noches. Los críticos suelen ser autores fracasados y tienen por ello una clarividencia notable para prever el éxito de una obra. La del teatro honesto es una disculpa piadosa con que se pretende engañar a los autores mediocres».

Siguiendo la argumentación de Ingenieros, los encuestadores polarizan en Enrique Larreta y Alberto Vacarezza la proporcionalidad indirecta entre calidad artística y apoyo del público: «Pero, doctor, entonces Vaccarezza (...) sería el 'as' de nuestros autores nacionales y Rodríguez Larreta, con su *Luciérnaga*, el peor». Con seguridad de criterio, Ingenieros no teme en ser claro y en ir contra la opinión establecida por la mirada de *Crítica*: distingue entre literatura y teatro e indaga en los intereses de los espectadores de los años veinte:

> «Y esto será muy triste decirlo; pero hay que reconocerlo. El señor Vaccarezza (...) satisface los deseos del público y cumple con ello el que lo ha llevado a escribir. Las obras para una noche de representación están bien para ser publicadas en un elegante volumen y leerlas tranquilamente en una rueda de amigos. El teatro es otra cosa. En él hay un público que paga y ese público no va a buscar paradojas ni filosofía; desea sentir emociones; pasar un momento agradable, y aquel que lo ha logrado, ese es el mejor autor teatral aunque no sea el mejor literato».

Ingenieros no teme en cuestionar los valores de Larreta como dramaturgo: le parece «un magnífico escritor, pero es innegable que, como autor teatral, no se puede decir lo mismo». En apoyo de su afirmación argumenta con el dato de su escasa temporada: «Basta para comprobarlo recordar la suerte de su obra, que, a pesar

de estar muy bien escrita, subió una sola noche al escenario del Cervantes».

En oposición a Larreta, Ingenieros destaca precursoramente un autor que ha llamado su atención en la abundante cartelera: Armando Discépolo, y uno de sus grotescos criollos, *Mateo*, estrenado en 1923, que hoy consideramos parte del canon insoslayable del teatro nacional. Discépolo logra, según Ingenieros, proporcionalidad directa entre calidad teatral y convocatoria: «Yo he ido a ver no hace mucho un sainete que me hizo reír mucho: *Mateo*; confieso que me divertí un rato, y no me molestó que me hubiese llevado un amigo a verla». Ingenieros prefiere el Discépolo de *Mateo* al Vacarezza de *Tu cuna fue un conventillo*. Cuando todavía no es un dramaturgo jerarquizado ni por la crítica ni por la investigación, Ingenieros ya pone el ojo en Discépolo. Es evidente que su frecuentación del teatro le ha permitido formar una mirada muy criteriosa y, al mismo tiempo, libre de prejuicios. Ingenieros lee el campo teatral como un verdadero adelantado, ve más allá de los discursos hegemónicos. Identifica a *Mateo* con el «sainete», reconociendo la génesis del grotesco criollo y el teatro popular argentino. Al mismo tiempo, retoma negativamente una expresión de la crítica teatral que ya utilizó: teatro «honesto», y utiliza como variable de valoración el «aburrimiento»: «Con seguridad no hubiese sucedido lo mismo [que con *Mateo*] con una de las obras del teatro 'honesto' y aburrido que nos endilgan de tiempo en tiempo los autores con veleidades literarias».

Ingenieros considera que hay que estar atento a las respuestas del público, y que esa es la real preocupación de los autores: «¿Cuántas veces irá?», es decir, cuántas funciones concretará un espectáculo. «Esa es la pregunta obsesionante que los autores se formulan antes de todo estreno y el veredicto soberano, definitivo del público es esperado con ardiente afán». Para Ingenieros los dramaturgos no están interesados en la crítica: «¿Qué les puede importar [a los autores] los denuestos de la crítica, si saben muy bien que un "pateo" es más abrumador que toda la adversidad periodística?».

Impermeables a las sabias proposiciones de Ingenieros, los encuestadores insisten con su visión confrontadora: «Con ese criterio, doctor, lo mejor de nuestro teatro es lo más malo y con esta paradoja reafirmamos la verdad de nuestra pregunta». Ingenieros concluye, a la vez conciliador y firme en su posición:

> «Yo respeto mucho ese modo de pensar, pero creo que no es justo del todo y más, opino que es una irreverencia para felices escritores que ganan miles de pesos con sus obras, obteniendo el aplauso sincero de mucha gente».

Para medir la relevancia de la visión de Ingenieros, contextualicemos sus declaraciones en el marco de lo señalado por los otros encuestados. Salvo parcialmente Ricardo Rojas (martes 29 de julio) y, de manera rotunda, Nicolás Coronado (7 de agosto), quien rescata la producción dramática del momento y, en particular, hace también elogiosas referencias a la obra de Armando Discépolo (*Mustafá*, *Mateo*), en rasgos generales el resto afirma que debe hacerse algo para cambiar la orientación negativa del teatro argentino coetáneo. Hablan de «mercantilización» y de carencia de «calidad artística». Según Arturo Goyeneche (27 de julio) el problema es inherente a la «juventud» del teatro argentino y el error que se comete es ponerse al servicio del gusto del público. Para David Peña (28 de julio) quienes manejan la situación son los empresarios y los directores, preocupados por la taquilla, pero también está en juego la competencia del cine. Según Peña, se ha popularizado el oficio del dramaturgo a tal punto que «no hay espíritu audaz y zafado, por lo demás, que no se considere habilitado para considerarse autor teatral». Peña refiere un hecho revelador: «Voy a la peluquería a afeitarme y el barbero que me conoce saca una obrita y me la da para que la lea. Lo mismo me sucede en la zapatería o en el café. Todo el mundo tiene su obrita preparada». Cuenta que, además, el actor Ballerini le contó que su cocinera le había presentado un drama. «Este es un mal tan generalizado que hay que temerle», concluye. Para Peña la dramaturgia requiere de estudio y observación: «Yo, para escribir, cultivo permanentemente mi inteligencia, leyendo, estudiando, y analizando profundamente las modalidades de nuestra vida».

Los encuestados oponen el teatro comercial a un «teatro de arte». Juan Luis Ferrarotti (2 de agosto) describe con nitidez el funcionamiento del teatro mercantilizado: la imposición de los capocómicos, las obras escritas solamente para su lucimiento, la tarea cómplice de los críticos para favorecer la convocatoria de público, el conformismo de los espectadores, la estandarización formularia en la composición de los textos. Dice Ferrarotti: «La receta del cocoliche que no tiene más gracia que maltratar el idioma, del "filósofo" que hilvana palabras solemnes, del cabaret con el

borracho sentimentaloide y de la prostituta en trance de retorno a la inocencia y la doncellez». Para Alberto Palcos (3 de agosto) el teatro argentino se ha alejado de la «misión del arte»: «La misión del arte no es satisfacer al público, dice, sino también educarlo, que es lo que sucede con los grandes dramaturgos extranjeros, Shakespeare, Schiller».

Enrique Dickman (4 de agosto) afirma que «el teatro es un comercio sometido a las influencias de la demanda», habla de «degeneración» y encuentra razones histórico-sociales en el contexto para la situación negativa del teatro argentino: «La guerra ha degenerado la sensibilidad del público. Considero que la guerra y la posguerra han desorganizado el espíritu del mundo». La hipótesis de Dickman es que la población ha permanecido «dormidos» durante «cuatro años de contiendas» y ahora «despierta acicateada por varios impulsos, deseando apagar la sombra del desastre con el dominio inefable de la diosa alegría». Para Dickman no es un fenómeno nuevo: «Cada vez que una catástrofe ha conmovido a la humanidad, el hombre ha tratado de borrar todo pensamiento siniestro sobre el pasado buscando en la diversión fácil un anestésico eficaz a su dolor y así sucede en la actualidad». Desde su punto de vista la Argentina, «moldeada en el supremo cáliz de la cultura europea», no puede mantenerse al margen de lo que sucede en Europa y «se siente arrastrada en la corriente general que anima al viejo mundo». Por esa razón, concluye, el teatro argentino «prodiga diversión fácil y barata a nuestro pueblo, no siempre como es de suponer, de muy buena calidad».

Para Alfredo Palacios (8 de agosto) entre los «defectos fundamentales» del teatro argentino y del uruguayo están «la enorme superficialidad de las obras y ciertas características destinadas a satisfacer las pasiones nada deseables».

Si en el epígrafe de la foto de Ingenieros los encuestadores hablan de «una rara apología del teatro nacional», es justamente porque la mirada de Ingenieros iba contra la corriente.

Un diagnóstico semejante sobre el período (o sus antecedentes, o su prolongación inmediata) se encontrará en otros intelectuales y en historiadores años después, incluso dos y tres décadas más tarde. Juan Agustín García publica *Sobre el teatro nacional* (1921) y *Nuestra incultura* (1922), con diagnósticos negativos. En *Veinticinco años de Teatro Nacional* (1927), Alfredo Bianchi afirma que «los autores abandonaron todo ideal artístico para correr únicamente

tras el éxito material» (pág. 17). Martínez Estrada (2009), en *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires* (publicada en 1940), distingue «el público mayoritario, el de los estadios de fútbol, hipódromos y rings, el porteño» del «extranjero», es decir, el de los inmigrantes. Si el primero es «más fino», el segundo es una «minoría desarraigada que sostiene un nivel de espectáculos de sainete, comedia y drama de última categoría en el gusto peninsular del teatro teatral» (...). Para Martínez Estrada este «teatro teatral» es «el género característico de la literatura española desde los tiempos de Lope de Rueda, y es hoy su hijo legítimo muy venido a menos». A diferencia de ese teatro popular, «el repertorio de gran estilo de compañías ocasionales suele tener la sala vacía, cuando no se trata de tournées de significación diplomática» (Martínez Estrada 2009, págs. 254-255). En 1954, en la revista *Sur*, Enrique Pezzoni dice pertenecer a «una minoría desencantada que rehúye cuidadosamente los teatros» (Pezzoni 1986, pág. 319). ¿Existió un pensamiento antiteatral[4] (específicamente orientado a las prácticas argentinas) en nuestra cultura durante décadas? Claramente, Ingenieros no participó de él.

Con el rescate de esta encuesta, queremos destacar algunos aspectos menos conocidos de la personalidad y el pensamiento de Ingenieros: su interés por el teatro y, especialmente, por el teatro argentino y porteño; su condición de espectador frecuente; su comprensión de la singularidad del acontecimiento teatral, en oposición a la literatura; su interés por el análisis de las respuestas del público; su valorización de los autores que reciben el aplauso de los espectadores; su capacidad para defender el teatro como «negocio» y de sostener que no necesariamente se riñe con la calidad artística (en la línea de lo que hoy llamamos «teatro comercial de arte»); su crítica de la crítica teatral; su atención al «aburrimiento» como eje de valoración de los acontecimientos escénicos, así como su visión precursora respecto de Armando Discépolo y la pieza *Mateo*. En muchos de estos señalamientos Ingenieros coincide con las perspectivas críticas e historiográficas acentuadas en la posdictadura y consolidadas en el presente. En materia de apreciación teatral, Ingenieros fue un adelantado a su tiempo y un caso ejemplar de

[4] Sobre el concepto de pensamiento antiteatral, sus orígenes ancestrales y su continuidad en la cultura europea.

espectador que reflexiona sobre su propia experiencia desde la auto-observación.

Referencias bibliográficas

ARLT, ROBERTO

1933 *El jorobadito*, Buenos Aires: Anaconda, referencia citada en página 188.

DUBATTI, JORGE

1991 «Una encuesta sobre el teatro argentino en 1924», en *Actas de las VI Jornadas Nacionales de Investigación Teatral*, Buenos Aires: ACITA, en colaboración con integrantes de Centro de Investigación en Literatura Comparada, referencia citada en página 186.

2012 *Cien años de teatro argentino. Desde 1910 a nuestros días*, Buenos Aires: Biblos y Fundación OSDE, referencia citada en página 186.

2013 «Después de Florencio Sánchez, la "declinación". Sobre el mito de la "época de oro" en la historiografía del teatro argentino», en *Episkenion, Revista de Teatro Contemporáneo*, n.º 1, recuperado de <http://www.episkenion.com/revista-de-teatro-contemporaneo/episkenion-numero-1/>, referencia citada en página 186.

2014 «Después de Florencio Sánchez, la "declinación". Sobre el mito de la "época de oro" en la historiografía del teatro argentino», en *Florencio Sánchez contemporáneo. Perspectivas rioplatenses*, Montevideo: Universidad de la República, referencia citada en página 186.

MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL

2009 *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires: Capital Intelectual, referencia citada en página 193.

PEZZONI, ENRIQUE

1986 *El texto y sus voces*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 193.

CAPÍTULO 8

Los usos de Gregorio Tagle, Pedro José Agrelo y Manuel Moreno en la formación del discurso filosófico disciplinar por parte de Ingenieros y Korn

ARIEL EIRIS[*] [**]

8.1 Introducción

Gregorio Tagle (1772-1845), Pedro José Agrelo (1776-1846) y Manuel Moreno (1781-1857) fueron letrados de relevancia política, administrativa e intelectual en el territorio rioplatense de principios del siglo XIX. Ocuparon distintos espacios de gobierno y elaboraron teorías jurídico-políticas que respondían a las coyunturas tardocoloniales, revolucionarias y de los Estados provinciales. Compartieron espacios en la dirigencia política, a veces enfrentados. Entre ellos se destaca la presencia en la administración virreinal y luego en la revolucionaria. En el caso de Tagle fue asesor legal de la Real Audiencia de Buenos Aires, luego asesor del intendente Miguel de Azcuénaga, para pasar en 1815 a ser ministro del gobierno de los directores Ignacio Álvarez Thomas, Antonio González Balcarce, Juan Martín de Pueyrredón y José Rondeau. Exiliado en la Banda Oriental por los sucesos de la atomización de las Provincias Unidas en 1820, regresó durante gobierno de Martín Rodríguez y se opuso

* Universidad del Salvador, Universidad Católica Argentina, CONICET.
** Una primera versión de este trabajo fue publicada en la revista *Cuyo. Anuario de Filosofa Argentina y Americana*, vol. 43, segundo semestre de 2023.

al reformismo rivadaviano al participar del Motín de los Apostólicos en 1823. Luego se acercó a Juan Manuel de Rosas, quien lo nombró juez de la Cámara de Apelaciones y ejerció como ministro del gobierno de Juan Ramón Balcarce. Mientras que Agrelo tras ser subdelegado de Chinchas en el Alto Perú, asumió la redacción de periódicos revolucionarios como *La Gazeta de Buenos Ayres*, se integró a la Sociedad Patriótica y la Logia Lautaro, al tiempo que ejercía como fiscal de la Cámara de Apelaciones. Diputado y presidente de la Asamblea del Año XIII, fue desplazado del gobierno con la caída de Alvear, que llevó a Tagle al ministerio. Se opuso al Directorio de Pueyrredón lo que le significó el exilio en Estados Unidos en 1817. Participó del grupo federal de Buenos Aires en 1820 en oposición a los directoriales que tenían como referente a Pueyrredón y Tagle. Fue profesor de la UBA en la época del reformismo rivadaviano y luego nombrado fiscal de Estado por Rosas. Mientras que Manuel Moreno, fue oficial de la secretaría virreinal y luego de la Primera Junta cuyo secretario fue su hermano Mariano. A partir de allí, acompañó a su hermano en misión diplomática a Londres, donde permaneció pese a la muerte de éste. Regreso en 1813, donde se sumó a la Logia Lautaro y se desempeñó como oficial de la secretaria de la Asamblea del Año XIII. Junto con Agrelo permanecieron cerca del Directorio de Alvear, luego opositores a los directores siguientes y exiliados en Baltimore. Regresó a Buenos Aires en 1821 recibido en medicina y ocupó el claustro docente de la UBA. Fue luego diputado del Congreso de 1824, aliado a la tendencia federal de Dorrego y ministro de gobierno de este. Permaneció luego como diplomático en Londres durante los gobiernos de Rosas.

Como se puede observar, las tres figuras fueron funcionarios permanentes de los gobiernos sucedidos desde el fin de la época virreinal hasta el rosismo. Formados como letrados universitarios en el caso de Tagle y Agrelo, o como hombre de experiencia gestión y erudición autodidacta en el caso de Moreno, formaron parte de los debates intelectuales de la dirigencia política de su época y elaboraron producciones diversas como periódicos, libelos, proyectos jurídicos, resoluciones de gobierno y obras literarias e historiográficas. Por eso los tres pueden ser considerados letrados en cuanto

que eran eruditos de amplia preparación, formados para servir al gobierno desde diferentes áreas (Cfr. Mazín 2008, págs. 53-78).[1]

Por esta importancia política e intelectual, los tres fueron objetos de estudio por parte José Ingenieros y de Alejandro Korn a principios del siglo XX. Desde dos perspectivas diferentes, ambas figuras, por entonces directoras de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pretendieron realizar un estudio del origen de la filosofía argentina. A través de sus obras, *Evolución de las ideas políticas argentinas* (Ingenieros) e *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (Korn), ambos utilizaron las acciones de dichos letrados para formar una interpretación adecuada a sus perspectivas metodológicas y disciplinares. Al hacer eso, también realizaron una lectura histórica del pasado no solo de la disciplina filosófica, sino también de la cultura política del siglo XIX. Sin ser historiadores profesionales e intentando elaborar un campo académico autónomo y reconocido como científico para la filosofía, usaron distintos aspectos de las acciones de los tres letrados para sostener sus argumentaciones sobre el pasado intelectual argentino.

Analizar esa cuestión es importante para comprender las particularidades de la formación de dicho campo académico, a la vez que se podrá comprender las particularidades de las interpretaciones dadas al accionar de los tres letrados. En la actualidad no existen estudios específicos sobre la reconstrucción de las trayectorias relacionales de los tres letrados, aunque los mismos han sido objeto de estudio por los principales trabajos historiográficos que abordaron cuestiones jurídicas o políticas del período.[2] Son pocos los aportes específicos sobre alguna de estas tres figuras (Eiris 2021; Quiroga 1972), aunque ninguna se detiene en los usos que el campo académico realizó de ellos, luego de sus muertes y en particular a principios del siglo XX. A su vez, si bien Ingenieros y Korn han sido objetos de investigaciones particulares y relacionales entre ambos

[1] El letrado queda entonces asociado al concepto de intelectual solamente en cuanto «experto en el manejo de los recursos simbólicos», es decir persona especializada en el uso de sus capacidades intelectuales al momento de estudiar la realidad y elaborar representaciones y explicaciones que dieran sentido a sus percepciones. Es entonces un hacedor de cultura escrita. Véase Myers (2008).

[2] Por ejemplo: Botana (2016), Chiaramonte (1997), Goldman (2008), Herrero (2010) y Ternavasio (2007).

(Biagini 1984; Domínguez Rubio 2017; Plotkin 2021; Ramaglia 2004; Terán 2015), ningún estudio se detuvo en el análisis de sus lecturas específicas sobre figuras de la primera mitad del siglo XIX, como lo son Tagle, Agrelo y Moreno.

Por eso, se considera relevante realizar la investigación sobre la lectura, interpretación y usos que ambos intelectuales hicieron de estas tres figuras. ¿Qué tipo de categorías se les adjudicaba a ellos? ¿Cómo eran entendidos en la particularidad de un campo académico autónomo como la filosofía, pese a su variedad de intervenciones? ¿Qué diferencias y similitudes hay en la clasificación realizada sobre ellos? Se entiende que, pese a las diferencias metodológicas e teóricas, tanto Ingenieros como Korn utilizaron a la figura de los tres letrados como expresión de un pasado intelectual argentino, donde la filosofía se evidenciaba en el accionar de la dirigencia política. Agrelo y Moreno serán vistos como impulsores de ideas modernas, frente a la figura de Tagle caracterizada de conservadora. Así, los dos autores utilizaron a las figuras como expresión de «ideas» o «tipos ideales fijos» que encarnaban y representaban en el proceso histórico.

Para estudiar esa cuestión, es importante además del concepto de letrado, entender que el mismo estaba asociado a la función jurídica, bajo una concepción jurisdiccional donde la justica era parte central de la política (Barriera 2019, pág. 164; Garriga 2007, pág. 20), por lo que las producciones intelectuales de estas figuras solían estar directamente vinculadas a la esfera jurídico-política. También, debe considerar que, a principios del siglo XX, la investigación de la «historia de las ideas» de la que formaban parte Ingenieros y Korn, tomaban a los «tipos ideales» como imágenes arquetípicas de corrientes filosóficas o intelectuales. De allí que se priorizaba la búsqueda de «influencias» de esos tipos ideales en la recepción local y generalmente heterogénea con que era vista la intelectualidad americana (Palti 2007, pág. 36). En la actualidad, el campo historiográfico no utiliza estas formas de análisis, sino que contextualiza cada producción intelectual en su espacio de poder y relaciones interpersonales del autor, buscando comprender su intervención como «hecho discursivo». Por lo que se observan paradojas y contradicciones en la elaboración del discurso académico. Al tiempo de que es importante comprender el uso de determinados conceptos o figuras en la formación de la retórica

intelectual que como tal, se encuentra enfrentada a otra (Foucault 2002, pág. 61).

Por todo ello, para la presente investigación, se analizarán las dos obras mencionadas de Ingenieros y Korn, para comprender qué tipo de usos se aplica a dichas figuras y de qué manera se diferenciaban o coincidían sus interpretaciones en función de su contexto de inicios del siglo XX.

8.2 El contexto socio cultural de Ingenieros y Korn

A inicios del siglo XX, las disciplinas científico-sociales se encontraban en un proceso de profesionalización. A través de redes y nuevos espacios de sociabilidad e institucionalidad, se estaba conformando un campo cultural autónomo que iba redefiniendo las limitaciones y alcances de las diferentes disciplinas científicas, según sus metodologías y objetos (Bruno 2014). Se estaba abandonando la imagen del «letrado» en cuanto erudito, capaz de trabajar diferentes áreas del saber y que, a su vez, tenía vínculos con actividades en espacios no académicos, como pueden ser funciones de gobierno.[3]

Estas características de los «intelectuales» rioplatense que provenían de la época colonial, estaba dando paso a un nuevo erudito, especializado y profesionalizado en una disciplina y cuya actividad se reducía al trabajo de las letras, o sea del campo académico (Altamirano 2008, págs. 20-21). Eso le daba un marcado carácter de independencia con respecto al poder político y al gobierno, del cual no se desvinculaba, pero su sostenimiento no dependía de ello por lo que podía constituirse en una voz crítica y de mayor autonomía que en los períodos anteriores, donde se superponía el rol intelectual con las funciones de gobierno. Transformación que fue gradual y por momentos contradictoria, en la medida en que los letrados buscaban mayor autonomía y que las estructuras académicas y gubernamentativas acompañaran esa transición (Halperin Donghi 1987, pág. 55).

En esa transición, figuras como Joaquín V. González aún representaba al letrado erudito, que si bien estaba vinculado al campo académico también participaba del gobierno en cargos relevantes. Pero también empezaban a aparecer los primeros «intelectuales

[3] Al respecto véase Myers (2008).

modernos» caracterizados por aquella independencia respecto al gobierno. Entre esas primeras figuras, Oscar Terán identificó a Ingenieros (Terán 2015, pág. 148).

Su figura es representativa de las trasformaciones del período. Hijo de inmigrantes italianos, se formó como médico bajo las influencias de José María Ramos Mejia, en un contexto donde la medicina estaba estrechamente asociada a la cultura y las políticas públicas. Bajo su formación que él mismo reivindicaba, adquirió un claro rasgo positivista, que expresó en el campo de la psiquiatría en el que acompañaba a Ramos Mejia (Guic 2021, pág. 34). Asimismo, por sus redes de sociabilidad, pasó a relacionarse con otros médicos que lo vincularon con otros espacios ideológicos. Se acercó a Juan B. Justo, quien había sido su profesor de Clínica Quirúrgica y través suyo se incorporó al Partido Socialista.[4] Justo le asesoraba en lecturas vinculadas al socialismo, al tiempo que Ingenieros se formaba intelectualmente con una amplia heterogeneidad de pensadores, entre los que se destacaban Émile Durkheim, David Ricardo, Karl Marx, Herbert Spencer y Ernest Hello (Plotkin 2021, pág. 157). Eso lo expresó en sus escritos en *La Vanguardia*, periódico del Partido Socialista y en *La Montaña*, que editó Ingenieros junto con Leopoldo Lugones representando en aquel momento a la tendencia más radicalizada del partido que adquiría el nombre de «socialismo revolucionario». Desde allí, Ingenieros unió tradiciones como el positivismo, con el socialismo y con el modernismo (Tarcus 2009/2011, pág. 110). Esa heterogeneidad fue conceptualizada como bioeconomicismo (Terán 2015, pág. 149).

Pese a su interés y vinculación con la política, Ingenieros solo se sostuvo por su actividad profesional en el ámbito académico. Para inicios de la década de 1910, viajó a Europa y se vinculó principalmente al área de la filosofía, relegando su anterior enfoque psiquiátrico. Si bien no renunció a su formación positivista, esta se vio atenuada en algunas características generales expresadas en sus obras, que por entonces pasaron a vincularse más con el idealismo (Domínguez Rubio 2017, pág. 79). Estas nuevas perspectivas y su

[4] Por entonces, el partido había surgido de un desprendimiento de la Unión Cívica Radical. Buscaba seguir el modelo de la socialdemocracia europea, desde una nacionalización del socialismo y la aceptación de instituciones democráticas en cuyo marco se proponían las medidas para responder a la «cuestión social».

rechazo al manejo discrecional de las cátedras universitarias por parte del gobierno,[5] quedaron expresadas en su obra *El hombre mediocre*, cuyo título homologaba a la obra de Hello de 1872. Desde 1914, Ingenieros permanecería vinculado al área de la filosofía.

En ese marco fue un activo defensor de la Reforma Universitaria de 1918 que, en la Universidad de Buenos Aires donde él estaba, se expresó de forma orgánica a diferencia del movimiento combativo que la Universidad Nacional de Córdoba en la que había estallado (Buchbinder 2008). Fruto de ese proceso y debido a su perfil académico, crítico de la arbitrariedad de la política en la selección de docente, fue elegido por los alumnos como vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras en ese año.

El decano electo junto a Ingenieros era Alejandro Korn, quien compartía redes y similitudes en su trayectoria académica, aunque tenía diferencias en su enfoque ideológico y metodológico. Al igual que Ingenieros, era hijo de un inmigrante (en este caso alemán) y su formación de origen era la medicina enfocada en la psiquiatría. Pese a esas similitudes, Korn tomó distancia de la preeminencia positivista, aunque permaneció igualmente vinculado a la política. A diferencia de Ingenieros que no tuvo cargo político más allá de su labor académica, Korn sí los tuvo. Participó del movimiento revolucionario radical de 1893 y llegó a ocupar la intendencia de La Plata brevemente. Al año siguiente fue diputado provincial por el mismo partido. Se vinculó rápidamente al área académica siendo vicerrector de la Universidad Nacional de La Plata que entonces dirigía Dardo Rocha. Desde ahí y luego desde la Universidad de Buenos Aires, se enfocó en su trabajo intelectual centrado en la filosofía (Pucciarelli 1963, pág. 7). Por sus críticas al positivismo, fue un referente de la reforma de 1918, por lo que fue elegido decano junto con Ingenieros que lo secundaba en el cargo. Tiempo después se uniría al Partido Socialista, cuando Ingenieros ya se había alejado por su abierto apoyo a la Revolución Rusa.

Puede observarse como tanto Ingenieros como Korn provenían del área de la medicina, cuando pasaron a formar parte del campo científico filosófico que por entonces empezaba a constituirse co-

[5] No había sido aceptado en un cargo de gobierno como lo era la Dirección del Departamento Nacional de Trabajo y luego vetado por el presidente Roque Sáenz Peña como profesor titular de la cátedra de medicina legal. Véase Bruno y Plotkin (2018, pág. 22).

mo tal y adquirir metodología propia. En ese marco es el cual se produjeron los escritos de ambos, tendientes a buscar reconstruir la historia de la filosofía de la Argentina. Ello implicaba una tarea de recuperación no solo del pasado de la disciplina, sino del proceso histórico en el que se enmarcaron las trasformaciones filosóficas que los autores buscaban exaltar. Pese a las diferencias por la aplicación del positivismo, ambos enfoques denotaban el uso de «tipos ideales» donde se buscaba ubicar la producción intelectual de las figuras estudiadas (Di Pasquale 2011). Al mismo tiempo, en ambos se encontraba presente el concepto de «evolución», como dirección lineal del desarrollo, en este caso intelectual. No obstante, ambos autores se enfocaron también en analizar las prácticas de aquellas personas y el contexto en que ello se producía. En ese marco, utilizaron a Tagle, Moreno y Agrelo como ejemplos de diferentes perspectivas que deseaban simbolizar en aquel pasado.

8.3 Las figuras de Tagle, Agrelo y Moreno en *la Evolución de las ideas argentinas*

La obra *La evolución de las ideas argentinas*, fue escrita en pleno proceso de reforma universitaria y fue estructura por Ingenieros en tres partes, cada una correspondiente a un libro diferente. Los dos primeros se llamaron *La Revolución* (1918) y *La Restauración* (1920), mientras el tercero que quedaría inconcluso sería *La Organización*. Es singular que el primero de esos libros haya sido escrito el mismo año de la Reforma Universitaria y a un año de la Revolución Rusa con la que él simpatizaba. Allí, Ingenieros partía del supuesto de que a lo largo de la historia existieron dos grupos de ideas o personas que encarnaron esos tipos de pensamientos: los revolucionarios y los restauradores o conservadores. Los revolucionarios eran aquellos cuyas ideas eran renovadoras, vanguardistas y rupturistas, generando perspectivas nuevas y modernizadoras (Ingenieros 1918, pág. 7). Ello estaba en sintonía con lo expuesto anteriormente en *El hombre mediocre*, donde Ingenieros elogiaba la fuerza de las «ideas creadoras», exaltando a ese tipo de figuras capaces de romper con lo dado por su sociedad y contexto. En función de esa lógica, muy vinculada al idealismo, Ingenieros ponderaba a personalidades del proceso revolucionario y de la organización de los Estados Provinciales que a su entender impulsaron la renovación del pensamiento local. En esa línea ubicó a Agrelo y Manuel

Moreno, junto con su hermano Mariano y otras figuras diversas como Dorrego, Rivadavia y Sarratea.

Es singular que, en esta clasificación, Ingenieros se alejaba de las divisiones partidarias tradicionales. Englobaba en un mismo espacio a figuras de diferentes posiciones políticas y de proyectos jurídicos, pero que coincidían en ser renovadoras en sus planteos y modernizadoras de la sociedad. Dichos «revolucionarios» serían para el momento «liberales», epíteto que Ingenieros utilizaba con frecuencia para referirse a ese grupo de personas. Sus ideas estarían fuertemente vinculadas a la ilustración europea, siendo receptoras del pensamiento moderno europeo el cual adaptaban a su realidad local. De allí, que Ingenieros establecía que una característica inicial de este grupo sería su «abstracción de ideas», que les generaba conflicto con la sociedad en la que debían actuar. Dicha situación se salvaba en algunos casos que las figuras en cuestión lograban comprender su contexto y adecuar debidamente esas ideas, generando una versión local de aquel pensamiento europeo y convirtiendo a sus ideas en «adecuadas» en la medida que eran practicables (Domínguez Rubio 2017, pág. 81).

El grupo enfrentado al revolucionario sería el «conservador», también llamado «restaurador» en la medida en que buscaban regresar al orden virreinal. Sus ideas sociales y políticas eran tradicionalistas y buscaban sostener el «orden» existente que era puesto en crisis por la revolución. En ese pensamiento ubicaba a Tagle, junto con Saavedra, Pueyrredón, Rosas y Anchorena. De esa manera, a su entender podía haber figuras claves del proceso revolucionario e independentistas, pero que, en su idea de sociedad, actuaban como tradicionalistas, generalmente vinculados a cierta adscripción católica.

Con este maniqueísmo, Ingenieros ponía en diálogo durante el proceso histórico a las tres figuras mencionadas. Desde *La Revolución*, Agrelo y Moreno serían arquetipos de aquel grupo liberal y modernizador que haría la revolución de ideas. Ingenieros identificaba tempranamente a estos individuos como estudiantes de derecho de la Universidad de Chuquisaca, residentes allí pese «a las preocupaciones de los padres conservadores» (Ingenieros 1918, pág. 173). Al señalar ello, ya personificaba a los ejemplos de aquella juventud: «Moreno, Monteagudo, Agrelo, Medina, Pérez, Serrano, Gorriti, Castelli, Paso, López, Patrón y otros muchos, encontraron allí abundante acopio de libros modernos y un ambiente estudian-

til cargado de ideas liberales». Así, Ingenieros no solo elogiaba a los individuos en cuestión, sino que reivindicaba el ambiente universitario en que se pudieron desarrollar. Ideas «liberales» que para el momento eran vanguardistas, «libros modernos» y un espacio de sociabilidad estudiantil habrían sido los elementos de la conformación de aquel contexto de donde habrían provenido las ideas revolucionarias. Ingenieros se centra en la figura de Mariano Moreno, como ejemplo de aquel espacio. Desde su figura exaltaba aspectos que tenían importancia en el contexto de la reforma universitaria, como lo era el acceso a la educción y el material de estudio, al señalar que: «Moreno había aprendido de los liberales el culto de la educación popular: prensa, biblioteca, escuela» (Ingenieros 1918, pág. 176). Expresión que, si bien era correcta para el período analizado, también tiene su correlato en la realidad de 1918. Estudiar a Mariano le implicó mencionar también en su hermano Manuel. Si bien este no era un universitario como su aquel, había compartido el estudio en el Colegio San Carlos y formaría parte del mismo espacio de ideas que su hermano. Ingenieros no se detuvo en ningún momento a realizar esa diferenciación de formaciones, por el contrario, en *La Revolución* utilizó las citas de Manuel Moreno como fuente para comprender a su hermano, mientras que, en *La Restauración*, adquiriría mayor presencia como actor individual.

Ingenieros tampoco se detuvo a analizar las relaciones personales de Moreno con Agrelo. La figura de este último surge de forma autónoma al de su compañero universitario. Agrelo era posicionado como un «jacobino», receptor directo de las ideas más exaltadas de la revolución francesa y que habría expresado tanto en su prédica periodística como en su accionar en la administración de justicia. Por ello mismo, es citado en su redacción de la *Gazeta de Buenos Aires* de julio de 1811, para señalar la desacreditación realizada por él a las supuestas influencias jesuíticas en las revoluciones americanas. Agrelo cuestionaba su relación y asimilaba la Compañía a movimientos contrarrevolucionarios. Ingenieros lo cita para lograr esa interpretación de la siguiente manera: «Dice el redactor que los argumentos para presentar la proposición restauradora eran la existencia de un fuerte partido jesuítico en América y la eficacia de la Compañía paro aplacar los movimientos revolucionarios: “acaso en el acto mirtino de mandarnos jesuitas se hubieran reconocido las

cortes, y la regencia"».[6] La cita le permitía así a Ingenieros presentar a los jesuitas como un grupo contrarrevolucionario y a Agrelo, como expresión del ala radical de la revolución y continuador de Moreno en el periódico.

Sin embargo, bien Agrelo era identificado con el grupo morenista y, por lo tanto, modernizador, Ingenieros marcaba que su presencia en la *Gazeta* fue controlada y funcional al grupo saavedrista, encabezado por Funes y representante de ese espacio conservador que incluso el autor adjetivizó como «sarraceno» y «contrarrevolucionario». Esa crítica hacia la «frialdad» de los escritos de Agrelo es superada con la redacción siguiente de Monteagudo que le daría a la *Gazeta* una nueva impronta revolucionaria (Ingenieros 1918, págs. 209-210).

En su análisis histórico, desde ese hecho desaparecen las figuras de Agrelo y Moreno hasta avanzado el proceso revolucionario. Vuelven a ser utilizados recién para el contexto del Congreso de Tucumán. Ingenieros señalaba la paradoja a su entender de que la independencia había sido declarada por un grupo de personas que eran esencialmente «conservadoras» en su pensamiento. Ello se habría de clarificar en su concepción religiosa del poder y la promoción de un orden monárquico para el territorio, siendo el pensamiento de Belgrano uno de los pocos rupturistas en cuanto que aceptaba la idea del rey inca (Ingenieros 1918, pág. 326).

Ingenieros identificaba al sector revolucionario como morenista o jacobino, siendo este mismo el que habría de «evolucionar» para ese entonces en el «grupo federal». Así, el autor sostenía una visión de continuidad lineal de aquel grupo de pensamiento de «ideas fuertes» y modernizadoras. Ese mismo espacio habría sido el que mantendría el carácter republicano de los inicios de la revolución. Al señalar a ese sector, Ingenieros lo identificaba con Agrelo, Manuel Moreno y Dorrego. Los mismos, no solo respetarían esa profundización de las ideas revolucionarias, sino que también serían quienes entendían a la «masa social» al asegurar que:

Los jóvenes y la masa popular eran acaudillados por don Manuel Moreno, Dorrego, Agrelo y otros exaltados que se inclinaban, resueltamente, en favor de la democracia federalista proclamada por los caudillos del Litoral. Los viejos ricos, formados en el espíritu español, les miraban con miedo, con terror; estos senti-

[6] *Gazeta de Buenos Ayres*, 5 de julio de 1811, citado en Ibídem, pág. 208.

mientos obraban sobre sus tendencias monárquicas europeístas, inclinándolos, en último caso, a preferir el feudalismo incaísta del partido cuico a la demagogia federal de los jacobinos (Ingenieros 1918, pág. 328).

Así, los referentes no solo eran la continuidad del espíritu «exaltado» y «jacobino», sino que eran quienes entendían a la sociedad, de forma tal que lograban adecuar sus ideas. Ingenieros identificaba en este sector con la oposición al Congreso y en particular a sus periódicos como los canales de expansión de sus ideas revolucionarias. Bajo el subtítulo de «Destierro de los jacobinos y rehabilitación de los conservadores», el autor señalaba el arresto y exilio forzado de estas personalidades al decir: «El 13 de febrero fueron presos, Manuel Moreno, Vicente Pazos Silva, Pedro José Agrelo y otros dorreguistas, desterrándose a los cabecillas que fueron a juntarse con Dorrego en Estados Unidos, donde perfeccionaron su federalismo». Así, el hecho habría guardado una paradoja, lejos de expulsar sus ideas, ellos habrían de fortalecer su pensamiento desde el conocimiento directo del federalismo estadounidense.

Es en ese contexto, donde Ingenieros recurrió a la figura de Tagle para contraponerse a los revolucionarios, siendo éste un arquetipo conservador y restaurador. Su aparición en el escenario político quedaba vinculada –en el discurso de Ingenieros– a la reactivación del espacio conservador, al decir:

> «Trasladado el Congreso de Tucumán a Buenos Aires, entró en connivencia con los tartufos del Cabildo y de la Junta que, por otro lado, habíanse entendido muy bien con Pueyrredón, imponiéndole desde marzo como ministro de Gobierno al inevitable doctor Gregorio Tapie (R. O. 1053), eje de esta concentración conservadora. Inmediatamente de ser desterrados los jacobinos, comenzó el juego a cartas vistas: el Deán Funes y Cornelio Saavedra» (Ingenieros 1918, pág. 333).

Por lo tanto, Ingenieros hacía una lineal interpretación, uniendo sin mayor discreción a Tagle, con Funes y Saavedra, a los cuales se sumaba Pueyrredón como arquetipos, voces y ejemplos personificados del pensamiento, hacer y liderazgo del sector conservador que se volvía restaurador del orden español. Ingenieros explicaba cómo Saavedra consiguió el perdón de la dirigencia política por gestiones de Tagle y Pueyrredón, al tiempo que estos fortalecían el espacio conservador. Situación que Ingenieros llegó a rotular como «giro a la derecha», expresión más adecuada al siglo XX que al

XIX en que se refiere, al decir que el gobierno: «fue evolucionando hacia la derecha; en marzo de 1817 los reaccionarios le impusieron como ministro a su portavoz Gregorio Tagle» (Ingenieros 1918, pág. 342).

Dicho conservadurismo siempre se daba para Ingenieros asociado a lo clerical. Así postulaba que «Todo lo que pudo hacer Pueyrredón fue poner en manos clericales la dirección del nuevo instituto; es probable que su ministro Tagle, a tener carta blanca, habría procedido con menos tacto». Expresión que utilizaba al mencionar la creación del Colegio del Sur, en reemplazo del anterior de San Carlos, señalando así un sesgo conservador en lo educativo.

Esta cuestión no es menor en el momento de producción del escrito. Recordemos que, en el contexto del reformismo universitario de 1918, uno de los ejes de aquella crítica era la conservación de tradiciones escolásticas y clericales en la educación. Ingenieros sin hacer mención a su presente, critica fuertemente esa cuestión. De allí, que pudo contraponer aquella posición «conservadora» de Tagle con la de Rivadavia cuando en 1821 creó la Universidad de Buenos Aires. Si bien eso se hacía bajo el gobierno del «conservador» Martín Rodríguez, Rivadavia lograba cambiar la impronta de su gobierno al apoyarse en personas de «espíritu progresista y renovador», siendo la continuidad de aquel grupo revolucionario original de Moreno. Entre los primeros profesores convocados por Rivadavia, se destacaba Agrelo, otra vez como arquetipo de las ideas modernizadoras.

Recién en esta parte, es cuando Ingenieros se detuvo en detalle a estudiar la vida de Agrelo. El letrado dejaba de ser entonces uno más de los revolucionarios jacobinos y federales, para pasar a ser el referente de la modernización intelectual. Tras dedicarle una página entera a la descripción de los puestos que ocupó durante el proceso revolucionario, Ingenieros lo pondera al decir:

> «En su carrera de jurisconsulto y magistrado alcanzó prestigios no comunes, los que robusteció en el ejercicio de la cátedra de economía política (1822-1828); gran importancia atribuyó el gobierno a esta enseñanza, que se dictó conforme a los principios de Bentham y ajustándose al manual de Mili, declarado texto oficial de la cátedra argentina. Más tarde, siendo fiscal del Estado, sostuvo contra los partidarios de la Santa Sede los derechos de patronato sobre la Iglesia, cuyos antecedentes reunió en el célebre *Memorial ajustado* (1834), que, con su "Apéndice" complementario, constituye una

> pieza capital en la jurisprudencia del regalismo argentino. Destituido durante la Restauración, por no merecer la confianza de Rosas, emigró, falleciendo en Montevideo» (Ingenieros 1918, págs. 428-429).

La presentación de su figura denotaba importantes singularidades. Se indicaba que su cátedra respondía a una clara modernización, en este caso de aplicación del utilitarismo inglés, promovida por Rivadavia. Al mismo tiempo, aparecía nuevamente la oposición de este sector revolucionario que encarnaría Agrelo con el eclesiástico. En esta ocasión, se indicaba su trabajo de Memoria Ajustado en oposición al nombramiento de Mariano Escalada como deán del obispo Medrano y su oposición a las políticas clericales de Rosas, que lo cual lo llevaría al exilio.

Sobre este punto, Ingenieros se detiene para hacer una precisión sobre la «evolución del pensamiento» en la década de 1820. El autor identificaba dos núcleos de ideas modernizadoras y renovadoras, el de Rivadavia (unitario) y el de Dorrego (federal). Así, Ingenieros rompía con la tradicional dicotomía de unitarios y federales, para crear una nueva: revolucionarios y restauradores. Agrelo era entonces una excelente figura para utilizar como símbolo de aquel espacio «liberal», ya que, era un federalista que actuaba en la universidad rivadaviana. Un hombre que podía entenderse con las dos posiciones, en la medida que era un liberal como ellos. Ello era diferente a Manuel Moreno, quien solo era un «dorreguistas», o sea que cumplía con el arquetipo de revolucionario y liberal, pero adscripto solo al federalismo, lo cual ignoraba su presencia en el grupo rivadaviano.

Nuevamente, la posición contrarrevolucionaria era representada por Tagle. En esta ocasión, Ingenieros trajo a colación la conspiración de los apostólicos que dirigió en 1823 contra las reformas rivadavianas, tendientes a cambiar el rol e injerencias del poder eclesiástico. Otra vez, aparecía así la cuestión clerical vinculada al sector conservador que encarnaría Tagle, siendo para el autor algo no casual que el candidato a gobernador por parte de los conspiradores sea el mismísimo Saavedra (Ingenieros 1920, pág. 45).

Desde allí, en *La Restauración*, Ingenieros ahondaba en la formación de un nuevo grupo conservador y restaurador que habría de generar la caída del espacio revolucionario. A los nombres recurrentes como Tagle y Saavedra, se le suma el de Rosas, principal

representante de aquella nueva restauración conservadora. Dichas figuras habrían de integrarse al espacio federal que, dirigido por Dorrego, Manuel Moreno y Agrelo había sido hasta entonces revolucionario y liberal. Desde su seno, lo habrían convertido en un espacio conservador y clerical luego de la muerte de Dorrego. Para Ingenieros por entonces habría de refundirse el «Partido Restaurador» bajo el liderazgo de Rosas y sus apostólicos, lo que desplazaría a Agrelo y Moreno, representantes del dorreguismo revolucionario (Ingenieros 1920, pág. 46).

Ello habría de quedar evidenciado en la Revolución de los Restauradores de 1833, que Ingenieros responsabilizaba directamente a Tagle de ello, en asociación con el obispo Medrano y con Encarnación Ezcurra, la esposa de Rosas. Ingenieros adjudicaba una supuesta «amistad de Tagle y Rosas» desde la época del Directorio de Pueyrredón (Ingenieros 1920, pág. 111). El movimiento se habría producido contra los federales dogmáticos, que bajo el gobierno de Balcarce continuaban con las ideas liberales del dorreguismo. No casualidad para el autor, su principal exponente era Agrelo, quien como fiscal de Estado se había opuesto al nombramiento del obispo Medrano y de Escalada por el *Memorial ajustado* y había iniciado juicio de prensa contra la prensa apostólica y rosista. Tagle habría asumido brevemente como ministro de gobierno para desde allí dirigir la conspiración que acabaría con el movimiento social que generaría la caída del Balcarce y la anulación del juicio impulsado por Agrelo (Ingenieros 1920, pág. 240).

Rosas era presentado entonces como un «señor feudal» o un «monarca» que al igual que otros restauradores como Saavedra y Pueyrredón, haría uso de las facultades extraordinarias, pero con un exceso que lo levaría a convertirse en una «verdadera tiranía» diferenciada de la acusada hacia Carlos de Alvear, quien a juicio de Ingenieros no habría sido un «dictador», por su carácter liberal enfrenado a los conservadores que lo habrían de derrocar en 1815. Lógica discursiva que omite las fuentes al respecto del directorio de aquel.

Fruto de esta acción rosista, Agrelo habría de exiliarse y Moreno quedaría recluido como diplomático en Londres. Así, Ingenieros comprendía el desplazamiento del grupo federal original, frente a la centralización alcanzada por los restauradores. Tagle como referente de este grupo habría promovido el regreso de los jesuitas, situación que había sido rechazada por Agrelo. Pero el enfrenta-

miento que estos muy pronto tuvieron con Rosas, llevaría a que éste no solo decidiera su nueva expulsión, sino que paradójicamente arrestara a Tagle en castigo (Ingenieros 1920, pág. 560). Así, pese a su enfrentamiento final con Rosas, Tagle no se desvinculaba de su carácter «conservador» y pro-jesuita con que había sido caracterizado en toda la obra.

De esa manera, el desenlace de las tres figuras en cuestión termina siendo trágico. Con el exilio y muerte de Agrelo, el arresto y próxima muerte de Tagle o la permanencia de Moreno en el «exilio diplomático». No obstante, el juego de roles entre las tres figuras fue central para que ingenieros pueda presentar su dicotomía conceptúala quela que se convertía en el eje principal d esa hipótesis de trabajo. Dos grupos enfrentados, revolucionarios y restauradores, Agrelo como referente de este en todo su amplio sentido, Moreno como un referente más moderado y adepto a Dorrego, frente a Tagle, conspirador permanente, siempre en sociedad con lo clerical y monárquico.

8.4 Las Influencias filosóficas de Korn y su contraposición con Ingenieros

La obra *Influencias filosóficas en la evolución nacional* fue escrita inicialmente en 1912, continuada y corregida hasta su edición final en 1936 (Domínguez Rubio 2017, pág. 82). La misma está en diálogo con los escritos de Ingenieros, con los que coincidía y se diferenciaba por momentos. En su introducción, Korn adjudicaba la necesidad de hacer el primer estudio de las «ideas nacionales», entendiendo a los pensadores en su lugar y tiempo, pretendiendo ver no solo las consecuencias de sus ideas, sino su «voluntad» al citar a Comte, Spencer y Schopenhauer como parámetros a considerar, combinando así a positivistas con autores no positivistas. Allí mismo, señala su concepción evolucionista al decir que «El pensamiento de nuestro pueblo ha debido seguir, desde luego, una evolución paralela a las ideas directoras de la cultura occidental», por lo que aseguraba que la Argentina había sido colonia, pero que su independencia aún no era definitiva por su dependencia intelectual de Europa (Korn 1940, pág. 14). Con esa concepción, entraría en el proceso histórico del siglo XIX para identificar a los principales «pensadores nacionales» y ver sus acciones e ideas en diálogo con la recepción europea. Por ello, estructura la obra en

capítulos definidos por la corriente europea que habría de «influir» o «adaptarse» en el territorio rioplatense. Su primera mención es de la Escolástica, para pasar luego al «pensamiento moderno» que incluiría al Renacimiento, el racionalismo del siglo XVIII y la ilustración, sin detenerse en la interacción y articulación que ello tenía con la tradición escolástica en el espacio hispanoamericano.[7] Incluso Jovellanos era presentado como un rupturista racionalista con respecto al pasado escolástico en España.

De esa ilustración ibérica habría provenido la influencia recibida por los rioplatenses como Belgrano y Vieytes. Desde allí, Korn podía darle importancia al impulso educativo, señalando la importancia de la creación de nuevas instituciones por parte de Belgrano o criticando el control político que el gobierno virreinal tenía sobre la Universidad de Córdoba (Ingenieros 1920, pág. 117). Aún indicaba una paradoja, la cual sería que luego de la expulsión de los jesuitas, la universidad se «modernizó» y pasó de la primacía escolástica a la ilustrada, lo cual sería foco de revolución, como lo indicaría el pensamiento de Funes. Aquí Korn se distancia de Ingenieros, al señalar a la generación de mayo como revolucionaria, sin entrar en las diferencias entre sectores más moderados o más radicales. Asimismo, marcaba con claridad la adscripción de Moreno a las ideas roussonianas del *Contrato social* (Ingenieros 1920, pág. 122).

En ese esquema discursivo, aparece la figura de Agrelo. Su mención surgía en relación con Moreno, por ser uno de sus compañeros de estudios en Chuquisaca. No obstante, el uso que Korn hace de su figura es diferente al de Ingenieros. Korn destacaba al igual que aquel la importancia de la sociabilidad universitaria, pero se detuvo a detallar cómo esta fue en el caso de Moreno. Allí presentó el acceso a bibliotecas modernas que los alumnos tenían gracias a las gestiones de Terrazas y presentó la formación de un espacio social extracatedrático, donde Moreno y Agrelo interactuaban con docentes, adquirían bibliografía moderna y prohibida y desarrollaron su modernización intelectual (Ingenieros 1920, pág. 128).

Vinculado a ese espacio, aparece la figura de Manuel Moreno, cuyas citas le permite identificar a su hermano como un ilustrado

[7] En el campo historiográfico actual, se ha estudiado esa interacción de fuentes filosóficas, evidenciando la originalidad de los postulados hispanoamericanos, que fueron conceptualizados como «ilustración católica» (véease Chiaramonte 2007, pág. 91).

en contraposición con el pensamiento escolástico y «conservador» que habría primado en el Colegio de San Carlos (Ingenieros 1920, págs. 113 y 129). Las explicaciones de dicho espacio, son reafirmadas por un análisis del propio Korn que señalaba con fuentes autónomas a Moreno la adecuación de su crítica al Colegio. Así, el autor lograba contraponer las dos corrientes filosóficas vistas como «tipos ideales» y ubicar a las figuras de la Revolución en esas categorías. La universidad cobraba importancia como espacio de actualización filosófica europea, en contraposición con otras entidades que permanecían relegadas de la modernización.

Pese a la identificación de los hermanos Moreno y de Agrelo con el espacio ilustrado, Korn se detiene a diferenciar esa categoría de la de «jacobino» que libremente usaba Ingenieros para referirse a ellos. Para Korn, la modernización del pensamiento rioplatense no iba en desmedro de lo religioso, por lo que Moreno habría censura la parte del *Contrato Social* de Rousseau donde se hablaba críticamente la religión. Eso lo puede sostener desde la figura de su hermano Manuel, a quien cita para indicar cómo su propio hermano lo señalaba como una persona creyente y respetuosa de la religión, a pesar de su ilustración (Ingenieros 1920, pág. 122). O su relación con Funes, ilustrado y sacerdote a la vez. Así, Korn se diferenciaba de la dicotomía modernización-religión que Ingenieros sostenía y en la que forzaba el ingreso de las figuras vistas por él como revolucionarias.

El tercer capítulo corresponde al siguiente movimiento que a su entender se habría recepcionado en el Río de la Plata: el romanticismo. Para eso, se retrotrae al Congreso de Tucumán, pese a que el momento cobraría fuerza en la década de 1830. Vinculaba el romanticismo al liberalismo europeo, heredero de la ilustración y evidencia a Rivadavia como el receptor del mismo. No se mencionan a Agrelo o Manuel Moreno como parte de ese espacio rivadaviano, pero sí ponderaba la creación de la UBA como espacio de modernización y sostenimiento de «ideas liberales». En su contraste, es que Korn apelaba a la figura de Tagle y su conspiración de los apostólicos de 1823. Identificaba a la figura como un ilustrado revolucionario, pero distante del liberalismo de ese entonces que se alejaba de la tradición eclesiástica que él representaba. Al igual que Ingenieros, identificaba a Tagle con los grupos religiosos y asociados a los expulsados jesuitas, pero no como un «conservador», sino como alguien que representaba la tradición

anterior de pensamiento filosófico (Ingenieros 1920, pág. 156). Al igual que Ingenieros, destacaba que aquel movimiento tenía como candidato a gobernador a Saavedra, lo que, a diferencia de aquel, le permite a Korn indicar que dentro de los revolucionarios habría disidencias, sin por eso presentar a Saavedra y Tagle como contrarrevolucionarios.

Esta dicotomía entre liberales románticos y clericales, vuelva a surgir en el marco del Memorial Ajustado de Agrelo por la elección de Escalada como deán. A diferencia de Ingenieros, Korn no se detiene en la revolución de los restauradores de 1833, sino que observa solamente el debate expresado en el *Memorial*, donde se encuentran dos grupos de opiniones: las liberales que piden por un Estado que controle lo religioso frente a un clericalismo que aceptaría sin oposición los designios de la Santa Sede (Ingenieros 1920, pág. 161). Agrelo era posicionado como un liberal pleno por su defensa de la autoridad del gobierno, frente a Anchorena y Rosas, vinculadas directamente con el clericalismo. Incluso Korn sí llegaba a posicionar a Agrelo como jacobino, a diferencia de Moreno. No por su posición más o menos ilustrada, sino por sus acciones secularistas que los hermanos Moreno no habrían tenido (Ingenieros 1920, pág. 162). Lectura que era próxima a la de Ingenieros, quien permanentemente había asociado a Agrelo como un «jabino» y «liberal».

8.5 Consideraciones finales

Tanto Tagle, como Agrelo y Manuel Moreno fueron figuras de gran relevancia política e intelectual a inicios del siglo XIX. Por ese motivo, fueron figuras utilizadas por Ingenieros y Korn al momento de construir un discurso de origen de la disciplina filosófica argentina. Estudiar su desarrollo intelectual, les implicó a ambos analizar sus acciones y contextos políticos en los que se enmarcaban. Ambos autores se encuentran influenciados por el clima del reformismo universitario, lo que los lleva a elogiar los espacios sociabilización universitaria, el acceso a lecturas modernas y actualizadas y la relación personal entre alumnos y docentes. Mientras Ingenieros lo reconstruye desde lo individual de ciertos actores, Korn ahonda más en la conjunción de ellos.

Mientras Ingenieros parte de una concepción dicotómica de las «ideas nacionales», Korn buscaba evidenciar de manera directa la

influencia del pensamiento europeo, sin generar la oposición personal que Ingenieros observaba. Ambos utilizaron a Tagle, Agrelo y Moreno como arquetipos o ejemplos de aquello que deseaban expresar. Para ambos, Tagle era una figura vinculada con ciertas tradiciones clericales, aunque Ingenieros lo posicionaba como un «restaurador conservador», mientras Korn lo identificaba como un revolucionario clerical, en línea con Funes o Saavedra. Agrelo surge en ambas obras en asociación a Mariano Moreno, pero luego cobra autonomía y es caracterizado por los dos autores como un jacobino y liberal. Mientras Korn lo usaba para ver el surgimiento de «ideas liberales» en la región, Ingenieros lo exaltaba como uno de los principales referentes de esas «ideas revolucionarias» que él veía a lo largo de toda la historia. En cuanto a Manuel Moreno, Korn solo lo refirió como fuente para estudiar a su hermano, o lo suponía en coincidencia con su pensamiento. Por otra parte, Ingenieros si bien lo interpretaba similar al inicio de su obra, luego le dedicó mayor trabajo al considerarlo un hombre de ideas revolucionarias propias en sintonía con Dorrego y Agrelo. En ambos casos, Ingenieros exaltaba la oposición de ellos a Rosas y marcaba de negativo a su gobierno, frente a un Korn que sin dejar de ver las diferencias entre Agrelo y Rosas, no ahondaba en críticas hacia el gobernador de Buenos Aires.

Para ambos, Tagle, Agrelo y Moreno fueron figuras relevantes de la intelectualidad rioplatense del siglo XIX, necesarias para comprender el desarrollo de la filosofía local. Al analizarlos, debieron trabajar sobre sus contextos políticos, por ser «letrados» y hombres de gobierno y erudición.

Referencias bibliográficas

ALTAMIRANO, CARLOS

2008 «Introducción», en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Madrid: Katz, vol. 1, referencia citada en página 199.

BARRIERA, DARÍO

2019 *Historia y Justicia. Cultura, política y sociedad en el Río de la Plata (siglos XVI-XIX)*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 198.

BIAGINI, HUGO

1984 «Introducción», en *La Revista de Filosofía (1915-1929): Estudio e Índices Analíticos*, ed. por Elena Ardissone; Raúl Sassi y Hugo Biagini, Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, referencia citada en página 198.

BOTANA, NATALIO

2016 *Repúblicas y monarquías. La encrucijada de la Independencia*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 197.

BRUNO, PAULA

2014 (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, referencia citada en página 199.

BRUNO, PAULA Y MARIANO BEN PLOTKIN

2018 «Entre el bufete y el laboratorio: Paul Groussac y José Ingenieros en una polémica de 1903», en *Revista de Historia de América*, n.º 154, referencia citada en página 201.

BUCHBINDER, PABLO

2008 *Una revolución en los claustros. La Reforma de 1918*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 201.

CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS

1997 *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires: Ariel, referencia citada en página 197.

2007 *La ilustración en el río de la plata*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 211.

DI PASQUALE, MARIANO

2011 «De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual:Retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión», en *Universum*, vol. 26, n.º 1, referencia citada en página 202.

DOMÍNGUEZ RUBIO, LUCAS

2017 «Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas: la discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn», en *Prismas*, n.º 21, referencia citada en páginas 198, 200, 203, 210.

EIRIS, ARIEL ALBERTO

2021 *Un letrado en busca de un Estado. Trayectoria jurídico-política de Pedro José Agrelo (1776-1846)*, Rosario: Prohistoria, referencia citada en página 197.

FOUCAULT, MICHEL

2002 *Las palabras y las cosas*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 199.

GARRIGA, CARLOS

2007 «Orden jurídico y poder político en antiguo régimen: la tradición jurisdiccional», en *Cádiz 1812. La constitución jurisdiccional*, ed. por Carlos Garriga y Marta Lorente Sariñena, Madrid: CEPC, referencia citada en página 198.

GOLDMAN, NOEMÍ

2008 (ed.), *Lenguaje y revolución: conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 197.

GUIC, LAURA

2021 *Claves para leer Las multitudes argentinas de José María Ramos Mejía*, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 200.

HALPERIN DONGHI, TULIO

1987 «Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica», en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 199.

HERRERO, FABIÁN

2010 (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Rosario: Prohistoria, referencia citada en página 197.

INGENIEROS, JOSÉ

1918 *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 1: *La Revolución*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., referencia citada en páginas 202-208.

1920 *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 2: *La Restauración*, Buenos Aires: Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cía., referencia citada en páginas 208-213.

KORN, ALEJANDRO

1940 «Influencias filosóficas en la evolución nacional», en *Obras Completas*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, referencia citada en página 210.

MAZÍN, OSCAR

2008 «Gentes de saber en los virreinatos de Hispanoamérica (siglos XVI a XVIII)», en *Historia de los intelectuales en América latina*, ed. por Carlos Altamirano, Buenos Aires: Katz Editores, vol. 1, referencia citada en página 197.

MYERS, JORGE

2008 «El letrado patriota: los hombres de las letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América», en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Madrid: Katz, vol. 1, referencia citada en páginas 197, 199.

PALTI, ELÍAS

2007 *El tiempo de la Política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 198.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en páginas 198, 200.

PUCCIARELLI, EUGENIO

1963 «La idea de libertad en Alejandro Korn», en *Alejandro Korn, la libertad creadora*, Buenos Aires: Claridad, referencia citada en página 201.

QUIROGA, MARCIAL

1972 *Manuel Moreno*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 197.

RAMAGLIA, DANTE

2004 «Crisis de la modernidad y constitución de la filosofía. El diferendo entre positivismo y antipositivismo en José Ingenieros y Alejandro Korn», en *El pensamiento alternativo en la Argentina*, dir. por Hugo Biagini y Arturo Roig, Buenos Aires: Biblos, vol. 1, referencia citada en página 198.

TARCUS, HORACIO

2009/2011 «Espigando la correspondencia de José Ingenieros. Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*», en *Políticas de la Memoria*, n.º 10-12, referencia citada en página 200.

TERÁN, OSCAR

2015 *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en páginas 198, 200.

TERNAVASIO, MARCELA

2007 *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata (1810-1816)*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 197.

CAPÍTULO 9

La cuestión obrera en la Argentina de principios del siglo XX desde la mirada de José Ingenieros

NATALIA P. FANDUZZI*

I

José Ingenieros participó activamente en la discusión de la ley Nacional del Trabajo presentada por Joaquín V. González, ministro del Interior de Julio Argentino Roca en 1904. Este código representó el primer proyecto jurídico integral que pretendió dar respuesta desde el Estado nacional a los conflictos entre capital y trabajo a principios del siglo XX. El mismo presidente de la nación encomendó por decreto durante su segundo mandato la elaboración de informes sobre la situación de la clase obrera en el interior del país[1] y en Buenos Aires[2] que sirvieron de insumo básico para

* Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre Nuestra América «José Martí» (CEINA). Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur (UNS).

[1] Decreto presidencial fechado el 22 de enero de 1904 encomendando la tarea a Juan Bialet Massé quien presentó su *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República* al Ministro del Interior el 30 de abril de ese mismo año.

[2] Decreto presidencial fechado el 5 de marzo de 1904 encomendando a Pablo Storni el relevamiento sobre la situación de las clases obreras en la Capital Federal. Los resultados de esta investigación fueron publicados por Storni en 1908 bajo el título «La industria y la situación de las clases obreras en la Capital de la República».

la elaboración del proyecto legislativo. La cuestión obrera era el corazón de la cuestión social en la Argentina moderna y José Ingenieros expuso sus ideas al respecto en diferentes oportunidades reflexionando sobre la importancia de regular jurídicamente los conflictos en ciernes como modo de evitar la disolución de los lazos sociales en el contexto modernizador argentino atravesado por el fenómeno inmigratorio. La Nación debía construirse a partir de la implementación de un dispositivo regulador que permitiera a la vez la segregación de los elementos percibidos como indeseables y el empoderamiento de los intelectuales vinculados con el Estado.

Sobre este tema, José Ingenieros publicó en París en 1906 *La législation du travail dans la République Argentine* editado por Édouar Cornély, dedicándole la obra a Alfredo Palacios con quien había discutido públicamente su postura respecto del proyecto promovido por Joaquín V. González. El texto fue luego editado nuevamente en Buenos Aires por su hermano Pablo Ingenieros en 1931 bajo el título *Socialismo y legislación del trabajo. «Crítica sociológica». El problema social y la política científica en la República Argentina*. Esta versión póstuma es la que utilizaré a continuación. En ella su autor refiere la circulación periodística de su postura sobre este tema que apareció originalmente publicada bajo el título «El Socialismo y la Ley del Trabajo» en *La Opinión* de Buenos Aires en julio de 1904. Luego el diario anarquista *La Protesta* le realizó una serie de cuatro reportajes publicados entre el 21 y el 24 del mismo mes que fueron posteriormente reproducidos, el 7 de agosto de ese año, por el diario socialista independiente *El Progreso de La Boca* (Ingenieros 1931, págs. 108-109). Vale esta aclaración para exponer la circulación contemporánea de sus ideas sobre este tema en particular que irrumpe en la agenda pública como consecuencia de la escalada de la protesta social en la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Volveré sobre este aspecto en particular más adelante.

El texto analizado, *Socialismo y legislación del trabajo*, se subdivide en seis capítulos: I. El problema social y la política científica, II. La evolución del socialismo, III: La política socialista, IV. Exposición de la ley nacional del trabajo, V. Crítica de la ley nacional del trabajo y VI. La ley nacional del trabajo y el programa socialista. En ellos Ingenieros expone su percepción de la cuestión social contemporánea atravesada por los conflictos entre capital y trabajo, la importancia de su abordaje sociológico, la evolución de

la perspectiva socialista sobre la sociedad contemporánea y las estrategias de intervención política, social y económica a seguir. En los últimos tres capítulos se enfoca específicamente en el análisis del proyecto del Código de Trabajo presentado por González en 1904. Destaca que esta ley, en caso de sancionarse, permitiría consagrar el programa económico mínimo del Partido Socialista, señalando también sus deficiencias y las respuestas negativas a su tratamiento global por parte de la mayoría de los legisladores, de los miembros de la Unión Industrial Argentina y del movimiento obrero, que determinarían finalmente su rechazo mayoritario. No obstante, lo dicho el código sirvió como base para la legislación social aprobada con posterioridad.

II

Para adentrarnos en la postura de Ingenieros sobre la ley de Trabajo quiero retomar inicialmente las cuatro entrevistas publicadas en el diario anarquista *La Protesta* en julio 1904 porque estos artículos presentan una síntesis de los argumentos que luego desarrollará en *Socialismo y Legislación del trabajo* y del modo en que Ingenieros se posicionó en la discusión al interior del Partido Socialista.

En la primera entrevista,[3] se aclara que Ingenieros eligió deliberadamente el modo *interview* para evitar la confrontación con su interlocutor anarquista. Esto hacía que el entrevistador se limitara a formular preguntas cuyas respuestas le permitirían explayarse sin entrar constantemente en confrontación con su interlocutor a quien define irónicamente como «señor anarquista». El intercambio público de opiniones sobre las diferencias entre anarquistas y socialistas con el médico irlandés Juan Creaghe, director y administrador en ese momento de *La Protesta* se remontaba a 1897, año en que Ingenieros dirigía junto con Leopoldo Lugones *La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario* (Plotkin 2021, pág. 55). Desde esta primera entrevista Ingenieros sostenía que el proyecto de ley presentado por el ministro González consagraba casi todas las re-

[3] José Ingenieros, (jueves 21/07/1904). «Los socialistas y la Ley Nacional del Trabajo». Cuatro Interviews con el Dr. Ingenieros. Primer Interview. *La Protesta*, año VIII, n.° 352, pág. 2. https://americalee.cedinci.org/la-protesta-julio-1904/.

formas pedidas por el Partido Socialista Obrero Argentino en su programa mínimo. Recordemos que Ingenieros había participado activamente en la convención constituyente que en abril de 1895 había definido el programa y la carta orgánica del partido. Esta será la hipótesis central de *Socialismo y legislación del trabajo* sobre la que su autor fundará su apoyo contemplando modificaciones al proyecto de ley.

En la segunda entrevista,[4] distingue dos partes en el programa del Partido Socialista, una primera de carácter político y otra económica. La primera parte es más general y no es característica, ni exclusiva del Partido Socialista. Contempla temas como la separación de la iglesia y el Estado, la reforma electoral y educativa, la ciudadanía y la abolición de la ley de Residencia, entre otros. Ingenieros puntualiza seguidamente diferentes artículos de esta parte que han sido abordados y presentados como proyectos de ley por diputados burgueses y que no han sido apoyados por el socialismo. La segunda parte de carácter económico es analizada marcando un paralelismo entre los artículos del programa y los títulos, artículos e incisos de la ley que los contemplan. Esto aparece publicado a modo de cuadro de doble columna que grafica visualmente el paralelismo sobre los distintos temas tratados, como por ejemplo: la creación de la Oficina Nacional del Trabajo, estadística e inspección del trabajo, reconocimiento legal de las asociaciones obreras, reglamentación del contrato de trabajo, establecimiento del salario mínimo, intervención obrera en la redacción de los reglamentos de trabajo, reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, descanso semanal, abolición de las libretas y certificados de trabajo, higiene y seguridad en el trabajo y la creación de tribunales mixtos para intervenir en los conflictos entre capital y trabajo, entre otros. Estos argumentos y forma de exposición serán también retomados por Ingenieros en su obra final sobre el tema, enfocándose sobre todo en los aspectos económicos de la cuestión social.

[4] José Ingenieros, (viernes 22/07/1904). «Los socialistas y la Ley Nacional del Trabajo». Cuatro Interviews con el Dr. Ingenieros. Segundo Interview. *La Protesta*, año VIII, n.° 353, 2. https://americalee.cedinci.org/la-protesta-julio-1904/.

En la tercera[5] y cuarta entrevista[6] se dedica a refutar la oposición del Partido Socialista a su postura personal e identifica quienes fueron los socialistas que participaron en la redacción del proyecto cobrando mil pesos cada uno por su protección a las clases menesterosas. Menciona explícitamente en primer lugar a Manuel Ugarte, delegado del Partido en el Consejo Internacional de Bruselas y candidato a diputado en la circunscripción de Morón en 1904, quien mandó su informe desde Europa. En segundo lugar a Enrique del Valle Iberlucea, candidato a diputado de San Cristóbal Sud en 1904 y miembro del Concejo Nacional del Partido quien redactó la sección referida a la jornada de trabajo. Y en tercer lugar a Augusto Bunge, candidato a diputado por la capital en 1902 y director del diario *La Vanguardia* quien redactó la parte de la ley referida a la higiene industrial. Desplegando su ancestral ironía afirma que en la redacción del proyecto también colaboraron y cobraron por su aporte otros «ex socialistas o burgueses» como Lugones, Storni y Bialet Massé. Por otra parte, señala que otros referentes políticos del partido como el mismo Alfredo Palacios habían inicialmente apoyado la ley de Trabajo pero luego se vieron forzados a modificar su postura en acatamiento a la posición pública de rechazo al proyecto en su conjunto definida por el partido.

Además, Ingenieros niega la acusación que le hicieran Palacios y otros líderes del socialismo nacional de apoyar el proyecto por haber sido colaborador del mismo e ironiza negando haber cobrado por su supuesta participación precisamente por *no ser socialista*, recordemos que había renunciado al Partido en 1902. Ingenieros explica estas versiones difundidas afirmando que probablemente los redactores del proyecto pudieron haber utilizado un informe que él redactó en 1902 sobre la situación higiénica y social de la clase obrera en Buenos Aires a pedido de la Intendencia Municipal de la Capital. En el mismo Ingenieros afirma haber concluido copiando el Programa económico del Partido Socialista.

---

[5] José Ingenieros, (sábado 23/07/1904). «Los socialistas y la Ley Nacional del Trabajo». Cuatro Interviews con el Dr. Ingenieros. Tercer Interview. *La Protesta*, año VIII, n.° 354, pág. 2. https://americalee.cedinci.org/la-protesta-julio-1904/.

[6] *La Protesta*, 23 de julio de 1904, año VIII, número 354, pág. 2. «Los socialistas y la Ley Nacional del Trabajo». Cuatro Interviews con el Dr. Ingenieros. Tercer Interview.

Otros socialistas, según Ingenieros, expresaban su oposición pública al proyecto solamente por no haber sido consultados para su redacción como por ejemplo Justo, Repetto, Patroni y Gabriela de Coni y otros por simple envidia personal hacia quienes sí habían participado efectivamente en su génesis. En todos ellos además primaba su oposición a que se tratara de una ley presentada por un gobierno burgués. Este aspecto será de suma importancia en su compilación final sobre el tema, donde concluirá citando a Labriola para justificar su postura:

> «el apoyo a la política gubernamental o la participación a su obra, encuadra dentro del concepto más moderno de la acción socialista. Una tendencia sociológica, una vasta doctrina social no puede ser el privilegio de una secta o de un partido; para ser exacta debe surgir directamente de las condiciones sociológicas de su medio y de su época; su realización no depende de los esfuerzos de una agrupación política, sino de circunstancias objetivas que nadie crea ni monopoliza. "Los grandes sistemas –escribe Antonio Labriola– solo se difunden por la similaridad de las condiciones sociales que enfocan hacia ellos muchos espíritus, muchas actividades al mismo tiempo".
>
> »Una de las grandes ventajas de los sociólogos sobre los políticos militantes consiste precisamente en su aptitud para juzgar con independencia los hechos y las doctrinas que afectan intereses activos. Es necesario conservar las manos libres para poder aplaudir las buenas iniciativas, vengan de donde vinieren...» (Ingenieros 1931, págs. 111-112).

Ingenieros se define a sí mismo como socialista, porque cree en la política científica, adaptada a las tendencias contemporáneas de la evolución social y orientada a la transformación progresiva de las instituciones. En consonancia con esto define a la ley de Trabajo como una ley francamente socialista, aunque ministerial. Para justificarse cita corrientes socialistas europeas modernas aunque minoritarias que aceptan la participación del gobierno burgués –como Millerand y Turatti– que proponen apoyar las reformas de carácter socialistas promovidas por lo que denomina la *burguesía inteligente*. Resalta positivamente en este sentido la necesidad de transformación en el marco del ejercicio de una acción política positiva que conduzca a la realización del programa socialista frente a los teóricos diletantes.

III

Presentado sintéticamente el tratamiento formal del tema hecho por Ingenieros me gustaría aislar algunos aspectos del momento histórico que nos permitan profundizar en la interpretación de la cuestión social que sustenta esta perspectiva. La ley de Trabajo se elaboró en un contexto político de clausura, caracterizado por el predominio del Partido Autonomista Nacional, que más allá del acercamiento del fin de la era roquista, se sustentó en la sucesión de gobiernos oligárquicos elegidos por métodos fraudulentos. La crisis orgánica de 1890, si bien articuló coyunturalmente un arco político opositor, no logró quebrar la continuidad del régimen inaugurado diez años antes.

Este modelo político se estructuró sobre la base de la primarización de la economía nacional, que determinó la inserción de la Argentina en la división internacional del trabajo como exportadora de materias primas, e importadora de manufacturas y bienes de capital. El auge del modelo agroexportador hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX expuso en los momentos de crisis la vulnerabilidad del sistema sostenido en la dependencia del comercio exterior en un contexto internacional cada vez más desigual que se apoyó en el creciente endeudamiento externo. El Estado Nación en conformación jugó un rol central en la expansión del capitalismo garantizando la atracción de los factores de producción, principalmente mano de obra y capitales, promoviendo el desarrollo de la infraestructura, la expansión de la frontera productiva y la conformación del mercado de trabajo capitalista.

La crisis de 1890 también tuvo graves consecuencias sociales y económicas para vastos sectores populares y actuó como detonante de la organización obrera. La inmigración masiva, la urbanización y la industrialización produjeron profundos cambios que visibilizaron problemas vinculados con la vivienda obrera, la atención médica y la salubridad pública, la difusión de ideologías obreras traídas por los inmigrantes europeos, la difusión de la protesta social, la organización del movimiento obrero y el aumento del desempleo y de la criminalidad urbana. En este contexto histórico, la cuestión social moderna refiere a:

> «... una serie de manifestaciones de carácter social, laboral e ideológico que son consecuencia del proceso de urbanización e industrialización derivados de la incorporación del país al mercado mundial durante la segunda mitad

> del siglo XIX (...) el problema obrero se ubica en el centro de la cuestión social moderna: la pobreza, la criminalidad, la prostitución, la enfermedad y la epidemia, el hacinamiento habitacional o la misma conflictividad social son todos temas relacionados al mundo del trabajo en tanto formaban parte de sus desajustes, como la desocupación, las malas condiciones de trabajo o los bajos salarios. Además, los actores de la época solían usar como sinónimos cuestión social y cuestión obrera» (Suriano 2001, págs. 124-125).

La creciente conflictividad urbana evidenció la tensión existente entre un orden jurídico que garantizaba formalmente derechos ciudadanos y un orden económico y social que excluía a las mayorías de los derechos sociales (Castel 2014, pág. 20). Según Falcón (2005) las clases dominantes en Argentina fueron especialmente sensibles a dos tipos de conflicto: las huelgas que afectaban la circulación y el transporte de mercancías en el sistema agro exportador y los que alteraban el orden y la paz públicos. En este contexto diferentes vertientes reformistas interpretaron la cuestión social como un conjunto de problemas observables y cuantificables que constituían un desafío intelectual en el proceso de transformación social. La corriente liberal reformista promovió estrategias de acción que fueron del legalismo, a través de la promoción de la acción parlamentaria en la que se incluye la ley de Trabajo; el cientificismo y el internacionalismo (Zimmermann 1995). Estas estrategias también fueron compartidas por el socialismo aunque como vimos no siempre acompañadas con su voto en el Congreso Nacional. En su obra definitiva sobre la ley de Trabajo Ingenieros destaca la importancia del abordaje sociológico de la temática, resaltando el estatuto científico del socialismo y su importancia en el proceso de institucionalización y burocratización del Estado. Define al proyecto como «un verdadero código obrero, así cabe clasificarlo si han de tenerse en cuenta su concepto fundamental, su extensión y la coordinación sistemática de las materias que legisla…», una «iniciativa política científica» (Ingenieros 1931, págs. 45-46). Al citar las causas que originaron su elaboración indica la necesidad de adecuarse a las exigencias de la civilización moderna, la necesidad de prevenir conflictos obreros y la importancia de observar los antecedentes internacionales (especialmente referidos a Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos).

Los temas incluidos en el proyecto y analizados por Ingenieros en su obra son: la situación de los extranjeros (se ratifica, equivoca-

damente según su criterio, la vigencia de la ley de Residencia que será derogada recién en 1958); el contrato de trabajo; los intermediarios en el contrato de trabajo; accidentes del trabajo; duración y suspensión del trabajo; el trabajo a domicilio e industrias domésticas; el trabajo de los menores y las mujeres; los contratos de aprendizaje; las condiciones de higiene y seguridad en el ámbito laboral; las asociaciones industriales y obreras; las autoridades administrativas y los tribunales de conciliación y arbitraje. Además de estos temas, la ley de Trabajo en cuestión en sus 465 artículos reunidos en 14 títulos, disposiciones preliminares y generales también incluía un apartado referido al trabajo de los indios. Al respecto Ingenieros (1931, pág. 91) sostenía que el mismo:

> «... tiene más interés jurídico que práctico, pues los pocos miles de indígenas que aún existen en apartados territorios argentinos, son de hecho ajenos a la nación (...) El indio a que la ley se refiere no es asimilable a la civilización blanca; no resiste nuestras enfermedades, no asimila nuestra cultura, no tiene suficiente resistencia orgánica para trabajar en competencia con el obrero blanco, la lucha por la vida lo extermina (...) Su protección solo es admisible para asegurarles una extinción dulce; a menos que responda a inclinaciones filantrópicas semejantes a las que inspiran a sociedades protectoras de animales. Este criterio, puramente científico, no concuerda con el algunos sociólogos sentimentales...».

Según Suriano (2001, pág. 125) la definición clásica del concepto de cuestión social debe ampliarse incorporando la denominada *cuestión indígena*, cuestión clave para comprender el proceso de expansión de la frontera productiva capitalista que de hecho fue incorporada en la ley de Trabajo. La victoria militar obtenida en la denominada Campaña del Desierto por el ejército nacional comandado por el mismo Roca afianzó una idea de progreso vinculada con la eliminación étnica y la exclusión de los indígenas. Según Ruffini (2009) la exclusión política constituyó una marca de origen del Estado argentino y es una clave explicativa de los procesos de clasificación realizados por las elites durante el siglo XIX a partir de la necesidad de crear ciudadanos a través de la integración selectiva y progresiva de los habitantes. La interpretación racista de Ingenieros se inserta en esta tradición a la vez que coloca al trabajo como constitutivo de la subjetividad y del valor social de los sujetos, y desde esta perspectiva niega a los indígenas todos

sus derechos constitucionales hasta la posibilidad de constituirse en destinatarios de posibles prácticas asistenciales.

En el capítulo V de la ley González, Ingenieros concluye tras una minuciosa relación de los diferentes apartados que el proyecto constituye «… el ensayo más importante de la legislación socialista hasta la fecha en los países civilizados» (Ingenieros 1931, pág. 100) resaltando que toda la parte relativa a la legislación del trabajo es excelente (títulos III, IV, VI, VII, VIII, IX y XI). Considera que el título X referido al trabajo de los indígenas puede descartarse; que el título XIII vinculado con el organismo directivo está muy bien estructurado, lo mismo que la organización de los tribunales de arbitraje (título XIV). El título II relacionado con los extranjeros es razonable salvo la parte que ratifica la ley de Residencia, a la que Ingenieros se opone rotundamente. En el título V sobre accidentes de trabajo sostiene que podría ampliarse el establecimiento de la responsabilidad en la apreciación de los accidentes y en la indemnización. Por último, en el título XII referido a las asociaciones gremiales obreras y patronales sugiere suprimir la parte de las disposiciones coactivas sobre las asociaciones obreras independientes. El autor concluye afirmando que:

> «… De esas ocho conclusiones podría inferirse este juicio sintético: Suprimidas la parte coactiva del título XII y la intercalación de la ley de Residencia, y mejorando el título sobre accidentes de trabajo, el proyecto de "ley Nacional del Trabajo" es el más grande y generoso ensayo de legislación socialista, mereciendo servir como ejemplo y fuente de consulta para las futuras legislaciones similares del mundo obrero» (Ingenieros 1931, pág. 101).

A modo de conclusión

Como adelantamos el proyecto de ley Nacional del Trabajo fue rechazado por las distintas partes involucradas. El movimiento obrero en su conjunto y las asociaciones patronales más importantes a través de sus diferentes órganos de difusión periodística y los miembros del Poder Legislativo denegaron su tratamiento. El proyecto en su totalidad no pasó la instancia formal de tratamiento en comisión parlamentaria, en el mes de septiembre de 1904 ante la falta de dictamen al respecto y a instancias del diputado Alfredo Palacios, la comisión y luego el Congreso se expidieron sobre la ley de descanso dominical en particular que fue finalmente

aprobada para el ámbito de la Capital Federal en 1905 (Panettieri 1965). La opinión de Ingenieros, difundida en diferentes ámbitos periodísticos y académicos fue claramente minoritaria entre los socialistas argentinos. Más allá del apoyo explícito expresado por los colaboradores del documento y de la opinión personal de algunos de sus dirigentes más conspicuos sobre partes de la ley González consideradas beneficiosas, el código fue rechazado en su conjunto por el Partido Socialista y sus representantes parlamentarios.

No obstante lo anterior, la discusión pública y la argumentación de su posición en Ingenieros nos permite vislumbrar la circulación internacional de los saberes sobre la cuestión social a comienzos del siglo XX. El Código representaba una obra integral, inédita a nivel internacional, que pretendía regular las relaciones entre capital y trabajo desde una perspectiva científica que diera respuesta a los problemas más acuciantes del momento. En su proceso de elaboración, se recopilaron datos cuantitativos y cualitativos sobre el mundo del trabajo contemporáneo, sus características, organización y problemáticas, que todavía hoy son relevantes desde diferentes perspectivas analíticas. La prensa obrera y la información proveniente de los dos primeros censos nacionales de 1869 y 1895, también formaron parte de este corpus sobre la información social de una nación sometida a cambios acelerados y radicales. En este proceso también se evidenció la importancia de conocer para gobernar y la necesidad de contar con un cuerpo de funcionarios especializados que colaborara en la formulación de políticas públicas y de estrategias de intervención social, de hecho los distintos apartados de la ley Nacional del Trabajo se utilizaron como antecedente en la sanción de las futuras leyes laborales.

En el contexto de cambio del siglo XIX al XX la explotación laboral, el desempleo y el hacinamiento urbano de los crecientes sectores populares detonó la cuestión social. La organización del movimiento obrero y la expresión cíclica de la protesta social compelió al Estado a intervenir desarrollando nuevas funciones de arbitraje entre el capital y el trabajo. Como sostiene Robert Castel

> «... La cuestión social es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia (...)

> lo "social" consiste en sistemas de regulación que no son los del mercado, instituidos para tratar de llenar esta brecha. En este contexto, la cuestión social se convertía en la cuestión del lugar que podían ocupar en la sociedad industrial las franjas más desocializadas de los trabajadores. La respuesta a esta cuestión fue el conjunto de dispositivos montados para promover su integración...» (Castel 2014, pág. 20).

El trabajo constituye en este marco interpretativo un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social que resulta central para pensar la cuestión social en la Argentina moderna, tal como queda evidenciado en los diferentes textos analizados. En este sentido, el estudio de la construcción de estos dispositivos, aún los proyectos incompletos o frustrados, permite complejizar el conocimiento histórico al respecto.

Referencias bibliográficas

CASTEL, ROBERT

2014 *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en páginas 226, 230.

FALCÓN, RICARDO

2005 *La Barcelona argentina: migrantes obreros y militantes en Rosario 1870-1942*, Laborde editor, referencia citada en página 226.

INGENIEROS, JOSÉ

1931 *Socialismo y legislación del trabajo. «Crítica sociológica». El problema social y la política científica en la República Argentina*, Buenos Aires: Editorial Pablo Ingegnieros, referencia citada en páginas 220, 224, 226-228.

PANETTIERI, JOSÉ

1965 «El proyecto de ley nacional del trabajo (1904)», en *Revista Trabajos y Comunicaciones*, vol. 13, referencia citada en página 229.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 221.

RUFFINI, MARTA

2009 «El proceso formativo y de consolidación del estado argentino en perspectiva histórica. La exclusión política y sus diferentes itinerarios», en *La revolución en el bicentenario. Reflexiones sobre la emancipación, clases y grupos subalternos*, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página 227.

STORNI, PABLO

1908 «La industria y la situación de las clases obreras en la Capital de la República», en *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, vol. II, n.º 4-6, referencia citada en página 219.

SURIANO, JUAN

2001 «La cuestión social y el complejo proceso de construcción inicial de las políticas sociales en la Argentina moderna», en *Ciclos*, vol. XI, referencia citada en páginas 226, 227.

ZIMMERMANN, EDUARDO

1995 *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés, referencia citada en página 226.

CAPÍTULO 10

El *Tratado del amor* de José Ingenieros: textos y contextos

CRISTINA BEATRIZ FERNÁNDEZ*

10.1 El origen de un libro en construcción

El libro conocido con el nombre de *Tratado del amor*[1] fue escrito por José Ingenieros y retoma temas que el autor había empezado a explorar desde su juventud, como lo prueban algunos textos juveniles que aparecieron en publicaciones diversas: la revista *La montaña*, que en el año 1897 dirigía junto con Leopoldo Lugones; *El mercurio de América*, una revista del modernismo que salió entre los años 1898 y 1900, e incluso en sus crónicas de viaje, escritas durante los años 1905 y 1906. Pero con más precisión, el núcleo del libro que Ingenieros se encontraba elaborando en la época de su muerte estaba constituido por las conferencias del curso sobre psicología de los sentimientos que había dictado en 1910 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Dicho libro fue publicado póstumamente, en 1940, por la editorial Rosso. Tras el fallecimiento del autor en 1925, lo terminó de compilar Aníbal Ponce y, al morir este último en 1938, concluyó la labor Julia Laurencena.

Como influencias relevantes para la escritura de este volumen, se han señalado escritos tanto de Arthur Schopenhauer como de

* Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS). Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

[1] En adelante, TA.

Stendhal, en particular, el libro *Del amor*, que el escritor francés había publicado en 1822, y donde prometía una «psicología del amor» (Stendhal 1996, pág. 90).[2] Además, es crucial la *Psicología de los sentimientos* de Théodule Ribot, que tuvo su primera edición en 1896 y que dedicaba un capítulo al instinto sexual, su fisiología y sus «desviaciones», como se decía en esa época (Ribot 1924, págs. 322-336), además de analizar los sentimientos morales y aquellos relacionados con la sociabilidad. Recordemos que Ribot era el director de la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*[3] y que fue un gran promotor de los estudios sobre Schopenhauer, a quien le había dedicado un libro, su *Filosofía de Schopenhauer*, en 1874.

En cuanto al terreno cultural local, se destaca como antecedente el libro de Carlos Baires (1911) sobre temas afines. Baires fue un Doctor en Derecho que había realizado estudios sobre medicina y también era profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. El libro se llamaba *Teoría del amor* y fue publicado en 1911. En él, se discutía tanto la tesis de Schopenhauer como la de Nicolás Vaschide, un médico siquiatra de origen rumano que trabajaba en Francia, a quien Ingenieros menciona en sus crónicas de viaje europeas. Baires también revisaba las teorías del estadounidense William James y abordaba temas relacionados pero diversos, como el instinto sexual, el amor conyugal, la paternidad, el sensualismo, la sensibilidad afectivo-moral, el amor y la afectividad sexual de la mujer. En este estudio sobre la sexualidad, el paradigma reproductivo adquiría un peso menor respecto del que alcanzaría en el libro de Ingenieros.

Si repasamos ahora cómo estaba estructurado el *Tratado del amor* que conocemos como tal, encontramos una primera parte dedicada a la «Metafísica del amor», que quedó incompleta, y hace referencia a los mitos antiguos sobre el amor y a la teoría

[2] El escritor francés elabora allí una teoría acerca del ideal y el proceso de su formación, representado mediante una metáfora inspirada en el fenómeno de *cristalización* de la sal, que había observado en un viaje a las minas de Salzburgo. Pero, mientras Stendhal es consciente de estar empleando un tropo, Ingenieros anhela, por el contrario, la precisión literal del lenguaje científico.

[3] Esta revista se publicó entre 1876 y 1938 en París. Sus directores fueron el mencionado Ribot (hasta 1916) y, posteriormente, L. Lévy-Bruhl, E. Bréhier, P. Masson-Oursel y P. M. Schuhl (Muñoz 2015, pág. 43).

erótica de Schopenhauer. Algunos capítulos de esta primera parte quedaron sin desarrollar, porque, como dijimos, Ingenieros murió sin terminar el libro como tal y los editores solamente pudieron rescatar los títulos de esas secciones faltantes. La segunda parte se llama «Teoría genética del amor» y en ella se explican, en términos biológicos, la reproducción y el instinto sexual. El tono de la sección es de resonancias darwinianas, incluyendo citas textuales de los libros del autor de *El origen de las especies*, sobre todo de otro de sus célebres volúmenes: *La descendencia del hombre*. La tercera parte se denomina «Eliminación social del amor» y está centrada en las cuestiones de la familia y el matrimonio. En cuanto a la cuarta y última parte, dedicada a la «Psicología del amor», ilustra esta cuestión a partir de un desfile de personajes del arte y la literatura entre los que se destacan Romeo, Don Juan, Werther y la Isolda wagneriana.[4]

A lo largo del libro, Ingenieros procurará ofrecer una explicación de base biológica para la formación de los *ideales de amor*, cuya comprensión más completa exige una atenta lectura de sus *Principios de psicología*.[5] Aunque no vamos a ahondar aquí en la genealogía de las ideas de Ingenieros sobre el amor,[6] diremos, brevemente, que su discurso se encuentra tensionado por los extremos del amor-pasión, la legislación acerca del matrimonio y la moral social. Este nudo problemático, ya presente, por cierto, en la trama narrativa de buena parte de la novelística decimonónica, se sumaba a los debates de época para orientar las conductas individuales y controlar su impacto en la conformación de un orden social, sus

[4] No vamos a ahondar en este trabajo en el eje de la relación entre discurso médico y personajes literarios en el TA, para lo cual remitimos a Fernández (2008), Panessi (2001) y Sarlo (2004).

[5] Los *Principios de psicología*, fueron publicados inicialmente como capítulos en la revista *Argentina médica* (1910) y reunidos por primera vez en un volumen especial de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, bajo el título de «Psicología genética (historia natural de las funciones psíquicas)» (1911). Las ediciones de Madrid (editorial Jorro) y París (Félix Alcan) se titularon *Principios de psicología biológica*. Hubo una cuarta edición alemana. La quinta y sexta, consideradas definitivas por el autor, fueron hechas en Buenos Aires por Rosso, ya con el título actual (la sexta es de 1919 y en ella se basa la edición de las obras completas).

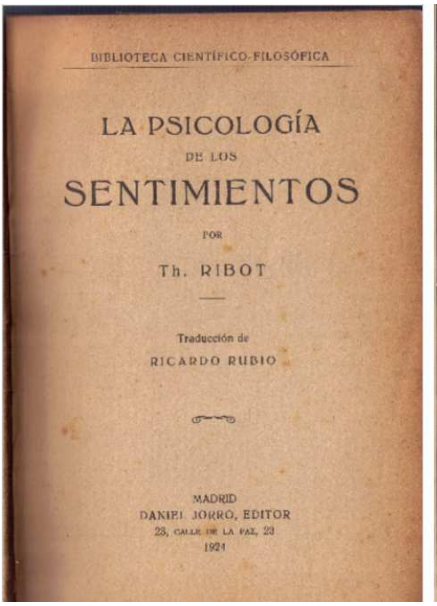
[6] Véanse sobre el particular, Vezzetti (1986, 2013) y Plotkin (2021), en especial las secciones «Ingenieros y la sexualidad» (págs. 90-94) e «Ingenieros, las mujeres y el amor» (págs. 160-171).

implicaciones en la procreación y en lo que era no solo un tópico discursivo en ensayos y tratados del heterogéneo universo positivista, sino también un objetivo para la planificación biopolítica desde el Estado nacional: la conformación de una raza argentina.

En la prosa de Ingenieros, el *amor* es entendido como una forma evolucionada del instinto sexual, una experiencia individual que entra en conflicto con la *domesticidad*, asociada al instinto maternal, a la defensa social y a la organización económica y legal. Reflexionar sobre estas cuestiones lo hacía desplazarse por saberes disciplinarios propios del positivismo médico y penal, la eugenesia o el higienismo, y confrontarlos con una psicología de las pasiones o los sentimientos y la moral convencional. Puesto que no renunciaba del todo a cierta faceta libertaria dentro de su pensamiento, aunque siempre tomando en consideración las posibilidades históricas de las instituciones, Hugo Vezetti ha aseverado que sus escritos sobre el amor pueden leerse «como parte de un programa avanzado de reformas sociales, educativas y jurídicas de la institución familiar» (Vezzetti 2013, pág. 56). Pero al enfoque psicológico y eugénico le sumaba una perspectiva sobre el sentimiento amoroso de filiación estético-literaria, lo cual posibilitó la circulación de estos textos en algunas zonas específicas del mercado editorial.

Nos interesa, en las próximas páginas, recomponer, aunque sea parcialmente, el itinerario de textos que con el tiempo irían a confirmar el libro que se publicó finalmente con el título de *Tratado del amor*, así como sus contextos de publicación y edición, en el sentido que le adjudica a esos términos Annick Louis.[7]

[7] Para Louis (2014), el concepto de contexto «resulta particularmente productivo si es pensado en plural, y como una serie de círculos no concéntricos, con puntos de contacto y otros de divergencia». Partiendo de esa premisa, distingue entre los contextos de publicación, de edición, de producción y de lectura, cada uno de los cuales cuenta con algunos rasgos definitorios. Resultan de utilidad, particularmente, sus conceptos de contexto de publicación y de edición. El primero es el conformado por los elementos que se encuentran en la misma página (escritos, ilustraciones), pero también las otras páginas, es decir, los elementos materiales más inmediatos así como la «puesta en página» del texto, la cohabitación de textos, tipografías, ilustraciones, etc. A su vez, el «contexto de edición» hace referencia a aspectos más extensos, como el conjunto total de la publicación, y sus especificidades materiales. Si bien la noción de contexto de edición se refiere a un espacio más amplio, también se define con relación al objeto, y en función de este: «Puede tratarse de la revista en sí misma, del diario en el marco del cual es editada la revista, de las otras revistas, de la red

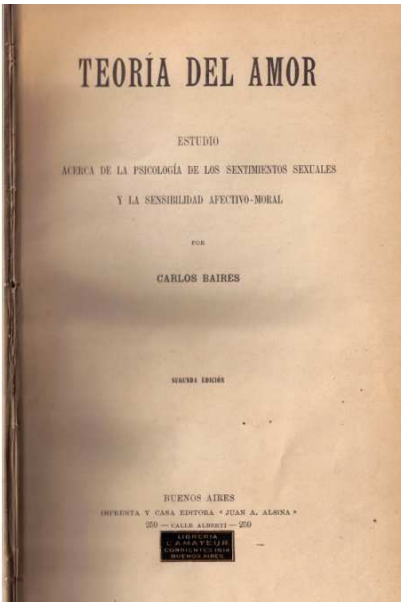

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

LA PSICOLOGÍA
DE LOS
SENTIMIENTOS

POR
Th. RIBOT

Traducción de
RICARDO RUBIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1924


TEORÍA DEL AMOR

ESTUDIO
ACERCA DE LA PSICOLOGÍA DE LOS SENTIMIENTOS SEXUALES
Y LA SENSIBILIDAD AFECTIVO-MORAL

POR
CARLOS BAIRES

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA "JUAN A. ALSINA"
250 — CALLE ALBERTI — 250

10.2 Contextos de perfil literario

Ya dijimos que, antes de su recopilación en forma de libro o «puesta en volumen» (Louis 2014), varias de las secciones que integran el TA nacieron como parte de una serie de conferencias sobre la psicología de los sentimientos que tuvieron lugar en 1910. En 1917, una colección de folletos de orientación popular, *La novela semanal*,[8] solicitó la colaboración de nuestro autor, así como la de otros escritores o intelectuales. Fue entonces que Ingenieros recuperó los escritos de esas viejas conferencias y los adaptó para reeditarlos en esa colección de folletos. También, en 1917, en la colección de *Ediciones Mínimas. Cuadernos mensuales de ciencias y letras*, iba a aparecer «La intimidad sentimental».

---

constituida por el conjunto de revistas publicadas en una época dentro de una cultura (y a veces, en el extranjero). Podemos considerar como parte del contexto de edición también las colecciones en que se editan los textos que vienen de una revista. Es decir que este concepto permite también pensar la especificidad de la relación entre revista y libro, y el modo en que son compuestos los volúmenes a partir del material publicado en diarios y revistas».

[8] De aquí en más, LNS.

Comencemos por el caso de *La Novela Semanal*, donde se publicaron «Werther y don Juan» (Ingenieros 1917, págs. I, 7, 30.XII), «La psicología de los celos» (Ingenieros 1918, págs. II, 57, 16.XII) y «Cómo nace el amor» (Ingenieros 1919, págs. III, 86, 7.VII).[9] Esta siguió el modelo de la española *El cuento semanal*, fundada en 1907. La colección comenzó a salir en noviembre de 1917, dirigida por Miguel Sans y Armando del Castillo, y orientada a un público amplio. Ofrecía textos narrativos y teatrales, adaptaciones o traducciones de obras extranjeras y también obras de producción nacional. Al principio consistía en un cuadernillo de papel de escasa calidad, de menos de 30 páginas, sin ilustraciones –excepto en lo que hace a los avisos y la foto del autor que iba en la tapa– y con poca publicidad, pero más tarde incrementó el número de páginas y agregó nuevas secciones, hasta convertirse, a fines de 1926, en una revista de gran formato, con notas fotográficas y portadas a color. Recién entonces el precio subió de 10 a 20 ctvs. Como parte de la oferta diversificada de magazines y revistas para un público cuyo grado de alfabetización estaba en crecimiento, LNS fue la primera y más exitosa colección nacional en su género. Como bien advierte Margarita Pierini, es una simplificación identificar *novela semanal* o *novela popular* con *novela sentimental*, pues hay en la colección una pluralidad de géneros así como de autores.[10] La inclusión de Ingenieros y de algunos otros escritores locales podría pensarse como parte de la estrategia de la colección para *nacionalizar* la literatura que ofrecía pues, como quedó dicho, muchas veces recurría a la adaptación de literatura extranjera, sobre todo española, para cumplir con el compromiso semanal. También podría explicarse como un recurso para prestigiar la colección con firmas importantes, y recordemos, en sintonía con esto, que al final de cada *nouvelle* se reproducía la firma autógrafa de los escritores.

[9] Cabe aclarar que otros textos de Ingenieros fueron recogidos en esta misma colección, como los «sermones laicos» que a futuro integrarían *Las fuerzas morales*, que se publican en ella desde 1922. Pero en este trabajo nos limitamos a los que adelantan secciones del TA.

[10] Escribieron en LNS, figuras conocidas como Ricardo Rojas, Luigi Pirandello, Hugo Wast, Mario Bravo, Josué Quesada o Alejo Peyret, junto a nombres que se estaban iniciando en la literatura o seudónimos de difícil clarificación hoy en día. Algunos números eran reeditados ante la demanda suscitada por el público. Entre los escritores más convocantes estaban Josué Quesada, Juan José de Soiza Reilly, Pedro Sonderenguer, Belisario Roldán, Hugo Wast, Arturo Cancela y el mismo José Ingenieros.

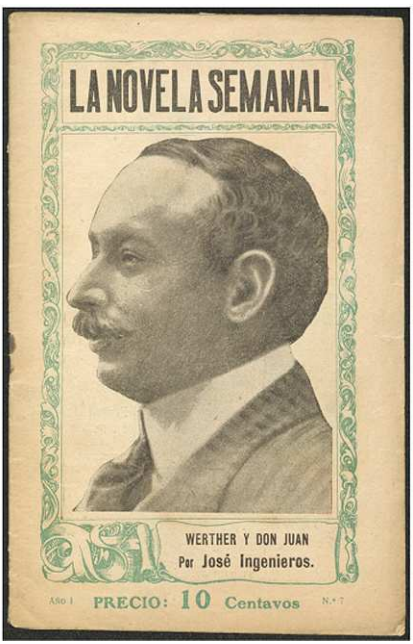
Durante los primeros años, la novela corta ocupó todo el número, pero a partir de 1922 se incorporó un relato policial y algunas notas críticas o costumbristas de actualidad. Más adelante se incluirán notas de cine e incluso modelos de alta costura, hasta que, a partir de 1934, la revista se convirtió en *La Novela Semanal Femenina*, que salió hasta el año 1954.[11]

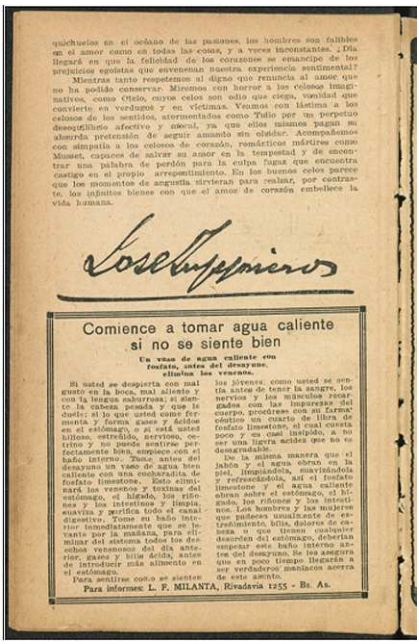
Si observamos la composición gráfica de esos folletos, notamos que la imagen de Ingenieros en la tapa pone en primer plano la figura de autor, como una suerte de garantía y promesa en relación con la calidad del contenido. Una carta suya dirigida a los editores precede la publicación de la «conferencia inédita de José Ingenieros» sobre Werther y don Juan, que se introducía así en el número 7. En esa carta, dirigida a los editores que amablemente lo habían invitado, Ingenieros se excusa por sus limitaciones *literarias* pero acuerda comprometer su nombre en esa empresa porque entiende que las publicaciones en forma de folletos, económicamente accesibles, resultarían favorables para la incorporación de un público cada vez mayor en el hábito de la lectura y que, por ello, iban a desempeñar una «verdadera función de gobierno espiritual» (Ingenieros 1917, pág. 3). La misma disposición gráfica, es decir, foto de autor en la tapa y reproducción de su firma al final, se repite en «La psicología de los celos», aunque en esta ocasión son algunas más las páginas de publicidades comerciales que preceden y siguen al texto, indudable evidencia del éxito comercial de la colección que el paso del tiempo incrementaba. Incluso nos encontramos, en un máximo aprovechamiento del espacio gráfico, con una publicidad de la compañía Milanta en la misma página en que concluye la conferencia. Por último, «Cómo nace el amor» se presenta con similar diseño tipográfico y un número mayor, en proporción a los anteriores folletos, de publicidades y avisos comerciales, incluyendo el aviso acerca de la próxima aparición de un suplemento mensual de la misma colección.

Es significativo, entonces, que esos primeros textos del TA vieran la luz en LNS, una colección que, en sí misma, era producto del mismo proceso de modernización cultural que nutría los debates sobre el amor, la sexualidad y el lugar social de la mujer, pues ese proceso de modernización tenía un correlato en la velocidad de los cambios y de los tiempos de lectura que los nuevos formatos de

[11] Para la síntesis sobre la revista, seguimos a Pierini (2004).

publicación propiciaban (Rama 1985). Como la novela decimonónica y de gran parte del siglo XX, las *nouvelles* de esta serie también contribuían en la difusión de modelos sobre el orden familiar, ya fuesen conservadores o alternativos, cuya discusión encontraba terreno propicio en varios países latinoamericanos, sobre todo en culturas urbanas que se modernizaban rápidamente.[12] De allí que estos textos de Ingenieros, con un ingrediente literario significativo, por el estilo, los personajes o las pequeñas tramas narrativas que incluían, no desentonasen en la colección.





En cuanto a la publicación de uno de los textos, «La intimidad sentimental», en las *Ediciones mínimas. Cuadernos mensuales de ciencias y letras* (1915-1922), que dirigían Ernesto Morales y Leopoldo Durán (Lafleur *et al.* 2006, pág. 81), nuevamente se reconfigura

[12] Beatriz Sarlo, en un estudio precursor acerca de esta y otras colecciones afines, observaba que un porcentaje importante de los números eran, efectivamente, *novelas sentimentales*, estructuradas sobre la base de una *narrativa de la felicidad*: una compensación simbólica a las injusticias sociales sostenida en la concreción de objetivos personales que distaban de la rebelión frente al orden establecido: el amor, el matrimonio o el ascenso social, muchas veces entrelazados (Sarlo 2004, pág. 22). Sobre novela y modelos de familia, véase Zanetti (2002, pág. 14).

el contexto de publicación: el escrito se integra en ese mismo número a dos crónicas de viaje temáticamente afines: «Los amantes sublimes» y «La enfermedad de amar».[13] La aclaración inicial de los editores afirma que debieron vencer «ciertos escrúpulos, legítimos en un hombre de ciencia» para que Ingenieros accediese a publicarlos. Era evidente que se lo había convocado para prestigiar la colección, pero que el autor detectaba una zona de riesgo o desviación, en relación con su nombre en la cultura científica, al publicar en un contexto de este tenor.

Esta cuidada colección de fascículos de frecuencia mensual y precio accesible, llegó a sacar 60 números. Cada fascículo llevaba en la tapa, además del título y el nombre de los directores, el año y el número de la entrega. En la contratapa, figuraban los títulos anteriores y el de próxima aparición, indicándose los precios de las suscripciones y la dirección de las oficinas a donde enviar correspondencia. Sin ilustraciones, excepto la que aparece en la contratapa del folleto, que es de unas 30 páginas, cada ejemplar ofrecía una selección temática. En este caso, se abordaba una faceta de la producción de Ingenieros pasible de ser considerada *literaria*. Nuevamente, faltan datos precisos sobre su tirada. Orientadas a un público joven pero sobre todo con preocupaciones intelectuales, como sus directores, un público que en parte se solapaba con el sector universitario, compartía autores con el grupo de colaboradores de la revista *Nosotros*. Sin llegar al formato libro, apostaba al «prestigio de lo monográfico» e invitaba a un modo de lectura afín al libro de autor, aunque el «mínimas» de su título aludía a la necesidad de ajustar los tiempos de lectura, así como el carácter manuable del objeto, a los ritmos de la vida moderna.[14]

Pero quizás el contexto más prestigioso dentro de la esfera de las publicaciones de perfil literario, haya sido la revista *Nosotros*, donde se publicó la «Metafísica del amor». Ello ocurrió en el número de homenaje por la muerte de Ingenieros, en diciembre de 1925. Consignemos brevemente lo que significaba ese «contexto de edición»: *Nosotros. Revista Mensual de Literatura, Historia, Arte y Filosofía*, comenzó a salir en 1907, tuvo una primera época que llegó hasta

[13] Sobre las crónicas de viaje de Ingenieros: Fernández (2012), Jitrik (1956) y Plotkin (2021), especialmente el capítulo «Europa y los límites de lo posible», págs. 113-140.

[14] Para más datos sobre esta colección, véase Merbilhaá (2017).

JOSÉ INGENIEROS

LA INTIMIDAD SENTIMENTAL

I. La intimidad sentimental
II. Los amantes sublimes
III. La enfermedad de amar

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL DEPÓSITO LEGAL

EDICIONES MÍNIMAS
Buenos Aires
1917

el año 1934 y una segunda, desde 1936 hasta 1943. De orientación predominantemente literaria, llegó a publicar 393 números que contaban, cada uno, con una cantidad de páginas que oscilaba entre las 60 y las 150, según las etapas de la revista. Sus directores fueron Roberto Giusti y Alfredo Bianchi.[15] El tiraje de la revista, según se estima, no superaba los 1 000 ejemplares, y su financiamiento consistía en los aportes económicos que ingresaban por dos vías principales: las suscripciones y los avisos publicitarios de librerías, colegios, conservatorios, editoriales, casas de música, etcétera. Hay que considerar que, aunque nunca fue un órgano estudiantil, sus inicios estuvieron impulsados por la iniciativa de dos estudiantes universitarios, que la sacaron adelante sin un grupo editorial que los respaldara, pero asesorados por figuras como Emilio Becher, colaborador y crítico de *La Nación*, Alberto Gerchunoff y Roberto Payró, también integrantes del diario.[16]

[15] Entre 1920 y 1924, Giusti fue sustituido por Julio Noé.

[16] Desde 1912, la creación de la Sociedad Cooperativa Nosotros, presidida por Rafael Obligado e integrada por sujetos de diversas extracciones literario-intelectuales y políticas, funcionó como un sello editorial que, paralelamente a la revista, dio a conocer una serie de libros de autores nacionales. Para 1920, *Nosotros* llevaba publicados cuarenta títulos, todos

Aunque en sus páginas hubo lugar para las ciencias sociales, el derecho, la historia o las artes plásticas, la literatura nunca perdió su rol central. Contaba con secciones fijas, que incluían bibliografías, ciencias sociales, crónicas de arte y música, filosofía, letras, encuestas, teatro nacional, libros y autores, notas y comentarios. A pesar de que la revista declaraba su orientación apolítica, varios de sus miembros fueron socialistas y muchos encauzarían sus preocupaciones políticas, más tarde, en la Unión Latinoamericana, pues hay que recordar que fue en las oficinas de *Nosotros* donde se celebraron las reuniones que concluyeron en la fundación de esa asociación.

Nosotros fue, claramente, un referente del proceso que había impulsado el desarrollo de un mercado de bienes simbólicos que articulaba *formas de sociabilidad*, como las relaciones en los cafés, en las aulas universitarias, en las redacciones del diario o en sus tradicionales *almorzáculos*. Al decir de Eduardo Romano, su formato manuable, de 28 x 19 cm, era un indicador de los cambios en los hábitos de consumo cultural introducidos por revistas ilustradas como la célebre *Caras y caretas*, que «habían creado la posibilidad de ser leídas fuera del hogar, en los espacios públicos, fundamentalmente durante los viajes en tren o en tranvía que las emergentes clases medias realizaban a diario desde los suburbios [de Buenos Aires] al centro y viceversa» (Romano 2012, págs. 266-267). Además, parte de los integrantes de su red de autores y editores eran de origen o ascendencia italiana, algo que tuvo significativo predicamento en la cultura urbana de esos años.[17] En consonancia con estos orígenes, se posicionó fuertemente en favor de la profesionalización del escritor –frente al diletantismo de varios escritores de generaciones anteriores y profundizando demandas que fueron coetáneas al modernismo– así como de la autonomía del campo literario, lo cual se puede apreciar en sus editoriales en relación con el otorgamiento de premios nacionales de literatura y otras acciones orientadas a fortalecer las *instituciones y mecanismos de legitimación intelectual*. Su propuesta editorial estaba signada por

ellos originales, entre los cuales se destacaron las primeras ediciones de importantes títulos de Manuel Gálvez, como *El solar de la raza* (1913) y *La maestra normal* (1914).

[17] Sobre la vinculación entre la revista *Nosotros* y los ámbitos universitarios, con eje en sujetos de orígenes italianos, véase «Los tanos de Filosofía y Letras» en Smolensky (2013, págs. 485-488).

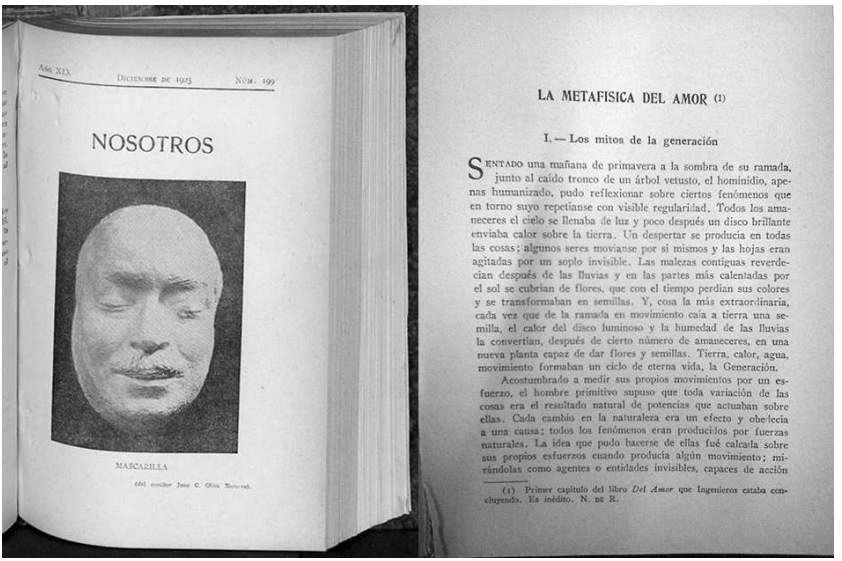
la búsqueda programática de una literatura argentina, en sintonía con el proceso de nacionalización de las masas propiciado por la cultura gobernante. Por ello, promovió en gran medida las poéticas literarias y teatrales de orientación mimética, por considerarlas «apropiadas para representar una modernidad cultural cuyos contenidos ya no fueron los mismos que los de la generación finisecular de *El Mercurio de América*» (Delgado 2009, pág. 454). No obstante, este programa no iba en contra del magisterio reconocido al pensamiento y las letras francesas ni de un americanismo afín a la versión rodoniana y panlatina (Prislei 1999, pág. 44).[18]

Es en esta revista señera que vio la luz el «Primer capítulo del libro *Del amor* que Ingenieros estaba concluyendo. Es inédito» (Ingenieros 1925, pág. 531, nota al pie). La sección publicada en *Nosotros* corresponde a las primeras páginas del capítulo I del libro y, a diferencia de lo que será el ordenamiento del texto en el TA, no está encabezada por un resumen del contenido. Al igual que ocurrió con las publicaciones en LNS o en las *Ediciones mínimas*, en el libro no se menciona el antecedente de la revista *Nosotros*, pues en el epígrafe con el cual se inicia el *TA* solamente se hace alusión a la *Revista de Filosofía* –que veremos más adelante– y no a los libros o folletos de perfil más literario. Desde luego, esto implica una valoración de los editores del libro respecto de un campo cultural estratificado en sus circuitos de difusión y consumo. Y hasta podríamos especular con que exhibe un interés por encuadrar el *tratado* en un campo disciplinario –la filosofía de base biológica, tal como la entendía Ingenieros– para lo cual podría resultar contraproducente la mención a instancias de publicación previas que posiblemente desdibujasen ese marco epistemológico. Otro punto de interés es el cambio de título en el volumen, en relación con el que, según los editores de *Nosotros*, proponía Ingenieros: *Del amor*, y no *Tratado del amor*.

Ahora, si consideramos el contexto de publicación de este escrito de Ingenieros, observamos que en el mismo volumen hay otro texto del homenajeado: la reproducción de un brevísimo autorretrato escrito para la revista *Mundo estudiantil* en 1915 (AAVV

[18] Para información sobre la revista *Nosotros*, nos hemos basado en Lafleur *et al.* (2006), Lida (2015), López (2013), Pasquaré (2012), Pereyra (1993, 1996), Prislei (1995, 1999), Rivera (1995), Shumway (1999) y Ulla (1969). Ineludible es el catálogo de Ardissone *et al.* (1971).

1925, pág. 422). Se agregaba a estos dos textos la imagen fotográfica de «La última página de Ingenieros», consistente en un escrito a lápiz redactado para prologar *Las fuerzas morales* (AAVV 1925, pág. 530). Y por supuesto, una serie de notas de homenaje o necrológicas escritas por figuras diversas para las cuales Ingenieros había significado un referente o un foco de atracción.[19]



Año XIX. DICIEMBRE DE 1925 NÚM. 199

NOSOTROS

MASCARILLA

LA METAFISICA DEL AMOR (1)

I. — Los mitos de la generación

SENTADO una mañana de primavera a la sombra de su ramada, junto al caído tronco de un árbol vetusto, el hominidio, apenas humanizado, pudo reflexionar sobre ciertos fenómenos que en torno suyo repetíanse con visible regularidad. Todos los amaneceres el cielo se llenaba de luz y poco después un disco brillante enviaba calor sobre la tierra. Un despertar se producía en todas las cosas; algunos seres movíanse por sí mismos y las hojas eran agitadas por un soplo invisible. Las malezas contiguas reverdecían después de las lluvias y en las partes más calentadas por el sol se cubrían de flores, que con el tiempo perdían sus colores y se transformaban en semillas. Y, cosa la más extraordinaria, cada vez que de la ramada en movimiento caía a tierra una semilla, el calor del disco luminoso y la humedad de las lluvias la convertían, después de cierto número de amaneceres, en una nueva planta capaz de dar flores y semillas. Tierra, calor, agua, movimiento formaban un ciclo de eterna vida, la Generación.

Acostumbrado a medir sus propios movimientos por un esfuerzo, el hombre primitivo supuso que toda variación de las cosas era el resultado natural de potencias que actuaban sobre ellas. Cada cambio en la naturaleza era un efecto y obedecía a una causa; todos los fenómenos eran producidos por fuerzas naturales. La idea que pudo hacerse de ellas fué calcada sobre sus propios esfuerzos cuando producía algún movimiento; mirándolas como agentes o entidades invisibles, capaces de acción

(1) Primer capítulo del libro *Del Amor* que Ingenieros estaba concluyendo. Es inédito. N. de R.

10.3 Contextos filosóficos o afines a la divulgación científica

Además de LNS, *Nosotros* o las *Ediciones mínimas*, algunos de los (futuros) capítulos del TA fueron apareciendo en contextos que podemos encuadrar, *grosso modo*, en la esfera de la filosofía o de la divulgación científica. El más orgánico de estos contextos, porque evidentemente respondió a un programa del propio autor,

[19] Quienes colaboraron en el número homenaje fueron: Ernesto Mario Barreda, Gregorio Bermann, Marcos Manuel Blanco, Augusto Bunge, Mallarino E. Carrasquilla, Alfredo Colmo, Helvio Fernández, Baldomero Fernández Moreno, Homero Guglielmini, Vicente Martínez Cuitiño, Enrique Méndez Calzada, Gabriel S. Moreau, Enrique Mouchet, Arturo Orzábal Quintana, Alberto Palcos, Luis Pascarella, Roberto J. Payró, Pelele (Pedro Zavalla), Ernesto Quesada, Juan P. Ramos, Luis Reissig, Antonio Sagarna, Eduardo Schiaffino, Francisco Soto y Calvo, Emilio Suárez Calimano, Folco Testena, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, Miguel de Unamuno y Juan Antonio Villoldo.

fue la *Revista de Filosofía*,[20] fundada por el propio Ingenieros y que dirigió también, en el período final de la publicación, Aníbal Ponce (Ingenieros y Ponce 1915-1929). Nada menos que una docena de artículos, entre los que se cuentan los tres publicados en LNS, aunque con variaciones, fueron publicados en esta revista. Recordemos que durante los quince años de vida de la RF, se publicó con regularidad bimestral, siendo escasas las excepciones a ese ritmo, y que la cantidad de páginas de cada número oscilaba entre las 160 y las 275, con un formato afín al de un libro, tanto por su tamaño como por el diseño y distribución del texto: no hay columnas que organicen el texto, ni ilustraciones, nunca una imagen en color. La revista invita, en consecuencia, a una modalidad de lectura afín a la de los libros, dado el predominio de la linealidad de las grandes masas textuales y la extensión de sus artículos. A diferencia de los 200 000 ejemplares que declaraban los editores de LNS, no tenemos datos fiables de la tirada de la RF. Cuando comenzó a salir, en enero de 1915, lo hizo bajo el sello tipográfico de «La Semana Médica-Imp. de Obras de E. Spinelli-Buenos Aires». Más tarde registraría el pie de imprenta de «L. J. Rosso y Cía. impresores».[21]

En cuanto a lo que Louis llama la «puesta en página», nos encontramos con una revista sin grandes atractivos visuales, como la ausencia de ilustraciones –hay solo cuatro fotografías en los quince años de la colección– para contextualizar la publicación de los textos que nos ocupan, que expandían las conferencias iniciales. Algunos de estos textos convivían, en el mismo número, con otros artículos sobre temas relacionados. Por ejemplo, el hecho de que

[20] En adelante, RF.

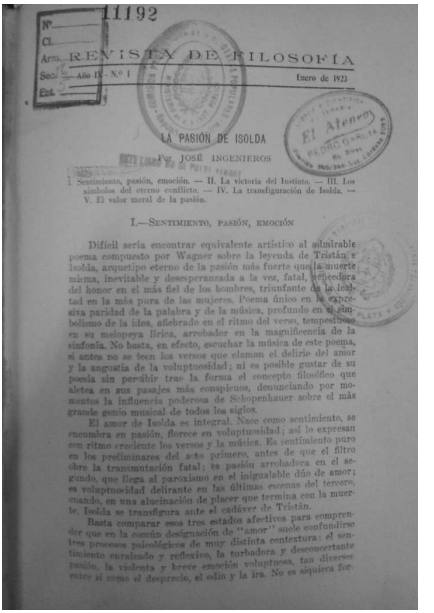
[21] Sobre esta revista, remitimos a Biagini (1984), Fernández y Galfione (2021), Ortiz (2008) y Rossi (1999). Aquí se publicaron la mayoría de los escritos que integran el *Tratado del amor*: «La personalidad sentimental», IV, VII, 1 (enero 1918), págs. 127-135; «La psicología de los celos», V, IX, 1 (enero 1919), págs. 83-113; «Cómo nace el amor», V, X, 4 (julio 1919), págs. 141-160; «La pasión de Isolda», IX, I (enero 1923), págs. 1 -20; «La desilusión de amor», IX, XVIII, VI (noviembre 1923), págs. 321-338; «Werther y don Juan», X, XIX, I (enero 1924), págs. 2-26; «Introducción a la teoría del amor», X, XX, IV (julio 1924), págs. 1-17; «El instinto maternal en la familia», X, XX, V (septiembre 1924), págs. 161-179; «La esclavitud de la mujer y el matrimonio», X, XX, V (septiembre 1924), págs. 180-195; «El amor, la familia y el matrimonio», X, XX, VI (noviembre 1924), págs. 347-367; «La inmoralidad social del amor», XI, XXI, I (enero 1925), págs. 1-21; «El renacimiento del amor», XI, XXI, II (marzo 1925), págs. 161-182.

«La pasión de Isolda» salga en el mismo número que «Psicología de la delincuencia pasional», de Eusebio Gómez, indudablemente propicia el debate y la contraposición de ideas en las páginas de la misma revista. Otro caso: «El instinto maternal y la familia» y «La esclavitud de la mujer y el matrimonio», ambos de Ingenieros, salen en el mismo número y uno a continuación del otro, como dos caras de una misma moneda. En varias oportunidades, los artículos de Ingenieros abren el número, lo cual pone en evidencia el rol central que les adjudicaba. Además, si revisamos la relación de estos artículos de Ingenieros con los de otros autores en la misma revista, descubrimos que se puede reconstruir una serie ampliada de textos diversos preocupados por temas afines, ya fuese desde una perspectiva científica, filosófica o educacional.[22]

Sería misión casi imposible censar todas las publicaciones que, apelando a la piratería, las ediciones no autorizadas y las compilaciones más o menos desafortunadas, se hicieron de los escritos de Ingenieros, en particular, de estos que, andando el tiempo, integrarían el TA. El hecho de que el libro como tal no se publicase en vida del autor incrementó la posibilidad de que eso sucediera. Y así es como encontramos publicaciones, en general póstumas, armadas por editores diversos que compilaron con criterios disímiles, fragmentos de los escritos de Ingenieros que juzgaban pasibles de insertarse en colecciones o en series de material de lectura que los resignificaban e, incluso, podríamos decir que los traicionaban, en algunas ocasiones.

El caso más notable que hemos localizado es una colección de libros en pequeño formato y folletos publicados por Pablo Inge-

[22] Por ejemplo, los siguientes: Raquel Camaña, «El diletantismo sentimental», III, V, 3 (mayo de 1917), págs. 384-404; Carlos Sfondrini, «Conexiones entre el amor y la muerte», VIII, XVI, V (setiembre 1922), págs. 294-300; Raimundo Bosch (h.), «Psicología del suicidio pasional», VI, XII, V (setiembre 1920), págs. 269-291; Ezequiel A. Chavez, «El instinto sexual y la cultura», XIV, XXVIII, 5/6 (setiembre - noviembre 1928), págs. 271-310; Waldemar E. Coufts, «Tiranía sexual y sexo tiranizado», XIII, XXV, 2 (marzo 1927), págs. 240-256; Eusebio Gómez, «Psicología de la delincuencia pasional», IX, XVII, 1 (enero 1923), págs. 27-67; Paulina Luisi, «Sobre Eugenia. Trabajo presentado al Congreso del Niño», II, IV, 6 (noviembre 1916), págs. 435-451 y, de la misma autora, «Problemas de la educación sexual», VIII, XV, 2 (marzo 1922), págs. 221-246; Aníbal Ponce, «La biología contra don Juan», X, XIX, 3 (mayo 1924), págs. 457-461; Adolfo Sierra, «Psicología de los instintos», XV, XXIX, 1/2/3 (enero-junio 1929), págs. 66-77.


11192
REVISTA DE FILOSOFÍA
Año IV - N° 1
Enero de 1921
El Ateneo

LA PASIÓN DE ISOLDA

POR JOSÉ INGENIEROS

I. Sentimiento, pasión, emoción. — II. La victoria del Instinto. — III. Los símbolos del eterno conflicto. — IV. La transfiguración de Isolda. — V. El valor moral de la pasión.

I.—Sentimiento, pasión, emoción

Difícil sería encontrar equivalente artístico al admirable poema compuesto por Wagner sobre la leyenda de Tristán e Isolda, arquetipo eterno de la pasión más fuerte que la muerte misma, inevitable y desesperanzada a la vez, fatal, irredimible del honor en el más fiel de los hombres, triunfante de la lealtad en la más pura de las mujeres. Poema único en la expresiva paridad de la palabra y de la música, profundo en el simbolismo de la idea, añebrado en el ritmo del verso, tempestuoso en su melopeya lírica, arrobador en la magnificencia de la sinfonía. No basta, en efecto, escuchar la música de este poema, si antes no se leen los versos que claman el delirio del amor y la angustia de la voluptuosidad; ni es posible gustar de su poesía sin percibir tras la forma el concepto filosófico que alecta en sus pasajes más conspicuos, denunciando por momentos la influencia pobrosa de Schopenhauer sobre el más grande genio musical de todos los siglos.

El amor de Isolda es integral. Nace como sentimiento, se encumbra en pasión, florece en voluptuosidad; así lo expresan con ritmo creciente los versos y la música. Es sentimiento puro en los preliminares del acto primero, antes de que el filtro obre la transmutación fatal; es pasión arrobadora en el segundo, que llega al paroxismo en el inigualable dúo de amor; es voluptuosidad delirante en las últimas escenas del tercero, cuando, en una alucinación de placer que termina con la muerte, Isolda se transfigura ante el cadáver de Tristán.

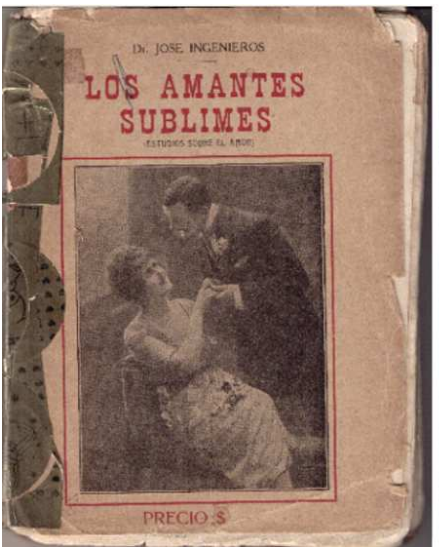
Basta comparar esos tres estados afectivos para comprender que en la común designación de "amor" suele confundirse tres procesos psicológicos de muy distinta contextura: el sentimiento razonado y reflexivo, la turbadora y desconcertante pasión, la violenta y breve emoción voluptuosa, tan diversos entre sí como el desprecio, el odio y la ira. No es siquiera for-

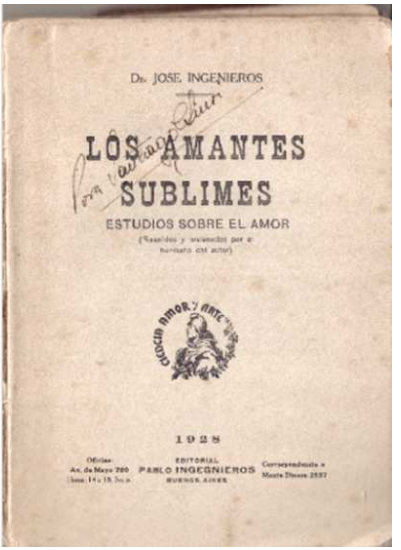
nieros (1875-1930), hermano de José.[23] Tras la muerte de nuestro autor, el nombre de su hermano aparece como el de una casa editorial que se dedicó a difundir los escritos de Ingenieros, aunque con criterios de compilación algo dudosos. Por un lado, hubo una colección de folletos mensuales destinados a difundir «La obra del Dr. José Ingenieros» (Ingenieros s/f[b]) y que, a juzgar por los recuadros que aparecen en la portada, pretendía alcanzar dominios tan diversos como los siguientes: ciencia, literatura, sociología, arte, civilización, cultura, filosofía, vida. Entre estos folletos, uno está dedicado a los textos que nos ocupan, pues reproduce *La pasión de Isolda* y *El renacimiento del amor*. Además, esta misma editorial publicaba libros en pequeño formato, entre los cuales podemos apreciar uno con la simpática fotografía de una pareja en la tapa, titulado *Los amantes sublimes (estudios sobre el amor)*, de 1928. En la portada se agrega que estos estudios fueron «reunidos y ordenados por el hermano del autor». A pesar de tomar el título de una de

[23] Es poco lo que se sabe de Pablo Ingegnieros [sic] quien, a diferencia de José, no castellanizó su apellido. En la biografía publicada recientemente por Plotkin (2021, pág. 19), se afirma que en el censo nacional de 1895 Pablo declaraba ser relojero y que no era muy fluida la relación entre los dos hermanos.

las crónicas de Ingenieros que también había sido incluida en el ejemplar de *Ediciones mínimas* ya comentado, esta compilación de «estudios sobre el amor» poco tiene que ver con la disposición de los textos que Ingenieros publicaba en vida. Incluso hay zonas que parecen claras interpolaciones, tratando de convertir los «estudios» en alguna clase de manual o libro auxiliar para las conquistas amorosas. Luego de la reproducción de fragmentos espigados de entre los escritos de Ingenieros sobre el tema, encontramos, por ejemplo, una sección titulada «Pensamientos amorosos», en la cual se acumulan frases, adjudicadas a Ingenieros o a otros autores. Por ejemplo, las siguientes:

> El amor conyugal perpetúa el género humano, el amor social, lo perfecciona, el amor sensual lo corrompe y desnaturaliza. BACON.
>
> (...)
>
> Jamás el pensador puede expresar todo lo que desea por el amor. J. INGENIEROS.
>
> El pudor tiene su falsedad y el beso su inocencia. MIRABEAU (Ingenieros 1928, págs. 46-47).





A este repertorio de frases que seguramente el compilador juzgaba útiles para los lectores, se agregan otras secciones que parecen indicaciones para enamorados, como la denominada «Dictados del

amor», que enumera una serie de obligaciones o requisitos con sus respectivas explicaciones y/o justificaciones, ordenadas, para más comodidad, alfabéticamente: «Abandono», «Admiración», «Adulación», «Adulterio», «Amabilidad», etcétera (Ingenieros 1928, págs. 50-55). Tan práctico diccionario se completa con otras observaciones, como las «Diferentes maneras de amar» o la forma de reconocer tanto el amor como el carácter de una persona a través de la observación de sus rasgos físicos: por la frente, los ojos, la cabeza, las cejas, etcétera (Ingenieros 1928, págs. 61-65). Y por si nos quedara alguna duda acerca de la orientación de esta recopilación hacia aspectos más prácticos que intelectuales y, en muchos casos, contrarios al programa científico y cultural del propio Ingenieros, nos encontramos expresamente con unas «Instrucciones para los enamorados» armadas al mejor estilo de un catecismo, con lecciones que contienen preguntas y respuestas:

> LECCIÓN PRIMERA.
>
> Pregunta: — ¿Qué es un amante?
>
> Respuesta: — Es un ser que después de haber hecho una sincera y verdadera declaración amorosa, busca por todos los medios de ser correspondido.
>
> Pregunta: — ¿Cuáles son los signos de un verdadero amor?
>
> Respuesta: — La sinceridad, la complacencia, la asiduidad, la exactitud y la cartita amorosa (Ingenieros 1928, pág. 77).

Este sorprendente librito que, podríamos decir, en gran medida desacredita la obra de Ingenieros, es una muestra evidente de esas publicaciones que no responden al programa autoral, al punto de que casi lo traicionan en su afán de difundirlo. Un verdadero pastiche de textos genuinos y apócrifos, reordenados con un extraño criterio que parece responder a la dupla teoría / práctica.

Para cerrar este recorrido y lejos de agotar la heterogeneidad de las ediciones a las que fueron convocados estos textos, consideremos otro proyecto editorial encuadrado en el amplio territorio de los «libros baratos» y sus afanes democratizadores del acceso al capital cultural: la Cooperativa Editorial Claridad, fundada en 1922 por el socialista español Antonio Zamora. Claridad adoptó una impronta alternativa respecto de la cultura dominante y apeló al amplio espectro del pensamiento de izquierda, no partidario, algo que connotaba desde su mismo nombre, inspirado en el grupo francés *Clarté*, socialista y pacifista. Fue una innovación compositiva

de Claridad diagramar en dos columnas por página, algo que no se hacía en el mercado local.[24]

En su colección de «Clásicos del amor», la editorial Claridad publicó conjuntamente textos del futuro TA así como de otro libro de Ingenieros, la *Psicopatología en el arte*, en un mismo volumen denominado *Estudios sobre el amor*. Reiteremos, de paso, que mientras, según los editores de *Nosotros*, el título previsto para ese libro era *Del amor*, los editores posteriores hicieron hincapié en su condición de «estudios» o de «tratado», buscando quizás un efecto de sistematicidad y cientificismo. Paralelamente a los libros, la editorial Claridad publicaba folletos que integraban su «Biblioteca científica» la cual, al decir de Luis Alberto Romero (2007), fue fundamental para el éxito comercial de esta empresa editorial, precisamente porque era una colección orientada a la divulgación de temas relacionados con la sexualidad. Por ejemplo, un libro como *El matrimonio perfecto*, de Theodoor Hendrik van de Velde, tuvo cuarenta ediciones en veinte años. Entre los títulos de la «Biblioteca Científica» encontramos algunos como los siguientes, que ilustran el contexto editorial de esta nueva irrupción de los escritos de Ingenieros: *Fisiología de la vida sexual en el hombre y la mujer* por el doctor Otto Schwartz, *Higiene sexual del soltero y la soltera*, por el doctor T. R. de Calmette, *Amor, conveniencia y eugenesia*, por G. Marañón, *Amor sin peligros*, por el doctor W. Wasroche, y tantos otros en la misma línea.

Es en el marco de esta Biblioteca Científica, de inclinaciones tanto higienistas como eugenésicas, que vuelve a publicarse *Cómo nace el amor*, pero que ahora comparte número con un escrito del doctor Forel (1924) llamado *El apetito sexual*. Forel era un médico psiquiatra suizo, uno de los grandes divulgadores de la eugenesia. Ingenieros no era un adalid de la «eugenesia dirigida», sino que propugnaba la idea de que una suerte de «eugenesia natural» podría resolver los temas que preocupan a los científicos de esta disciplina. Pero ciertamente sus textos revelaban el diálogo con saberes que, en esa época, nucleaban a muchos practicantes de las

[24] Sobre la editorial Claridad y su contexto, remitimos a: Cedro (2012), Delgado y Espósito (2014), Merbilhaá (2022), Rodríguez Martín (2017) y Tarcus (2004). En Múgica (2022) se reconstruye el catálogo de la Biblioteca Científica de esta editorial, además de contextualizar esa serie.

ciencias médicas y biológicas.[25] La sola disposición de estos textos en un mismo folleto refuerza el ángulo fisiologista de la prosa de Ingenieros, en sintonía con el auge de la eugenesia en las décadas del veinte y el treinta, momento de esplendor de la Cooperativa Editorial Claridad.

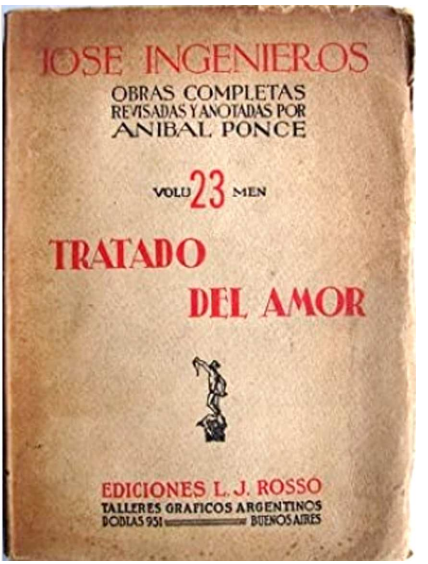
10.4 A modo de conclusión

Las estrategias de difusión y los nuevos formatos de edición disponibles en las primeras décadas del siglo XX, revistas culturales, folletos o libros baratos orientados al consumo popular, fueron otras tantas posibilidades de intervención de nuestro escritor-intelectual en la esfera pública, más allá de las iniciales conferencias de sesgo

[25] La propuesta de Ingenieros consistía en permitir que la eugenesia natural –no artificial o dirigida– desplazase a las coerciones sociales en la elección conyugal. En cuanto a la recepción y el impacto de la eugenesia en Argentina, consistió en un fenómeno cultural metapartidario y de larga duración, según lo demuestran los nombres de quienes participaron en 1921 en la fundación de la Liga Argentina de Profilaxis Social (Miranda 2011, págs. 34-35 y 189). El discurso eugenésico y su retórica cientificista permitió acercar, a su vez, distancias ideológicas que de otro modo hubiesen sido insalvables, en virtud de un consenso básico sobre la salud y la procreación como bienes jurídicos que debían protegerse.

académico o del proyectado libro que los editores tipificaron como «tratado». Por otro lado, y como correlato de esa «transversalidad generacional» que se le ha reconocido a Ingenieros (González 2013, pág. 78), encontramos un desplazamiento por distintas zonas del mercado editorial así como proyecciones en relación con diversas prácticas y perfiles disciplinarios, desde el consumo de novelas hasta los folletos divulgativos de educación sexual, pasando por las páginas prestigiosas, semiacadémicas de (Ingenieros y Ponce 1915-1929).

Este recorrido también ilustra, en un recorte puntual de la producción de Ingenieros y sus derivas editoriales, la puesta en tensión de la noción de autoría, en virtud de las decisiones de los agentes y mediadores en la producción de libros y folletos, así como exhibe el nomadismo genérico de sus escritos: conferencias y crónicas que devinieron en artículos o relatos cuasi-novelescos, dependiendo siempre de los contextos de publicación y edición. Ello implicó, además, una reorientación, por el solo hecho de migrar de uno a otro contexto, hacia los públicos diversos de cada libro, serie de folletos, revista o colección, un público que se ampliaba y diversificaba a medida que se modernizaba el mercado editorial. Para todos esos públicos, a la vez única y diversa, estuvo disponible la palabra de Ingenieros, «el primer intelectual de las masas argentinas» (Panessi 2001).



Referencias bibliográficas

AAVV

1925 «Número extraordinario "A José Ingenieros"», en *Nosotros*, vol. XIX, n.º 199, referencia citada en páginas 244, 245.

ARDISSONE, ELENA *et al.*

1971 *Bibliografía de la revista Nosotros, 1907-1943*, Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, referencia citada en página 244.

BAIRES, CARLOS

1911 *Teoría del amor*, 2.ª ed., Buenos Aires: Imprenta y casa editora Juan Alsina, referencia citada en página 234.

BIAGINI, HUGO

1984 «Introducción», en *La Revista de Filosofía (1915-1929): Estudio e Índices Analíticos*, ed. por Elena Ardissone; Raúl Sassi y Hugo Biagini, Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, referencia citada en página 246.

CEDRO, JULIANA

2012 «El negocio de la edición. Claridad 1922-1937», en *I Coloquio de Historia del libro y la edición*, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, recuperado de <www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>, referencia citada en página 251.

DELGADO, VERÓNICA

2009 *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias (1896-1913)*, Buenos Aires: UNLP, referencia citada en página 244.

DELGADO, VERÓNICA Y FABIO ESPÓSITO

2014 «1920-1937. La emergencia del editor moderno», en *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 251.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ

2008 «Entre la literatura y la eugenesia: el ideal de amor, según José Ingenieros», en *Diálogos Latinoamericanos*, n.º 14, referencia citada en página 235.

2012 *Hojas al pasar. Las crónicas europeas de José Ingenieros*, Córdoba: Buenavista, referencia citada en página 241.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ Y MARÍA CARLA GALFIONE

2021 *La* Revista de Filosofía, Ciencia, Cultura y Educación. *Índices y aproximaciones a un proyecto editorial*, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 246.

FOREL, AUGUSTO

1924 *El apetito sexual. José Ingenieros. Cómo nace el amor*, Buenos Aires: Claridad, vol. 14, referencia citada en página 251.

GONZÁLEZ, OSMAR

2013 «Del novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú», en *Políticas de la memoria. Anuario de investigación e información del CEDINCI*, n.º 13, referencia citada en página 253.

INGENIEROS, JOSÉ

1917 *La novela semanal, 1/7. Werther y Don Juan*, recuperado de <http://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/767085973/1/LOG_0003/>, referencia citada en páginas 238, 239.

1918 «La psicología de los celos», en *La novela semanal*, vol. 2, n.º 57, referencia citada en página 238.

1919 *La novela semanal, 3/86. Cómo nace el amor*, recuperado de <https://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/image/767100778/1/LOG_0003/>, referencia citada en página 238.

1925 «La metafísica del amor», en *Nosotros*, vol. XIX, n.º 199, referencia citada en página 244.

1928 *Los amantes sublimes (estudios sobre el amor)*, Buenos Aires: Editorial Pablo Ingegnieros, referencia citada en páginas 249, 250.

s/f(a) *Estudios sobre el amor*, Buenos Aires: Claridad, referencia citada en página 251.

s/f(b) *La obra del Dr. José Ingenieros*, Buenos Aires: Editorial Pablo Ingegnieros, (folleto, 4/20), referencia citada en página 248.

INGENIEROS, JOSÉ Y ANÍBAL PONCE

1915-1929 (dirs.), *Revista de Filosofía*, 29 vols., Buenos Aires, referencia citada en páginas 246, 253.

JITRIK, NOÉ

1956 «*Crónicas de viaje*, de José Ingenieros», en *Centro. Revista del centro de estudiantes de Filosofía y Letras*, n.º 12, referencia citada en página 241.

LAFLEUR, HÉCTOR *et al.*

2006 *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Buenos Aires: El 8vo Loco, referencia citada en páginas 240, 244.

LIDA, MIRANDA

2015 «El grupo editor de la revista Nosotros visto desde dentro. Argentina, 1907-1920», en *Historia Crítica*, n.º 58, referencia citada en página 244.

LÓPEZ, CAROLINA
2013 «La revista Nosotros y la voz de quienes escriben. La forja de una identidad», en *Historia y Espacio*, n.º 41, referencia citada en página 244.

LOUIS, ANNICK
2014 «Las revistas literarias como objeto de estudio», en *Almacenes de un tiempo en fuga: Revistas culturales en la modernidad hispánica*, ed. por Hanno Ehrlicher y Nanette Rißler-Pipka, Aachen: Verlag, referencia citada en páginas 236, 237.

MERBILHAÁ, MARGARITA
2017 «Ediciones Mínimas. Cuadernos mensuales de Ciencias y Letras (1915-1922)», en *Semblanza*, referencia citada en página 241.
2022 «El universo del autor en un folleto: retrato y nombre propio en la oferta editorial de Los Pensadores, 1ª época (1922-1924)», en *Anclajes*, vol. 26, n.º 3, referencia citada en página 251.

MIRANDA, MARISA
2011 *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 252.

MÚGICA, MARÍA LUISA
2022 «Nuevas fuentes, nuevos archivos históricos. La Biblioteca Científica de Editorial Claridad: una colección de manuales de divulgación sexual, Argentina, 1924/1941», en *Culturas*, n.º 15, referencia citada en página 251.

MUÑOZ, MARISA
2015 «Los estudios sobre el amor a principios del siglo XX en la Argentina», en *Pensares y quehaceres*, vol. 1, referencia citada en página 234.

ORTIZ, TULIO
2008 «Revista de Filosofía, Ciencia, Cultura y Educación (1915-1929)», en *Revista electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio L. Gioja*, n.º 2, recuperado de <http://www.derecho.uba.ar/revistas-digitales/index.php/revista-electronica-gioja/article/view/184>, referencia citada en página 246.

PANESSI, JORGE
2001 «Tratado del amor de José Ingenieros», en *Revista Discurso*, vol. 1, n.º 1, recuperado de <http://www.revista.discurso.org/articulos.htm>, referencia citada en páginas 235, 253.

PASQUARÉ, ANDREA
2012 «Giusti y la revista Nosotros (1912-1930): crítica, política e intervenciones literarias en la formación del campo cultural argentino», en *Revista Eletrônica Da ANPHLAC*, n.º 12, referencia citada en página 244.

PEREYRA, WASHINGTON LUIS

1993 *La prensa literaria argentina. 1890-1974*, vol. 1: *Los años dorados. 1890-1919*, Buenos Aires: Librería Colonial, referencia citada en página 244.

1996 *La prensa literaria argentina. 1890-1974*, vol. 3: *Los años ideológicos.1930-1939*, Buenos Aires: Librería Colonial, referencia citada en página 244.

PIERINI, MARGARITA

2004 (coord.), *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927). Un proyecto editorial para la ciudad moderna*, Madrid: CSIC, referencia citada en página 239.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en páginas 235, 241, 248.

PRISLEI, LETICIA

1995 «Nosotros», en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, dir. por José Ramón Medina, Caracas: Biblioteca Ayacucho, referencia citada en página 244.

1999 «Nosotros y la "Nueva generación": Una lectura sobre la tramitación de las diferencias entre los 20 y los 30», en *Entrepasados*, vol. 8, n.º 16, referencia citada en página 244.

RAMA, ÁNGEL

1985 «La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)», en *La crítica de la cultura en América Latina*, ed. por Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez, Caracas: Biblioteca Ayacucho, referencia citada en página 240.

RIBOT, THÉODULE

1924 *La Psicología de los sentimientos*, trad. por Ricardo Rubio, Madrid: Daniel Jorro, referencia citada en página 234.

RIVERA, JORGE

1995 *El periodismo cultural*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 244.

RODRÍGUEZ MARTÍN, CARMEN

2017 «Semblanza de Antonio Zamora (1896-1976)», en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, referencia citada en página 251.

ROMANO, EDUARDO

2012 «Dos revistas intelectuales al ataque», en *Intelectuales, escritores e industria cultural*, Buenos Aires: La Crujía, referencia citada en página 243.

ROMERO, LUIS ALBERTO

2007 «Una empresa cultural: los libros baratos», en *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, ed. por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 251.

ROSSI, LUIS ALEJANDRO

1999 «Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: La crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina», en *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación: 1915-1929*, Buenos Aires: Universidad Nacional De Quilmes, referencia citada en página 246.

SARLO, BEATRIZ

2004 *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, referencia citada en páginas 235, 240.

SHUMWAY, NICOLÁS

1999 «Nosotros y el "nosotros" de Nosotros», en *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en página 244.

SMOLENSKY, ELEONORA MARÍA

2013 *Colonizadores colonizados. Los italianos porteños*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 243.

STENDHAL [Henri Beyle]

1996 *Del amor*, trad. por Consuelo Berges, Madrid: Alianza, referencia citada en página 234.

TARCUS, HORACIO

2004 «Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte», en *Revista Iberoamericana*, vol. 70, n.º 208-209, referencia citada en página 251.

ULLA, NOEMÍ

1969 *La revista Nosotros*, Buenos Aires: Galerna, referencia citada en página 244.

VEZZETTI, HUGO

1986 «Viva cien años: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina», en *Punto de Vista*, vol. 9, n.º 27, referencia citada en página 235.

2013 «Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros», en *Políticas de la memoria*, n.º 13, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en páginas 235, 236.

ZANETTI, SUSANA

2002 «La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina», en, Rosario: Beatriz Viterbo, referencia citada en página 240.

CAPÍTULO 11

Los usos de Sarmiento entre la «república posible» y la «república verdadera». Una aproximación desde los textos de José Ingenieros

HERNÁN FERNÁNDEZ*

11.1 Introducción

El siguiente capítulo apunta a examinar los usos de Sarmiento y el *Facundo* efectuados por José Ingenieros. Sabida es la importancia que el sanjuanino tuvo en el transcurso de la trayectoria de Ingenieros, quien desempeñó labores en diversas áreas, tales como medicina, psiquiatría, filosofía y sociología. Además, imbuido por el pensamiento positivista, y también por preceptos metafísicos,[1] daría a conocer cuantiosos textos durante su compleja carrera profesional. Asimismo, dentro de esa amplia producción escrita mi trabajo selecciona dos publicaciones particulares: «Sarmiento y Ameghino» (1911) y la última edición de *Sociología argentina* (1918).

* Instituto de Filosofía (UNSJ) CONICET.

[1] Respecto a las corrientes de pensamiento en las cuales estuvo inserto Ingenieros, la última biografía sobre esta figura apunta su pertenencia a lo que Oscar Terán denominó «cultura científica», caracterizada por adherir «a una visión del mundo, dos de cuyas nociones centrales consistían en una adscripción al monismo materialista y al evolucionismo, por un lado, y en rechazo explícito al pensamiento metafísico y toda forma de a-priorismo, por el otro. Resalto lo de "explícito" porque, como veremos luego, muchas veces la metafísica y los a-priorismo aparecían "por la puerta de atrás" en el pensamiento de Ingenieros y de otros» (Plotkin 2021, pág. 75).

La opción por el tema y las fuentes requiere de un breve rodeo explicativo.

Desde hace algunos años indago las ediciones del *Facundo*, aparecidas en vida Sarmiento y póstumamente. Esa exploración me permitió ver que, en el siglo XIX, el sanjuanino continuamente cambió el título y agregó o suprimió partes de la obra. Es decir, en los tiempos de Sarmiento no existió una única versión. Sin embargo, Alberto Palcos en 1938 ofrecería la edición crítica aceptada por la mayoría de lectores como el *Facundo* original. Ahora, la publicación del profesor perteneciente a la Universidad de La Plata recortaba y unía piezas nunca conjugadas originalmente. Primera observación, el *Facundo* fijado luego de la muerte del autor lo prepararon los editores y no Sarmiento.

Si de años póstumos hablamos, también es inevitable señalar, al menos en el campo académico, el consenso actual al momento de considerar que el *Facundo* siempre representó la principal obra de Sarmiento. No obstante, el estudio de las ediciones me posibilitó divisar cómo el autor nacido en San Juan encontraría en otros escritos –entre estos *Argirópolis*, *Educación común*, *Conflicto y armonías de las razas en América*– el principal respaldo para fundamentar ciertas intervenciones de índole política, educativa, etcétera. Segunda observación, el *Facundo* no significó continuamente para el cuyano su publicación preferida, en consecuencia ese estatus fue construido luego del deceso de Sarmiento.

Precisamente mi línea general de investigación problematiza el convenio póstumo en torno a la primordial relevancia del *Facundo*. Y, para avanzar en esa dirección, estudio los usos del legado sarmientino. Específicamente busco evidenciar que el *Facundo* no siempre logró satisfacer los intereses de los lectores y por ello otras obras de Sarmiento fueron frecuentadas para sostener determinados postulados.

Partiendo de lo manifiesto, en esta oportunidad dirigiré mi atención a José Ingenieros y su utilización de Sarmiento. Con dicha finalidad tomaré dos fuentes centrales, el artículo «Sarmiento y Ameghino» (1911) y la edición final de *Sociología argentina* (1918). La opción por el corpus apuntado responde a que fue publicado entre el paso del «orden conservador» –o «república posible»– a la «república verdadera», es decir, reflejan el pensamiento de Ingenieros en una etapa clave de la historia argentina. Justamente, según apunto a demostrar, en ese periodo el psiquiatra hallará

en *Conflicto y armonías*, y no en *Facundo*, la obra de referencia para cimentar sus razonamientos y las consecuentes propuestas de solución para las problemáticas de entonces.

Mi capítulo, en procura de brindar la mejor claridad posible en la exposición, comienza introduciéndonos en la coyuntura de la «república posible» y los consiguientes usos de Sarmiento mediante dos fuentes estratégicas del periodo: los manuales escolares y los escritos de Joaquín González. Luego me centraré en Ingenieros y la utilización del legado sarmientino en los años de advenimiento de la «república verdadera» para, finalmente, ofrecer conclusiones parciales respecto a esta última temática.

11.2 Sarmiento entre la «república posible» y la «república verdadera»

José Ingenieros vivenció el denominado, por cierto sector de la historiografía, «orden conservador» y el paso, a partir de la ley Sáenz Peña y el triunfo del radicalismo, hacia la «república verdadera». El periodo «conservador» se caracterizó, como es sabe, por la configuración y consolidación de un círculo dirigente a escala nacional –el Partido Autonomista Nacional–, el masivo arribo de inmigrantes, el avance del Estado en materia social –por ejemplo, las sanciones de las leyes de educación común y de registro civil–, etcétera; todo coronado con la fachada del éxito económico –fruto del desarrollo agroexportador–.

Ahora, políticamente, ese orden terminó de diagramarse con la instauración del modelo alberdiano de «república posible». Esto significaba que determinado grupo –los «notables»– gobernaba mientras la mayoría de la población –el «habitante productor»– debía abocarse principalmente a trabajar. No obstante, la «república posible» representaba un estadio previo a la «república verdadera», donde el habitante pasaba a convertirse en ciudadano –con derechos y obligaciones políticas–, dilapidando así el gobierno en pocas manos. Si en primera instancia la «república del habitante» dio positivos resultados para la elite dirigente, las consecuencias negativas de la marginación política no tardarían en fluir.

En el plano político, principalmente la Unión Cívica Radical ejercía activamente reclamos[2] en busca de garantizar el correcto funcionamiento de las instituciones democráticas, particularmente en lo atinente a asuntos electorales. Además, por entonces, a raíz de la amplia ola inmigratoria, comenzaba a gestarse el movimiento obrero para exigir, mediante huelgas y otros medios de acción, mejoras laborales y en las condiciones de vida. De tal modo emergía la «cuestión social» frente a gobernantes cuya primera opción fue reprimir, porque interpretaban que la falla residía en la presencia de los indeseables extranjeros y no en el sistema. Desde los sectores dirigentes se presentaron posibles soluciones para lograr la gobernabilidad frente a las señaladas problemáticas. Veamos dos casos particulares, enfatizando en el rol que le cupo a Sarmiento en cada uno.

Determinado sector de la elite gobernante consideró a la educación pública la solución para superar los males argentinos del momento, condensados en la figura del «cosmopolitismo». El marco de pensamiento en el cual se dieron las propuestas políticas y educativas estuvo regido fundamentalmente por los preceptos positivistas.[3] Uno de los puntos donde principió la reconsideración del sistema de gobierno estribó en la creciente crítica hacia la copia de modelos políticos externos; ergo, parte de la solución consistió en reinterpretar el pasado: «Esa relectura debía consistir en la búsqueda de los rasgos permanentes de la propia cultura con los que enfrentar el cosmopolitismo» (Bertoni 2007, pág. 165)

El apuntado ejercicio derivó en los intentos por configurar una nacionalidad recurriendo a lo que en clave positivista «se llamaban "las fuerzas morales"» (Terán 2000, pág. 339). La cuestión radicó en seleccionar los métodos para instaurar esa moralidad capaz de guiar a la patria, y la respuesta se halló en «la educación pública y ahora animada de un núcleo fuertemente patriótico» (Terán 2000, pág. 342). Con el objetivo de moralizar aparecieron manuales escolares donde los sucesos pasados y figuras históricas sirvieron para ejemplificar al «buen patriota». Dentro de tales publicaciones,

[2] Vale recordar que los miembros de UCR llevaron adelante levantamientos armados en 1893 y 1905.

[3] Además, según lo apuntado previamente, en la «cultura científica» también influyeron las vertientes metafísica y espiritualista. Incluso, dentro del campo artístico-literario, el modernismo emergió como una réplica a la extrema racionalidad positivista (Terán 2015, pág. 155).

Sarmiento y sus libros resultarán utilizados para «argentinizar». De las fuentes consultadas, a modo de síntesis, pueden mencionarse tres principales facetas recuperadas del sanjuanino: militar, educador y escritor.

Sin dudas el Sarmiento educador es la primordial referencia en los textos escolares. Ricardo Levene, en *Cómo se ama a la patria* (1912), alude a diversas funciones del sanjuanino –como la de periodista o ejemplo de civismo–, predominando ampliamente el rol de paladín de la educación. Siguiendo esa lógica, Levene recupera un escrito periodístico publicado en 1856, donde el cuyano hablaba de la obligación del Estado de invertir en la formación cívica de las personas, en otras palabras, crear ciudadanos (pág. 174).

En *Lecturas geográficas e históricas* (1897) el sanjuanino emerge a raíz del texto «Los granaderos».[4] En esas líneas Sarmiento resaltaba la magnanimidad de los granaderos, enfatizando en la conducta de los soldados y las epopeyas realizadas a nivel continental. La cita de dicho párrafo se debe a que estamos en una coyuntura caracterizada por la escalada bélica con Chile.[5] En respuesta, el sanjuanino entraba en escena para indicar la necesidad de contar con fuerzas armadas estrictamente preparadas.[6]

Finalmente, es oportuno mencionar al Sarmiento escritor. En *Lecturas morales é instructivas* (1902) fueron transcriptos algunos párrafos del *Facundo* con el fin de colocar máximas morales en base al texto. Un caso particular se da en *Lectura expresiva* (1904) producto de ofrecer instrucciones a las maestras y maestros para el armado de las clases. El autor –José Figueira– mostraba que para enseñar a Sarmiento resultaba imprescindible considerarlo en la función de educador y militar, pero fundamentalmente señalando

[4] Fragmento de la biografía de San Martin, inserta en la *Galería de celebridades argentinas* (1857).

[5] Por consiguiente, en estos años la elite dirigente advirtió que «la preparación militar de los ciudadanos era un aspecto central de la formación de la nacionalidad» (Bertoni 2007, pág. 216).

[6] La tendencia continuará en los albores del siglo XX, por ello, *Lecturas argentinas* (1908) apelará a *Recuerdos de provincia* para seguir valorando al Sarmiento preocupado por la profesionalización del ejército (Estrada 1908, págs. 1-7). También puede referirse el caso de *Lectura expresiva* (1904), donde si bien no se escribe sobre el Sarmiento castrense, al momento de hablar de su legado aparece una imagen del sanjuanino luciendo uniforme militar.

al escritor y sus principales obras: *Facundo*, *Recuerdos de provincia* y *Conflicto y armonías de las razas en América* (pág. 269).

El Sarmiento de los manuales escolares del «orden conservador» es el educador que instruye en cuestiones de civismo, o el militar en procura de lograr fuerzas armadas preparadas para defender la patria y, también, es el escritor de textos moralizantes. Veamos otra lectura del periodo, esta vez en la pluma de Joaquín V. González, quien actuó en diversos cargos gubernamentales[7] y, al mismo tiempo, ofreció miradas críticas y posibles soluciones para encausar la gobernabilidad entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. En del amplio repertorio argumental dejado por González, pueden distinguirse al menos tres ejes principales en los cuales debía trabajarse según el riojano: la identidad nacional, la educación de las mayorías y la reforma electoral.

La identidad nacional. Para responder a la problemática del «cosmopolitismo», Joaquín González recurrió al positivismo y, además, tomó preceptos del modernismo para dar soluciones a los conflictos en torno a la argentinidad. El modernismo, entre otras cuestiones, reaccionó contra el materialismo y racionalismo positivista. En base a esto, entró el autor de *Mis montañas* al campo de disputa para configurar una nacionalidad rescatando los aportes de la poesía, la música, la literatura, etcétera.

González, inmerso en las corrientes señaladas, apelaría a la historia para precisar en qué consistía la argentinidad. Dentro de las publicaciones de carácter histórico, destaca *La tradición nacional* (1888). En dicho título justamente los usos de Sarmiento permiten divisar momentos positivistas y modernistas. En *La tradición* el autor refiere a *Conflicto y armonías* para explicar determinados rasgos de las ciudades y la población, exponiendo así la vigencia del positivismo cientificista característico en esa obra sarmientina. Al mismo tiempo, en *La tradición*, la faceta modernista del autor lo lleva a subrayar la importancia inigualable del *Facundo* por significar un texto literario donde prevalece la descripción de las cualidades inherentes de la Argentina. A partir de esto, Sarmiento es consagrado como «el escritor de la raza» (González 1912,

[7] En su vasta trayectoria, González ocupó los cargos de: docente, gobernador de La Rioja, diputado, ministro del interior, ministro de justicia e instrucción pública, presidente (rector) de la Universidad de La Plata, etcétera.

pág. 229). ¿Por qué González utiliza principalmente al Sarmiento escritor del *Facundo*?

Al diagramar la argentinidad, *La tradición* deja en claro la importancia del enfoque cientificista de *Conflicto y armonías*. Sin embargo, termina primando la dimensión modernista pues la redefinición del ser nacional, mediante la recuperación de los aspectos originales del pueblo, solo podía lograrse a través de la literatura y, por consiguiente, de los redactores. Incluso, años después en las páginas del *Juicio del siglo*, volverían las alabanzas hacia el Sarmiento escritor. Ahora, es menester enfatizar en que los continuos usos del Sarmiento escritor y del *Facundo* apuntaban también a destacar al propio Joaquín González, quien por entonces recibía el reconocimiento de algunos pares como loable literato.

También para González la educación común conformó parte crucial de las herramientas para superar las problemáticas argentinas. Bajo esa sintonía, el intelectual en cuestión, ineluctablemente, traía a colación al Sarmiento defensor y propulsor de las escuelas públicas. Asimismo, Joaquín González tomó cartas en el asunto y decidió editar libros destinados a las escuelas comunes, entre los que sobresale *Patria* (1900).

Las reflexiones vertidas en *Patria* tienden a marcar la importancia de formar ciudadanos con amor hacia la nación acentuando en el respeto por las instituciones. Siguiendo tal premisa, el riojano recurre a *Recuerdos de provincia* para rescatar a fray Justo Santa María de Oro. En las páginas de *Patria*, continuando el relato sarmientino, Oro era elogiado por su accionar en el Congreso de Tucumán en defensa del sistema republicano. En consecuencia «Cuando se dice, pues, que á fray Justo Santa María de Oro se le debe el establecimiento de la República, se expresa una irrefutable verdad histórica» (González 1900, pág. 131).

De igual manera, vale destacar, el texto citado no intervino únicamente en favor de la educación común. En *Patria* el autor hace usos de *Recuerdos* para exhibir la importancia de un provinciano como Santa María de Oro en la protección de la república. Joaquín González, nacido en La Rioja, de ese modo persiste con la intención de legitimarse en del círculo dirigente argentino al revelar que la solución a la situación política estaba en las mentes provincianas llamadas, por defecto, a oxigenar el pensamiento en Buenos Aires. En esta oportunidad, entonces, González requiere de *Recuerdos de provincia* para lograr ciertas metas generales y particulares. Para

cerrar con el presente apartado veamos cómo, quien supo dirigir la Universidad de La Plata, apela al legado sarmientino para avanzar en el tema nodal presentado al interior de la elite dirigente del «orden conservador»: la reforma electoral.

La redefinición y consolidación de la identidad nacional y la educación en procura de crear argentinos patriotas significaban pasos esenciales que debían coronarse con la transformación del sistema electoral. Para González, los vicios subyacentes a la vida electoral provocaron la deslegitimación democrática de los gobiernos en Argentina. En los tiempos del Centenario, previos a la sanción de la ley Sáenz Peña, el riojano advertía sobre la urgencia de cambios sin dejar de señalar la indispensable comunión entre voto y educación. Para ello, Sarmiento venía en auxilio: «La genial inspiración de Sarmiento comprendió desde luego que la atonía del espíritu cívico de sus compatriotas era un mal antiguo, que tenía echada profundas raíces en los hábitos sociales (…) Para él el problema del sufragio era problema de educación» (González 1935, págs. 262-265).

Respecto a los diversos mecanismos para lograr obtener modificaciones lo más efectivas posible, González, siendo ministro del interior en la segunda presidencia de Roca (1898-1904), promovió la aprobación del sistema uninominal por circunscripción. Para González no bastaba solo con ampliar los derechos y obligaciones en cuanto al voto, también resultaba necesario estrechar el vínculo entre los votantes y los candidatos. Su defensa del sistema uninominal circunscrito tomaba ese precepto, y para fundamentarlo recurría al Sarmiento de *Comentarios de la Constitución* (1853).[8] Es decir, en el Sarmiento precisado era el filoso lector político constitucional, el que divisó los problemas subyacentes en el marco legal iniciador del «orden conservador».

En el corpus citado, manuales de educación común y escritos de Joaquín González, no puede advertirse la preponderancia de un título específico de Sarmiento ni de una faceta particular del sanjuanino. El objetivo dictamina la utilización del legado sarmientino.

[8] «Es el fundamento que dan Sarmiento y Vélez Sarsfield en su mensaje; y si las grandes conmociones revolucionarias nos han azotado desde entonces acá, ¿Quién puede decir que no hubiéramos ganado mucho terreno en el camino de suprimirlas para siempre, si hubiéramos adoptado este sistema considerado por los juristas prácticos como uno de los que llevan a este resultado?» (González 1935, pág. 181).

De ahí que en determinados casos *Facundo* es recuperado, pero en otras oportunidades son obras como *Recuerdos de provincia*, *Comentarios de la constitución* o *Conflicto y armonías* las requeridas para respaldar los postulados expresados en las fuentes consultadas. A continuación veremos a José Ingenieros, quien también publicó textos donde utilizó al sanjuanino para plantear inquietudes y posibles propuestas superadoras para los inéditos tiempos vividos en el paso de la «república posible» a la «república verdadera».

11.3 Los usos de Sarmiento en Ingenieros

En 1911 Ingenieros daba a conocer, en la revista *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, «Sarmiento y Ameghino». En las páginas del mentado artículo, acudiendo las dos figuras referidas en el título, Ingenieros apuntaba principalmente las características del «genio». En líneas generales, el análisis del genio implicó un llamado para destacar la importancia de esos personajes como guías de las sociedades a lo largo de la historia.[9] ¿De qué manera Sarmiento sirvió para fundamentar los planteos del texto? Indaguemos este aspecto.

«Sarmiento y Ameghino» apareció en un año bisagra en la trayectoria de Ingenieros. Por entonces el médico concursó para ingresar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Sabido es que, a pesar de tener sobrados antecedentes para ganar el cargo, nuestro intelectual no resultó seleccionado por el presidente de entonces, Roque Sáenz Peña.[10] Dolido por la situación, Ingenieros decidió renunciar a los diversos trabajos y partir hacia Europa. «Sarmiento y Ameghino» reflejó el pesar causado en Ingenieros por esa situación. Incluso, modificaciones

[9] «(...) el genio es una convergencia de aptitudes personales y de circunstancias infinitas. Cuando una raza, un pueblo, una doctrina, un estilo, una ciencia o un credo, prepara su advenimiento histórico o atraviesa por una renovación fundamental, un heraldo aparece, extraordinario, nacido en propicio clima y en hora inequívoca, para simbolizar la nueva orientación de los pueblos ó de las ideas, anunciándola como artista ó profeta, desentrañándola como inventor ó filósofo, emprendiéndola como conquistador o estadista. Sus obras le sobreviven y permiten reconocer su huella a través del tiempo: ese hombre extraordinario es un genio» (Ingenieros 1911, págs. 203-204).

[10] En ese periodo el Poder Ejecutivo designaba a los docentes de la universidad.

mediante, tiempo después el autor optaría por incorporar el escrito a su libro mayormente difundido, *El hombre mediocre* (1913).[11] En consecuencia, como primer punto a considerar, Ingenieros cuando habla de Sarmiento, la mayoría de las veces se refiere a sí mismo.

El Sarmiento escogido por Ingenieros podría condensarse en la imagen del genio creativo, escritor y, también, incomprendido en su época. Inicialmente, el texto señala entre las fundamentales cualidades del genio a la carencia de valoración y entendimiento por parte de la sociedad que lo circunda. En el caso particular del sanjuanino, Ingenieros indica: «Sarmiento vivió solo entre muchos, ora expatriado, ora proscripto dentro de su país, yanqui entre argentinos, argentino en el extranjero, provinciano entre porteños, porteño entre provincianos» (Ingenieros 1911, pág. 212).

Ingenieros prefiere el perfil del Sarmiento solitario, la razón de esto posiblemente reside en dos causas. En primer lugar, el autor del artículo establece que existe una mínima porción de la sociedad capaz de comprender al genio, esta es la elite inteligente.[12] La motivación detrás de semejante observación emerge de la intención del intelectual por mostrar la importancia de ciertos grupos para dirigir los destinos del país. Resulta preciso recordar el rechazo de Ingenieros a las masas en el poder. Su postura lo llevó a expresar serios recaudos hacia la reforma electoral destinada a dar paso a «república verdadera».[13] Específicamente en el ideal de igualdad subyacía el gran peligro de eliminar al genio y las elites en las cuales encontraba sustento.[14]

---

[11] Precisamente, como es ampliamente conocido, *El hombre mediocre* sería dedicado por Ingenieros a Sáenz Peña.

[12] «Cada ideal puede encarnarse en un genio; pero al principio, y mientras va realizando su obra, esta solo es comprendida y estimada por un pequeño núcleo de espíritus esclarecidos» (Ingenieros 1911, págs. 204-205).

[13] Sobre la postura frente a la Ley Sáenz Peña, apunta Fernando Degiovanni que Ingenieros «no contempla en sus bases participación popular garantizada por el sufragio universal, sino algo distinto: la legitimación del rol dirigente de las "minorías del saber"» (Degiovanni 2018, pág. 78).

[14] Siguiendo a Terán, el perfil positivista llevó al psiquiatra a «mantener una relación conflictiva con el liberalismo. Más de una vez, en efecto, Ingenieros se opondrá "desde la ciencia" al triple dogma de la Revolución Francesa (*liberté, igualité, fraternité*)» (Terán 2015, pág. 150). En ese sentido, Ingenieros señalaba la oposición entre la democracia y el genio: «La democracia conspira contra él con el silencio o con la detracción» (Ingenieros 1911, pág. 212). Y, finalmente, concluía: «La multitud estrecha sus filas para defenderse de los hombres originales, como si fuera un cri-

Sin embargo, el genio «solitario» va más allá del rechazo de las masas, además Ingenieros utiliza a Sarmiento para mostrarlo independiente de toda influencia o poder proveniente de la política estatal. En ese sentido apuntaba: «Se mantuvo ajeno y superior a todos los partidos, incapaces como eran para contenerlo. Todos lo reclamaban y lo repudiaban alterativamente; cada uno tenía sus dogmas, sus tradiciones, su santoral, su dialecto, y Sarmiento solo podía vivir con libertad ilimitada» (Ingenieros 1911, pág. 207). El médico palermitano, reacio al vínculo con el poder político, recurre al sanjuanino en procura de consolidar la figura del intelectual moderno con la cual añoraba identificarse.[15] En este punto, es necesario indicar, más que nunca que Ingenieros encarna a Sarmiento.[16]

Las otras facetas sarmientinas recuperadas en el texto indagado son la del educador[17] y, principalmente, la del escritor del *Facundo*. En lo atinente a esto último, Ingenieros acude al Sarmiento cuya valentía le permitió publicar una obra dirigida a confrontar con Juan Manuel de Rosas «que también era genial en su tiempo y en su medio. Por eso hay no sé qué de apocalíptico en los apostrofes de *Facundo*, asombroso enquiridión que parece un reto de águila a águila, lanzado por sobre las cumbres más conspicuas» (Ingenieros

---

men la desigualdad» (Ingenieros 1911, pág. 219). En el caso particular de Sarmiento, apuntaba el intelectual: «EI ambiente acosaba a Sarmiento por todas partes con la fuerza del número, irresponsable ante el porvenir» (Ingenieros 1911, pág. 219).

[15] Terán sitúa a Ingenieros entre los iniciadores de la figura del intelectual moderno en nuestro país, entendiéndose como tal a «aquel sujeto que legitima su actividad y obtiene su sustento del ámbito estrictamente intelectual. Esto es, su identidad profesional y su prestigio social derivan del desarrollo de una serie de destrezas, saberes y prácticas letradas, es decir, destrezas y saberes literarios, científicos, estéticos, etcétera» (Terán 2015, pág. 148).

[16] Es interesante destacar que Ingenieros es consciente del momento por el que atravesaba, donde podía plantear la desvinculación entre el campo intelectual y las instituciones políticas. Por ello no negaba la participación de Sarmiento en cuestiones de gobierno; al contrario, las valoraba, pero aclarando que respondían a prácticas de un periodo pasado: «Lanzando a la política, que en su época era la natural palestra de la vida pública, Sarmiento personifico la más grande fecha entre el pasado y el porvenir del país, asumiendo con exceso la responsabilidad de su destino» (Ingenieros 1911, pág. 207).

[17] «Tenía Sarmiento la clarovidencia del fin y había elegido sus medios: organizar civilizando, elevar educando» (Ingenieros 1911, pág. 207).

1911, pág. 213). La utilización del *Facundo* por Ingenieros quiere exponer la importancia de textos incisivos, tal como pretende que sea visto «Sarmiento y Ameghino», para intervenir en el debate y poner en discusión el poder de los mediocres gobernantes.

Por todo lo manifiesto, la fuente interrogada evidencia el continuo interés del autor por hacer usos del legado sarmientino para exhibir la importancia de los intelectuales como guías de la sociedad en los tiempos finales de la «república posible». Intencionalmente, el Sarmiento educador y escritor del *Facundo* confluyen en ese propósito. Esta operación de Ingenieros continuará, luego de su regreso de Europa, con la publicación de la última edición de *Sociología Argentina*. Por entonces iniciaban la «república verdadera» y la estrategia del sociólogo estudiado presentará matices ineludibles de atender.

Una aclaración oportuna. En realidad, si nos guiamos por la trayectoria editorial de *Sociología Argentina* podemos advertir que la obra tiene la particularidad de ser publicada por vez primera en 1908, apareciendo la versión final en 1918. Es decir, el libro atraviesa y, en consecuencia, enseña el pensamiento de Ingenieros en los momentos de la «república posible» y la «república verdadera».[18] Ahora, para mi análisis tomaré la tercera parte, agregada a la edición seleccionada en el periodo donde los «conservadores» cayeron en las urnas ante el partido radical.

Entre las continuidades en torno a las consideraciones sobre Sarmiento, *Sociología Argentina* vuelve al genio incomprendido. Si bien este aspecto no es ampliamente trabajado en el texto, Ingenieros requiere insistir en esa cualidad, incluso transcribiendo algunos párrafos de «Sarmiento y Ameghino».[19] Además persiste la apelación al maestro: «Tenía la clarividencia del ideal y había elegido sus medios: organizar civilizando, elevar educando» (In-

[18] Incluso, es preciso apuntar, algunos de los textos de la fuente estudiada fueron publicados previamente a su edición en libro. En ese sentido, Mariano Plotkin señala el carácter «aluvional» de *Sociología argentina* y lo define como «un muestrario de la evolución de las ideas y de las preocupaciones temáticas del autor entre 1899 y 1918» (Plotkin 2021, pág. 142).

[19] Por ejemplo, Ingenieros insertaba en *Sociología argentina* las siguientes líneas de «Sarmiento y Ameghino»: «Sarmiento vivió solo entre muchos, ora expatriado, ora proscripto dentro de su país, yanqui entre argentinos, argentino en el extranjero, provinciano entre porteños, porteño entre provincianos» (Ingenieros 1918, pág. 378).

genieros 1918, pág. 371).[20] Pero, consecuente con la publicación anterior, el mayor vigor lo puso el autor en los usos del *Facundo*.

Inicialmente, Ingenieros retoma el Sarmiento escritor del *Facundo*, enfatizando en la capacidad de los textos para intervenir y orientar a las sociedades. Bajo tal consigna, nuestro médico definía al *Facundo* como

> «el clamor de la cultura moderna contra el crepúsculo feudal. Crear una doctrina justa vale ganar una batalla para la verdad; más cuesta presentir un ritmo de civilización que acometer una conquista. Un libro es más que una intención: es un gesto. Todo ideal puede servirse con el verbo profético. La palabra de Sarmiento parece bajar de un Sinaí» (Ingenieros 1918, pág. 371).

Pero los usos del *Facundo* no quedan allí. Acorde a los nuevos tiempos atravesados por el intelectual nacido en Palermo, es posible advertir variaciones en las maneras de recuperar el legado del sanjuanino. En primer lugar, y siguiendo con la idea del poder de los libros, Ingenieros respecto al Sarmiento escritor agregaba: «Sacude a todo un continente con la sola fuerza de su pluma» (Ingenieros 1918, pág. 371). La intención del autor apunta a dar características continentales a la importancia del cuyano.[21] Probablemente, subyacen en ese objetivo las pretensiones imperialistas de José Ingenieros, quien pensaba al imperialismo caracterizado «por un expansionismo especialmente esencialmente pacífico y difusor de la civilización» (Terán 2015, pág. 153).

El otro aspecto destacado del *Facundo* es la clave sociológica del libro. Ingenieros busca mostrar que la invalorable lectura efectuada por Sarmiento de la Argentina posrevolucionario residió en el insipiente empleo de la sociología. Para fundamentar el postulado, hace hablar al sanjuanino y expresa: «Un sociólogo –dice Sarmiento– que hubiese llegado a penetrar en el interior de nuestra vida política, premunido del conocimiento de las teorías sociales, "hubiérase explicado el misterio de la lucha obstinada que des-

[20] En otro párrafo expresaba el autor: «Cíclope en su faena, vivía obsesionado por el afán del educar; esa idea gravitaba en su espíritu como las grandes moles en el equilibrio celeste, subordinando a su influencia todas las masas menores de su sistema cósmico» (Ingenieros 1918, pág. 371).

[21] También señalaba que el inclaudicable trabajo de Sarmiento encarnaba una causa continental: «Personificó la más grande lucha entre el pasado y el porvenir del continente, asumiendo con exceso la responsabilidad de su destino» (Ingenieros 1918, pág. 375).

pedaza a la república"» (Ingenieros 1918, pág. 379). En resumidas palabras, la sociología emergía para el autor como la ciencia capaz de entender con mayor precisión las problemáticas del país. Así, indefectiblemente, *Sociología argentina* manifestaba su importancia para la época. El *Facundo* en este punto constituye la parte inicial de la operación de Ingenieros. En realidad, el pensador encuentra mejores elementos para avanzar con los nuevos postulados en *Conflicto y armonías de las razas en América*.

Ingenieros es claro en este punto, *Facundo* y *Conflicto y armonías* conforman dos libros cruciales en el legado del sanjuanino, al punto de concebirlos como «Las dos obras cardinales de Sarmiento tienen unidad de orientación y dejan una enseñanza precisa» (Ingenieros 1918, pág. 394). Pero también el autor señala que ambas publicaciones no implican una unidad, al contrario, la segunda entrama un paso más en la maduración del pensamiento sarmientino. Por ello podemos mencionar la siguiente distinción en la fuente consultada: «*Facundo* era la descripción del conflicto entre el pasado, colonial y bárbaro, y el porvenir, argentino y civilizado. *Conflicto* es la explicación de aquellas cosas admirablemente descritas» (Ingenieros 1918, pág. 392). ¿Cuáles son los motivos latentes en la referida lectura de Ingenieros? La respuesta presenta diversas aristas.

Para Ingenieros la clave residía en recuperar la obra más cercana a la sociología. Y, si bien, para el pensador ningún texto sarmientino pertenece estrictamente al campo sociológico,[22] *Conflicto y armonías* «tiene, en rigor, pretensiones más propiamente sociológicas» (Ingenieros 1918, pág. 394). Incluso, ampliando las referencias a Sarmiento y su legado teórico, concluye Ingenieros que en «relación a la sociología general, es evidente que no ha creado una teoría o una doctrina que le pertenezca de manera exclusiva; podría agregarse que no alcanzó a modelar bien su pensamiento sobre las grandes líneas de Spencer, como intentó hacerlo en sus últimos» (Ingenieros 1918, pág. 393).

La intención en este punto consiste en exteriorizar la previa inexistencia a Ingenieros, y *Sociología argentina*, del campo socio-

[22] Respecto al *Facundo* y *Conflicto y armonías*, apuntaba Ingenieros: «Esos dos libros, de indudable interés para la sociología argentina, le señalan como un precursor, entre nosotros, de esa disciplina que alcanzó a barruntar en avanzada hora de su vida» (Ingenieros 1918, pág. 392).

lógico bajo los cánones del cientificismo. La razón para tamaña exposición puede hallarse en los trabajos de Alejandro Herrero, para quien el italiano buscó inscribir a la sociología en una tradición de estudios y destacó a las figuras –Echeverría, Alberdi y Sarmiento– precursoras de esa línea, pero siempre aclarando que se trataron de «exploraciones "intuitivas", de "esbozos inorgánicos", esto es, no están a la altura de la obra científica de un sociólogo, ni de un estudio "orgánico", "sintético" de la realidad nacional. Se identifica con ellos, pero siempre los mira desde arriba» (Herrero 2012, pág. 68). En breves palabras, Ingenieros marcaba con sus aportes el inicio del criterio de cientificidad, lo previo no encajaba en ese rubro, lo nuevo debía seguir las reglas exhibidas por el autor del *Hombre mediocre*. Mediante semejante preceptiva resulta más evidente la búsqueda del psiquiatra por presentarse como la solución intelectual-científica ante las cuestiones políticas resultantes del cambio de la «república posible» a la «república verdadera».

Los tiempos políticos emergidos a partir de la ley Sáenz Peña provocaron transformaciones en Ingenieros y su vínculo con el gobierno. Ingenieros procuró poner sobre el tapete la importancia del conocimiento científico propio de los sociólogos para integrar la elite encargada de dirigir los destinos del país.[23] La utilización Sarmiento pretendía concretar esa meta, en consecuencia *Sociología argentina* presentaba al *Facundo* como «las primeras orientaciones político-sociológicas de Sarmiento, en que el doble ambiente, geográfico y social, constituye la premisa de todas sus indicaciones» (Ingenieros 1918, pág. 391). Pero las experiencias posteriores llevaron al cuyano a perfeccionar los postulados: «Sobre ellos volvió cuarenta años más tarde, en *Conflicto*, completándolas con el estudio de las razas, conforme a un programa vasto y sintético que, por desgracia, no pudo llenar totalmente» (Ingenieros 1918, pág. 391).

Recurrir a *Conflicto y armonías* permitía fundamentar la posición del científico aunque, siguiendo con la cita anterior, en esta oportunidad Ingenieros dio un paso más al mostrar la falta de ejecución del plan del sanjuanino, plan llamado a culminarse en manos

[23] Ingenieros en parte lograría su objetivo cuando fuera llamado por el presidente Hipólito Yrigoyen para colaborar en dar solución a determinados conflictos sociales. Aunque, según señala Mariano Plotkin, paradójicamente durante «al República Verdadera, Ingenieros adquiría el estatuto de intelectual público, posición lograda en detrimento de su posición como científico» (Plotkin 2021, pág. 181).

de la nueva generación científica. ¿En qué radica el programa a completar? El mismo texto lo señala: avanzar en la cuestión racial, el tema nodal abordado por el último Sarmiento.

Las consideraciones raciales en Ingenieros tuvieron dos aristas, la biologicista y la cultural. Según indica Plotkin (2021), *Sociología argentina* expone ambas facetas del pensamiento del intelectual; respecto a la segunda, apunta el historiador: «Ingenieros señalaba la coincidencia entre los conceptos de raza y nación; es decir, que prácticamente habría tantas razas como grupos nacionales, los que, por otro lado, no necesariamente coincidían con las fronteras políticas» (pág. 147). La fuente indagada utilizaba a Sarmiento para aplicar parte de esa clave interpretativa, incluso destacaba la importancia del medio para amoldar a las personas. Por consiguiente, *Sociología argentina* expresaba: «Probable es que si Rosas hubiera hecho su educación en Europa y no en las estancias, habría sido un Alvear o un San Martín; y cualquiera de éstos, modelado en la vida de estancia, habría podido resultar un Rosas» (Ingenieros 1918, pág. 414).

Pero, a mi entender, en los usos del sanjuanino, será la dimensión biologicista la mayormente aplicada. Ingenieros acudiría al determinismo biológico para revelar el éxito, en el continente americano, de la raza blanca al momento de consolidar el modelo político republicano en Estados Unidos.[24] No es casualidad que el apartado destinado a Sarmiento concluyera con estas palabras:

> «¡Nunca se apague el eco de esas palabras de Sarmiento! Trabajemos para ser como los Estados Unidos: una raza nueva desprendida del tronco caucásico, plasmada en una naturaleza fecunda y generosa, capaz de creer en grandes ideales de porvenir y de marcar una etapa en la historia futura de la civilización humana» (Ingenieros 1918, pág. 426).

[24] Advirtiendo este lineamiento en el pensamiento de Ingenieros, apunta Herrero: «Ingenieros subraya que el problema sudamericano es claramente visible a los ojos de Sarmiento: las razas sudamericanas no pueden crear instituciones democráticas, republicanas, ni una economía moderna tal como lo hicieron los quákeros y puritanos de raza blanca en Nueva Inglaterra porque en Sudamérica no venció esta raza, sino que se produjo una mestización de españoles con indígenas. En síntesis: la llamada barbarie sudamericana se explica por el cruzamiento de las razas indígena con la española» (Herrero 2012, pág. 69).

Ingenieros aprehendía los planteos raciales de Sarmiento para, de ese modo, hacer ver las incertidumbres subyacentes en la naciente «república verdadera». La democracia tenía un problema de raza, cuya solución residía en perfeccionar la población local, sea con la llegada de inmigrantes o con la educación de las masas. Estas observaciones me llevan a desarrollar algunas consideraciones finales.

11.4 Consideraciones finales

El breve recorrido efectuado en el transcurso del presente capítulo permite advertir diversos matices en los usos de Sarmiento y su legado. En primer lugar, en la pluma de Joaquín González y, también, en los libros pensados para la educación común, no es posible divisar la predilección por *Facundo* ni de otra publicación del sanjuanino. Los múltiples frentes atendidos por las fuentes no evidencian que una sola obra sarmientina fuera suficiente para contenerlos. En cuanto a Ingenieros, el panorama resulta más claro.

Inicialmente, vale apuntar, en los tiempos de la «república posible» el *Facundo* le bastó a Ingenieros para contener los objetivos de mostrar la importancia de los hombres superiores –los «genios»–. En «Sarmiento y Ameghino», el autor tenía la intención de equipararse al sanjuanino, cuando refería a Sarmiento y al *Facundo* en realidad hablaba de él mismo. Y si esto fue así se debió a que, en esa obra del cuyano, Ingenieros hallaba los elementos para fundamentar su propia trayectoria en el «orden conservador». Empero, en el periodo de la «república verdadera», el *Facundo* dejó de ser suficiente para cubrir las posibilidades abiertas con el nuevo marco democrático. Por ello *Conflicto y armonías* entra en escena y ocupará el pedestal de los textos publicados por el cuyano.

En *Sociología argentina* Ingenieros cambia de estrategia, ahora utiliza a Sarmiento para mostrarse como su continuador o, incluso, como el superador del cuyano. Para lograr concretar esta operación, el intelectual palermitano necesita de *Conflicto y armonías*, requiere de las enseñanzas de la obra pero también de los temas que dejó inconclusos. Es decir, *Conflicto y armonías* significaba la mejor publicación sarmientina, pero no llega a conformar una obra científica ni tampoco Sarmiento logró completar el plan trazado en dichas páginas. En consecuencia, los usos del pasado le facilitaban a Ingenieros hacer ver la importancia de *Sociología argentina* para

fundar el campo científico y, de ese modo, exponer la relevancia de su figura para ofrecer las soluciones concretas para la Argentina de la «republica verdadera».

Referencias bibliográficas

BERTONI, LILIA ANA

2007 *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en páginas 264, 265.

DEGIOVANNI, FERNANDO

2018 «Un breviario de moral cívica: José Ingenieros y la Evolución de las ideas argentinas», en *La Argentina como problema*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 270.

ESTRADA, TOMÁS

1908 *Lecturas argentinas*, Buenos Aires: Ángel Estrada, referencia citada en página 265.

GONZÁLEZ, JOAQUÍN

1900 *Patria*, Lajuane, referencia citada en página 267.

1912 *La tradición nacional*, 2.ª ed., Librería la Facultad, vol. 2, referencia citada en página 266.

1935 *Sarmiento*, en, *Obras completas de Joaquín González*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, vol. XV, referencia citada en página 268.

HERRERO, ALEJANDRO

2012 «Leopoldo Lugones y José Ingenieros: su homenaje a Domingo», en *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, vol. 14, n.º 2, referencia citada en páginas 275, 276.

INGENIEROS, JOSÉ

1911 «Sarmiento y Ameghino», en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 9, n.º 26, referencia citada en páginas 269-271.

1918 «La psicología de los celos», en *La novela semanal*, vol. 2, n.º 57, referencia citada en páginas 272-276.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en páginas 261, 272, 275, 276.

TERÁN, OSCAR

2000 «El pensamiento finisecular (1880-1916)», en *Nueva Historia Argentina*, vol. 5: *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Bunos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 264.

2015 *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en páginas 264, 270, 271, 273.

CAPÍTULO 12

El Echeverría de Ingenieros. Usos y apropiaciones

SEBASTIÁN ALEJO FERNÁNDEZ*

12.1 Introducción

En las inmediaciones del centenario de la gesta revolucionaria de mayo, Argentina se encontraba sumida frente a una serie de enormes desafíos. Como corolario del gran proceso de inmigración de masas, cuya máxima expresión se manifestó a finales del siglo XIX, la emergencia de la *cuestión social* cobró una importante dimensión en el encadenamiento de la construcción de la nación y la nacionalidad argentina. En efecto, la llegada masiva de contingentes de inmigrantes y la necesidad de articularlos en el ejercicio y a las prácticas de la ciudadanía argentina supusieron un enorme foco de preocupación para el gobierno y algunos hombres de letras y ciencia.

En un artículo de reciente publicación, he investigado en torno a la cuestión social y su relación con políticas laborales. En ese sentido, es importante afirmar que la situación social y laboral argentina hacia los inicios de 1900 demostraba un enorme nivel de precariedad y desigualdad. La masa obrera, integrada principalmente por los inmigrantes, se asentó en las grandes urbes y conformó el núcleo de los trabajadores asalariados que se insertaron a la pobrísima estructura laboral argentina. La organización de estos inmigrantes se realizó conforme su nacionalidad, surgiendo

* Universidad del Salvador (USAL).

así diversos barrios y agrupaciones como los había nacionalidades. Las ideologías que estos extranjeros habían traído de Europa influyeron en dichas asociaciones. De esa manera, las corrientes socialistas y anarquistas se encontraban instaladas en el seno de un nuevo sector social en estado latente de ebullición frente a la situación laboral. Prontamente, el estallido se hizo presente con la conformación de organizaciones de trabajadores que utilizaron la huelga como método de protesta en búsqueda de mejores condiciones laborales y remuneraciones (Fernández 2022).

Estas preocupaciones permearon en la búsqueda de un modelo reformista liberal. El llamado reformismo liberal[1] fue impulsado por jóvenes profesionales partidarios del Partido Autonomista Nacional, el Partido Socialista y el Partido Católico. El objetivo fue el de formular, mediante diversas políticas, una respuesta frente a la imperante realidad social que atravesaba el país. Ciertamente, los alcances de este modelo reformista liberal no fueron muy importantes pero marcaron la pauta en el ensayo de respuestas gubernamentales a problemas sociales.

La educación fue uno de los aspectos atravesados por el reformismo liberal.[2] Escuela y formación ciudadana fueron articuladas dentro de un programa dirigido por el estado nacional. Se destacaron las figuras de Joaquín V. González, José María Ramos Mejía y Ricardo Rojas que conjugaron sus aspiraciones en un programa, a partir de 1908, conocido como educación patriótica.

Lo que vinculó a los tres personajes mencionados anteriormente es que hablan como la voz del Estado:

> «Este proyecto educativo fue impulsado desde diferentes organismos estatales y difundido por medio de publicaciones oficiales. El normalismo, aunque sería más adecuado hablar de normalismos siguiendo a Herrero, hizo de la educación patriótica su bandera lo que a su vez le otorgaba su legitimidad» (Herrero 2021, pág. 164).

A grandes rasgos, se puede mencionar que el objetivo fundamental de la educación patriótica era la de utilizar los recursos del

[1] Se desataca la obra de Zimmermann (1995).

[2] Para profundizar sobre la educación finisecular véase Guic (2021) y Herrero (2021). Ciertamente, existe una profusa bibliografía sobre la educación, se destacan las obras de la doctora Guic y el doctor Herrero por sus valiosos análisis y aportes metodológicos.

Estado en materia educativa para modelar a las infancias dentro de un programa ciudadano nacionalista.

Es en este entorno donde se desarrolla la actividad intelectual de un inmigrante italiano llamado Giuseppe Ingegnieros.[3] No es objeto de este capítulo hacer una semblanza biográfica de José Ingenieros, pero sí considero necesario subrayar algunas líneas fundamentales necesarias para poder ahondar en el estudio de su obra:

> «La figura de José Ingenieros funciona, entre la última década del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX, como un prisma que refracta un haz de luces muy diversas, del librepensamiento al anarquismo, del socialismo al antiimperialismo, del positivismo al espiritualismo. Un prisma que ofrece múltiples y acaso desconcertantes facetas: la del masón y la del hombre público; la del militante político y a la vez el hombre de ciencia; la del "fumista" de la bohemia porteña y la del maestro de las juventudes de la Reforma Universitaria; la del tratadista científico y la del escritor modernista; la del cientificista comprometido con el más férreo determinismo y la del ensayista comprometido con el idealismo moral» (Tarcus 2020, pág. 9).

El abordaje multidisciplinar de su obra compone un abanico de vastos alcances. Aquí nos dedicaremos al análisis de la figura de Esteban Echeverría en dos de sus obras más importantes: *Sociología argentina* (De la cual se tomará su edición definitiva –7° edición– de 1918) y *La evolución de las ideas argentinas*, obra que es editada con posterioridad a su fallecimiento.

La preocupación de Ingenieros por edificar una sociología de carácter autóctono y de la constitución de la nación y nacionalidad argentina se ciñeron a un período donde el acento de sus preocupaciones se enmarca en los aspectos morales y éticos de la sociedad argentina, cuestión que se evidenció en las páginas de las obras ya mencionadas.

Es aquí donde Ingenieros se vinculó con el pensamiento de Esteban Echeverría. La perspectiva de construir un breviario de moral cívica emparentó a ambos actores.

El uso de la figura de Echeverría por parte de Ingenieros no es azaroso. Su elección respondió a la necesidad de construir su

[3] Conocido en Argentina como José Ingenieros. A partir de 1913, tras una estadía en Europa producto de una disputa con el presidente Roque Sáenz Peña, castellaniza su apellido como Ingenieros. En adelante, se lo mencionará como José Ingenieros o simplemente Ingenieros.

propio paradigma asentando las bases de su edificio en las interpretaciones sociológicas del poeta romántico. En la apropiación que hizo de Echeverría, Ingenieros creó la imagen de un hito fundacional comparable a la ley de los tres estados de Auguste Comte. Así como para el filósofo francés la primera etapa, teológica, era el fundamento sobre la que se constituían las subsiguientes, metafísica y científica, para Ingenieros, Echeverría era el primer y necesario paso para el desarrollo de etapas superiores caracterizadas por los postulados de Alberdi y Sarmiento, en ese orden.

12.2 *Sociología argentina* y *Evolución de las ideas argentinas*

Aquí se analizarán las obras elegidas. Esta búsqueda tiene por objeto la indagación de sobre cómo fueron pensadas y escritas dichas obras para una mejor compresión de las mismas y de cómo el autor construyó a Esteban Echeverría.

Sociología argentina fue un volumen que comprendió diversos ensayos y exposiciones de Ingenieros. Inicialmente, la obra fue publicada en 1908 siendo reeditada en múltiples oportunidades con nuevos agregados. Para este estudio, se eligió la séptima edición, ya que esta es la versión definitiva.

La misma está compuesta de cuatro grandes partes: La primera se tituló *La evolución sociológica argentina* y está integrada por trabajos efectuados entre 1901 y 1910. En su núcleo fundamental, esta sección responde a un escrito de mismo nombre publicado en 1910.

La segunda parte se denominó *Crítica sociológica* y se compone de seis artículos donde hace la crítica de distintas obras contemporáneas. Entre ellas, *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía, *La ciudad indiana* de Juan Agustín García, *Nuestra América* de Carlos Bunge, *La anarquía argentina y el caudillismo* de Lucas Ayarragaray y *La ética social* de Agustín Álvarez junto a un resumen titulado *Socialismo y legislación del trabajo* publicado originalmente por Ingenieros en París como *La législation du travail dans République Argentine* en 1906.

La tercera parte se llamó *Los iniciadores de la sociología argentina* y fue agregada en esta edición. En ella se estudian las doctrinas sociológicas de Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento.

Para concluir, la cuarta parte encabezada por el nombre *La formación de la raza argentina*, también incluida en la última edición, ahonda en los fundamentos históricos y biológicos de la conformación de las razas americanas en general y la argentina en particular. Estas últimas dos secciones de la obra pueden fecharse entre 1915 y 1916 con lo que son expresión manifiesta del pensamiento del autor al momento de su publicación.

A grandes rasgos, la obra de Ingenieros pretendió crear las bases de una sociología argentina en clave científica positivista. La misma se encuentra atravesada por un fuerte determinismo biológico spenceriano.

En la primera parte, la preocupación por la interrelación directa entre la psicología social y la sociología biológica y la economía política se constituye en una formulación definida por Ingenieros como *economismo histórico* entendido como la aplicación de la sociología biológica. Es decir, la evolución de las sociedades humanas efectuada dentro de leyes biológicas especiales, que son las leyes económicas (Ingenieros 1946, pág. 23).

Esta noción de *economismo histórico* se compone como el aporte teórico fundamental del ensayo de Ingenieros.

La segunda parte se dedica a criticar trabajos de sus contemporáneos. Si bien reconoció aportes en las diversas obras que analiza, Ingenieros considera estas contribuciones subsidiarias a su planteo sociológico siendo este de carácter integral.

La tercera parte es la de mayor interés para este trabajo. Allí Ingenieros encontró en los pensadores del siglo XIX que estudiaba el sustento de una construcción sociológica nacional en clave unilineal ascendente. Echeverría, de quien se hablará más adelante, fue el primero en indagar sobre estas cuestiones aunque lo realiza en clave literaria. Esta lectura fue comprendida por Ingenieros como un defecto, ya que no revestía un carácter científico.

Alberdi fue su continuador y aportó al pensamiento sociológico un fundamento económico. La vinculación de sociología y economía importa al autor, ya que representaba la postura explicitada en la primera sección de su obra. Finalmente, Sarmiento fue el más fecundo de todos ellos, ya que logró articular la sociología al medio y la raza en un axioma cristalizado en *Facundo*.

La cuarta y última parte, Ingenieros fundamentaba el origen de las razas americanas, su desarrollo en base a la adaptabilidad al medio geográfico y la evolución de la raza argentina. En sus

formulaciones, aceptaba la necesidad de imponer un proceso inmigratorio para mestizarlo con la población argentina y así constituir la formación de la raza y nacionalidad argentina depurando elementos inferiores.

La sociología argentina de Ingenieros vinculaba mediante perspectiva científica una disciplina moral que estudiaba la evolución social dentro de un medio y concurso histórico determinado.

Algunos de los temas trabajados en esta sección se desarrollan con mayor amplitud en la siguiente obra de Ingenieros que se analizará.

La evolución de las ideas argentinas fue inicialmente publicada en dos tomos en 1918 y 1920. Cada tomo representó un cuerpo distinto de esta obra.

En primer lugar, se encuentra *La revolución*. En este apartado, Ingenieros comenzó a construir el desarrollo histórico del pensamiento nacional, tomando como génesis a la mentalidad colonial que sirve como prefacio. En el curso de ese tomo, se fundamentaban las posiciones filosóficas y políticas que motivaron el proceso revolucionario de 1810 hasta el final del gobierno de Rivadavia. Fueron las disputas entre estas dos filosofías políticas las que articularon el escenario histórico analizado. Junto a ellas, se entrelazaban los elementos sociales, religiosos y educativos de este período y que funcionan como apoyo del apartado sociológico del estudio.

El segundo libro, llamado *La restauración* continúa con el desarrollo histórico desde el punto dejado en el tomo anterior. Aquí el autor avanzó dentro de la misma estructura de estudio que efectuó para el período anterior pero en torno a lo que denomina como contrarrevolución y que encarnó en la figura del dictador Juan Manuel de Rosas como un señor feudal. Esta sección concluye con un capítulo llamado *Los saintsimonianos argentinos* donde se esbozó la caracterización de la denominada generación del 37', su ideología y el desarrollo de la filosofía social de Alberdi junto al pensamiento sociológico de Echeverría. Es en esta última parte donde Ingenieros construyó nuevamente la imagen de Echeverría.

Esta obra iba a finalizar con un tercer libro titulado *La organización*. Sin embargo, la temprana muerte de Ingenieros dejó inconclusa esta sección de la cual se ha publicado una primera parte rescatada de entre sus borradores. Si bien incompleto, el primer capítulo de este libro nos otorga una síntesis acabada de

la estructura general que guía el desarrollo de *La evolución de las ideas argentinas*:

> Toda transmutación histórica tiene tres fases:
>
> I. – Los ideales revolucionarios se postulan como doctrinas universales y obran con ese carácter mezclando lo posible con lo imposible.
>
> II. – Fracasan parcialmente por la resistencia que les oponen los intereses creados de las diversas realidades sociales, demostrando y eliminando lo imposible, aunque transitoriamente también se elimina lo posible: restauración.
>
> III. – Se establece el equilibrio renunciando a lo imposible y realizando lo posible: organización.
>
> Revolución, Restauración, Organización (Ingenieros 1994, págs. 353-354).

Así este principio puede ser expresado a través de los actores políticos que intervinieron en cada una de las etapas propuestas por Ingenieros:

1) Revolución: De Moreno a Rivadavia.
2) Restauración: De Pueyrredón a Rosas.
3) Organización: De Urquiza a Roca.

Como fuera mencionado con anterioridad, *La evolución de las ideas argentinas* profundizó las reflexiones iniciadas en *Sociología argentina* y las integró al escenario de la historia argentina. Toda la construcción histórica y sociológica que Ingenieros realizó se asentó sobre la base de la primacía de una concepción biologicista de los factores económicos, el medio y el desarrollo del cuerpo social en el devenir histórico.

Sociología argentina y *La evolución de las ideas argentinas* forman parte de las obras más destacadas de José Ingenieros. La primera, por la distancia y diversidad entre los escritos que componen su séptima edición, constituyó un escrito heterogéneo hilvanado por una temática común. La segunda compuso una imagen más cohesionada en la mayúscula empresa que implicó su objeto de estudio a pesar de que se encuentre incompleta.

En estas obras, Ingenieros construyó una imagen de Echeverría que le permitió validar sus operaciones. A continuación se verá de qué forma Ingenieros se apropió de esa imagen y que uso le confirió.

12.3 El Echeverría de Ingenieros

«Sin ser propiamente un sociólogo, Esteban Echeverría, es, sin duda, el iniciador de los estudios sociológicos en la Argentina» (Ingenieros 1946, pág. 303). Con esa frase inicial del capítulo llamado *El pensamiento sociológico de Echeverría* de *Sociología argentina* se explicitaba el sentido del uso que Ingenieros otorgó a la imagen del poeta romántico.

Tras avanzar velozmente sobre una enumeración de los sucesos de la vida de Echeverría y sus lecturas, Ingenieros menciona las obras de este autor, pero hizo una curiosa selección. En primer lugar se menciona el *Código o Declaración de principios* de la Asociación de Mayo, luego menciona el discurso publicado como *Mayo y la enseñanza popular en el Plata* en ocasión de la celebración del 25 de mayo en 1844 junto a una obra que surge de idénticas motivaciones pero por encargo de Andrés Lamas como ministro de instrucción pública en Montevideo, el *Manual de enseñanza moral*. Finalmente, concluye con la mención de algunos textos menores que son escritos en el seno de su actividad como integrante del Instituto de Instrucción Pública de Montevideo que fueron rescatados y publicados por Juan María Gutiérrez en 1874.

Es interesante observar que Ingenieros destacó obras de carácter político y educativo pero ninguna mención hizo de las obras más afamadas de Echeverría, las literarias. Esto puede explicarse por la propia posición de Ingenieros. Él fue un hombre de ciencia y se encontraba construyendo las bases de una sociología científica, ciertamente rehusó de cualquier elemento literario del poeta romántico. Esto se hace patente cuando afirma, al realizar su examen sobre el discurso *Mayo y la enseñanza popular en el Plata*, que a pesar de que se expresa el pensamiento de un filósofo social y una justa visión de conjunto digna de un sociólogo, un poco de literatura afea el estilo (Ingenieros 1946, pág. 305).

Así mismo, Ingenieros reflexionó sobre una característica en el pensamiento del pensamiento echeverriano que va a contramano de la observable en hombres políticos. Esto es, la acentuación de sus ideas revolucionarias en edad madura.

Prueba de ello, es cuando Ingenieros avanza sobre las fuentes de las doctrinas de Echeverría. Empieza entonces por el año 1846, cuando surgió el intento de conformar un partido político denominado *Asociación de Mayo* para lo cual se sirvió de reformular

el *Código o creencia* para resignificarlo como *Dogma Socialista*. Ingenieros plantea una serie de puntos que distanciaban a ambos escritos:

1) La Creencia no era antirrosista; el Dogma lo es.
2) La Creencia era fríamente antiunitaria; el Dogma lo es con apasionamiento.
3) La Creencia era cristiana-liberal; el Dogma es. cristiano-anticlerical.
4) La Creencia era más humanitarista; el Dogma es más nacionalista.
5) La Creencia era una glosa de escritos doctrinarios europeos; el Dogma resulta argentinizado por los comentarios de la Ojeada.
6) La Creencia es democrático-social, con fuerte influencia mística de Lamennais; en el Dogma es más neto el influjo socialista de Leroux.
7) La Creencia quería ser el código de una rama de las Jóvenes europeas; el Dogma aspira a servir de programa a un partido político argentino (Ingenieros 1946, pág. 308).

Desde aquí, Ingenieros se sirve para revelar la posición expresada en el séptimo punto de comparación, es decir, la adscripción de Echeverría al socialismo humanitario de Pierre Leroux. Tomando el escrito *Revolución de febrero en Francia*, Ingenieros realiza un examen forense que le permite afirmar la filiación ideológica del poeta romántico con el continuador de Saint Simon como conclusión de su ciclo de escritor socialista. Así confirma su tesis de la maduración de su pensamiento revolucionario.

Prosigue Ingenieros tomando la interpretación histórica que Echeverría concibe en dos escritos póstumos: *Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo* y *Origen y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas*. Tras hacer loores de estos escritos, Ingenieros realiza grandes citas textuales del primero donde manifiesta el curso de la interpretación echeverriana mediante la guía de interrogaciones que ordenan el curso del relato histórico.

Así, Ingenieros puede plantear el gran aporte que realizó Echeverría en su interpretación histórica: Concebir la lucha entre lo colonial y lo argentino, lo que agoniza y lo que surge, el pasado y el porvenir. Dos regímenes, dos filosofías políticas (Ingenieros 1946, pág. 321). Estas filosofías se expresan con mayor claridad en *Evolución de las ideas argentinas* con los nombres de revolución y restauración.

Continúa con un análisis de la política económica entendida por Echeverría. Nuevamente, el fundamento se sitúa en un escrito póstumo conocido como *Segunda Lectura*. Aquí Ingenieros discute la fecha de este escrito por considerarla incorrecta. Inserta como parte de los discursos brindados en dentro del Salón Literario en 1837, la discusión se sitúa al considerar el contenido del escrito. Allí, a consideración del autor, se expresan ideas de la etapa de mayor madurez ideológica de Echeverría que impusieron las lecturas de Saint Simon y Leroux lo cual inhabilitaría que sea escrito fuera anterior a 1846. Aquí se recupera la impronta industrial de sus propuestas como consolidador del imperante estado embrionario de la sociedad argentina.

En suma, Ingenieros construye dos imágenes diferentes de Echeverría y que se relacionan a los momentos del *Código o Declaración de principios* (1837) y el *Dogma Socialista* (1846). Así vemos un primer Echeverría con mucha retórica y poca doctrina que se transforma en uno con mayor doctrina acentuándose el socialismo y nacionalismo (Ingenieros 1946, pág. 331). El tránsito entre estas dos imágenes de Echeverría, podría decirse del utopismo al realismo, fue gestado por las circunstancias, mayor estudio y sugestiones de Alberdi (Ingenieros 1946, pág. 332).

La aparición de la figura de Alberdi como artífice de la gesta por el Echeverría revolucionario evidencia la mirada de Ingenieros. Mientras que el porteño es el fundante de un pensamiento sociológico nacional, el tucumano constituye un escalón superior del desarrollo de la sociología científica articulada a las leyes económicas.

En *Evolución de las ideas argentinas*, Ingenieros reproduce los postulados expresados en *Sociología argentina*. En este escenario, nos presenta a un mancebo Echeverría que buscó organizar a la Joven Argentina. Al presentar sus argumentos, el *Código o Declaración de principios*, se expresan vaguedades ideológicas excusadas por el contexto en el que se presentan. Nuevamente, se construye la imagen de un Echeverría dominado por la retórica no siempre felizmente esgrimida por falta de doctrina.

En el apartado de *El pensamiento sociológico de Echeverría*, puede apreciarse claramente que el mismo es una transcripción textual de la interpretación histórica argentina que Ingenieros hizo en *Sociología argentina*. Finalmente, vuelve a mencionar la decisiva influencia de Alberdi en el perfeccionamiento del romanticismo

social de Echeverría y la importancia de esta generación de jóvenes saintsimonianos como artífice de los más ilustres pensadores y estadistas.

Para graficar de manera contundente el uso que se hace de Echeverría y el lugar que ocupa en el escalafón de la sociología nacional, Ingenieros dice:

> «Nuestros saintsimonianos eran, lo mismo que los franceses, una derivación de sus antecesores, los ideólogos, como estos de los enciclopedistas. Moreno, Rivadavia y Echeverría son tres eslabones de una serie ascendente, que más tarde culmina en Alberdi y Sarmiento» (Ingenieros 1994, pág. 334).

12.4 Conclusiones

La configuración de la nacionalidad argentina fue objeto de muchos hombres de letras, ciencia y gobierno. Echeverría, Alberdi y Sarmiento fueron de los primeros en formular esas preocupaciones. Para las primeras décadas del siglo XX, el nuevo escenario de masas inmigradas implantó un novedoso contexto a un problema irresuelto.

El ciudadano argentino deseado por los cultores de la educación patriótica se alejaba de la construcción alberdiana del productor de riqueza. El nuevo productor de riqueza inmigrante era más afecto a sus compatriotas y a las instituciones propias que al Estado argentino por lo que ello representaba un problema. La educación patriótica pretendió construir ciudadanos argentinos sujetos a las autoridades de gobierno en pos de hacer asequible una mayor riqueza para el país:

> «En este programa de educación patriótica prevalece la formación de los argentinos, y poco se alude a la idea de patria que Alberdi difunde desde Bases donde asocia el patriotismo con el inmigrante o el nacional que trabaja» (Herrero 2012, págs. 156-157).

Ingenieros fue un hombre profundamente atravesado por el pensamiento científico de su época. Sus preocupaciones y el contexto histórico motivaron que durante el período en el que edita las obras estudiadas el acento estuviese puesto en la moral social y la política. De esa manera, *Sociología argentina* y *Evolución de las ideas argentinas* pretendieron mostrar los fundamentos para la erección del ciudadano argentino.

Ciertamente, los problemas que Echeverría concibió como origen del estado embrionario de la sociedad de su presente no son los mismos que los de la sociedad de Ingenieros. Sin embargo, el problema se replicaba: La nacionalidad y el ciudadano argentino son sujetos inacabados.

Ambos autores buscaron brindar respuestas a los problemas que conllevaron a la situación que estudiaban. Echeverría tuvo la ardua tarea de pensar una filosofía nacional casi desde la génesis revolucionaria. Para ello se valió de sus lecturas y estudios para exponer una doctrina aplicando lo aprendido a las necesidades de la coyuntura rioplatense. Ingenieros pudo servirse de antecedentes autóctonos para edificar el fundamento científico de su sociología e interpretación de la historia.

Ingenieros propuso un modelo nacionalista como preludio del imperialismo argentino. Esa condición imperialista nacía de la supuesta hegemonía que la raza blanca lo otorgaba a la Argentina. Sin embargo, para lograr dicha aspiración era necesario adecuar al medio a las ventajas de la raza. Sociología Argentina y Evolución de las ideas argentinas fueron dos de sus obras donde puede apreciarse esta vocación.

Esa expresión de ciencia positiva constituyo una proyección unilineal ascendente del desarrollo de las disciplinas que estudió. Echeverría fue así apropiado e identificado como el primero de estos pensadores en desarrollar una construcción sociológica en clave nacional. Todo punto de partida es necesario y Echeverría constituye uno muy sólido en la empresa que Ingenieros buscaba.

El uso y apropiación que Ingenieros hizo de Echeverría permitió configurar el elemento indispensable de su interpretación histórica, el antagonismo de la filosofía política de la revolución y el de la restauración. Desde allí podían entenderse los problemas históricos que modularon la vida social argentina.

Subrayados los aportes que le otorgó Echeverría, también se desatacó que por más valiosas que fueran sus observaciones estas no conformaban un pensamiento sociológico verdaderamente científico. A entender de Ingenieros (1946, pág. 313), Echeverría hizo literatura de la política romántica y por acción de Alberdi es que logró desarrollar una doctrina sólida que le permite abarcar el estudio de su realidad.

Por ello, el pensamiento sociológico de Echeverría se encontraba inacabado frente al de Alberdi y Sarmiento, quienes otorgaron un

sentido más desarrollado al vincular los aspectos económicos y los del medio y la raza configurando así el axioma de un Echeverría que sirve de igual manera que el pensamiento teleológico a Comte, el de ser su génesis.

Referencias bibliográficas

FERNÁNDEZ, SEBASTIÁN ALEJO

2022 «El Departamento Nacional del Trabajo y la conciliación del conflicto capital-trabajo. Mediaciones entre la Sociedad Tipográfica Bonaerense y los sectores patronales (1906-1907)», en *Revista Perspectivas Metodológicas*, vol. 22, ISSN: 2618-4125, recuperado de <http://revistas.unla.edu.ar/epistemologia/issue/view/154>, referencia citada en página 282.

GUIC, LAURA

2021 *Claves para leer Las multitudes argentinas de José María Ramos Mejía*, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 282.

HERRERO, ALEJANDRO

2012 «Leopoldo Lugones y José Ingenieros: su homenaje a Domingo», en *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, vol. 14, n.º 2, referencia citada en página 291.

2021 *De las Provincias Unidas a la Nación Argentina: una aproximación*, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 282.

INGENIEROS, JOSÉ

1946 *Sociología argentina*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 285, 288-290, 292.

1994 *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires: Claridad, referencia citada en páginas 287, 291.

TARCUS, HORACIO

2020 «Ingenieros, José», en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, recuperado de <http://diccionario.cedinci.org>, referencia citada en página 283.

ZIMMERMANN, EDUARDO

1995 *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 282.

CAPÍTULO 13

¿Dice algo la moral de José Ingenieros al presente?

ROBERTO FOLLARI*

Mariano Plotkin, quien ha escrito un libro reciente sobre la vida y obra de José Ingenieros, en una entrevista periodística al respecto comentó jocosamente que él no tenía indicios de por qué podía ocurrir que jóvenes contemporáneos compraran y leyeran libros del autor nacido en Italia (Gabrielli 2022). La distancia de contextos lingüísticos y culturales es taxativa, y las cuestiones nodales de aquel intelectual –en lucha por imponer el valor de la ciencia y la superación de creencias religiosas o de racionalismos abstractos– suenan por completo ajenas a las preocupaciones de nuestro tiempo.

¿A qué vendría que se nos hablara de la moral en una época en que la misma está librada al decisionismo personal de cada sujeto, en que no aparece un horizonte ético que fuera compartido por amplias mayorías sociales, cuando se han desvanecido las convicciones propias de la tradición del siglo XIX, sin que en el XX y XXI se las pudiera reemplazar por otras que tuvieran parecida pregnancia?

Ciertamente, si algo se evaporó sin remedio en las sociedades que algunos aún preferimos denominar «posmodernas» (Follari 1990) –conscientes de las polémicas en torno de esa nominación– es la base sociocultural para sostener principios morales comparti-

* UNCuyo.

dos. Esto, en una doble dimensión: una que podríamos llamar «de intensidad» y otra de «extensión».

En cuanto a lo primero, asistimos al fin del entusiasmo, como en su momento diagnosticó Lyotard (1987a). El ocaso de los grandes relatos de la modernidad, consumado hacia las tres últimas décadas del siglo XX, implicó la desaparición del héroe del progreso, tanto como el de la revolución social (Lyotard 1987b). De tal manera, la inscripción en la historia empezó a realizarse en términos «débiles», como propuso Vattimo: creencias leves, asunción de la relatividad del propio punto de vista, aceptación de un pluralismo que pudo llegar a la admisión de cualquier discurso como si fuera de valor equivalente. De tal manera estamos en tiempos de una moral sin convicciones, desde lo cual no es difícil advertir que estamos ante un claro déficit de instalación social de la moralidad.

En inversión del diagnóstico que Freud bien supo formular a comienzos del siglo XX, hoy el malestar en la cultura no se da por exceso de represión de los impulsos, sino más bien por la posibilidad de dar libre salida a estos sin mayores barreras (Freud 1981). El resultado es la desestructuración de las subjetividades con falta de criterios normativos, y ha sido bien diagnosticado por quienes se dedican a la actividad clínico– psicológica: ya no son las neurosis lo que predomina en nuestra época, sino más bien enfermedades ligadas a lo corporal (bulimia, anorexia), como también ataques de pánico aparentemente inmotivados (Melman 2005).

En cuanto a lo «extensivo», digamos que no hay ya condiciones, en sociedades plurales y complejas con regímenes diferenciados de legitimidad discursiva y «juegos de lenguaje» múltiples, para una moral que sea compartida por el conjunto social (Lyotard 1987b). No solo no se comparte una Ética –valores y disvalores abstractamente considerados–, sino tampoco una moral en estado práctico, un conjunto de normas o de hábitos compartidos que orienten la acción. La sociedad es un mosaico de creencias diferenciadas y a menudo inconmensurables entre sí, de manera que si algo predomina, es la confusión en cuanto a criterios orientativos de las decisiones morales.

Lo que venimos señalando conlleva un enorme déficit normativo en las sociedades contemporáneas. Déficit que cada sujeto individual padece en un doble sentido, en cuanto a la definición de

«contenidos» normativos, por una parte, y por la otra en cuanto a la inscripción psíquica de los mismos.

En el primer sentido, no se sabe qué creer. Si la opinión de todos y de cualquiera es igualmente valorable, significa que ninguna es válida. La creencia queda perforada en cuanto a su capacidad de promover convicción. Por ello, el déficit en el plano de los valores es una especie de *disolución* de la posibilidad de creer: en algún sentido todo da igual, si es cierto que somos relativistas radicales y que somos por ello absolutamente tolerantes con cualquier creencia alternativa. Del pluralismo al nihilismo no hay tanto trecho: aunque es obvio que no abogamos por un retorno a éticas pan/abarcativas, que pretendían someter las sociedades a los designios de un exclusivo punto de vista. Ello ya no solo es imposible, sino que para nada es deseable.

Pero no podemos sino advertir las contradicciones que trae consigo la pluralidad de regímenes discursivos de legitimación. Esto puede llevar a la confusión, pero más aún a la indiferencia moral, a la asunción de que todo da lo mismo y de que cualquier afirmación es igualmente aceptable o refutable *a priori*, lo cual equivale a la dis/valoración de cualquier versión normativa.

Desde el punto de vista de la subjetividad, asistimos a la caída del «ideal del yo». Este es un componente estructural de la subjetividad, según el psicoanálisis (Freud 1980). No es la producción de *idealización* (un mecanismo problemático, pues conlleva la imposibilidad de aceptar las realidades como ellas son) sino de la promoción de *ideales*, es decir, de la posibilidad de sostener finalidades de largo plazo, a partir de las cuales posponer la realización inmediata de las demandas en función de esas finalidades. Solo con esa posibilidad de forjar y sostener ideales los sujetos superan la posición infantil de esperar siempre el acceso inmediato al objeto de la demanda.

La caída del *ideal del yo* es un síntoma muy fuerte de nuestro tiempo, el cual conlleva un neonarcisismo que algunos autores han diagnosticado como central en las sociedades actuales (Lipovetski 1994). El fin de la «época del deber» puede serlo también de cualquier valor sostenible a mediano plazo, de cualquier obligación sistemática. De tal manera, la «ética indolora» de los nuevos tiempos mucho se parece a la asunción de la posición pasiva de quien requiere la satisfacción permanente, con la consiguiente dificultad para aceptar tareas de largo plazo, producción del esfuerzo,

construcción de voluntad y adopción de finalidades superiores («ideales») que trasciendan a la actividad cotidiana y a las posibilidades de un hacer rutinario y sin exigencias.

No cuesta, desde esta perspectiva, entender el atractivo que pudieran alcanzar las propuestas de Ingenieros para algunos jóvenes. Se trata de «volver a los ideales» (Rubinelli 2000), de «superar lo mediocre», de sostener «una moral sin dogmas». En el desierto de criterios éticos, en la carencia de orientación normativa que define este presente, sin dudas que la llamada a una moral (que no es una ética abstracta) siempre puede hallar algún eco, aun cuando sea formulada en términos que sean tan distantes de nuestros usos lingüísticos actuales.

13.1 Lo vigente y lo obsoleto en la propuesta moral de Ingenieros

Cuando se inicia la lectura de *Hacia una moral sin dogmas* (1917) –transcripción de las lecciones ofrecidas por Ingenieros en la cátedra de Rivarola– se advierte la plausibilidad y vigencia de su primera aproximación: aquella que afirma que la moral es consuetudinaria, que ella es un uso, que depende de la experiencia social.

En su crítica a las éticas abstractas, ya sea las dogmático/religiosas o las racionalista/filosóficas, Ingenieros advierte que ellas carecen de investimento ligado a los usos y las costumbres concretas de las sociedades. Sobre todo las segundas, que si bien suponen el abandono de dogmas dados por la autoridad y, por lo tanto, inaceptables, a la vez remiten a pensamientos filosóficos inaccesibles para los hombres comunes, lo que las hace de nula capacidad de inserción en los concretos comportamientos de la sociedad.

Esta postura debe ser destacada por su enorme actualidad, y ciertamente no es de las más difundidas en los espacios académicos, a los cuales está retando abiertamente. Algunos hemos afirmado que nadie aprendió moral yendo a un curso de Ética: la moral es algo vivo, se aprende desde el testimonio, desde la advertencia del compromiso, en el enredo cotidiano con los actos y las pasiones. Nunca podría ser un hacer deductivo, en el sentido kantiano: «como así se exige que deba hacer, es como se hará».

De tal modo, el positivismo/pragmatismo por el cual aboga Ingenieros, se preocupa por lo útil, lo concreto, y no por las fundamentaciones, mostrando a éstas como innecesarias. Y si bien en su

argumento puede haber cierta carencia –que luego apuntaremos– hay sin dudas un acierto central: la moral no es asunto de principios abstractos de la Ética, en contra de cómo lo imagina el pensamiento fundacionalista.

Es de advertir que así se refutaría la necesidad de una conceptualización que dé cuenta específicamente de lo ético en el pensamiento liberador latinoamericano del presente, tal como la ha practicado Dussel (1998). Si en Marx no hubo una Ética, interpretamos que no fue porque no tuviera tiempo para desarrollarla: fue porque no venía a cuento en la arquitectura de su pensamiento. Si las prácticas se organizan desde las condiciones materiales, una Ética que señale las condiciones deseables de la acción, supone otra fuente de esas prácticas, que estaría dada por principios normativos. Pero los principios normativos son internos a las condiciones materiales, y solo al interior de ellas pueden alcanzar interés y pregnancia: de manera tal que la fundación de principios generales de lo ético, forma parte de un fundacionalismo que –además– no solo es criticable a partir del marxismo, sino también de todo el contingencialismo sostenido por el pensamiento post-estructuralista y el posmoderno.

Dicho lo anterior, la remisión –por el criminólogo temprano– de la moral a la experiencia social, a lo que efectivamente se vive y se hace, es de sorprendente actualidad. Y tiene una doble dimensión: el explícito rechazo a las éticas religiosas como dogmáticas y a las filosóficas como abstractas, conlleva también la valoración de la concreta inserción que pueda hacerse de principios como la solidaridad y la justicia a partir, incluso, de posiciones religiosas previas.

Las largas y elogiosas referencias de Ingenieros a Ralph Emerson –fuente principal de las charlas que luego se anudaron en un libro–, remiten a la inicial religiosidad del autor estadounidense, luego devenida hacia una cierta forma de panteísmo, en la cual lo bueno y lo afirmativo de la vida eran exaltados. El paso desde las iglesias (tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra) hacia las Sociedades de Ética, marca esa transición: la religión es obedecida por temor al castigo, y por referencia a la autoridad. Según Ingenieros, debe ser superada hacia comportamientos autónomos y basados en el propio discernimiento. Sin embargo, el autor de origen italiano insiste en que poco importan los contenidos de las creencias, lo que interesa es la acción concreta que estas puedan

sostener: si las religiones han logrado mejorar el comportamiento social, de lo que se trata es de una transición desde ellas hacia la moral de interés colectivo, hacia conductas de solidaridad que ya no deriven de exigencias pretendidamente divinas, sino de la convicción de que son necesarias para una mejor vida en sociedad.

El pragmatismo es asumido de manera explícita por Ingenieros, acudiendo en variadas ocasiones a citas de William James. En esto se acompaña el reconocimiento implícito de los logros de la cultura estadounidense y la sajona en general, en cuanto capaz de remitir a las cosas más que a las creencias en cuanto tales, y en esto de alumbrar posibilidades de progreso moral «en estado práctico», sin permanecer en discusiones sobre las creencias, que podrían resultar interminables e inconclusivas.

De cualquier modo, cabe hacer algunas precisiones a estas posturas de Ingenieros. Por una parte, él nos habla de una «ciencia» de la experiencia (Ingenieros 1917, pág. 81): es decir, la moral surge de una ciencia ligada a las experiencias. Este dejo claramente positivista, muy propio de su tiempo, complica las cosas: ¿quién hace esa ciencia?, ¿los científicos? En ese tiempo las ciencias sociales eran apenas germinales. ¿Cómo se relacionaría una ciencia de la experiencia con los actores sociales? Toda ciencia tiene exigencias de lenguaje específico, no comprensible por cualquier actor social. De hecho, esta confusión de Ingenieros entre experiencia cotidiana y experiencia científicamente plasmada no es nada menor, pues muy poco después, en Francia, Bachelard mostraba la distancia rotunda que debiera existir entre experiencia cotidiana y producción de teoría científica (Bachelard 1978). De tal manera, los beneficios de remitir la moral a la experiencia, en buena medida se diluyen si se asume que la experiencia social debe ser codificada en términos científicos.

Además de lo dicho, hay otro problema implícito en hablar de *ciencia* a la hora de plasmar ciertos principios morales de comportamiento. La hoy vieja idea positivista de que la filosofía sería a largo plazo reemplazada por las ciencias, es evidentemente falsa. Sin dudas que muchos problemas que históricamente asumió la filosofía, con el tiempo se convirtieron en cuestiones científicas (las temáticas de Psicología, por ej.): incluso, es cierto que no puede haber hoy reflexión filosófica que se prive de tener en cuenta ciertos conocimientos provistos por la ciencia (como en la discusión sobre el aborto, por ej., tanto aportes de ciencias biológicas como

de sociales). Todo esto es indiscutible: la filosofía supo ocupar un lugar de preeminencia que ha ido perdiendo, en la medida en que las disciplinas científicas se han ido desarrollando.

Pero lo dicho no debiera ocultar que *hay cuestiones que la ciencia no puede plantearse.* La ciencia puede decir qué son las cosas, o en su caso cómo funcionan. Pero no puede decirnos *cómo debieran funcionar*, si nos referimos a los comportamientos humanos. El «deber ser» no es aquello de que las ciencias pueden dar cuenta. Este es un salto del cual Dussel (1998) se mostró muy consciente en su *ética*, al margen de si su solución al respecto resulte compartible: pero acierta en que el paso de «lo que es» a «lo que debe ser», el paso de lo fáctico a lo normativo, es un paso que la ciencia no puede dar por sí sola. Puede auxiliar, puede ofrendar datos utilizables, pero no puede formular criterios valorativos.

De tal modo, es fallida la referencia de Ingenieros en ese sentido, e incluso ya lo era para su época, cuando su postura de librepensador lo llevaba a creer que todo lo que había sido parte de la religión y la filosofía podía ser absorbido por las ciencias. Esa es una presunción excesiva, que se liga a otras también problemáticas como su total apego a la Ilustración, con el consiguiente relegamiento de los indígenas e incluso de la colonización española en su conjunto, al compararla con la inglesa.

Cabe destacar también que para nuestra época, la aplicación del pragmatismo recomendado por Ingenieros lleva necesariamente a pensar en una pluralidad de regímenes de moralidad co/existentes en el espacio y en el tiempo, cuestión que obviamente no podía ser pensada por el autor en su tiempo. No hay una moral, sino varias o muchas, y las reglas de su mutua convivencia –y, en algunos casos, mutua comunicación y comprensión– tienen que ser establecidas, dado que no son nada obvias. Por ej., los regímenes de penalización del delito practicados por algunas culturas indias en Perú o el Ecuador, diferentes de las que aplica el Estado nacional; o los conflictos en Europa por el uso del velo en mujeres musulmanas. Algunas reglas mínimas de «convivencia» deben ser pautadas, incluso para en algunos casos ser base de legislación al respecto, pues los conflictos que pueden desatarse son de consecuencias nada menores.

13.2 Progresismo ilustrado

Es indisputable el europeísmo de Ingenieros, en detrimento del mundo indígena, y secundariamente del ibérico. Esto aparece en diversos puntos de su obra (1912, pág. 2; 1917, pág. 74), pero además se hace arquitectónicamente coherente con la lógica de conjunto de sus escritos.

Si se trata del progreso basado en la ciencia, si lo valioso es la ilustración, si se asume que hay darwinismo social (y entonces los más aptos son los que se imponen –tomados como los más capaces de audacia intelectual–), es notorio que se entiende al mundo indio como «la barbarie», como lo decididamente *inferior*, a la vez que la colonización ibérica es interpretada como lo religioso y lo burocrático, y de tal modo relegado a una clara imposibilidad de competición con lo sucedido en América del Norte.

Es obvio que no podemos pedir a Ingenieros que leyera la historia en los términos en que nosotros podemos hacerlo hoy, y que la consideración del mundo indígena era por entonces muy diferente. Pero los elogios a Sarmiento no son gratuitos: el autor de origen italiano cree decididamente en los valores de la letra y de la escuela –a la que asigna rol central a la hora de establecer socialmente conductas morales–.

Por lo dicho, el tardío antiimperialismo de los últimos años de Ingenieros, no dejaría de plantear contradicciones y desencuentros. Concurrir a México invitado en base a ese antiimperialismo, y aparecer a la vez con una posición donde se diferencia entre razas y se ubica a las indígenas como inferiores, ciertamente que era un programa inviable, al cual, sin embargo, él se prestó.

Tal era el desprecio a lo indígena en la Argentina de la época –vigente a pleno hasta hace pocas décadas–, que en la correspondencia de Ingenieros con Ricardo Rojas, se produce una especie de malentendido en torno del uso de la palabra «indianismo» por parte del autor nacionalista. Frente al rechazo elegante pero rotundo que hace Ingenieros de la alusión, Rojas responde «aclarando» que él defiende «las Indias» pero no los indios, que defiende con la expresión aquello que de Naturaleza indómita hay en nuestro continente, pero no está haciendo elogio de quienes habitaban el territorio antes de la llegada española.

Hoy encontramos contradicción entre socialismo y racismo anti-indígena, pero en aquella época, rara vez se lo habría hecho.

La pelea de las izquierdas socialistas y anarquistas por educación, su insistencia en la lectura, su búsqueda de ideas que ayudaran a la comprensión de los procesos de la explotación, los ponían en las antípodas de culturas ágrafas, a las que consideraban simplemente bárbaras. Puede advertirse incluso que en el peronismo que va de 1945 a 1955 la consideración no fue muy diferente, pues si bien se valorizaba a los «cabecitas negras» que venían desde las provincias, no ocurría lo mismo con las minoritarias y aisladas culturas indígenas (Perón 1951).

La defensa que hizo Ingenieros de la revolución rusa, fue realizada dentro de los singulares cánones de su propia interpretación, que se hacía compatible con el elogio de los Estados Unidos como cultura del progreso (recién problematizado en la etapa final de su vida, cuando el «antiimperialismo»). Se ha mostrado en lo ya dicho, cuánta es la lejanía del autor en relación con la cuestión de las clases sociales, más aún a la definición de las mismas según su lugar en el proceso de producción. La apelación de Ingenieros a la solidaridad y la justicia se relaciona con su origen familiar, como hijo de inmigrante pobre que tenía ideas socialistas traídas desde Italia. Pero escaso rastro de Marx puede hallarse en la apelación a «los mejores», a los jóvenes –según su invocación también tardía desde la Reforma Universitaria de 1918–, en su confianza hacia las elites (Acha 2002). Porque para Ingenieros son *los mejores* los que hacen la historia, esta surge de la acción de «los más aptos», según afirma en crudo lenguaje evolucionista. De tal manera, si bien su defensa de la revolución rusa fue clara y sostenida, cabría decir que fue «su» revolución, no aquella que efectivamente existió: el repertorio intelectual desde el cual se la interpretó, como un avance más en la mejora social y moral de la humanidad, poco tenía que ver con la noción de lucha de clases, y permite comprender dentro del derrotero de ideas de la época, cómo nada menos que Jorge Luis Borges saludó también a la revolución rusa, incluso con un poema alusivo (Louis 1997).

Por otra parte, el antihispanismo de Ingenieros es también muy marcado. Las cartas intercambiadas con Ricardo Rojas son ilustrativas sobre el punto. Rojas no disimula su molestia frente a quien le reprocha su «indianismo», cuando en realidad el progreso, la ciencia, la técnica, han tenido su mejor desempeño en la América del Norte, no en la que fuera conquistada y dominada desde la Península Ibérica.

Esa oposición entre una buena cultura emanada de la colonización anglosajona y otra mala, burocrática, ligada a la molicie y el pasatismo de la ibérica, está presente claramente en el autor de origen italiano (Ingenieros 1917). La cual entra en contradicción con el nacionalismo de Rojas, evocador de un «ambiente» americano donde se darían las condiciones para una mentalidad propia y valiosa. De tal manera, el tardío latinoamericanismo antiimperialista de Ingenieros estaba plagado de contradicciones: admiración hacia los Estados Unidos, desprecio hacia las culturas iniciales que existieron en el subcontinente, rechazo a lo que la cultura española dejó como herencia en las instituciones y en las condiciones identitarias de la región.

13.3 Las estrategias consagratorias: ¿contra la moral proclamada?

Plotkin ha sido rotundo: Ingenieros fue «el hombre que lo quería todo». En cierto sentido, no es raro: es lo que nos ocurre al conjunto de los seres humanos. Según Freud, «no hay ningún no en el inconsciente» (Freud 1915). Pero es verdad que el principio de realidad nos lleva a admitir que hay logros posibles, y muchos imposibles. Y que entre los posibles, debemos elegir para perseguir solo algunos, y no cualesquiera que aparezcan a nuestra apetencia.

Están aquellos personajes audaces que quieren conseguirlo todo: parece que Ingenieros fue uno de ellos. Autor de sí mismo, constructor cuidadoso de su propio prestigio, Plotkin en una entrevista radial señala cómo refería a supuestos amigos suyos en Europa a los que había escrito alguna carta, y que le habían respondido por compromiso y con desgano. Es decir: no eran sus amigos y eran personas de gran reconocimiento, con las cuales el nacido en Italia engalanaba el espacio de su personal *status* social.

Es cierto: el hijo de inmigrantes pobres quiso llegar muy alto. Llegó, en buena medida, si bien al proponerse tanto, fracasó en parte. No le dieron lugar en la Academia de Medicina, no fue el consejero de palacio que hubiera esperado, para terminar en un desprecio por la política que algo tenía de la zorra con su resentido rechazo por las uvas.

Pero alcanzó a presentarse como intelectual destacado de los tiempos del Centenario, acompañó a Julio Roca por París, escribió

una obra profusa que llevó a que lo reconocieran en la Argentina y en muchas otras latitudes.

Es cierto que si se advierte que murió antes de los 50 años de edad y escribió profusión de libros y artículos, hasta podría desconfiarse de su autoría efectiva: pero se dice que trabajaba desde las 22 hs hasta las 5 de la mañana, pacientemente: y que hubo un «sacrificio» para estar a la altura del deseo materno (García 2017). Y, ciertamente, que no revisaba lo que escribía: lo cual parece coherente, pues si no, sería imposible su autoría con esa vida relativamente breve.

El psicólogo, el criminólogo, apostó a ser parte de los saberes de Estado, como su maestro Ramos Mejía. Y cuando fue notorio que fracasó en la tarea derivó hacia el discurso sobre la moral, quizá un reemplazo del que había buscado relacionarse con la política. La Revolución rusa, la mexicana y la Reforma universitaria, llevarían a la síntesis última de lo moral y lo político en su «antiimperialismo» tardío, contradictorio, ese que alguna vez le permitió ironizar sobre «diplomáticos tropicales» que se abarrotaban para saludarlo en uno de sus viajes finales por el subcontinente.

Sus estrategias dentro del «campo» de lo académico –por entonces menos separado y especializado en relación con el de lo político– fueron en clara búsqueda de acumulación de prestigio: es decir, de la construcción de la autoglorificación. Esa es, ciertamente, una actitud habitual dentro de los espacios intelectuales: hemos realizado crítica al respecto (Follari 2008). Y, si se quiere, es esa la finalidad implícita hacia la cual siempre allí se apuesta. Pero hay que admitir que hay quienes juegan a ese espacio solo algunas de sus fichas personales, y otros que las ponen todas: este último es el caso de Ingenieros, a quien no le faltaba talento para aumentar la inversión y aspirar a los sitios más elevados.

Como es evidente, estamos pensando la autoconstrucción de Ingenieros en relación con las teorías bourdieanas del «campo» académico, como espacio donde se dan las luchas por la pertenencia, la hegemonía, los mejores sitiales, a través de la posesión de capitales diversos, uno de los cuales es el *capital simbólico* –si lo entendemos en su faceta de las relaciones sociales relevantes para el campo– (Bourdieu 2002).

Ingenieros buscaba relacionarse con grandes intelectuales, a partir de polemizar con ellos. La estrategia podía ser simplemente hacerles una crítica pública, como fue en el caso de un ya consoli-

dado Groussac, con quien discutiría sobre cuestiones menores de retórica, pero al cual obligaría –de alguna manera– a responderle y tenerlo en cuenta (Bruno y Plotkin 2018). El literato formado en una escuela definidamente precientífica fue, de alguna manera, provocado por Ingenieros, que a su vez representaba el «nuevo espíritu» de las ciencias y el progreso, y que podía poner a la defensiva a un intelectual con un acervo poco adaptado a las nuevas condiciones históricas.

A Ricardo Rojas le regaló un reloj, invocándolo desde Lausanne (Suiza), donde se había recluido resentido con la política argentina, a la cual juzgaba degradada. Así y todo, no logró respuesta rápida a su segunda carta: la primera, una nota junto al envío del obsequio, fue respondida también con una esquela del nacionalista. Pero luego, cuando Ingenieros mostró las intenciones de su intercambio (atacar veladamente al «indianismo» de Rojas para así sostener la superioridad de la cultura europea), el otro no le respondió por un largo período. Debió mediar una nueva esquela de Ingenieros –alegando que o la carta no había llegado a su interlocutor, o éste se había molestado por las diferencias de pensamiento– para que Rojas se sintiera obligado a responder, incluso haciendo una retórica disculpa por la demora en que había incurrido. De cualquier modo la carta de Ingenieros es respondida llamándolo «Ingegnieros», como efectivamente él se denominaba en su versión italiana original, sin dudas una manera de destacar su no imbricación con la Argentina. Y como los envíos de Ingenieros se han recuperado de las pertenencias de Rojas, las cartas tienen anotaciones manuscritas de este último, en las que tuvo la libertad de decir lo que efectivamente pensaba: «tonterías del gringo para darse importancia», anota, mostrando que advierte claramente la estrategia autolegitimatoria de su interlocutor.

Germán García, merecidamente prestigiado psicoanalista, hace pivote en la referencia de Ingenieros a la *simulación*, presente en la titulación de sus primeros libros respecto de la locura, y también en *La simulación en la lucha por la vida* (García 2017). Se pregunta si Ingenieros simuló su talento: leyendo al nacido en Italia se hace evidente que no, porque la erudición que se plasma en sus textos no se inventa, sin dudas que había talento efectivo. Pero sin dudas que simuló en pro de su talento, y ello quizá como una actitud consciente, dado lo repetido y estratégico de sus comportamientos. Si para luchar por la vida hay que simular, eso será parte de los

recursos legítimos. ¿O no es sino eso lo que nos dicen las máscaras de Nietzsche? Si «persona» no es otra cosa que «máscara», queda claro que detrás de las máscaras no hay ninguna sustancia precursora.

Ahora bien, ¿no sería esto contradictorio con las loas a la moral sostenidas por Ingenieros? ¿No hay en este «ir por todo» una egolatría que choca con los principios de la sociabilidad solidaria?

Egolatría, hay. Es evidente en las estrategias de «buscar» a otros para autoproponerse como su interlocutor, y también en varios ámbitos de su vida que ha analizado Plotkin. Pero debiéramos destacar que no es la modestia una supuesta virtud moral que valiera la pena perseguir, según nuestro autor.

Por el contrario, él está convencido de que la historia la activan unos pocos hombres superiores, los que son capaces de abrir a nuevos momentos epocales. Su idea de supervivencia de los aptos, hace que entienda que hay, por un lado, hombres del vulgo y por otro, hombres superiores, esto en términos de pensamiento y de compromiso con ese pensamiento. Él se creía un miembro de esa cofradía superior, y no venían a cuento mojigaterías por las cuales escapara a cumplir esa destinación de grandeza.

Sin embargo, él mismo está perseguido por aquello que se propone, como el psicoanálisis bien explica. De manera que apostrofa explícitamente contra aquellos que se plantean como finalidad «hacer carrera», a los que opone la sana posición del «no conformismo». Y hasta utiliza la palabra «fingir» para referir a lo que realizan los que privilegian «hacer carrera» (Ingenieros 1917, págs. 90-91): obviamente, él entiende haber elegido por el difícil camino del «no conformismo».

Pero sucede que entonces –como también hoy, por cierto– en determinados ámbitos del pensamiento social, el «no conformismo» es un excelente camino para «hacer carrera». Es más: en algunas partes resulta el sendero mejor, más rápido y seguro (por ej., en las carreras de disciplinas sociales de la mayoría de las universidades estatales argentinas). De tal modo, habría una estrategia que conjuga los dos propósitos de manera superpuesta: cuanto más busco el inconformismo –solo en el plano abstracto de lo conceptual, pues en lo directamente institucional y político esa «buena senda» se complica–, más me dedico a hacer carrera para provecho personal.

Todo esto tiene bemoles que atender: si no se hace carrera personal, la propia opinión es menos escuchada. La lucha por lugares en

el campo es parte de las galas de la vanidad personal, pero también lo es de la posibilidad de encontrar escucha para la propia palabra. Si esta constituye efectivamente un aporte al esclarecimiento de cuestiones colectivas de importancia, hay que admitir que buscar lugares dentro del campo no solo puede entenderse como cuestión de ascenso individual: hay una función legítima ligada al reconocimiento y recepción que pueda encontrar un autor, y en ello se juegan la importancia, influencia y destinación de sus aportes conceptuales.

De tal manera, creo que debiéramos ser elásticos en la forma de entender la obsesión de Ingenieros por el ascenso social. Al margen de su pobreza en la familia de origen, de su condición de inmigrante en un país donde por momentos se viraba a la valorización exclusiva del criollismo, habría que entender que la *illusio* bourdieana juega su lugar en las prácticas académicas.

Es decir: se juega el juego porque se cree en él. Finalmente, las estrategias de autolegitimación pueden ser entendidas dentro de esa tesitura. Obviamente, no vamos a hacer el elogio de estos «cantos a sí mismo», ni vamos a recomendar su generalización. Pero podemos admitir que son parte de las reglas del juego, que no se trata de estratagemas inadmisibles (al menos, las que conocemos y aquí hemos relatado).

Es que, como suele saberse, tendemos a representarnos nuestros propios intereses como ideales. «Ideales», justo aquello que tanto valoraba Ingenieros como base de una nueva moral, eso que hoy tan ajeno está a la experiencia cotidiana en nuestras sociedades. Se jugaban en sus estrategias, primariamente, intereses, *sus* personales intereses: pero seguro que él se representaba en ellos la realización de un gran destino teorético que sería útil para su país y su región.

Y no se equivocó del todo. Porque aún hay pertinencia en algunos de sus escritos, esa permanencia que tanto motivaba la risueña perplejidad de Plotkin. Y no es, sino con una voluntad muy férrea, con una autocreencia de ser parte de los elegidos, que se puede salir desde la pobreza de los inmigrantes, hacia los fastos intelectuales que todavía reconocemos en José Ingenieros.

Referencias bibliográficas

ACHA, OMAR

2002 «La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo», en *Herramienta*, vol. 20, n.º 7, referencia citada en página 303.

BACHELARD, GASTÓN

1978 *La formación del espíritu científico*, Ciudad de México: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 300.

BOURDIEU, PIERRE

2002 *Campo de poder, campo intelectual (itinerario de un concepto)*, Buenos Aires: Montressor, referencia citada en página 305.

BRUNO, PAULA Y MARIANO BEN PLOTKIN

2018 «Entre el bufete y el laboratorio: Paul Groussac y José Ingenieros en una polémica de 1903», en *Revista de Historia de América*, n.º 154, referencia citada en página 306.

DUSSEL, ENRIQUE

1998 *Ética de la liberación en la era de la globalización y de la exclusión*, Madrid: Trotta, referencia citada en páginas 299, 301.

FOLLARI, ROBERTO

1990 *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Buenos Aires: Aique, referencia citada en página 295.

2008 *La selva académica (los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad)*, Rosario: Homo Sapiens, referencia citada en página 305.

FREUD, SIGMUD

1980 *Obras Completas*, vol. 3: *Psicología de las masas y análisis del yo*, Madrid: Biblioteca Nueva, referencia citada en página 297.

1981 *El malestar en la cultura*, en Néstor Braunstein, *A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud*, Ciudad de México: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 296.

1915 *Lo inconciente*, Luarna editorial [original publicado en 1915], referencia citada en página 304.

GABRIELLI, ANDRÉS

2022 «Mariano Ben Plotkin, biógrafo de José Ingenieros: ¿un moralista genial o un chantapufi porteño?», en *UNO* (2 de enero de 2022), recuperado de <https://www.diariouno.com.ar/opinion/mariano-ben-plotkin-biografo-jose-ingenieros-un-moralista-genial-o-un-chantapufi-porteno-n988204>, referencia citada en página 295.

GARCÍA, GERMÁN

2017 «El sacrificio de José Ingenieros», en *Estrategias-Psicoanálisis y salud mental*, n.º 5, referencia citada en páginas 305, 306.

INGENIEROS, JOSÉ

1917 *Hacia una moral sin dogmas (lecciones sobre Emerson y el eticismo)*, Buenos Aires: Talleres gráficos Rosso y Cía., referencia citada en páginas 300, 304, 307.

LIPOVETSKI, GILLES

1994 *El crepúsculo del deber (la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos)*, Barcelona: Anagrama, referencia citada en página 297.

LOUIS, ANNICK

1997 «El poema existe y es de Borges», en *Clarín* (26 de octubre de 1997), recuperado de <https://www.clarin.com/ediciones-anteriores/poema-existe-borges_0_SJnemmlZRFg.html>, referencia citada en página 303.

LYOTARD, JEAN FRANCOISE

1987a *El entusiasmo (crítica kantiana de la historia)*, Barcelona: Gedisa, referencia citada en página 296.

1987b *La condición posmoderna (informe sobre el saber)*, Madrid: Cátedra, referencia citada en página 296.

MELMAN, CHARLES

2005 *El hombre sin gravedad (gozar a cualquier precio)*, Rosario, referencia citada en página 296.

PERÓN, EVA

1951 *Por qué soy peronista*, Buenos Aires: La Baldrich, referencia citada en página 303.

RUBINELLI, MARÍA LUISA

2000 «La presencia de José Ingenieros en la polémica ética actual», en *Revista Cuyo*, vol. 17, referencia citada en página 298.

CAPÍTULO 14

Dinámicas científicas institucionales en *Archivos de Psiquiatría y Criminología* y *Archivos de Pedagogía*. Configuración de un positivismo argentino entre las direcciones de José Ingenieros y Victor Mercante

ALEJANDRA GABRIELE[*] Y LEONARDO VISAGUIRRE[**]

14.1 A modo de introducción: un mapa de hipótesis y preguntas

El conocimiento científico es político, como hemos dado cuenta desde una perspectiva epistemológica ampliada a lo histórico social (Díaz 2007; Gabriele 2017; Visaguirre 2021). Se configura en un complejo de relaciones entre prácticas sociales y discursos en una encrucijada concreta de la época que elijamos observar. En los casos que trabajamos en esta ocasión, esa convivencia entre prácticas y discursos científicos y políticos está a la vista porque hay una intención y pretensión explícita por destacar al científico y su producción como actores claves del proceso de organización de la nación. Tanto los artículos publicados en *Archivos de Psiquiatría* como en *Archivos de Pedagogía*, muestran el rol de estas revistas y sus autores en las discusiones sobre concepciones de estado, nación, ciudadanía que se materializan en reformas legislativas sobre trabajo, educación, salud, derecho penal, y sobre temáticas

* UNCuyo.
** UNCuyo.

ligadas al reordenamiento y clasificación de los habitantes para constituir una población.

Este trabajo conjunto pone sobre la mesa algunos tópicos en torno a las dimensiones políticas y sociales que entraman las prácticas y discursos científicos de principios del siglo XX en Argentina, trabajados previamente en nuestras tesis doctorales en filosofía (Gabriele 2017; Visaguirre 2021). Este primer encuentro en torno a *Archivos de Psiquiatría* y *Archivos de Pedagogía* es el comienzo de un análisis sistemático y detallado de las publicaciones de estas revistas, sus tópicos, actores y redes que proyectamos realizar para próximas publicaciones.

Partimos de una serie de conjeturas e inquietudes en torno de la dimensión política social de las producciones científicas argentinas que tienen lugar en las revistas *Archivos de Psiquiatría* y *Archivos de Pedagogía*.

Nuestra primera hipótesis tiene su anclaje en el universo discursivo de la época, en el que suponemos ciertas prácticas y discursos que buscan respuestas de raigambre científica-política al fenómeno del desorden que supone la cuestión social. La segunda cuestión que suponemos es que esta respuesta de carácter positivista tiene un doble valor político, uno evidente, en tanto estos científicos son funcionarios del estado, otro no tan evidente que se vincula con el rol fundamental que ejercen en la clasificación de los habitantes entre sanos y enfermos.

En esta dirección nos preguntamos qué características revisten estas publicaciones científicas, dónde se producen las investigaciones que las sostienen, de dónde surgen los datos, quiénes las avalan y cómo se produce conocimiento científico en torno a la criminalidad y la anormalidad. Exploramos de qué modo las revistas *Archivo de psiquiatría* y *Archivos de pedagogía* nos permiten acceder a las dinámicas científicas-políticas, a la organización entre sus actores y la red de discusiones y diálogos en torno a los objetos de estudios compartidos.

14.2 Entre las publicaciones científicas y la organización del espacio social: la cultura positivista

El positivismo que opera como pensamiento filosófico, científico y político en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, está conformado fundamentalmente por tres líneas teó-

ricas claramente identificables: el agnosticismo spenceriano, el comtismo ortodoxo y el cientificismo. Esta particular configuración de ideas tuvo sus condiciones históricas de posibilidad en las transformaciones que se produjeron en distintas dimensiones de la estructura social, pero que confluyen en la percepción de un cierto malestar y temor por el pasado reciente y por el futuro incierto. Los temores por el pasado están vinculados a la inestabilidad política e institucional que parecía comenzar a encausarse a partir de la unificación del territorio nacional en 1862 y la capitalización de Buenos Aires en 1880. Los temores con relación al futuro, tienen su origen en la explosión demográfica producto de la sostenida incorporación de masas inmigratorias que provocaron un cambio radical en la densidad poblacional de los principales centros urbanos del país, además del movimiento que se dio al interior del territorio nacional de masas de habitantes que se trasladaban de las regiones periféricas a los centros que concentraban las posibilidades de desarrollo.

Los temores claramente suponen la percepción de amenazas, y en esta confluencia, el desorden social se divisa amenazante, generando las condiciones para discusiones en torno a la distinción entre habitantes y ciudadanos que irán configurando un discurso criminológico, y para la proliferación de nuevas publicaciones científicas a propósito de estas nuevas problemáticas, como fueron *Criminología Moderna* iniciada por Pietro Gori, *La Semana Médica* dirigida por Francisco de Veyga, la revista *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, subtitulada Aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía, dirigida por Ingenieros[1], la revista *Archivos de Pedagogía y ciencias afines* fundada por Victor Mercante, entre las destacadas publicaciones científicas de la época.

Estos textos son parte de la tensión científico-política en torno al Estado y su función, y manifiestan esta disputa en el reordenamiento y separación de los espacios institucionales a partir de diversas leyes y reglamentaciones, como así también, a través de

[1] Con un comité de redacción integrado por José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga profesores de Neuropatología y de Medicina Legal, respectivamente, de la Universidad de Buenos Aires; Nina Rodríguez de la Universidad de Bahía, Brasil; Alfredo Garibaldi, director de la Oficina Antropométrica de Montevideo; y Manuel Podestá, médico del Hospital Nacional de Alienadas de Buenos Aires

la profesionalización de sus actores e instituciones. Por ejemplo, Falcone (2010) relata en «Breve historia de las Instituciones psiquiátricas en Argentina» que el proceso de institucionalización y separación de los hospicios a hospicios de alienados y a colonia para enfermos mentales es posible por la tarea del doctor Domingo Cabred y su influencia en la sanción en 1897 de la ley 3.548, que ordena la creación de la primera colonia exclusiva para enfermos mentales, que se hace efectiva con la apertura en 1901 de la Colonia Nacional de Alienados en Luján. Podemos observar cómo cada institución va ganando su especificidad disciplinaria y funcionalidad dentro del entramado estatal y una producción discursiva científica en pos de responder a ese temor al futuro producido por los habitantes que aún no se integran en una población nacional:

> «Fueron entonces las prácticas psiquiátricas, criminológicas y del derecho penal las que sirvieron a la implantación y difusión de las ideas positivistas hacia otros sectores de la sociedad. Dichas prácticas se dieron en el marco de un proyecto político dirigido a la formación del Estado y de la nación durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX en los países latinoamericanos» (Ciancio y Gabriele 2012).

14.3 Canteras de datos y laboratorios: entre las aulas al depósito de contraventores

Cuando nos preguntamos dónde se produce y circula el conocimiento científico que está expresamente dirigido a pensar un nuevo orden social en la Argentina de principios del siglo XX, pensamos en dos dimensiones, una más abstracta o sutil que la otra, pero que se implican mutuamente: los colegios invisibles y las instituciones.

Los colegios invisibles refieren a la práctica de un grupo científico que produce conocimiento teórico a partir de redes de colaboración continuas sobre diversas problemáticas, influenciados entre sí conceptual y metodológicamente. Alejandro Paredes afirma que se trata de «conjuntos de personas que trabajan en campos científicos semejantes y que se comunican mutuamente por algún medio informal. Esto da origen a redes de intercambio entre intelectuales que favorecen la divulgación científica y el debate de teorías» (Paredes 2012, pág. 176). Las dos revistas permiten dar cuenta del «colegio invisible» (Bruno *et al.* 2010) que participa y produce conocimiento en ella. Los participantes activos de este «colegio

invisible» son: «Ameghino, Florentino; Areco, Horacio; Gómez, Eusebio; Ingeniero, José; Korn, Alejandro; Mercante, Víctor; Piñero Horacio; Ramos Mejía, José María; Rivarola, Rodolfo; Rodríguez Etchart, Carlos; Roveda, Nicolás; Senet, Rodolfo; de Veyga, Francisco Vidal, Antonio» (Bruno *et al.* 2010, pág. 195).

Las instituciones, a su vez, pueden pensarse a partir de ciertas dinámicas en las que se «materializan» algunas prácticas experimentales, repetidas y organizadas en torno al colegio invisible lo que les permite a los científicos ganar una densidad epistemológica y política para gestionar y abrir nuevos espacios institucionales dentro del estado para la ciencia y la investigación. El trabajo colectivo y entramado les da una visibilidad y un empuje para determinar los temas de agenda en torno a la ciudadanía. A su vez, les permite producir un desplazamiento en la discusión en torno a los «alienados» de un anclaje meramente punitivista y excluyente a otro que es «terapéutico». Esta diferenciación se construye a fuerzas de clasificar, catalogar, medir, regenerar, mensurar y producir pruebas para dar cuenta de quienes deben ser excluidos y quienes pueden regenerarse y ser parte de la población.

En el primer número de *Archivos de Psiquiatría*, uno de los profesionales invitados a publicar, Luis Varela, muestra esas tensiones y desplazamientos institucionales, dando cuenta también de una de las claves de la cultura positivista en América Latina: producir conocimientos científicos sobre los fenómenos sociales desde la institución:

> «Han sorprendido ustedes a los intelectuales y a los hombres de ciencia de nuestro país, publicando una revista que tiene ideales puramente científicos, de una trascendencia moral ilimitada, y que obligará a los magistrados que quieran aplicar buena justicia penal a hacer estudios que no se encuentran en los artículos de los Códigos ni en las sentencias de las cámaras de Apelaciones» (Varela 1902, pág. 97).

Gran parte de los autores de estas revistas científicas, investigan con un anclaje experimental en torno a y en instituciones específicas en pos de resolver situaciones concretas de clínica, cárcel o aula. Desde las instituciones hospitalarias y penales, en la cátedra universitaria, y en las nuevas instituciones mixtas que se iban creando a medida que las prácticas positivistas médico-legales contribuían a la formación de la disciplina criminológica. Tal es

el caso de la creación en 1903 del Servicio de Observación de presuntos alienados, dependiente de la Policía Federal, con locación en el Depósito de Contraventores, y con antecedente en la cátedra de Medicina Legal de la Universidad de Buenos Aires– en la que Francisco de Veyga enseñaba la antropología criminal–. El jefe de clínica de este Servicio, era nada menos que Ingenieros, quien junto a otros profesionales que allí trabajaban pretendían tener un Instituto de Criminología y que *Archivos de psiquiatría* fuera su órgano de difusión, al modo de la institución criminológica italiana. De esta manera tendrían el espacio apropiado para seguir con las investigaciones que venían realizando, dándole sentido a la denominación de «archivo».

En lugar del instituto, en 1907, Ingenieros es nombrado por el Poder Ejecutivo de la Nación, director de la oficina de Psicología y Antropología de la Penitenciaría Nacional, a la que de todos modos se referirá como el «Instituto». Funcionaba en la misma penitenciaría y cumplía «con las funciones que corresponden a un Instituto de Criminología. Según los fundamentos dados por las conclusiones prácticas de la moderna cultura científica, evolucionista y determinada» (Ingenieros 1907, pág. 257), como lo expresa el artículo sobre su fundación publicado en *Archivos de psiquiatría*. En ese mismo artículo especifica las funciones del Instituto aclarando que se trata exclusivamente de tareas indagatorias que no entrarán en conflicto con las funciones del sistema penal, aunque intenten producir conocimiento que modifique dicho sistema: «Será un laboratorio y una clínica, sin invadir las funciones de la justicia; reunirá elementos para cooperar a las evoluciones venideras de la ley penal, sin obstar en manera alguna al cumplimiento de los códigos vigentes» (Ingenieros 1907, pág. 258). Continúa enfatizando el rol científico de esta oficina instalada en el centro mismo del sistema penal argentino, aclarando que las investigaciones realizadas en el Instituto buscan

> «(...) poner de relieve las condiciones de nuestro medio social y de nuestra población criminal, a fin de evidenciar las características de la criminalidad argentina y concurrir más eficazmente a solucionar nuestro propio problema preventivo y represivo. Ello no impedirá aportar el concurso comparado y general a la investigación científica y a la organización represiva que se llevan a cabo en todos los países civilizados» (Ingenieros 1907, pág. 258).

Dentro de este «colegio invisible», Mercante aporta los cruces específicos de pedagogía, criminología y psicología. Atento a la situación periférica del conocimiento argentino afirma que esta se debe al «aislamiento en que suelen vivir los países sudamericanos y en la poca cuenta que hasta hace poco se les ha tenido como valor científico, sin que, por eso, exista más razón que la geográfica y el idioma» (Mercante 1911, pág. 307). Pero no es causante de esta periferia la calidad científica de la argentina por eso explica cómo y dónde se produce y desarrolla ciencia, por ejemplo en torno a la pedagogía:

> «(...) la República Argentina en donde, sin embargo, hace más de veinte años se realizan trabajos tendientes a dar una base científica a la Pedagogía, mediante el estudio sistemático de las aptitudes del niño; donde se han publicado obras que han merecido el aplauso universal y donde se ha creado en la Universidad de La Plata, un instituto con cátedras y laboratorios destinados exclusivamente a los propósitos científicos de conocer al sujeto didáctico» (Mercante 1911, pág. 307).

Los veinte años de trabajo sobre el estudio del niño que menciona el pedagogo bonaerense comienzan en 1891 en San Juan. Ingenieros da cuenta de dicha actividad en *Los estudios psicológicos en la Argentina* (1919) mostrando las vinculaciones entre los actores del colegio: «La primera investigación experimental fue iniciada en 1891 en San Juan, por Víctor Mercante, bajo el aspecto de psicología pedagógica; allí se fundó un modesto laboratorio de psicofisiología y muy pronto pudo Mercante publicar los resultados de sus experiencias psicológicas» (Ingenieros 1919, pág. 67). Por su parte Mercante busca advertir que sus trabajos sobre la temática comienzan ya en 1890 por ello comenta «Un trabajo, nuevo para nuestro país, iniciamos en la escuela normal de San Juan sobre las condiciones fisiológicas y psíquicas del niño se han escrito muchas obras, pero hijas de la fantasía y no de los hechos» (Mercante 1911, pág. 308).

Mercante, siguiendo las afirmaciones de Ingenieros en torno a las características del medio social argentino como forma de comprender y resolver los problemas surgidos de la «cuestión social», considera que existe una necesidad en la ciencia argentina de producir investigaciones propias para estudiar la particular «evolución ontogénica» de un territorio con una creciente inmigración. Al postular el aula como un laboratorio, intenta consolidar una

red de investigación científica en torno a las infancias y adolescencias argentinas, que potencie el modelo de *Archivos de psiquiatría*, aunando institucionalidad y rigurosidad en la figura central del «instituto» ya mencionada, por ello afirma que se encuentra:

> «Entregado completamente a este género de trabajos desde entonces hasta hoy, he dado a la publicidad muchos estudios y dirijo un instituto para realizar un vasto programa Pedológico y Pedagógico, del que, en parte podrán dar fe estos *Archivos de pedagogía y ciencias afines*» (Mercante 1911, pág. 309).

Los ajustes metodológicos y epistemológicos de Mercante para ligar el *Archivo de Pedagogía* con las prácticas del *Archivo de Psiquiatría*, se organizan en torno a la construcción del aula como laboratorio. Para acceder a este fenómeno damos cuenta del *Programa técnico de psicopedagogía* que presenta Mercante en la Universidad de La Plata, publicado en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*. El programa informa conocimientos teóricos y técnicos que los alumnos/as universitarios deben poseer para adquirir el título de «Profesor de Enseñanza Secundaria en Pedagogía y materias afines», con la intención de formar los conocimientos metódicos y técnicos para ejercer la investigación cuantitativa en cualquier espacio áulico, de cualquier escuela del territorio nacional. Es el conocimiento del método científico y la capacidad técnica lo que convierte cualquier aula en un laboratorio, a partir de la conversión del lugar en espacio (no-lugar) y al desubjetivar a los niños/as en meras cantidades de fuerzas medibles. De este modo el aula se convierte para una mirada técnica en un espacio medible y analizable, tal como lo es la cárcel o el hospital. Los alumnos/as «deben dar prueba acabada del conocimiento de los aparatos, su empleo y los métodos más en uso para precisar los hechos ó realizar las investigaciones en los diversos tópicos que constituye la materia (…) de Antropología y de Psicopedagogía» (Mercante 1911, pág. 83).

14.4 Dinámicas científicas en las revistas *Archivos*: entre la institucionalización nacional a las discusiones internacionales

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, las revistas científicas se convierten en un pilar clave para el proceso de profesionalización y especialización disciplinar de las investigaciones, creando

«redes crecientes de interacción, en un auténtico intertexto científico que despliega una función acumulativa indispensable para el funcionamiento colectivo de la ciencia moderna» (Mailhe 2014, pág. 656). Esta fue la función que cumplió la revista *Archivos de Psiquiatría*, consolidando una red científica latinoamericana desde Buenos Aires y con «alcance universal (...) conocida en todo el mundo científico» (Ingenieros 1907, pág. 259). En el caso de la revista de *Archivos de Pedagogía*, entrama una red nacional e internacional donde participan científicos, médicos, intelectuales, pedagogos, psicólogos y psiquiatras de diversas universidades, laboratorios, institutos y revistas científicas de España, Italia, Francia, Bélgica y Suiza.

A través de los artículos publicados en estas revistas, podemos acceder a las discusiones que buscan modular los conocimientos científicos con la realidad social y política de la época, acceder a los pliegues que posibilitan y a las tensiones del universo discursivo que los contiene. Aquí nos preguntamos: ¿cuáles son las funciones del científico/a dentro de la política estatal, de la constitución del estado y de la ciudadanía? ¿Cómo se entraman las funciones de las ciencias sociales y del científico en torno a las distinciones entre normalidad y anormalidad en la población?

Nos concentramos en dos revistas de similares características: *Archivos de psiquiatría, criminología, medicina legal y ciencias afines* creada por Francisco de Veyga en 1902 y dirigida por José Ingenieros, que funciona desde 1907 como órgano oficial del Instituto de Criminología dentro de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires y *Archivos de pedagogía y ciencias afines* órgano de divulgación científica de la Sección Pedagógica de la Universidad Nacional de La Plata creada en 1906 por Víctor Mercante. La idea de archivo supone la producción de documentos metódicos y sistemáticos que registren la actividad de un espacio institucional, resultan por su desarrollo, dispositivos que dan cuenta de una serie de diagnósticos biológicos y sociales sobre la población con incidencias políticas y sociales.

José Ingenieros (1877-1925) y Víctor Mercante (1870-1934) son representantes de la ciencia y funcionarios activos del Estado. En este sentido, tanto Ingenieros psiquiatra y científico como Mercante normalista, psicólogo experimental y científico resultan actores y divulgadores importantes en esta tensión científica y política que permiten pensar las continuidades y rupturas entre el poder políti-

co y sus vinculaciones con una burguesía científica perteneciente al estado pero en constante tensión con este.

Archivos de Psiquiatría y *Archivos de Pedagogía* reúnen las condiciones de una publicación científica: artículos que dan cuenta de desarrollos teóricos y discusiones metodológicas entre reconocidos científicos nacionales e internacionales. Las doctrinas psiquiátricas y criminológicas que allí se sostienen están sustentadas en significativos materiales empíricos, elaborados con casos tomados de diferentes centros de observación de delincuentes, alienados y educandos/as. También dan cuenta de las novedades editoriales nacionales y extranjeras. Por ejemplo en un informe publicado por Rodolfo Senet en el *Archivo de Pedagogía* en torno a una investigación, que diseña Mercante, explica los procedimientos metodológicos para producir datos y estadísticas en torno a las infancias:

> «(...) 548 niñas de la Escuela Normal de La Plata por la Sta. I. Chamans y 623 varones, alumnos del Colegio Nacional y de La Escuela Anexa a la sección Pedagógica de la Universidad de La Plata, cuya tarea fue compartida con el Sr. Ferraroti, (...). En total, los sujetos medidos son 1171» (Senet 1907, pág. 28).

En la portada de la publicación de *Archivos de Psiquiatría*, debajo de los nombres del director y colaboradores, puede observarse la especificación del contenido de la revista, estructura que comparte la revista *Archivos de Pedagogía*:

> Cada número contiene:
> 1) Artículos originales - Sobre cuestiones científicas doctrinarias y sus aplicaciones al derecho penal, la medicina legal, la psicopatología general, la pedagogía, la sociología, etcétera.
> 2) Observaciones clínicas - Casos originales de interés, observados en las cárceles, manicomios, hospitales y clínicas privadas; estudios periciales, etcétera.
> 3) Revista de Revistas - Reseña de trabajos afines que aparezcan en las revistas extranjeras y nacionales.
> 4) Libros nuevos - Bibliografías críticas, a cargo de los redactores y colaboradores.
> 5) Variedades científicas - Cuyo conocimiento se relacione con las materias que trata la revista.
> 6) Notas - Documentos, observaciones, que puedan servir de materiales y sugerir nuevos estudios.

7) Índice Bibliográfico.

Por su parte, la revista *Archivos de Pedagogía*, construida con los mismos criterios de *Archivos de Psiquiatría*, tiene como particularidad una sección de información general de la Universidad Nacional de La Plata, poniendo en valor científico, pedagógico y político la gestión de la institución que sostiene la revista y sus investigaciones, las siguientes secciones son similares a la estructura de *Archivos de Psiquiatría*: una sección de «artículos», otra de «Bibliografía» en donde se da cuenta de las novedades editoriales en tres niveles: libros, revistas y textos (conferencias o ponencias en congresos nacionales e internacionales de los participantes del colegio invisible). Finalmente una sección de «varios» similar a la de «variedades científicas» del *Archivo de psiquiatría*.

Tanto Ingenieros como Mercante, actores del colegio invisible mencionado, utilizan los *Archivos* como una red discursiva que pone en valor nacional e internacional las actividades, menciones, homenajes y premios nacionales o internacionales de sus participantes. Esto se observa con claridad en las secciones «varios» del *Archivo de pedagogía* o «variedades científicas» del *Archivo de psiquiatría*. Por ejemplo Ingenieros al salir el número 1 de la revista *Archivos de pedagogía*, acentúa el valor científico de la misma y de la figura de Mercante como su fundador del siguiente modo:

> «Magnífica, extraordinaria, digna de un hombre de ciencia como Vd., la revista cuyo primer número acabo de recibir. Hace honor a la República Argentina y a la Universidad de La Plata. (...) Los Archivos de Pedagogía nada tienen que envidiar á las mejores publicaciones similares del mundo entero» (Ingenieros, como se cita en Mercante 1906b, pág. 485).

Con la misma intención Mercante se ocupa de informar las actividades científicas internacionales de Ingenieros y el premio recibido en París, como forma de poner en valor los actores del colegio invisible, en un texto titulado «EI doctor Ingenieros [sic] en la Sorbonne» (Mercante 1906b, pág. 488) menciona la visita del «eminente psiquiatra argentino» a París, sus actividades científicas y académicas y el nombramiento que recibe como miembro de la «Sociedad de Psicología de París».

Podemos acceder a otra particularidad del diálogo crítico de este «colegio invisible» y de la construcción de conocimiento científico que realizan, en los criterios de publicación que posee *Archivos de*

psiquiatría. En ellos el comité editorial acepta publicar todo artículo que esté de acuerdo con la temática y pretensión científica de la revista, independientemente de la calidad de los mismos. Pero salvan la heterogeneidad de niveles de producción publicando un artículo a continuación de aquellos trabajos que presenten imprecisiones teóricas o errores considerables de interpretación de alguna de las líneas teóricas que comparte el equipo editorial. La mayoría de estos artículos críticos son escritos por Ingenieros o algún experto en el tema en cuestión. De esta manera logran un caudal interesante de trabajos publicados abriendo un espacio de participación que garantiza la diversidad de formaciones disciplinares y favorece la difusión de la revista, sin perder el rigor indispensable para una publicación semejante.

Solo por dar algunos ejemplos, podemos citar el artículo de Ingenieros titulado «Las teorías de Lombroso ante la crítica» (1902), publicado en el año I de *Archivos de Psiquiatría*, en el que se ocupa de criticar las imprecisiones teóricas del trabajo de brasilero Evaristo de Moraes sobre las teorías de criminólogo italiano, en un auténtico diálogo científico. Como también el artículo de Emilio Zuccarini publicado en el año VIII, «El atorrantismo y solidaridad social» (1909), que trata de discutir lo que considera defectos lógicos y teóricos en el tratamiento que Eusebio Gómez realiza sobre mendigos y atorrantes en su libro *La mala vida en Buenos Aires* (1908).

14.5 Cómo: discutiendo y clasificando; produciendo e institucionalizando

En una sociedad que se percibe desintegrada, la medicina, la medicina legal, la psiquiatría, la criminología, eugenesia, higienismo, etcétera, intentan reconstruir una unidad categorizando los fragmentos de lo que se considera la realidad social para incorporarlos en una clasificación estructurada desde la ilusión de un orden orgánico originario. Se enfrenta la crisis social desde el supuesto de que hay un orden que se ha quebrado y hay que restituir. Esta acción no solo supone producir conocimientos para una clasificación exhaustiva y para la organización del orden social, sino que excluye la posibilidad de la diferencia. Desarrolla una capacidad de discriminación lo suficientemente aguda como para definir y expulsar a los elementos que no pertenecen a la totalidad

originaria y que, en tanto no se los identifique, causan confusión y error. El criterio de discriminación y expulsión se funda en la concepción de la sociedad como un organismo vivo, con sus mecanismos de supervivencia, como podemos observar en la siguiente cita de Ingenieros en *Criminología*:

> «Este instinto es la fuerza poderosa que impulsa a los seres vivos a la segregación o eliminación de cuanto puede dificultar o poner en peligro la existencia o la integridad de la individualidad orgánica: la conservación de la propia vida es tendencia fundamental de todo ser vivo. La amiba elimina la partícula inorgánica que ha absorbido por error, creyéndola alimenticia; de idéntica manera la sociedad trata de eliminar todos aquellos elementos que considera perjudiciales a su vitalidad y evolución» (Ingenieros 1957, pág. 149).

De esta manera se construye un discurso sobre lo social, con principios y categorías que tienen su origen en el cuerpo teórico de la medicina con base en el evolucionismo determinista. La mirada médica penetra en el espacio social construyendo una red que ejerce una vigilancia constante y establece un marco conceptual modelo para el estudio de la vida de las sociedades, que se estructura a partir de la oposición entre lo sano y lo mórbido, lo normal y lo patológico. Así se constituye en un saber que sienta las bases para un ordenamiento y disciplinamiento del «cuerpo social». Del propio seno de la medicina surge la disciplina que se ocupará de aquellos individuos peligrosos que amenazan el orden de las sociedades que comienzan a encaminarse en las vías del progreso, se trata de la Psiquiatría que se ocupará de llevar adelante una especie de higiene pública. En este sentido, lo que están produciendo quienes forman parte de los colegios invisibles que atraviesan a las publicaciones científicas de la época y comparten una serie de posicionamientos teóricos y políticos, es un discurso que pretende justificar las medidas políticas y sociales que excluyen sin más a los individuos que por diversas razones resultan generadores de un cierto malestar al contradecir con sus actos los principios de lo que para algunos es considerada la normalidad del sistema.

El gran desvelo del estado argentino y de sus funcionarios (científicos, médicos, políticos, alienistas, educadores, etcétera) es clasificar y separar los sujetos «normales» de los «anormales». Mercante dice que la escuela como muestra de la sociedad ofrece «una policromía de aptitudes de mil maneras combinadas que en grados diferentes, se manifiestan entre lo normal y lo anormal» (Mercante

1906c, pág. 28). Por ello sostienen la importancia de reconocer y «diagnosticar» los «elementos peligrosos» que revolucionan o «enferman» la nación.

Pero estos posicionamientos teóricos y políticos, no están exentos de tensiones. Podemos asistir en las revistas científicas, en este caso en *Archivos de Psiquiatría* y en *Archivos de Pedagogía*, a discusiones entre los diferentes autores que permiten salir del prejuicio determinista respecto del positivismo de principios del siglo XX en Argentina, y que están explícitas en los trabajos que allí se publican.

Presentamos como muestra de esas discusiones, una problemática recurrente del positivismo argentino vinculada con la relación entre el determinismo hereditario y la influencia del medio en la conducta criminal. La posición italiana al respecto está expuesta en un artículo del italiano Ángel Zuccarelli, profesor de psiquiatría y antropología criminal, publicado en 1902 y titulado «Necesidad y medios de impedir la reproducción de los degenerados». El papel de la herencia aparece como un factor determinante de la criminalidad, por lo tanto, la forma de lucha contra las conductas criminales está dirigida a impedir la reproducción de los individuos considerados delincuentes, acelerando el procedimiento de selección natural:

> «Los hombres impíos, los más grandes delincuentes, los locos criminales, los más incapacitados para la lucha por una perfección más alta de la especie, los hombres refractarios a una regeneración del pueblo propiamente dicha, nacen precisamente de los hombres degenerados, de los sifilíticos hereditarios, de los hombres neuropáticos y psicopáticos hereditarios y de todos aquellos en quienes serpentea un terrible contagio hereditario que deteriora, rebaja, desorganiza, hasta la extinción de las familias. Y mientras la selección natural, por una parte, es muy lenta e insuficiente para hacer una depuración ventajosa, y por otra se choca a menudo contra diversas dificultades para obtener medidas sociales (económicas, higiénicas, didácticas, educativas, jurídicas, etcétera) verdadera y eficazmente regeneradoras, sucede que en ese tiempo, cada degenerado se reproduce en tres, cuatro, cinco y aun en siete o diez desheredados de la naturaleza, que son más desgraciados que sus ascendientes. Así la fuente de desdichados y seres funestos a la sociedad, crece hasta el punto de alarmar y espantar» (Zuccarelli 1902, págs. 227-228).

Frente a este diagnóstico propone la selección artificial más activa: la esterilización. Incluso considera que es una alternativa a

la medida que procura prohibir los matrimonios de personas que sufran algún tipo de degeneración:

> «Mediante la esterilización (...) es posible dejar libre el ejercicio del coito, salvaguardando el mayor respeto por la libre elección y por todas las conveniencias sociales, que son elementos de equilibrio para la estática de la sociedad; pero, al mismo tiempo, se consigue impedir de una manera segura y duradera, la procreación de una falange cada vez más numerosa de sujetos mayormente degenerados» (Zuccarelli 1902, pág. 234).

Mercante participa de la discusión entre herencia y variables del medio, desde sus trabajos en torno a la criminalidad infantil. Sostiene una posición determinista en torno a la herencia similar a la de Zucarelli como motivo principal de los delitos, pero realiza una leve torsión al poner en juego también las influencias del medio. Un caso de este fenómeno son las clasificaciones taxonómicas que realiza al estudiar las infancias en escuelas de La Plata, compuesta por tres grupos: «niños nacidos en argentina con antecedentes europeos», «niños con padres europeos» y «niños de raza indígena». Postula distintos niveles de evolución de acuerdo a su «carácter étnico», por ello afirma que el «europeo pertenece a una raza superior y más perfecta que la indígena», estos presentan rasgos corporales «más desarrollo y flexibilidad innata que los del otro, cuya imperfección los aproxima a razas inferiores, de evolución retardada por causas diversas» (Mercante 1906a, pág. 448). Mercante también subdivide la «raza europea» y su desarrollo en dos, entre los que desciende de «lejanos antepasados, de europeos» y los que tienen «padres europeos», los primeros poseen una «inferioridad» que se debe a su «adaptación de un siglo ó más, á un nuevo país y nuevo clima» (Mercante 1906a, pág. 448). En este sentido no solo la raza marca una diferencia, la adaptación al medio ambiente argentino resulta determinante en el diagnóstico de inferioridad (cfr. Mercante 1906a, pág. 448). Para Mercante la herencia y el medio ambiente no son definitivos, pueden regenerarse y disciplinarse, pero para ello es necesario producir conocimiento sobre las infancias y adolescencias de la Argentina que aún no se posee pero que se alcanzarán por medio de la ciencia y la educación:

> «La educación se propone el cultivo y desarrollo de las aptitudes del hombre (mientras haya vida escolar) dentro de las libertades que permite el ambiente.

> La ciencia trata de establecer las leyes de este cultivo dentro del mayor éxito con el menor esfuerzo; las leyes son la expresión generalizada de una observación sobre hechos que a menudo el hombre provoca. De aquí la marcha de los estudios: primero conocimiento de la naturaleza humana; luego, de sus necesidades; en tercer lugar de la correspondencia del individuo con el mundo; por fin los medios que han de modificar aquélla para adaptar las generaciones nuevas á las condiciones de la vida fecunda para el estado y la especie» (Mercante 1906c, pág. 26).

Estableciendo una clara diferencia respecto de Zuccarelli y Mercante, Francisco de Veyga en un artículo también publicado en *Archivos de Psiquiatría* en 1905 cuyo título es «De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida» da mayor espacio al medio como origen de las patologías, relativizando o colocando a los factores hereditarios entre otras causas de la criminalidad, como también lo hará Ingenieros en distintos trabajos criminológicos. Así lo expresa Veyga:

> «Estamos dando a la herencia mórbida, después de haberla negado o discutido tanto tiempo, un valor exagerado que no tiene, ni teórica ni clínicamente. Hablamos de la herencia mórbida y de sus manifestaciones con un tono pesimista que no es dado usar y que puede ser causa de ataques severos para la doctrina de la degeneración, todavía mal asentada en sus principios y errores de sistema. Y, sobre todo, encerrándonos dentro del estrecho círculo de la herencia, estamos dando a la degeneración un carácter etiológico muy mezquino y del que conviene despojarla.
>
> »La degeneración se hereda pero se adquiere también, y quizá sea fuera de la transmisión sucesoria donde tenga su mayor fuente de producción. Su acción, en todo caso, como fenómeno de herencia o de adquisición individual, tiene su contrapeso en la tendencia espontánea a la regeneración ayudada eficazmente por la terapéutica» (Veyga 1905, pág. 44).

También Ingenieros en un artículo publicado en *Archivos de Psiquiatría* en 1906, titulado «Nueva clasificación de los delincuentes fundada en su psicopatología», da un lugar semejante en valor, a las condiciones contextuales del delito respecto de las hereditarias, especificando aún más el objeto de la criminología. De esta manera la criminología es entendida como «El estudio científico del delito, considerado objetivamente como acción humana que exterioriza las condiciones de lucha por la vida propias del ambiente social» (Ingenieros 1907, pág. 30). Para que no quede lugar a

dudas, distingue los elementos del medio que provocan las acciones consideradas socialmente patológicas:

> Los factores que cooperan a la determinación del delito se dividen en dos grandes categorías:
> 1) Los factores endógenos, biológicos, propios de la constitución fisiopsíquica del delincuente.
> 2) Los factores exógenos, mesológicos, propios del medio en que actúa el delincuente. Los primeros se manifiestan como anomalías de la conformación morfológica o del funcionamiento psíquico de los delincuentes; los segundos se refieren al ambiente físico y al ambiente social (Ingenieros 1907, pág. 31).

Entonces, desde la rigurosidad de la distinción científica, tanto Ingenieros como Veyga, discriminan las disciplinas que se ocupan de cada región, precisando el objetivo de estudio particular del campo criminológico: los factores internos son estudiados por la antropología criminal y los factores externos por la mesología criminal. Las disciplinas de la Antropología criminal son la psicología criminal y la morfología criminal. Y las disciplinas que forman parte del estudio mesológico criminal son la sociología criminal, ocupada de las causas propias del ambiente social; y la meteorología criminal, atendiendo a las causas propias del ambiente físico. Por ello la crítica que realizan los científicos argentinos a las primeras producciones teóricas de la antropología criminal de la escuela italiana, radica en su centramiento en los estudios morfológicos a través de los cuales buscaban un tipo de delincuente especial sin advertir que se trataba simplemente del común «tipo degenerado» observado en los delincuentes más degenerados. Luego Ferri le da mayor importancia a la psicología, ampliando los estudios morfológicos de la antropología criminal.

En un artículo de Horacio Areco titulado «Enrique Ferri y el positivismo penal» publicado en el número VII de *Archivos de Psiquiatría*, se refiere a la crítica que realiza Ferri al método de Lombroso y a la ampliación que provoca en la escuela positivista del delito. Critica a Lombroso «su demasiada sujeción a los hechos y la falta a la poca (...) amplitud de las derivaciones filosóficas. Constató también la imprecisión de Lombroso a lo (...) referir sus observaciones a una determinada clase de delincuentes, pudiendo, en realidad, aplicarse solo a ella» (Areco 1908, pág. 398).

Areco se detiene en la ampliación de la escuela positiva realizada por Ferri al considerar que se trata del delito como un fenómeno natural y social. Cesare Lombroso había considerado que la nueva escuela era solo una alianza entre derecho penal y antropología criminal, frente a lo cual reacciona Ferri sosteniendo que «La nueva escuela es algo más. Tiene un alcance científico y práctico mucho mayor: es la aplicación del método experimental al estudio de los delitos y de las penas, con el concurso fecundo de la antropología criminal, de la estadística, de la psicología, de la sociología, representando una nueva fase en la evolución de la ciencia criminal» (Ferri, citado por Areco 1908, pág. 400), es decir que el delito es entendido como una anormalidad biológica social, posición en la que se apoyaron y profundizaron los criminólogos argentinos.

Luego de haber observado las diferencias entre la escuela positivista italiana y la argentina, podemos destacar que la fuerza que los científicos argentinos pretenden imprimir sobre el campo social a través de la intervención política, está fuertemente validada por este giro teórico a favor de las condiciones del medio en detrimento de la herencia, como factores promotores de mala vida, delito y patologías sociales diversas. De esta manera se corren del determinismo dando la posibilidad de conformar el cuerpo social de acuerdo con los modernos principios positivistas.

Al incorporar la variable del medio y de la educación en la constitución de los criminales y alienados disminuyendo el carácter determinista de la herencia, la solución es de orden médico-político: reforma laboral, sanitaria, educativa y productiva. En estas dimensiones se librarán las batallas políticas sobre la dirección que deberán seguir estas reformas.

14.6 A modo de cierre

Hemos trabajado los *Archivos* para dar cuenta de una de las dimensiones de estas revistas científicas: la politicidad del conocimiento científico a fines del siglo XIX principios del siglo XX, sostenido teóricamente en la forma en que se configuró el positivismo en la Argentina. El universo discursivo que entrama las prácticas y discursos científicos se organiza en torno a dos caras del mismo temor político social: por un lado, el retorno al pasado y sus cruentas violencias sociales efectos de un país políticamente

desorganizado y en disputa por los caudillos locales; por otro lado, el desorden social presente y sus consecuencias futuras.

La punta de lanza para combatir dichos temores son las prácticas criminológicas, médicas, psiquiátricas y pedagógicas que cobran fuerzas y contenido en la circulación institucional del conocimiento producida por un «colegio invisible» específico que propicia su profesionalización. Una de las actividades distintivas de esta producción colegiada la constituyen las publicaciones en revistas científicas como *Archivos de Psiquiatría* y *Archivos de Pedagogía* a través de las cuales accedemos a las disputas político-sociales que entabla el conocimiento científico con el poder político. Se producen una serie de conexiones rizomáticas en torno a la institucionalización de las prácticas de investigación y de la producción de conocimientos producidas en: hospitales, penales, universidades, escuelas y comisarías, como puede observarse en concebir las aulas, cárceles, hospitales y comisarías en laboratorios en pos de vigilar, medir y estudiar las «anormalidades» de la vida social «desordenada».

Los científicos locales afirman una periferia en el entramado geopolítico de producción, pero una centralidad teórica, epistemológica y metodológica en torno a la producción de conocimiento científico internacional. El «colegio invisible» configurado por estos científicos es presentado en los diálogos entre Ingenieros y Mercantes, en las vinculaciones y continuidades entre el *Archivo de Psiquiatría* y el *Archivo de Pedagogía*. Estas dos revistas científicas argentinas confirman por su recepción y por la participación internacional que las compone su pertenencia a los estándares (metodológicos, teóricos y estilísticos) de las revistas científicas internacionales más renombradas.

Una muestra de esta pertenencia y participación internacional es la discusión a la que referimos más arriba en torno a la relación entre herencia y medio ambiente en la incidencia de la criminalidad. Esta discusión va desde posiciones que afirman la incidencia inevitable de la herencia en torno a la criminalidad y la eugenesia como salida. Una posición media como la de Mercante afirma la preeminencia de la herencia, pero sostiene la posibilidad de una transformación. Y otras posiciones que superan los prejuicios deterministas del positivismo clásico, como es el caso de Francisco De Veyga, quien invierte la relación colocando la incidencia del medio por sobre la herencia, y sosteniendo la posibilidad de regene-

ración de la «degeneración mórbida». O la posición de Ingenieros quien afirma la incidencia del medio ambiente en la criminalidad y produce desde una mayor precisión teórico-metodológica la construcción de objetos de estudios específicos de cada disciplina en torno a la criminalidad. Otro ejemplo de la renovación teórica del positivismo argentino es el texto de José Areco quien crítica al determinismo biologicista lombrosiano y apoya la renovación del positivismo penal de Ferri compuesto por: la antropología criminal, la estadística, la psicología y la sociología. Se produce una revisión crítica sobre los supuestos teóricos-metodológicos de la corriente positivista italiana, dando lugar a un positivismo argentino que se reposiciona en torno al fenómeno de la criminalidad dando mayor fuerza al estudio del medio social. Este posicionamiento se entrama con la posibilidad de proponer una solución política científica manifiesta en los proyectos de reforma judicial, penal, policial, médica y educativa propuestos por los actores del colegio invisible.

Referencias bibliográficas

ARECO, HORACIO

1908 «Enrique Ferri y el positivismo penal», en *Archivos de Psiquiatría*, n.º VII, referencia citada en páginas 327, 328.

BRUNO, DARÍO; CLAUDIO MICELI Y LAURA RICCITELLI

2010 «Psicología y Criminología en la Intersección de dos espacios instituyentes del discurso psicológico en la Argentina entre 1902-1913», en *Memorias de las XVII Jornadas de Investigación. Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en páginas 314, 315.

CIANCIO, MARÍA BELÉN Y ALEJANDRA GABRIELE

2012 «El archivo positivista como dispositivo visual-verbal. Fotografía, feminidad anómala y fabulación», en *Mora*, n.º 18, recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/mora/article/view/324>, referencia citada en página 314.

DÍAZ, ESTHER

2007 *Entre la tecnociencia y el deseo. La construcción de una epistemología ampliada*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 311.

FALCONE, ROSA

2010 *Breve historia de las Instituciones psiquiátricas en Argentina. Del Hospital cerrado al Hospital abierto*, recuperado de <http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/obligatorias/034_historia_2/Archivos/inv/Falcone_HistoriaInstit.pdf>, referencia citada en página 314.

GABRIELE, ALEJANDRA

2017 *Entre el orden del cuerpo y las cuestiones de la carne. Tramas epistemológicas para una historia de las ciencias sociales en Argentina: Archivos de psiquiatría y criminología (1902-1910)*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Lanús, referencia citada en páginas 311, 312.

INGENIEROS, JOSÉ

1907 «Instituto de criminología. Su fundación en la Penitenciaría Nacional», en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Buenos Aires: La Semana Médica, referencia citada en páginas 316, 319, 326, 327.

1919 «Los estudios psicológicos en la Argentina», en *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, vol. 5, n.º 4, recuperado de <http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/musicoterapia/informacion_adicional/311_escuelas_psicologicas/docs/Ingenieros-1919001.pdf>, referencia citada en página 317.

1957 «Criminología», en *Obras Completas de José Ingenieros*, Buenos Aires: Elmer Editor, vol. 7, referencia citada en página 323.

MAILHE, ALEJANDRA

2014 «El archivo de Archivos un latinoamericanismo eurocéntrico en la psiquiatría y la criminología de principios del siglo XX», en *Varia Historia*, vol. 30, n.º 54, referencia citada en página 319.

MERCANTE, VÍCTOR

1906a «Estudios de Fisiopatología infantil», en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, vol. 5, referencia citada en página 325.

1906b «Los cooperadores de Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines», en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 1, n.º 1, referencia citada en página 321.

1906c «Sentimientos estéticos del niño (Investigaciones experimentales)», en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, vol. 5, referencia citada en páginas 323, 326.

1911 «Paidología o pedología en el concepto de estudio del niño», en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 9, n.º 27, referencia citada en páginas 317, 318.

PAREDES, ALEJANDRO

2012 «Análisis de la red epistolar en torno a Francisco Romero (1922-1963)», en *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 29, referencia citada en página 314.

SENET, RODOLFO

1907 «El surmenage intelectual y la neurastenia», en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 3, n.º 8, referencia citada en página 320.

VARELA, LUIS

1902 «La medicina legal en el derecho», en *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, Buenos Aires: La Semana Médica, vol. 1, referencia citada en página 315.

VEYGA, FRANCISCO

1905 «De la regeneración como ley opuesta a la degeneración mórbida», en, referencia citada en página 326.

VISAGUIRRE, LEONARDO

2021 *Una crítica epistemológica a las pedagogías argentinas de principios del siglo XX. La tensión positivismo - krausismo en la producción de Víctor Mercante (1870-1934) y Carlos Norberto Vergara (1859-1929)*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Cuyo, referencia citada en páginas 311, 312.

ZUCCARELLI, ÁNGEL

1902 «Necesidad y medios de impedir la reproducción de los degenerados», en, referencia citada en páginas 324, 325.

CAPÍTULO 15

Filosofía e historia de la filosofía, modos de un desencuentro

MARÍA CARLA GALFIONE*

> «Ahora se trata de cómo puede un individuo, un nombre, ser el soporte de un elemento o grupo de elementos que, venidos a integrarse a la coherencia de los discursos o a la red indefinida de las formas, borran o al menos tornan vacío e inútil ese nombre, esa individualidad cuya marca, no obstante, llevan hasta cierto punto, durante cierto tiempo, en ciertos aspectos» (Foucault 1996).

Si en el texto de la ponencia presentada por Ingenieros para el Congreso Científico de Washington en 1915, «La filosofía científica en la organización de las universidades»,[1] aparece mencionado al pasar y sin detalle el desencuentro entre la filosofía y su historia, luego podemos reconocer que este se convierte en un motivo repetido en varias de sus obras posteriores. Se ha insistido mucho señalando que el interés de Ingenieros por la filosofía data de sus últimos diez años de vida y, de algún modo, ese texto fue tomado como un trabajo fundacional por sus discípulos. Allí se repitieron y pasaron en limpio algunas nociones que habían aparecido años antes, pero también se sentaban con mayor contundencia ciertas ideas en torno al lugar que debía ocupar la filosofía en el contexto de la universidad, como una especie de plan o propedéutica que parecía pensarse realizable. La definición de filosofía que encontramos en ese trabajo era también un llamado particular a renovar

* IDH/CONICET. UNC.

[1] Me refiero a Ingenieros (1916).

los saberes de la universidad en virtud de una nueva mirada. Sin duda, esto sirve para relativizar al carácter tardío de la filosofía en su obra, porque el hecho que aparezca recién entonces puede ser leído sin inconveniente como parte del mismo plan trazado desde *Principios de psicología*, aquel vinculado con lo que nuestro autor llamaría un despliegue evolutivo, objeto de una consideración genética. Pero sirve más aún para reconocer que había un escenario medianamente reconocible, en el que Ingenieros venía a postular este lugar y estas formas para la filosofía.[2]

Brevemente, porque es algo más que sabido, de lo que se trataba era de reconocer la filosofía como un saber articulado con las ciencias naturales y, por eso, esta solo lograba cobrar realidad cuando los estudios en torno a aquellas estuvieran ya puestos en marcha. En la universidad argentina, esto era reciente. Podía suponerse que, sobre la matriz evolucionista que condicionaba su lectura de los saberes, habiendo adelantado ya en importantes trabajos en torno a la fisiología, la biología y sus derivas hacia la psicología centralmente, incluso llevado sus conclusiones al terreno de la naciente sociología, se estaba en condiciones de recoger las consecuencias que esto traía para la filosofía y avanzar en su definición. En esa mirada, contraria a la que sostendrán algunos contemporáneos, radicaba para nuestro autor la novedad de la filosofía universitaria en el país, porque hasta entonces, si algo había venido siendo esta disciplina, ello remitía al modelo escolástico y dogmático.

Sabemos que muchos de sus críticos tomarán la condición de *recienvenido* de Ingenieros al campo filosófico como uno de los puntos más débiles de su posición, objeto frecuente de los ataques

[2] Se suele señalar que el interés de Ingenieros por la Filosofía, y junto con ello la introducción de novedades en su planteo que dialogan con cierto «idealismo» datan de 1915 o más adelante. No obstante, la revisión de *Principios de psicología* ayuda a reconocer la continuidad de sus formulaciones. Si bien hay cambios desde su edición en *Archivos de Criminología y Psiquiatría*, en 1911, puede advertirse que éstos son menores y se diluyen si rastreamos la seguidilla de ediciones. En esa primera edición, por ejemplo, no se incluía el apartado «La formación natural de los ideales: idealismo fundado en la experiencia», del capítulo VII, que es central para considerar su definición de la filosofía. Pero la edición publicada en Madrid, en 1913, ya lo incluye con el título «La formación natural de los ideales: el idealismo experimental» y su formulación es casi idéntica a la que saldrá en la definitiva de 1919. Aquí usamos la redacción y la paginación de esta última.

que le dirigían. Y esto solo basta para comenzar a reconocer lo que fue el signo más contundente de los enfrentamientos que, en torno a la filosofía, protagonizó por entonces nuestro autor: la inconmensurabilidad. Sus críticos, como veremos más adelante, podían desplegar largos textos para demostrar lo contradictorias o carentes de sustento que eran sus afirmaciones, pero difícilmente dieran en el blanco. Lo que había allí eran dos esquemas radicalmente diferentes para pensar la filosofía y su historia, que inhibían la posibilidad de acuerdo, pero incluso de interlocución. Reconocer esto no es una novedad, pero subrayarlo nos obliga a volver sobre el objeto e intentar reconocer, ante ese doble lenguaje, qué era lo que estaba en juego y, desde ahí, percatarnos de que Ingenieros fue uno de los protagonistas en nuestro país de un movimiento radical y fundante en lo que hace al saber filosófico y cuyas consecuencias, quizás puede pensarse, marcaron el discurrir universitario de este saber en el siglo XX entre nosotros: la propuesta de Ingenieros quedaría fuera del esquema que finalmente se instalaría como modelo para el filosofar, sobre todo en lo que hace al vínculo entre ideas filosóficas y posicionamiento político. Pero esto ya no podremos demostrarlo.

En lo que sigue nos concentraremos en dos direcciones: por una parte, intentar reconstruir algunas de las nociones propuestas por Ingenieros en torno al saber filosófico, que nos permitirán comprender en qué sentido la filosofía y su historia ocupan territorios diferenciados y relativamente autónomos en su propuesta. Por la otra, inscribir esos desarrollos en un escenario intelectual amplio, en el que, no solo se advierten diferencias muy importantes con algunos de sus contemporáneos, sino que cobran sentido especial aquellas formulaciones. No agotaremos ese escenario, solo recogeremos algunas de las críticas que recibió entonces su propuesta, y las analizaremos de manera articulada con lo que entonces varios de los más influyentes académicos entendían en relación con la forma y ámbito en que debía desplegarse la filosofía. De paso, es probable que podamos extraer algunas consecuencias en relación con el estudio de la historia y la posición de Ingenieros al respecto.

15.1 Filosofía y novedad

Avanzando de manera cuidadosa, parece conveniente comenzar por definir algunas de las nociones más básicas del planteo de In-

genieros.[3] La de filosofía es, sin dudas, la central. Para Ingenieros «filosofía» también puede decirse «metafísica», más precisamente «metafísica de la experiencia». En esa noción, tantas veces cuestionada, Ingenieros busca reunir los dos elementos centrales de su modo de pensar la filosofía. A sabiendas, y es verdad que insiste mucho en este punto, Ingenieros está proponiendo un nuevo uso del término «metafísica», un nuevo concepto. Volver comprensible el lenguaje parece ser la primera preocupación, porque «la validez de una proposición depende del sentido inequívoco de los términos» (Ingenieros 1957b, pág. 72), y ello en todos los ámbitos del saber. Así: «inútil es insistir sobre la fundamental disparidad entre una futura metafísica y las conocidas habitualmente con ese nombre» (Ingenieros 1962, pág. 29), la diferencia se hace evidente si reconocemos el sentido novedoso que busca imprimirle.

«Creo en la *posibilidad de renovar la metafísica*» (Ingenieros 1957b, pág. 23), dice en 1918 en *Proposiciones relativas el porvenir de la filosofía*, un título ya de por sí elocuente. Y lo dice aquí usando cursivas, efectivamente, sugiriendo algún sentido específico. Es una *posibilidad*, no una certeza; se piensa una *renovación*, una posibilidad que podría originar un cambio; y una *metafísica* que, contrario a que suele invocarse con su nombre, no es algo fijo, sino el producto del cambio, sujeto a la predisposición que habilita aquella posibilidad. Esa renovación, podríamos decir, es el *leitmotiv* de buena parte de los esfuerzos desplegados por nuestro autor en los últimos años de su vida, aunque no solo en ellos.

Dicha idea se vincula con todo un desarrollo previo en relación con lo que se concibe como «desarrollo mental» en *Principios de psicología*, y desde ahí, con lo que se entiende por «conocimiento», por las capacidades humanas que lo habilitan y sus posibles resultados en función de ciertas características del objeto que se conoce. Así, habría que comenzar por el final, aclarando que el único objeto de conocimiento es el que se experimenta. La experiencia es la única fuente de conocimiento y se trata de una experiencia espacio-temporal vinculada con la adaptación a un medio. Esos datos de la experiencia o «fenómenos», están en la base de los métodos desplegados para el conocimiento, así como de las técnicas o habilidades. Nos encontramos con un ambiente que cambia, evoluciona, dice Ingenieros, y con hombres que

[3] Se puede consultar sobre este punto el trabajo de Ramaglia (2011).

también lo hacen en su intento de adaptarse a las condiciones de aquel. En función de ese cambio, los métodos para apreciar las relaciones entre los fenómenos experimentados y llegar a formular leyes también son «imperfectos e infinitamente cambiantes» (Ingenieros 1957b, pág. 14). El conocimiento, esas leyes, se vinculan con la experiencia en su doble condición de «experiencia real» y de «experiencia posible», de ahí la posibilidad de previsión. Eso son las leyes. Pero encontramos también otro campo en el que se despliega la capacidad de la mente humana: el de las hipótesis que escapan el horizonte de dichas experiencias, el de las hipótesis *inexperienciales*. Estas se derivan de lo *experienciable* pero en un movimiento de amplificación que pone en marcha la *imaginación*. Mientras la función de pensar, entendida como la posibilidad de mejorar las condiciones de adaptación al medio y lucha por la vida, es origen de las creencias que permiten al individuo interactuar en un medio determinado, la imaginación avanza un paso más y se ubica en el terreno de lo no experimentable, siendo la responsable de la formulación de hipótesis que exceden lo experimentable. «Imaginación constructiva», le llama en *Principios de psicología*. Dichas hipótesis son el contenido de esta filosofía a la que Ingenieros denomina «metafísica» y, precisamente, la llama así porque se trata de afirmaciones inaccesibles a la experiencia. Se trata de un pensar que ya no dice lo que experimenta, sino que avanza hipotetizando sobre lo que aún no alcanza la experiencia. Tal como lo aclara en nota Aníbal Ponce: «metafísica fue el nombre que se dio a la más considerable de las obras de Aristóteles porque iba "después de la física" en la edición de Andrónico de Rodas» (Ingenieros 1957b, pág. 10). La filosofía entendida así, también «filosofía científica», posee carácter metafísico porque «sus generalizaciones exceden las experiencias particulares, colmando sus lagunas o anticipándose al conocimiento efectivo por medio de hipótesis lógicamente legítimas» (Ingenieros 1962, pág. 28). Definir los criterios de legitimidad de dichas hipótesis no parece algo simple y, de hecho, en *Principios*, aún nuestro autor parecía dudar al respecto. En *Proposiciones*, se dice en una nota y, precisamente, contra la metafísica clásica, que esta contradice «los resultados menos inseguros de nuestra experiencia actual», lo cual la volvería inservible para «aproximarnos mediante explicaciones legítimas a la solución de los problemas inexperienciales» (Ingenieros 1957b, pág. 23). Al parecer, el criterio propuesto es la proximidad o continuidad entre

lo que puede experimentarse y lo que no. La metafísica tradicional nos hacía perder los amarres. Allí donde no se actualicen las hipótesis a partir de esa experiencia siempre renovada, donde no se renueven de manera constante las afirmaciones, que son solo hipótesis, nos encontraremos con una «disciplina muerta», una «paleometafísica», una «deslustrada tautología» (Ingenieros 1957b, pág. 20).[4]

Podríamos decir simplemente que las hipótesis son ideas que escapan a la experiencia actual y posible, pero parece importante destacar también el hecho de que, en función de que la transformación permanente del medio y de los seres que se adaptan a él posee un carácter evolutivo, del mismo modo, esas hipótesis son anticipaciones tendientes a la perfectibilidad. «La imaginación despoja a la realidad de todo lo malo y la adorna con todo lo bueno, depurando la experiencia, cristalizándola en moldes de perfección que concibe más puros. Los ideales son, por ende, preconstrucciones imaginativas de la realidad que deviene» (Ingenieros 1962, pág. 178).[5] O como también le llama: «los hechos son puntos de partida; los ideales son faros luminosos que de trecho en trecho alumbran la ruta» (Ingenieros 1962, pág. 181). En otro trabajo de relevancia para el asunto que analizamos, *Hacia una moral sin dogmas*, afirma algo muy similar: «los ideales éticos son hipótesis acerca de posibles perfecciones morales futuras; se forman como todas las hipótesis y como ellas sirven a los hombres que creen en su posible advenimiento. Hemos definido ya la evolución humana como un esfuerzo continuo del hombre para adaptarse a la naturaleza que evoluciona a su vez, necesitando para ello conocer la realidad ambiente y prever el sentido de sus propias adaptaciones: los caminos de su perfección. Sus etapas, entrevistas por la imaginación humana, constituyen los ideales (…). Los ideales (…) son

[4] Algunas páginas más adelante, asevera que las hipótesis metafísicas derivan su legitimidad de su forma lógica, siendo imposible demostrarla empíricamente. Los resultados de las ciencias determinan su legitimidad, así estas se vuelven ilegítimas cuando son contradichas por aquellos.

[5] Ingenieros habilita así la posibilidad de hablar de ideas e ideales, fuente de porvenir, objeto de la filosofía, sin por eso renunciar a sus presupuestos, al menos desde su punto de vista, y por ello buscando señalar la distancia de su posición respecto de formulaciones idealistas: « “el idealismo” no es privilegio de doctrinas espiritualistas que desearían oponerlo al “materialismo”, llamando así, despectivamente, a todas las demás» (Ingenieros 1962, pág. 179).

formaciones naturales (…). Los ideales no son apriorísticos, sino inducidos de una vasta experiencia» (Ingenieros 1917, pág. 93).

Así, desde esos *Principios de psicología*, aparecidos por primera vez en *Archivos de Psiquiatría y Criminología* en 1911, Ingenieros insiste en un aspecto que es fundamental para comprender su mirada: «imaginación y experiencia van de la mano. Solas no andan» (Ingenieros 1962, pág. 181). Así, termina de reconocerse que no solo nos encontramos con una concepción de filosofía y ciencias en general, sino que estas se articulan con un esquema más amplio, con una mirada que, entiendo, articula coherentemente los diversos elementos y ofrece un punto de apoyo al que constantemente parece necesario regresar: una historia continua y evolutiva, de la que forman parte todos los elementos que se mencionan, hechos e ideas, experiencia e ideales, ciencias y especulaciones. La diferencia entre experiencia e ideal es circunstancial, no esencial.[6]

Esa continuidad entre experiencia y no experiencia, conocimiento e hipótesis, que hace pensable que las hipótesis con el paso del tiempo, o bien se transformen en conocimiento, o bien sean desechadas en función de experiencias que las contradicen, esa unidad y mutabilidad de lo pensable se traduce inmediatamente en una crítica contundente a la división de los ámbitos de saber. En los diversos recorridos que propone nuestro autor sobre la filosofía occidental y su evaluación de lo que serían momentos de inflexión del pensamiento, señala la centralidad de Kant, probablemente más por las huellas que deja que por sus propias formulaciones. A su juicio, «Kant erigió la función de conocer en una entidad ajena y superior a la experiencia misma» (Ingenieros 1962, pág. 21).[7] Esta lectura señala tanto el valor cuanto el límite que presenta el planteo kantiano para Ingenieros. El escepticismo, derivado del empirismo de Hume, que prima según algunas interpretaciones neokantianas, habría servido en una primera instancia para acotar el alcance de la ciencia. Hasta allí la crítica parece una herramienta valorada por nuestro autor. Pero Kant no se quedó ahí, ni asumió

[6] Reconoce aquí una posibilidad de «afirmar el *ignorabimus*, radicalmente opuesta a las clásicas», que no responde a la distinción entre ideas y apariencia o entre fenómeno y noúmeno. Se trata, en cambio, de asumir el límite se deriva de la incapacidad humana de conocerlo todo, en tanto el mundo es infinitamente variable. «Su sentido, dice, con relación a los límites del conocimiento, es distinto» (Ingenieros 1957b, pág. 32).

[7] Cfr. con Ingenieros (1957b, pág. 19).

todas las consecuencias de la crítica. Las preocupaciones morales lo llevaron a renunciar a esa vía y a buscar solución por fuera del empirismo. Es el problema de la filosofía kantiana para Ingenieros, que será el problema también de la filosofía del siglo XIX: Kant «razonó como un escéptico, aunque tuvo después la preocupación por no parecerlo» (Ingenieros 1924, pág. 329). Y allí es donde se encuentra el meollo del problema y la razón de su resistencia para con la filosofía kantiana. El rechazo que Kant hace de la posibilidad de articular la metafísica con la razón que sirve a las ciencias, en función de demandas e inquietudes morales, condena la moral y la religión al universo de los dogmas, de la fe, de una metafísica asentada en verdades de creyentes.

De este modo, siendo Kant quien pudo formularlo sistemáticamente, no solo se terminó afirmando que «la única realidad son los conceptos, las ideas puras, los entes de razón, los juicios sintéticos a priori» (Ingenieros 1957b, pág. 43), sino que incluso se llegó a olvidar el origen humano de esos conceptos, ideas, entes de razón, para terminar volviéndolos reales. Ellos resultaron siendo «la única realidad». «La confusión –le llama Ingenieros– entre lo real y lo imaginativo» (Ingenieros 1957b, pág. 46).

La denuncia que pesa sobre Kant se extiende más allá de él, no solo a quienes recuperan sus ideas, sino, como dijimos, a todo el siglo XIX. Y al respecto, hay en particular un tema recurrente en la crítica de Ingenieros: la división de las ciencias, que es, dice, la división de *dos verdades*. Ingenieros señala que los resultados de la física se percibieron a menudo *peligrosos* para las seguridades de la moral y de allí habría de surgir la solución de las dos verdades. Esto se explicaría porque la física nos ubica en el terreno de la variabilidad, una condición que los defensores de la moral no aceptaban. Al referirse a esos adalides, Ingenieros advierte el primado de una idea de la moral única, dogmática, que lo lleva incluso a aproximar la posición de Kant con la escolástica. En vez de inventar dos verdades, la cosa era tan simple como sustituir aquellas hipótesis que se mostraran ilegítimas por otras a tono con «la experiencia moral de las sociedades humanas» (Ingenieros 1957b, pág. 79).[8]

[8] Del mismo modo, aquellas dos verdades se traducen en la división de las ciencias, en naturales y del espíritu, una distinción inconcebible, a

Contra esa división, y en articulación y continuidad con las ciencias naturales,[9] la filosofía, antes que garantía de esas verdades inconmovibles que algunos creen necesario sostener, se presenta como «generalización de generalizaciones», «crítica de las críticas», «hipótesis de las hipótesis» (cfr. Ingenieros 1962, pág. 28).

15.2 Los filósofos en la historia

Esta mirada y definición de la filosofía se articula con una consideración de los filósofos y del modo en que participan de su tiempo respondiendo a las necesidades de este, así como también con una comprensión de la historia de la filosofía.

Sobre lo primero, algo que se puede observar en los diversos trabajos de Ingenieros sobre algún segmento de la historia de la filosofía occidental como acabamos de ver, puede señalarse la contante dualidad o tensión entre la descripción de lo que, efectivamente, han venido haciendo la mayoría de los filósofos y lo que él considera deben hacer. El filósofo no puede, no solo alejarse de las ciencias, sino, y mucho menos, dejar de confiar en la variabilidad de sus hipótesis. Y en ese sentido, la constante variación de ideales es condición de porvenir. La filosofía o metafísica vincula con el futuro. De ahí sus características necesarias: universalidad, perfectibilidad, antidogmatismo e impersonalidad, definiendo sus hipótesis como «superación de todas las formas de experiencia», aproximaciones perfectibles, pasibles de ser rectificadas, escasamente acordes con las creencias vulgares y, por último, producto de la indagación de hombres competentes, antes que de la creación inspirada. Esa comprensión de los ideales como «anticipaciones hipotéticas», que sugieren una dirección, es lo que mantiene la marcha evolutiva de la historia. «Lo malo –dice– es carecer de ideales y esclavizarse a las contingencias de la realidad inmediata» (Ingenieros 1962,

---

su juicio, que evidencia de cierto compromiso persistente con verdades estables, rastro de la cultura teológica aún viva en occidente.

[9] Digo aquí «ciencias naturales» para volverlo más comprensivo al lector contemporáneo, pero, en función de lo afirmado por Ingenieros, bastaría decir «ciencias». «No concibo dos clases de ciencias y dos clases de métodos para investigar las verdades accesibles a nuestra experiencia; si las ciencias morales son ciencias, solo difieren por su objeto de las ciencias físicas, biológicas, sociales, etcétera., si difieren de ellas por su esencia, no serían ciencias» (Ingenieros 1957b, pág. 78).

pág. 179). De este modo, hay ideales que, en relación estrecha con la experiencia de la que surgen, pueden también anticiparse a ella. Quienes proponen esos ideales son los «renovadores», los filósofos que arriesgan hipótesis legítimas sí, pero también novedosas, que conducen el proceso perfectible, que imaginan las preguntas sobre las que hay que indagar y sugieren posibles respuestas.

Esos renovadores, tan presentes en su lectura de la filosofía francesa, parecen no ser tan frecuentes y, sobre todo, contrastan con una tipología más usual: la de los filósofos que piensan constreñidos en los marcos de las instituciones y condiciones que impone el poder. Si, dentro de esos límites, los renovadores son los no-adaptados, los que, al no conformarse con la experiencia pasada, se arriesgan en busca de nuevas experiencias, serán por esto acusados por su época como «herejes peligrosos». «Todos los que reforman y crean, mientras lo hacen, son no conformistas y herejes» (Ingenieros 1917, pág. 84). De ahí el silenciamiento y la condena que pesa sobre ellos.[10]

En la vereda opuesta a éstos se ubican los «hipócritas», los que no pueden señalar la mentira que encierran los dogmas porque temen la ley o aman demasiado la comodidad. De ese modo se presenta a Boutroux en el marco de la filosofía francesa, a Croce y a Gentile en los trabajos en que se refiere a ellos, incluso a Kant y su división de órdenes. En todos los casos, estos filósofos que, asimismo, ocupan cargos en las universidades, se presentan renunciando a sus propias verdades e indagaciones para consentir el poder de turno y, en muchos casos, las exigencias de una moral religiosa.[11] Y al respecto puede decir, contra algunas afirmaciones de Boutroux, que de lo que se trata no es de señalar la oposición entre ciencia y religión, sino de preguntarse por la compatibilidad o no de sus resultados. La primera posición conduce a alejar lo que se percibe como una amenaza, la otra fomenta una mirada crítica.

De cara a esta última condición, propia de la mayoría de los que se hacen llamar filósofos, la invitación de Ingenieros es a ensayar

[10] La misma noción aparece en varios trabajos de nuestro autor, pero en particular puede consultarse «Historia, progreso, porvenir», en: *Revista de Filosofía*, 1923, vol. 1-3, págs. 243-250.

[11] «La verdad es la más temida de las fuerzas revolucionarias», dice en «Verdad, ciencia, ideal», para agregar inmediatamente que esa verdad es la que se afirma de la mano de la ciencia, en *Revista de Filosofía*, 1922, 1-3, pág. 302.

otro modo de historizar sus posiciones. Puesto que al hacer historia pasamos a hablar de un pasado, pareciera que la pregunta que se impone tiene que ver con la legitimidad o no de las hipótesis formuladas en aquel tiempo. Esa legitimidad solo puede juzgarse a la luz de las verdades de la época en que se pensaron. Tal como lo dice en relación con Descartes, estudiarlo es preguntarse por lo que «no le era posible decir o dejar de decir» (Ingenieros 1957a, pág. 68). No puede hacerse historia de la filosofía sin hacer al mismo tiempo historia política y religiosa; incluso llega a decir: «hagamos historia de la filosofía a través de la política» (Ingenieros 1957a, pág. 102).[12] Y esta es quizás una de las razones que explican la distinción que propone entre la filosofía y su historia. La historia de la filosofía, no es historia de las ideas en abstracto, no es la reconstrucción de lo que este o aquel autor dijo; no se hace, como hubiera deseado Boutroux, tomando la obra del filósofo como «un todo unitario y coherente», no se trata de estudiar el conjunto de sus libros «para poderlo resucitar como un todo armonioso y coherente» (Ingenieros 1957a, pág. 71). Porque la filosofía misma no es eso.

La continuidad entre experiencia e hipótesis legítimas de la que nos ocupamos arriba obliga a reparar en el marco sobre el cual se desarrollan los ideales, de ahí su posibilidad de dictaminar su legitimidad o, de lo contrario, su compromiso con dogmas que, en cuanto tales, están divorciados con la mutabilidad de lo real. Este modo de historizar busca ponerle un límite a aquello que mencionamos como confusión entre lo real y lo imaginativo, busca dar cuenta del límite intrínseco de la tarea que cae en manos de la imaginación: la filosofía.

Del mismo modo, tal como lo explica en *Proposiciones*, la separación de dos verdades responde a la misma condición. Así lo muestra al referirse a Kant: intentó una nueva metafísica, la de los fenómenos, pero inmediatamente tuvo que volver atrás para preservar la moral de su tiempo. Los problemas y conceptos kantianos son el residuo de la teología moral. Falsos problemas o problemas mal planteados, y su causa estriba en la hipocresía y, más a fondo,

[12] A continuación: «sabemos que el filosofismo profesional desdeña rebajar la historia de la filosofía a las mundanas pequeñeces de la historia política, pero es necesario afrontar ese desdén si no queremos condenarnos a rumiar mentiras convencionales» (Ingenieros 1957a, pág. 103).

en la imposibilidad de imponerse ante los ignorantes que temen al cambio de aquello en lo que creen.

En esa línea ensaya su crítica al modelo de historia de la filosofía vigente, ese que se resiste a diferenciar entre la filosofía y su historia. Una vez distinguidas las dos verdades, se reservó un ámbito, dice, en el que el cambio y la historia comprendida como tal no tenían cabida; ese fue el terreno en donde creció la historia de la filosofía en el sentido que le es contemporáneo. En ese régimen, la filosofía y su historia quedan en el terreno de los saberes que apuestan por la permanencia y de ese modo pueden identificarse o complementarse; que no arriesgan novedad, siendo solo repetición de lo dado, en función de la valoración de las conveniencias. Contra esa articulación, nuestro autor vuelve a insistir en la constante mutación de las verdades que se pretenden filosóficas y en la consecuente distinción entre el saber mismo que busca formular hipótesis sobre lo no experienciable y el que, en función de estas, relata las variaciones ocurridas en el terreno de las ideas, ideales o hipótesis inexperienciables. La diferencia, nuevamente no es esencial, pero sí es contundente. Al referirse al siglo XIX y su crisis, contempla el sentido otorgado a la historia de la filosofía: una «confusión entre los sistemas pasados y la construcción de nuevos sistemas» (Ingenieros 1957b, pág. 23), que no termina siendo, sino la conservación de aquellos viejos sistemas, incapaces de actualizarse más que retóricamente. En última instancia, y esta es la hipótesis fuerte, duramente cuestionada por sus críticos, habiendo distinguido ámbitos de verdades, la filosofía puede seguir diciendo la misma verdad siempre, una verdad que puede vestirse con algunos matices nuevos, pero que persiste en tanto es la misma. Y de este modo se convierte en dogma. Al hacerlo, la filosofía esconde sus razones, se presenta libre de condiciones, mostrando solo a quien sabe verlo su costado más conformista y obsecuente. De ahí la «hipocresía de los filósofos», o, mejor, de quienes pretenden identificarse con este nombre.[13]

[13] Visto así, entiendo que queda claro que el señalamiento de la «hipocresía» no es solo de tipo ideológico (y no lo es en absoluto si suponemos que al decir «ideológico» invocamos como contracara un modo de pensar que accede a la verdad sin condiciones). Aquello se articula con una definición de lo que se entiende por hipótesis o ideas, con el criterio que se estipula para definir su legitimidad, con esa proximidad con la experiencia. Y en

La metafísica es perenne, sus problemas son perennes, dice Ingenieros, pero ello no alcanza a sus formulaciones o hipótesis. La metafísica es un tipo de reflexión que siempre estará vigente porque el mundo no dejará de cambiar. Pero es algo bien distinto afirmar la necesidad y posibilidad de resolver sus problemas, o la persistencia de sus respuestas, como pretende la historia de la filosofía, presentándose como el relato de aquello de verdad que tienen para el presente las formulaciones pasadas. La verdad, lo sabemos ya, para Ingenieros está atada al cambio y resulta imposible imaginar una verdad sin tiempo. De allí que la historia de la filosofía sea un subgénero de la historia. El pasado filosófico solo persiste vinculado al presente para mostrar el cambio de las verdades y sus razones, no su permanencia ya como sumatoria o como complementación de respuestas. La historia de la filosofía nos permite «descubrir la genealogía de las hipótesis metafísicas» (Domínguez Rubio 2017, pág. 27), es el estudio de las *formas extinguidas*, notando esa distancia que impone la evolución. Y en ese sentido, lo aclara, el valor de los grandes metafísicos no se niega, solo se precisa: es histórico.

Y volvemos sobre el rol de las ideas. Desde allí, disputa por los sentidos y, contra la escena intelectual que lo rodea, puede afirmar que el idealismo que no tiene cabida es el que construye y sigue el relato de las ideas, volviendo presentes viejas definiciones. «Ideales viejos» e «ideales nuevos», distinguía y esa parece ser la clave. «Las creencias retrospectivas no son ideales sino supersticiones, signos de vejez mental en los individuos y en los pueblos» (Ingenieros 1922, pág. 305).[14]

---

este punto creo que puede ampliarse la lectura propuesta por Domínguez Rubio (2017, págs. 75-94, pág. 81).

[14] Notamos que la propuesta de una historia de la filosofía de Ingenieros no es una tarea fácil. Si, por un lado, se trata de disputar contra las concepciones vigentes que articulan el saber filosófico con su historia, aspecto en el que nos centramos aquí, por el otro se trata también de entrar en disputa en el campo de la historiografía. Sin poder atender a ese asunto, es probable que lo que aquí desarrollamos en torno al sentido de los «ideales» ayude a comprender la posición de Ingenieros en torno al lugar de estos en la historia y, con ello, la definición que ensayaba nuestro autor para esta disciplina. Sobre estos debates puede consultarse el trabajo de Passolini (2007, pág. 90). Siguiendo ese trabajo, podríamos suponer que esto ayuda a pensar una posible articulación conceptual de la propuesta de Ingenieros con la mirada «más ideológica que erudita» que representa, a juicio de

15.2.1 Lo que no se puede decir

Sabido es que en el tiempo en que Ingenieros trabaja sobre estos artículos y textos, la Facultad de Filosofía y Letras se encontraba atravesando un proceso de definiciones en lo que hace al alcance, objetivos y condiciones de los saberes que allí se impartían, en parte también en sintonía con los sucesos vinculados con la Reforma Universitaria y sus repercusiones y paralelos fuera de los claustros cordobeses. En lo que hace a la filosofía, una de las tres disciplinas centrales de la Facultad entonces, un aspecto importante de dichos cambios tuvo que ver con la renovación del profesorado y la paulatina incorporación de egresados de esa casa a los cargos docentes. La renovación de nombres traería aparejada una novedad en las líneas filosóficas predominantes en la estructura curricular, y eso puede verse no solo al reconocer efectivamente los nuevos nombres, sino también al revisar los programas de las asignaturas, que sufren una importante transformación durante la década del 20.[15]

Ahora bien, en ese marco, si bien nuestro autor había sido poco tiempo docente de la carrera, suplente en Ética y Metafísica desde 1918 y a cargo del primer curso de Psicología en 1919, reemplazando a Piñero, el origen de su formación, así como sus vínculos intelectuales más estrechos, lo vinculaban, a ojos de muchos contemporáneos, con aquel grupo que sería desplazado por esta transformación. En ese sentido, resulta interesante revisar su propuesta para la filosofía y su historia; su posición era una de las posiciones que entonces estaban puestas en entredicho, sino la más cuestionada. Advertir las razones o argumentos a partir de los cuales se discutía sirve para revisar algunas importantes condiciones de ese cambio. Lo hemos dicho recientemente en otros trabajos: el giro que pasó a la posteridad entre nosotros como inauguración de una «nueva sensibilidad», supone definiciones importantes en lo que hace a la perspectiva filosófica que comienza a primar y deja una huella cardinal desde entonces, pero también supone el enfrentamiento de posiciones, tensiones y conflictos cuya consideración permite reconocer con más contundencia esa radicalidad y ciertas

Passolini, el sector antifascista de la mano de Ponce, Bermann, Bagú y Agosti.

[15] Sobre esto y el lugar de Ingenieros allí he avanzado en un artículo reciente, véase Galfione (2021).

implicancias que traía la novedad; así no parece suficiente pensar que se trató solo de una renovación generacional.

Avanzando en esta indagación, una posible vía de acceso a ese contexto y a los debates suscitados allí puede ser la revisión de al menos parte de los múltiples comentarios que la obra de Ingenieros en torno a la filosofía estimuló, varios de ellos consecuencia de su deceso, en esa década de redefiniciones.[16] Dichas lecturas se inscriben en un marco más general de definiciones que se posicionan críticamente en ese amplio escenario de principios de siglo, desde donde ven con malos ojos muchos de los cambios operados en la sociedad de entonces y pueden llegar a diagnosticar una época en crisis por el primado de los intereses materiales. Pero que también buscan hacerle frente a esa situación de la mano del desarrollo de algunos saberes, que avanzarían en una transformación cultural en tanto pudieran ser desplegados y definidos en el marco de las instituciones universitarias. Así, frente al primado del interés económico, Alejandro Korn señala en el discurso de asunción como decano de la Facultad, a fines de 1918, que «hay valores superiores a los económicos» y, en este nuevo marco que se habilita, la Facultad de Filosofía y Letras vendría a cumplir con la tarea de desarrollar *conceptos abstractos* encargados de sepultar aquel predominio de lo económico. Esta tarea se comprendía también de otro modo: era renunciar «al determinismo mecánico de la física, al automatismo inconsciente de los instintos, conquistar nuestra libertad moral y encaminar el gran proceso en su ascensión sin fin hacia los eternos arquetipos» (Korn 1949a, pág. 655). En el discurso crítico, en un tono muy de época, la prioridad de los móviles económicos entre los motivos de la vida de los hombres y la sociedad terminaba siendo directamente identificada con el primado de la lógica cientificista. Esa identidad sería difícil de discutir desde entonces. Y,

[16] Sin ser exhaustiva, para lo que me interesa he seleccionado el material a considerar en función de un doble criterio: textos en que se aborde la obra pretendidamente filosófica de nuestro autor, o en que se haga una consideración de ésta bajo ese aspecto disciplinar, y textos cuyos autores hayan participado activamente de lo que se consideró la renovación del campo entonces. En lo que hace a los debates en torno a la filosofía, parece atinada la descripción de Lucas Domínguez: «los veredictos sobre su obra (…) resultaron sistemáticamente muy negativos» (Domínguez Rubio 2017, pág. 91). Sin embargo, hubo homenajes que circularon por otros carriles. Un detalle de ellos puede encontrarse en el trabajo de Pita González (2009).

delimitando el campo de la filosofía y saberes afines, la disputa teórica con aquel materialismo de los intereses se concentraba en el intento de desbancar esa matriz que aportaba la ciencia. Ciencia y filosofía no podían sino presentarse como *hermanas enemigas*.[17]

En ese marco se señalaba a Ingenieros. Podemos recordar la figura de Korn que, parado en la cornisa que dividía las posiciones entonces, sale al ruedo presentando *Proposiciones* en la revista platense *Atenea*, en 1919. La primacía que ya muestra esa posición institucional que acabamos de mencionar redundará, probablemente, en el eco que tendrá su lectura entre los alumnos. Su trabajo, en el tono mesurado que caracteriza a Korn, combina la ironía y el afecto con la conciencia respecto del límite de la discusión posible.[18] Porque, a pesar de marcar sus diferencias y subrayar algunos puntos fundamentales en los que no podría congeniar con la propuesta de Ingenieros, termina aceptando la prioridad de las convicciones por sobre cualquier pretensión probatoria, cuando de metafísica se habla. La mirada que propone Korn discute la unidad del conocimiento y reclama el mantenimiento de la distinción de verdades. Porque, para él, el límite de la experiencia no es circunstancial, sino estructural. Es probable que ese sea el señalamiento

[17] Por el universo en que nos adentramos aquí, puede recordarse, como diagnóstico de época, a Jacinto Cuccaro reproduciendo palabras de Benedetto Croce para explicar el descreimiento que habría sufrido la metafísica en Europa luego de 1840: «Esto acaecía naturalmente, por haberse terminado los grandes contrastes ideales que había acompañado e inmediatamente seguido a la revolución y a las guerras napoleónicas (…) que dieron lugar a un general arreglo burgués-constitucional: de allí el prevalecer de interés por las ciencias físicas y naturales, promotoras de la industria y el bienestar, y por las ciencias empíricas sociales, aptas para resolver, por la experiencia y la comparación, dificultades de técnica social» (Cuccaro 1921, pág. 13). La cita es de un artículo de Croce, aparecido en *Crítica*, XVII-11-79, según la referencia del autor. Por otra parte, al decir «hermanas enemigas» recupero la conocida expresión de Dotti (1990).

[18] Korn asume la inconmensurabilidad y no reniega de ella, ese es límite. Incluso llega a preguntarse, ante tantas diferencias, «¡Cómo habríamos de entendernos!» (Korn 1949b, pág. 601). En la misma línea, el breve recordatorio que *Valoraciones*, revista dirigida por Korn, hace de nuestro autor con motivo de su fallecimiento, reproduciendo palabras pronunciadas en el sepelio, afirma que la filosofía de Ingenieros «venía de la entraña misma del siglo XIX». Su línea y aportes se vinculan con las soluciones científicas y, aunque, valorando esas contribuciones, se deja ver que se trata de una posición ya superada, propia del siglo pasado. «José Ingenieros», en *Valoraciones*, tomo III, 1925, pág. 97.

más profundo de la lectura de Korn: Ingenieros no revisa el presupuesto de la experiencia. Para él, más allá de la experiencia no hay nada, cuando en verdad, según el crítico, esa noción contiene ya, en tanto garantía del conocimiento, presupuestos metafísicos. A su juicio, Ingenieros confiaría en una «capacidad cognoscitiva ilimitada», que requiere ser revisada a la luz del carácter relativo y finito propio del conocimiento sensible. Para él, Ingenieros pasa por alto la crítica de Kant al conocimiento. Quizás se trata, como dijimos más arriba, del estatus de ese límite. Y efectivamente, Korn cuestiona el «neologismo poco feliz» al que recurre Ingenieros diciendo «inexperiencial», porque lo que quiere señalar con ello es el *todavía no* experiencial, mientras que para Korn es la imposibilidad radical de experiencia, aquella que convoca la reflexión metafísica. En este universo desde donde se refiere Korn, la metafísica, o la filosofía, puede ser identificada con el arte. Korn da un paso sobre los presupuestos kantianos. La metafísica es arte porque «dignifica lo concreto y transitorio con el reflejo de lo eterno», sin embargo, esa verdad universal a la que accede solo posee valor subjetivo (Korn 1949b, pág. 601). Y esa conclusión es crucial en lo que hace a la valoración de las corrientes filosóficas en la historia. Sin ahondar en ello, Korn repite, a veces hasta jocosamente, que en última instancia ninguna afirmación metafísica posee asidero más allá de esa subjetividad: «En última instancia, toda actitud filosófica no se justifica sino con la razón del yo soberano: *car tel est mon bon plaisir*. Queda a los súbditos el derecho de someterse, revelarse o reírse» (Korn 1949b, pág. 600). Una regla que puede servir para el juicio histórico, porque, en definitiva, también lo dice al referirse rápidamente a la *hipocresía*: el hombre, incluso el genio, es humano (Korn 1949b, pág. 597).

Desprendiéndose de esta línea, nos encontramos con la revista *Verbum*, del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Aunque con importantes diferencias con lo que sostenía Korn, que centralmente se desprendían de lo que se considera nuevo, renovador, conforme a la filosofía que se percibía propia de una época,[19] encontramos allí cierta recurrencia de comentarios

[19] No es difícil vincular a Korn con los autores críticos de Ingenieros que publican en *Verbum*, aunque es importante no identificar sus posiciones. Korn podía ser uno de los que había abierto la academia a estas nuevas corrientes, pero ello no significaba que estuviera completamente a gusto

sobre las ideas de Ingenieros.[20] Se destacan dos artículos muy próximos: de autoría de Jacinto Cuccaro uno, publicado en octubre de 1918, que contiene una breve reseña de *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, y de León Dujovne el otro, «La obra filosófica de José Ingenieros» de 1926, en donde analiza centralmente *Principios de psicología* y que anticipa lo que luego sería su libro sobre el pensamiento de Ingenieros. En ambos casos se nota cierta confusión en la presentación de las ideas de Ingenieros que se someten a juicio. Ya no encontramos la mesura y el respeto de Korn. A menudo se simplifican, ridiculizan y diluyen aquellas ideas en otros planteamientos, intentando mostrar parecidos con autores referentes del momento, como Croce o Bergson, que terminan por resultar en carencias endilgadas a los planteos de nuestro autor. La confusión a veces parece genuina, pero en muchos parece provocada. Si por momentos puede servir para hacer decir a Ingenieros lo que sus referentes sostienen, diluyendo así las diferencias del caso, en otros solo pretenden marcar contradicciones internas a su planteo y acentuar la acusación de *recién venido* al campo.

En ambos casos, se califica a Ingenieros con motes que confunden sus definiciones. Para Cuccaro, Ingenieros es un «realista ingenuo», por pretender que el conocimiento depende de una realidad persistente y exterior, algo que también sugería Korn en aquel trabajo, aunque sin rotular. Para Dujovne, por su parte, es un «funcionalista teleológico», porque pasa sin mayor inconveniente, de una explicación mecánica de la conciencia, al *finalismo* que pone

---

con estas definiciones filosóficas. En la década del veinte, los estudiantes que participaban en *Verbum* y sostenían estas nociones, lo reconocían como maestro, aunque probablemente entre las razones para esto se encontraran aspectos teóricos junto a conveniencias político-institucionales. El extenso artículo de Boutroux sobre la filosofía de Kant que incluye *Verbum* en distintos números de 1919, por ejemplo, puede ser leído como una toma de distancia respecto de la posición filosófica de Korn. Sobre el pensamiento de Korn en este marco destacamos el artículo de Ramaglia que mencionamos arriba y el trabajo de Bustelo y Domínguez Rubio (2016). Allí los autores avanzan en la vinculación de la posición filosófica de Korn con el socialismo ético, que es otra vía que aporta a pensar esa distancia respecto de los defensores del idealismo.

[20] Generalizando a partir de los rasgos frecuentes que observamos en la revista, pasamos por alto aquí algunas diferencias que son, sin embargo, significativas. Hemos analizado la propuesta filosófica de la revista *Verbum*, considerando algunos elementos que parece importante retomar aquí, en Galfione y Moine (2022).

la conservación de la vida como objetivo.[21] En ambos casos se observa también el uso de algunos términos que sufren un evidente cambio de sentido en función del paradigma en el que se los inscribe, aunque aquí, sin embargo, esa diferencia se pasa por alto para avanzar en el cuestionamiento, el señalamiento de la incoherencia y la ridiculización. «Metafísica», «idea», «vida», «conciencia», «conocimiento» son algunos de los conceptos que sufren con más frecuencia esta falta de rigor hermenéutico.

En lo que hace a la historia de la filosofía, tanto Cuccaro como Dujovne son reacios a la hipótesis de la hipocresía de los filósofos. Y aquí aparecen diferentes argumentos. Ambos señalan que Ingenieros encuentra la hipocresía en el pasado, confiando, en cambio, en el porvenir y librándose así él mismo de ese juicio. Allí, dicen, nuestro autor pondría todas las esperanzas de una verdadera filosofía, libre de condiciones. Aferrándose a la tensión pasado-porvenir, y dejando ver con ello un fuerte interés por regresar la armonía que suponen a una historia continua, corren el eje de las afirmaciones de Ingenieros, fuerzan sus conclusiones, para luego afirmar que no hay distinción entre la filosofía del pasado y la del futuro y que lo que cabría esperar de ésta es lo propio de toda filosofía o metafísica a secas, sin condiciones. Desde allí, en particular Dujovne, avanzará sobre la crítica a las dos verdades. A su juicio, el mismo Ingenieros no puede librarse de la distinción: en la medida en que confía en la filosofía del porvenir, no hace sino ensayar la posibilidad de una filosofía normativa que se asienta sobre la «voluntad humana». Al vincular lo no experienciable con el porvenir, estrecharía el futuro con la dimensión normativa y de ese modo con la «voluntad», nuevamente el finalismo. Con ello, la diferencia entre uno y otro objeto no es de grado sino esencial y no queda más que regresar a la diferenciación entre dos verdades, de las cuales la segunda, sin duda, ocupa el lugar más destacado. Para Dujovne, solo apelando a dicha voluntad estaríamos en condiciones de pretender alguna *perfectibilidad*, uniendo pasado y futuro sobre una misma línea lógica y ontológica. Ahora podemos hablar en términos de

[21] Para Ingenieros, las funciones vitales son resultado de la evolución físico-química y en ese desarrollo, algunas funciones se despliegan con anterioridad a otras, el desarrollo del sistema nervioso ocupa, sí, un lugar *ulterior*. Dujovne ve finalismo en donde Ingenieros plantea consecución. Incluso llega a tergiversar algunos términos para darle sentido a la crítica que ensaya, así, por ejemplo, reemplaza ulterior por «culminante».

«ideales» y descubrir una vía por donde transcurren, habilitando el acceso a la diferenciación del mundo y los saberes. Como vemos, se fuerzan las afirmaciones de Ingenieros para conducirlo a las mismas conclusiones que se quiere sostener.

Ambos quieren separar lo que Ingenieros puede ligar, no solo ideas y experiencia, sino ideas y posiciones políticas. El método de Ingenieros era «calcar la evolución de las ideas metafísicas sobre las alternativas de la política militante» (Dujovne 1926, pág. 528), dice Dujovne, presentando a Ingenieros como presa de una comprensión ideológica de la filosofía; un *método* que a su juicio no es apto para la filosofía y su historia. La filosofía, en cambio, tendría una lógica propia y su historia deberá partir de ésta. La historia de la filosofía es un género íntimamente ligado al quehacer filosófico mismo, su prolongación. El método que Dujovne reclama es muy próximo al que Ingenieros cuestiona a propósito de Boutroux: lectura de textos y reconstrucción argumentativa. Y, precisamente, el crítico señala que Ingenieros no logra poner en práctica ese método. Otra falla descubierta en donde simplemente hay otra búsqueda.

Los argumentos sobre la historia de la filosofía propuesta por Ingenieros se dividen y es relativamente simple reconocer el punto en que se reúnen. Insistiendo en que los problemas de la historia de la filosofía son siempre los mismos, se cuestiona la idea de paleo-metafísica. La filosofía no queda atrapada en las fauces del evolucionismo y sus ciencias, su historia no es la historia del cambio y sucesión, sino la de la permanencia y la continuidad. Pero al mismo tiempo, y de aquí el segundo argumento que complejiza más el panorama, esa continuidad, que circula por vías diferentes a las de los fenómenos naturales, parece factible de ser articulada con el misticismo. Dujovne compadece la «idiocia mística como una deficiencia sensible e irremediable» (Dujovne 1926, págs. 502-503). Si Ingenieros podía cuestionar el misticismo a partir de sus consideraciones sobre el dogma y la institución, el crítico se tomaba de Boutroux para distinguir el «aspecto litúrgico y social» del fenómeno religioso, su «aspecto subjetivo», y, valiéndose de una extensa cita de Boutroux, terminaba afirmando que el cristianismo era una fe activa sin distinciones con la vida (Dujovne 1926, pág. 526).

Cuccaro era más contundente en este punto: la religión es «el término para la objetivación del sujeto», sin el cual no cabe una concepción del universo (Cuccaro 1918, pág. 102). Tanto el cambio

como el señalamiento de la politicidad intrínseca a las ideas han quedado sin efecto al descubrir una fuente que garantiza la verdad. Si era posible distinguir institución y fe, al igual que experiencia y filosofía, ciencias naturales y ciencias de la cultura o del espíritu, imaginación e intuición y, por fin, ciencia y metafísica, la filosofía y su historia quedaban a salvo en su gran marcha espiritual.[22]

La posición de Ingenieros queda finalmente presentada, y quizás diluida, como *anticlericalismo*. Los críticos desplazan sus argumentos para mostrarlos presos de esa ideología, inexpertos por ello para juzgar cualquier teoría, incapaces, por tanto, filosófica e histórico-filosóficamente.[23]

Como parte de este panorama, podemos recordar que la muerte de Ingenieros suscitó también diversos homenajes recordatorios. Entre ellos se destaca, por su envergadura, el que publica *Nosotros* en el número 51, a finales de 1925. El tono que prima es celebratorio y la mayoría de los textos, que no son pocos, discurren en torno al anecdotario, celebrando tanto las excentricidades del personaje, cuanto su valor para la cultura de ese tiempo. Es muy llamativo, aunque también representativo de todo ese despliegue, el hecho de que no haya allí casi trabajos destinados al análisis de su pensamiento. No obstante, hay excepciones y ellas se dan en relación con la propuesta de *Principios de psicología*, en cuyo contexto se destaca el trabajo de Juan P. Ramos. Pero hay también dos trabajos allí que proponen lecturas enfrentadas sobre el homenajeado en lo que hace, precisamente, a su filosofía. El primero lleva por título «El ansia del futuro. Notas sobre la ética de José Ingenieros» y

[22] Resulta interesante recordar aquí la tesis de Cuccaro sobre Croce que mencionamos arriba, resaltando dos aspectos: primero, el hecho de que, según se estipula en el prólogo de dicho trabajo, el problema de la encarnación de la humanidad en Cristo es el problema fundamental de la filosofía. Pero también podemos volver a ese trabajo para revisar el modo que dice usar para comprender y presentar a Croce, porque se pone de manifiesto allí su opción para hacer historia de la filosofía: «comprender a un filósofo significa comprender la historia de los problemas que trata, cómo han nacido y cómo se han desarrollado; y exponer una filosofía quiere decir hacer propios los problemas de ella, sentirlos, vivirlos y pensarlos; y cuando un problema se piensa, llega a ser, en el momento de pensarlo, criticado: aceptado o negado» (Cuccaro 1921, pág. 8).

[23] En esa línea, el trabajo de Dujovne termina señalando la proximidad de la posición de Ingenieros con la de Juan B. Justo y el socialismo, aunque sin dejar de advertir la superioridad teórica del fundador del Partido Socialista.

tiene por autor a Marcos M. Blanco, de quien no hemos hallado referencias. Allí se sitúa a Ingenieros de lleno en el marco de los debates que estamos recorriendo y, de manera muy próxima a él, se cuestionan los señalamientos de incoherencias que habían recaído sobre sus ideas. Del mismo modo, al elogio de la coherencia interna o argumentativa, se le suma el de la persistencia: «se observa siempre, en variados aspectos, la misma dirección: ateísmo, monismo, materialismo, evolucionismo, democratización continua, selección» (Blanco 1925, pág. 597). La coherencia, que impidió que sus creencias o ideales fueran moneda de cambio. Ingenieros no era un *hipócrita*.

Inmediatamente después de este artículo se encuentra uno de Homero Guglielmini, director y referente de la revista *Inicial*, que, en la vereda opuesta, dice ver en Ingenieros la síntesis de todo lo que hay que olvidar: «En todo lo que piensa las nuevas generaciones, va implícita una negación de la ideología que representaba Ingenieros» (Guglielmini 1925, pág. 606).[24] Y avanza también confrontando con sus aportes en lo que hace al método propuesto para la lectura histórica. No hay que ver a Ingenieros, dice, como «fenómeno contingente en el tiempo». Al contrario, hay que leerlo incorporado «a la vida eterna, concreta y dramática del espíritu, como momento superado, pero necesario, dentro de la universalidad de sus determinaciones» (Guglielmini 1925, pág. 607). En esa dirección habría sido planteado, a su juicio, el homenaje de *Nosotros* y por esta razón habría decidido participar. El aporte de Ingenieros debe ser analizado, dice, desde la perspectiva de las nuevas generaciones y solo esta mirada es digna de ser tenida como «historia del espíritu, ideal determinación de valores: lo otro, simple menester de cronistas, o sino, profesión apologética de prosélitos apasionados» (Guglielmini 1925, pág. 608). Toda una definición de nuestro objeto. Contra aquella historia de la filosofía, el crítico reconoce un elemento insoslayable, pero más imperdonable: precisamente a la historia de filosofía cuyos contenidos son «irreductiblemente originales», se la subsume a los avatares políticos. Y contra la

[24] Es interesante notar que, en relación con la cuestión de las generaciones, en ese número de *Nosotros* también se incluye un elogioso trabajo de Haya de la Torre en que Ingenieros dejaría de ser el maestro de la juventud para volverse discípulo de los renovadores, haciendo gala de la plasticidad de su pensamiento.

posibilidad de reducir la filosofía a restos que van muriendo, de distinguir, precisamente, entre pasado, presente y futuro, recuerda que nada del espíritu muere, todo es «asimilado al proceso dialéctico de superación».

En esa línea, denuncia la falla de Ingenieros como empirista ingenuo. En esa ingenuidad respecto de la realidad, la filosofía queda relegada al plano de las meras hipótesis, nada seguro, todo variable. La filosofía, dice, es todo lo contrario, no solo lo más seguro y menos variable, sino el saber mismo de lo real, solo que lo real ya no se manifiesta como experiencia sensible y constantemente cambiante. A su juicio, Ingenieros se quedó en el pasado, aferrado a viejas posiciones, no comprendió lo que los filósofos franceses y los neohegelianos italianos proponían, la novedad que éstos traían sobre el problema de los valores, en particular. Y contra esto se invoca el idealismo intuicionista, la vida en el centro, como valor supremo, y la articulación del espíritu con ésta. En ese marco se recuerda la identificación que propone Croce entre filosofía e historia de la filosofía. Se refiere al pensamiento que se piensa y al hacerlo encuentra su fórmula y posibilidad en la intuición.

Tal como hemos podido constatar en una primera instancia de reconocimiento que anticipa futuras pesquisas, el nombre de Croce se instala en la bibliografía de los programas de las materias de la carrera de Filosofía desde 1916, de la mano de Rivarola, primero con su libro *Filosofía Práctica*, aún leído en italiano. Ese texto será bibliografía recurrente en diversas materias, luego complementándose con otros como *Lógica*, *Estética*, *Materialismo histórico y economía marxista* y, en menor medida, *Teoría de la historia e historia de la historiografía*, que será introducido por Dujovne en 1929 en la materia Introducción a la filosofía. La recurrencia de *Filosofía práctica* permite suponer la impronta de estas ideas en ese ambiente filosófico que se estaba creando en la universidad y la consecuente tensión con las nociones que desplegaba Ingenieros. Así lo muestran los nombres que mencionamos arriba, tanto Cuccaro como Dujovne presentan importantes trabajos dedicados al pensamiento del italiano, Cuccaro en particular escribe su tesis sobre el pensamiento de Croce, Guglielmini lo menciona explícitamente en su toma de distancia con Ingenieros. Con todo, es probable que estemos presenciando, con motivo de la filosofía y su historia, una importante ruptura teórica, en la que Croce oficie como una figura protagónica.

Aunque no haya trabajos de su autoría sobre la figura y pensamiento de Ingenieros, un autor que se va convirtiendo entonces en referente en lo que hace a la historización de las ideas filosóficas es Coriolano Alberini. Es una de las figuras centrales de la renovación que se operaba entonces en la Facultad y en particular en la carrera de Filosofía y su centralidad como maestro fue inversamente proporcional al retroceso de la de Ingenieros. Contrastando con la formación de nuestro autor, Alberini sería el primer egresado de la Facultad que ocuparía cargo docente allí. Al poco tiempo de asumir como profesor, comenzaría a participar activamente en espacios de gestión, llegando en escasos años a ocupar el sillón decanal. Sería acompañado y celebrado por el estudiantado de entonces, que, en ese mismo movimiento, se distanciaba de Ingenieros y, ya lo sabemos, usaba las páginas de *Verbum* para publicitarlo.

Sin detenernos aquí en las formulaciones de Alberini,[25] sí vale recordarlo a propósito de Croce. En un texto preparado con motivo del primer aniversario del fallecimiento, en 1953, Alberini señala que el italiano ejerció una fuerte influencia sobre sus ideas; él, como Bergson, dice, fueron su *fortaleza* de cara al «positivismo» reinante. Según ese relato, se habría aproximado por primera vez a la obra del Croce en 1908 de manera autodidacta. Pero Alberini no se queda en el relato autobiográfico: Croce, dice, «ha despertado la conciencia espiritual de toda una generación». Sus lecturas tempranas ofrecieron «un sentido profundo para la filosofía, en la Facultad de Filosofía y Letras, esto es, en la Argentina, cuando la cultura filosófica estaba en sus comienzos». Croce, sostiene, fue el arma para hacerle frente al cientificismo (Alberini 1954, págs. 43 y 73).[26]

[25] Sobre las formulaciones de Alberini recomiendo los trabajos de Donnantuoni (2014) y Roig (1968).

[26] La proximidad de las formulaciones de Alberini con las del Croce han sido muy poco trabajadas hasta el momento. Al respecto se puede consultar el texto de Agoglia (1969). Probablemente, una indagación a fondo sobre las formulaciones de Croce, su crítica al materialismo y su recepción entre los estudiantes y profesores de filosofía de entonces, pueda en el futuro ofrecer más pistas para seguir comprendiendo el giro de entonces de la filosofía y la proximidad de esta con su historia, e incluso, con la historia misma. Es una tarea que aún tengo por delante y en la que espero poder avanzar. Del mismo modo, la lectura de Croce y su recuperación por cuestiones relativas a la historiografía es probable que ayude a clarificar la posición

Sabemos, por otra parte, porque lo hemos analizado en algún trabajo (cfr. Galfione 2016), la distancia que Ingenieros toma respecto de las formulaciones de Croce y, en particular, hemos reconocido el modo cómo, al leerlo, aplica precisamente las condiciones que repasamos arriba y que impone para toda lectura de filósofos. Ingenieros explícitamente se distancia de Croce por las consecuencias políticas de su planteo, por el uso circunstancial de sus ideas, que sirven para acompañar un modelo autoritario y clerical. Ahora bien, a la luz de lo que venimos analizando, es claro que esa no es la única razón de su diferencia: si puede hacer esta lectura, ello se debe a que se pone en acto otra mirada de la filosofía y las condiciones de su historización, una mirada que se riñe con ese esquema idealista que, incluso asumiendo contingencias y circunstancias, hace de las ideas expresión de una realidad espiritual. Del mismo modo, si esas diferencias se presentan a propósito de Croce, el estilo de Ingenieros, sus usos más comunes, sugieren que esa lectura crítica puede ser extendida a este mundo académico que le era más próximo.[27]

15.3 Finalmente: el discurso y el nombre

Situar la propuesta de Ingenieros en este marco para buscar las razones de aquel desencuentro entre filosofía e historia de la filosofía es sumar, a las razones derivadas de convicciones teóricas, otras de orden contextual que, tal como las hemos abordado aquí, no dejan, sin embargo, de ser conceptuales. Una vez más, la cuestión es reconocer qué hacía Ingenieros cuando pensaba ese vínculo. Allí, no solo se desplegaban argumentos teóricos en favor de lo que me gustaría llamar una historia crítica de la filosofía, sino que se disputaba por un modelo de saber filosófico e histórico-filosófico

---

de Ingenieros en los debates historiográficos que se daban cita en esos años, tal como mencioné rápidamente más arriba.

[27] Resulta llamativo que nuestro autor, si bien fue presentado y en parte es recordado como un provocador, no dejó registros de confrontaciones ni debates directos con sus colegas contemporáneos. Esos trabajos críticos de Croce y Gentile que incluye en la *Revista de Filosofía* fueron publicados bajo el nombre de Julio Barrera Lynch, su principal pseudónimo, y no fueron recogidos en ninguna publicación posterior bajo su nombre. No obstante, Korn lo presenta como *militante*: con prejuicios, afectos y odios, el impulso polémico atraviesa su obra, en que arremete contra vivos y muertos (cfr. Korn 1949b, pág. 592).

que debía primar en la universidad. Se pugnaba por un modo de comprender los saberes que debía impartir la facultad destinada a la «filosofía» y las «letras», a las «humanidades», y al rol de esta en un concierto más general de saberes y quehaceres de la época.

La posición de Ingenieros, y con ella la matriz crítica que intenta desplegar, se concentra en el vínculo entre «experiencia» e «hipótesis». Ese vínculo permite pensar ideas que abren constantemente el horizonte de sentido y renuevan las opciones disponibles. Un lazo que no supone reproducción de la experiencia, y una experiencia, de paso, que se dice a través de las ciencias empíricas. Hay filosofía, como *renovación* y no como *hipocresía*, cuando aquel vínculo es estrecho, porque el filósofo piensa a partir de eso real, dicho por otros saberes, que al mismo tiempo terminan por funcionar como contralor o garantía de esa filosofía. Esa filosofía puede ir más allá de la descripción, sugiriendo respuestas o caminos, allí donde la ciencia se queda sin respuestas, pero nunca al margen de esta.

En la otra vereda encontramos una posición que hace de la filosofía y su historia la historia misma. La filosofía dice lo que hay, su historia lo que hubo. Y el diálogo es estrecho porque ambas dicen la historia del espíritu. No hay más devenir que el devenir de las ideas, con la consecuente negación de la novedad. Si hay cambio solo entra en la historia en tanto es expresión de lo mismo.

Vemos que se distinguen concepciones muy distantes y que la mirada que tiende a primar institucionalmente no es la de Ingenieros. Su desplazamiento de la academia entonces, un desplazamiento que combina su propia renuncia con diversas reacciones más o menos amistosas, no es sino la afirmación de un esquema que termina por poner las *ideas* en el centro de la escena filosófica, comprendiéndolas como expresión del «espíritu», y en el extremo opuesto a toda consideración de las condiciones histórico-materiales e histórico-políticas. Pero más que esta centralidad del idealismo, que es lo que vemos a simple vista y aquello a partir de lo que se ha pensado la tensión positivismo-antipositivismo como signo de la época, lo que me parece importante reconocer aquí es el hecho de que se elabora una definición del saber filosófico que parte del señalamiento de la unidad y estabilidad de la verdad. Sea lo que sea esa verdad, es el contante objeto de la aspiración continua del sujeto filósofo. Y esto es parte, condición parece, del proceso de autonomización y profesionalización de la filosofía.

Sin duda, siempre los procesos de este tipo suponen delimitaciones tajantes, con inclusiones y exclusiones definidas, establecidas centralmente por las reglas del arte en cuestión. No obstante, lo que podemos ver, ajustando el foco, es cómo coincide el movimiento que segmenta la realidad y el establecimiento de las condiciones del conocimiento que se considera filosófico. Dicho de otro modo, que la operación que define la verdad es la misma que regula el conocimiento filosófico, ofreciéndole el monopolio en el acceso a aquella. La filosofía se instituye entonces como conocimiento de la verdad por excelencia, con un objeto que le es exclusivo y un sujeto que solo puede proceder de un modo.

Aunque muchos de los críticos invoquen preocupaciones de orden práctico y moral, lo central aquí es que estas se definen en un marco conceptual. Si Croce, en *Filosofía práctica*, podía decir que cuando la filosofía se veía con cuestiones empíricas no podía, sino resultar en «soluciones arbitrarias que solo el capricho y el interés sugieren» (Croce 1926, pág. 101), los críticos de Ingenieros reclamarán la negación de toda contaminación material, en la medida en que ésta es reconocida como la causa de posibles entorpecimientos del discurrir constante en la búsqueda de la verdad.

En el recorrido que hicimos hasta aquí, intenté hacer al menos dos cosas: por una parte, adentrarme en las tensiones teóricas del momento, en las diversas definiciones en danza y disputa, porque reconozco que estas permiten advertir algunos detalles relevantes, que muchas veces el relato que se centra en la delimitación de escuelas o corrientes desconoce. Pero precisamente a través de esto podemos reconocer lo que está en juego. Y aquí es donde me ubico, quizás, con más contundencia. Lo que está en juego son las reglas del saber filosófico y entonces vemos cómo se reparten y establecen las diferencias. La cuestión no pasa por los temas o problemas que se señalen como propios de la filosofía, incluso me animaría a decir que no pasa por una u otra opción en términos de presupuestos acerca de lo real, sino por la definición precisa de las reglas de la filosofía. Entonces, la filosofía ve lo que otros saberes no ven, articula lo que ve con una verdad y hace de esa verdad algo vinculado a una única referencia que no sufre transformaciones. Y, precisamente, porque hace todo esto, puede secuenciar los acontecimientos filosóficos y vincularlos, puede hacer dialogar presente y futuro con independencia de toda condición. En la medida en que la filosofía es un saber otro respecto de cualquiera, por sus objetos

y sus métodos, por la disposición en que ubica al sujeto filósofo, es ella misma la única capaz de abarcar su presente y su pasado, tiempos en que su verdad se despliega. Y eso es lo que Ingenieros discute. Interesado también por la moral y los problemas prácticos, como tanto se ha anotado respecto sobre todo de sus últimos años de producción intelectual, su abordaje es diverso, porque la filosofía, objeto y sujeto, otra vez, no es para él radicalmente distinta y autónoma de otros saberes. Y ahí mismo es donde asoma el cambio y la renovación constante que reclama para ella. La filosofía es aquí un conocimiento siempre atento a la renovación que impone el cambio de condiciones. Y por eso su historia, sin renunciar a la continuidad que ofrece el supuesto de la evolución, puede hablar de *verdades*, en plural.

Finalmente, es probable que lo más interesante del homenaje y el recordatorio sea traer sus propias palabras, aunque inscriptas ahora en ese marco de sentidos y de disputas por los sentidos, porque nos interpela en la pregunta sobre qué hacemos cuando hacemos filosofía y cuando hacemos historia de la filosofía, esto es, cuando hablamos de los que consideramos *filósofos* del pasado. Dice Ingenieros: «Conoce Ud. mi lema "hacer, aun cuando sea mal, pero hacer siempre". No tengo tiempo para dar tersura y lustre a mis escritos: quiero actuar, herir en la voluntad, influir en el ánimo: y para actuar por medio del libro es preciso usar este como catapulta y no dar tregua a sus reacios golpes hasta sacudirle el polvo al adversario, sea doctrina o persona. Por eso he resuelto no descansar, y mientras mi salud y mis fuerzas me lo permitan he de escribir libro tras libro –lo mejor que pueda, sin duda, pero sin intermisión–, para ilustrar el espíritu y hablar al corazón de todo el mundo, el de habla castellana» (Quesada 1925, pág. 447).

Referencias bibliográficas

AGOGLIA, RODOLFO

1969 «La influencia filosófica de Benedetto Croce en la Argentina», en *Influenza italiana nella filosofía rioplatense*, Firenze: Valmartina, referencia citada en página 356.

ALBERINI, CORIOLANO

1954 «Croce y la metafísica de la verdad histórica», en *Benedetto Croce 1966-1952, conmemoración, ensayos, testimonios, bibliografía,*

Instituto de Literatura Italiana de Buenos Aires, referencia citada en página 356.

BLANCO, MARCOS

1925 «El ansia del futuro. Notas sobre la ética de José Ingenieros», en *Nosotros*, n.º 51, referencia citada en página 354.

BUSTELO, NATALIA Y LUCAS DOMÍNGUEZ RUBIO

2016 «El antipositivismo como respuesta a la crisis civilizatoria. El proyecto filosófico-político de Alejandro Korn», en *Cuadernos del Sur*, n.º 45, referencia citada en página 350.

CROCE, BENEDETTO

1926 *Filosofía práctica*, Madrid: Francisco Beltrán, referencia citada en página 359.

CUCCARO, JACINTO

1918 «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, de Ingenieros, José», en *Verbum*, n.º 45, referencia citada en página 352.

1921 *Ensayo sobre la filosofía de Benedetto Croce*, Mimeo, referencia citada en páginas 348, 353.

DOMÍNGUEZ RUBIO, LUCAS

2017 «Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas: la discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn», en *Prismas*, n.º 21, referencia citada en páginas 345, 347.

DONNANTUONI, MAURO

2014 «El antipositivismo y la formación de un nuevo discurso filosófico en Coriolano Alberini», en *Revista de Filosofía y teoría política*, n.º 45, referencia citada en página 356.

DOTTI, JORGE

1990 *Las vetas del texto*, Buenos Aires: Puntosur, referencia citada en página 348.

DUJOVNE, LEÓN

1926 «La obra filosófica de José Ingenieros», en *Verbum*, n.º 67, referencia citada en página 352.

FOUCAULT, MICHEL

1996 *El orden del discurso*, Madrid: Las ediciones de la piqueta, referencia citada en página 333.

GALFIONE, MARÍA CARLA

2016 «Filosofía y política en los años 20 en Argentina. Lecturas del idealismo italiano», en *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 47, n.º 1, referencia citada en página 357.

GALFIONE, MARÍA CARLA

2021 «Variaciones sobre un canon. En torno al comienzo de la filosofía», en *Estudios*, vol. 23, recuperado de <http://qellqasqa.com.ar/ojs/index.php/estudios/article/view/434>, referencia citada en página 346.

GALFIONE, MARÍA CARLA Y FACUNDO MOINE

2022 «El saber filosófico y sus definiciones institucionales. Una lectura a través de la revista Verbum», en *Palimpsesto*, vol. 12, n.º 20, referencia citada en página 350.

GUGLIELMINI, HOMERO

1925 «Ingenieros y la nueva generación», en *Nosotros*, n.º 51, referencia citada en página 354.

INGENIEROS, JOSÉ

1916 «La filosofía científica en la organización de las universidades», en *Revista de Filosofía*, vol. 1, n.º 3, referencia citada en página 333.

1917 *Hacia una moral sin dogmas (lecciones sobre Emerson y el eticismo)*, Buenos Aires: Talleres gráficos Rosso y Cía., referencia citada en páginas 339, 342.

1922 «Verdad, ciencia, ideales», en *Revista de Filosofía*, vol. 1, n.º 3, referencia citada en página 345.

1924 «Kant», en *Revista de filosofía*, vol. 1, n.º 3, referencia citada en página 340.

1957a *Emilio Boutroux y la filosofía francesa*, Buenos Aires: Elmer, referencia citada en página 343.

1957b *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, Buenos Aires: Elmer, referencia citada en páginas 336-341, 344.

1962 *Principios de psicología*, en, *Obras completas*, Buenos Aires: Mar océano, referencia citada en páginas 336-339, 341.

KORN, ALEJANDRO

1949a «Discurso del decanato», en, *Obras completas*, Buenos Aires: Claridad, referencia citada en página 347.

1949b «El porvenir de la filosofía», en, *Obras Completas*, Buenos Aires: Claridad, referencia citada en páginas 348, 349, 357.

PASSOLINI, RICARDO

2007 «Crítica erudita y exaltación antifascista. Acerca de la obra de José Ingenieros», en *Prismas*, n.º 11, referencia citada en página 345.

PITA GONZÁLEZ, ALEXANDRA

2009 «Los homenajes en torno a Ingenieros y el debate en torno al papel del intelectual», en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 35, referencia citada en página 347.

QUESADA, ERNESTO

1925 «La vocación de Ingenieros», en *Nosotros*, n.º 51, referencia citada en página 360.

RAMAGLIA, DANTE

2011 «Condiciones y límites del proceso de institucionalización de la cultura filosófica argentina a comienzos del siglo XX», en *Solar*, n.º 6, referencia citada en página 336.

ROIG, ARTURO

1968 «El concepto de historia de las ideas en Coriolano Alberini», en *Cuyo*, vol. 4, referencia citada en página 356.

CAPÍTULO 16

José Ingenieros ante la libertad y la justicia social

PABLO GUADARRAMA GONZÁLEZ*

Entre las características predominantes y distintivas de las expresiones más auténticas del pensamiento filosófico latinoamericano se destaca la postura humanista práctica, desalienadora, emancipadora y contrahegemónica adoptada por la mayor parte de sus más distinguidos representantes, entre los cuales sobresale José Ingenieros.

En la prolífica obra del pensador argentino se pueden hallar numerosos ejes temáticos esenciales tanto en el plano epistemológico como en el axiológico, dada la diversidad de temas que fueron objeto de sus profundos análisis en correspondencia con el nivel de desarrollo alcanzado por la ciencia y la filosofía, y los significativos acontecimientos históricos de la época que le tocó vivir. Uno de los ejes que aflora con relevante frecuencia es el de la libertad, articulada de manera especial con la justicia social y la solidaridad.

Tales elementos se encuentran, a su vez, estrechamente imbricados con su optimismo, su confianza en el perfeccionamiento de la condición humana y el papel protagónico de la juventud en favor de la promoción del progreso social. Ello queda expresado con claridad cuando plantea: «Los optimistas creemos en la posibilidad de un porvenir mejor; creemos que la solidaridad y la justicia pueden elevar el nivel moral de los hombres; creemos que la moralidad humana es infinitamente perfectible; y creemos, por

* Universidad Católica de Colombia.

todo eso, que la moral del fraude irá cediendo su primacía a la moral de la sinceridad» (Ingenieros 1961c, pág. 165).

Sus análisis sobre tales temas estarían condicionados por las perspectivas filosóficas que en diferentes momentos de su corta, pero fecunda vida asumió, en las que prevaleció una marcada atención sobre la necesidad de superar los lastres especulativos que han castrado la rigurosidad que debe lograr el saber filosófico. Su proyección al respecto era declaradamente en favor de que este alcanzase una perspectiva científica. Sin embargo, no pretendía reducirlo a los exclusivos parámetros de la ciencia. Su verdadera aspiración era que aquel lograse, al menos, una adecuada correspondencia con los logros de esta última.

Sus actividades profesionales en el campo de la medicina, en especial de la psicología, no les restaron altura a sus reflexiones filosóficas –que alcanzarían el más alto vuelo teórico–; más bien contribuyeron de forma notable a su fundamentación, con independencia del controvertible carácter de algunas de ellas.

El amplio y profundo conocimiento de la historia universal de la filosofía, en particular, la coetánea, le posibilitó asumir criterios propios con suficiente rigurosidad. Aun cuando parecía identificarse con alguna corriente en particular, como el caso del positivismo, tomaría distancia crítica de muchos de sus reconocidos representantes por su heterodoxa postura, lo cual lo alejaba de cualquier mimetismo o aceptación de alguna forma de *principi autoritatis*.

Si bien la mayor parte de los problemas filosóficos que llamaron su atención encontraron en su heurística labor extrema rigurosidad semántica y erudito tratamiento, en todo momento se aprecia su marcado interés por trascender la reflexión teórica, en la cual siempre se afianza en el presupuesto de un analítico estudio de la realidad –tanto del ámbito de la naturaleza como de la sociedad y el pensamiento–, hacia una dimensión práctica que se revirtiese de forma enriquecedora en la misma realidad.

Lo anterior se confirma en sus múltiples consideraciones sobre el tema de la libertad y la justicia social. Sus reflexiones sobre la primera evidenciarían un rechazo a cualquier tipo de fatal determinismo, pues, aun cuando le otorgase especial atención a la significación de los procesos biológicos en el desarrollo social, al punto de que, en ocasiones, llegó a coincidir con manifestaciones propias del darwinismo social, insistió en la especificidad distintiva de los procesos sociales; postura esta que lo alejaría de las

tradicionales formas de reduccionismo biologicista tan comunes en sus tiempos. Ello se revela en su concepción sobre la condición humana: «Señores Académicos, que me anticipe a la hora temida y exprese mi fe optimista en la incesante perfectibilidad humana. Como hombre, creo que la humanidad futura será mejor que la actual, por la extensión de la Justicia entre los pueblos; como argentino creo que la nacionalidad futura será más grande, por el incremento de la Solidaridad entre sus clases; como profesor, creo que las universidades tendrán un más libre empeño en la investigación de la Verdad; como padre, creo que nuestros hijos vivirán en un medio social más propicio al florecimiento de la Virtud» (Ingenieros 1961a, pág. 359).

Vale resaltar el hecho de que a pesar de que Ingenieros fue influenciado de manera significativa por el positivismo y, en correspondencia con tal corriente, por los elementos hiperbolizados de los factores biológicos en el desarrollo social, no compartió generalmente –aunque en algunos momentos afloran ciertas manifestaciones algo biologicistas– la fatalista concepción antropológica que induce a admitir una inmodificable «naturaleza humana», del mismo modo que una metafísica «esencia humana». En verdad, se aproximó más a la tendencia predominante en los más auténticos representantes del humanismo práctico prevaleciente en el pensamiento filosófico latinoamericano, en especial del siglo XX, que propugnaron la existencia de una contradictoria, pero perfectible «condición humana» (véase Guadarrama 2013). Esto se revela en ocasiones como la siguiente: «¿pueden los moralistas aceptar que los hombres nunca sabrán vivir juntos sin engañarse? Admitir ese pronóstico sería renunciar a todo ideal moral. Enseña la experiencia que la estimación recíproca de los méritos engendra la simpatía; el respeto de los derechos ajenos, la justicia; la convergencia de todos los intereses, la solidaridad. ¿Y para qué serviría llenar un país de escuelas si ellas no desenvolvieran en los hombres esos nuevos sentimientos que les permitan mancomunar sus esfuerzos para aumentar lealmente la simpatía, la justicia y la solidaridad, restando siempre más al odio, sumando siempre más al amor? Enséñese a odiar el fraude en la vida política, en las relaciones económicas, en el trato mundano, en la intimidad del hogar; y enséñese también a aborrecer la hipocresía y a no necesitar de confesionario. ¿No serían mejores hombres los que desde

niños aprendieran a sonrojarse de una mentira o de un engaño?» (Ingenieros 1961c, pág. 164).

Sus criterios sobre la justicia los realizaría en un primer plano en confrontación con las particularidades diferenciales de sus manifestaciones en la naturaleza y la sociedad, para luego orientar sus análisis a las formas de realización en esta última.

Aun cuando en los análisis de algunos temas parece coincidir con el organicismo spenceriano, en verdad tomaría distancia de este al valorar las implicaciones ideológicas de dicha postura.

> «Sin duda, la teoría orgánica es cómoda y seductora: pero la observación del conjunto de los fenómenos sociales la revela insuficiente, pues se observan en ellos caracteres propios que los diferencian con claridad de los biológicos. Es innegable que el factor biológico entra, en vasta proporción, en todo fenómeno social; pero también lo es que éste posee caracteres específicos, no encontrados en el mundo biológico. En la vida social existe un nuevo elemento, propio y exclusivo de la especie humana; un hecho fundamental diferencia al hombre de las demás especies animales: mientras estas, en general, viven subordinadas a los medios de existencia que les ofrece, espontáneamente, la naturaleza, el hombre puede producir, artificialmente, sus medios de vida. La evolución y prosperidad de los grupos sociales depende, en mucha parte, del grado de desenvolvimiento de su capacidad productiva. Ese es el fenómeno verdaderamente humano, verdaderamente social; ese factor, integrándose progresivamente, determina diferencias entre los fenómenos biológicos y los sociales» (Ingenieros 1960, pág. 150).

Algo que caracteriza sus enjundiosos estudios es el abordaje de los temas objeto de análisis en progresiva perspectiva histórica desde su génesis hasta sus fases más recientes de desarrollo.

Sus arraigadas convicciones sobre el poder emancipador de la filosofía le hicieron tomar crítica distancia de las posturas afianzadas en el dogma y la fe, en lugar de la razón. Ello se observa cuando sostiene: «El dogma no deja al creyente la menor libertad, ninguna iniciativa; un verdadero creyente, por el simple hecho de serlo, reconoce que, fuera de los preceptos dogmáticos, es inútil cualquier esfuerzo para el perfeccionamiento moral del individuo o de la sociedad» (Ingenieros 1947, pág. 15). De ahí que su criterio sobre los instrumentos básicos de la libertad humana descansara más en la ciencia y la filosofía que en cualquier otra dimensión de la actividad espiritual, aunque esto no significaba que les restara méritos al arte y la literatura en el enriquecimiento de la misma.

Su optimismo epistemológico se basaba en el presupuesto siguiente: «Nuestra joven tradición es esencialmente anti dogmática; ningún motivo autoriza a pensar que el pensamiento contemporáneo pueda incurrir en nuevos dogmatismos, que cierren el camino de la experiencia o del ideal» (Ingenieros 1963b, pág. 92). Y en correspondencia con él no le atribuía potencialidad desalienadora a cualquier filosofía, sino esencialmente a aquellas que propendieran a una mayor correspondencia con los avances de la ciencia, pues, en última instancia, su mayor pretensión consistía en que la filosofía fuese cada vez más científica, tal como se aprecia en este planteamiento: «La idea central de la filosofía en el último medio siglo fue una aproximación a las ciencias» (Ingenieros 1919, pág. 39).

Una clara insatisfacción con los resultados de la filosofía de su época se revela, especialmente, en relación con la falacia predominante sobre la libertad para alcanzar por caminos propios la verdad. Así lo expresaría cuando expresa: «En sus expresiones más recientes, la hipocresía clásica se traduce por la recepción de *dos filosofías dentro de la filosofía*; a la una el dogmatismo social concede la libertad de investigar la verdad; pero a la otra le reserva el privilegio de negar las consecuencias ético-sociales de esa investigación. Tomad los centones de filosofía del pasado siglo –naturalistas o idealistas, positivistas o místicos– y leeréis en casi todos ellos que existen una filosofía de la Naturaleza y otra del Espíritu: dos verdades distintas y la consabida hipocresía verdadera» (Endara 2004, pág. 53). Esto explica su irreverencia ante las filosofías predominantes, incluso hacia aquella con la cual tuvo mayores simpatías, como el positivismo.

Independientemente de que en relación con esa cuestión existan justas razones para considerar a Ingenieros como un cultivador del positivismo –con una mayor cercanía a Spencer[1] que a Comte, aunque tomara distancia crítica de ambos en determinadas cuestiones–[2] e incluso como uno de sus máximos representantes en el pensamiento latinoamericano, lo cierto es que, al igual que

[1] «En el orden científico, Ingenieros heredó ciertas limitaciones metodológicas del positivismo spenceriano, que nunca logró superar» (Castellanos 1972, pág. 19).

[2] «Al combatir el Estado, en nombre del individuo, hizo Spencer la defensa de los privilegiados, no la de los ciudadanos» (Ingenieros 1970, pág. 165).

Enrique José Varona y otros que en determinados momentos de sus vidas se identificaron con esta corriente, no coincidió con el criterio sobre la futura desaparición de la filosofía (Guadarrama 2012, pág. 39). La mayoría de ellos no aceptaron que esta llegaría a ser opacada por el creciente despliegue de las ciencias, lo que, entre otros factores, puede fundamentar que en estas tierras floreciera un positivismo *sui generis* (Guadarrama González 2004), de significativo rasgo progresista, acorde con las auténticas exigencias liberales del desarrollo capitalista.

Aunque Ingenieros fue desde su juventud un consecuente crítico del capitalismo –al que consideraba un régimen inmoral–[3] por las falacias de libertad y justicia social que lo caracterizaron, no dejó de reconocer los pasos de avance que en estas dos cruciales cuestiones emprendió la sociedad moderna a partir del Renacimiento, comparados con épocas anteriores de la historia, A su juicio, desde ese momento «Se comprendió que era legítimo perseguir el mejoramiento del hombre en esta vida, procurando ensanchar el horizonte de sus libertades civiles y políticas; y poco a poco, las diversas clases sociales que constituían el Estado fueron afirmando su deseo de participar en el gobierno, limitando, en nombre de los derechos humanos, las funciones omnímodas que los monarcas creían desempeñar por derecho divino. Así nació el movimiento constitucionalista, progresivamente difundido en las naciones más cultas de Europa» (Ingenieros 1961d, págs. 19-20).

Al margen de sus limitaciones, valoraba que tales conquistas habían sido también esenciales para el fomento de la dignificación de los pueblos latinoamericanos, pues al calor de esos ideales de la sociedad moderna se incubó la emancipación sudamericana, como una abjuración de las viejas creencias de la sociedad colonial. No era una sustitución de gobernantes lo que en todas partes, desde México hasta el Plata, se reclamaba; era un cambio de instituciones, una renovación profunda del pasado que diera libre paso al porvenir. Y fue al calor de esos ideales como un nuevo mundo se abrió a la libertad política y civil.

En los momentos de más honda convulsión revolucionaria se cometieron errores en todas partes. Guardemos, frente a su re-

[3] «Este rebajamiento de la moral práctica no provenía, sin embargo, de una ingénita perversidad de los hombres; era la consecuencia natural, estricta, inevitable, del régimen capitalista» (Ingenieros 1961b, pág. 327).

cuerdo, una actitud de tolerancia y simpatía; es imposible exigir a los pueblos que se ensayan en el uso de la libertad una madurez de juicio y una serenidad de procedimientos que solo sobreviene después de una larga experiencia.

Aquellos ideales vagamente expresados por la simbólica fórmula –libertad, igualdad, fraternidad–, podían tener, y tuvieron ciertamente, su parte ilusoria. Pero de ellos nació la progresiva realización de las grandes conquistas del siglo pasado: la soberanía popular en el orden político y la libertad de conciencia en el orden moral (Ingenieros 1961d, pág. 20).

Sin duda, la amplia perspectiva axiológica que le había proporcionado el cultivo de la filosofía le permitía elaborar un adecuado juicio de aquellas limitadas, pero no menos eficaces ideas sobre las libertades de las cuales las nuevas generaciones debían ser acreedoras.

Tanto su sólida concepción filosófica como su cosmopolita experiencia vital le posibilitaron cultivar una mentalidad abierta ante diversas posturas ideológicas en consonancia con el espíritu de libertad impulsado por la modernidad. De ahí que plantease: «(…) la vida se transforma de prisa en los países civilizados, bajo nuestros ojos, a nuestro alrededor, formando un nuevo mundo moral al que las sociedades tendrán que adaptarse, tarde o temprano. Para seguir el ritmo de esa transformación es indispensable una actividad mental constante, una inflexible valentía, una libertad ideológica sin trabas. En los que han adquirido el espíritu nuevo no puede concebirse la pereza, que es vida agonizante; ni la timidez, que es domesticidad servil; ni la rutina, que es ceguedad frente a la aurora» (Ingenieros 1961d, pág. 52).

Tenía plena conciencia de que las libertades propugnadas por la democracia representativa proclamada por la sociedad burguesa eran limitadas y no expresaban los verdaderos intereses de los sectores populares, aunque demagógicamente eran pronunciadas,[4] pero aun así constituían un significativo paso de avance en el proceso civilizatorio, por lo que debía apoyarse sin abandonar la pretensión de su ulterior perfeccionamiento. «La representación de los intereses sociales, en cambio, es un elemento esencial en toda sociedad; está implícita en toda organización colectiva y es

[4] «(…) los defensores del capitalismo se disfrazan de apóstoles de la democracia y de la libertad (…)» (Ingenieros 1961a, pág. 339).

eterna, por cuanto, toda sociedad, en el pasado, en el presente y en el porvenir, funciona y funcionará necesariamente conforme a algún sistema de representación. A través del desenvolvimiento histórico, la mayor libertad política y social concuerda con el máximum de organización de la representación colectiva. No diremos, pues, que es malo el sistema representativo, sino su actual forma parlamentaria. Es uno de los inconvenientes que no se previenen al establecer el sufragio universal, pero ese error de técnica no invalida en manera alguna el principio» (Ingenieros 1961d, pág. 69).

Por tal motivo prefería este tipo de organización política que cualquier forma de gobierno dictatorial. A su juicio: «La tiranía no es mala porque asesina a los que se rebelan, sino porque domestica a los que podrían rebelarse; cortar algunas cabezas que piensan, no es tan grave como impedir anticipadamente que las cabezas piensen. El horror a la domesticidad es, por eso, el primer postulado de toda educación cívica; donde no se ama la libertad no se ama la vida, pues no merece tal nombre el sumiso vegetar de los esclavos» (Ingenieros 1961a, pág. 321). De ahí que le otorgase tanta atención a la formación de los jóvenes, porque siempre estos conforman la generación próxima a asumir los destinos de un país, y si estos no tienen plena conciencia de su responsabilidad histórica, pueden ser víctimas de demagogos políticos que engañan a los sectores populares, especialmente en tiempos de crisis económicas. Por estas razones consideraba no se les debía consentir ningún tipo de prerrogativas totalitarias. «Cuando un pueblo acuerda "facultades extraordinarias" a sus gobernantes y consiente que intervengan inquisidores para "perseguir la herejía", ese pueblo renuncia a sus libertades más caras, se hace indigno de ellas, merece el puñal de la Mazorca hasta la hora en que la vergüenza le inspire nobles rebeldías» (Ingenieros 1961a).

Estaba profundamente convencido de que «El porvenir de los pueblos está en la libre iniciativa de los jóvenes. La juventud se mide por el inquieto afán de renovarse, de emprender obras dignas, por la incesante floración de ensueños capaces de embellecer la vida. Joven es quien siente dentro de sí la fuerza de su propio destino, quien sabe pensarlo contra la resistencia ajena, quien puede sostenerlo contra los intereses creados. Sin ideales no puede haber iniciativa» (Ingenieros 1993, pág. 26). Generalmente, esos ideales encuentran un mejor caldo de cultivo en la juventud, que se caracteriza por la rebeldía, y por esa razón ella está destinada

a un mayor protagonismo para impulsar el progreso social, pues «La libre iniciativa es un renunciamiento a la complicidad de los demás y se revela en toda rebelión a la rutina: buscando una verdad, transmutando un valor estético, corrigiendo una injusticia, inventando en las artes o en las industrias, irrigando un campo, formando una biblioteca, plantando un rosal» (Ingenieros 1993).

Concibió la libertad como natural e inherente a las aspiraciones de los pueblos, por lo que no admitiría ninguna justificación de cualquier tipo de sometimiento de estos a poderes que afectaran sus derechos. «En raros momentos la pasión caldea la historia y los idealismos se exaltan: cuando las naciones se constituyen y cuando se renuevan. Primero es secreta ansia de libertad, lucha por la independencia más tarde, luego crisis de consolidación institucional, después vehemencia de expansión o pujanza de energías» (Ingenieros 2019, pág. 259).

Según su criterio, «Merece llamarse hombre libre el que tiene capacidad de iniciativa frente a la coerción ajena; la libertad moral es la aptitud para obrar en el sentimiento determinado por la propia experiencia, imprimiendo a la conducta el sello inequívoco de la personalidad» (Ingenieros 2019, págs. 26-27). Y esta última, está demostrado, se gesta desde la infancia y la adolescencia, pero cristaliza básicamente en la etapa juvenil. De ahí que Ingenieros expresase: «Un joven libre puede convertirse en una fuerza viva, emprender cosas grandes o pequeñas, pero suyas. Y, dándole a la sociedad, en iniciativas, tanto como de ella recibe en educación, respeta la justicia y practica la solidaridad» (Ingenieros 2019, pág. 27). Pues para él, «Grandes naciones son aquellas cuyos ciudadanos tienen el hábito de la iniciativa libre; ellos crean para los demás vida y cultura y riqueza, en vez de envilecerse en el parasitismo social» (Ingenieros 2019).

Como puede apreciarse, deposita una gran confianza en la juventud para la conformación y consolidación de una nación, siempre y cuando prevalezca la libertad como condición imprescindible para su desarrollo. Sin embargo, no la valora de modo aislado, sino estrechamente vinculada al logro de mayores grados de solidaridad y justicia social, que consideraba continuarían incrementándose permanentemente. Todo indica que en su pensamiento esta última ocupó una mayor atención que el tema de la libertad, aun cuando las considerase orgánicamente interrelacionadas.

Su optimismo al respecto se manifiesta de manera reiterada a lo largo de toda su obra intelectual, como puede apreciarse cuando sostiene: «Las ciencias sociales, partiendo de las precedentes, mostrarán las causas y resultados de la asociación de los individuos en la lucha por la vida, el crecimiento de la solidaridad social dentro de cada sociedad y entre las diversas sociedades, la formación de una ética en cada agregado social como resultado de su propia experiencia, y el perfeccionamiento indefinido de las hipótesis colectivas sobre el ideal moral, abstractamente representado por la virtud individual y la justicia social» (Ingenieros 1963a, págs. 20-21).

A su entender, la justicia no se debe mendigar, sino conquistar a través de la lucha. «La justicia es el respeto del mérito. Un Marco Aurelio sabe que en cada generación hay diez o veinte espíritus privilegiados, y su genio consiste en fomentarlos todos; un Panza los excluye de su ínsula, usando solamente a los que se domestican, es decir, a los peores como carácter y moralidad. Siempre son injustos los que escuchan al servil sin interrogar al digno. Nunca piden favor los que merecen justicia. Ni lo aceptan» (Ingenieros 1963a, pág. 297).

Ahora bien, sus reflexiones sobre la libertad y la justicia social no se elaboraban al margen del contexto histórico nacional y latinoamericano, sino que estaban vinculadas a él, como se demuestra en el discurso que pronunció al regresar a Argentina en 1906: «Seamos piedras distintas que concurren a combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto. Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien en alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecedora. Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y social. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad» (Ponce 1954, pág. 55).

Su alta valoración de la trayectoria de la cultura latinoamericana lo llevó a la conclusión de que «Un breve examen nos permitirá advertir que en nuestra raza no han arraigado gérmenes seniles; sus manos están libres para, en la hora oportuna, asir la antorcha

de la cultura venidera» (Ingenieros 1963b, pág. 10). De tal modo se confirma su arraigada convicción sobre las potencialidades emancipadoras de nuestros pueblos en diferentes planos; de ahí que en todo momento sus ideas respecto a la libertad estuvieran orgánicamente articuladas con las de justicia social, como se expresa cuando señala: «Dichosos los pueblos de la América latina si los jóvenes de la Nueva Generación descubren en sí mismos las fuerzas morales necesarias para la magna Obra: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental» (Ingenieros 1993, pág. 13).

Y en esa labor le atribuye un papel insustituible a la juventud, como se aprecia en el planteamiento siguiente: «Rinda culto la juventud de nuestros pueblos a los grandes hombres que lucharon por la emancipación política, por el ascenso ético, por la justicia social, manteniendo la continuidad del espíritu en el curso de la historia. Nació la conciencia revolucionaria con el anhelo de la independencia; triunfó derribando el feudalismo colonial, fue enriquecida por obra de pensadores y estadistas, renació en cada generación y fue el núcleo de ideales sin cesar integrados por las minorías ilustradas. Ame la juventud ese pasado en marcha y subraye admirativamente sus valores en la historia de los pueblos nuevos; pero solo será justa si al mismo tiempo reprueba a cuantos obstruyeron la obra secular, pues los que fueran ayer sus enemigos, hoy y mañana lo serán por fuerza» (Ponce 1954, pág. 89).

Y entre esos enemigos no solo estaban las oligarquías nacionales dominantes en los países latinoamericanos, sino también el poder del fagocitósico gobierno de los Estados Unidos de América. En consecuencia, como asiduo promotor de la unión de nuestros amenazados pueblos, proclamó: «Y bien, señores, sea cual fue la ideología que profesamos en materia política, sean cuales fueren nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social en nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla, ante la amenaza de un imperialismo extranjero» (Ingenieros 1984, pág. 125).

Sabía muy bien que la preparación para contrarrestar esas amenazas se lograría no solo con las necesarias y radicales transformaciones políticas, sino también con el incremento del nivel cultural y educativo de la población. Con suficientes elementos de demostración al respecto consideraba: «Encontramos posible que en pueblos muy civilizados los municipios sean la célula fundamental de fede-

raciones libres, pero en villorrios atrasados y rutinarios el cambio de régimen solo podrá ser establecido bajo el legítimo influjo de los centros adelantados y progresistas» (Ingenieros 1961d, pág. 45). Por esa razón propugnaba la aceleración del desarrollo socioeconómico de los pueblos latinoamericanos, porque este constituye un elemento esencial para las transformaciones en el orden político y jurídico, especialmente cuando les acompañan avances en el terreno educativo y cultural, en los cuales profesores, artistas e intelectuales desempeñan un protagónico papel.

Tal confianza en la trascendente función de estos sectores profesionales se manifiesta cuando asegura: «Ante el proceso revolucionario que está operando la transmutación moral del mundo, no podían permanecer indiferentes los trabajadores llamados intelectuales. El que cultiva la belleza tiene el deseo de introducirla en la vida; el que investiga la verdad siente el anhelo de enseñarla a todos; el que ama la justicia está obligado a luchar porque ella rija las relaciones entre los hombres. Esos deberes morales, tan elevados como ineludibles, tienen propicia oportunidad de cumplirse en esta hora de renovación universal; ha sido, pues, legítimo que mientras las instituciones sociales tiendan hacia nuevas formas de equilibrio, un grupo selecto de escritores, conscientes del ritmo de la historia, estrechara sus filas para "hacer la revolución en los espíritus"» (Ingenieros 1961d, pág. 49).

Según Ingenieros, la protagónica misión de los sectores intelectuales se basa en el hecho de contribuir a la emancipación mental de los pueblos, más difícil de conquistar que la libertad política. Su tarea principal la valoraba en alto grado, pues en lugar de las creencias, fomentaban los ideales. «Si un ideal es una aspiración legítima hacia un modo de ser más perfecto, es absurdo llamar ideales a las creencias que expresan modos de pensar y de vivir retardados ya frente al devenir incesante de la humanidad. Las ideas son la antítesis de las supersticiones. Los ideales no son herencias del pasado, sino anticipaciones del porvenir; no son fuerzas conservadoras de lo que ya fue, sino gérmenes fecundos de lo que será. Superstición es la obediencia a los mandamientos de un amo; ideal es la confianza en sí mismo bajo el contralor de la propia dignidad. Superstición es el privilegio de castas y la supremacía de la riqueza; ideal es la justicia para todos los hombres, sin más excelencias que las propias de la virtud y del ingenio» (Ingenieros 1961d, pág. 22).

De ahí que les otorgase a las universidades una función muy especial en la promoción de las nuevas generaciones inspiradas en los principios de libertad, solidaridad y justicia social. «La Universidad no debe ser un cónclave misterioso de iniciados, sino el organismo representativo de las más altas funciones ideológicas: elaboración de doctrinas, determinación de normas, previsión de ideales. Hará más dignos a los hombres, aumentando su capacidad para la vida civil; hará más justa a la sociedad, multiplicando los vínculos de la sociedad humana» (Ingenieros 1963a, págs. 36-37).

Al respecto resulta digno de atención el planteamiento de la plataforma del Partido Republicano de los Estados Unidos de América, conocido como Documento de Santa Fe II, en el que se hace referencia a Gramsci, cuando este plantea que la clase obrera por sí sola no puede tomar el poder político, pero con ayuda de los intelectuales sí es capaz de lograrlo.

Ahora bien, para el filósofo argentino, que no limitó su actividad solo al plano intelectual, sino que la vinculó a una orgánica praxis política que trascendió su país,[5] la libertad, la justicia y la solidaridad solo podrían alcanzarse en una sociedad que superara al despiadado capitalismo. «Los cimientos morales de la paz social deben ser la justicia y la solidaridad. Solo habrá justicia cuando sea imposible la explotación del hombre por el hombre, cuando el derecho a la vida- tenga por condición ineludible el deber del trabajo; solo habrá solidaridad cuando desaparezcan las clases parásitas, cuando todos los seres humanos se sientan hermanados en la dignidad del trabajo» (Ingenieros 1963a, pág. 159).

Tenía plena conciencia de que vivía en una época de extraordinaria significación histórica, pues se ponía en juego la posibilidad de iniciar la construcción de una sociedad basada en esos ideales socialistas. «Es imposible desconocer que la humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva. Dos mundos morales han entrado en conflicto y no hay entre ellos esperanza de pacificación. El privilegio y la justicia son incompatibles; si el uno se perpetúa, la otra debe sucumbir; si esta se impone, aquel debe desaparecer. Las

[5] «El valor propio de sus concepciones, sumado a su espíritu crítico y rebelde, su compromiso político a favor de la justicia social y su activa labor de difusión cultural, lo convierten en referente destacado entre los círculos intelectuales progresistas de varias generaciones en su país y en Latinoamérica» (Ramaglia 2009, pág. 786).

partes en lucha tienen ya clarísima conciencia de su función en el actual momento histórico; ningún optimismo autoriza a suponer que el pasado cederá sin resistencia al porvenir» (Ingenieros 1963a, pág. 164).

Por esa razón saludó los primeros pasos de consolidación de ese empeño por alcanzar niveles superiores de justicia social emprendidos por los bolcheviques. «Los ideales de la Revolución Rusa han vencido ya, definitivamente, a todos sus enemigos. Tres años de resistencia heroica han bastado para probar al mundo que todo no era ilusión en sus aspiraciones, imponiendo a sus más empecinados enemigos una variación básica frente a sus principios de Justicia Social. La coacción de los violentos, la ceguera de los ignorantes, la jactancia de los enriquecidos, la defección de los cobardes, nada pudieron contra ella en tres años; detrás de los ejércitos revolucionarios, cien veces vencedores, ha actuado una fe irreductible, que ha idealizado sus victorias» (Ingenieros 1963a, pág. 167).

En varias ocasiones justificó aquel trascendental acontecimiento por sus aspiraciones de conquistar la justicia social de una manera revolucionaria[6] que excluyese cualquier tipo de reformismo. «Contra la inmoralidad del parasitismo capitalista se afirmó la necesidad de poner los medios de producción en manos de los productores mismos, técnicamente organizados en triple escala local, regional e internacional. Contra la inmoralidad del parlamentarismo político se entrevió el remedio en una administración representativa de las funciones sociales. Contra la inmoralidad de la ignorancia supersticiosa se definió el principio de educación extensiva. Justicia económica, justicia política, justicia educacional son hoy los principios cardinales que orientan la nueva conciencia de la humanidad» (Ingenieros 1963a, pág. 331).

Sin embargo, aquel acontecimiento que admiraba no lo obnubilaría. Recomendaría no copiar dogmáticamente sus medidas. «A los pueblos que tienen por común ideal una mayor justicia, les interesa determinar su posición, ya que los diversos ambientes y

[6] «Los medios términos están excluidos; las engañosas cataplasmas "reconstructivas" merecen artificios de prestidigitación. Los hombres capaces de optar están frente a un dilema sin tangentes: o se repudia la moral del parasitismo y se tiene fe en el advenimiento de una moral más justa, o se defiende el régimen capitalista y se niega la posibilidad de una renovación moral que ponga el deber del trabajo como fundamento de toda justicia» (Ingenieros 1961a, pág. 335).

los distintos momentos obligan a seguir direcciones y usar métodos que no pueden ser idénticos. La revolución socialista rusa es un experimento cuyas enseñanzas deben ser aprovechadas, sin que ello importe creer que es un modelo cuyos detalles convenga reproducir servilmente en cualquier otro país» (Castellanos 1972, pág. 197). A tales conclusiones llegaban por entonces otros admiradores latinoamericanos de aquel proceso, como Julio Antonio Mella;[7] pero, lamentablemente, numerosos partidos comunistas en esta región hicieron todo lo contrario, lo que trajo nefastas consecuencias para las luchas por proyectos de orientación socialista y para el prestigio del marxismo (véase Guadarrama 2018).

Y una vez más reiteraba su confianza en el protagonismo de la juventud en tan digna empresa. «Tan magna obra necesita el pensamiento y la acción de las nuevas generaciones, de la juventud entusiasta y optimista; ella puede labrar el Porvenir, porque no tiene complicidades con el Pasado; en sus manos están los ideales de justicia y las esperanzas de solidaridad, en esta hora inicial de los tiempos nuevos» (Ingenieros 1961a, pág. 340).

Sus ideas sobre una sociedad que superase al capitalismo no estaría exenta de componentes utópicos y hasta románticos, como es muy común en pensadores revolucionarios. Por ese motivo consideraba que su advenimiento se caracterizaría por la solidaridad y el colectivismo, frente al individualismo promovido por el capitalismo; pero esto no implicaría necesariamente limitaciones en cuanto al despliegue de determinadas libertades individuales. Así lo expresaría cuando plantea: «Los colectivistas han explicado desde hace medio siglo que la libre disposición del producto del trabajo personal no puede engendrar propiedad capitalista, por cuanto no es aplicable a la adquisición de medios de producción, ni permite el advenimiento de nuevas clases parasitarias que exploten en su propio beneficio el trabajo ajeno. La libre disposición asegura, en cambio, la libertad de variar el consumo de acuerdo con los gustos

[7] Al producirse la muerte de Lenin, Mella escribió: «En su tiempo y en su medio, fue un avanzado y un superhombre, que supo con el poder de su genio dar un impulso a la transformación de una civilización. No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado, pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación» (Mella 1975, pág. 88).

intelectuales, morales y físicos del individuo. Parece legítimo que tal hombre prefiera suculentas comidas y tal otro buenos libros, este frecuentar el teatro y aquel coleccionar timbres postales, el uno adornar su vivienda con muchas flores y el otro tener en su huerta sabrosos melocotones, aparte de los que prefieran distraer sus ocios jugando al razonable billar o al ameno truco. Esas diferencias de gustos e inclinaciones personales son utilísimas para la armonía social; toda sociedad que aspire a aumentar la felicidad de sus componentes, debe satisfacer, y aún estimular, esas justas desigualdades humanas, pues no son incompatibles con la justicia. Téngase presente que el fin perseguido es la justicia y no la igualdad; la injusticia no está en la desigualdad, sino en el privilegio. Cuando cada hombre haya cumplido su parte de trabajo social necesario, es libre, cien veces libre, de multiplicar sus actividades superfluas en el sentido más grato a su idiosincrasia personal, mientras no dañe el mismo derecho de los demás» (Castellanos 1972, pág. 193).

Tales criterios lo distanciaban de cualquier tipo de igualitarismo, tan nefasto en algunas experiencias socialistas que él no llegó a conocer, pero en cierta medida advertía de qué manera podría lograrse una mayor justicia social sin que esto implicara un aplastamiento de las libertades individuales en la sociedad que superase al capitalismo.

Por otra parte, sus aspiraciones de lograr mayores grados de libertad, justicia social y solidaridad no se limitarían al plano de mayor envergadura social, sino también a su dimensión privada e individual, como obligación y cumplimento colectivo.[8] Así se revela en el planteo siguiente: «Es lógico pensar que la transformación de los deberes familiares en funciones sociales permitirá asentar la unión conyugal sobre normas de simpatía, de justicia y de solidaridad. Emancipados el hombre y la mujer de las cargas de la domesticidad, el matrimonio electivo y disoluble podrá ser una asociación favorable a la dicha de quienes lo celebren mediante un contrato civil que no humille ni sacrifique a ninguna de las partes» (Ingenieros 1970, pág. 167).

En definitiva, sus ideas sobre la libertad y la justicia social, intrínsecamente articuladas con la solidaridad que debe prevalecer

[8] «La vida en sociedad exige la aceptación individual del deber, como obligación social, y el cumplimiento colectivo de la justicia, como sanción social» (Ingenieros 1947, pág. 11).

entre los hombres, estaban concebidas tanto en un plano de mayor envergadura social, como en uno más privado e individual, pues lo que trataba era indicar vías superadoras de las insoportables condiciones de vida de la mayoría de los sectores populares sometidos a las relaciones capitalistas de producción, distribución y consumo.

La obra intelectual de José Ingenieros resulta inconmensurable y puede valorarse desde diversas disciplinas académicas. Sin embargo, lo que más debe apreciarse es la trascendencia intelectual y política que tuvo no solo en la época que le correspondió vivir, sino la huella que dejó en varias generaciones de jóvenes latinoamericanos. Entre los libros que atesoraba Fidel Castro en su «prisión fecunda», de preparación para continuar la lucha contra la tiranía de Fulgencio Batista, estaban los del pensador argentino. Eso significa que el impacto de sus ideas no se limitó a círculos científicos o filosóficos, sino que tuvo un mayor alcance.

Innumerables fueron los temas que analizó avalado por una enciclopédica cultura. En la urdimbre de su pensamiento se pueden fácilmente detectar múltiples hilos vitales, entre los que se destacan el de la libertad y la justicia social, articulados con el de la solidaridad.

A pesar de la perspectiva filosófica en la que se formó, permeada por el positivismo *sui generis* que fructificó en su época –que le podía llevar a determinados reduccionismos epistemológicos de corte biológico y, por tanto, afectar su concepción antropológica–, supo evadir esos entuertos y orientarse hacia una comprensión de la contradictoria condición humana, por lo cual es considerado uno de los más brillantes representantes del humanismo práctico y desalienador característico de los exponentes más auténticos del tesoro del pensamiento latinoamericano y, por qué no, universal.

Referencias bibliográficas

CASTELLANOS, JUAN MARIO

1972 *Prefacio*, San José de Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana, referencia citada en páginas 369, 379, 380.

ENDARA, JULIO

2004 *José Ingenieros y el porvenir de la filosofía*, Buenos Aires: Agencia General de Librería Rivadavia, referencia citada en página 369.

GUADARRAMA, PABLO

2012 *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia*, Bogotá: Università degli Studi di Salerno, Universidad Católica de Colombia y Planeta, vol. 2, referencia citada en página 370.

2013 «La condición humana en el pensamiento latinoamericano del siglo XX», en *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia*, Università degli Studi di Salerno, Universidad Católica y Planeta, vol. III, recuperado de <https://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/cuba/tomoIII.pdf>, referencia citada en página 367.

2018 *Marxismo y antimarxismo en América Latina. Crisis y renovación del socialismo*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, referencia citada en página 379.

GUADARRAMA GONZÁLEZ, PABLO

2004 *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, referencia citada en página 370.

INGENIEROS, JOSÉ

1919 *Obras completas*, *Principios de psicología*, con comentario de Aníbal Ponce, Buenos Aires: Ediciones L. J. Rosso, referencia citada en página 369.

1947 *Hacia una moral sin dogmas*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 368, 380.

1960 *La simulación en la lucha por la vida*, Ciudad de México: Editorial Latino Americana, referencia citada en página 368.

1961a *Antología. Su pensamiento en sus mejores páginas*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 367, 371, 372, 378, 379.

1961b *Inmoralidad del régimen capitalista*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 370.

1961c *La psicopatología en el arte*, Buenos Aires: Editorial Losada, referencia citada en páginas 366, 368.

1961d *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 370-372, 376.

1963a *La universidad del porvenir y otros escritos sobre filosofía, educación y cultura*, Buenos Aires: Ediciones Meridión, referencia citada en páginas 374, 377, 378.

1963b *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en páginas 369, 375.

1970 *Tratado del amor*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 369, 380.

1984 *Temas de filosofía política latinoamericana*, vol. 1: *Por la unión latinoamericana*, Bogotá: Editorial El Búho, referencia citada en página 375.

1993 *Las fuerzas morales*, Buenos Aires: Ediciones Fausto, referencia citada en páginas 372, 373, 375.

2019 *El hombre mediocre*, Bogotá: Panamericana Editores, referencia citada en página 373.

MELLA, JULIO ANTONIO

1975 *Documentos y artículos*, La Habana: Ediciones DOR, referencia citada en página 379.

PONCE, ANÍBAL

1954 *José Ingenieros. Su vida y su obra, y educación y lucha de clases*, ed. por Héctor Matera, Buenos Aires, referencia citada en páginas 374, 375.

RAMAGLIA, DANTE

2009 «José Ingenieros», en *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latin» (siglo XIV-siglo XX)*, Buenos Aires: CREAL y Siglo XXI, referencia citada en página 377.

CAPÍTULO 17

José Ingenieros, el discípulo: consideraciones en torno a su vínculo con José María Ramos Mejía

LAURA S. GUIC*

17.1 La construcción de un intelectual

> «Nadie como él podría representar a esa "generación del 80" que culminó en las ciencias naturales con Florentino Ameghino, en la educación moral con Agustín Álvarez y aún culmina en las letras nacionales con el majestuoso Almafuerte. En Ramos Mejía se combinaron felizmente esas diversas orientaciones de sus tres coetáneos; su nombre pasará a la historia de la cultura argentina como hombre de ciencia, como educador y como hombre de letras» (José Ingenieros).[1]

En trabajos anteriores, pude exhibir evidencias derivadas de la hipótesis que formulara en relación con la obra de José María Ramos Mejía (1849-1914) *Las multitudes argentinas*, como una intervención política de su tiempo (Guic 2021). Esta afirmación se tensiona con la construcción de la figura del médico que inicia José Ingenieros (1877-1925), y que lo instala en la generación del '80 como un intelectual; concepción que se replicará en las diferentes indagaciones hasta el presente. El epígrafe es claro en términos de la construcción de un sujeto intelectual, caracterizado con atributos

* UNLa.

[1] Este fragmento se inscribe en un apartado que Ingenieros desarrolla bajo el subtítulo «La educación nacionalista».

científicos, educativos y literarios, antes que un político de acción concreta, ya sea desde los cargos que ocupó, los escritos de claro contenido gubernamental y su participación en los eventos del 13 de diciembre de 1871, o en la Revolución de 1874, cuando estudiante, junto a su hermano y su padre.

Si bien la condición de intelectual y la de político, no son excluyentes, –la primera no anula a la segunda– se advierte a lo largo de las distintas fuentes estudiadas, que Ingenieros construye una biografía de Ramos Mejía, a partir de su muerte, ubicándolo en el plano intelectual y aborreciendo la función pública. Solamente a modo de introducción, una pista en este sentido: «Ramos Mejía no tuvo nunca temperamento de funcionario; era un hombre de estudio, más ideativo que actor» (Ingenieros 1915b, pág. 273). Abundan ejemplos en este sentido y afirmaciones en relación con la dimensión intelectual de la personalidad del médico, que más adelante se sistematizan para exhibir el análisis discursivo diseñado por su autoproclamado discípulo.

En mis estudios sobre la obra en el marco de las publicaciones de Ramos Mejía y una recuperación biográfica que toma la labor de Clementi (1985), se pone de manifiesto una trayectoria política antes que profesional, que puede encontrarse en las diferentes participaciones políticas del médico antes incluso de recibirse como tal (Guic 2021). En 1958, el extenso prólogo del libro *A martillo limpio*, que condensa publicaciones de Ramos Mejía, posiblemente escrito por Isaías Ramos Mejía, es titulado, *La personalidad intelectual y moral de José María Ramos Mejía* (Ramos Mejía 1956, pág. 7). En el mismo prefacio se afirma: «José Ingenieros, otro de sus biógrafos, inicia el estudio de la personalidad intelectual de Ramos Mejía al prologar una nueva edición de las *Neurosis de los hombres célebres*, con estas palabras de riqueza moral y de su talento (…)» (Ramos Mejía 1956, pág. 20). A continuación, cita en extenso una caracterización de Ingenieros donde le atribuye a Ramos Mejía, la creación de la psiquiatría y la sociología argentinas. Algunas décadas más tarde de su publicación, ya operaba la trayectoria de Ramos como intelectual desde la autoría de Ingenieros.

La revisión de la instauración del relato de Ingenieros acerca de su maestro, –que es en definitiva la que persiste a lo largo del tiempo– requiere de una profundización y del análisis de las publicaciones, para revelar así el germen de esta construcción. El foco no estará puesto ahora en la producción de Ramos Mejía, sino en el

lugar que Ingenieros delimitará, conformando un panteón selecto del que además se sentirá parte. Esta es entonces una operación política de legitimación que es menester definir, entre las resultantes y las modalidades de dicha construcción.

Puede señalarse que esta operación de construcción de la *Generación del 80*, de la que Ingenieros se siente heredero, es, además, de una justificación del lugar del maestro, Ramos Mejía, su propio espacio como el discípulo en el marco de la definición de un discipulado distinguido al que el joven médico sostiene pertenecer; lo formula y se inserta; un linaje que comienza con el mismísimo Sarmiento.

Por ello es necesario dejar claro el objetivo del presente trabajo, que no es otro que el de identificar la modalidad que emplea Ingenieros para representar, reproducir y legitimar a los sujetos que forman parte de la dirigencia política finisecular y del novecientos, desde las dimensiones que ofrece el análisis crítico del discurso (en adelante ACD), a través de una perspectiva rizomática que articule el cruce de fuentes y las trayectorias políticas de los denominados por Ingenieros, intelectuales del periodo.

Puede formularse entonces el interrogante en torno a ¿cómo se construye un sujeto intelectual? ¿Desde qué formulaciones se lo instaura? ¿De qué modo establecer las tensiones entre los expresados en el discurso y las tramas de vinculación política al interior de la reproducción ideológica que juega el Estado y las cátedras de la universidad que forman en su mayoría al funcionariado?

Sin agotar las especificaciones metodológicas y las fuentes necesarias para dar cuenta de los hallazgos de una investigación que continúa en curso, es posible avanzar en la caracterización de las fuentes y el contexto de producción de las mismas.

Un mismo escrito extenso de Ingenieros, que con por los menos tres variantes y diferentes espacios de publicación del autor, son relevantes para entrecruzarlos con las obras que cita y refiere, para desentrañar desde el enfoque rizomático, una metodología que articule el ACD en las fuentes seleccionadas, la revisión de las trayectorias políticas de los nombrados y la conformación de cierto panteón con aspectos genealógicos del origen de la nacionalidad en el cual necesita ubicarse Ingenieros, que recordemos era de origen italiano.

A instancias de la conmemoración del primer aniversario del fallecimiento de Ramos Mejía, Ingenieros publica en *El Monitor de*

la Educación Común, –en adelante *El Monitor*– un escrito titulado «La obra intelectual del J. M. Ramos Mejía», inaugurando así la tradición que ubica a este médico como un científico y un intelectual, antes que un político de acción concreta en su tiempo.

Una hipótesis de trabajo sostiene que, quien fuera un discípulo del médico argentino, lo instalará en un lugar dentro de la ciencia, entre la sociología y la medicina, como un iniciador de la psiquiatría argentina, en detrimento de su figura como político de amplia trayectoria como su biografía política lo señala (Guic 2015).

17.2 La instauración discursiva del sujeto intelectual

Una forma de poder advertir la modalidad de vinculación al interior del círculo dirigente finisecular del novecientos, entre Ingenieros y Ramos Mejía, se centra en los escritos formulados por el primero en torno a la recepción de la obra del segundo, caracterizado como el título de la fuente lo señala, «La obra intelectual de J. M. Ramos Mejía» publicada en *El Monitor*, en ocasión del primer aniversario de su fallecimiento.

Ya desde el título Ingenieros inicia la trama de significados que conducirán, a lo largo del extenso recorrido, el eje de la intelectualidad de Ramos. Según referencia al pie de la fuente, se agradece a la *Revista de Filosofía*, dirigida y fundada por el mismísimo Ingenieros, la gentileza de compartir el artículo que se publicaría en la misma. Siguiendo el trabajo de recopilación de Fernández y Galfione (2021), fue posible establecer el título con el que se publicó este trabajo: «la personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía (1849-1914)». En las páginas 103 a 158; año I, tomo II, n.° 4 correspondiente a la edición de julio de 1915. La diferencia de páginas además del título es un dato a seguir profundizando.

El mismo texto con algunas variantes se encontró como prólogo de una reedición póstuma –fechada en 1915, el mismo año de los artículos– de *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, titulada «La obra de Ramos Mejía». Si bien la redacción es casi igual, el escrito de *El Monitor* está reducido.

Antes de volver a la publicación de *El Monitor*, y simplemente para completar un aspecto del rasgo intelectual que no se encuentra en el escrito de la revista educativa que se analiza a continuación, se recorta del apartado Ideales de Cultura, la siguiente cita: «Su laboriosa vida intelectual es un ejemplo digno de señalar; la edi-

ción de sus obras póstumas –que se hará algún día– contribuirá grandemente a acrecentar sus méritos y magnificará su figura ante la posteridad» (Ingenieros 1915a, pág. 69).

Así, en el prólogo de Las neurosis vuelve a subrayar la dimensión intelectual de su maestro y será Ingenieros quien se ocupe de la reedición de la obra de su maestro.

Retomando el análisis de la publicación de *El Monitor*, se compartirán solamente dos aspectos profundizados para este desarrollo: por un lado, el de las tramas biográficas formuladas por Ingenieros para inscribir a Ramos Mejía, conformando ciertas genealogías y por otro, los caracteres con los que delinea los aspectos biográficos que subraya el discípulo de la trayectoria de Ramos Mejía.

El sumario permite exponer ambas cuestiones, la genealogía intelectual derivada de Sarmiento y la obra intelectual de la que forma parte Ramos Mejía:

I. Sarmiento y «la Generación del 80».
II. Las neurosis de los hombres célebres.
III. La actuación universitaria de Ramos Mejía.
IV. La locura en la Historia.
V. Literatura y Sociología.
VI. Los simuladores de talento.
VII. Rosas y su tiempo.
VIII. La educación nacionalista.
IX. Ideales de cultura (Ingenieros 1915b, pág. 253).

Desde el inicio pueden verse aspectos de la modalidad de su instauración discursiva: para hablar de la obra intelectual de Ramos Mejía comienza con el origen de una cierta genealogía a través de la figura de Sarmiento, ya en las primeras cinco páginas se ocupa del sanjuanino y de la que denomina *generación del ochenta*[2] invocando su nombre para desprender un linaje, si se quiere, del grupo de intelectuales. Esta es una vía explicativa que entrama la relación del autor de *Las multitudes* al interior de este grupo complejo y polimorfo que luego intentará explicitar a través de diferentes enumeraciones, según el caso. Como adelanto, primero Ramos será parte de los publicistas de *El Nacional*, luego de un grupo de médicos salientes.

Desde Sarmiento en adelante, Ingenieros irá construyendo una continuidad donde inscribir a su maestro, Ramos Mejía. Le dedica

[2] La bastardilla es del autor.

cinco páginas del escrito para mostrar la relevancia del iniciador de esta genealogía. Dice de Sarmiento, luego de ponderar su voluminosa obra y de unirlo a su enemigo Alberdi, en cuanto a su persona y labor:

> Tantas espinas tuvieron, en los últimos años, la compensación más dulce que pudo apetecer quien vivió educando a una raza. Su rosal floreció en la pequeña pléyade talentosa que ensayó sus alas mariposeando en *El Nacional*: Del Valle, Pellegrini, Lucio López, Cané, Gallo, Ramos Mejía. Nunca, justo es consignarlo un grupo de jóvenes que pensaba en la política prestó mayor oído a las cosas intelectuales; de Sarmiento recibían el doble impulso de la acción y del ideal, como también recibiera el presidente Avellaneda, en quien las incumbencias del estadista no acallaron nunca las inclinaciones literarias (Ingenieros 1915b, pág. 254).

De la cita en extenso es posible formular un primer cuadro de trayectorias biográficas para exhibir los límites de signar como meros publicistas de *El Nacional* a los citados, presentados en el cuadro 17.1 en el orden en que los menciona:

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
Aristóbulo Del Valle	1845-1896	Buenos Aires	Abogado político
Carlos Pellegrini	1846-1906	Buenos Aires	Abogado político
Lucio López	1815-1903	Buenos Aires	Abogado político
Miguel Cané (hijo)	1851-1905	Montevideo	Escritor político
Vicente Carmelo Gallo	1873-1932	Tucumán	Abogado político
José M. Ramos Mejía	1849-1914	Buenos Aires	Médico político

Cuadro 17.1. Cuadro biográfico I. En cuanto a la formación se señala político según desempeñen cargos en el Estado, como diputados, senadores, ministros, etcétera. Por ser publicistas de *El Nacional* se desprende de ello que son escritores.

Si bien a cada uno tiene obras reconocidas y artículos de disputa política, actuaban en la construcción política además de pensarla, creaban partidos políticos, ocupaban cargos en el Estado, puede decirse que le ponían el cuerpo a los cargos, y vivían del Estado. Si bien este apartado muestra una vinculación a modo de linaje de Sarmiento e inserta a Ramos Mejía en un grupo donde se subrayan

las «cosas intelectuales», y las «inclinaciones literarias», es conveniente volver a mencionar que en la presente investigación se pone en cuestión esta construcción de Ramos Mejía, pero se indica, a su vez la potencia de la tesis de Ingenieros, de un Ramos Mejía intelectual, que, a lo largo del tiempo, se ha mantenido vigente en los trabajos que se ocupan del médico y sus escritos.

Este será el primero de varias enumeraciones donde insertará a Ramos Mejía según un cierto tipo de pertenencia, de los que no recupera el aspecto de cohesión, que va a recurrir en cada uno: son todos políticos, y desde la hipótesis que plantea este desarrollo, escriben para hacer política.

Para reforzar la concepción intelectual de su maestro, Ingenieros avanza en la inserción de Ramos Mejía:[3] «Otros núcleos concurrían a constituir una propicia atmósfera intelectual, como no han vuelto a respirarla nuestros escritores» (Ingenieros 1915b, pág. 254). Dice a continuación Ingenieros (1915b): «La generación de los proscriptos estaba representada por grandes nombres: López, Mitre y Juan María Gutiérrez; la siguiente era ya ilustre con Rawson, Estrada, Wilde, Andrade, Cambaceres y Goyena» (Ingenieros 1915b, pág. 254).

Esta cita requiere de dos grupos, unos grandes, además del motivo etario, por ser fundacionales, y los que le siguen, ilustres, que, salvo Rawson, pertenecen a la generación siguiente. Uno de los interrogantes que se formulan a partir de aquí se centra en el esfuerzo de Ingenieros, por ubicar a Ramos Mejía en el linaje intelectual, y el intento de establecer su propia inscripción en esta tradición que el mismo se encarga de instituir a través de la selección de los políticos que surgen de su discurso. El cuadro 17.2 sirve para organizar la información:

Este grupo de «grandes nombres» encierra una tensión que es preciso no pasar por alto, Juan María Gutiérrez, es el rector de la Universidad de Buenos Aires, nombrado por Mitre, entre 1861 y 1873, tiempo de estudiante de Ramos Mejía. Hacia 1871, un grupo de jóvenes encabezado por José María, entre otros, realizan una manifestación política y crean un semanario denominado *13 de Diciembre*. Por este motivo, Ramos Mejía pierde su licencia para

[3] Si bien en ese tiempo puede confundirse con Francisco Ramos Mejía, su hermano, para el presente trabajo no hay mención al historiador, así que se empleará Ramos Mejía para referir siempre a José María.

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
Vicente Fidel López	1815-1903	Buenos Aires	Abogado político
Juan María Gutiérrez	1809-1878	Buenos Aires	Jurisconsulto político
Bartolomé Mitre	1821-1906	Buenos Aires	Historiador político

Cuadro 17.2. Cuadro biográfico II.

continuar con sus estudios (Guic 2021, pág. 26). Otra cuestión que no señala Ingenieros, en este panteón pacificado, es la silueta del rector que escribe Ramos Mejía, desde una crítica despiadada bajo el seudónimo que empleaba, el Licenciado Cabra. Simplemente para mostrar, Ramos dice de Gutiérrez:

> «El doctor Gutiérrez es literato, matemático, poeta, filósofo racionalista, orador, publicista y uno de los hombres más eruditos que posee la República Argentina. Desde un tiempo a esta parte ha abandonado la péñola del diarista para empuñar "la palmeta" de Rector que tan mal maneja, aunque al decir de las malas lenguas ha podido subir a la prensa a dilucidar cuestiones de política, cubierto por el velo del anónimo y ayudado de la facilidad que posee para disfrazar su donoso estilo» (Ramos Mejía 1956, pág. 81).[4]

Este aspecto combativo del joven Ramos Mejía lo muestra participando de la política de su tiempo, antes de recibirse de médico. Además, pone Ingenieros como generación ilustre siguiente, a Ramos sin exponer la rivalidad existente entre las generaciones. De López y Mitre, simplemente señalar que son de sus obras históricas –sobre todo de la historia mitrista– de las que se apartará para construir una nueva historia donde la multitud será la protagonista.

De esta segunda generación puede decirse que se una al selecto grupo de «los ilustres», la inserción de dos médicos a la élite dirigente, Rawson y Wilde.

Para situarlos en continuidad, los inscribe de manera institucional en la agrupación denominada el «Ateneo» concretada hacia 1886 en el Colegio Nacional, presidida por Sarmiento.

[4] Más adelante dice de Gutiérrez Ramos Mejía (1956): El doctor Gutiérrez ha desempeñado varios puestos públicos después de la caída de la tiranía, pero su poca firmeza y su proverbial debilidad, han hecho que cometa gravísimos errores, que, para felicidad del país, lo han alejado completamente de la vida pública (Ramos Mejía 1956, pág. 81).

Los que se enumeran a continuación, se constituiría como los propiciadores forman en relación con los primeros (véase cuadro 17.2), «(...) a constituir una propicia atmósfera intelectual, como no han vuelto a respirarla nuestros escritores» (Ingenieros 1915b, pág. 254). Se retoma la cita para articular los grupos y la trama relacional de la dirigencia.

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
Olegario Andrade	1839-1882	Río Grande Do Soul	Periodista político
Eugenio Cambaceres	1833-1889	Buenos Aires	Escritor Político
José Manuel Estrada	1842-1894	Asunción del Paraguay	Escritor Político
Pedro Goyena	1843-1892	Buenos Aires	Político jurisconsulto
Gullermo Rawson	1821-1890	Buenos Aires	Médico político
Eduardo Wilde	1844-1913	Bolivia	Médico político

Cuadro 17.3. Cuadro biográfico III.

A partir de aquí otro grupo surgido según Ingenieros en la década comprendida entre 1875 y 1885, forma parte de publicaciones, donde empieza a aparecer con mayor definición la dimensión científica:

> «(...) comienzan a aparecer en las revistas de la época trabajos geográficos o etnográficos de C. M. Moyano, E. S. Zaballos, R. Lista, F. Latzina, F. Ameghino, Luis J. Fontana, L. L. Domínguez, R. Ibazeta, L. O. de Roa, P. Pico, etcétera. En las ciencias naturales trabajaron principalmente F. P. Moreno, F. Ameghino, E. L. Holmberg, los hermanos Lynch Arribálzaga, etcétera» (Ingenieros 1915b, pág. 255).

Los nombres son tomados de las publicaciones de los primeros cinco tomos del *Boletín* del Instituto Geográfico Argentino, de los *Anales* del Museo Nacional de Buenos Aires y del *Boletín de la Asociación Nacional de Ciencias de Córdoba.*

De la copiosa lista que se muestra en el cuadro biográfico IV, se desprende que la mayoría que publica en las revistas mencionadas, participaron como funcionarios del Estado en distintos puestos; solamente al último, Félix Lynch Arribálzaga, no se lo ubicó sino

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
Carlos María Moyano	1854-1910	Buenos Aires	Militar explorador político
Estanislao Severo Zevallos	1854-1923	Santa Fe	Jurisconsulto historiador político
Ramón Lista	1856-1897	Salta	Historiador político
Florentino Ameghino	1853-1911	Italia	Científico político
Luis Jorge Fontana	1846-1920	San Juan	Militar político
Luis Lorenzo Domínguez	1819-1898	Buenos Aires	Poeta historiador político
Rudecindo Ibazeta	1832-1885	Tucumán	Militar político
Lino Oris de Roa	1845-1920	España	Militar político
Eduardo Gustavo Pico	1838-1904	Buenos Aires	Militar político
Francisco Pascasio Moreno	1852-1919	Buenos Aires	Científico político
Eduardo Ladislao Holmberg	1852-1937	Buenos Aires	Médico escritor político
Enrique Lynch Arribálzaga	1856-1935	Buenos Aires	Zoólogo político
Félix Lynch Arribálzaga	1854-1894	Buenos Aires	Dipterólogo

Cuadro 17.4. Cuadro biográfico IV. Los nombres se confirmaron en la publicación disponible en la página de la Academia Nacional de la Historia.

en la Academia. Muchos de los nombrados han publicado trabajos en *El Monitor*.

Ahora bien, de ese clima intelectual del que forman parte los anteriores –del ciclo 1875-1885– afirma Ingenieros (1915b):

> «Por la misma época un grupo de jóvenes médicos emprende trabajos científicos de alguna originalidad, señalando una etapa en el desenvolvimiento de los estudios biológicos; fueron, los más de ellos, fundadores del juvenil "Círculo Médico Argentino", cuyos "Anales", fundados en 1877 aún se editan. Diré, desde ya, que José M. Ramos Mejía fué su fundador y primer presidente. En otros géneros científicos, señaláronse, por la misma época, P. N. Arata, L. A. Huergo, G. White, J. A Boeri, Parodi, A. Quiroga, M. B. Bahía, V. Balbín, y otros que omito por ignorancia o involuntario olvido» (Ingenieros 1915b, pág. 255).[5]

[5] Se respeta la grafía y ortografía de la época.

De allí se desprende un nuevo grupo de inserción del que formará parte Ramos Mejía según se advierte en el cuadro 17.5.

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
José M. Ramos Mejía	1849-1914	Buenos Aires	Médico político profesor
Pablo Narciso Arata	1849-1922	Buenos Aires	Médico político profesor
Luis Augusto Huergo	1837-1913	Buenos Aires	Ingeniero político profesor
Guillermo White	1844-1926	Buenos Aires	Ingeniero profesor
Juan A. Boeri *	1846-1924	Italiano	Médico profesor
Silvio Esteban Parodi	1878-1954	s/d	Médico político profesor
Anastasio Quiroga	s/d	s/d	Químico profesor
Manuel B. Bahía	s/d	s/d	Ingeniero profesor
Valentín Balbín	1851-1901	Buenos Aires	Ingeniero político profesor

Cuadro 17.5. Cuadro biográfico V. Los nombres se confirmaron en la publicación disponible en la página de la Academia Nacional de la Historia. Se reitera n los datos de Ramos Mejía para permitir comparar la genealogía construida por Ingenieros. * Datos disponibles en http://www.latamjpharm.org/trabajos/24/3/LAJOP_24_3_7_1_4M355H9W2J.pdf.

El grupo tiene una característica en común, son docentes que ocupan cargos en la función pública en general, *Los Anales Científicos Argentinos* de que en 1876 comenzará a editar *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (Sánchez 2013).[6]

El valioso aporte de Norma Sánchez permite advertir la forma en que Ingenieros desprende al grupo de científicos, que no es otra cosa que buscar en las publicaciones científicas primigenias e inaugurales de los que se denominó ciencia argentina, los nombres de quienes publicaran, participaran en congresos o simplemente formaran parte de su conducción y membresía.

Esta no es la única forma en que el autor define su genealogía. Ingenieros afirma de los anteriores que «Este movimiento de renovación cultural se operó, en mucha parte, bajo la tutela de Sarmiento» (Ingenieros 1915b, pág. 255). Para probarlo revisa en la voluminosa obra del sanjuanino y extrae las citas de todos los

[6] Disponible en la página oficial de la Sociedad Científica Argentina disponible en http://cientifica.org.ar/historia-de-la-sociedad-cientifica-argentina.

1872-1874 Ing Luis A HUERGO
1874-1875 Dr Juan J J KYLE
1875-1875 Ing Francisco LAVALLE
1875-1877 Ing Pedro PICO
1877-1878 Ing Guillermo WHITE
1878-1879 Ing Luis A HUERGO
1879-1880 Dr Valentín BALBÍN
1880-1881 Dr Carlos BERG
1881-1882 Ing Luis A HUERGO
1882-1883 Dr Carlos BERG
1883-1885 Ing Guillermo WHITE
1885-1886 Ing Luis A VIGLIONE
1886-1887 Dr Estanislao S ZEBALLOS
1887-1889 Dr Valentín BALBÍN
1889-1891 Dr Carlos María MORALES
1891-1892 Ing Eduardo AGUIRRE
1892-1893 Dr Juan J J KYLE
1893-1894 Ing Carlos BUNGE
1894-1895 Ing Miguel ITURBE
1895-1896 Dr Carlos María MORALES
1896-1897 Dr Ángel GALLARDO
1897-1898 Ing Domingo NOCETI
1898-1900 Ing Dr Marcial R CANDIOTTI
1900-1901 Dr Manuel B BAHIA
1901-1902 Dr Carlos María MORALES
1902-1903 Ing Carlos ECHAGÜE
1903-1904 Ing Emilio PALACIO
1904-1905 Ing Emilio PALACIO
1905-1906 Dr Carlos María MORALES
1906-1907 Gral Arturo M LUGONES
1907-1908 Gral Arturo M LUGONES
1908-1909 Ing Otto KRAUSE
1909-1910 Ing Vicente CASTRO
1910-1911 Dr Francisco P MORENO
1911-1912 Ing Vicente CASTRO
1912-1913 Gral Dr Agustín ÁLVAREZ
1913-1914 Ing Santiago E BARABINO
1914-1915 Dr Francisco P LAVALLE
1915-1917 Ing Nicolás BESIO MORENO
1917-1919 Dr Carlos María MORALES
1919-1923 Ing Santiago E BARABINO
1923-1927 Ing Eduardo María HUERGO
1927-1929 Ing Nicolás BESIO MORENO
1929-1933 Dr Nicolás LOZANO
1933-1937 Ing Nicolás BESIO MORENO
1937-1943 Ing Jorge W DOBRANICH
1943-1946 Dr Gonzalo BOSCH
1946-1949 Ing José M PÁEZ
1949-1951 Ing Dr Eduardo María HUERGO
1951-1953 Dr Abel SÁNCHEZ DÍAZ
1953-1955 La Sociedad permaneció cerrada
1955-1956 Dr Abel SÁNCHEZ DÍAZ
1956-1959 Dr Eduardo BRAUN MENÉNDEZ
1959-1962 Ing Pedro LONGHINI
1962-1964 Dr Pablo NEGRONI
1964-1970 Ing José S GANDOLFO
1970-1976 Cap de Nav Emilio L DÍAZ
1976-1988 Ing Agr Eduardo POUS PEÑA
1988-1989 Ing Augusto L BACQUÉ
1989-1992 Ing Lucio R BALLESTER
1992-1999 Dr Arturo OTAÑO SAHORES
1999-2001 Dr Andrés OM STOPPANI
2001-2003 Dr Alfredo G KOHN LONCARICA
2003-2005 Dr Alfredo G KOHN LONCARICA
2005-2007 Dr Jorge R VANOSSI
2007-2009 Dr Jorge R VANOSSI
2009-2011 Dr Ángel ALONSO
2011 Dr Ángel ALONSO

Figura 17.1. Presidentes de la Sociedad Científica Argentina (Sánchez 2013, pág. 10).

nombrados en los diferentes grupos mencionados, para mostrar de alguna manera el reconocimiento de cada uno:

> «Por este motivo es útil acudir a sus escritos en busca de sugestiones o de juicios. Diré, por mi parte, que en los posteriores a 1874, he encontrado mucha documentación, apasionada como suya, de ese movimiento de ideas nuevas,

> iniciado por ese grupo de jóvenes que podrían denominarse: *la generación del ochenta*» (Ingenieros 1915b, pág. 255).

Esta será una definición en la construcción del significado de la generación que ensayaba a través del entrecruzamiento de la unción de Sarmiento a través de las citas de los nombrados en sus propios escritos y la constatación de las lecturas de las revistas y actividades por él conocidas de estas asociaciones. De la lectura de la obra de Sarmiento encuentra las referencias que avalan sus afirmaciones y dice del sanjuanino: «Vivió alerta cuando asomaron los primeros frutos: alentando a los jóvenes, aplaudiéndolos, contagiándolos de su manía de estudiar y enseñar» (Ingenieros 1915b, pág. 256). De la trama de citas del reconocimiento a los enunciados, –donde ofrece detalles, señalando además del escrito el volumen y página correspondientes– surgen otros nombres que no habían sido considerados.

Nombre y apellido	Fecha de nacimiento / fallecimiento	Lugar de nacimiento	Formación
Onésimo Leguizamón	1839-1886	Entre Ríos	Abogado político profesor
Matías Calandrelli	1844-1919	Italia	Escritor profesor
Francisco Javier Muñiz *	1795-1871	Buenos Aires	Médico político

Cuadro 17.6. Cuadro biográfico VI. * Dice del fallecido antes que Sarmiento: «En vísperas de apagarse dio, generosamente, participación en su gloria al primer naturalista argentino, el médico Francisco Javier Muñiz, consagrándole un libro» (vol. XLIII) (Ingenieros 1915b, pág. 257).

Para concluir este apartado de la construcción de la trama relacional de la generación del ochenta en la que Ingenieros inscribe a Ramos Mejía, se recuperan las lecturas de los cuadros la gran mayoría de trayectorias eminentemente políticas y de quienes no han ocupado estos cargos, los menos, y sí lo han hecho desde la academia y desde las sociedades prestigiosas en las que se reproducía la ideología del círculo dirigente. Tal es la construcción de la trayectoria intelectual que para finalizar cita un artículo de Sarmiento denominado *De la inteligencia en la vida argentina* del que extrae el inicio donde señala, que no todo es política, y que ésta sería la edad de las letras y del pensamiento argentino.

17.3 La obra de Ramos Mejía

> «Un nuevo libro de Ramos Mejía apareció cuando era más intenso el movimiento literario que, en América, auspició Rubén Darío, y, con ser tan personal su estilo, es evidente que Ramos no escapó a la influencia renovadora; cierta preciosidad en las imágenes y un marcado afrancesamiento en el giro de las locuciones, parecen revelarlo» (Ingenieros 1915b).[7]

La lógica de escritura de Ingenieros es impecable, luego de exhibir a los selectos partícipes de los ungidos por Sarmiento, o reconocidos según lo analiza el reconocido discípulo de Ramos Mejía, ahora se ocupará de la publicación reconocida por el sanjuanino, *Las neurosis de los hombres célebres* que sale a la luz en su primera edición en 1878. Dice Ingenieros (1915b):

> «Estrechamente vinculado al grupo de jóvenes intelectuales que se ensayaba en "El Nacional" de Sarmiento, José M. Ramos Mejía publicó allí sus primeras páginas, se probó en su primera polémica y sostuvo una bella campaña por la renovación científica de la Facultad de Medicina» (Ingenieros 1915b, pág. 255).

Al llegar al apartado que titula con el nombre del libro, obra elogiada por Sarmiento y de allí la unción que le corresponde con el resto de los mencionados en las *Obras Completas* del sanjuanino, explica que el sentido de la obra puede condensarse afirmando: «En las dos primeras páginas del capítulo I, que es una verdadera "introducción" Ramos Mejía dice todo lo necesario para definir su dirección científica y filosófica» (Ingenieros 1915b, pág. 261).

Lo que no dice Ingenieros y revisando el mismo capítulo primero es que el autor concluye sosteniendo:

> «La explicación de ciertos acontecimientos históricos debe buscarse, en muchas ocasiones, dentro del cráneo de algún rey hipocondríaco, o de algún mandatario enardecido por las vibraciones enfermizas de su en céfalo.

[7] Lo llamativo de la apreciación de Ingenieros es que los giros franceses no se deben la influencia de del poeta sino a la similitud de la obra de su contemporáneo francés, Gustave Le Bon, *La psicología de las masas*, que puede advertirse de la comparación término a término, con Las multitudes argentinas de Ramos Mejía. Véase su desarrollo en *Claves para leer* Las multitudes argentinas *de José María Ramos Mejía* (Guic 2021, págs. 183-190).

> »El desarrollo de este punto sería el objeto de un libro que nadie ha escrito todavía, y nuestro objetivo, aunque siguiendo la misma corriente de ideas, es más circunscrito, porque solo tomamos la historia de la patria como tema de estos apuntes» (Ramos Mejía 1915, pág. 125).

El resto de la obra y siguiendo el objetivo explícito se ocupará de políticos vinculados a la descripción de alguna patología, tales como: «La neurosis de Rosas», a la que le dedica la primera parte de la obra, pero así también en la segunda parte «La melancolía del Dictador Francia», «El alcoholismo del Fraile Aldao», «El histerismo de Monteagudo», etcétera.

A continuación, e inscripto en la «obra intelectual» de su maestro, Ingenieros le dedicará un apartado a su «actuación universitaria» del 13 de diciembre de 1871, que describirá como una «bella causa, que tuvo en su tiempo gran trascendencia cultural» (Ingenieros 1915b, pág. 263). No referirá esta acción como una práctica política, ni dirá que, de dicha acción, Ramos Mejía fuera sancionado con la suspensión de la licencia de estudiante universitario, en tiempos de Juan María Gutiérrez como rector.

Menciona que fue el rector quien colaboró con la publicación 13 de diciembre, y es en esta publicación que Ramos Mejía escribe una silueta de Gutiérrez cargada de fuerte crítica. Este aspecto se entiende como un esfuerzo de conciliación de Ingenieros entre J. M. Gutiérrez y J. M. Ramos Mejía, que no se constata en fuentes: «En unión con José María Cantilo, Juan Carlos Belgrano, Patricio Sorondo y Francisco Ramos Mejía, fundó un periódico de oportunidad, el "13 de diciembre", en el que colaboraron Fidel López y D. Juan María Gutiérrez» (Ingenieros 1915b, pág. 263).

Recupera Ingenieros, sin explicitaciones y entre otros cargos en organizaciones o puestos en el Estado, que Ramos Mejía fue «iniciador del movimiento estudiantil, fue fundador y primer presidente del "Círculo Médico Argentino"» (Ingenieros 1915b, pág. 264). También le atribuye ser parte de una generación que inaugura «en nuestro país la producción científica en las disciplinas médicas: insegura y humilde en sus comienzos, firme y lozana hoy, en las últimas generaciones» (Ingenieros 1915b, pág. 268).

De las demás obras «intelectuales» de Ramos Mejía, Ingenieros le dedicará apartados a *La locura en la historia* (1895), *Las multitudes*

argentinas (1899), *Los simuladores de talento*.[8] Como puede verse subordina el aspecto político a la dimensión psicológica, cuando del talento que se considera es aquel que configure la capacidad de gobernar. Siguiendo con la hipótesis de este recorrido, afirma más adelante: «Este inquieto afán intelectualista constituye la espina dorsal de "Los simuladores de talento" (Ingenieros 1915b, pág. 283).» (1904) y *Rosas y su tiempo* (1907).

Para concluir esta inscripción en la generación del 80 y la construcción del intelectual, culminará el escrito titulado *Ideales de cultura*, pretendiendo haber analizado «sumariamente la vida y la obra intelectual del ilustre escritor (…)» (Ingenieros 1915b, pág. 290).

17.4 La crítica de *Las multitudes*

Pongo a consideración en este apartado, algunos lineamientos de mis estudios en torno a *Las multitudes argentinas*, de Ramos Mejía, siguiendo la hipótesis de una intervención política finisecular del autor:

> «Este médico conforme a la tradición decimonónica describe los problemas de la elite dirigente, y en particular, intenta elucidar el origen de la multitud en América Latina. El estudio de la obra y su recepción desde el momento mismo de publicación hasta el presente, exponen, sin lugar a duda, que *Las multitudes* hizo que su autor la transitara por fuera de las fronteras del espacio geográfico, del campo de la medicina y del tiempo de actuación. Para ir más allá y mostrar una lectura eminentemente política, es ineludible revelar la construcción que de su autor se ha hecho; y a partir de allí como se han interpretado y definidos sus escritos; vale decir que si se lo ubica como un médico que hace historia, el ensayo será historiográfico; si es literario el enfoque será representativo de las humanidades y el arte argentinos y si es sociológico pertenecerá a la genealogía de la ciencia nacional. En síntesis, el modo de leer esos textos estará condicionado por el encuadre y la autoridad del campo de saber (disciplina) que se le atribuya» (Guic 2021, pág. 33).

Ingenieros no ha sido el único que realizara esta operación, sí el primero. A lo largo de los ciclos y siguiendo las pistas de las indagaciones de Terán (1986, 1987, 2008), es posible encontrar otras

[8] De la obra dirá en su caracterización: «La componen cuatro capítulos de sabrosa psicología política y social, que cuentan entre sus más bellas páginas literarias» (Ingenieros 1915b, pág. 281).

formas de recepcionar la obra de Ramos Mejía y en particular, *Las multitudes argentinas*, como escrito literario, como texto histórico o como pieza inaugural de la sociología.

Ingenieros lo instalará en la genealogía de la sociología, junto a los precursores[9] de la disciplina; Ricardo Rojas (1882-1957) hará lo propio en la construcción de una literatura nacional y posteriormente Rómulo Carbia (1885-1944) lo recuperará como historiador. Todas estas inscripciones constituyen una matriz para leer el ensayo y operan en la interpretación de *Las multitudes* como legitimación del campo de saber (Guic 2015, págs. 40-41).

Las formas en que se caracterizaron las obras pueden verse como operaciones que los autores generaban para inscribirse ellos mismos en la tradición patricia de Ramos Mejía.

Tanto los trabajos en tiempos de Ramos, los posteriores y los actuales, han dejado por fuera, la correlación del diagnóstico político del ensayo Las multitudes con su participación en la política en el gobierno de la educación, cuando presidiera el Consejo Nacional de Educación e instaurara la tradición patriótica que aún pervive en las escuelas que habitamos. Esto vuelve a subrayar la relevancia de la recepción de la construcción primigenia que Ingenieros hiciera de su maestro.

Son sus alumnos más sobresalientes, quienes escriben críticas acerca de su obra, en el mismo año de su publicación, y dan debida cuenta de la recepción *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía en su tiempo. José Ingenieros[10] y Francisco de Veyga (1866-1942) quienes, en 1899, recuperan el ensayo de su mentor y aportan, por un lado, datos biográficos en la búsqueda del reconocimiento de

[9] Dice Ingenieros, «Por razones de cronología conviene recordar, como señalé entonces, que *Las multitudes argentinas* fue la primera obra propiamente sociológica publicada en la Argentina, aunque ya Echeverría, Alberdi y Sarmiento hubiesen sido los precursores de esa disciplina, planteando o tratando problemas históricos que por su generalidad, tenían un sentido propiamente científico o filosófico» (Ingenieros 1961, pág. 438).

[10] «Fue mi pena más honda la de encontrarme ausente del país durante su última enfermedad; en Suiza, con su otro discípulo Francisco de Veyga, no pasamos un día sin comentar con inquietud las noticias que de él nos llegaban (...). En Montevideo el profesor Rodolfo Rivarola me dio la noticia de su fallecimiento, ocurrido pocas semanas antes, el 19 de junio de 1914. Un nudo me apretó la garganta y no pude contener algunas lágrimas. Son las más angustiosas que he llorado en mi vida» (Ingenieros 1961, pág. 449).

su maestro y por otro la trascendencia de la obra, como ensayo de psicología y de sociología (Guic 2015, págs. 40-41).

En su crítica de 1899 Ingenieros refiere que Las multitudes es un escrito de carácter científico, inaugurando así la tradición de interpretación sociológica. Es importante decir que en ningún pasaje de la obra Ramos Mejía define el texto de esta forma.

Realiza un «estado de la cuestión» retomando a Sipio Sighele (1868-1913) y Jean Gabriel Tarde (1843-1904), que son referidos también por Ramos. Formula objeciones de la definición de una psicología social, proponiendo una propia.

De la crítica realizada en su tiempo dice Ingenieros (1915b):

> «He vuelto a leer el libro, a[11] pocos días. ¡Cuánto ingenio y cuánta belleza derramada en sus páginas! Acaso tuve razón al negarle, quince años ha, severidad en su método científico; pero hoy con mejor criterio, preferiría insistir sobre sus méritos y sus atractivos, que a su tiempo no de je de señalar. No haré ahora la crítica de mi crítica» (Ingenieros 1915b, pág. 278).

Puede decirse también que la tesis de Ingenieros se mantendrá a lo largo del tiempo y se instalará como certeza para los estudiosos posteriores.

Al interior de *Las multitudes*, Ramos Mejía define al inmigrante y formula una categorización en términos evolutivos de la cuestión que preocupa a la dirigencia finisecular, y que ambos discípulos critican en sus propios escritos. Lo relevante de este encadenamiento que inicia el médico con el migrante recién llegado que califica de «crepuscular y larval», pasando por el que denomina «guarango», que puede devenir en «huaso» o «canalla», hacia el «burgés aureus», que no deja de ser otro tipo de «guarango» –siguiendo el razonamiento de Ramos Mejía– conforma la generación de un inmigrante que ahora enriquecido, puede acceder a la cultura y que, por la vía educativa, accede ahora a la formación universitaria.

Una hipótesis que se profundiza ubica a Ingenieros, como un italiano que forma parte del estudiantado de Ramos Mejía, y que puede preocupar a este dirigente finisecular, por su lugar en el ámbito de la medicina que funge como acceso a los cargos en el Estado. Ahora bien, puede pensarse si la definición de «burgés aureus» de Ramos aplica para este estudiante, pues bien, el seguimiento ahora de la producción de Ingenieros muestra su ocupación con

[11] Puede ser un error y decir «hace pocos días».

relación al nacionalismo, y esta puede ser una clave explicativa, para comprender cómo y de qué manera funciona ese «cepillo de la educación» que para Ramos Mejía debe operar para evitar, un acceso precipitado a los puestos de gobierno.

Para Ingenieros, el vínculo queda firmemente expresado en la siguiente cita: «Cuando repito que Ramos Mejía fué mi maestro, quiero expresar que él, en hora oportuna, me asentó en el camino en que hasta ahora he continuado» (Ingenieros 1915b, pág. 279).

17.5 A modo de cierre capitular

De aquellas consideraciones vinculadas a la relación entre José María Ramos Mejía y José Ingenieros, se han explorado algunas dimensiones respecto de la construcción de la trayectoria que el segundo ha fundado del primero, cuya centralidad radica en la perdurabilidad en el tiempo de la construcción científica de su maestro, que el discípulo ha logrado establecer hasta el presente.

En estas líneas fue posible poner en tensión algunas continuidades y rupturas como pistas de abordaje del objeto de estudio, que no es otro que la instauración discursiva de Ingenieros de la biografía eminentemente científica-sociológica y la trascendencia de su tesis.

No se ha pretendido negar tanto la formación de Ramos Mejía y su recepción en el ámbito de la salud, sino que desde el mismo desarrollo de Ingenieros pueden desprenderse las tramas políticas de quienes forman parte de la elite dirigente a la que su maestro, según el más reconocido de sus discípulos, pertenece.

Desde esta perspectiva crítica se cuestiona o se propone tensionar tanto los alcances explicativos como los límites esclarecedores de la caracterización de intelectual, que el mismo Ramos Mejía no se adjudicaba en su tiempo.

Por otra parte, y en esta vinculación, entre recepción y legado, entre Ramos Mejía e Ingenieros, se abre un interrogante que surge del repaso de las obras de ambos y las características comunes que tienen algunas publicaciones como *Los simuladores de talento* (1904) de Ramos Mejía y *El hombre mediocre* (1913) de Ingenieros, pero esto es materia de una nueva indagación que se abre.

Referencias bibliográficas

CLEMENTI, HEBE

1985 «José María Ramos Mejía», en *El movimiento positivista argentino*, comp. por Hugo Biagini, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 386.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ Y MARÍA CARLA GALFIONE

2021 *La* Revista de Filosofía, Ciencia, Cultura y Educación. *Índices y aproximaciones a un proyecto editorial*, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 388.

GUIC, LAURA

2015 «Gobernar al Otro: Ramos Mejía y la multitud», en *La cuestión del otro en la filosofía, la política, la sociedad y la cultura*, Buenos Aires, referencia citada en páginas 388, 401, 402.

2021 «José María Ramos Mejía y Las multitudes argentinas, la construcción del patriotismo finisecular», en *Temas de historia argentina y americana*, vol. 1, n.º 29, referencia citada en páginas 385, 386, 392, 398, 400.

INGENIEROS, JOSÉ

1915a «La obra de Ramos Mejía», en *Ramos Mejía, José María (1915) Las Neurosis de los hombres célebres en la Historia Argentina*, Buenos Aires: La cultura argentina, referencia citada en página 389.

1915b «La obra intelectual de José María Ramos Mejía», en *El Monitor de la Educación Común*, vol. 53, referencia citada en páginas 386, 389-391, 393-395, 397-400, 402, 403.

1961 *Antología. Su pensamiento en sus mejores páginas*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 401.

RAMOS MEJÍA, JOSÉ MARÍA

1915 *Las Neurosis de los hombres célebres en la Historia Argentina*, Buenos Aires: La cultura argentina, referencia citada en página 399.

1956 *A martillo limpio, estampas y siluetas repujadas*, Buenos Aires: La Cultura Argentina, referencia citada en páginas 386, 392.

SÁNCHEZ, NORMA

2013 «La SCA, 140 años de historia (Salvaguarda de cinco valiosos congresos)», en *Médicos y medicina en la Historia. Órgano del Instituto de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina*, vol. X, n.º 32, referencia citada en páginas 395, 396.

TERÁN, OSCAR

1986 *José Ingenieros: Pensar la Nación. Antologías de textos*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en página 400.

1987 *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires: Puntosur editores, referencia citada en página 400.

2008 *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 400.

CAPÍTULO 18

José Ingenieros y Ricardo Rojas en el debate educativo

ALEJANDRO HERRERO[*]

18.1 Introducción

Estudios, de distintos enfoques, señalan la emergencia del nacionalismo en Argentina a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Un enfoque y una cuestión han escapado a todos ellos: la recepción del nacionalismo de Rojas y de Ingenieros en el sistema de instrucción pública. Mi objetivo consiste en explorar cómo fueron invocados y apropiados sus escritos en publicaciones del campo educativo y por funcionarios de las áreas de educación. Estudio la etapa denominada del centenario, y los años seleccionados serán 1909-1910.

Rojas e Ingenieros son invocados y usados por diferentes funcionarios de las áreas de educación nacional y de provincias para legitimar políticas educaciones diferentes y hasta enfrentadas. Mi hipótesis de trabajo sostiene que existen nacionalismos escolares, y no un solo nacionalismo escolar en las discusiones y definiciones de políticas educativas.

18.2 Problema

Las intervenciones de Rojas e Ingenieros en el campo educativo se insertan en un contexto y un problema preciso.

* Universidad Nacional de Lanús, Universidad del Salvador, CONICET.

En el período que va desde 1890 al Centenario de la Revolución de Mayo, 1910, se registra en diversas fuentes que los gobiernos nacionales y provinciales plantean un problema e intentan dar una respuesta. Existe una población masiva de inmigrantes (sobre todo en Capital Federal, Buenos Aires y el Litoral), que han constituido sus propias instituciones (asociaciones de ayuda mutua, hospitales, escuelas, publicaciones periódicas), celebran sus festividades patrias con enorme eficacia en los espacios públicos, y, en la mayoría de los casos, no se nacionalizan, sino que viven como en sus países de origen. Eso no es todo: sus hijos nacidos en tierra argentina son educados con la cultura y tradición patriótica de sus padres extranjeros.

Todo sucede en un contexto donde se impone en las principales naciones europeas una política imperialista (y África, es solo una de las víctimas más visibles). Italia sigue puntualmente esta política, y en su parlamento se ha discutido en distintos momentos la posibilidad de que Argentina, donde existe una inmigración masiva de italianos (por lejos, la comunidad extranjera más numerosa del país), se convierta en su colonia. El mismo parlamento italiano vota enviar, y de hecho se envían, partidas de dinero para la comunidad italiana en Argentina con el objeto de fortalecer sus instituciones.

Otra cuestión, también muy bien documentada, es que existía una apatía política por parte de los criollos, una apatía con relación a la participación en la cosa pública, y en las celebraciones patrias. Hecho que contrastaba con las celebraciones patrióticas de las comunidades extranjeras (Bertoni 2007). Unido a esto, durante las dos últimas décadas del siglo XIX se vive como si fuera inminente un conflicto armado con Chile. Existieron varios momentos donde la posibilidad de la guerra era irremediable. Se conocía muy bien que el gobierno chileno estaba comprando armas y había impuesto el servicio militar obligatorio.

Estos hechos, dichos muy rápidamente aunque también existían otros, alarman a los dirigentes argentinos que tienen posiciones de gobiernos.

Se imaginaban una posibilidad: que los hijos de inmigrantes nacidos en el país pero formados en la cultura de sus padres podrían acceder a posiciones de gobierno con la idea de transformar la nación en una colonia. Este imaginario produce un consenso en la dirigencia política en torno a este problema, y se plantea una solución, que consistía en formar argentinos.

18.3 Víctor Mercante, respuesta nacionalista, *Museos escolares*

Desde el sistema de instrucción pública se pueden registrar distintas intervenciones que plantean una respuesta nacionalista. Por ejemplo, Víctor Mercante, egresado de la Escuela Normal de Paraná y director de la Escuela Normal de San Juan en 1890, edita un libro, *Museos escolares argentinos y la escuela moderna (educación práctica)* en Buenos Aires, 1893, donde plantea este problema y da cuenta de la respuesta que se está llevando a cabo desde sede escolar

Primero Mercante expone la gran dificultad: «Nuestra República, esencialmente, cosmopolita, compuesta de elementos heterogéneos, necesita formar un espíritu nacional homogéneo que lo caracterice, necesita constituir su unidad» (Mercante 1893, pág. 13). Desde las nociones básicas del liberalismo (defensa del gobierno mínimo, oponerse que ni el Estado ni la sociedad avasallen el espacio de libertad de los individuos) de ninguna manera se puede considerar al cosmopolitismo como un problema. Si Mercante (y una gran mayoría de la dirigencia política) lo señala como la causa de la disolución de la república y de la sociedad argentina, y, a su vez, sostiene, como solución, «la necesidad de formar un espíritu nacional homogéneo», y «constituir una unidad», de hecho lesiona, de modo nítido, nociones básicas liberales. Primera consideración: se indica un problema y se ofrece una respuesta desde un archivo antiliberal y nacionalista.

Este señalamiento conformó un consenso en la dirigencia política. No se trata solo de la mirada de Mercante, sino de la propia clase gobernante, por eso se dictaron leyes para dar una respuesta en sede escolar. Lo que está afirmando Mercante, entonces, es más grave: sostiene que «Los gobiernos han tomado empeñosamente sobre sí esta tarea; decretos y leyes a cada momento», sin solucionar el problema, «esas leyes no han conseguido argentinizar las colonias rusas de Entre Ríos, por ejemplo, cuyos hijos por más que hayan nacido en territorio argentino, no son argentinos» (Mercante 1893, págs. 13-14). En su argumento se encadena un problema con otro: Primero, el cosmopolitismo, segundo, se dictaron leyes y decretos que le dieron todo el poder a las escuelas para «uniformar a las masas exóticas», sin lograr el objetivo, y de este modo arriba Mercante a la gran cuestión que quiere tratar: los gobiernos, sus planes, y los docentes en las aulas, confunden «uniformar» con «nacio-

nalizar».[1] Segunda consideración: para Mercante no se trata de uniformar sino de nacionalizar, y sintetiza el drama argentino con dos palabras: «nacionalismo versus cosmopolitismo» (Mercante 1893, pág. 34).

Ofrece un ejemplo concreto, para dar cuenta del problema y la solución en los museos escolares.

En sede escolar y particularmente en los museos escolares, cosmopolitismo se asocia con lo europeo. Mercante señala que «las colecciones mineralógicas, de productos agrícolas, las cajas enciclopédicas (por otra parte muy deficientes) cuando no vienen de Francia son de Alemania». Subraya esto, para hacerse una pregunta: «¿somos franceses o argentinos? ¿A que Francia no muestra a sus niños ni un grano de trigo argentino?» (Mercante 1893, pág. 15). Afirma que «No es extraño que conozcamos antes los bosques que tiene Francia que las inmensas selvas argentinas, emporio de riquezas inagotables; que sepan el uso del pino y el haya e ignoren el empleo del quebracho y el algarrobo» (Mercante 1893, pág. 16). Oficialmente, dice Mercante, los Museos Escolares se componen «de maderas del Canadá o de los Alpes; hierros del Harz; pírita, del Elba, carbón de Inglaterra; caliza de América; mármol de Carrara, y todo aquello que los franceses han tenido a bien mandarnos» (Mercante 1893, págs. 16-17). Todo esto, nos narra Mercante, se complementa con los textos y libros que se compran en las escuelas secundarias siempre con los mismos orígenes: «son cabalmente franceses entreverados con ingleses, alemanes e italianos. De aquí que tengamos tendencias francesas muy marcadas, de que conozcamos más a Francia que a la República Argentina» (Mercante 1893, pág. 17).

Este modo de pensar y de negar lo nacional lo registra de manera extendida en los docentes y, por lo tanto, en el dictado de las clases, en los planes de estudios que imponen los gobiernos provinciales y de la nación según sea la zona de la sede escolar, y también en el espacio más amplio de la cultura en los escritos y disertaciones de escritores y científicos. Mercante escribe: «A nuestros escritores, tanto de largo como de corto alcance, les repugna de autores,

[1] Mercante afirma: «no basta aplicar un plan completo y uniforme de educación si este plan no es nacional, si los medios de educar son de casa ajena. Sucede lo que con los artículos de consumo: los poseemos en abundancia y somos mendigos del extranjero» (Mercante 1893, pág. 14).

no solo argentinos sino americanos, considerándolos siempre de menor cuantía aunque lleven el bautizo de sabios en el mundo europeo» (Mercante 1893, pág. 287). Este modo de pensar lo nacional y lo extranjero, Mercante lo califica en términos médicos: «¿Se quiere un hecho en prueba de esta enfermedad que nos domina?». Formula esta pregunta para contestar: «Hay un sabio argentino, honor y gloria de la República, cuyo nombre es respetado por los naturalistas europeos y que la paleontología americana a él más que a otro le es deudora de inmensos servicios que la ciencia ha aprovechado para su progreso» (Mercante 1893, pág. 288). Invoca el caso de Ameghino para evidenciar que la negación a lo nacional por lo europeo se evidencia tanto en los gobiernos argentinos como en la propia cultura científica nacional: «Y bien, se encuentra hoy inicuamente abandonado por el gobierno y algunos hombres que abusando de su posición, le han atacado, haciendo alarde de un egoísmo jamás perdonable en espíritus elevados» (Mercante 1893, págs. 288-289). Pero eso no es todo, el mismo ejemplo lo constata en sede escolar: «El Gobierno ha provisto a las bibliotecas de las escuelas normales y colegios nacionales con las obras de Cuvier, de Buffon, Figuier en lengua francesa y encuentran obstáculos para remitir un ejemplar de las obras de Ameghino» (Mercante 1893, págs. 16-17).

Planteado el problema, Mercante invoca una respuesta concreta que la registra en la Escuela Normal de Paraná. «El profesor Scalabrini, eminente naturalista, ha iniciado su trabajo a fines del noventa, con el título de Museo Escolar Argentino con el fin de que la actual enseñanza de la Historia Natural, evolucione en el sentido de hacerse nacional en cuanto sea posible» (Mercante 1893, pág. 167). Su primer logro, escribe Mercante, fue «formar» una caja que contiene una colección de cincuenta fósiles argentinos, y proyecta formar, a modo de continuidad, otras «colecciones de mineralogía, botánica, zoología, compuestas de los productos más útiles e importantes de la República Argentina».[2] El modo de en-

[2] Mercante sintetiza de esta manera el museo escolar de Scalabrini: «Transformar la enseñanza de la Historia Natural generalmente abstracta y cosmopolita en concreta y nacional, perfeccionar el espíritu de observación por el examen de los objetos y de meditación por la resolución de los problemas; estimular el espíritu de exploración del territorio patrio, al fin de descubrir nuevas riquezas naturales, aplicar el trabajo manual a la restauración, dibujo y molde de los objetos interesantes o raros, vivificante

señanza, afirma Mercante, sería el siguiente: «cada objeto, sirve de tema a una lección respondiendo toda al plan de una obra y programa completo de Historia Natural» y «estas lecciones deben darse en tres clases cada una» (Mercante 1893, pág. 17). A sus ojos, esta experiencia de Scalabrini significa «una obra de trascendencia pedagógica y nacional en cuanto atañe a la educación; conoceremos de esta manera a nuestra patria; la enseñanza se hará de mayor interés y utilidad. Esas cajas deben de reemplazar a las extranjeras» (Mercante 1893).

¿Qué está haciendo Mercante en esta intervención con su libro *Museos escolares* en 1893? En principio clasifica y ubica a los actores. Unos, dominados por un pensamiento antinacional («esta enfermedad que nos domina»), señalan al cosmopolitismo como un problema y su cabeza pro europea (enferma) no les permite acertar con la respuesta: uniforman no argentinizan. Otros, un reducido número de actores nacionales, luchan contra esta mentalidad dominante («enfermedad que nos domina») que abarca desde los gobernantes, legisladores, docentes en las aulas, hasta escritores y científicos.

Si los actores nacionales tienen nombre y apellido, en el espacio de la ciencia Ameghino, en las Escuelas Normales, Pedro Scalabrini con sus *Museos escolares argentinos*, es porque son invocados en la dedicatoria del libro, y, además, forman parte de su grupo de pertenencia (Mercante se presenta como normalista y científico, a la vez). Hablar de ellos significa hablar de sí mismo y de su grupo, precisamente la gran respuesta está en marcha con los museos escolares de Scalabrini, efectivamente nacionales, que el mismo Mercante está implantando como director en la Escuela Normal de San Juan en la década de 1890.

18.4 Las respuestas nacionalistas en la primera década del siglo XX

El ministro de Instrucción Pública, Osvaldo Magnasco,[3] durante el segundo mandato de Julio Argentino Roca, le solicita un

el naciente interés artístico, científico e industrial de los jóvenes, son entre todos los objetivos a que responde este Museo Escolar, para las escuelas de la República» (Mercante 1893, pág. 294).

[3] Sobre Osvaldo Magnasco véase Herrero y Fernández (2022) y Muzzopappa (2015).

informe a Carlos Octavio Bunge sobre el sistema de instrucción pública europeo. Su informe deriva en un libro: *El espíritu de la educación*, Taller tipográfico La Penitenciaría Nacional, 1901. La obra tiene una enorme repercusión y se editan variadas ediciones: en 1907, se realiza la cuarta edición.[4] Bunge manifiesta que el nacionalismo escolar alemán es un buen ejemplo para tener en cuenta. Señala de qué modo se ejecuta en las escuelas: «El nacionalismo de la educación alemana se cultiva: por el largo estudio del idioma nacional. Por continuos cantos patrióticos. Por el estudio de la historia nacional, por las asociaciones particulares que se constituyen siempre con fines subsidiariamente patrióticos, y, en fin, porque en la instrucción en general no se desperdicia coyuntura de traer a colación los sentimientos cívicos» (Bunge 1907, pág. 191). Para luego agregar a renglón seguido, la diferencia entre el nacionalismo, el patriotismo y su opuesto el patrioterismo: «Es de notarse que ese patriotismo raramente se manifiesta como churrigueresco patrioterismo, se halla, más que en protestas y gritos, en las altas esferas de la ciencia y del arte nacional, así como en la crítica literaria y científica» (Bunge 1907). Hasta aquí parece clara la diferencia, pero a renglón seguido dirá expresamente que no importa si lo que se dice es verdad o falso, porque lo relevante será otra cuestión. Afirma: «Más que una ostentación forzada de victorias materiales, es una ingenua, diaria, y profunda revelación de una ambicionada superioridad moral e intelectual, que, falsa o verdadera, levanta el ánimo del pueblo»; para agregar más adelante, a qué da respuesta esta enseñanza: «hay en la psicología alemana, aparte del sentimiento cristiano, un freno para esos posibles excesos: el nacionalismo. El interés de la patria, la religión del pueblo, la moderna moral positiva: he ahí los diques al panteísmo, al politeísmo germánico. El torrente se encauza y no destruye las instituciones: el culto del carácter propio, de la nación madre, lo dirige. Más ese torrente de ideas, aún dirigido, será siempre torrente: y no se estancará como las aguas del pantano, para pudridero de rancias ideas y fanatismo anacrónicos» (Bunge 1907, págs. 191-193). El nacionalismo cumple varias funciones, y una de ellas es que forma patriotas que deben defender las instituciones y a sus gobernantes. Esto es algo fundamental porque los que escriben, sea Mercante o Bunge,

[4] En 1920, se publica la sexta edición ampliada. Hecho que revela la dilatada difusión de este libro en el campo cultural y educativo.

lo hacen como funcionarios, y su nacionalismo escolar tiene por objetivo formar patriotas para defender entre otras cuestiones a los gobiernos constituidos, es decir, a ellos mismos.[5]

Ahora bien, desde distintas áreas de gobierno se producen respuestas nacionalistas en los primeros años del siglo XX. La ley del servicio militar a comienzos del siglo XX fue una respuesta; la decisión de enseñar el uso de las armas a los estudiantes en los distintos niveles educativos fue otra, y en 1908, desde el Consejo Nacional de Educación (en adelante: CNE), presidido por José María Ramos Mejía, se diseña y se ejecuta un programa de educación patriótica (Guic 2019).[6]

Precisamente, en este momento, el Ministerio de Instrucción Pública convoca a un escritor y funcionario de esta área, Ricardo Rojas, para que investigue en distintas naciones europeas la enseñanza de la historia. Los resultados de dicha exploración fue-

[5] González, a fines de la década de 1880, da un ejemplo parecido: «La Suiza ha fundado su tradición patriótica sobre un mito, sobre un sueño, pero mil veces feliz un pueblo que logra realizar la unidad admirable de su constitución social, la fórmula más perfecta de la constitución política, siquiera sea sobre un mito y sobre un sueño. Y ¿qué importa que la fantasía sea la fuente de su gran epopeya, si sobre ella levanta el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo?». De manera expresa, González invoca el uso hecho por la dirigencia política en Suiza con Guillermo Tell que nunca existió, porque lo que importa es su eficacia; los suizos con su leyenda han levantado «el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo» (González 1888, pág. 149). No es casualidad que Carlos O. Bunge plantea la necesidad y la urgencia de hacer libros patrióticos, y señala, al mismo tiempo, que uno de los grandes problemas es que no existen muchos escritos que hablen de las tradiciones o leyendas nacionales, con algunas honrosas excepciones, y entre ellas invoca *La Tradición Nacional* y *Mis Montañas* de González. Carlos O. Bunge, «La educación patriótica ante la sociología», *El monitor de la Educación común.* Año XXVIII, n.° 428, 31 de agosto 1908, págs. 69-76; y «Teoría de un libro de lectura escolar», *El Monitor de la Educación Común.* Año XXIX, n.° 456. Buenos Aires, 31 de diciembre 1910, págs. 573-583; «La enseñanza de la tradición y la leyenda», *El Monitor de la Educación Común.* Año XXIX, n.° 458. Buenos Aires, 28 de febrero 1911, págs. 265-279.

[6] Tesis editada en Guic (2021, 2022).

ron reproducidos primero en un informe, y luego editado por ese Ministerio como libro:[7] Rojas (1909b).[8]

¿Por qué resulta necesario traer aquí el problema y estas respuestas precisas desde el CNE (con su presidente Ramos Mejía) y desde el Ministerio de Instrucción Pública (con Rojas)? Porque es en este contexto preciso que la publicación oficial de la Dirección de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, *La educación*, difunde en 1910 largos pasajes del libro *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo* de José Ingenieros. Dicha revista selecciona aquellos donde Ingenieros propone un nacionalismo imperialista argentino y, al mismo tiempo, valora y adhiere al programa de educación patriótica de Ramos Mejía y al libro *La restauración nacionalista* de su amigo Rojas.[9]

Los interrogantes que emergieron en mi mesa de trabajo fueron varios: ¿esta concepción que liga positivamente nacionalismo e imperialismo era solo de Ingenieros o representaba un debate que se estaba produciendo en este momento del Centenario?; ¿con

[7] «Un decreto del Señor Presidente de la República, comisionándome el año anterior para estudiar en Europa el régimen de los estudios históricos, problema relacionado con los más vitales intereses de nuestra nacionalidad. El entonces ministro don Federico Pinedo me comunicará en París el honroso encargo, en términos tan lisonjeros para mi persona, que si fuese inmodestia el rememorarlo, fuera descortesía no agradecerlos en esta oportunidad. Al regresar después a mi país tuve la suerte que el doctor Naón, ministro de Instrucción Pública, me ratificase, con criterio encomiable, la libertad necesaria para un trabajo de este género y ordenase más tarde su edición» (Rojas 1909b, pág. 9).

[8] Esta obra de Rojas ha sido estudiada en su estructura interna o en su relación con la historia del nacionalismo, pero más allá de algunas referencias de historiadores de la educación, prácticamente no ha sido investigada en su espacio de nacimiento: el sistema educativo, en las revistas oficiales de educación y sus espacios de gobierno donde se discuten y definen las políticas a implementar. Una sola vez se menciona esta obra de Ricardo Rojas, en el valioso estudio de Escudé sobre la educación patriótica (Escudé 1990, pág. 37). Es muy relevante el estudio de Darío Pulfer. En su presentación a una edición de este libro de Rojas, enumera la enorme cantidad de estudios sobre la misma. Véase Rojas (1909b, págs. 13-43). Es muy relevante, desde una mirada de toda su trayectoria, el estudio de Ferrás (2017), y las siguientes investigaciones en etapas puntuales: Funes (2006), Muzzopappa (2022b) y Ramaglia (1998).

[9] En el archivo museo Ricardo Rojas se registran varias cartas de Ingenieros y Rojas donde manifiesta su amistad; además, se pueden leer el intercambio epistolar de Ingenieros con José María Ramos Mejía.

quién o con quiénes estaba discutiendo o adhiriendo la revista de Buenos Aires cuando difundía estas páginas del libro de José Ingenieros?

Así comienza esta investigación, en el espacio mismo de la recepción de *La restauración nacionalista* de Rojas y de la lectura positiva que hace el mismo Ingenieros de su amigo y de este libro puntualmente, en esos pasajes que se registran en la publicación oficial de la provincia de Buenos Aires.

18.5 Apropiaciones y usos de *La Restauración Nacionalista* de Rojas

Una primera recepción oficial del libro *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas se visualiza, precisamente, en *El Monitor de la Educación Común*, la revista del CNE (Rojas 1909a, págs. 777-782).

Sí parece indicar que se trata de un educador en funciones de gobierno. Al leer los primeros pasajes, hace ver que la obra que reseña es un escrito aprobado por las áreas de educación del Estado argentino, y los elogios son tan contundentes que evidencian claramente a sus lectores que se trata de la voz del Estado, es decir, que sigue las líneas del programa de educación patriótica que estaba llevando a cabo el CNE, presidido por José María Ramos Mejía.

Se puede leer lo siguiente:

> «El año pasado don Ricardo Rojas fue comisionado por nuestro gobierno para estudiar el método y organización de los conocimientos históricos en la enseñanza europea. Aunque las excelentes dotes de intelectual y de laborioso del enviado hacían esperar de él algo más que uno de los habituales informes adocenados que a diario reciben los ministerios, no presentimos entonces el magnífico fruto de pensamiento y de ideal que evidencia este libro generoso, incorporado desde ahora a las obras fundamentales de nuestras letras» (Rojas 1909a, pág. 777)

Es la voz del Estado, y esa voz es la de «un hombre de letras» que puede captar:

> «la secreta angustia latente en lo íntimo de todo argentino ante el espectáculo de una patria sin patria, de una nacionalidad que se desnaturaliza día a día bajo el cúmulo de las influencias cosmopolitas, que abdica cada vez la nitidez de su perfil propio desvaneciéndolo en la orgía de los intereses materiales, en el olvido de su historia, en la despreocupación de su pasado, en el abandono

> del tesoro espiritual, de la intrahistoria fuerza divina que perpetúa a un pueblo al través del tiempo. Así, la teoría de este libro es la de asentar la conciencia nacional en la conciencia de la historia. Esta es la obra que se debe esperar de las escuelas, apartadas de ella durante cincuenta años, por no haber adoptado el programa, el texto, y el material didáctico de la historia a las necesidades argentinas» (Rojas 1909a, pág. 777).

No se trata de cualquier escritor, sino de un escritor que cumple una función nacional, y da respuesta al problema que plantean los gobiernos existentes y el programa de educación patriótica. Esta idea se inscribe y se justifica en una lectura de la evolución histórica. Se señala que a lo largo de la historia Argentina los hombres representativos de cada etapa fueron, durante el proceso de la independencia los militares, posteriormente en los años de la organización nacional los legisladores, y en el presente los hombres de letras. Y dicho esto, se afirma en la reseña, que el legislador

> «aunque debe ser hoy relegado a segundo término por causas naturales, sigue gozando de un prestigio principal; y por fin, en el presente que otorga monarquía exclusiva a los hombres de letras, como trabajadores del idioma, y por consiguiente de una de las formas de la conciencia nacional» (Rojas 1909a, págs. 777-778).

En esta lectura de Rojas y del que escribe la reseña no aparecen los trabajadores, los productores de riqueza: la nación se construyó con militares, legisladores y con hombres de letras.

Es más, hace ver que los legisladores son parte del pasado y le están sacando el lugar que deben tener los hombres de letras, los únicos preparados para dar respuesta al problema nacional:

> «Como se concibe la civilización de un pueblo sin territorio, cuya influencia es tan grande que determina caracteres étnicos, hasta hacer que los hijos de extranjeros con el solo hecho de haber nacido y residir aquí se diferencien de sus padres en espíritu y en rasgos físicos, uno de los primeros objetos de la enseñanza nacional es el cultivo de la geografía sobre todo por la llamada *emoción del paisaje* (...)».[10]

[10] «Al final de este capítulo el autor evidencia enérgicamente su oposición a los actuales sistemas pedagógicos, cuyo resultado es el de que egresen de las escuelas argentinas sin conciencia de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos y sin amor por la obra de sus escritores» (Rojas 1909a, pág. 778).

Ahora bien: ¿Quién puede hacer esto? Ni los militares ni los legisladores, se nos dice, solo los escritores pueden transformar el suelo, la tierra, en «emoción del paisaje» y conmover a los argentinos y a todos los habitantes que viven en el país.[11]

Para Rojas, se subraya en la reseña, «la crisis moral de la sociedad argentina solo podrá remediarse por la educación» (Rojas 1909a, pág. 778).

Y ahora sí, finalmente, se indica el planteo educacional de Rojas:

> «Las bases de la doctrina pedagógica que el señor Rojas propone en servicio de su ideal, pueden ser concretadas: 1ª. La lucha contra el analfabetismo no realiza por sí sola el propósito de la enseñanza primaria que es más vasto dado que le está encomendada la formación del ciudadano. 2ª. La enseñanza normal forma un solo cuerpo de enseñanza didáctica y política con la escuela primaria. 3ª. La educación cívica revestirá tanta importancia como la instrucción técnica. 4ª. Las escuelas de bellas artes deben cultivar la formación de una conciencia estética nacional. 5ª. La enseñanza militar deberá razonar el patriotismo de que está inspirada. 6ª. La enseñanza particular debe ser reglamentada en absoluta sujeción al Estado y en servicio de la nacionalidad. 7ª. La enseñanza universitaria debe preferir en sus estudios sociales a los fenómenos argentinos. El autor hace constar que las innovaciones que preconiza pueden ser introducidas sin trastornos en el orden actual de los estudios» (Rojas 1909a).

Se advierten, a lo largo de la reseña, varias cuestiones. En primer lugar, es una lectura elogiosa, no se indica ninguna crítica. Segundo: se subraya que este libro de Rojas da respuesta, precisamente al programa de educación patriótica, que desde el CNE, presidido por Ramos Mejía, se está llevando a cabo. Tercero: se plantea que no solo Rojas acierta en el diagnóstico sino también en la respuesta. Cuarto: Rojas nombra los actores y las vías para resolver este problema: son los escritores nacionales y los docentes en las escuelas, porque la crisis es moral y la respuesta se debe dar en el plano de las letras y de las sedes escolares. Se establece una necesaria relación entre escritor y nación, por lo tanto, el escritor

[11] «Al final de este capítulo el autor evidencia enérgicamente su oposición a los actuales sistemas pedagógicos, cuyo resultado es el de que egresen de las escuelas argentinos sin conciencia de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos y sin amor por la obra de sus escritores» (Rojas 1909a, pág. 778).

es, necesariamente, escritor nacional, y también se establece una relación entre escritor y escuelas, porque solo los escritores transmiten la emoción del paisaje para formar argentinos.[12] Quinta indicación: Todo sucede en espacios del Estado, Rojas es editado por el Ministerio de Instrucción Pública de la Nación, y es aceptado y tomado como uno de sus suyos por otro poder nacional, el CNE.

Sin embargo, Leopoldo Lugones, que también escribe desde el CNE, parece discutir esta lectura.

18.6 Leopoldo Lugones y la educación patriótica

Resulta relevante recordar que Leopoldo Lugones participó en el Ministerio de Instrucción Pública y luego en el CNE, como inspector de escuelas, y en sus diversas intervenciones rechazó las nociones: «nacionalista» y «nacionalismo».

Desde el año 1908 se editan en *El Monitor de la Educación Común*, los capítulos de su obra denominada *Didáctica*;[13] y en el año del Centenario de la Revolución el autor lo publica en soporte libro.[14]

---

[12] En la década de 1930 se invoca a Rojas y su restauración nacionalista para pensar y reflexionar sobre cómo debe dictar la historia en las escuelas. Pisano (1932). Usa a Rojas, a Bunge y a otros. Véase año 52. n.° 718, págs. 74-87. 1932; año 52, n.° 720, págs. 51-62, 1932; año 52, n.° 722, págs. 38-52, 1933; año 52, n.° 725, págs. 44-58, 1933; año 52, n.° 726-727, págs. 47-59, 1933; y Pisano (1942).

[13] «*El Monitor* comienza a publicar hoy algunos capítulos de un libro de Leopoldo Lugones, titulado, *Didáctica*. En esta obra estudia el autor todo lo que a la enseñanza concierne, y ya se verá la forma sabia como encara los más graves problemas de la educación. // *El Monitor*, que constituye la cátedra más genuina del magisterio, acoge la palabra del robusto intelectual y sean cuales fueran sus ideas, ya que Lugones es tan opulento en estas como pródiga en teorías, creemos que nuestras páginas deben difundirlas. // El magisterio conoce a Lugones. Inspector de Instrucción pública en circunstancias distintas, pudo apreciarse su conocimiento en la materia, y sus propósitos removieron más de una vez el ambiente reducido de profesores, maestros y alumnos para convertirse en el tema exclusivo de todos los comentarios.// Así, pues, creemos sinceramente que esta publicación constituye para nosotros una conquista. // Empezamos por el segundo capítulo porque éste se refiere a un punto de actualidad. *Edificación escolar*.// En el número próximo publicaremos la introducción y el primer capítulo y seguiremos dando sucesivamente uno por mes». «Notas de la redacción. Un libro de Leopoldo Lugones». *El Monitor de la Educación Común*, año 28, n.° 430. 1908, págs. 540-541.

[14] *Didáctica*. Buenos Aires, Imprenta Otero & Cía, impresores, 1910.

Lugones escribe en su advertencia: «Este libro, junto con *Piedras Liminares*, *Odas seculares*, y *Prometeo*, forma parte de mi homenaje a la patria».[15]

La palabra que usa es patria, y se puede leer una «introducción» donde apunta de modo directo a su rechazo al uso de los conceptos de «nacionalismo» y «nacionalista».

Se impone hacer un breve rodeo antes de volver a Lugones para entender por qué se opone al nacionalismo ligado, a sus ojos, al «imperialismo», el «militarismo» y la «irracionalidad».

La reseña de 1909 y la intervención de Lugones con su libro en 1910, se produce en un contexto preciso que el propio Rojas hace ver en *Restauración nacionalista* de 1909.

Rojas escribe: «Esta concepción moderna de patriotismo, que tiene por base territorial y política la nación, es lo que llamo *nacionalismo*» (Rojas 1909b, pág. 63). Dicho esto, señala en nota al pie:

> «Sintomática de que pensamos con ideas hechas, y hechas en el extranjero, es la circunstancia de que, en general, la palabra *nacionalismo*, lanzada en Buenos Aires, no haya sugerido sino imágenes de nacionalismo francés. Alguien creo, a propósito de ellas, el verbo, *paulderouleando*, y otros asociaron el nombre de Maurice Barrés a del escritor argentino que venía a agitar estas ideas. A esos, no se les ocurrió reflexionar que el nacionalismo en Francia es católico y monárquico por tradición francesa, y guerrero por odio a Alemania. En Argentina por tradición laico y democrático, ha de ser pacifista por solidaridad americana» (Rojas 1909b).

Con Rojas nos enteramos que existía toda una discusión en los espacios culturales de Buenos Aires en torno al uso del concepto nacionalismo porque se lo consideraba una amenaza y un peligro que violenta la tradición laica y democrática de la nación.[16]

---

[15] Lugones (1910, pág. III). Es muy recomendable la biografía: Conil Paz (1985). Y en relación con el pensamiento de Lugones, véase el estudio de Muzzopappa (2022a).

[16] Hay que destacar que existieron otros libros sobre el nacionalismo que fueron reseñados en la misma publicación con valoraciones dispares. Raúl Orgaz escribe una reseña criticando el «nacionalismo progresivo» de Rivarola: «El advenimiento de la sana gratitud. A propósito del nacionalismo histórico». *El Monitor de la Educación Común*, año 30, n.º 467, págs. 224-227, 1911. Y Carlos Octavio Bunge repasa el voluminoso libro de Quesada, donde expone el nacionalismo en la enseñanza de la historia en Alemania:

Con este pasaje cobra otra dimensión la lectura positiva de la reseña de *El Monitor de la Educación Común*: la posición de adherir al informe libro de Rojas va más allá de una lectura más sobre la cuestión patriótica, sino que se inscribe en un debate en torno a un concepto, el nacionalismo, resistido en Buenos Aires.

En el mismo momento que Lugones critica el uso del vocablo nacionalismo porque, a sus ojos, se liga al imperialismo, José Ingenieros elogia a su amigo Rojas precisamente por promover el nacionalismo argentino en su etapa imperialista.

18.7 José Ingenieros y la revista *La educación*

En 1910, el por entonces ya prestigioso José Ingenieros publica *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo*, donde invoca a sus amigos, el presidente del CNE, José María Ramos Mejía, que estaba implementando el programa de educación patriótica en las escuelas primarias, y a Ricardo Rojas y su *Restauración nacionalista*, como parte de una empresa asociada al nacionalismo y al imperialismo argentino.[17]

Precisamente el capítulo dedicado a esta cuestión, es editado en la publicación oficial del área de instrucción pública de la provincia de Buenos Aires: José Ingenieros, «Evolución de la sociología Argentina. El devenir del imperialismo argentino». *La Educación*, órgano de la Dirección de Escuela de la Provincia de Buenos Aires: José Ingenieros: El imperialismo argentino. *Revista de Educación*. Publicación Oficial de la Dirección de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, año LI, n.° 3, 4 y 5, mayo 1910.

La voz de Ingenieros, leído en esa revista es la voz del Estado de Buenos Aires. Leamos algunos pasajes para luego retornar a la respuesta de Lugones.

Ingenieros explica que en el sur de América solo Argentina posee las condiciones para constituirse como una nación moderna, y de este modo ha alcanzado la etapa más evolucionada de civilización.

«La enseñanza de la historia». *El Monitor de la Educación Común*, 1911, págs. 5-15.

[17] Sobre las ediciones de esta obra de Ingenieros, véase: Plotkin (2021, págs. 140-271); Di Vincenzo (2021). También se puede consultar: Di Di Vincenzo (2022).

Esta posición la colocaba en la obligación de tutelar al resto de las naciones para conducirlas a una etapa superior de evolución. Y si bien Ingenieros habla de un nacionalismo e imperialismo pacífico argentino no deja de hacer ver la acción de la fuerza y de los hechos:

> «A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pueblos fuertes se consideran los encargados de tutelar a los otros, extendiendo a ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra "derecho" a la fuerza del "hecho"; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justifica; se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho- se un individuo, una nación o una raza- debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta» (Ingenieros 1910a, pág. 348).

Y en otra parte afirma:

> «Desde ya, manteniéndonos en la órbita del problema general, podemos afirmar que en el proceso constitutivo del imperialismo contemporáneo pueden distinguirse tres fases: 1.- El crecimiento de la potencialidad económica correo parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; 2.- ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentran sus hombres representativos y orienta una política; 3.- la organización militarista sirve para proteger a todo el sistema» (Ingenieros 1910a, pág. 349).

Finalmente, su observación científica le permite sostener:

> «No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana: se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en un remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean Inglaterra que envejece, ni Alemania que vemos en plena virilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente, es probable que la Argentina y la Australia despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero» (Ingenieros 1910a, pág. 350).

Y a continuación invoca a Rojas y su *Restauración nacionalista* cumpliendo un papel en esta política imperialista, pero es relevante observar que este pasaje que van a leer no está en la revista sino en el libro, puesto que lo que se edita en esta publicación es fragmentado:

> «En la psicología colectiva de los argentinos ha podido observarse, en los últimos años, una intensificación del sentimiento nacionalista; es, por muchos conceptos, un preludio del sentimiento imperialista que despierta, alimentado por el vertiginoso incremento de la riqueza nacional. Son conocidas las tendencias que ha impreso a la educación su ilustre Director Ramos Mejía y las ideas difundidas acerca del nacionalismo por Ricardo Rojas (La Restauración Nacionalista)».[18]

La explicación de la superioridad se asienta en varias condiciones, una de ellas la raza blanca que domina en el litoral argentino que la coloca en una etapa superior al resto de las naciones de la América del Sud.[19] En este pasaje que vamos a leer se aprecia el componente racista de Ingenieros y es reproducido en la revista de la dirección de escuelas de la provincia de Buenos Aires. Es decir, en una publicación del Estado, en este caso Buenos Aires, se difunde sin ningún tipo crítica el racismo asociado a la nación, al nacionalismo y al imperialismo argentino. Ingenieros escribe:

> «La hegemonía Argentina en Sud América. Respecto de nuestro continente es notorio que dos naciones disputan a la Argentina la hegemonía continental: Chile y Brasil. Chile es un país intensamente militarizado, con ideales de dominación y de conquista, acicateado por necesidades territoriales primorosas, si la supremacía política dependiera de la voluntad colectiva de un pueblo, nadie en Sudamérica podría disputársela al chileno. Pero tan vigorosas energías de carácter contrastan con factores materiales que lo predestinan a no realizar su ensueño de hegemonía. Su territorio es pequeño, amurallado por los Andes y ahogado por el Océano, la población que allí pueda aumentarse vivirá siempre con horizontes económicos limitados y nadie se atreverá

[18] Este pasaje no está en la revista, puesto que se reproduce un capítulo fragmentado, lo cito del libro: Ingenieros (1910b, pág. 100).

[19] En sede educativa el racismo que invoca Ingenieros, primero que la población hay que estudiarla como razas, y segundo que la raza blanca caucásica científicamente se observa como el motor de la civilización en desmedro de otras, sobre todo la raza negra, se registra en distintos manuales desde fines del siglo XIX. Por ejemplo, Alfredo Cosson, en su libro sobre geografía explica la población en término de razas, y luego de describir despectivamente las razas negra y amarilla sostiene que la raza caucásica «es activa, emprendedora, ambiciosa, y forma las naciones colocadas al frente de la civilización». Alfredo Cosson, *Nociones de geografía física y política arreglada para uso de las escuelas y colegios de la República Argentina*, 1886, reeditado en 1888, Buenos Aires, Librería Rivadavia de G. Mendeski, 1888, pág. 29.

> afirmar que el país chileno está predestinado a ser el más próspero del continente (...) Su expansión territorial no es verosímil, hacia el norte provocaría conflictos internacionales que por ahora no le conviene suscitar.// El Brasil, en cambio, lleva a la Argentina dos grandes ventajas, muy respetables: la extensión territorial y la superioridad numérica de su población. Pero en el simple enunciado de sus ventajas está incluido el peor pronóstico para su porvenir. // El inmenso territorio es, en gran parte, tropical; el más mediocre de los sociólogos puede enseñar que la formación de las nacionalidades es incompatible con las condiciones climatéricas del ambiente tropical. La población blanca polariza sus grandes centros de cultura y de riqueza en las zonas templadas, tendiendo progresivamente a alejarse de las tórridas. El único Brasil que llena condiciones climatéricas mediocres es el austral, lindero con el Uruguay, región que vive y prospera en perpetua inminencia de desmembramiento. A esos factores geográficos agréguese la enorme masa de negros que forman el *substratum* de su población (...) si admitimos que la civilización superior corresponde a la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe ser descontada como elemento de progreso. Un país donde lo corriente es el negro o el mestizo, no puede aspirar a la hegemonía de otros países donde el negro es un objeto de curiosidad. Tal es el caso de Argentina, libre ya, o poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en territorios que de hecho son agenos al país (...)» (Ingenieros 1910a, págs. 350-352).

Posteriormente, concluye sintetizando su tesis sociológica:

> «Y ya puede plantearse el problema de la hegemonía imperialista en Sud América. 1.- La extensión. 2.- El clima. 3.- La riqueza natural. 4.- La raza. Chile carece de extensión y de fecundidad. A Brasil le falta el clima y la raza. La Argentina reúne las cuatro, indiscutiblemente. Territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca (...) Su extensión territorial, su fecundidad, su población blanca y su clima templado la predestinan al ejercicio de la función tutelar sobre los demás pueblos del continente» (Ingenieros 1910a, págs. 352-353).

Fue necesario reproducir todos estos pasajes del libro de Rojas y de Ingenieros para estar en mejores condiciones para entender por qué en la introducción de *Didáctica*, Lugones dedica varias páginas para explicar que las escuelas deben tener una enseñanza para la democracia, que su método debe ser siempre la observación

científica, y que Alberdi ya propuso, nos dice Lugones, que hay que formar individuos que se sepan autogobernar a sí mismos.[20]

La justicia y la libertad, la justicia y la razón, dice Lugones, son las bases de la civilización y la que debe imperar por encima de la patria.

Desde estos criterios Lugones lanza su crítica a las naciones «nacionalista» y «nacionalismo» cuando escribe:

> «Nuestro país sigue la corriente general de la civilización, aspirando en ella a un puesto elevado. Abandonaría esta dirección conveniente, si sacrificara los grandes principios que la determinan, a un menguado ensimismamiento. No fue esa la voluntad de sus fundadores ni de sus constituyentes. La justicia y la razón no tienen patria. Son bienes humanos; y las naciones que mejor los aseguran a todos los hombres, constituyen precisamente las grandes patrias. Patriotismo no quiere decir forzosamente nacionalismo. Patriota es el que busca para su país el máximum de libertad y de justicia. Nacionalista el que quiere el predominio de su país, aún a costa de la justicia y de la libertad. Esto no es más que militarismo con otro nombre. Cuando la patria obra fuera de la razón y de la justicia, sus hijos deben tener el derecho de oponerse a que lo haga, por todos los medios lícitos del ciudadano. Porque la justicia y la razón están por encima de la patria, y esta no puede subsistir sin ellos. Lo contrario nos llevaría a la omnisciencia y omnipotencia del gobierno que representa constitucionalmente la patria. Sería el único resultado práctico de esta idolatría perniciosa. El patriotismo irracional nos volvería a las consecuencias

[20] «Alberdi ha definido la libertad diciendo que es la obediencia de sí mismo. De este modo, el que sabe gobernarse, ya no necesita gobierno; y como es evidentemente una condición humana superior, la de gobernarse que la de ser gobernado, como a esto aspira por instinto por ser progresivo y racional el hombre, aunque no siempre sepa hacerlo, cuanto más medios le demos de alcanzarlo, más contribuiremos a su dignificación y a su dicha. // Estos medios resúmense en el dominio y ejercicio de la razón cuyo resultado palpamos en la democracia, que ha dicho del gobierno una rama del trabajo social, condicionalmente subordinado a la conservación del orden, pero solo por deficiencia temporal del pueblo para resumir este atributo de su soberanía. // Por esto, la escuela democrática tiene que ser racionalista; pero aquí, la conclusión filosófica coincide, para mayor robustez, con el fundamento mismo del método científico que el desarrollo del raciocinio requiere. // Solo hay una verdad que obligue imperativamente a la conciencia y al honor: la verdad demostrada. Nadie puede negarla sin ser un malvado; un fanático o un imbécil. Es, por ese motivo, la verdad de todos; y por serlo de todos, la verdad democrática (…) Ya dije que la democracia es un triunfo de la razón; y ésta tiene como único fundamento valedero, la verdad demostrada» (Lugones 1910, págs. VIII-X).

> del derecho divino. Por esto, en los países ineducados, o sea subordinados a dogmas; peores todavía cuando son laicos, inventar cuestiones patrióticas, es un recurso de los malos gobiernos. La razón y la justicia que los combaten, quedan subordinados a la idolatría» (Lugones 1910).[21]

En el CNE no se puede leer una única lectura de Rojas y su informe-libro, ni sobre los conceptos de nacionalista y nacionalismo, es más: las lecturas son distintas y hasta opuestas.[22] Algo parecido se puede apreciar en otras recepciones de 1910 en la provincia de Entre Ríos.

18.8 Bernardo Peyret: nacionalista y antiimperialista

Otra recepción de Rojas y su libro se produce en 1910, año del Centenario de la Revolución de Mayo, cuando el presidente del CNE, José María Ramos Mejía, preside un encuentro educacional en la provincia de Entre Ríos, y escucha, entre otros discursos, el informe de Peyret (1910).

El informante señala una situación que considera inaceptable: las subvenciones nacionales están destinadas de manera correcta, en su opinión, a las escuelas del Estado provincial, pero también se destinan a las escuelas privadas dejando sin ese recurso económico a las escuelas municipales. Dicho esto, Peyret agrega:

> «Y es de advertir que tratamos de la escuela primaria, plantel político del Estado futuro que prepara al ciudadano en sus múltiples condiciones de hombre de estudio y de trabajo, independiente, patriota y libre; por consiguiente, la influencia cosmopolita es para ella del todo peligrosa (...) pues sería, como se dice en Restauración Nacionalista, *entregarla al comercio de aventureros sin patria, a la avidez de sectas internacionales, o a la invasión de potencias imperialistas*. Creamos, sostengamos, y breguemos porque la libertad de enseñanza de nuestro país no afecte, en su exponente máximo de liberalidad,

[21] Hay que recordar que desde 1908, se publican casi todos los capítulos de *Didáctica* en *El Monitor de la Educación Común*.

[22] Además, se registran una serie de artículos y reseñas muy críticas de este libro de Rojas en publicaciones de Buenos Aires: Roberto Giusti «La Restauración Nacionalista por Ricardo Rojas». *Nosotros*. Buenos Aires, 1911; y Coroliano Alberini, «La Genialidad de Sarmiento y el nacionalismo histórico», *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, vol. II, Buenos Aires, 1911. Enrique Zuleta Álvarez ha verificado varias reseñas avalando al autor y a su libro, por ejemplo, de Unamuno (1975, pág. 90).

> a la escuela primaria, y su espíritu sea adaptable solamente a la alta cultura de la ciencia y del arte. solo así triunfará la escuela nacionalista, por su adaptación, por su personal, y su enseñanza (...). Se debe secundar la escuela oficial, única que mantiene puro el espíritu de nuestra nacionalidad, en pugna con la particular cuyo florecimiento huele a *profusión sospechosa*, desde que la escuela privada ha sido en nuestro país, según afirmación circunstanciada de Rojas: *uno de los factores activos de la disolución nacional*» (Peyret 1910, págs. 379-380).[23]

El libro de Rojas, una voz autorizada del Estado nacional, le permite a Peyret decir exactamente lo que quiere afirmar y defender. No habla Peyret sino una voz oficial, que ubica en primer lugar y cumpliendo su función nacional a las sedes municipales y provinciales, y desplaza al espacio enemigo y antinacional, a las sedes privadas que, a sus ojos, solo buscan el lucro y representan intereses imperialistas (aludiendo a las escuelas privadas de comunidades extranjeras). Pero eso no es todo: Peyret señala, de este modo, que el Ministerio de Instrucción Pública que editó la obra de Rojas lleva adelante una política contraria a lo que se dice en ella.

Peyret no le discute al Estado, sino a un área específica del Estado, al ministerio de Instrucción Pública, usando los mismos argumentos que se había comprometido a cumplir y no lo hace. No olvidemos que le está hablando a Ramos Mejía, Presidente del CNE, no olvidemos también, que este discurso se publica en la revista oficial del CNE. Por lo tanto, Ramos Mejía escucha lo que expresa el educador entrerriano.

Para decirlo de una vez: Peyret busca apoyo en un poder nacional, el CNE, para combatir a otro poder nacional, el Ministerio de Instrucción Pública, y usa el libro de Rojas, voz oficial, para defender las escuelas municipales de su provincia y del país.

Si Ingenieros pregona el imperialismo argentino, desde la revista oficial de la dirección de escuelas de la provincia de Buenos Aires, Peyret, desde Entre Ríos, invoca *La restauración nacionalista* de Rojas para llamar la atención sobre la invasión de imperios extranjeros (en sintonía con Lugones). Es decir, nacionalismo e imperialismo se unen en la discusión pública en publicaciones oficiales de la instrucción pública, pero algunos, como Ingenieros,

[23] En sintonía con su discurso nacionalista, al año siguiente Peyret edita *Antología Patriótica Argentina (Prosa y verso). Contribución a la enseñanza patriótica de la escuela Argentina*.

unen el nacionalismo y el imperialismo como algo positivo y necesario en la marcha de la civilización, mientras que Peyret y Lugones invocan esta relación como una amenaza nacional, aunque el primero defiende la expresión nacionalismo opuesta al imperialismo y el segundo la defenestra igual que el vocablo imperialista. Se registran nacionalismos escolares diferentes y hasta enfrentados, en la discusión y definición de políticas educacionales en las áreas de los gobiernos.[24]

[24] En 1911, se realiza un Congreso Nacional de Educación en la provincia de San Juan, para homenajear a Domingo Faustino Sarmiento en el centenario de su natalicio. Un problema central convocó a la discusión de los educadores: el alto índice de analfabetismo. Y una de las respuestas que se dieron a este problema, la nacionalización de la enseñanza, provocó un acalorado debate. Esta era enunciada por aquellas provincias que tenían muy escasos recursos para cumplir con el artículo 5to de la Constitución Nacional que, como se sabe, deja en manos de los Estados provinciales el sostenimiento del nivel primario. El gran opositor a esta propuesta era el delegado de la provincia más rica del país. Precisamente me quiero detener en su discurso. M. C. Torres Ibáñez, inspector de sección de la Dirección General de Escuelas bonaerense, expone su postura avalada por el propio Director General de Escuelas, José M. Vega, vale decir, no es solo una voz particular, sino que es la posición del gobierno de la instrucción pública de la provincia de Buenos Aires. El funcionario bonaerense plantea la necesidad de la «argentinización de la escuela», celebra que exista un «congreso para restaurar el sentimiento nacional amortiguado». Y luego afirma que: «bendita sea mil veces la hora en que mil estudiosas cabezas se doblan a meditar (…) sobre las páginas pletóricas de vida, inminentemente impresionantes de *La Restauración Nacional* de Ricardo Rojas»; para concluir, que «con la nacionalización» se lesiona «y vulnera el sentimiento provincialista base de toda la grandeza argentina». Es muy claro, Ibáñez invoca el nacionalismo a lo Rojas cuando le solicita al Estado Nacional una serie de demandas para su provincia: «subvenciones», «escuelas normales», y «la nacionalización de los servicios del magisterio». Y este nacionalismo a lo Rojas se torna negativo y amenazante en sus argumentos cuando alude al proyecto de «nacionalización» que implicaría, de hecho, un avance del Estado Nacional sobre el poder de decisión de Buenos Aires, lo que califica, para que no queden dudas, de «monopolio enervante». El funcionario es nacionalista cuando su provincia demanda recursos al poder nacional y abandona el nacionalismo cuando se trata de ayudar a las provincias más desfavorecidas a costa de Buenos Aires. No es siempre nacionalista, ni valora siempre el libro de Rojas, y la variable que ordena su argumento, una y otra vez, son los intereses concretos, educacionales y económicos, de su provincia. En definitiva: su nacionalismo empieza y termina con los intereses que representa, vale decir, los intereses de Buenos Aires, y Rojas y sus libros son usados de manera positiva o negativa según defiendan o no esos intereses (Torres Ibáñez 1911, págs. 14-18).

Referencias bibliográficas

BERTONI, LILIA ANA

2007 *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 408.

BUNGE, CARLOS OCTAVIO

1907 *La Educación*, Buenos Aires: Taller tipográfico La Penitenciaría Nacional, referencia citada en página 413.

CONIL PAZ, ALBERTO

1985 *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires: Huemul, referencia citada en página 420.

DI DI VINCENZO, FACUNDO

2022 «El nacionalismo científico de José Ingenieros en *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo* (1910)», en *Liberalismo, Patriotismo y Nacionalismo. Estudios de casos en Argentina, 1880-1943*, dir. por Alejandro Herrero, Buenos Aires: Ediciones FEPAI, referencia citada en página 421.

DI VINCENZO, FACUNDO

2021 *Estudio de las ediciones en libro de Sociología Argentina de José Ingenieros (1910, 1913 y 1918). Lecturas y usos en el campo historiográfico y de la Sociología*, Tesis de Doctorado, Universidad del Salvador, referencia citada en página 421.

ESCUDÉ, CARLOS

1990 *El fracaso del proyecto argentino. Ideología y educación*, Buenos Aires: ITDT, referencia citada en página 415.

FERRÁS, GRACIELA

2017 *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 415.

FUNES, PATRICIA

2006 *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años 20 latinoamericanos*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 415.

GONZÁLEZ, JOAQUÍN

1888 *La tradición nacional*, Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, referencia citada en página 414.

GUIC, LAURA

2019 *Ramos Mejía y las Multitudes Argentinas. Una intervención política en Buenos Aires, hacia fines del siglo XIX*, Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Lanús, referencia citada en página 414.

GUIC, LAURA

2021 *Claves para leer Las multitudes argentinas de José María Ramos Mejía*, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 414.

2022 *José María Ramos Mejía y Las Multitudes Argentinas en la construcción del patriotismo finisecular*, ed. por Alejandro Herrero, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 414.

HERRERO, ALEJANDRO Y HERNÁN FERNÁNDEZ

2022 *Sarmiento y Alberdi. Apropiaciones y usos en el campo político y educativo*, Buenos Aires: Ediciones del FEPAI, referencia citada en página 412.

INGENIEROS, JOSÉ

1910a «Evolución de la sociología Argentina. El devenir del imperialismo argentino», en *La Educación. Órgano de la Dirección de Escuela de la Provincia de Buenos Aires*, referencia citada en páginas 422, 424.

1910b *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo*, Buenos Aires, referencia citada en página 423.

LUGONES, LEOPOLDO

1910 *Didáctica*, Buenos Aires: Imprenta Otero & Cía., referencia citada en páginas 420, 425, 426.

MERCANTE, VÍCTOR

1893 *Museos escolares argentinos y la escuela moderna (educación práctica)*, Buenos Aires, referencia citada en páginas 409-412.

MUZZOPAPPA, HÉCTOR

2015 *Educación y trabajo en el Orden Conservador. Ideas alberdianas y vanguardia normalista*, Buenos Aires: Biblos y UNLa, referencia citada en página 412.

2022a «El nacionalismo de Lugones. Entre la crisis del orden conservador y la génesis de una nueva etapa histórica», en *Liberalismo, patriotismo y nacionalismo. Estudios de casos en Argentina: 1880-1943*, Buenos Aires: FEPAI, referencia citada en página 420.

2022b «El nacionalismo de Rojas y Gálvez», en *Liberalismo, patriotismo y nacionalismo. Estudios de casos en Argentina: 1880-1943*, ed. por Alejandro Herrero, Buenos Aires: Ediciones FEPAI, referencia citada en página 415.

PEYRET, BERNARDO

1910 «La educación en Entre Ríos», en *El Monitor de la Educación Común*, vol. 29, n.º 455, referencia citada en páginas 426, 427.

1911 *Antología Patriótica Argentina (Prosa y verso). Contribución a la enseñanza patriótica de la escuela Argentina*, Buenos Aires: Lajouane editores, referencia citada en página 427.

PISANO, NATALIO

1932 «La enseñanza de la historia primaria», en *Monitor*, referencia citada en página 419.

1942 «La enseñanza de la historia primeria», en *Monitor*, referencia citada en página 419.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 421.

RAMAGLIA, DANTE

1998 «La formación del espiritualismo argentino: proyecto y discurso en Ricardo Rojas», en *CUYO*, vol. 15, referencia citada en página 415.

ROJAS, RICARDO

1909a «La Restauración Nacionalista», en *El Monitor de Educación Común*, vol. 28, n.º 441, referencia citada en páginas 416-418.

1909b *La Restauración Nacionalista. Informe sobre Educación*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, referencia citada en páginas 415, 420.

TORRES IBÁÑEZ, MANUEL

1911 «¿Conviene la nacionalización de la enseñanza?», en *La Educación*, vol. 52, referencia citada en página 428.

UNAMUNO, MIGUEL

1975 *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, referencia citada en página 426.

CAPÍTULO 19

Tres giros epistémicos en Ingenieros

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA*

19.1 Introducción. Los marcos

19.1.1 La propuesta

José Ingenieros es considerado un pensador positivista, más aún, casi el «modelo» entre los positivistas argentinos. Dentro del variopinto panorama de dicha amplia corriente, suele también adscribírselo al cientificismo. No discutiré esas calificaciones, cuya significación estricta daría lugar a una discusión quizá estéril. Admitiré que son válidas (y yo misma las he usado) a condición de que sean solamente descriptivas. Lo que discutiré es que la adscripción al positivismo cientificista decimonónico (ampliamente superado) sea un obstáculo epistemológico (en el sentido de Bachelard) para estudiar su figura.

En su obra[1] hay aspectos que pueden –y deben– ser considerados «alternativos» (en el sentido de Biagini, como divergentes de la «corriente principal» epocal) y que yo llamaría en este caso «anticipaciones», porque preanuncian desarrollos filosóficos que tuvieron lugar y visibilidad en la filosofía mundial decenios después. En este trabajo voy a referirme a tres, no con el propósito de cerrar otras posibilidades, sino porque son las que yo he

* FEPAI.

[1] Se trata de una vasta obra que abarca diversos géneros y numerosos temas, siendo su editor, después de su muerte, quien le dio un orden: Ingenieros (1930-1940). Algunas de ellas, sobre todo las de moral, han recibido posteriormente numerosas ediciones, debido al interés que continuaron teniendo a lo largo de décadas.

investigado. Aprecio, en los tres casos, que estas «alternativas» o «anticipaciones» constituyen sendos giros epistémicos que en su momento no pudieron ser captados como tales porque los supuestos teóricos estaban implícitos y también invisibilizados por el género expositivo y el modo de presentarlos, propio –ese sí– de su época.

Estas tres anticipaciones y sus giros son las siguientes:

1) El concepto de filosofía y de metafísica como residuo inexperiencial, que no cuestiona (como se malinterpreta) ni la filosofía ni la metafísica, sino que intenta reposicionarla con claridad frente a la ciencia, y esto precisamente desde un giro epistémico que señala la diferencia, y la irreductibilidad de lo experiencial (directo o indirecto) y lo esencialmente inexperiencial.
2) La «microhistoria» y las «historias especiales» como objetos válidos de investigación científica, que él colocaba, conforme a la usanza de su época, en los estudios sociológicos, como los casos de instituciones milenarias (por ejemplo, matrimonio, familia, parentesco) entre otros. La antropología cultural y la nueva visión de la historia surgida con los *Anales* le han dado la razón. Lo mismo que en el caso anterior, hay un giro epistémico que conduce a reconocer cómo válidas ciertas metodologías de abordaje novedosas.
3) La nueva visión de la ética filosófica. Solemos quedarnos en sus apelaciones tópicas o incluso retóricas a la «moral sin dogmas», pero su propuesta en realidad se funda en la idea de que las divergencias en el mundo de la moral no son superables desde las teorizaciones éticas. Hoy hay un consenso muy amplio al respecto, después de la filosofía analítica, de Moore, de Appel y, en nuestro país, de las propuestas de Ricardo Maliandi. Todas encuentran considerables analogías con las ideas vertidas por Ingenieros en un lenguaje que suele enmascarar sentidos más profundos e implicancias teóricamente muy importantes.

Como he dicho, estos tres momentos de giro epistémico no necesariamente son los únicos que puedan hallarse en la profusa y diversificada producción de Ingenieros. Sí considero que son importantes y se deben tener en cuenta.

Pero previamente al desarrollo, es preciso revisar lo que podríamos llamar el estado de la cuestión en relación tanto a Inge-

nieros mismo, como al positivismo argentino dentro del cual se inscribe. Estimo que ciertos juicios, al orientar la discusión solo en determinados sentidos, han obstaculizado la visión del planteo que presento, y por eso nuestros especialistas y nuestros pensadores no suelen vincular a Ingenieros con corrientes y teorías posteriores, tanto locales como exógenas, lo cual permitiría trazar un perfil más adecuado de nuestro personaje, a cien años de su muerte.

19.1.2 Valoraciones del positivismo argentino

Este es un tema muy transitado en nuestra historiografía filosófica, por lo cual no me demoraré en mayores consideraciones. solo apuntaré tres ideas generales. La primera, que el movimiento positivista, variado y complejo, recibió tempranamente un tratamiento negativo de la mano de quienes se alinearon en otras corrientes que, de un modo muy lato, se suelen considerar «antipositivistas», o quizá «superadoras del positivismo» y que tuvieron su epicentro en Europa, no entre nosotros. Filósofos y pensadores contemporáneos a los últimos positivistas, como Coriolano Alberini y Alejandro Korn, lo criticaron frontalmente (aunque se sirvieron de algunas de sus ideas) inaugurando una consistente tradición de rechazo, que continuó durante casi medio siglo, puesto que los neopositivistas, positivistas lógicos, analíticos, etcétera, nunca hicieron pública adhesión al positivismo decimonónico en general, y desde una valoración científica, solo muy parcialmente se le reconocieron algunos valores. Por otro lado, la cuestión se tornó ideológica pues los pensadores católicos unificaron sus fuerzas contra toda manifestación positivista, considerándola ajena a nuestra tradición nacional, esencialmente teísta y religiosa.

La segunda idea es que debemos esperar hasta los dos últimos decenios del siglo pasado, para encontrar historiadores que presentaran al positivismo con más parsimonia. Como una muestra de esto y considerando la necesidad de sintetizar las referencias, habría que señalar las ideas de Hugo Biagini quien, escribiendo en 1985 afirma en un enfoque general de esta corriente, señalando aciertos y limitaciones.

Dice Biagini sobre el proyecto común de la corriente:

> «Entre los méritos iniciales de nuestros positivistas, corresponde advertir su afán de superar el subjetivismo y la especulación irrestricta mediante

> una metodología más rigurosa, que enfatice los datos de la experiencia y el análisis del medio circundante» (Biagini 1985b, pág. 32).

Con respecto al sesgo cientificista afirma:

> «Es cierto que los positivistas pecaron por hipervalorizar la ciencia y sus aplicaciones, cayendo en la utópica creencia de que el desarrollo científico conllevaría *per se* un abundante bienestar material, un régimen político por antonomasia y hasta el más alto grado de moralidad. Sin embargo, más allá de esa quimera tecnocrática y de las contrastantes desviaciones antihumanistas que el positivismo esgrimió en nombre de las ciencias, ¿cómo desconocer que estas disfrutaron durante su reinado, de una promoción inusual?» (Biagini 1985b, pág. 33).

Termina el capítulo indicando la necesidad de estudiar el positivismo en conjunto y con una mirada más objetiva y abarcadora (Biagini 1985b, pág. 36). Él mismo acometió este proyecto organizando y coordinando una obra colectiva que en su momento (e incluso hasta ahora) representó el mayor esfuerzo historiográfico por presentar de modo sistemático y profundizado a esta corriente, tanto en sus temas como en sus autores (Biagini 1985a).

En la «Presentación» de esta obra explica resumidamente los resultados obtenidos y traza una visión conclusiva: el positivismo marcó una etapa importante en la historia de la filosofía argentina e incluso superó nuestras fronteras, pese a lo cual no se han hecho estudios de conjunto, con excepción de la obra de Ricaurte Soler, que la realizó desde una perspectiva distinta. No fue solo una filosofía y una metodología, sino que también tuvo un programa de acción, aunque no en el sentido salvífico que tomó en Brasil, por ejemplo (Biagini 1985a, pág. 7). Además, el positivismo despertó en su momento, tanto simpatías como rechazos, particularmente los referentes del pensamiento católico, pero también sectores no confesionales (Biagini 1985a, pág. 13).

La obra compilada por Biagini tiene por objeto explícito brindar un panorama más completo y profundizado de este movimiento y también señalar sus aportes (Biagini 1985a, pág. 17). Del material editado se pueden extraer, dice Biagini, algunos caracteres del positivismo que pueden considerarse reales aportaciones:

1) un análisis sistemático y más profundo de nuestra realidad social y de la identidad nacional;

2) una mayor conciencia histórica, que tiende a revalorar la herencia hispánica;
3) una estimación de la ciencia por sí misma, pero también por sus aplicaciones;
4) destacar las condiciones extrateóricas en el conocimiento;
5) marchar a la vanguardia del desarrollo intelectual (por ejemplo Darwin tuvo una importante recepción incluso antes que en Estados Unidos).

Como conclusión dice Biagini: «Más allá de las irrescatables limitaciones señaladas, el positivismo argentino implicó un decisivo adelanto frente al desborde tan frecuente en la *forma m*entis anterior al mismo e incluso en una parte nada desdeñable del pensamiento post-positivista» (Biagini 1985a, pág. 18).

En tercer lugar, la repulsa que en su momento despertó el positivismo entre los católicos ha menguado bastante, hay posiciones más atizadas dentro del lógico rechazo de sus postulados agnósticos. Sin embargo, todavía se encienden fuegos. Alberto Caturelli, que ha publicado a comienzos de este siglo XXI una obra historiográfica de gran envergadura (Caturelli 2001), que abarca toda la filosofía argentina desde sus inicios coloniales, que consta de 1486 páginas de tamaño grande y letra apretada, de las cuales desde la 905 constituyen una bibliografía que intenta ser exhaustiva para los pensadores del siglo XX, dedica a este tema menos de 60 páginas, que corresponden a su capítulo XX. Al comienzo indica –correctamente– que es muy difícil trazar los límites entre el monismo derivado del romanticismo alemán, el antiguo materialismo progresista del Iluminismo, el positivismo y el cientificismo, no porque sean lo mismo, sino porque sostienen tesis comunes. Al mismo tiempo trata de mostrar que el positivismo cientificista decimonónico no es original y menos todavía el argentino. A esto se suma, en todos los casos, una crítica negativa a los productos de los pensadores positivistas en cualquier de sus líneas. Este rechazo general, a veces incluso amable, se torna visceral en el caso de Ingenieros, como veremos.

Finalmente, me permito dar mi modesta opinión. Es compartible, dentro de una línea mesurada que adopto, la conclusión de Francisco Romero a mediados del siglo:

> «El positivismo ha muerto; la oportunidad de la agria polémica antipositivista ha pasado, y va llegando la ocasión de la crítica serena y comprensiva, que

> juzga principios y doctrinas. Que toma en cuenta los valores duraderos, que estime la significación de sus hombres, muchos de los cuales unieron al ejercicio de las ideas, una notable preocupación por el bien público, y de quienes ha recibido una contribución inolvidable al progreso intelectual y social del país» (Romero 1950, pág. 115).

Juicio que asumimos y aceptamos explícitamente Luis Farré y yo, en nuestro libro sobre filosofía argentina, donde concluimos en el capítulo correspondiente:

> «Tal es el carácter de nuestro positivismo, holgado abierto y expectante. Por eso en quienes lo superan no hay una reacción total, sino comprensión e incluso aprovechamiento (...) Hoy el positivismo es un recuerdo, pero no conviene olvidar su lección de atender al estudio de la realidad» (Farré y Lértora Mendoza 1981, pág. 75).

19.1.3 Valoraciones de Ingenieros

Es natural esperar que Ingenieros, encapsulado dentro del positivismo, tuviera valoraciones análogas. Con todo, hay matices, e incluso desemejanzas bastante notables. Hay quienes valoran a Ingenieros más que a la media del positivismo y quienes lo detractan mucho más.

Entre estos últimos, ocupa un lugar de privilegio Alberto Caturelli, de cuyo franco rechazo al positivismo no se podía avizorar nada a favor de Ingenieros. Pero su repulsa supera ampliamente los juicios negativos de todos los otros pensadores y se convierte en diatriba furibunda.

La Sección Tercera del capítulo XX se dedica a Ingenieros y lo trata en pocas páginas[2] teniendo en cuenta lo abultado de su libro. Sin embargo, su enfoque historiográfico es correcto y coincide con otros de talante judicativo más objetivo. Acepta, como lo dice el título de la Sección, que el de Ingenieros es un positivismo sistemático. Los puntos que considera centrales de su pensamiento son:

1) itinerario personal;
2) la psicología biológica;

[2] La Sección Tercera abarca las páginas 474-477 y el capítulo termina con la Sección Cuarta, titulada «El positivismo crepuscular», dedicando a los sucesores de Ingenieros, sobre todo Aníbal Ponce las págs. 477 in fine-479.

3) la ética funcional;
    a) Crítica de la oralidad;
    b) Teoría de la moralidad sin dogmas;
    c) Deontología de la moralidad y juvenilismo;
4) Mitificación del porvenir y exaltación de la rebeldía. Satán el rebelde;
5) la no-metafísica de las «hiperhipótesis metafísicas»;
6) la historiografía de Ingenieros.

Como se puede apreciar, ha pasado revista a lo esencial de la obra de Ingenieros, aunque con valoraciones negativas como ya se dijo. Sin embargo, estas pocas páginas le parecen muchas y culmina su análisis con este juicio lapidario e incluso insultante:

> «Alguien, no sin razón, podría objetarme ¿por qué concederle tanto espacio a una obra sin valor? Me ha parecido imprescindible, sobre todo hoy que casi nadie lee a Ingenieros, para que se conozca la verdad. También es necesario exponer objetivamente sus obras filosóficas para que sea el lector quien juzgue y advierta que su "originalidad" nunca pasó de algunos términos no necesarios para exponer una doctrina, por otra parte, no avanzó un milímetro respecto de las afirmaciones del positivismo. No conocía la historia de la filosofía, ni antigua, ni medieval, ni moderna y ni siquiera contemporánea, salvo los autores positivistas que cita. Ello explica sus juicios ligeros sobre tantos pensadores, juicios que explican la aguda frase de Alberini "Ingenieros, con esa habitual rapidez de incomprensión filosófica" [nota 18. "La metafísica de Alberdi", en *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*, Buenos Aires, Ed. Docencia, 1980, pág. 107]. Escribe muy bien y por momentos el lector se deja llevar por sus páginas brillantes en castellano algo barroco. De todos modos, ocupó un lugar en el desarrollo del pensamiento nacional» (Caturelli 2001, pág. 477).

Leyendo lo anterior, hay que reconocer a Caturelli haber visto dos valores (al menos) en esta obra: que está bien escrita y que ocupa un lugar en nuestra tradición filosófica (¡aunque lo vea como negativo!). Y según adelanté en párrafos anteriores, el juicio peyorativo de Alberini sigue pesando en contra de Ingenieros. Sería importante analizar más en profundidad las razones, acaso no solo filosóficas, que tuvo Alberini para sus denigraciones, aunque por supuesto no es el objeto de este trabajo. Apunto solo una tímida hipótesis: quienes tempranamente se enrolaron en corrientes espiritualistas europeas tal vez todavía no bien digeridas, pudieron sentirse amenazados en sus adhesiones aún no bien consolidadas

en el panorama local, para lo cual había que tildar de escaso o nulo valor obras de las cuales podían extraerse argumentos en contra de la propia posición.[3]

Casi en el otro extremo de esta visión, quiero mencionar el trabajo serio y meticuloso de José Luis Damis, una investigación que fue su tesis doctoral defendida en la Universidad de La Plata en 1985 y que por diversas circunstancias vio la luz diez años después (Damis 1995). El tema, la moral de Ingenieros, le permite a Damis dar una interpretación diferente a las habituales, aun cuando en general la historiografía señala la centralidad del problema ético en Ingenieros.

Un resumen de la posición hermenéutica de Damis (desarrollada por extenso en su libro), se encuentra en su contribución a la obra *El positivismo argentino*, compilada pro Hugo Biagni, a la cual ya se ha hecho referencia.

> «Quien se instale en el interior del pensamiento de Ingenieros no puede dejar de avizorar, al mismo tiempo, la lejanía y la cercanía del filósofo. Éste se nos presenta lejano, tan lejano como aquella Argentina de Roca, Sáenz Peña o Yrigoyen por donde transitó. Tan distante como esa época cuya omnipotencia derrumbó la Gran Guerra. En esta lejanía Ingenieros está mirando al siglo XIX y enraíza en esa estirpe de filósofos constructores de los grandes sistemas del mundo. Su ambición es una arquitectura filosófica al estilo de Aristóteles, Hegel o Spencer. Sin embargo, al ir penetrando las distintas capas de su pensamiento, la actitud de investigador-arqueólogo, que busca descifrar un pasado interesante pero irremisiblemente muerto, se transforma al descubrir lago viviente entre sus ruinas. Aparece, entonces, el Ingeniero cercano, el que tiene, todavía, una palabra dadora de sentido» (Damis 1985, pág. 527; y en su libro Damis 1995, págs. 11-12).

Esta imagen bifronte expresa adecuadamente, según mi parecer, las observaciones de varios historiadores y expositores, quienes señalan esbozos, atisbos de ideas novedosas, aunque aún no desarrolladas. Esto permite considerarlo, como acertadamente hace Damis: «Ingenieros es un pensador de transición. Esta es la razón por la que afronta una dialéctica inevitable: entre el sistema armo-

[3] No resisto la tentación de comparar esta frase poco afortunada de Alberini con la crítica habitual de los analíticos a quienes se les oponían: «Lo que Usted hace no es filosofía».

nioso que da cuenta del mundo y el germen de disolución interna de una época de crisis» (Damis 1985, pág. 528).

Damis no solo considera que la moral es el punto central del interés de Ingenieros, sino que, a su juicio, él debió construir un sistema para justificar estas intuiciones iniciales de una época de crisis (real y de pensamiento, como efectivamente era). De este modo explica este estudioso la existencia de un orden interno en la enorme y variopinta producción de Ingenieros:

> «La mayor complejidad en la intelección de la filosofía de Ingenieros radica en que, como pensador que busca en las profundidades de una crisis que no todos podían ver, el filósofo alterna el lenguaje científico del origen de la materia viviente con el grito a veces destemplado, que anuncia la renovación moral. Por esta razón no pudo ser comprendido por sus contemporáneos» (Damis 1985, pág. 538).

En síntesis: «Ingenieros tuvo que erigir un sistema para expresar su intuición originaria. Por eso recortó, tal vez desprolijamente, filosofías que le eran cercanas, porque debía armar su propio rompecabezas» (Damis 1985).[4]

Para cerrar este punto, permítaseme transcribir lo que Farré y yo pusimos como evaluación general de Ingenieros en nuestro libro:

> «La vocación filosófica de José Ingenieros al intentar explicarse sus inquietudes de hombre de ciencia, psiquiatra y biólogo quiso adivinar razones filosóficas, si no últimas, a las ciencias médicas y naturales. Por su formación y por el ambiente le atrajeron aquellos sistemas que, a su parecer, se mantenían más cercanos a los hechos: el positivismo y el materialismo. Quedó moldeado por el antiespiritualismo; no obstante, hacia el final de su vida, advierte en sus sistemas preferidos fallas que lo obligan a asumir una actitud más crítica sin que llegara a una decisiva desviación» (Farré y Lértora Mendoza 1981, pág. 53).[5]

Y concluimos:

> «La atención de Ingenieros estaba fija en la actualidad europea de su tiempo con una admiración algo ingenua por sus logros. (...) No le podemos negar

[4] Estas ideas, casi con las mismas palabras, las repite Damis al final de su libro.

[5] Es decir, Ingenieros es un signo de la época y por eso su pensamiento oscila entre el positivismo y el evolucionismo.

> el mérito, a pesar de esas exageraciones, de haber introducido tendencias y doctrinas que contribuían a estimular en pro o en contra, la reconsideración de posiciones menos adecuadas» (Farré y Lértora Mendoza 1981, págs. 66-67).

Por mi parte, pese al tiempo transcurrido, me afirmo en este juicio, que es el marco de comprensión de lo que sigue.

19.2 Desarrollo

Pasaré ahora a los tres puntos que he considerado «anticipaciones» e intentaré fundamentarlas.

En primer lugar, debo aclarar que para cada uno de los tres puntos he tomado selectivamente las obras más pertinentes dentro de la amplia bibliografía de Ingenieros

Unas breves palabras sobre los principales estudios autores que se ocuparon de Ingenieros en el contexto de la filosofía y la ciencia argentinas, entre los cuales se cuentan, por ejemplo Guillermo de Chaval, José Babini, Sergio Bagú, José Barreiro, Gregorio Berman, Luis Farré, Lucía Piossek Prebisch, Aníbal Ponce, Delfina Varela Domínguez y lo que trataron a Alejandro Korn y el positivismo en general, como Ricaurte Soler. Específicamente sobre su vida y obra escribieron tempranamente, con ocasión de su muerte, quienes en vida habían sido amigos o adeptos. Aunque un análisis de estos aportes no puede ser objeto de este trabajo, vale mencionar que, en primer lugar, nos proporcionan las primeras visiones de conjunto de su pensamiento, tal como lo apreciaban en su propia época. En segundo lugar, y por eso mismo, nos permiten reconstruir cómo se veía su figura, algo que, como es natural, no tenía suficiente distanciamiento judicativo, pero da una pauta de cuáles eran los intereses teóricos que en su entorno y su época permitían dar de el juicio positivo. Tenemos así, entre otros, a Achaval (1927), Bagú (1936), Dujovne (1926), Moreau (1926) y Mouchet (1925),[6] además, por supuesto, la obra de difusión de Aníbal Ponce, muy conocida.[7]

---

[6] Además, el artículo de Dujovne fue publicado como libro por la Ed. A, López, con «Prólogo» de Alberto Gerchunoff.

[7] No es ocioso recordar que fue precisamente la visión de Ponce, un autor que viró al marxismo mucho más fuertemente después de 1925, quien al escribir su libro *José Ingenieros: su vida y su obra y educación y lucha de clases*, a un año de su muerte, le imprimió a su figura y a sus ideas ese

Todos estos trabajos fueron escritos, como se ve por sus fechas, sin perspectiva filosófico-histórica; son descriptivos, en general, mesurados y algunos alabanciosos, sin que se registren, en este momento, detracciones como las que se verán después. Con todo, tienen el valor de expresar, como ya se dijo, cuál era el juicio general más o menos consensuado del colectivo filosófico argentino en los primeros años posteriores a la muerte de Ingenieros. Se ha dicho que la corriente antipositivista y superadora del positivismo ya estaba en marcha, comenzando por el krausismo que apareció en los últimos años del siglo XIX; también es contemporánea la introducción del kantismo, de la mano de Rodolfo Rivarola y las elaboraciones axiológicas de Korn. En cierto modo coexistieron durante un tiempo y solo después y –me atrevo a sospechar– con el empuje de los historiadores adscriptos a otras corrientes, que comenzó una crítica que oscureció durante mucho tiempo sus aportes.

Por otra parte, debo justificar aquí el orden en que presento las tres anticipaciones. Adhiero a la estructura de su sistema presentada por J. L. Damis (que por otra parte es bastante semejante a la del detractor Caturelli). Estos puntos son:

1) Sistema moral e hipocresía;
2) El conocimiento;
3) La constitución de la metafísica;
4) Una antropología evolucionista;
5) El pensamiento social;
6) La moral como religiosidad.

Para Damis hay una especie de circularidad en la concepción total: el motor inicial es la preocupación moral, y luego viene el desarrollo sistemático hasta llegar, cerrado el círculo, a las obras morales propiamente dichas.

Sin embargo, en otro sentido puede decirse que la preocupación antropológica y psicológica fue central, ya que era su enfoque disciplinario. Sin duda desde este punto de vista es así, y es válido sostener, interpretativamente, que su preocupación por dotar de legitimación científica a la psicología experimental (que en su tiempo sufría aún los embates de la psicología racional y filosófica) lo llevó a elaborar una doctrina general del conocimiento y la ciencia,

---

sesgo con el cual se lo ha seguido vinculado, tal vez exageradamente, hasta pasada la mitad del siglo (la 5ª edición de esta obra es de 1957).

e incluso a fijar límites a la filosofía que pretendía adueñarse de la psicología. Esto es no solo posible sino muy probable, pero no obsta al argumento central de que Ingenieros era consciente de los pasos lógicos a desarrollar, más allá del orden psicológico de sus motivaciones. Por eso es que él mismo asume, incluso bastante claramente, que el orden es primero una teoría del conocimiento (que implica una teoría de la realidad), una teoría de la ciencia (y como contrapartida, de la filosofía) y finalmente la legitimación de la psicología, la sociología y otras disciplinas científicas. Por esa razón coloco primeramente la cuestión de la ciencia y la filosofía, y por eso limito mi análisis a las dos obras en que trata este punto sistemáticamente.

En segundo lugar, dentro de la enorme cantidad de trabajos dedicados a las disciplinas de su especialidad y gusto, recorto lo que a mi parecer resulta más interesante en función de teorías posteriores afines en algún punto. Es por cierto un recorte convencional, en los temas y en las obras, e incluso atendiendo a lo que dijo con proyección futura más que a la hermenéutica de la *intentio auctoris*. El objetivo de este trabajo es precisamente ese, mostrar las derivas de sus ideas y teorías más allá de los marcos concretos temporales y teóricos en que fueron elaboradas.

Y finalmente para la cuestión moral me atengo a su propia percepción, porque responde a lo que me propongo, si bien organizo el material de otro modo, aunque respetando el marco teórico inmediato en cada caso.

Espero que a lo largo de la exposición de estos puntos se visibilice la conexión, por una parte, y por otra la aproximación a teorías diversas, provenientes de otras tradiciones, que muestran sus anticipaciones.

19.2.1 El concepto de filosofía y de metafísica

Ingenieros no asumió explícitamente ninguna de las nociones, o definiciones, de filosofía y de metafísica que circulaban en el ámbito positivista-cientificista. Pero sí admite la relación conceptual necesaria con el criterio experiencial, lo que puede ser considerado un rasgo típico del positivismo cientificista de su tiempo, pero también en general de todos los empirismos, desde la antigüedad y, sobre todo la larga y cuidadosa fundamentación empirista presente en la filosofía moderna. De modo que postular esta conexión no

lo convierte en un cientificista decimonónico automáticamente. Y por lo tanto, extraer de esta apresurada adscripción la conclusión de que su epistemología era atrasada, cuando escribe sus mejores obras, ya en el siglo XX, parece a su vez una conclusión injustificada y quizá errónea. En lo que sigue intentaré argumentar a favor de que tal interpretación es errónea, porque no respeta la totalidad del pensamiento de Ingenieros al respecto, es decir, las ideas que dan marco a su quehacer filosófico, que expuso en realidad solo en uno de sus escritos, además, muy breve.

He realizado en otro trabajo[8] un análisis más pormenorizado de sus textos, de modo que en esta ocasión me limitaré a citarlos y a mostrar sus aproximaciones con obras de epistemológicos posteriores muy reconocidos.

En este punto debe decirse, en primer lugar, que la propuesta original de Ingenieros es la constitución de una filosofía de la psicología, disciplina ésta de su particular interés y especialización. Para este cometido desarrolla el cientificismo dándole una fundamentación lógica y gnoseológica en el marco de un evolucionismo monista no mecanicista. Ésta interpretación no es por cierto novedosa; ya hace bastantes años Ricaurte Soler es de la misma opinión, al afirmar asimila las teorías psicológicas modernas sin renunciar a los postulados del cientificismo y el monismo naturalista (Soler 1979, pág. 100).

Su concepto de filosofía y de metafísica (que es para él propiamente la filosofía) depende de su concepción general del conocimiento y especialmente del científico. De modo que la cuestión ser presenta en dos pasos: el primero, una explicación del conocimiento en general y una adecuada legitimación del conocimiento científico; a partir de allí, una evaluación sobre la filosofía (la metafísica, sobre todo) con relación al marco anterior. Aunque Ingenieros no lo reconoce en ninguna parte de las dos obras destinadas a esclarecer estos temas, es evidente que su planteo es análogo al kantiano: se trata de establecer las condiciones de posibilidad del conocimiento científico (de cuya existencia no se duda) y luego esclarece si es posible el conocimiento filosófico. Digamos desde ya que Ingenieros da a esta segunda cuestión una respuesta afirmativa y que ella está implícita en todo sui desarrollo. Por lo tanto, él no es un «agnóstico

[8] Lértora Mendoza (1985, págs. 539-556). Las dos obras que analizó allí y aquí con preferencia son: Ingenieros (1916, 1947).

filosófico», al contrario, su obra incluye una fundamentación de la legitimidad de la filosofía.

Veamos entonces los dos pasos.

19.2.1.1 Origen del conocimiento científico

Aquí se aprecia el sesgo considerado «positivista» de Ingenieros y que más bien debería considerarse empirista.

> «El conocimiento de la realidad es el resultado natural de la Experiencia; no es función de una "facultad de conocer" ajena a la Realidad misma» (Ingenieros 1916, pág. 13).

Aunque esta frase es citada como expresión de un craso positivismo empirista, en realidad otros autores nada suspectos, incluso con parecidos términos, sostienen lo mismo, no solamente Kant sino, mucho más atrás el mismo Aristóteles y todos sus seguidores, incluyendo los escolásticos con Tomás de Aquino a la cabeza. Esta es la tradición del realismo epistemológico que recoge Popper, y los realismos epistemológicos contemporáneos, no otra cosa. Diferente es la cuestión de si además de este conocimiento inicial necesariamente sensible y empírico, puede haber otro que ostente igual o similar valor. Kant lo había puesto en duda; los realistas espiritualistas condenan al positivismo por negar este extremo, la existencia de un conocimiento cierto de base no sensible. Es cierto que varios contemporáneos de Ingenieros están en esa línea; pero no él, como se verá por lo que sigue.

Luego de esta premisa general inicial es necesario articular estos elementos básicos, algo así como átomos científicos y lo hace en estos términos.

> «Toda nueva experiencia empírica se relaciona con otras experiencias según sus relaciones naturales, determinándose en el conocimiento la formación de órdenes particulares. Este proceso marca el origen de la Formación natural de las ciencias. Es siempre, y necesariamente, un resultado de la experiencia empírica» (Ingenieros 1916, pág. 15).

Se ha visto en esta idea una influencia de Roberto Ardigó y de Ernst Mach. En el caso del empiriocriticismo de Mach y Avenarius la analogía es evidente; e interesante, porque Mach presentó su teoría de la fisiología a partir de 1873, y la teoría del empiriocriticismo la sostuvieron en conjunto Mach y Avenarius desde fines del

siglo XIX. Estas ideas nuevas, si bien eran conocidas y discutidas en Europa,[9] no lo eran aquí. De modo que Ingenieros, escribiendo sus *Principios* en 1916, si realmente sufrió tal influencia (lo que parece probable), habría realizado su asimilación de estas teorías casi contemporáneamente a la aparición de las obras-fuente y en un medio que prácticamente las ignoraba.[10]

Obsérvese que aun cuando, según él, hay condiciones especiales para la integración de la experiencia, estas son *a posteriori* y no *a priori* como en Kant. Es decir, Ingenieros está en esto más cerca de los positivistas y neopositivistas de principios de siglo que de los neokantianos que escribían por las mismas fechas.

Precisamente Ingenieros coincide con algunos epistemólogos, como Pierre Duhem,[11] que no son positivistas en este sentido, pero que sostienen igualmente dos puntos coincidentes: que la ciencia es un sistema de hipótesis, y que la validación de las hipótesis debe ser experiencial e incluye (aunque no con estos términos) el principio de «economía del pensar» del empiriocriticismo, en una versión que soslaya las críticas que se le formularon en su momento por su vaguedad.

Por su parte Ingenieros esboza una conceptualización que se puede resumir en los siguientes puntos:

---

[9] En 1902 Einstein se plegó a la teoría mecánica de Mach y la desarrolló hasta su versión de la teoría restringida de la relatividad. Sobre la obra e influencia de Mach, véase Blackmore (1972).

[10] Digamos también, para quienes tiñen todo su pensamiento de marxismo, sea por su adhesión a la Revolución Rusa de 1917 o por influencia de la lectura de Ponce, no deben olvidar que en este caso manifestó su independencia de criterio: Lenin (1974) había criticado fuertemente el empiriocriticismo en esta obra de 1909, confrontándolo con lo que él consideraba un adecuado materialismo. Estas críticas tempranas de Lenin y el silencio posterior en los medios rusos luego de la Revolución, no hicieron mella en Ingenieros, porque continuó sosteniendo este criterio científico en obras posteriores, aun cuando lo afirmase *obiter dicta*.

[11] No parece que Ingenieros haya estudiado a Duhem, pero esta conexión objetiva se debe a Mach, ya que Duhem compartía con este el criterio de que la física debe aceptar el principio de economía y ser la expresión de los hechos más simple y económica. Claro que la aproximación termina aquí: la admiración de Duhem por los medievales y por la Iglesia que, según él, habían permitido el surgimiento de la ciencia moderna, no sería compartido por Ingenieros.

1) Las hipótesis científicas no son aisladas, sino que se cimentan recíprocamente dentro de una coordinación general (Ingenieros 1916, pág. 11).
2) La ciencia no se limita a la verificación de hechos dejando a lo metacientífico (la filosofía) toda interpretación. Mil observaciones aisladas y exactísimas no constituyen un conocimiento científico, sino que este comienza cuando las hipótesis se vinculan según sus relaciones naturales cuyo resultado es la determinación de leyes generales (Ingenieros 1916, pág. 44).[12]

El final del proceso es la articulación sistemática:

> «El método de las ciencias consiste en observar los grupos de hechos particulares y en buscar las hipótesis que, desarrolladas por el razonamiento, conducen a un sistema conforme a la experiencia»(Ingenieros 1916, pág. 42).

Mucho se ha dicho sobre el «optimismo» (incluso ingenuo) de los cientificistas decimonónicos, incluyendo a Ingenieros. No puede negarse su admiración por la ciencia, que comparte, por un lado, con Kant y por otro con Bergson (para poner dos extremos filosóficos diferentes entre sí y con él). Pero esta exigencia de validación conlleva implícitamente la posibilidad de la no validación, del fracaso o de la duda. Karl Popper, varios lustros después, se hará cargo de esta limitación, construyendo un sistema explicativo que sigue siendo válido, aun cuando se lo ha reformulado y desarrollado en muchos aspectos más allá de lo que Popper hubiera deseado. La idea del proceder científico con el esquema conjeturas-refutaciones vino en realidad a poner sobre la mesa de los epistemólogos lo que de hecho hacían los científicos. Es lo que por su parte intenta Ingenieros al proponerse elaborar una epistemología de la psicología empírica.

En todo caso, y por lo que atañe aquí, hay que decir que el «optimismo» cientificista de Ingenieros no es extremo y tampoco es un cientificismo que se transforme de por sí en agnosticismo metafísico. No hay una absolutización del método científico (de ninguno) porque el conocimiento es una función biológica y, por

[12] Obsérvese que en esta idea hay elementos claros de constructivismo, puesto que el conocimiento comienza por el acto mental «constructivo» de vincular hipótesis que de por sí no estarían conectadas, hasta que el científico muestre que su conexión es acorde con lo que sucede en la naturaleza. Un tema muy interesante pero que no se puede desarrollar aquí.

lo tanto, depende del nivel biológico y social. De allí que, para él, el cambio, desarrollo y progreso de la ciencia es en realidad paralelo al proceso sociocultural mismo de la humanidad.

> «Las ciencias son resultados naturales de la experiencia humana, encaminada a la mejor adaptación de los grupos sociales al medio en que viven; son los instrumentos de una función biológica. Cada época ha tenido cierta experiencia actual que ha sido el fundamento necesario de su experiencia posible» (Ingenieros 1916, pág. 23).

Es decir, ni Aristóteles, ni Newton hubieran podido elaborar sus teorías y sistemas si hubieran vivido en una tribu salvaje; pero además, ninguno, a pesar de su genialidad, podía ir mucho más allá de los límites de comprensión de su tiempo. Newton no podía pensar como Einstein. A esta perspectiva epistemológica se la suele llamar «sociologista», incluso con un dejo despectivo. Habría que situarla en su justo lugar. Cuando Ingenieros dice: «La experiencia social determina las líneas generales de la ciencia y la filosofía posibles en cada época (…). La formación natural de las ciencias y de las filosofías se efectúa en función del medio» (Ingenieros 1916, pág. 24) no está afirmando nada que no fuera en su tiempo, e incluso ahora, idea de considerable consenso entre los historiadores de la ciencia. Más aún, hay una evidente aproximación de estas ideas a las actuales interpretaciones sobre el desarrollo y crisis de las ciencias.

19.2.1.2 El concepto de filosofía

Un segundo paso, supuesto lo anterior, es explicar la relación de ello con la idea de Ingenieros sobre la filosofía, que culmina en sus proposiciones sobre la «metafísica del porvenir». Para esclarecer este entramado es necesario atender a los pasos de la depuración del concepto. En mi artículo he presentado estos pasos en forma más detallada y me permito aquí reproducirlos brevemente.

1) Ámbito de aplicación: para Ingenieros la palabra «filosofía» se debería aplicar solamente a la metafísica, excluyendo las ciencias positivas, «las creencias míticas y éticas», las «literaturas complicadas» y la «dialéctica ergotista» (Ingenieros 1947, págs. 10-11).
2) Los pseudoproblemas: podrían caracterizarse, con Wittgenstein, como sin-sentidos. El estudio de la historia de la filosofía

ayuda a descubrir los falsos problemas y las hipótesis ilegítimas, así como la genealogía de las hipótesis metafísicas aceptables.

> «En los sistemas filosóficos del porvenir se acentuará progresivamente la eliminación de los falsos problemas» (Ingenieros 1947, pág. 47).

Un ejemplo para Ingenieros serían las «tres ideas» kantianas, porque no tienen correlato empírico y, por tanto, no pueden ser contrastadas. Los pseudo-problemas son aquellas preguntas que plantean cuestiones a las que no se puede dar respuesta, por carecer de alguna de las condiciones de contrastación (lógica o sintáctica, como en las ciencias formales, o empírica como en las ciencias fácticas). La filosofía analítica, con su giro lingüístico, y especialmente Wittgenstein, han señalado al pseudo-problema como el límite del lenguaje, de la posibilidad de decir algo con sentido. Sin haber convertido el tema en un asunto central, como los analíticos, sin duda Ingenieros estaba acertado en señalarlo.

3) Los falsos métodos, a los que llama «místicos» y «dialécticos» con los cuales no se puede construir una metafísica sin aporías.[13]
4) La pretensión de absolutos. Dada la relación filosofía-sociedad, las teorías filosóficas son incomprensibles si se ignora la historia política y religiosa de su sociedad. El lenguaje filosófico es necesariamente vago e impreciso (Ingenieros 1947, pág. 18), porque al signo lingüístico le falta el correlato experiencial. Esta postura de Ingenieros, aunque no desarrollada, es una interesante anticipación de otras que varias décadas después ofrecieron el positivismo lógico y el análisis filosófico en diversas corrientes. Piénsese que esto se escribía en 1918.
5) Los condicionamientos subjetivos. Ingenieros le ha llamado «la hipocresía de los filósofos» (Ingenieros 1947, pág. 20). Es decir, no hay concordancia entre las posiciones que dicen sostener y las implicancias de sus propias teorías. Por ejemplo, muchos filósofos se declaran teístas, pero su filosofía no lo es.

Concluyendo, se podría decir que para Ingenieros se dan las siguientes situaciones de crisis filosófica, de la filosofía –diríamos–

[13] Desarrolla con bastante amplitud este tema (Ingenieros 1947, págs. 68-72) que le sirve de introducción a su propuesta sobre las «hipótesis filosóficas».

tradicional. En primer lugar, el conflicto entre la metafísica y los dogmas morales, lo que ha impedido su renovación y de allí la crisis del siglo XIX (Ingenieros 1947, pág. 27). En segundo, la confusión que produjo el propio positivismo, al rechazar toda explicación inexperiencial, lo cual es correcto para la ciencia. Pero no sustituyó a las hipótesis metafísicas. O peor aún, indujo a confundirlas con las hipótesis científicas. Esta afirmación es análoga a la de Popper (en *Conjeturas y refutaciones*), al decir que no todos los problemas pueden ser contestados desde la ciencia, sino que hay un plus de problemática, que no es carente de sentido, pero que no se confunde con la ciencia, siendo precisamente esa la esfera de la filosofía. En tercer lugar, la crisis filosófica se debe a que sus proposiciones eran ilegítimas y no podían subsistir (por ejemplo. por la hipocresía, o por el dogmatismo ético).

Ingenieros habla de crisis de la filosofía en un contexto en que los representantes de las filosofías tradicionales no podían entenderlo, aunque de hecho eso estaba sucediendo, por agotamiento de la línea filosófica poskantiana de una parte, y por otra del positivismo anterior, ya caduco. Los críticos locales de Ingenieros suelen olvidar que la superación del positivismo, en Europa, no provino solamente de su negación, sino más bien de su reelaboración. Luego de un siglo de formalismo e idealismo, los superadores del positivismo en Europa reclaman atenerse a la experiencia, solo que una experiencia más amplia y compleja (por ejemplo, Bergson, Ortega y Gasset, Scheler, el mismo Husserl). Por lo demás, debe tenerse en cuenta que la obra de Ingenieros es mayoritariamente científica y no filosófica y que sus escritos de moral tampoco siguen los cánones tradicionales, pues, se propone un enfoque distinto, como intento mostrarlo en la tercera parte de este trabajo.

19.2.2 Posicionamientos de Ingenieros: su noción de filosofía y de metafísica

Pasemos ahora a la parte final de su propuesta filosófica. Para Ingenieros la metafísica (es decir la filosofía en sentido estricto) se construye de maneras análogas a la ciencia, mediante la formulación de hipótesis. Hay que definir qué es una *hipótesis metafísica*. Ella deriva de la experiencia, pero de manera distinta a la hipótesis científica, en tanto no hay filosofía sin experiencia. El conjunto de estas hipótesis constituye lo que Ingenieros llama «filosofía

científica» y la define así: «Sistema de hipótesis provisorias, fundadas en las leyes más generales de las ciencias, para interpretar los problemas que permanecen fuera de la experiencia actual o posible» (Ingenieros 1916, pág. 47). En este punto hay que considerar la analogía con Popper, quien en su obra *La lógica de la investigación científica*, de 1938, propone su conocido principio de demarcación, es decir, un criterio que permita establecer qué proposición puede ser considerada científica y discutida en el ámbito de la ciencia, o si debe considerarse metafísica. Para Popper el criterio de demarcación es el falsacionismo, es decir la posibilidad de refutación, de modo que el conocimiento científico constituye el núcleo de conocimiento estricto, más allá del cual se extiende una esfera de conocimiento menos estricto (menos refutable), pero como un horizonte que la estrictez científica no alcanza jamás.

Para Ingenieros, como para Popper, las ciencias son las que ofrecen los resultados más generales y seguros y, por tanto, hay una relación estrecha entre filosofía y ciencia. Para Popper, las ciencias particulares van surgiendo de un tronco originario que constituía «la filosofía» y se van desprendiendo de ella, generando sus propios métodos. El residuo que no ha llegado al criterio de demarcación falsacionista sigue siendo filosofía, y por eso la filosofía subsistirá, ya que siempre quedarán aspectos no falsables en las formulaciones del conocimiento, que impiden su consideración científica. Casi con las mismas palabras, Ingenieros afirma la perennidad de los problemas inexperienciales porque la posibilidad de experiencia (ciencia) es necesariamente menor que la variabilidad de sus objetos y condiciones, por eso siempre hay un resto inexperiencial de toda experiencia.

«La infinita posibilidad de problemas que exceden la experiencia humana implica la perennidad de explicaciones hipotéticas que constituyen la metafísica» (Ingenieros 1947, pág. 42). De un modo análogo a Popper, Ingenieros sostiene la variabilidad de las hipótesis metafísicas en consonancia con el desarrollo científico. La filosofía científica es una metafísica de la experiencia. Por eso filosofía y ciencia no son antitéticas y no hay agnosticismo filosófico.

También hay una notable analogía con Popper en el modo como Ingenieros caracteriza al discurso metafísico: las proposiciones científicas se contrastan, las filosóficas se argumentan:

> «Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la demostración experiencial, que presuponen posible (por ejemplo la hipótesis de Swant Arrhenius sobre el espesor de la corteza de la tierra); las hipótesis metafísicas solo aspiran a ser lógicamente legítimas, sin considerar su demostración experiencial (por ejemplo la hipótesis "metafísica" de Clausius sobre entropía o muerte del universo es legítima porque se basa en resultados actuales de la Física, pero su validez es puramente lógica); cuando nuevos resultados de la física hicieran inverosímil o inexacto que la energía del universo es constante la hipótesis dejará de ser lógicamente legítima» (Ingenieros 1947, pág. 74).

Finalmente, Ingenieros propone tres pasos calcados de la ciencia tal como él la entendía:

1) dudar metódicamente de los resultados de la experiencia;
2) formular hipótesis para explicar esos resultados;
3) criticar lógicamente las hipótesis (Ingenieros 1947, pág. 72).

19.2.3 La definición de metafísica

Con todos estos antecedentes, enuncia su famosa definición, muchas veces ridiculizada por no ser comprendida en el contexto de todo lo anterior:

> «La metafísica del porvenir será un sistema de hiperhipótesis que partan de lo lógico experiencial para explicar lo metalógico inexperiencial» (Ingenieros 1947, pág. 75).

Glosario para incautos:

1) hiperhipótesis: hipótesis de máxima generalidad;
2) lo lógico experiencial: lógica e hipótesis científica;
3) lo metalógico inexperiencial: el «residuo» permanente del objeto científico.

Los caracteres de estas hiperhipótesis son

1) universalidad;
2) perfectibilidad;
3) antidogmatismo;
4) impersonalismo (evitar la construcción que llama «poética» o «estética», se podría decir, la exigencia de intersubjetividad) (Ingenieros 1947, págs. 82-85).

Ingenieros no se quedó en la propuesta, intentó su aplicación a la psicología (Ingenieros 1916, pág. 9). No es agnóstico, más bien se acerca a Spencer en cuanto admite la validez de lo inexperiencial,

pero a esas teorías les niega inmutabilidad y absolutez. Filósofos importantes han sostenido tesis similares y no se los ha criticado por ser positivistas. Sin duda el hipotético deductivismo de Popoper no es positivista en el sentido estricto del concepto, pero también habría que decir que, en este punto, tampoco lo es la noción de metafísica de Ingenieros. Y más aún, que guarda notable semejanza con una de las posiciones epistemológicas más reconocidas del siglo XX.

19.3 La ampliación temática de las ciencias sociales y sus metodologías

Ya ha sido señalado que uno de los aportes del movimiento positivista fue el ensanchamiento de las ciencias sociales. Aparecieron nuevas disciplinas con problemáticas que pasaron a estudiarse con una metodología más adecuada a la parcialización del objeto. Es claro que esa variedad de intereses, y especialmente en el caso de Ingenieros, colocaba a estas temáticas al borde del caos metodológico, es decir, a riesgo de quedar fuera del «seguro sendero de la ciencia» para decirlo kantianamente. Ingenieros tiene una extensa gama de trabajos de este tipo y seguramente era consciente del planteo crítico sobre su pertinencia, si no se adscribían a algunas de las ramas reconocidas de las ciencias biológicas o la medicina (que incluiría la psicología médica y la psiquiatría). Su interés por temas como la historia de la familia, de la sexualidad, de los sentimientos amorosos, dio por resultado una cantidad de artículos, notas, escritos menores de variada redacción. Aunque no lo dice casi nunca expresamente, se colige por el contexto y en general por la reiteración temática, que consideraba sus escritos como científicos.

Por lo tanto, es permitido pensar que, al proponer su concepto y metodología básica para la ciencia, cosa que hace en relación con la psicología pero que, como se ha visto, va más allá y se constituye como teoría general de la ciencia, Ingenieros está indicando que, según su criterio, los temas y las estrategias de abordaje de sus textos son científicos y susceptibles de validación, que no son notas periodísticas ni charlas de café puestas por escrito. De hecho, estos escritos proponen de manera implícita la validación de nuevas estrategias de abordaje de objetos no tradicionales o no canónicos. Sin ser exhaustivo, he aquí un listado de estos trabajos

1) Tratado del amor: la metafísica del amor-teoría genética del amor-eliminación social del amo.
2) La simulación en la lucha por la vida.
3) La psicopatología en el arte.
4) Estudios sobre el amor.
5) La universidad del porvenir.
6) La piedad homicida.
7) La mala vida en Buenos Aires.
8) Cinco ensayos sobre Don Juan.
9) Del amor y de los sentimientos.

Se destaca el tema del amor, que se puede considerar modelo de esta variedad de enfoques que incluyen un intento de ampliación epistémica.[14] Del mismo modo, en un tema políticamente urticante de su tiempo, el feminismo (y el sufragismo), entrando en el debate a favor, propicia un «feminismo científico». Es decir, a diferencia de otros pensadores relevantes de su tiempo, como por ejemplo Quesada, o incluso las feministas mismas, como Elvira López, que hacen un planteo desde lo político, Ingenieros vuelve a diferenciarse en el enfoque.[15]

En este enfoque encuentro una cierta analogía con la escuela de los *Anales*, en el sentido de que, aun cuando Ingenieros toma como modelos casos particulares (lo que acercaría su idea a la de la microhistoria), propone en realidad un análisis de la estructura de estos comportamientos sociales.

Pero sobre todo considero que son anticipaciones de formas de hacer historia que se han ido validando a lo largo del siglo XX; la historia de las mentalidades, la microhistoria, la historia de minorías, etcétera. De este punto mucho más podría decirse pero excede los límites de este trabajo. Queda apuntado como un tema a investigar más en profundidad.

19.4 Una nueva visión de la ética filosófica

Ya se ha dicho que para la mayoría de los intérpretes de Ingenieros, el tema moral es central en sus preocupaciones. La conexión

[14] Sobre esta peculiaridad de la obra de Ingenieros, véase Fernández Cordero (2012/2013). El estudio sugiere que el mismo Ingenieros era consciente de la posibilidad de estos abordajes «heterodoxos» para su época.

[15] Sobre estos debates y la participación de Ingenieros, véase Fernández Cordero (2009/2011).

de ese interés con el resto de su obra ha sido muy bien expresada por Damis, cuya interpretación comparto y resumo aquí.

Como punto de partida, Ingenieros establece que la humanidad es un momento en el universo, el cual evoluciona hacia la perfección. Afirmar que la naturaleza evoluciona hacia lo mejor implica una teleología, un finalismo, que solamente se puede justificar por una intuición (Damis 1985, pág. 528). La moral es el instrumento por el cual se cumple el finalismo en la naturaleza. Es entonces, el conflictivo viaje de la naturaleza hacia su perfección infinita, la intuición primordial de Ingenieros. Su filosofía es el intento de descubrir los caminos de ese periplo, interpretar sus señales, conocer sus desvíos, evitar sus abismos, anunciar las próximas etapas. Su primer paso es el estudio de la antropología de los anormales, de todos los anormales, desde el genio hasta el imbécil. La moral penetra en el centro de su problemática hasta convertirse en el fundamento de su filosofía, desde sus primeras preocupaciones teóricas de orden político moral, con su militancia socialista de juventud. Sus ideas son elitistas, valora a los «hombres superiores» que de alguna manera identifica con el superhombre moral de raza blanca. La tarea del filósofo (entre los cuales él mismo se cuenta) es comprender la verdad por la inteligencia, pero solo por su conciencia moral puede comprometerse con ella.

Damis reconstruye el pensamiento total de Ingenieros de este modo.

> «Primero está la inteligencia que busca comprender el sentido de esa naturaleza que evoluciona. La manera de apresar ese movimiento, de entenderlo en cada momento, está dada por las categorías de la ciencia. La ciencia de su época es la biología, en la que muestra el fascinante juego de la vida avanzando hacia su perfección. Ingenieros también buscará constituir a la psicología, a la estética, como ciencias fundadoras en la biología. En otras palabras, serán las estructuras racionales a través de las cuales se hace inteligible la evolución» (Damis 1985, pág. 534).

La ciencia y la filosofía (metafísica) del porvenir tendrán una clara impronta moral:

> «Entonces la ciencia tendrá el valor instrumental de acceso a la verdad; su tarea consiste en desalojar las malezas que ocultan los senderos de la perfección. La metafísica, por su parte, tiene en la concepción de Ingenieros la misión de elaborar hipótesis sobre la realidad que vendrá, necesariamente,

> más plena, más unitaria, más perfecta. El hombre superior entiende, por su inteligencia, la verdad como desarrollo de la unidad, la expresa en el modo de la belleza y avanza hacia la misma por el camino de la moral» (Damis 1985, págs. 534-535).

> «Y la moral, en Ingenieros, va evolucionando con la vida misma, y a su vez la vida evoluciona hasta adquirir, en la conciencia humana, su momento supremo en la conciencia moral. Por lo tanto la moral solo es comprensible en su referencia a la vida, entendida esta como "unidad evolucionante", o dicho en términos ontológicos, por su relación al Ser» (Damis 1985, pág. 535).

Como se ve en esta lectura de Damis, las conexiones son precias y lógicas, aunque no hayan sido presentados en forma sistemática. En cambio, el mismo Ingenieros explica el plan de las tres obras que pueden considerarse de ética:[16] *El hombre mediocre* es la crítica de la moralidad, *Hacia una moral sin dogmas*, una teoría de la moralidad y *Las fuerzas morales*, una deontología de la moralidad. Y dice expresamente que prevalece el concepto de un idealismo ético en función de la experiencia social.

19.4.1 El rechazo del dogmatismo

El final de ese antidogmatismo es el rechazo de las nociones morales absolutas como bien y mal. Pero no en un sentido semejante a Nietzsche, sino más bien cercano a Moore.

Comienza por el planteo general dirigido a los estudiantes que lo escuchaba, y metafóricamente a quienes consideraría «jóvenes de espíritu»:

> «¿Pueden los hombres vivir en tensión hacia una moralidad cada vez menos imperfecta sin más brújula que los ideales naturalmente derivados de la experiencia social? ¿La humanidad podrá renovar indefinidamente sus aspiraciones éticas con independencia de todo imperativo dogmático? ¿La extinción progresiva del temor a las sanciones sobrenaturales eximirá a los hombres del cumplimiento severo de sus deberes sociales? Someto estas preguntas a la consideración de todos los jóvenes que me escuchan» (Ingenieros 1917, pág. 3).

No da de primera intención una respuesta teórica ni universal; consecuente con su criterio de mostrar «modelos», como se ve en

[16] Se citan por las siguientes ediciones: Ingenieros (1917, 2003, s/f).

las tres obras, se acercará a la cuestión a través del eticismo de Emerson, a quien sin duda admira, más allá de las debilidades de su pensamiento que reconoce y se propone completar argumentativamente. Al afirmar que Emerson es un moralista, nos ofrece las condiciones que a su juicio deben tenerse para serlo:

> «[Emerson] Fue moralista porque intentó salvar la moral del naufragio de los dogmas que la complicaban; fue moralista porque infundió a toda una época la idea-fuerza del deber humano, cuando vio apagarse la creencia supersticiosa del deber sobrenatural; fue moralista –sobre todo– porque vivió en armonía con los principios que tuvo por mejores» (Ingenieros 1917, pág. 3).

Para Ingenieros el eticismo, la forma moral que propugna debe ser de espíritu liberal y tolerante, encaminado a reducir el cristianismo reinante en las sociedades occidentales como religión predominante, a una moral evangélica, si bien tuvo influjos de doctrinas anteriores, como los sansimonianos y los fourieristas, a quienes preocupaban las reformas sociales (Ingenieros 1917, pág. 11) como parte de las consideraciones éticas, como al propio Ingenieros. El párrafo siguiente aclara más aún sus ideas en cuanto al rechazo de dos formas de moralidad centrales en las sociedades de su tiempo.

> «Emerson tuvo la mayor de las virtudes intelectuales: la lealtad para consigo mismo; pensó, sin duda, como todos los hombres verdaderamente dignos, que es una vileza disfrazar su pensamiento para acomodarlo a las dos formas sociales del error que conspiran contra la verdad: el tradicionalismo, que es el sistema ideológico de las clases privilegiadas, y la moda, que es el sistema de los que carecen de ideas propias» (Ingenieros 1917).

Para la deconstrucción de las éticas tradicionales, comienza por la crítica al romanticismo decimonónico por hipócrita y vendedor de falsedades. Pero también es verdad que es producto de la sociedad de su tiempo. Y aquí apunta con uno de sus dardos:

> «No es bueno que el hombre esté solo, pero es indispensable que no esté mal acompañado. La conducta del hombre perfecto, decía Spencer, solo aparecería perfecta cuando el ambiente lo fuera; en ningún ambiente inferior sería adaptable, porque la idealidad de la conducta es absolutamente un problema de adaptación» (Ingenieros 1917, pág. 25).

Ingenieros toma a Emerson como un modelo de propuesta moral «procurando quintaesenciar en algunos principios concretos el pensamiento vago y difuso de Emerson, que por la misma nebulosidad de sus contornos suele ser objeto de interpretaciones heterogéneas» (Ingenieros 1917, pág. 32).

Para completar lo incompleto emersoniano, Ingenieros reconstruye sus ideas en forma más ordenada, exponiendo al mismo tiempo los puntos que asume y comparte y que pueden considerarse sin más doctrina propia. La reconstrucción del «sistema moral» emersoniano que hace Ingenieros tiene los siguientes pasos:

1) *La crítica de las costumbres* (Ingenieros 1917, pág. 32 y ss). Las premisas que muestran la necesidad de la educación moral son puramente prácticas y experimentales. La experiencia le mostró a comprobar una visible disparidad entre el progreso material y el progreso moral, y admitir que veinte siglos de cristianismo no han aumentado la bondad individual de los hombres ni han aproximado las sociedades al ideal de fraternidad predicado por Cristo.
2) *La necesidad de caracteres firmes* (Ingenieros 1917, pág. 37 y ss). Emerson ve la crisis moral como decadencia de las fuerzas éticas tradicionales, pero no busca su restauración, sino la necesidad de engendrar fuerzas morales nuevas, El tradicionalismo es parálisis, muerte.
3) *No conformismo y obediencia* (Ingenieros 1917, pág. 38 y ss). El no-conformismo era una doctrina de las iglesias disidentes de Estados Unidos, pero Emerson la amplifica, de modo que implica el desconociendo del valor de los preceptos y dogmas tradicionales, como fundamento de la ética.
4) *Ética naturalista* (Ingenieros 1917, pág. 43 y ss). El concepto panteísta de la divinidad, que transforma a Dios en una abstracción pura, en una fórmula, contrasta evidentemente con otros sentimientos ancestrales de la humanidad, que llevan a concebir uno o más dioses con realidad propia, ajenos a la naturaleza, dioses vivos y actuantes, con aptitudes o funciones distintas de las humanas, capaces de justicia y de perfección absolutas. Las religiones de cepa judía postulan en esa forma extranatural la hipótesis de un Dios creador y árbitro del universo, con o sin una corte de pseudodioses menores, imaginados, aquel y estos, a semejanza del hombre; toda otra interpretación equivale, para ellas, a negar la divinidad misma.

En esa distinción entre lo sobrenatural y lo natural se fundan las relaciones entre lo humano y lo divino, fuente de toda ética religiosa.

5) *La confianza en sí mismo* (Ingenieros 1917, pág. 50 y ss). Su paralelo entre la libertad del niño y la esclavitud del hombre es interesante. El niño hace lo que quiere con espontaneidad y dice naturalmente lo que piensa.

Luego de esta ordenación emersoniana que hace suya, Ingenieros termina la primera parte de la obra con dos tesis propias, expresadas ya en forma argumentativa universal. Y que constituyen dos bases o pilares de su sistema de moralidad.

1) *La autonomía de la experiencia moral* (Ingenieros 1917, pág. 61 y ss). La lucha entre los teólogos dogmáticos y los filósofos independientes parece terminada. La constitución civil de las nacionalidades modernas ha quitado a las iglesias su antigua preeminencia dentro de los estados; de modo que puede ahora sostenerse sin problemas el idealismo moral, que no es patrimonio exclusivo de ningún credo. Hay tantos idealismos como ideales, y tantos ideales como idealistas. Lo importante es la libertad de actuar de acuerdo a las propias convicciones.
2) *El dogmatismo teológico excluye la perfectibilidad* (Ingenieros 1917, pág. 65 y ss). Es una de las tesis que más rechazo produce todavía entre los espíritus religiosos, tal vez por no ser bien comprendida. Ingenieros dice que hay dos géneros de sistemas morales

> «los unos –religiosos y dogmáticos– incompatibles con cualquier ideal de perfeccionamiento, y los otros –filosóficos e independientes– más o menos compatibles con la posibilidad de ideales». ¿Por qué en los sistemas dogmáticos no hay posibilidad de perfeccionamiento? Porque «el dogma debe ser acatado tal como lo ha definido y formulado de conformidad con la inspiración divina, una autoridad cuya competencia es indiscutida; la palabra de la autoridad, el dogma, expresa la verdad absoluta y debe ser objeto de fe inmutable, puesto que la divinidad no se engaña nunca ni puede engañar» (Ingenieros 1917, pág. 66).

Obsérvese que Ingenieros no niega que los creyentes progresen dentro de ese marco, pero advierte que, en primer lugar, no puede haber perfeccionamiento de ideas (lo cual es obvio); y además, el perfeccionamiento posible, diríamos, se da dentro de un rango

limitado y, por tanto, en definitiva anula posibilidades humanas importantes de perfeccionamiento.

Y en este sentido reivindica a los místicos, en un tono que lo acerca a Bergson[17] y a Scheler,[18] que hicieron lo mismo. Justamente hay una interesante analogía con Bergson, en las dicotomías morales de Ingenieros (el mediocre y el idealista) y moral cerrada versus moral abierta, y religión estática versus religión dinámica bergsonianas:

> «No sorprende, pues, que los grandes místicos hayan sido melioristas lo mismo que los filósofos independientes; por eso han merecido, unos y otros, las persecuciones de la autoridad dogmática: teólogos, jueces, políticos, confundidos en un mismo interés común de preservar a la sociedad de toda herejía» (Ingenieros 1917, pág. 69).

Pero no se crea que el antidogmatismo de Ingenieros se reduce al dogmatismo religioso, rechaza también el dogmatismo «racional» (filosófico) y de las ciencias sociales (Ingenieros 1917, pág. 79) por los mismos motivos. En definitiva, propugna para la filosofía una función esencialmente crítica, prevaleciendo sobre la tradicional función fundamentadora, que quedaría limitada a la esfera de la defensa de las hiperhipótesis. Recordemos que a principios del siglo XX, la escuela de Fráncfort, queriendo reivindicar a Kant en este punto, asumió que la principal tarea de la filosofía es la crítica, por lo cual propuso diferentes «depuraciones», comenzando por la del lenguaje.

De este modo, la primera parte de la obra, el análisis reconstructivo del emersonismo, se configura como una especie de deconstrucción de las moralidades dogmáticas.

La segunda parte de la obra es la expresión positiva de sus ideas, pero incluyendo como fundamento empírico, la referencia

---

[17] Para Bergson (en *Las dos fuentes de la moral y la religión*) existe una intuición mística que se da en los santos, los fundadores de religiones, y es la que los conecta con el principio mismo de la vida.

[18] Scheler se ha ocupado de los sentimientos como aspectos fundamentales de la mora, desde una temprana obra *Esencia y formas de la simpatía* (1913) donde comienza trabajar su célebre dicotomía amor-odio, pieza clave de su sistema de valores; pero es en *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, donde, al establecer su escala de valores, coloca los religiosos en la cima, en la cual la dicotomía santo-profano, llevada al máximo positivo sería lo místico.

sociohistórica a las iglesias norteamericanas, tema que omitiré aquí, para referirme solamente a lo esencial de su propio pensamiento.

19.4.2 Síntesis del pensamiento eticista de Ingenieros

Lo característico del eticismo, en suma, no es la simple afirmación de «la soberanía de la moral», repitiendo a Emerson, sino su convicción de que la moralidad es natural y humana, independiente de todo dogma religioso y de toda especulación metafísica.

> «La moralidad puede nacer, desarrollarse, prosperar, alcanzar su máxima plenitud e intensidad, sin tener por fundamento la noción de realidades sobrenaturales, la idea de una divinidad trascendente o de una vida después de la muerte. Esas hipótesis, sobre parecer inútiles, pueden ser nocivas al desarrollo de la moralidad, en cuanto ponen fuera de la conducta humana los estímulos y las sanciones que favorecen nuestra perfectibilidad» (Ingenieros 1917, pág. 194).

Aun cuando vincule esta expresión sintética que asume, con la concepción de Emerson, está claro que Ingenieros le da un alcance argumentativo y universal propio. Con esto queda claro que, más allá de las dudas de los historiadores sobre si esta obra es o no propiamente ética, habría que decir, estrictamente, que lo es por su intención (lo cual nadie pone en duda) y que efectivamente lo es en los pasajes argumentativos propios, como estos que comento. El mismo Ingenieros ha dicho que las proposiciones filosóficas se argumentan. Nadie ha podido rebatir esta afirmación con coherencia, desde que Aristóteles trazó la historia de sus orígenes, sabemos que la filosofía es esencialmente argumentativa.

19.4.3 El porvenir del eticismo

Ingenieros es moderadamente optimista con respecto a las posibilidades futuras del eticismo que propugna. Es consiste de ser una propuesta minoritaria, pero no parece preocuparle mucho eso, sino más bien al contrario, porque afirma que ciertos modos de pensar y de sentir, aunque adoptados por pocos, constituyen un obligado término de comparación para los que piensan y sienten de otra manera; poco importa que no tengan un éxito de proselitismo, su eficacia consiste en que no pueden prescindir de ellos los mismos

que se proponen combatirlos. Es una acción indirecta; pero existe y es benéfica (Ingenieros 1917, pág. 104).

Suele mencionarse, a veces negativamente, el «elitismo» de Ingenieros. Quizá este punto sea una clara expresión del mismo. Parece haber elegido ser un pensador de minorías. Porque el «superhombre moral» si no es excepcional, es minoritario, la mayoría sigue siendo mediocre. Desde los primeros filósofos griegos, pasando por Platón, Aristóteles, Agustín, Boecio, Anselmo, los escolásticos, hasta la *valencior pars* de Marsilio de Padua, para todos ellos estaba claro que los *aristoi* (los mejores) son los menos. La modernidad y la Ilustración si bien aumentaron su rango, no lo cambiaron esencialmente; el igualitarismo revolucionario y el democratismo románico terminaron siendo denunciado por un amplio arco que va de Comte a Nietzsche. Ingenieros, en esto, no hacía, sino seguir una larga y variopinta tradición de pensamiento, que en esto fue fervorosamente coincidente. Y lo es hasta hoy.

Es importante señalar que Ingenieros no entra en discusión con ninguna corriente de pensamiento sobre estos temas, simplemente las rechaza; en cambio, admite implícitamente que los individuos sí pueden tener divergencias sobre su manera de entender los temas morales, sobre todo los grandes temas sociales. Postuló la necesidad de buscar soluciones de consenso, aunque él mismo no llegara a ellas. Y aquí no se puede menos que pensar en Appel y su ética de la comunicación, propuesta justamente para superar los antiguos modos de hacer ética y enfrentar los desafíos de un mundo en crisis. Ingenieros veía una crisis que tal vez no avizoraban los demás, y sus reflexiones éticas tienen un sentido análogo a las de Appel, aunque el conjunto teórico sea diferente. Lo que importa es la similitud del objetivo y de la propuesta general. En ambos casos aunque no ostensiblemente en Ingenieros, aparece la exigencia de una ética de la responsabilidad que se haga cargo de la realidad (Appel 1990). Sin embargo, en otro sentido, Ingenieros se acercaría más a Habermas en cuando a la idea de que la ética no puede fundamentarse (contra Appel) porque por su propia esencia está más allá de la fundamentación de tipo filosófico. Y también, cuando Ingenieros opone ciertos conceptos del deber o bien moral como incompatibles o insuficientes, se acerca a la idea central de la ética de la conflictividad de Maliandi; que la esfera moral es un campo esencialmente conflictivo (Maliandi 1998). Son acercamien-

tos obviamente puntuales, pero que muestran identidades parciales en el camino del pensamiento.

19.4.4 *Excursus.* Crítica al tradicional concepto de bondad

Ingenieros es terminante en su rechazo al antiguo concepto «edulcorado» de bondad. Para él no hay bondad sin tensión activa hacia la virtud. «La disciplina mansa, la condescendencia pasiva, la sumisión resignada, son simples formas de incapacidad para el mal; el hipócrita que obra bien por simple miedo a la coerción social es peor que el malo desembozado, pues sin librarse de su maldad la complica de cobardía» (Ingenieros 1917, pág. 104). Ese conformismo negativo suele dar el hombre el bienestar en la servidumbre; solo virtudes positivas, militantes, pueden acrecer la propia felicidad y multiplicar la ajena. Por lo tanto, la obediencia por sí sola no es bondad, como afirma en *Las fuerzas morales*: «La obsesiva domesticación paraliza en el hombre las más loables inclinaciones, cierra a la personalidad sus más originales posibilidades» (Ingenieros 2003, pág. 47).

Observamos interesantes analogías con la crítica del concepto propuesta por Georg Edward Moore, tema que llegó a ser central en su doctrina ética. En su obra *Principia Ethica* (1903) pone en cuestión las éticas de su tiempo y defiende el sentido común como forma de encarar los problemas (en su obra homónima). Pero el punto que, a mi parecer, lo acerca notablemente a Ingenieros, quien escribía por las mismas fechas, es su observación de que «lo bueno» no puede definirse ni deducirse, sino que es una calidad sencilla e indefinible: no es posible definir lo bueno en términos naturales (científicos) o sobrenaturales (teológicos, religiosos). De este modo, se abre un camino distinto a las teorizaciones morales, algo que el propio Ingenieros consideraba necesario.

19.4.5 El intuicionismo ético

Una vez que Ingenieros rechazó el dogmatismo en su sentido fuerte y propio, quedaba aún un amplio campo de pretensiones, diríamos «autoritarias», de la razón, que pretendía fundamentar o deducir reglas de conducta de grandes principios.

Consecuente con sus criterios, debía rechazarlos. Pero a la vez era necesario dotar al cuerpo teórico de la ética de algún contenido

concreto, de algún modo de relación con la praxis moral, con el accionar real del hombre en su vida individual y social.

Aquí aparece su concepto de «idealismo moral» que menciona en numerosos pasajes de sus obras, y al cual dedica *El hombre mediocre*. Digamos, aunque sea obvio, que «idealismo» aquí no se refiere a ninguna de las concepciones filosóficas que corren con ese nombre, lo cual, para mayor seguridad, ha sido expresado por él mismo.

Ingenieros no proporciona una definición estricta de idealismo moral, sino que va redondeando una especie de intuición a través de observaciones por la negativa. Diríamos entonces que, en forma muy general, Ingenieros contrapone el idealismo moral a la mediocridad y caracterizando adecuadamente esta, considera cumplido el cometido de decir qué es el idealismo moral sin necesidad de ponerlo en positivo. Que este método de abordaje a un tema tan complejo es discutible, no hay duda. Tratándose de un concepto empírico, las notas de la contraposición no son necesariamente todas coincidentes y ubicables en clases cerradas (pertenencia sí o no). Al contrario, se diría que se trata de conceptos borrosos, en el sentido lógico del término, de bordes difusos, en los cuales solo es posible asegurar un núcleo certero, y luego, alrededor, una amplia gama de posibilidades discutibles de inclusión. Y por eso no se pueden pedir definiciones precisas (¿qué es un calvo?). Este proceder es el que de hecho sigue Ingenieros para caracterizar al hombre mediocre. Se le ha reprochado vaguedad, insuficiencia, falta de precisión, etcétera. En realidad, todas estas exigencias solo valen para quien milite en una ética deductivista o fuerte (que no es lo mismo que argumentativa, por supuesto) y precisamente no es el caso de Ingenieros. Estas críticas caen en el vacío.

Por eso, mejor veamos qué dice concretamente Ingenieros. En primer lugar, me llama la atención (puedo estar equivocada) que él ve en las épocas de gran apatía popular la oportunidad de aparición de «los forjadores de ideales»: «En ese instante [el de su aparición] remontan su vuelo todos los espíritus superiores, templándose en pensamientos altos y para obras perennes» (Ingenieros 2003, pág. 25).

Y lo que dice luego me parece inequívoco: el hombre mediocre es el que carece de personalidad (característica que, como cualquier advierte, no tiene asignada en sí misma una calificación propiamen-

te ética, al menos en el sentido tradicional). Pero tal mediocridad es función del entorno social:

> «Si pudiéramos medir los valores individuales, graduaríanse ellos en escala continua, de lo bajo a lo alto. Entre los tipos extremos y escasos, observaríamos una masa abundante de sujetos, más o menos equivalentes, acumulados en los grados centrales de la serie. Vana ilusión sería la de quien pretendiera buscar allí el hipotético arquetipo de la humanidad, el Hombre normal que buscara ya Aristóteles; siglos más tarde la peregrina ocurrencia reapareció en el torbellinesco espíritu de Pascal. Medianía, en efecto, no es sinónimo de normalidad. El hombre normal no existe; no puede existir. La humanidad, como todas las especies vivientes, evoluciona sin cesar; sus cambios opéranse desigualmente en numerosos agregados sociales, distintos entre sí. El hombre normal en una sociedad no lo es en otra; el de ha mil años no lo sería hoy, ni en el porvenir» (Ingenieros 2003, págs. 33-34).

El análisis descriptivo, cuasifenomenológico del hombre mediocre es la parte más conocida y citada de esta obra, de modo que no es necesario insistir en ello. Me dedicaré aquí a un comentario sobre los valores morales. En el capítulo tercero traza el perfil del hombre honesto, por contraposición, y en relación con un parámetro determinado. Con ello introduce una cuña crítica a la universalidad del concepto: la necesaria referencia a un parámetro que requiere ulterior justificación:

> «La honestidad es una irritación; la virtud es una originalidad. Solamente los virtuosos poseen talento moral y es obra suya cualquier ascenso hacia la perfección; el rebaño se limita a seguir sus huellas, incorporando a la honestidad trivial lo que fue antes virtud de pocos. Y siempre rebajándola.
>
> »Hemos distinguido al delincuente del honesto. Insistimos en que su honestidad no es la virtud; él se esfuerza por confundirlas, sabiendo que la segunda le es inaccesible. La virtud es otra cosa. Es activa; excede infinitamente en variedad, en derechez, en coraje, a las prácticas rutinarias que libran de la infamia o de la cárcel» (Ingenieros 2003, pág. 91).

Como se aprecia, para Ingenieros la virtud no consiste en la mera corrección, sino que se inscribe en el ámbito del ideal moral. Y es revelador también que aquí introduce el concepto de santidad.

> «La santidad existe: los genios morales son los santos de la humanidad. La evolución de los sentimientos colectivos, representados por los conceptos

> de bien y de virtud, se opera por intermedio de hombres extraordinarios. En ellos se resume o polariza alguna tendencia inmanente del continuo devenir moral. Algunos legislan y fundan religiones, como Manú, Confucio, Moisés y Buda, en civilizaciones» (Ingenieros 2003, pág. 99).

Desde su fondo laicista, no puede menos que admirar la lucidez de reconocer esas personalidades que exceden toda media, a los que llamamos «santos» en el sentido de superiores, como tocando el nivel de lo divino. El párrafo anterior podría haber sido suscrito por Scheler.

Un tema interesante que introduce Ingenieros y que ahora se ha puesto en boga, es el de la meritocracia, denostada por las ideologías igualitaristas en general. Ingenieros no era igualitarista en este sentido, aunque admirara los resultados igualitaristas de la Revolución Rusa. Para él eran grandes hombres tanto Lenin como Trotski a pesar de sus profundas diferencias. Tenía serios reparos a ciertas concepciones «democráticas» y en algunos de sus párrafos se acerca incluso a Lugones.

El progresivo advenimiento de la democracia, permitiendo la igualdad de los demás, ¿ha dificultado la culminación de los mejores? Es indiferente que se trate de monarquías o de repúblicas; el siglo XIX comenzó a unificar la esencia de los regímenes políticos, nivelando todos los sistemas, aburguesándolos.

> «Un pensador eminente glosó esta verdad: la mediocracia no tolera las excepciones ilustres. (...) La civilización parece concurrir a ese lento y progresivo destierro del hombre extraordinario, ensanchando e iluminando las medianías. Cuando los más no sabían pensar, era justo que uno lo hiciese por todos: facultad expuesta a peligrosos excesos. Pero el hombre providencial va siendo innecesario a medida que los más piensan y quieren» (Ingenieros 2003, pág. 179).

Ingenieros esboza una teoría sobre la moralidad de los ideales, pero a su vez propone figuras que a su juicio se acercan a ese ideal inalcanzable que funciona como un polo de atracción de la moralidad individual. En la esfera del pensamiento propone, como es sabido, a Sarmiento y Ameghino. Introduce también, como lo hacen los psicólogos, una diferencia entre el talento y el genio, pero no en cuanto a una diferencia (cuali o cuantitativa, no importa) de la capacidad intelectual, sino como una diferencia, diríamos, existencial.

> «El genio es excelente por su moral, o no es genio. Pero su moralidad no puede medirse con preceptos corrientes en los catecismos; nadie mediría la altura del Himalaya con cintas métricas de bolsillo. La conducta del genio es inflexible respecto de sus ideales. Si busca la Verdad, todo lo sacrifica a ella. Si la Belleza, nada le desvía.
>
> »(...) En la ciencia busca la verdad, tal como la concibe; ese afán le basta para vivir. Nunca tiene alma de funcionario. Sobrelleva, sin vender sus libros a los Gobiernos, sin vivir de favores ni de prebendas, ignorando esa técnica de los falsos genios oficiales que simulan el mérito para medrar a la sombra del Estado. Vive como es, buscando la Verdad y decidido a no torcer un milésimo de ella. El que pueda domesticar sus convicciones no es, no puede ser, nunca, absolutamente, un hombre genial» (Ingenieros 2003, págs. 207-208).

Hay que resaltar aquí conexiones teóricas interesantes con dos pensadores posteriores que se ocuparon de la moralidad y la genialidad: Bergson y Scheler. En ambos casos se trata de pensadores que desean superar el racionalismo moderno y las formas derivadas de idealismo, que en la esfera ética conducen a una especie de «autoritarismo moral» como diría Ingenieros. En sus sistemas ambos difieren mucho entre sí y con Ingenieros, pero los une el objetivo, y esto es lo que destaco, porque justamente es este objetivo el que valoran en estos dos pensadores todos los intérpretes, aun aquellos que, como los representantes de la filosofía cristiana tradicional, no pueden compartir otros de sus supuestos teóricos. Entonces, concluyo, no hay razón para negárselo a Ingenieros.

19.4.6 Las virtudes morales

Ingenieros rechazó todo tipo de ética discursiva, porque la centró en la intuición de los valores morales. Coherentemente no podía aceptar teorías morales del tipo tradicional, pero tampoco propiciaba una ética sin ninguna clase de principios. Al contrario, podría decirse que él mismo era un hombre de sólidos principios, como lo mostró a lo largo de su vida. Que se negara a considerarlos fundados en un racionalismo rechazable según sus conceptos, es otra cosa.

Se ha dicho que sus obras morales son una relectura o reelaboración de la ética estoica. Admito con Farré que esto debe entenderse muy latamente. Pero es verdad que la conexión existe. Sin embar-

go, no es necesario remontarse tan atrás. Otros pensadores casi coetáneos tuvieron ideas semejantes.

19.4.6.1 La lista de virtudes o fuerzas

Las fuerzas morales es un intento de señalar lo que llamaríamos virtudes, en el sentido de fuerzas personales impulsoras de determinadas acciones positivas para el individuo y para la sociedad. El listado completo de dichas fuerzas aparece un tanto errático, e incluso podría sospecharse la existencia de fragmentos que luego fueron compilados en una unidad. Estos fragmentos serían las tríadas:

1) Juventud, Entusiasmo, Energía.
2) Voluntad, Iniciativa, Trabajo.
3) Simpatía, Justicia, Solidaridad.
4) Inquietud, Rebeldía, Perfección.
5) Firmeza, Dignidad, Deber.
6) Merito, Tiempo, Estilo.
7) Bondad, Moral, Religión.
8) Verdad, Ciencia, Ideal.

Aunque no se ve claro –al menos yo no lo veo– el nexo sistemático entre estas tríadas, sí está claro que cada una de ellas ostenta una dialéctica interna de tal modo que la primera es, diría, originaria o fundante, la segunda es su desarrollo y la tercera la culminación. Aunque tal propuesta no está teorizada en sí misma, no puede dudarse que, si leemos estas tríadas en un lenguaje axiológico, se aproximarían a una escala de valores fundantes y fundados, como propone Scheler, es decir, que no se dan aislados, sino que se apoyan mutuamente. Esta intuición de las fuerzas morales, al menos en cada tríada, orientaría en la praxis real el accionar.

19.4.6.2 *Excursus.* La ética de la ciencia

Ya me he referido en el primero de los temas, al concepto de ciencia de Ingenieros y a un modo correcto de interpretarlo, según mi investigación. En las obras allí analizadas no se menciona la dimensión ética de la ciencia, tal vez porque pensó que, habida cuenta de su peculiar concepción de la moral, no correspondía introducir el asunto allí. Considero que es correcto, porque se trata de dos planteos diferentes y dos contextos diversos. Por eso

tampoco yo lo hice. La posición ética de Ingenieros con respecto a la ciencia es abordada en la última tríada. Es un breve texto que conviene repasar en extenso.

> «Las ciencias son sistemas de verdades cada vez menos imperfectos. La experiencia de mil siglos ha recorrido múltiples caminos en la exploración de lo desconocido y cada nueva generación podrá llegar más lejos por ellos o aventurarse por otros aún insospechados; las metas se alejan incesantemente y toda verificación plantea problemas que no podían preverse antes de ella. En cada etapa del saber humano, el amor a la verdad aconseja no considerar inmutables las hipótesis legítimas de las ciencias, pero obliga a reputar ilegítimas las que no concuerdan con las leyes demostrables» (Ingenieros 2003, pág. 57).

En definitiva, nos viene a decir que es el científico, el hombre moral, el «forjador de ideales» quien debe operar con total libertad en la búsqueda de hipótesis, siempre perfectibles, y lo obliga, como un deber moral, a no validar las que él mismo aprecia como ilegítimas. Lustros después Popper dirá lo mismo, desde la perspectiva del hipotético-deductivismo científico y del liberalismo político. Es que hay pensamiento que trascienden las fronteras ideológicas.

19.5 Final

Luego de haber leído muchas valoraciones de Ingenieros, positivas, negativas y equilibradas, sigo pensando que la mejor, para mí, la expresó Luis Farré, al final de su artículo en el libro compilado por Biagini, que me permito copiarla por extenso.

> «No fue variado, al parecer, el campo de lecturas de Ingenieros, muy reducido a textos de su especialidad científica e inclinaciones sociológicas y políticas. Sin embargo, ya en los finales de su existencia, como si buscara estabilidad, manifiesta arrimos que denominaríamos metafísicos. Tal vez dábase cuenta de que no es posible ofrecer un conjunto de ideas más o menos coordinadas sin apoyarse en principios estables. Es innegable que Ingenieros es estimulante en su prédica moral, pero pobre e inseguro al precisar lo que se debe realizar y cómo. Parece, por lo tanto, contradictoria a su previo proceder, su aventura metafísica. Aspiraba con ella a una síntesis superior que, desde lo que denomina "experiencia" justificara lo inexperiencial. Con otra terminología, Tomás de Aquino anhelaba lo mismo» (Farré 1985, pág. 564).

Por mi parte he mostrado que en tres aspectos Ingenieros innova en lo que podríamos llamar «la media del pensamiento argentino» de su tiempo, signado por dos extremos irreconciliables: el espiritualismo tradicional y el positivismo en versión fuerte. No es que intentara una vía intermedia, sino que simplemente pensó las cosas de otra manera y, por tanto, salta fuera de ambos extremos y de los equilibrios intermedios. Nadie había expresado una idea como la suya sobre la filosofía, ni sobre los métodos que amplían los objetos de la sociología y la historia, ni sobre una teoría de moralidad práctica sobre el concepto propio de «idealismo moral». Estos son hechos. Puede discutirse su valor y su alcance.

Después de todo esto parecería que finalmente no se encuentra en Ingenieros un pensamiento original que justifique lo encumbrado de la posición que ostenta en la filosofía argentina, otorgado por el sentir de la mayoría de los miembros de este colectivo. Porque, conforme lo que se ha ido diciendo, casi todas las tesis más interesantes de Ingenieros han sido dichas por otros eminentes filósofos. Y aquí viene mi afirmación central: lo importante no es que Ingenieros dijera más o menos lo mismo que otros filósofos relevantes, sino que *lo dijo antes*.

No pretendo desconocer el valor de todos los filósofos con los cuales encontré parecidos no casuales; mucho menos pretendo que haya ejercido alguna influencia o siquiera que haya sido conocido por ellos. Lo que quiero decir es que de algún modo Ingenieros, centrándose en la posición tradicional y consolidada del positivismo decimonónico, al llevarlo a sus últimas consecuencias teóricas, terminó adelantándose a otros que, con más fortuna histórica y quizá incluso con más capacidad filosófica, siguieron el mismo camino y arribaron a resultados que tienen, como dirían los analíticos, «un aire de familia». En todo caso, una «familia» muy amplia, que debería interesarse por atisbar algo de un pasado del cual obviamente no se han apropiado, pero que está allí. El miso Ingenieros dijo que todo pensamiento es hijo de su tiempo, a lo más con un pequeño margen de adelanto. Fue su caso.

Referencias bibliográficas

ACHAVAL, GUILLERMO

1927 «La filosofía de Ingenieros», en *Revista de Filosofía*, n.º 13, referencia citada en página 442.

APPEL, KARL
1990 *Una ética de la responsabilidad en la era de la ciencia*, Buenos Aires: Almagesto, referencia citada en página 463.

BAGÚ, SERGIO
1936 *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires: Editorial Claridad, referencia citada en página 442.

BIAGINI, HUGO
1985a (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en páginas 436, 437.
1985b *Panorama filosófico argentino*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 436.

BLACKMORE, JOHN
1972 *Ernst Mach. His Work, Life, and Influence*, Los Angeles: University of California Press, referencia citada en página 447.

CATURELLI, ALBERTO
2001 *Historia de la filosofía en Argentina (1600-2000)*, Buenos Aires: USAL, referencia citada en páginas 437, 439.

DAMIS, JOSÉ LUIS
1985 «José Ingenieros (1877-1925)», en *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en páginas 440, 441, 456, 457.
1995 *La moral en la filosofía de José Ingenieros*, Buenos Aires: Editorial J. A. Roca, referencia citada en página 440.

DUJOVNE, LEÓN
1926 «La obra filosófica de Ingenieros», en *Revista de Filosofía*, referencia citada en página 442.

FARRÉ, LUIS
1985 «La ética de José Ingenieros», en *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano: Buenos Aires, referencia citada en página 470.

FARRÉ, LUIS Y CELINA LÉRTORA MENDOZA
1981 *La filosofía en Argentina*, Buenos Aires: Docencia, referencia citada en páginas 438, 441, 442.

FERNÁNDEZ CORDERO, LAURA
2012/2013 «José Ingenieros y Eva Rutenberg: Cartas de amor para una historia intelectual», en *Políticas de la Memoria*, n.º 33, referencia citada en página 455.
2009/2011 «Versiones del feminismo en el entresiglos argentino (1897-1907)», en *Políticas de la Memoria*, n.º 10-11-12, referencia citada en página 455.

INGENIEROS, JOSÉ

1916 *Principios de Psicología*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 445, 446, 448, 449, 452, 453.

1917 *Hacia una moral sin dogmas. Lecciones sobre Emerson y el eticismo*, Buenos Aires: Talleres gráficos Rosso y Cía., referencia citada en páginas 457-464.

1930-1940 *Obras Completas*, ed. por Aníbal Ponce, 24 vols., Buenos Aires, referencia citada en página 433.

1947 *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 445, 449-453.

2003 *Las fuerzas morales*, Biblioteca virtual, referencia citada en páginas 457, 464-468, 470.

s/f *El hombre mediocre*, recuperado de <https://www.elaleph.com/libro/El-hombre-mediocre-de-Jose-Ingenieros/592/>, referencia citada en página 457.

LENIN [Vladímir Ilích Uliánov]

1974 *Materialismo y empiriocriticismo*, 6.ª ed., Buenos Aires: Ediciones Estudio, referencia citada en página 447.

LÉRTORA MENDOZA, CELINA

1985 «Ciencia y filosofía en José Ingenieros», en *El movimiento positivista argentino*, comp. por Hugo Biagini, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 445.

MALIANDI, RICARDO

1998 *La ética cuestionada*, Buenos Aires: Almagesto, referencia citada en página 463.

MOREAU, GABRIEL

1926 «Las ideas sociales de Ingenieros», en *Humanidades*, n.º 12, referencia citada en página 442.

MOUCHET, ENRIQUE

1925 «José Ingenieros», en *Humanidades*, n.º 11, referencia citada en página 442.

ROMERO, FRANCISCO

1950 «Indicaciones sobre la marcha filosófica del pensamiento filosófico en Argentina», en *Cuadernos Americanos*, referencia citada en página 438.

SOLER, RICAURTE

1979 *El positivismo argentino*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, referencia citada en página 445.

CAPÍTULO 20

Juan Bautista Alberdi, precursor de las ideas sociológicas de José Ingenieros

MARCOS MELE*

> «En su madurez, Alberdi es un hombre de ciencia; solo puede ser juzgado y estimado por hombres de ciencia. (...). En sus escritos aparece por primera vez en las letras argentinas la palabra sociología, y comprendió en toda su magnitud la significación de esta ciencia frente a la historia política» (Ingenieros 1961b).

20.1 Introducción

En su obra *Sociología argentina*, José Ingenieros construye una genealogía del campo sociológico nacional y postula a Juan Bautista Alberdi, junto con Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento, como un precursor decimonónico del mismo (Ingenieros 1961b, págs. 173-243).

En la advertencia a la quinta edición, fechada en la ciudad de Madrid en el año 1913, Ingenieros afirma que sus estudios sociológicos se cimientan en premisas esbozadas por Sarmiento y Alberdi, las cuales serán profundizadas y complejizadas con el fin de alcanzar la más alta rigurosidad analítica. Aquellas ideas, que en sus antecesores eran sólidas y acertadas intuiciones, Ingenieros las sistematiza y les asigna el carácter de doctrinas científicas (Ingenieros 1961b, pág. 9).

El presente trabajo busca indagar el análisis que realiza Ingenieros sobre las obras y la trayectoria pública de uno de los iniciadores

* UNLa.

de la sociología argentina, Juan B. Alberdi, teniendo en cuenta dos textos del ítaloargentino en los que centra su atención en momentos distintos de la producción del letrado tucumano.

En primer lugar, se explorarán las reflexiones de Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas* en torno a los escritos del «joven Alberdi», quien inicia sus estudios de filosofía social bajo la influencia del pensamiento sansimoniano. En segundo término, se abordará la lectura de Ingenieros en *Sociología argentina*, en la que analiza las obras de Alberdi a partir de la publicación de *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), libro que, para Ingenieros, condensa los ejes neurálgicos de la doctrina sociológica alberdiana. Simultáneamente, en esta segunda lectura presenta a Alberdi como el introductor de la economía política en los estudios sociológicos americanos, a partir de su escrito póstumo *Estudios económicos*.

20.2 Juan B. Alberdi y la búsqueda de una filosofía nacional

En la tercera parte de *La evolución de las ideas argentinas* titulada «La Organización», incorporada de manera póstuma e inacabada, Ingenieros esboza tres ciclos palingenésicos que dan cuenta de la vida independiente de la República Argentina y, dentro de los cuales, organiza a los múltiples actores políticos que la recorren durante el siglo XIX.

Estas fases de desarrollo y existencia de la nacionalidad argentina comprenden tres instancias, inherentes a «todo proceso histórico que renueva las instituciones básicas de una civilización o de una cultura (…)» (Ingenieros 1961a, pág. 313). Las mismas no se presentan de manera exclusiva en las antiguas colonias españolas de ultramar, sino que determinan en todo el mundo occidental el tránsito del régimen absolutista feudal hacia el sistema representativo constitucional.

La primera fase que reconoce Ingenieros es la de la *Revolución*, cuyos ideales de carácter universal son estructurados con el fin de abolir el antiguo régimen anquilosado. Sin embargo, el autor advierte un desfase entre los ideales revolucionarios abstractos y su efectiva concreción al momento de dar constitución al nuevo orden. Dentro de este ciclo palingenésico, Ingenieros ubica la trayectoria de Moreno, Alvear y Rivadavia (Ingenieros 1961a, pág. 314).

A continuación, Ingenieros examina una fase de *Restauración*, en la cual se produce la reacción conservadora de las fuerzas del viejo orden, con el fin de retornar al mismo. Este es el caso de Cornelio Saavedra y, principalmente, del régimen de Juan Manuel de Rosas que, siguiendo a Alberdi, Ingenieros lo caracteriza como la recomposición del estado económico colonial derribado en Mayo de 1810.

Finalmente, el autor incorpora una última fase palingenésica, la de la *Organización*, que emerge una vez superados los flujos y reflujos de la *Revolución* y la *Restauración*. La misma emana en el marco de la reacción, ya que los ideales revolucionarios no son abandonados pero, sin embargo, paulatinamente comienzan a ser despojados de universalismos abstractos, para dar lugar a la construcción de un orden posible, adaptado viablemente a las realidades particulares del medio social en que se inscribe (Ingenieros 1961a, pág. 315). En esta fase, que Ingenieros fecha su comienzo con la batalla de Caseros de 1852, posiciona a Alberdi quien, de acuerdo a la lectura de Aníbal Ponce, es visto por Ingenieros como «(...) un pensador equilibrado que renuncia a lo imposible para reclamar lo posible» (Ingenieros 1961a, pág. 311).

En el contexto de la *Restauración* que supone el régimen de Rosas, Ingenieros observa que los ideales revolucionarios y el sentimiento de libertad no son clausurados definitivamente, sino que perviven en una élite; «(...) se concentran en pocos, en los mejores por la mente y el corazón, en los más elocuentes por la palabra y por la pluma; y al fin, convertidos en ideal de una generación, germinan con nuevas fuerzas (...)» (Ingenieros 1961a, pág. 235). Este es el caso de la generación del 37 que, nucleada originariamente en el Salón Literario de Marcos Sastre y cuyos principales referentes son Echeverría, Alberdi y Frías, recoge y le otorga nueva vitalidad al ideario de Mayo en el marco de un gobierno contrarrevolucionario como el rosista.

En su caracterización de la Joven Generación, Ingenieros manifiesta una de las líneas de continuidad a lo largo del conjunto de su obra: la idea del elitismo. Para el autor, las principales transformaciones institucionales, científicas y sociales, no son el producto del impulso irracional de las mayorías populares sino que, por el contrario, radican en minorías ilustradas que, gracias a la posesión casi exclusiva de un cúmulo de saberes, son las naturales destinatarias de dirigir el curso de la evolución social.

Para Ingenieros, las doctrinas filosóficas que abraza la Joven Generación Argentina son las del sansimonismo, transformándose en propagadores del ideario de Sant-Simon, Lerminier, Leroux y, en el caso de Alberdi, introductor en el Río de la Plata de la doctrina histórica del derecho de Savigny. En términos generales, Ingenieros señala que esta filosofía se caracteriza por su contenido social y democrático; su orientación hacia los derechos colectivos en sustitución de los individuales; y por concebir al trabajo y a las tareas productivas como una fuente de moralización (Ingenieros 1961a, pág. 236).

El legado histórico de los sansimonianos argentinos es, según Ingenieros, la voluntad de dar inicio a los estudios sociológicos en el país, realizando un ejercicio de adaptación de la ciencia europea a la indagación de los problemas de las nacionalidades americanas.

Por lo tanto, los miembros del Salón Literario de orientación romántica, pero también política gracias a la influencia de Leroux y Lerminier en el pensamiento alberdiano, ocupan el sitio de precursores o fundadores del campo intelectual argentino. Así, Echeverría es poeta; Juan María Gutiérrez es crítico; Vicente F. López y Mitre historiadores; Sarmiento educador. El sitio ocupado por Alberdi es el de sociólogo. Como se puede apreciar, Ingenieros está construyendo un «panteón» o una genealogía de dicho campo; y por lo tanto, sus integrantes son despojados de las tensiones políticas coyunturales existentes entre sí. Las polémicas que tuvieron lugar entre Alberdi, Sarmiento y Mitre, o entre Mitre y López, no son contempladas ya que, para Ingenieros, lo predominante es la trascendencia y el aporte histórico a la formación del campo que realiza cada uno de ellos (Ingenieros 1961a, pág. 243).

Ahora bien, ¿en qué obras del «joven Alberdi», cultor de la filosofía social, concentra su atención Ingenieros? Al momento de indagar las doctrinas filosóficas sansimonianas del letrado tucumano, Ingenieros estudia principalmente el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, del año 1837, pero también hace referencia a la polémica de Alberdi con el doctor Salvador Ruano, y a sus artículos en el periódico *El Nacional* de Montevideo.

En lo que refiere al *Fragmento preliminar*, Ingenieros afirma que Alberdi se nutre de múltiples doctrinas filosóficas tales como el economismo utilitario de Bentham, el socialismo humanitario de Leroux, y el historicismo jurídico de Lerminier y Savigny.

Más allá de ello, este escrito encuentra relevancia en la voluntad de Alberdi por alcanzar un «nacionalismo filosófico» (Ingenieros 1961a, pág. 260). Esto supone que, para formar una nación americana y argentina es una condición ineludible la previa conquista de una filosofía nacional. De esta manera, la filosofía y la nación se constituyen sincrónicamente. Según Ingenieros, Alberdi «acepta que la filosofía es igual en todas partes en cuanto a sus fines y sus métodos; pero asume caracteres especiales según el tiempo y lugar por los problemas que importan especialmente a una nación (...)» (Ingenieros 1961a, pág. 269).

En la búsqueda de una filosofía nacional, Ingenieros considera que Alberdi refleja todo el pensamiento de una época; la iniciativa sociológica de la Joven Generación que, simultáneamente, produce una ruptura con las tradiciones políticas que la preceden, ya sea el universalismo abstracto encarnado en el ideario rivadaviano, o la restauración colonial rosista que ahoga el «Espíritu de Mayo».

Finalmente, es preciso resaltar un eje del pensamiento alberdiano que en sus escritos de las décadas de 1830 y 1840 se presenta de manera germinal. Como ya fue indicado, Ingenieros sostiene que para Alberdi la creación de una filosofía es un elemento constitutivo de la nacionalidad y un elemento de «Progreso», que marca el camino de las repúblicas americanas hacia el porvenir. Ahora bien, este tránsito reviste una fase eminentemente moral.

¿Cuál es la vía de moralización que preconiza Alberdi, partiendo del ideario sansimoniano? En las *Impresiones de viaje* que cita Ingenieros, realiza una crítica a la orientación del sistema de instrucción pública predominante en el Colegio de Ciencias Morales fundado bajo la impronta educativa del ministro Bernardino Rivadavia. En la exclusiva disposición de esta institución hacia las ciencias morales y su omisión de las ciencias físicas, indispensables para una nación que debe dejar atrás la tradición heroica y avanzar hacia el desarrollo industrial, Alberdi advierte rémoras del pasado colonial (Ingenieros 1961a, págs. 257-258).

El cuestionamiento a la orientación de la enseñanza nacional y el rol asignado a las tareas productivas como vías para disciplinar a la sociedad civil, serán profundizados por Alberdi en *Bases*, obra que Ingenieros aborda minuciosamente en *Sociología argentina*.

20.3 El economismo histórico de la doctrina sociológica de Alberdi

La parte tercera de *Sociología argentina*, titulada «Los iniciadores de la sociología argentina» reúne tres estudios de Ingenieros publicados entre los años 1915 y 1916, en torno a las obras de Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento.

De manera similar a la operación montada en *La evolución de las ideas argentinas*, Ingenieros construye una genealogía del campo sociológico nacional partiendo de premisas establecidas por sus precursores decimonónicos, todos ellos figuras canónicas del campo político e intelectual argentino.

Para organizar su indagación sobre los inicios de la sociología nacional, Ingenieros se centra en las doctrinas socialistas y la interpretación de la historia de Echeverría; el estudio económico de la historia argentina de Alberdi; y el análisis de Sarmiento en torno al medio y la raza. Cada una de estas claves analíticas aporta elementos constitutivos para las ideas sociológicas de Ingenieros, quien las complementa y articula.

Ahora bien, ¿cuál es el problema que estructura la obra *Sociología argentina* y que la producción de los precursores del siglo XIX contribuyó a dilucidar? Ingenieros afirma que el objetivo principal de su trabajo es:

> «(...) mostrar las aparentes antinomias que se desenvuelven en torno de dos orientaciones: la evolución de la barbarie indígena hacia la civilización del tipo europeo (en el orden interno) y la evolución del feudalismo colonial hacia el solidarismo democrático (en el orden internacional)» (Ingenieros 1961b, pág. 12).

La tensión entre la civilización europea y la barbarie vernácula encuentra una explicación sistemática a través del método de observación casi experimental implementado por Alberdi en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, publicado en el marco del escenario político abierto con la Batalla de Caseros y el derrumbe del régimen rosista. Para Ingenieros, en Alberdi se produce la extraña coincidencia entre una formación intelectual empapada en las principales doctrinas sociológicas del mundo moderno, y la oportunidad histórica que permite la concreción de su ideario (Ingenieros 1961a, pág. 191).

Así, *Bases* se convierte en su obra eminentemente científica y reúne siete postulados sociológicos que constituyen el aporte sustancial de Alberdi al pensamiento americano, núcleo trascendente de sus ideas. De esta manera, Ingenieros fracciona la producción de Alberdi: por un lado, se hallan sus obras sociológicas; por el otro, los escritos que responden a sus objetivos de militancia política, pero que, por su naturaleza polémica, no sintetizan lo central de su pensamiento, sino posiciones meramente coyunturales (Ingenieros 1961a, pág. 193).

El primer postulado sociológico de *Bases*, consiste en la búsqueda de una *sociología nacional*, es decir, estudiar los problemas americanos sin realizar un mero trasplante de modelos formulados en las naciones guía del siglo XIX (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos), sino emprender un esfuerzo teórico de recepción y selección de estas doctrinas científicas, adaptándolas al medio local. En este punto, la voluntad por la conquista de una sociología nacional es coincidente con la búsqueda de una filosofía nacional, que Ingenieros advierte en el «joven Alberdi» del *Fragmento preliminar* (Ingenieros 1961a, pág. 194).

¿Cuál es, para Ingenieros, el problema central que busca desentrañar Alberdi en *Bases*? Siguiendo a Saint-Simon, argumenta que la fase heroica asociada al culto de la guerra debe ser superada y, si bien su contribución para alcanzar la Independencia es irrecusable, se tiene que clausurar este ciclo prolongado con las guerras intestinas para dar lugar al desarrollo de la economía nacional. Así, se producirá un cambio de paradigma, dejando atrás el paradigma medieval y abriendo uno nuevo (el de los industriales productores de riquezas).

¿Cómo sobreponerse a la tradición hispánica que pervive en los hábitos y las costumbres de la América Independiente? Ingenieros, siguiendo a Alberdi, considera que la respuesta a este problema reviste un carácter netamente racial, o sea, una transformación en la raza que permita superar la arcaica barbarie indígena, evolucionando hacia la civilización de tipo europea. Por lo tanto, recupera como segundo postulado sociológico de *Bases* el axioma alberdiano «somos europeos adaptados a vivir en América». Es decir, todo lo que conduce al progreso de estas naciones proviene de su contacto con la civilización moderna (Ingenieros 1961a, pág. 194).

En la misma línea de análisis, Ingenieros incorpora el lema alberdiano «gobernar es poblar», atado al imperioso problema de formar

una *población nacional de raza blanca*, cimiento de la nacionalidad, como tercer y cuarto postulado sociológico, respectivamente (Ingenieros 1961a, págs. 195-196). El fomento de la inmigración anglosajona formada en las prácticas laboriosas implica, para el ideario alberdiano, una profunda transformación cultural, ya que estos, a través del ejemplo, educan y modifican los hábitos de los nacionales, imbuidos en la tradición de la guerra y la degradación de las tareas productivas propias del pasado colonial.

Para alterar el paradigma medieval perimido, Ingenieros recupera como quinto postulado sociológico la crítica que Alberdi efectúa al sistema de instrucción vigente al momento de la publicación de *Bases*, profundizando las ideas que habían sido volcadas incipientemente en sus trabajos de las décadas de 1830 y 1840. Para Alberdi, resulta imperioso modificar la orientación enciclopedista y humanística de la instrucción nacional, reemplazándola por una educación con una impronta netamente productiva. La *educación adaptada al medio* es el quinto postulado sociológico que plantea Ingenieros (Ingenieros 1961a, pág. 197).

Finalmente, presenta los últimos dos postulados: la concepción de una *política económica*; y la *función moralizadora del trabajo* para las sociedades americanas (Ingenieros 1961a, pág. 198). Estos ejes estructurales del pensamiento de Alberdi determinan su interpretación económica de la historia argentina que, de acuerdo a Ingenieros, se concentra en los *Estudios económicos*, su obra póstuma de mayor relevancia (Ingenieros 1961a, pág. 202).

Aquí, Ingenieros posiciona al Alberdi de las décadas de 1870 y 1880 como un economista sociólogo que ha asimilado los escritos de Comte, Darwin y Spencer, fusionando el economismo histórico con las doctrinas biológicas, adhiriendo al positivismo y al evolucionismo. Esta confluencia entre la biología y la economía, entendiendo a esta última «(…) como una forma superior y compleja de simples relaciones biológicas» (Ingenieros 1961a, pág. 86), es empleada por Ingenieros a lo largo de su producción bajo el concepto de «bioeconomismo», que según Terán le permite conjugar el ideario marxista con la doctrina spenceriana (Terán 2008, pág. 150).

En la crítica sociológica que Ingenieros realiza sobre el libro *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge, caracteriza al economismo histórico partiendo de la base de que:

> «(...) las transformaciones económicas constituyen el principal elemento propulsor y directivo de la evolución de los agregados sociales, determinando los caracteres de las diversas instituciones –políticas, religiosas, morales, intelectuales, etcétera–, que constituyen la superestructura social» (Ingenieros 1961b, pág. 78).

¿Cuál es el rol que Alberdi le asigna al economismo histórico para el estudio de las crisis económicas americanas? Contrariamente, al camino recorrido por las sociedades industriales modernas, la sociedad colonial instaura el envilecimiento de las tareas productivas, dando origen a la ociosidad y al atraso de la región, ya que no considera al trabajo humano, sino a las bondades del territorio como la fuente de toda riqueza. Ingenieros advierte que la interpretación económica de la historia que realiza Alberdi se sostiene en un problema sociológico más amplio: la pugna entre la moral española caballeresca, y la moral anglosajona del trabajo industrial. Suplantar una por otra, implica una ardua transformación cultural y a ello buscan contribuir sus estudios económicos.

Para Ingenieros, esta clave analítica alberdiana debe ser complementada con los estudios de Sarmiento, quien focaliza su mirada en los problemas del medio y la raza. La convergencia de este instrumental teórico, posibilita a Ingenieros contar con la base sustancial para elaborar una interpretación integral del curso de la evolución sociológica de las sociedades americanas. Al igual que en *La evolución de las ideas argentinas*, Ingenieros propone la complementariedad entre la producción de Alberdi y Sarmiento, precursores decimonónicos de los estudios sociológicos.

20.4 Conclusiones

Recuperando la cita escogida en el epígrafe de este trabajo se puede advertir que, para Ingenieros, Alberdi ocupa un lugar de privilegio como hombre de ciencia. Por lo tanto, su doctrina solo puede ser comprendida por sus pares del campo científico, es decir, una «minoría del saber» de la que indefectiblemente forma parte Ingenieros. Esta se transforma en la encargada de aprehender el significado de sus ideas y profundizar los estudios emprendidos por sus precursores. Como se observa, el eje del elitismo se mantiene presente en los dos textos seleccionados para este trabajo.

En ambas obras, Ingenieros posiciona a Alberdi como un antecesor del campo sociológico argentino pero centra su mirada en momentos distintos de la trayectoria alberdiana. En *La evolución de las ideas argentinas* Ingenieros estudia al Alberdi de las décadas de 1830 y 1840, influenciado por el ideario sansimoniano y cuya producción es eminentemente filosófica. En *Sociología argentina* analiza al Alberdi de *Bases* y *Estudios económicos*, observando una ruptura en su ideario respecto a sus anteriores obras de filosofía social, ya que ingresa plenamente a los estudios sociológicos incorporando disciplinas y nociones de las que Ingenieros se reconoce tributario, tales como el economismo histórico y el evolucionismo.

Al momento de impulsar la construcción del campo sociológico nacional, Ingenieros elabora simultáneamente su «panteón de próceres», todos ellos insignes figuras del pensamiento argentino del siglo XIX, siendo Alberdi quien da constitución a un nuevo saber en el país al incorporar por vez primera la palabra «sociología» a las doctrinas científicas de la República Argentina.

Referencias bibliográficas

INGENIEROS, JOSÉ

1961a *Obras Completas*, vol. 5: *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires: Mar Océano, referencia citada en páginas 476-482.

1961b *Obras Completas*, vol. 6: *Sociología argentina*, Buenos Aires: Mar Océano, referencia citada en páginas 475, 480, 483.

TERÁN, OSCAR

2008 *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 482.

CAPÍTULO 21

El proyecto liberal argentino ante el peligro del estallido social: los papeles desempeñados por José Ingenieros

JORGE MORALES BRITO*

21.1 Modernidad, crisis y revolución

Dado su significado histórico concreto realizar un homenaje a la obra de un pensador y figura social no se reduce a exaltar la coherencia de sus acciones, la brillantez de sus ideas o la infalible aplicación de sus predicciones. Es José Ingenieros digno de homenaje sobre todo porque las contradicciones que enfrentó y sus propuestas epocales de solución tienen hoy una sorprendente vitalidad, sobre todo para actores históricos reales. Sin ser «hombres de Ingenieros» o seguidores de sus ideas, podemos reconocer que el panorama cultural y político nuestro americano sigue generando condiciones propicias para el renacer de perspectivas, proyectos e intentos que resultarían pobremente comprensibles o valorables sin la antesala que el estudio de una obra como la suya nos puede aportar.

En otros espacios hemos abordado la diversidad y complejidad de la obra desarrollada por Ingenieros, en la que destacamos la tensión entre los fundamentos teórico-filosóficos y sus ideas políticas (cfr. Morales Brito 2014). Es importante retomar aquí el asunto de que su pensamiento es una expresión cultural interesante, una síntesis más o menos acabada de condiciones históricas y

* ULASVILLAS.

de proyectos sociales que no fueron producidos por la voluntad individual o el capricho de algunos intelectuales, sino que implican procesos de continuidad y ruptura de esfuerzos epocales, muchas veces no concretados en la práctica de la misma forma en que fueron imaginados por sus impulsores.

Sarmiento y Alberdi habían proyectado, como intérpretes de sectores avanzados dentro de las fuerzas políticas del país, a la migración y a la educación, junto a la libertad comercial y de acumulación de capital como los elementos dinamizantes de un camino hacia la ansiada civilización de raíz europea o de características similares al ya exitoso modelo estadounidense. Sin embargo, aunque los llamados «aluviones migratorios», junto a otras fuerzas socioeconómicas, fueron moviendo a la sociedad argentina hacia condiciones de desarrollo acelerado del capitalismo, las características, contradicciones y tendencias de esta inserción masiva de migrantes europeos en el proyecto país no marcharon solo por los derroteros imaginados.

Si fuésemos a resumir tentativamente la situación global, Ingenieros y el positivismo como corriente se encontraron una realidad nacional en la que, con el migrante europeo que quería Sarmiento se fueron insertando también las contradicciones y las ideologías que éste temía. Hasta el momento, el proceso de maduración de la proto burguesía argentina alrededor del proyecto de Estado-Nación que la fortalece y la consolida como grupo diverso y contradictorio, pero con objetivo común no había tenido que enfrentarse con un nivel de organización, conciencia y acción correspondiente de los grupos dominados, explotados o simplemente subalternos.

Algunos datos muestran que el proyecto liberal argentino, si bien llevaba adelante un proceso gradual de superación de los aislamientos regionales internos y había logrado una hegemonía económica de la proyección industrial, apoyada por su inserción creciente en el mercado internacional como país productor de materias primas, también la propia tendencia monopolizadora y la concentración de capital acentuaban el carácter predominantemente elitista de sus proyecciones políticas. Varios estudios resaltan como la denominada «movilidad social» no sobrepasa la estructura desigual, encaminada a asegurar el flujo de ganancias y la concentración de la propiedad de una élite muy reducida. A medida que se consolida la economía agroexportadora «unas 2.000 personas poseían en Argentina tanta tierra como la superficie total de Italia,

Bélgica, Holanda y Dinamarca juntas» (Rock 1978, citado por Terán 1979, págs. 14-15).

Mientras el proyecto mantuvo un ciclo de crecimiento económico y consolidación social no se registraron amenazas de significación ni cambios de su esencia, pero para finales del siglo XIX, especialmente para inicios de la década del noventa, aparecieron con singular fuerza contradicciones y retos que ya no eran superables por el enfoque tradicionalmente elitista de las clases dominantes.

La respuesta que desde el propio proyecto liberal se encontró para conjurar un ciclo destructivo de trasformaciones sociales y encauzar los cambios en provecho de dicho proyecto, fue el radicalismo. Pero suele pasarse por alto las evidencias que apuntan al hecho de que el radicalismo logró ascender y convertirse en opción hegemónica de distribución-legitimación del poder y del proyecto país, sobre todo por su capacidad para responder a una amenaza mucho más grave: la inminencia de una rebelión social de masas.

Esta real y muy concreta amenaza que sirvió de catalizador para la democratización formal del sistema político estructurado trabajosamente por las clases dominantes se explica, entre otros aspectos, por las características del migrante que fue llegando en crecientes oleadas al país y a la región. Sobre este aspecto señala Alba: «De 1850 a 1950 inmigraron a América Latina 17 millones de personas (...). Procedían de Italia (seis millones), Alemania (dos millones), España (cuatro millones), Portugal (1 millón)» (Alba 1964, pág. 17) las grandes masas de migrantes, en su mayoría, procedían de los sectores populares que se habían desarrollado en sus países de origen. Estas masas, atraídas por la incipiente industrialización, portaban una definida conciencia sindical y política que impulsa tempranos esbozos de organización y difusión de ideologías revolucionarias.

No es de extrañar que, para la década del noventa del siglo XIX, el nivel de organización del movimiento obrero en Argentina, especialmente sus capacidades de movilización y de enfrentamiento a las patronales, crece a ritmo acelerado. La primera huelga con objetivos sindicales había ocurrido en 1878, poco después la presión patronal hace que sus impulsores abandonen los acuerdos conquistados. Durante la década del noventa la situación es muy distinta, como apunta Alba: si en 1894 hubo 9 huelgas, estas crecieron hasta 19 en 1895 y llegaron a 26 en 1896 (Alba 1964, pág. 341).

La novedad que aparece en las protestas de principios de siglo XX es su carácter generalizado. Según refiere Alba, en 1902 una huelga iniciada en la capital se extiende por el interior del país, ese mismo año una huelga de descargadores de Rosario se convierte en huelga general. En 1903 y 1904 hubo dos huelgas generales, mientras que una nueva oleada de movimientos huelguísticos comenzó en 1905 y continuó con vigor hasta 1910 (cfr. Alba 1964).

A pesar del desarrollo y el carácter masivo que alcanza el movimiento obrero, los problemas relacionados con su unidad y su organización afectan sus posibilidades para convertirse en sujeto de cambios revolucionarios. Entre 1890 y 1900 se habían producido varias tentativas de unir en una sola organización al movimiento obrero argentino, las cuales fallaron debido al enfrentamiento doctrinal entre las corrientes que lo conformaban. Esta situación sigue desarrollándose durante las primeras décadas del siglo XX: en 1901 se había creado la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) que reunía a anarquistas y socialistas, pero las resoluciones tomadas por el segundo congreso de la FORA provocan la salida de los socialistas de esta organización y el surgimiento, en 1903, de la Unión General de Trabajadores (…). Dentro de la propia UGT se produjeron divisiones entre la corriente sindicalista y socialista, lo que llevará a nuevas rupturas y a nuevas organizaciones.

En este contexto de divisiones doctrinales y unidad relativa en momentos de confrontación directa con el gobierno, los socialistas adoptaron el reformismo como estrategia, con el cual intentaban representar los intereses obreros. Sin embargo, la problemática en torno a la utilidad de los partidos, el tema de la participación en las instituciones políticas dirigidas por la burguesía, así como la cuestión sobre papel específico del partido socialista en el movimiento obrero, provocaron adaptaciones y desencuentros entre los socialistas y los sindicalistas. En 1903, la UGT liderada por los socialistas juzga que la huelga puede ser útil en cuestiones que afecten directamente al pueblo y como acto de resistencia, pero condena su despliegue por vías violentas o revueltas. La UGT también recomendaba a los obreros que, con independencia de la lucha general de sus organizaciones, dieran su voto a los partidos que tuviesen en sus programas reformas que pudiesen favorecer los intereses populares (cfr. Alba 1964, pág. 352).

Por su parte, la corriente sindicalista, centrada en la huelga como método de lucha, durante el congreso de la UGT en 1905

resolvía aceptar la representación parlamentaria, pero otorgándole un papel secundario, en la medida que ella no podía atribuirse nunca la dirección del movimiento obrero (Alba 1964). El reformismo, adoptado como estrategia principal por el partido socialista, no fue capaz desplazar ni de eliminar las limitaciones de las corrientes sindicalistas y anarquistas. Por otro lado, la opción reformista contribuyó a que el partido socialista no lograse el objetivo de convertirse en la vanguardia efectiva del movimiento obrero en Argentina. Sobre este fenómeno y desde un punto de vista más centrado en la procedencia de los dirigentes apunta Louget: «El partido cuenta con personalidades universitarias eminentes (...) pero ofrece el defecto frecuente en los movimientos socialistas de los países latinoamericanos, de no ser en grado suficiente un movimiento obrero, encuadrado y dirigido por hombres salidos de la clase obrera» (citado por Alba 1964, pág. 129).

A diferencia del carácter negativo y los pobres resultados que el reformismo provocó en el movimiento obrero y socialista, esta postura demostró sus verdaderas potencialidades al convertirse en la opción principal del proyecto liberal para encontrar salidas políticas a la crisis. A pesar de las divisiones doctrinarias, el ascenso del movimiento huelguístico se convirtió en una amenaza para la clase gobernante, ya que el modelo productivo establecido por la oligarquía resultaba dependiente de la inversión extranjera, lo que exigía el mantenimiento de altos niveles de estabilidad social.

La estrategia de los gobiernos durante la etapa se inclinó, inicialmente, a la represión. Ante la huelga general de 1902 se declara por primera vez el estado de sitio, en lo adelante esta medida sería aplicada ante cualquier protesta de cierta magnitud. Medidas jurídicas como las leyes de Residencia de 1902 y Defensa Social de 1910, encaminadas a impedir la entrada al país a migrantes con determinadas filiaciones políticas y a criminalizar la disidencia, no producen los frutos esperados: en 1906 hubo ciento setenta huelgas. En 1909, la muerte de 14 personas y los 80 heridos que resultaron del enfrentamiento entre el ejército y los manifestantes del Primero de Mayo, provocaron una huelga general que paralizó al país durante ocho días. En 1910 se produjeron 298 huelgas.

Ante el estado de confrontación social, sectores de la élite gobernante se plantean la necesidad de apoyar la opción reformista, como vía fundamental para contener el ascenso de las protestas obreras. Como apunta Martínez Díaz, desde 1905 un ideólogo de

la élite como Carlos Pellegrini señalaba el peligro que suponía colocar a los sectores medios y a los obreros en una situación sin salida. «La apertura del sistema electoral –agrega Martínez Díaz– parecía la maniobra que comprometía menos el futuro de las clases altas (…) opción también aguardada por los grupos extranjeros que invertían en la economía argentina» (Martínez Díaz 1988, pág. 54). Este cambio estratégico, aunque solo se materializa en 1912 con la aprobación de la ley Sáez Peña, constituye una opción que va ganando espacios en Argentina a lo largo de las primeras décadas del siglo XX.

Aunque no único, fue José Ingenieros un pensador social en cuya obra se entremezclan, con singular intensidad, las vertientes populares-revolucionarias y las oscilaciones entre elitismo y reformismo del proyecto liberal. Es de esta manera que un intenso ciclo de activismo revolucionario lo conduce a ser el primer secretario general del recién fundado Partido Socialista Obrero Argentino (1895) junto a su presidente Juan B. Justo.

Poco trabajada y usualmente pasada por alto por algunos estudiosos de la obra de Ingenieros, esta primera etapa (1895-1900) dominada por un activismo político de corte revolucionario, tiene algunas pistas sobre sus acercamientos a ideas posteriores sobre la necesidad del control y el orden social, en cuyo interior el problema del sujeto sociológico y político habilitado para llevar adelante esta tarea estaría muy presente. Más importante para la obra de Ingenieros en estos años iniciales resulta el impacto que alcanza la irrupción del proletariado como fuerza política palpable en el panorama social del país. Por ello la problemática del control social no es dominante y el reformismo encuentra en Ingenieros a uno de sus adversarios más decididos. Como señala Bagú, su rechazo junto a Lugones a la línea reformista de Justo provocó un fuerte debate y la posterior aprobación de un estatuto que señalaba literalmente: «Serán expulsados del Partido las agrupaciones o afiliados que acepten alianzas con los demás partidos» (Bagú 1955, pág. 27).

Por otra parte, la polémica de Ingenieros con el anarquismo, movimiento con el que establece una relación compleja, le conduce a atacar la vía escogida por los anarquistas para enfrentarse al régimen burgués. A entender de Ingenieros, el socialismo no podía desligarse del enfoque positivista de la sociedad, el cual permitía descubrir que evolución y revolución son procesos que se complementan. Desde su punto de vista, siendo el momento revolu-

cionario «el período final o crítico de la evolución ya realizada (...) Ni el grado exagerado de posibilismo que anima a los anarquistas que arrojando bombas o sembrando puñaladas pretenden con la violencia personal implantar un régimen comunista, ni un golpe de estado (...) son capaces de cumplir esta evolución» (Ingenieros 1979, pág. 147).

Siendo atraído en esta etapa por la confianza en el cambio revolucionario (aun dentro de ciertos matices sobre la pertenencia del salto trasformador a un proceso gradual, lo menos destructivo e incontrolable posible) y no tanto por un enfoque positivista ortodoxo, en las visiones iniciales sobre el sujeto histórico encargado de hacer las transformaciones donde se van percibiendo las tensiones y complejidades de los préstamos tomados por Ingenieros de distintas tradiciones ideológicas.

En sus primeros textos aclara Ingenieros que la crisis finisecular del proyecto de país moderno tiene sus causas en la desigualdad «de condiciones existente ante los medios de producción entre dos clases sociales; la una de trabajadores que produce y no consume más que una parte de sus productos, y la otra de parásitos que, dueña de la actual organización política y económica, nada produce y consume los producido por la de trabajadores» (Ingenieros 1979, pág. 127).

Los planteamientos sobre los sujetos enfrentados, las causas de la crisis y sus posibles soluciones se ven matizados por la tendencia de Ingenieros a reproducir elementos de la crítica utópica y del pensamiento liberal, no solo en cuanto a la explicación moralista de los problemas, sino en algunos de sus elementos más universales: el individualismo y la unificación del sujeto histórico progresista en una amplia noción de *grupos productores*, contrapuestos a la *élite feudal o financiera* de corte burgués o medieval.

Aunque utiliza categorías del marxismo, este enfoque recibe influencias de la primera reacción del liberalismo argentino ante la crisis, que Terán denomina «denuncia inmediatamente moral» (Terán 1979, pág. 19). La interrelación entre corrientes ideológicas en su pensamiento facilita que el enfoque de la contradicción económica, al pasar al terreno de las generalizaciones teóricas, se traduzca co-

mo choque entre *productor* y *parásito*, entre el carácter moralmente positivo del trabajo y la inmoralidad de su expropiación.[1]

Sin ser un concepto maduro sobre una sociedad en la que sigan existiendo jerarquías o desigualdades sociales y en la que los productores incluyan a todos los grupos equilibrante, los que, por su peso en la creación de riqueza y bienestar, por sus posturas progresistas pero integradoras de intereses colectivos y que se habilitan como muro de contención para los conflictos entre sus extremos, toma Ingenieros el trabajo y al individuo como cualidades unificadoras abstractas, capaces de otorgar positividad, progresividad, progreso y protagonismo. Por lo pronto, los *productores*, categoría que incluye a la pequeña y mediana burguesía, a los llamados industriales de Saint Simon, son los que desde el punto de vista de Ingenieros están destinados a hacer el cambio social. En este momento para el pesador argentino revolución es también modernidad, despojada de sus nefastas consecuencias.

En definitiva, los enfoques de Ingenieros sobre el sujeto histórico en esta primera etapa, aunque sitúan al proletariado como su componente fundamental, se apoyan en la oposición entre trabajo y ocio, entre productor y parásito. Dicha división sirve como criterio para definir el carácter revolucionario o reaccionario de cada sector social. Esta postura refleja la situación de los estratos pequeñoburgueses y de los intelectuales en el contexto de la crisis del noventa y su respuesta a las contradicciones del modelo elitista. Por ello Ingenieros incluye en su definición del sujeto histórico a los comerciantes, los estudiantes, los intelectuales y los amplios sectores de la burguesía media: en su opinión, ellos pertenecen al proletariado por ser igualmente explotados y por estar unidos a los obreros en su condición de trabajadores.[2] No es casual que desde este periodo, Ingenieros intente distanciarse tanto de lo que él de-

[1] Para profundizar en el planteamiento de Ingenieros sobre el choque productor-parásito (cfr Terán 1979, pág. 21).

[2] «… el pequeño comerciante es un proletario que desempeña el rol de facilitador de la venta del producto (…) es un obrero cuyo trabajo está representado por las manipulaciones, atenciones y trabajo material que suelen requerir las ventas al menudeo» (Ingenieros 1979, pág. 131). Sobre los estudiantes e intelectuales en su unidad con el proletariado apunta más adelante: «Al esfuerzo muscular que imprime al martillo su fuerza percutoria (…) nosotros sustituimos el esfuerzo vibratorio de la masa encefálica que del cerebro arranca una idea o un pensamiento» (Ingenieros s/f[a], págs. 168-169).

nomina la «escuela individualista» como de la «escuela comunista» (Ingenieros s/f[a], pág. 138), considerando al socialismo como una opción intermedia que no cae en las exageraciones absolutas de ambas.

Ello no evita que se mantengan con singular fuerza en su obra los principios liberales, que en otros momentos se logrará concientizar como intento de construir una teoría intermedia para un sujeto también intermedio. Lo que se pone de manifiesto en la defensa que realiza Ingenieros del derecho del individuo a apropiarse de los frutos de su trabajo, derecho que aparece como límite infranqueable para cualquier proyecto social. En este caso, la naturaleza de su crítica contra el establecimiento de altos niveles de distribución de la riqueza, su consideración de la pequeña propiedad como fundamento de una sociedad alternativa al capitalismo, revelan que su postura no se opone al anarquismo, sino a cualquier proyecto que supere la tradicional imagen sacrosanta de la diferenciación social.

El problema de la libertad individual del productor para apropiarse del fruto de su trabajo muestra su apego, por un proyecto encaminado a sustituir el gran capital por una sociedad de pequeños productores, en la cual la concentración de la riqueza entre los más exitosos se transmite a la sociedad en forma de contribuciones a la seguridad social y en forma de distribución colectiva, tras la muerte de los individuos poseedores (cfr. Ingenieros s/f[a], págs. 135-140). Si en el caso lassalleano, Marx señalaba, por ejemplo, que la sustitución de las categorías económicas por términos abstractos como «fruto del trabajo» respondía a la defensa de la clase terrateniente (cfr. Marx 1975, pág. 27), en Ingenieros esta inclinación responde a una exaltación del papel de la pequeña burguesía y de los intelectuales en el progreso de la sociedad argentina hacia un orden social «superior».

Otros autores han recalcado que estas categorías y conceptos encuadran más dentro de lo que se conoce como concepciones sobre la nación y su identidad. Según esta perspectiva, versaría entonces el asunto en el problema de cómo lograr la unidad en la diversidad, de cómo dar el salto hacia el instrumento por excelencia del progreso: el poder y el orden públicos modernos. Sin embargo, en la primera etapa de la producción de Ingenieros estas nociones que vamos presentando no se plantean desde la hegemonía del pensamiento liberal, cuya preocupación por el problema de la nación si sería vital, sino desde otros registros como el de la concepción

sobre las clases sociales y sus antagonismos, desde un enfoque del conflicto como motor controlable pero inevitable del desarrollo.

21.2 Ingenieros y el socialismo positivo

Pese a las fuertes tensiones de su etapa juvenil y formativa, con la llegada de algunos acontecimientos vitales e históricos, Ingenieros entra en una segunda etapa de su producción intelectual y de su proyección como activista social que le coloca, posiblemente, en el momento más cercano en su obra a aquella función de control y equilibrio social que, como sinónimos del progreso, aunados a la exaltación de la ciencia, adoptan muchas expresiones del positivismo en nuestras tierras.

En 1900 Ingenieros defiende su tesis *Simulación de la locura por alienados verdaderos*, pero es, sobre todo, su introducción titulada *La simulación en la lucha por la vida* la que sintetiza sus estudios en los terrenos de la biología, la psicología, la psiquiatría y la criminología. Su trayectoria se integra rápidamente al ámbito de institucionalización de las ciencias en el país, dándose a conocer desde una amplia gama de trabajos que serán publicados en revistas de la época.[3] En este momento, Ingenieros profundiza en un enfoque que Terán denomina «mirada médica» (Terán 1979, pág. 42), la cual se encarga de juzgar las contradicciones de la sociedad burguesa como patologías a las que corresponden tratamientos que, sin afectar la integridad del sistema, se encaminan a atenuar sus efectos.

Para Terán, este enfoque refuerza el interés de Ingenieros por fundar las ciencias sociales en Argentina. Las ciencias, como bien señala Terán, serán para Ingenieros «saberes normativos del orden y el progreso que permiten integrar el disenso y segregar a los núcleos sociales patologizados».[4] Sin embargo, dentro de esta

[3] Uno de estos espacios se había creado a partir de la llegada a la Argentina del penalista Pietro Gori y la correspondiente fundación de la revista *Criminología Moderna*, en 1898, en la cual Ingenieros publicaría un grupo importante de trabajos. Unido a ello, en 1902 Ingenieros se hace cargo de la dirección de los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, labor que no abandona hasta 1913.

[4] Ibídem, pág. 45. Sobre este peculiar cruzamiento entre positivismo, especialmente en sus vertientes criminológicas y el socialismo señala Galfione: «El positivismo fue en la Argentina la herramienta de dominio de la oligarquía, un dominio apoyado sobre la dupla poder/saber y que, con-

apertura teórica y junto al interés de Ingenieros por crear una ciencia de la sociedad, destaca la importancia de dos grandes concepciones que resultan fundamentales para su proyecto de refundar la sociología en el país. «Por una parte –señala Ingenieros– los organicistas, cual Spencer, Worms, Lilienfeld y Novicow, empeñados en considerar las sociedades humanas como organismos (...) por otra parte los economistas, como Rodgers, Marx, Loria y De Molinari, que intentan reducir la sociología a problemas de economía política» (Ingenieros 1979, pág. 208).

Siguiendo estos principios, y la profundidad con que Ingenieros intenta desarrollarlos, Orgaz y Terán consideran que en este momento aparece una teoría intermedia clasificada como «bioeconomismo».[5] Esta definición del esquema de Ingenieros debe enriquecerse con el análisis de vínculos con su pensamiento político. Como reconoce Terán, esta apertura ante diversas corrientes teóricas y este interés por fundar una sociología argentina se despliegan como complemento de un cambio ideológico fundamental. Si en el primer período su obra se caracteriza por responder a la cuestión acerca de cómo y por qué revolucionar el orden existente, en este nuevo espacio el interés de Ingenieros se concentra en el proyecto de nación, según modelos brindados por los países capitalistas de Europa (cfr. Terán 1979, pág. 45).

Un momento paradigmático en cuanto al despliegue ideológico del «bioeconomismo» se produce con el análisis que realiza Ingenieros del proyecto de Código Nacional de Trabajo o proyecto de ley González. Este texto, al modificarse tras una larga trayectoria

---

secuentemente, se extendía sobre todo el espacio social (...) Ferri había sido uno de los principales inspiradores de esta corriente y José Ingenieros quien más difundió esa doctrina entre los científicos y juristas argentinos. Si en ambos, quizás en uno bastante más que en el otro, el positivismo podía darse la mano con el socialismo, lejos estuvo esta posibilidad entre los que fueran sus discípulos y ello se evidencia en las características que adoptaron las prácticas orientadas al tratamiento de los individuos segregados por el sistema capitalista. La sociología criminal se revelaba, así, bastante más cerca de la intervención disciplinaria que del socialismo» Galfione (2012).

[5] El término «bioeconomismo», usado por Oscar Terán, se toma de la definición realizada por Orgaz de la sociología de Ingenieros como «monismo bioeconómico mecanicista». Cfr. Raúl Orgaz: «Ingenieros sociólogo», en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero de 1926, págs. 97-113, citado por Terán (1979, pág. 40).

de reediciones, fue marcado por el contacto posterior de Ingenieros con la corriente reformista y revisionista del socialismo europeo, sintetizada en los trabajos teóricos de Bernstein. Esta conexión se produce a raíz del recorrido que realiza Ingenieros por Europa entre 1905 y 1906.

Destaca entonces en este momento el proceso de re-significación que el conflicto social y sus raíces (la propia desigualdad, las luchas de clases, la violencia de las masas desposeídas y la explotación de diversos sectores) reciben en la obra de Ingenieros. Contribuyen a este objetivo, por ejemplo, los elementos social darwinistas que entran con mayor abundancia en sus análisis y que, de una u otra forma, son muy útiles para sustituir el carácter histórico-concreto de las desigualdades sociales por condiciones generales de tipo biológico: «amos y ciervos –dice Ingenieros– los hubo siempre, así como habrá eternamente desigualdades sociales por razones de orden biológico que ninguna legislación podrá evitar» (Ingenieros 1979, pág. 239).

Por otro lado, las perspectivas teóricas que se unen en el «bio-economismo» prevén una supuesta tendencia del capitalismo hacia la unidad y hacia la solidaridad entre las clases antagónicas.[6] En otras palabras: al cambiar la valoración del conflicto como algo que era visto como producto artificioso de sistema social perecedero y superable, por un enfoque en el que este fenómeno es clasificado como natural y hasta provechoso si se le sabe atenuar, también tienden a normalizarse, racionalizarse y, por ende, legitimarse sus causas: la desigualdad se confunde con la diversidad, el orden con la dominación instrumentalizada, la revolución con la más peligrosa enfermedad. A tono con este análisis, señala que «la organización y división del trabajo social tiende a crear instituciones en que el principio de solidaridad atenúa el principio de antagonismo en la lucha por la vida con beneficio de todos los componentes del agregado social» (Ingenieros 1979, pág. 256).

[6] «El extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo XIX ha creado estos dos términos en el problema de las relaciones económicas: capitalismo y proletariado (…) dos polos de una misma esfera –la producción– y polarizan energía aparentemente opuesta, pero que, en definitiva, son concurrentes en una misma acción común y tienden a equilibrarse dentro de cualquier régimen económico» (Ingenieros 1979, pág. 239).

Este cambio general en la naturaleza ideológica y teórica de su esquema provoca que, en este momento, Ingenieros no acepte el papel de la revolución política en el progreso social. Utilizando el esquema de Comte sobre la teoría de los tres estados, Ingenieros interpreta la historia del socialismo como la sustitución de una etapa utópica por otra dialéctica (el marxismo), que finalmente sería superada por el «socialismo positivo».

De esta manera el término *socialismo positivo* comienza a cobrar fuerza en la obra de Ingenieros. Este esquema luego será exaltado por los estudiosos de su pensamiento. Más allá del debate de si se trata de una síntesis provechosa que permite la superación de algunas formas secas y esquemáticas de un marxismo de segunda mano, interesa resaltar como este rumbo cultural conduce a un abandono de enfoques y herramientas que, anteriormente, habían intentado fundamentar la intervención brusca, violenta, de sujetos sociales en la historia. Es duramente criticada por Ingenieros la teoría marxista de la lucha de clases como dinámica esencial de las sociedades humanas:

> «La actividad económica de un país –apunta Ingenieros– crea *varios* intereses diversos (...). De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases solo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases menos complejas e importantes: la lucha entre las razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre sexos, la lucha entre los profesionales, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo o la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva; hay intereses comunes a toda la humanidad, intereses comunes a toda una raza, a toda una nación, a toda una clase, a todo un sexo, a todo un gremio» (Ingenieros 1979, págs. 250-251).

Loable la crítica de Ingenieros a aquellas interpretaciones esquemáticas que poco favor hacían a la «aplicación» del marxismo entre sus seguidores menos preclaros. Llama la atención, sin embargo, cómo la inserción de la lucha de clases en un panorama mayor, biologizante y evolucionista, provoca el surgimiento de una explicación más abstracta, en la cual lucha y solidaridad aparecen como cualidades generales. La historia, para esta perspectiva, no es más que el despliegue gradual y ordenado de dichas tendencias.

Mirando más de cerca el asunto, al menos dialécticamente no se percibe en el socialismo positivo una superación de las contradic-

ciones y estrecheces del enfoque economicista, ni del determinismo abstracto manejado en algunos textos anteriores de Ingenieros. Por el contrario, la rica dialéctica entre leyes sociales y acción creadora, entre tendencias objetivas y acción voluntaria humana, parece perderse aún más en las redes de un enfoque que ve a la necesidad y a la acción como contrarios, cuya relación solo puede darse en la disyuntiva de «lo uno» o «lo otro». Arquetípico de este enfoque es su idea de que la «evolución de las sociedades humanas no puede impedirse ni precipitarse. Son igualmente ineficaces las tímidas resistencias de los misoneístas y las exuberantes retóricas de los ilusos» (Ingenieros 1979, pág. 237).

Igualmente, la crítica contra el enfoque marxista de la revolución social revela esta caída momentánea de Ingenieros en un posicionamiento en el cual se pretende atestiguar los antagonismos reales desde el carácter mediador e imparcial de la ciencia descriptiva, lo que se muestra cierta incomprensión sobre el propio enfoque del marxismo clásico (con el que Ingenieros tuvo en sus primeros años poco contacto) en tanto este último no considera que la existencia de tendencias estructurales objetivas impiden o hacen superflua la acción, más bien la propia objetividad de las estructuras es una forma de expresión del activismo humano, del carácter activo del hombre. Que el marxismo resalte la objetividad y, al mismo tiempo, pretenda ser una teoría de la acción libertaria aparece como una contradicción insoluble para el socialismo positivo de Ingenieros. En otras palabras, se trata de un esquema que está muy alejado de comprender la dialéctica de los contrarios que maneja la teoría criticada. En esta última no solo se enfrentan estructuras y leyes, sino que se enfrentan sus portadores reales: los grupos humanos que las expresan y le otorgan vitalidad. De manera explícita muestra Ingenieros su malestar en este aspecto:

> «(...) en qué consiste esta contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse a la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentado que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable e independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx (...) está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales (...) contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx» (Ingenieros 1979, pág. 246).

Sin embargo, para explicar el carácter activo de las fuerzas sociales y no quedarse maniatado en las redes de un puro determinismo, Ingenieros acude a algunos elementos formales presentes en las vertientes del positivismo más cercanas al pensamiento argentino. Ello se revela con claridad cuando enfrenta el problema del avance desigual del capitalismo. Al insertar el enfoque racial en el análisis económico y clasista, emerge una inmensa variedad de factores, cada uno de los cuales parece decisivo. En algunos casos los rasgos específicos de una etnia se sugieren determinantes, en otros la superioridad del medio los desplaza. Las contradicciones del economicismo y del darwinismo social impulsan a Ingenieros hacia espacios en los que se perfila una crisis de su concepción teórica sobre la sociedad y sobre el conocimiento, en la cual su determinismo no encuentra un elemento fundamental entre tantas variables, sino que declara una diversidad de factores y la necesidad de estudiarlos empíricamente. En «La evolución sociológica argentina», texto publicado en 1904 y luego incorporado a las ediciones de *Sociología argentina*, señala:

> «Las discusiones corrientes sobre la preeminencia de uno u otro factor (...) son ilegítimas. Mientras un grupo de una raza vive en un medio, sus variaciones dependen de las variaciones de éste; cuando (...) emigran a medios diferentes, varían para adaptarse a ellos; cuando grupos de varias razas se encuentran en un mismo medio, luchan por la vida y sobreviven por selección natural los más adaptados a sus condiciones» (Ingenieros 1913b, págs. 12-13).

En otras palabras, el carácter activo del hombre se reduce a la abstracción de *superioridad adaptativa* o *triunfo del más fuerte*. La síntesis de esos factores no se logra con el bioeconomismo de esta segunda etapa. Ello se plantea como una aspiración malograda y reconocida por el propio Ingenieros, quien en su estudio del trabajo de Bunge *Nuestra América* señala: «Una síntesis sociológica –después se discutirá si es exacta, probable, errónea o inverosímil, clara o abstrusa; completa o unilateral– de la evolución histórica hispano-americana es posible» (Ingenieros 1913b, pág. 201). Pero el esquema que desarrolla en este momento es una unidad contradictoria, esta no llega a convertirse en una teoría superior a las corrientes que lo componen. Este esquema plantea dificultades y principios que sirven de incentivo y marcan la necesidad de desarrollar el pensamiento filosófico. La presencia de la filosofía como expresión del esquema positivista se perfila en todas las etapas

de su obra, pero con la crisis que afecta su intento de elaborar un esquema único a partir del economicismo y el biologismo, la búsqueda de una síntesis a través del esquema filosófico se vuelve una necesidad determinante.

Algunas pistas de los desarrollos posteriores se habían adivinado en aquellas páginas fundacionales de *La simulación...*. Ahora, ante la inminencia de una crisis intelectual emergen aquellos enfoques que le habían llevado a señalar: «la naturaleza, la variabilidad individual, la herencia (...) y la selección en la lucha por la vida, se combinan para determinar la evolución de las especies vivas» (Ingenieros s/f[b], pág. 12). Desde esta obra, Ingenieros asume que la variación es el elemento activo de la historia, mientras que la herencia representa el elemento conservador.

Sin embargo, estas abstracciones adoptan en no pocos casos contenidos ideológicos bien específicos. Tal es el caso de su enfoque sobre la raza, que para esta etapa acepta como un hecho científico. Para el Ingenieros de la primera década del siglo XX, la capacidad productiva se asocia a caracteres étnicos y a cualidades biológicas. «La superioridad de la raza blanca –apunta– es un hecho aceptado hasta para los que niegan la existencia de una lucha de razas. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, tiende a extinguir las razas de color (...) que se encuentran frente a frente con la blanca» (Ingenieros 1913b, pág. 45).

Acontecimientos existenciales y condiciones del contexto nacional y mundial se juntarán para provocar una crítica aún más furibunda contra la imagen de ese sujeto racional, equidistante de unos u otros intereses que, con no poco esfuerzo se había ido formando en el pensamiento de Ingenieros.

21.3 Los ideales, los hombres mediocres y la revolución social

Una nueva crisis, diferente de la de finales del siglo XIX, permite y provoca que José Ingenieros entre en una etapa definitoria de su pensamiento y de su obra. Emergen en estos años los textos más conocidos y por ello consumidos por el público en general. Lo más llamativo es el intenso rechazo que sobreviene en su pensamiento a una parte del edificio teórico-práctico construido hasta el momento. Tal parece, si nos dejamos llevar por las apariencias, que Ingenieros cae bajo la influencia de un afán autodestructivo y autocrítico

no experimentado previamente. En realidad, no se trata de un «borrón y cuenta nueva», sino del reforzamiento de ideas latentes, en otras circunstancias controladas por la variante racional de la revolución planificada o por el pacto social enfocado como solución posible, gracias al papel todopoderoso de la ciencia «imparcial» en la marcha de las civilizaciones.

Es conocido y no por ello menos interesante que el catalizador de sus producciones emblemáticas es la ruptura intempestiva con el proyecto político nacional, especialmente con el ejecutivo. Al percibirse objeto de una injusticia que le cierra las puertas a un importante puesto académico, acorde con su trayectoria, Ingenieros reacciona cerrando su consultorio, renunciando a cargos y responsabilidades en el país, declarándose enemigo de ciertos intereses creados por elites conservadoras y partiendo rápidamente para una Europa que ya lo conocía como uno de los intelectuales latinoamericanos más avanzados. Las tendencias de su pensamiento no pueden explicarse por un hecho particular, pero la postura asumida si lleva huellas provocadas por este acontecimiento. Sobre este hecho apunta Terán:

> «Esta protesta devela un aspecto esencial: nuevamente Ingenieros experimenta la *inorganicidad* de su proyecto intelectual, la dificultad para ensamblarlo con el derrotero de la nación y, como contrapartida, esa desinserción desnuda de la figura recurrente del intelectual segregado de la totalidad por un momento político preciso. Desde esta perspectiva no resultan extraños sus retornos a las fuentes de aquel modernismo de la década del 90, ni a la reactivación del típico movimiento hegeliano del "alma bella": alejarse, apartarse. "Simplemente, esperar la posible hora de hacer, apresurándola con la predicación o con el ejemplo"» (Terán 1979, pág. 73).

Hemos sostenido en su momento que la inorganicidad de Ingenieros es aparente (Morales Brito 2014). En realidad, la ruptura se venía formando en las zonas más profundas de su pensamiento. Desde *La simulación...* pasando por los *Principios de psicología...* hasta el muy paradigmático texto *El hombre mediocre* hay líneas de continuidad soterradas. La influencia de la psicología, la psiquiatría, la criminología y, en especial, la crisis cultural del positivismo, incapaz de dar respuesta a las contradicciones burocráticas, políticas y económicas del proyecto de país, van conformando en Ingenieros esta acumulación que deviene estallido.

La influencia del espiritualismo, de la prédica nietzscheana, del idealismo en distintas variantes epocales o universales se materializa en forma de respuesta que pareciera no representar a ningún grupo, ningún interés global, ningún proyecto. Pero las apariencias no expresan toda la riqueza de los hechos. Ingenieros se vuelca al idealismo, al elitismo, al voluntarismo, pero por muy abstractas que parezcan o sean sus categorías, estas expresan sujetos reales en lucha. Se trata de sujetos idealizados, traducidos por una tremenda confluencia de esquemas teóricos, pero entre ellos van a destacar grandes tipologías: los inadaptados, las medianías mayoritarias y las élites (ilustradas o groseras, intelectuales o voluntariosas, frutos del mérito o de la herencia). Ocurre entonces que Ingenieros coloca en la cúspide del activismo social (nuevamente) a los trabajadores intelectuales, antes interpretados como vanguardia pensante de las masas (como traductores intermedios de sus intereses), ahora como sujeto histórico determinante.

La segregación formal es evidente: como veremos, la lucha se reduce en no pocos textos a la confrontación entre élites progresistas y conservadoras. No obstante, por debajo de ese cruento elitismo que elimina el carácter activo de casi toda la sociedad, que destruye prácticamente la presencia del enfoque clasista en el esquema, irá emergiendo el reconocimiento de que la élite necesita alianzas, fuerzas subordinadas, necesita para ser *alguien* mover *algo*, necesita la herramienta que magnifique su poder. Para el tema que nos ocupa, habrá que comprobar si el carácter pasivo de estas «medianías» en las que ya se incluyen los trabajadores dura hasta el final de la obra de Ingenieros.

Sintomático resulta el hecho de que esta nueva etapa se desarrolla de la mano de la filosofía. Entre 1911 y 1913, se produce una diferenciación de su discurso filosófico con respecto a las temáticas sociológicas, psicológicas o médicas. Las causas, las fuentes teóricas y la profundidad de los cambios que se expresan en las páginas de *El hombre mediocre* generaron debates entre los contemporáneos de Ingenieros, dejando abiertas cuestiones que se mantienen en el contrapunteo teórico actual. Como apunta Bagú, entre los primeros sorprendidos estuvo quien señaló que Europa ya «conocía los trabajos científicos sin sospechar al filósofo y al moralista, cuya potencia de expresión lírica recordaba (…) los capítulos de Emerson» (citado por Bagú 1955, pág. 131).

Por su parte, Terán sintetiza las líneas fundamentales de desarrollo teórico que considera como «invariantes» o tendencias en la obra de Ingenieros. La primera de ellas es el «crecimiento de la noción de *ideal*» (Terán 1979, pág. 70), mientras que «el papel rector adjudicado a las minorías» (Terán 1979) sería otra inclinación que recibe impulso en esta etapa. Por su parte, Korn señala que, incluso después de *El hombre mediocre*, Ingenieros nunca abandonó el materialismo cientificista (citado por Rossi sin fecha), postura que viene condicionada por las propias concepciones de Korn sobre el significado del idealismo filosófico, al cual, según este autor, Ingenieros nunca se sumó. En análisis más recientes, Guadarrama sitúa a Ingenieros como defensor de un utopismo concreto, humanista y desalienador, alejado tanto del idealismo como de «ciertos reduccionismos y simplificaciones materialistas» (Guadarrama González 2008, pág. 56). Barandela Alonso ha señalado, desde otra visión, que en su doctrina ética Ingenieros se inclina a concepciones idealistas propias del materialismo premarxista (Barandela Alonso 1995, pág. 14).

Habíamos visto que las primeras obras de Ingenieros asimilaban aquella contraposición entre producción y parasitismo. Heredera de aquella mirada de tránsito de pensadores situados en la conexión epocal entre feudalismo y capitalismo (utópicos, reformadores del socialismo aún ingenuo y moralista, etcétera) el enfrentamiento productor-parásito no eliminaba, sino que apuntalaba la fundamentación de la solidaridad, especialmente entre los grupos productores. En el Ingenieros de *El hombre mediocre*, más que la solidaridad, la actividad específica y las cualidades de ciertos individuos permiten la cohesión y activismo del sujeto histórico.

Pero *El hombre mediocre* consolida otro cambio vital entre muchos otros cambios: ahora la sociedad no explica al individuo, por el contrario, son las tipologías naturales de individuos, su despliegue en un escenario más bien objetual, las que explican tendencialmente a la sociedad. Por sus obras los conoceréis –apunta cierta tradición–pero para Ingenieros la producción se verifica por la existencia de cierto tipo de productor, los creadores de *ideales*.

Cierto es que Ingenieros ha aprendido de sus lecturas y acercamientos a Nietzsche que el individualismo absoluto lleva, a pesar de sus atractivos, a callejones bien oscuros. Por ello acude a la personificación o a la espiritualización de ese escenario (para muchos, inspirada en Bergson) que para otros sería un telón vacío: la propia

sociedad es el despliegue de una experiencia vital, activa. Entre la exaltación de la sociedad como reflejo pasivo y el reconocimiento de que, para ello, el «ser supremo individual» se vería encerrado en un irremediable solipsismo, prefiere alimentar el carácter movible de ambos polos, su retroalimentación permanente, como el proceso que pudiera ocurrir entre un original y su reflejo. No es sorprendente que sea el idealismo clásico, específicamente la línea platónico-aristotélica, referente escogido para legitimar este enfoque: «La vida –aclara Ingenieros– tiende naturalmente a perfeccionarse. Aristóteles enseñaba que la actividad es un movimiento del ser hacia la propia "entelequia": su estado de perfección. Todo lo que existe persigue su entelequia, y esa tendencia se refleja en todas las otras funciones del espíritu» (Ingenieros 2001, pág. 9).

Como hemos dicho, este renovado idealismo tiene sus orígenes en términos y conceptos largamente madurados por Ingenieros desde su etapa más biologizante, social darwinista y desde los préstamos que le otorgaron las investigaciones psicológico-psiquiátricas, criminológicas y desde la sociología de la época. Por ello, el proceso de perfeccionamiento infinito al que hace referencia Ingenieros, es una *traducción al lenguaje filosófico* del triunfo selectivo que brota de la biología, una resignificación de la lucha entre adaptación y volición impositiva, entre herencia y variación, que ahora se presenta como confrontación entre reproducción material pasiva y creación espiritual renovadora: «Es fácil advertir –apunta– que el problema puede traducirse en términos lamarckianos, reduciendo el progreso de una sociedad a "una lucha de la variación contra la herencia". En términos de psicología, el contraste sería entre la memoria y la imaginación, entre la rutina y la originalidad» (Ingenieros 1913a, pág. 212).

¿Qué es la experiencia? ¿Qué son los ideales? ¿Qué es la sociedad y cuál es el papel de los individuos y los grupos en su movimiento? Son preguntas a las que intentará responder Ingenieros con una sorprendente perseverancia.

En los *Principios de psicología biológica*, recalcaba que el vínculo entre la experiencia y el ideal era una relación entre momentos de la teoría que se identificaban con el movimiento de la realidad, lo que inclinaba a recalcar los impactos que tenían los ideales en la actividad práctica. «De esta *Formación natural de la Imaginación* –aclaraba– depende la posibilidad de exceder los datos de la Experiencia y anticiparse al conocimiento fundado directamente

en ellos» (Ingenieros 1913a). En este texto se agravaban las tensiones entre el principio creador de la imaginación y el control de la experiencia sobre ella, Ingenieros señalaba, como una salida de salvación, que las transformaciones teóricas, sobre todo las de carácter científico, son «criterios objetivos de verdad acerca de las relaciones entre los hechos» (Ingenieros 1913a, pág. 11).

Pero en *El hombre mediocre*, aparecen otras implicaciones que modifican esta postura y su significado. Para Ingenieros la «imaginación creadora» no solo es capaz de descubrir las relaciones objetivas presentes, sino que puede anticiparse y crear relaciones que aún no se han establecido. «La imaginación –señala– es madre de toda originalidad; deformando lo real hacia su perfección (...) tiene, prácticamente, el valor de una realidad» (Ingenieros 2001, pág. 9). En este sentido, las transformaciones sociales dependen del trabajo de la imaginación y de la producción de hipótesis. El ideal o hipótesis tiene su criterio de veracidad *a posteriori* cuando se convierte en hecho. Pero en *El hombre mediocre* Ingenieros insiste en las capacidades transformadoras intrínsecas de los ideales, los que al chocar con la realidad presente se convierten en una «sana levadura del porvenir». Ingenieros intenta demostrar que existe una veracidad de carácter *a priori* que legitima los ideales, en tanto estos resultan elementos transformadores que contrastan con el estancamiento de los hechos. Experiencia e imaginación –dice– siguen vías paralelas, aunque va muy retardada aquella respecto de esta. La hipótesis vuela, el hecho camina (Ingenieros 2001).

En esta teoría, la capacidad transformadora del pensamiento no se subordina a una actividad material histórica, encargada de hacerlos surgir y de realizar su objetivación, sino que, partiendo del principio abstracto de perfeccionamiento universal, Ingenieros coloca a la propia actividad subjetiva como factor determinante en el proceso de materialización de los ideales. «La imaginación –dice Ingenieros– los construye observando la naturaleza, como un resultado de la experiencia; pero una vez formados ya no están en ella, son anticipaciones de ella, viven sobre ella para señalar su futuro. (...) El ideal es un "límite": toda realidad es una "dimensión variable" que puede acercársele indefinidamente, sin alcanzarlo nunca» (Ingenieros 2001, pág. 12).

La importancia de estas sutilezas radica en que, para este momento, Ingenieros se inclina a *formalizar* el papel activo de cualquier acción colectiva (se le niega directamente su protagonismo o

se le otorga vitalidad apenas como movimiento general de perfeccionamiento. Ya no es el hombre, este grupo, esta clase, este sujeto definido por su accionar histórico concreto el que actúa), mientras que los rasgos sustanciales, la sangre y la carne real de las acciones se otorgan a las tipologías psicológico-morales de una naturaleza humana abstracta que se especifica en los individuos. ¿Por qué algunos son idealista, creadores y activos, mientras otros resultan reproductores y obedientes? Para responder Ingenieros mezcla la evolución biológica con la producción espiritual para justificar la supuesta desigualdad natural que, a su entender, determina la existencia de la sociedad antagónica y los roles de los distintos grupos humanos en ella. «Todos –dice– no pueden inventar o imitar (…) pues esas aptitudes se ejercitan sobre la base de cierta capacidad congénita, inicialmente desigual» (Ingenieros 2001, pág. 34).

El desarrollo sistemático de posturas individualistas y elitistas que colocan en segundo plano el papel de las asociaciones y tendencias colectivas, independientemente de la diversidad de fuentes teóricas implicadas, se vincula a las variaciones del liberalismo en el país, cuya unificación arrojó una larga tradición crítica del pensamiento burgués nacional contra la repetición de una influencia de las masas en la política, proceso que desde el enfoque de los liberales argentinos había caracterizado al gobierno de Rosas. La desconfianza del papel cumplido por masas como sujetos históricos, aunque no así de su impacto inconsciente en los movimientos sociales, presenta una amplia influencia entre los positivistas. Biagini, por ejemplo, señala la fuerte presencia en el país de visiones sobre la muchedumbre como rebaño rutinario, carente de conciencia y de ideologías orgánicas (cfr. Biagini 1985, pág. 32). Ello forma parte de la propagación que alcanzan las ideas del grupo oligárquico entre los intelectuales y sectores inferiores de la burguesía nacional. El enfoque elitista e individualista del proyecto liberal, inherente a los sectores minoritarios que gobiernan, se encuentra ligado al desarrollo del positivismo en la generación del 80, con la cual Ingenieros establece posturas críticas y acercamientos.

Por otra parte, el liberalismo argentino presenta también una vertiente más abierta a la participación de las mayorías, con posturas que reconocen un papel secundario al proletariado como instrumento de minorías dirigentes. La posición ideológica y política de Ingenieros con respecto a las variantes del liberalismo en el país, determina los cambios de su pensamiento en cuanto a la

exaltación del papel del individuo o de las fuerzas colectivas en la historia. La base para que se produzcan estas variaciones se encuentra en las contradicciones del movimiento obrero y del proyecto liberal en Argentina, el primero con sus dificultades organizativas para imponerse como sujeto histórico y el segundo con su paso hacia modalidades más amplias de imposición social de los intereses de la burguesía, procesos que se corresponden con la aparición de sucesivas crisis ideológicas en la obra de Ingenieros. Su respuesta a estas crisis es la elaboración de un esquema que pretende integrar y superar la diversidad de tendencias ideológicas y políticas en pugna. El resultado es una teoría inclinada a fundamentar las concepciones liberales, con lo cual los elementos revolucionarios de las corrientes socialista, marxista y antiimperialistas sufren sistemáticas adaptaciones.

El *hombre mediocre* marca un momento de inflexión, ya que este texto intenta resolver las problemáticas relacionadas con las contradicciones entre la teoría y la práctica, entre el individuo y la sociedad otorgando un carácter determinante al individuo y a su actividad intelectual. Según Ingenieros, el «alma social es una empresa anónima que explota las creaciones de las mejores "almas individuales", resumiendo las experiencias adquiridas y enseñadas por los innovadores» (Ingenieros 2001, pág. 38). El darwinismo social, el evolucionismo y el biologismo confluyen para fundamentar un rechazo a cualquier estrategia basada en principios de igualdad política. A tono con ello declara Ingenieros: «Al que dice "Igualdad o muerte", replica la naturaleza "la igualdad es la muerte". Aquel dilema es absurdo. (…) Nuestra especie ha salido de las precedentes como resultado de la selección natural; solo hay evolución donde pueden seleccionarse las variaciones de los individuos. Igualar todos los hombres sería negar el progreso de la especie humana» (Ingenieros 2001, pág. 135).

Aunque muy alejado ahora de su postura reformista, propia del positivismo, Ingenieros no deja de considerar el papel de las medianías, del llamado «hombre mediocre» en el desarrollo social. Caja de resonancia sin rostro para los originales, estas mayorías reproductoras, eslabón intermedio entre los hombres de carácter y aquellos criminales o individuos inferiores que amenazan al orden social, no solo expresan el desengaño del joven Ingenieros, quien años atrás había apuntado con asombro, en sus últimos escritos de *La Montaña*: «lo único extraño es que el pueblo está mudo. Se

creería que le han cortado la lengua; o que solamente la tiene para lamer las manos perfumadas del amo que lo azota y lo hambrea» (Ingenieros 1979, págs. 178-179). La etapa que sobreviene y que marca sus últimos textos y activismos de importancia, muestra otras implicaciones, otras esperanzas, otro enfoque renacido de las aparentes cenizas de una vida sujeta a frecuentes cambios.

El análisis sobrio no debe pasar por alto que Ingenieros intenta responder tanto a las exigencias de los movimientos populares como a los principios del proyecto liberal, objetivos contradictorios que marcan los distintos momentos de su obra. Los esquemas filosóficos asimilados presentan un contenido ideológico específico, que dificulta la fundamentación del ideario socialista, antiimperialista y latinoamericanista, pero *no lo cancelan totalmente*, incluso intentan ser formas teóricas para su desarrollo.

La renovación de un ideario social en el que las minorías dirigentes alcancen algún nivel de subordinación o de inserción en sujetos colectivos se asocia a la experiencia de la Primera Guerra Mundial, al estallido de la revolución socialista en Rusia y al surgimiento de una corriente antiimperialista en la región, con la cual Ingenieros se vincula tardíamente.[7]

Inicialmente, la Primera Guerra Mundial y la Revolución en Rusia son interpretadas por Ingenieros desde las normas del esquema filosófico, pero estos movimientos sociales sobrepasan las posibilidades de esta teoría, al menos en el estado alcanzado por ella en *El hombre mediocre*. Ello se percibe los primeros trabajos de Ingenieros sobre la guerra y la revolución, en los que utiliza su enfoque sobre la dualidad del sistema burgués y donde los conflictos imperialistas aparecen como enfrentamiento entre la cultura escolástico-feudal y las fuerzas morales de la modernidad.[8]

---

[7] Tómese en cuenta que seis años después del manifiesto antiimperialista lanzado por Rodó desde las páginas de *Ariel*, Ingenieros aún sostiene una posición pro-imperialista. Para el análisis de este desfasaje de Ingenieros con respecto al antiimperialismo modernista (cfr. Ingenieros 1919, págs. 192-201).

[8] Para Ingenieros esta lucha se verifica en el hecho de que: «Dos grandes orientaciones pugnaron desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos la casta feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos; la minoría pensante e innovadora, a duras penas respetada, sembró escuelas y fundó universidades (…) Ahora el destino inicia la revancha del espíritu nuevo sobre la barbarie…» (Ingenieros 1979, pág. 407).

En este momento, Ingenieros retoma su concepción del liberalismo y de los elementos productivos de la sociedad capitalista como fuerzas progresistas, por tanto, el imperialismo en el que incluye a los gobiernos europeos no abarca el sistema liberal en su integralidad, sino a los elementos supervivientes del pasado medieval. Como bien apunta Terán, imposibilitado este «sistema (…) para concebir la Barbarie *dentro* de la moderna cultura *capitalista*, solo le resultara formulable aquel juicio con la condición de incluir dicha crisis europea dentro de la categoría del feudalismo» (Terán 1979, pág. 86). El nivel de independencia de esta lucha abstracta entre ideales progresistas y esquemas conservadores es tan alto, que Ingenieros considera los resultados militares y políticos del conflicto como elementos colaterales. En su opinión, el surgimiento de otra moral y de otros valores éticos se realizará sin importar qué naciones resulten vencedoras: preservar el progreso de la humanidad depende de las minorías y de los productores de ideales (cfr. Ingenieros 1979, pág. 407).

Ingenieros desarrolla esta concepción de choque entre casta feudal y minorías ilustradas al tratar la problemática de la nación, reforzada tras su regreso a Argentina en 1914. En este asunto, Rossi destaca que las tensiones entre los componentes deterministas de la ética de Ingenieros, que le inclinan a abordar las condiciones sociales de los valores, y su visión de los mismos como patrimonio selecto de una minoría ilustrada, incluso como obra de un solo individuo, se aplican al problema de la nacionalidad (cfr. Rossi 1999).

Como consecuencia, el problema de la «originalidad» o excepcionalidad se convierte en el centro de la cuestión de las nacionalidades. Dentro de esta conversión de las problemáticas nacionales en la cuestión de lo universal y de lo específico en la cultura, Ingenieros considera que el trabajo y la cultura serán los instrumentos capaces de consolidar la integración hacia el interior de cada nación y de toda la humanidad. Pero esta teoría reproduce, por una parte, las ya conocidas nociones de Ingenieros sobre el trabajo como actividad abstracta, como expresión de un desarrollo lineal en el que la producción capitalista se hace colectiva y solidaria por sí misma; por otro lado, su propuesta se inclina a considerar la ela-

boración de ideales como actividad capaz de desarrollar intereses y fines comunes.[9]

Estos análisis corroboran la valoración de Farré, quien reconoce inclinaciones progresistas a Ingenieros, pero señala que el carácter abstracto de sus principios éticos: el anti-dogmatismo, la perfectibilidad, la originalidad, la cohesión entre intereses individuales y sociales, no encuentran fundamentos concretos en sus textos más significativos. Según este autor, las obras morales de Ingenieros carecen de definiciones sobre el contenido de los dogmas a combatir, no aclaran las vías específicas para unificar al individuo con la sociedad y tampoco argumentan hacia dónde va el mejoramiento humano. «Es innegable –concluye Farré– que Ingenieros es estimulante en su prédica moral, pero pobre e inseguro al precisar lo que se debe realizar y cómo» (cfr. Farré 1985, pág. 563).

Más acertada resulta la precisión que realiza Rossi, quien aclara que esta dificultad de Ingenieros para aclarar el contenido ideológico de sus propuestas, entre ellas la relacionada con las vías para acceder a la unidad nacional, no puede ocultar la reproducción que este realiza de los «valores clásicos del liberalismo gobernante: el trabajo y la cultura, es decir, el proyecto de conformar en la Argentina una sociedad capitalista (…) según los cánones de Alberdi y Sarmiento» (Rossi 1999). En otras palabras, la unión y subordinación de las mayorías a una élite rectora de carácter intelectual.

Las dificultades del esquema filosófico para aprehender las características que adoptan los procesos históricos se agravan con el triunfo de la revolución en Rusia. Los acontecimientos políticos permiten descubrir la radicalización de la política imperialista y la campaña de descrédito que realizan los gobiernos occidentales contra esta revolución. Es evidente que, entre 1917 y 1925, se produce una radicalización del pensamiento político de Ingenieros, período en el que este desarrolla posiciones antiimperialistas y retoma tesis del socialismo, posturas que se integran para apoyar a los soviets.

[9] A tono con ello apunta: «Cada nación será la solidaridad colectiva de todos sus ciudadanos, movidos por intereses e ideales comunes. En el porvenir, hacer patria significará armonizar las aspiraciones de los que trabajan y de los que piensan bajo un mismo retazo de cielo» (cfr. Ingenieros 1979, pág. 407).

En un texto representativo de la etapa, Ingenieros demuestra la continuidad de sus concepciones sobre el sujeto histórico anunciadas en *El hombre mediocre*. En su concepción sobre el papel histórico de una «moral sin dogmas», Ingenieros intenta atenuar el carácter determinante que su ética le otorga al individuo, partiendo del principio de que la «vida en sociedad exige la aceptación individual del deber, como obligación social, y el cumplimiento colectivo de la justicia, como sanción social» (Ingenieros 1961, pág. 9). Para Ingenieros la justicia social es la correspondencia entre lo que ha realizado cada cual para la sociedad, como deber, y lo que recibe de ella, como retribución o derecho. Pero en esta propuesta la identidad entre los intereses individuales y sociales se busca en un estado de equilibrio entre individuos, lo que, supuestamente, permitiría construir un intercambio justo entre deberes y derechos, donde el interés de cada uno pueda identificarse con el interés de los individuos restantes.

Ingenieros acude a la transformación formal del individuo en ser social mediante el supuesto de que este último y su libertad sirven de modelos para la sociedad, por lo que la coordinación entre los individuos y la capacidad de la sociedad para representar la peculiaridad de cada uno de ellos, son las condiciones básicas para que se imponga la justicia. La base de este proceso sigue siendo el despliegue social de los intereses individuales, sobre todo de aquellos que corresponden a los individuos superiores. La denominada «ética social», no obstante su pretensión de recuperar el carácter colectivo de la moral, mantiene los aspectos revolucionarios en manos de los «arquetipos selectos, las afortunadas variaciones de la especie humana, necesarias para revelar a los demás hombres (...) las formas innumerables en que deviene incesantemente el porvenir» (Ingenieros 1961, pág. 120). Todo lo dicho no debe demeritar el logro de una mayor profundidad dialéctica en las espinosas relaciones entre individuo y sociedad, entre liderazgo y colectividades. Bajo el peso de la evidencia en los procesos políticos reales, el desengaño finisecular se va atenuando hasta convertirse en algo parecido al entusiasmo. Aún desconfía de los esfuerzos populares, de su papel en la historia, pero ya intuye cierta injusticia en la prédica individualista.

Otro aspecto que muestra las tensiones de esta moral es la noción del mérito, que Ingenieros define como instrumento regulador del *status social*, incluso como sustituto efectivo de las relaciones

clasistas. Desde su punto de vista, la sociedad deberá autoregularse alrededor de los méritos de sus individuos, ella debe ser la exacta representación de la desigualdad que estos presentan en sus aptitudes y en sus acciones. En este punto, Ingenieros aclara que el mérito no puede basarse en la opinión del colectivo sobre sus integrantes. A su entender, la historia ha demostrado que el mérito es ante todo «una síntesis de virtudes individuales intrínsecas» (Ingenieros 1936, pág. 63), las cuales solo pueden ser juzgadas por los individuos que las poseen. Estos individuos conforman el núcleo de su concepción sobre el sujeto social, contrapuesta en muchos casos a la colectividad.

Una de las tendencias sistemáticas del esquema filosófico de Ingenieros es su rechazo a la actividad política, que en etapas diversas se valora como terreno de simulación, dominio del hombre mediocre, terreno de la «conciencia reproductiva», en fin, como el extremo opuesto a la actividad del sujeto revolucionario.

Sin embargo, el impacto de las medidas del gobierno bolchevique provoca que, en las valoraciones sobre el sujeto histórico, sobre todo en los textos políticos, Ingenieros incluya al pueblo como una entidad colectiva. En defensa del proceso ruso, este aborda la significación política, clasista y económica del Estatuto Constitucional aprobado en 1918, en la que considera que la revolución ha otorgado «caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del Estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases» (Ingenieros s/f[c], pág. 35).

Ingenieros se interesó por el carácter cuantitativo de la representación liberal, que a su entender resulta su principal limitante. Su preocupación por el problema de la «funcionalidad» de la democracia revela el alcance de la tensión entre la concepción de la sociedad como organismo encargado de preservar las aptitudes, derechos o especificidades de los individuos y las nuevas cualidades de un sujeto colectivo, que tiene su expresión concreta en la Revolución Rusa.

La interpretación de Ingenieros de la democracia en el proceso soviético reproduce las posturas de su filosofía, inclinada a separar radicalmente la sociedad civil de la sociedad política y a proponer la disolución de los antagonismos de clase en la representación de los distintos estratos que, a su entender, se organizan siguiendo

las tareas cumplidas por los individuos y los grupos heterogéneos, o sea, una representación no por partidos ni por clases, sino por profesiones. Ello nos remite a aquella noción inicial del grupo creador-revolucionario, englobado bajo la categoría de productores. «Todos los sociólogos –dice– han coincidido en decir que la "política científica" solo sería posible cuando las asambleas deliberativas se compusieran de representantes de funciones sociales y no de partidos políticos indefinidos» (Ingenieros s/f[c], págs. 60-61). Desde esta perspectiva, el aparato político debe unir las cualidades de la labor que cada grupo realiza, en correspondencia con la división social del trabajo. El significado que Ingenieros otorga a las funciones sociales queda plasmado en sus críticas contra la democracia liberal.

¿Quién representa la producción, la circulación y el consumo de las riquezas –señala– y quién la agricultura, la industria, el comercio y los bancos? (...) ¿Quién representa a los capitalistas y quién a los trabajadores? (...) ¿Quién representa las funciones reproductivas, es decir, la familia, las madres, los hijos, cuyos intereses como tales son primordialísimos en la sociedad? ¿Quién representa las funciones (...) culturales y estéticas (...) los institutos científicos, las letras y las artes? Todas esas funciones, y otras muchas, carecen de representación explícita en los parlamentos políticos que deliberan sobre la vida y la muerte de la sociedad entera (Ingenieros s/f[c], pág. 59).

La defensa que realiza Ingenieros del «pueblo» en su diversidad de estratos y necesidades, así como la democracia «funcional» que propone como opción ante la democracia burguesa, continúa contando con la apropiación social de los medios de producción como medio suficiente para superar el capitalismo. En este nuevo momento, desarrolla el principio de que la sociedad es el resultado de la división social del trabajo. Negando esta organización por funciones, desde su punto de vista, solo se falsea la verdadera gestión colectiva del poder. Este último no podrá ser una unidad indiferenciada en el que se borran las diferencias, sino una conexión de lo común a partir de intereses particulares.

Se trata de un enfoque que puede juzgarse desde las mismas coordenadas seguidas por Engels en su crítica contra las concepciones de Dühring. Al igual que Dühring, Ingenieros maneja la tesis de que resultaba posible superar los males del capitalismo sin abolir la vieja división del trabajo, «como si todo –agregaba Engels en

su *Anti-Dühring*– quedase arreglado con solo tener en cuenta las circunstancias naturales y las aptitudes personales».[10] En el caso de Ingenieros, la contradicción se hace más evidente, ya que su defensa de la revolución socialista se mezcla con su enfoque liberal sobre la democracia y sobre la superación del capitalismo industrializado. La forma en que se presenta este principio solo adopta como novedad el haber pasado de la aniquilación instantánea del Estado liberal, como estrategia para establecer una sociedad regulada por las aptitudes, al apoyo de «nuevas» formas de representación, cuya propia naturaleza «funcional» idealiza una sociedad donde el Estado «popular» resultaría la copia fiel de la actual división social del trabajo.

Al interpretar la revolución socialista desde estas coordenadas, Ingenieros considera que el gran aporte de este proceso radica en haber sustituido la representación «indiferenciada y cuantitativa, por la representación técnica y cualitativa» (Ingenieros s/f[c], pág. 66). Desde esta perspectiva, el trabajo de asesoramiento de los técnicos determina la eficiencia y continuidad en las tareas gubernamentales, con independencia de los cambios políticos coyunturales (Ingenieros s/f[c], pág. 61). Aquí una estrategia específica del proceso soviético es interpretada desde un enfoque especulativo, en el que la organización política cede en importancia a la división y jerarquización de funciones sociales, como si estas últimas formasen parte de una tendencia natural de la organización del ser humano.

La interpretación que realiza Ingenieros del gobierno soviético como «democracia funcional», más que al control de las mayorías trabajadoras sobre la actividad económica y sobre el poder estatal, hace referencia la capacidad de este gobierno para representar a todos los pequeños intereses y actividades presentes en la sociedad. De ahí su defensa del principio de que «los organismos ejecutivos no deben representar la mayoría inorgánica de los habitantes»

[10] «… aunque haya masas enteras de existencias que sigan encadenadas, ni más ni menos que antes, a la producción de un solo artículo, "poblaciones" enteras entregadas a una sola rama de la producción, aunque la humanidad siga dividiéndose, exactamente lo mismo que antes, en una serie de "modalidades económicas" mutiladas, como por ejemplo, "peones de carretilla" y "arquitectos". Es decir, que la sociedad se convierte en dueña y señora de todos los medios de producción para que cada individuo siga siendo esclavo de su medio de producción, sin más libertad que la de elegir de cuál de ellos» (Engels 1979, pág. 362).

(Ingenieros s/f[c], pág. 60). En contradicción con este enfoque, en este mismo período Lenin planteaba que la estrategia de integrar a los profesionales, técnicos, inclusive de potenciar las relaciones monetario-mercantiles de corte capitalista, no podía concebirse sin el estricto control político ejercido por el pueblo a través del gobierno socialista.[11] Por otro lado, en los análisis políticos de 1920, Ingenieros analiza el problema de la expropiación tomando en cuenta las condiciones concretas de la lucha política: «la expropiación –señalaba– solo puede efectuarse si la clase obrera organizada asume el poder, es decir sustituyendo la dictadura del proletariado a la actual dictadura del capitalismo» (Ingenieros s/f[c], pág. 123), con lo que se verifica, una vez más, las tensiones entre sus principios teóricos y políticos, en la renovación de un intento de crear una especie de unidad entre fuerzas y culturas muchas veces antagónicas.

En este orden, Ingenieros sostiene tanto la incapacidad del capitalismo para resolver sus crisis, como la tendencia de los partidos reaccionarios a realizar reformas proyectadas por los socialistas, llegando a la conclusión de que «las más antagónicas oscilaciones políticas se acercarán a la misma finalidad económica de socializar los medios de producción y de cambio» (Ingenieros s/f[c], pág. 127). En este caso, la «síntesis» filosófica de dos procesos políticos diferentes, por una parte, la revolución socialista y por otra el capitalismo de Estado que establece condiciones de bienestar en los países centrales, conduce a la identidad de los contrarios en un proceso abstracto: la revolución como tendencia moral o evolutiva de la humanidad.

La concepción de Ingenieros sobre la revolución le inclinó a aceptar la tesis de que existen grandes confluencias sociológicas, filosóficas e incluso políticas entre el capitalismo y el socialismo. Como reconoce Kohan, Ingenieros «asimila tres revoluciones trazando una curva de variación donde no hay ruptura ni quiebre:

---

[11] «... no se habla ni puede hablarse siguiera de compartir el *poder*, de renunciar a la dictadura de los proletarios contra la burguesía (...) el Poder soviético entrega la "dirección" a los capitalistas no como capitalistas, sino como técnicos especialistas u organizadores (...) Los obreros no son pequeños burgueses. No temen al gran "capitalismo de Estado", sino que lo aprecian como un instrumento suyo, *proletario*, que *su* poder, el Poder *soviético*, utilizará contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios» (Lenin 1977, págs. 164-167, cursivas de Lenin).

1789 (Revolución Francesa), 1810 (Revolución de Mayo, independencia argentina de España), 1917 (Revolución Rusa)» (Kohan 2008, pág. 52). En este caso, el humanismo de Ingenieros que otros autores valoran como una teoría concreta, interpreta la revolución como producción y materialización de ideales comunes al ser humano en general, considera el desarrollo de la modernización capitalista como un proceso capaz de solucionar los antagonismos políticos[12] y explica estos últimos mediante el enfrentamiento entre cualidades humanas.

La participación de Ingenieros en el esfuerzo por crear una «internacional del pensamiento», liderada por intelectuales como Anatole France, Henri Barbusse, Jules Romanin, H. G. Wells, entre otros, demuestra el impacto de estos principios en su actividad política. Sobre todo porque el grupo *¡Claridad!* sostiene la necesidad de que los intelectuales dirigentes se separen de las filiaciones partidistas de carácter político y se concentren en los ideales comunes de la humanidad (Ingenieros s/f[c], pág. 45).

El análisis del imperialismo resulta una problemática que expresa, con especial claridad, las tensiones del pensamiento filosófico y político de Ingenieros. Las fuentes de su antiimperialismo y su latinoamericanismo son situadas por Kohan en la tradición modernista, representada por figuras como Rubén Darío, José Martí, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos y José Enrique Rodó (cfr. Kohan 2008, págs. 49-50). Esta tesis resulta exacta, aunque Kohan no profundiza en el papel cumplido por las condiciones históricas y por la actividad política de los modernistas en el desarrollo de sus posturas antiimperialistas. En el caso de Ingenieros, se ha comprobado que el esquema filosófico, ya sea en sus componentes modernistas o positivistas, no dio lugar en sí mismo a posiciones de carácter crítico con respecto al avance del capitalismo monopolista.[13]

---

[12] En esta línea de pensamiento señala Ingenieros: «Todas las fuerzas vitales de los pueblos empiezan a solidarizarse en la humanidad. La producción y el consumo están regulados en escala internacional; los medios de circulación se han centuplicado, en la tierra, en el mar, en el aire. (…) Cada invento técnico, descubrimiento científico, creación artística, llega a todos los pueblos. En todos se definen análogas normas y principios jurídicos» (Ingenieros 1936, pág. 119).

[13] Para dar cuenta de que las raíces del antiimperialismo de Ingenieros son más complejas, basta con recordar sus posturas apologéticas con respecto

En cuanto al alcance preciso de su comprensión del fenómeno imperialista, en sus trabajos más maduros, Ingenieros presenta la peculiaridad de utilizar las categorías y concepciones de corte socialista para abordar las características económicas y políticas del imperialismo; mientras que, en su propuesta para enfrentarlo, se inclina a exaltar el papel del pensamiento, de las estrategias culturales y de la condición histórica común en la que se encuentran los pueblos latinoamericanos. Para establecer estas distinciones entre las características del fenómeno y las estrategias necesarias para combatirlo, Ingenieros acude a la realidad de su época en la que supone que los gobiernos dependientes nada pueden aportar a la lucha antiimperialista. Esta postura es «realista» en términos de inmediatez, pero al coincidir con el enfoque idealista coloca al antiimperialismo de Ingenieros en una posición precaria, basada en la resistencia y la unidad de la sociedad civil, independiente de los gobiernos aunque interesada en influir sobre ellos, para fundamentar la fuerza social capaz de equilibrar los intereses de Latinoamérica frente al poderío estadounidense.[14]

Kohan analizó esta peculiaridad de rechazo estético y ético como un aporte del modernismo a la resistencia cultural contra el fenómeno imperialista. Desde esta perspectiva, se sitúa la reacción modernista dentro de lo que un autor como Löwy considera la corriente del «romanticismo anticapitalista» (Löwy 1997, citado por Kohan 2008, pág. 51). En primer lugar, debe tenerse en cuenta que Löwy reconoce el carácter de reacción «desesperada y trágica» (cfr. Löwy 1997, pág. 30, citado por Kohan 2008, pág. 51), de esta propuesta, cuyo enfrentamiento ético a la agresividad del capitalismo monopolista resulta meritoria, sobre todo en los casos en los que se supone que sus exponentes logran enriquecer sus perspec-

al expansionismo alemán, en momentos en los que el antiimperialismo modernista ya se había desarrollado. Estos datos no eliminan el papel del modernismo en el pensamiento antiimperialista de Ingenieros, pero colocan en su justa significación a los impactos de la Primera Guerra Mundial, al desarrollo de la Revolución Rusa, así como a la reactivación del ideario socialista como factores determinantes para la aparición de posiciones antiimperialistas en su obra.

[14] «Las fuerzas morales existen, pueden multiplicarse, crecer en los pueblos, formar una nueva conciencia colectiva, mover enteras voluntades nacionales. Solo esas fuerzas pueden presionar la política de un país e imponer normas de conducta a los gobernantes desprevenidos y acomodativos» (Ingenieros 1979, pág. 442).

tivas liberales, o marxistas como en el caso de Mariátegui, con la importancia del componente ético en el proceso de emancipación.

En el caso de Ingenieros, se demostró que sus ataques filosóficos al proyecto liberal oscilan entre la idealización de un modelo social de pequeña propiedad y la exaltación de la propia modernización, al margen o independientemente de las necesarias transformaciones políticas y económicas que, entre otros factores, marcarían la diferencia entre un intento de humanizar el capitalismo y una revolución social. Kohan considera que Ingenieros no apeló a «un pasado precapitalista para contraponerlo al reino monetario del imperialismo yanqui sino, por el contrario, al porvenir futuro de la unidad latinoamericana» (Kohan 2008, pág. 51). La postura de Kohan se inclina a pasar por alto las tensiones que se presentan entre el esquema filosófico y el ideario político de Ingenieros, tema en el que Kohan otorga una gran importancia al modernismo, en un autor cuyas fuentes teóricas e ideológicas son muy amplias.

La postura antiimperialista de Ingenieros, que parte de elementos liberales, entra en contradicción con otros registros teóricos que forman parte de su obra. Su análisis de la Revolución Rusa, en el cual había acudido a la reactivación del ideario socialista, le coloca en condiciones de plantear en términos más claros la contradicción histórica del imperialismo con los intereses populares. Ello incluye el desarrollo de nociones sobre la necesidad de superar la forma liberal avanzada del antiimperialismo, sustituyéndola por una estrategia centrada en el acceso popular al poder político y por la construcción de una sociedad socialista.[15]

Que Ingenieros presente una trayectoria de avances y retrocesos con respecto a enfoques teóricos e ideológicos antagónicos, evidencia que su pensamiento no puede juzgarse desde la tradicional visión sobre los aportes del enfoque liberal avanzado. En su caso, son determinantes las contradicciones del liberalismo con una incipiente concepción socialista que, por las propias oscilaciones ideológicas, no conduce a un esquema superior, aunque la brillantez de no pocos espacios de lucidez explica el gran atractivo que tiene su obra para sucesivas generaciones de jóvenes latinoamericanos.

[15] «Dentro de cada país existen hoy dos Estados inconciliables. Uno en disolución, el Estado capitalista (…); otro, en formación, el Estado socialista, cuya eficacia constructiva depende exclusivamente de la conquista del poder por las clases trabajadoras». José Ingenieros: *Los tiempos…*, pág. 137.

El acertado tratamiento de Ingenieros al problema de la unidad de la sociedad civil, a la creación de una conciencia colectiva separada de la superestructura gubernamental, utiliza las máximas posibilidades de la concepción liberal para responder a la amenaza del imperialismo yanqui. Su principal dificultad radica en que enfrenta el problema de la conformación del sujeto latinoamericano desde fuera de la política, desde el papel de los intelectuales como movilizadores de la sociedad civil. En el pensamiento de Ingenieros, esta temática se inclina a situar en primer plano el problema de la unidad cultural, la que él sobreentiende como premisa para la cohesión política futura, invirtiéndose con ello las relaciones entre producción espiritual y actividad política.[16] La interesante cuestión en torno al impacto de los movimientos sociales, externos a la clásica lucha por el control del Estado nacional, se plantea de manera contradictoria en el pensamiento de Ingenieros, ya que este factor alcanza importancia determinante sobre el tema del acceso del sujeto histórico al poder político.

Vinculado al problema del imperialismo, aparece el tema de la unidad latinoamericana, el cual se ve marcado por las mismas tendencias analizadas hasta el momento. A nivel filosófico la interpretación especulativa del proceso de modernización, que aparece como «proceso de perfectibilidad infinita», sirve de fundamento para justificar una visión optimista y descriptiva del proceso de unidad social en la región.[17] Para Ingenieros, los individuos fundan vínculos emocionales y espirituales desde su relación con el «terruño», la «nación» y la «humanidad» como momentos de su cohesión espiritual. En estos tres niveles el hilo conductor está en el proceso abstracto de perfección, en los ideales que lo concretan y en la tendencia «natural» hacia el equilibrio social.

---

[16] Según Ingenieros: «Las fuerzas morales deben actuar en el sentido de una progresiva compenetración de los pueblos latinoamericanos, que sirva de premisa a una futura confederación política y económica, capaz de resistir conjuntamente las coacciones de cualquier imperialismo extranjero» (Ingenieros 1979, pág. 442).

[17] «La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e inestables (...) cada elemento de lo inconmensurable tiende a equilibrarse con todo lo variable que lo rodea. En esa adecuación a la armonía del todo consiste la perfección de las partes» (Ingenieros 1936, pág. 52).

Siguiendo estas pautas Ingenieros puede plantear los rasgos más generales de la problemática latinoamericana, enfocando el problema de la unidad como un imperativo de supervivencia para la región. Pero en la búsqueda de las bases para realizar este imperativo su esquema acude, nuevamente, al papel de los ideales y de las tendencias abstractas de la actividad. Por ello señala: «El ideal presente de perfeccionamiento político es una coordinación federativa de grupos sociológicos afines, que respete sus características propias y las armonice en una poderosa nacionalidad común (…). Esa posibilidad histórica merece convertirse en ideal común, pues son comunes a todos sus pueblos las esperanzas de progreso y los peligros de vasallaje» (Ingenieros 1936, pág. 120).

En los momentos de mayor desarrollo de esta propuesta, para explicar las contradicciones entre la desigualdad y la diversidad de las sociedades latinoamericanas, retoma la distinción entre las formas de cohesión política y las formas de cohesión civil. El «civismo, –dice Ingenieros– tiene un fondo moral (…). El bienestar de los pueblos es incompatible con rutinarios intereses creados» (Ingenieros 1936, pág. 114). En este esquema, las distinciones entre la diversidad cultural de los pueblos y su desigualdad en cuanto a los niveles de desarrollo del capitalismo no logran concretarse, por lo que la ruptura entre la organización política y la cohesión social es la respuesta que puede dar Ingenieros ante las antinomias de la sociedad burguesa a nivel nacional, regional y mundial.

Esta postura se hace más contradictoria a medida que avanza el pensamiento político de Ingenieros, ya que el distanciamiento de las formas de unidad política, por el hecho de su uso por parte de las clases dominantes, coloca su propuesta ante la difícil tarea de movilizar la voluntad de los gobiernos y de las clases sociales, incluso de crear instituciones con amplias potestades para dirimir asuntos nacionales y regionales, desde estrategias no contaminadas por las relaciones políticas.[18]

Ingenieros presume la existencia de una ruptura sistémica y no coyuntural entre estos momentos, ya que a su entender las relaciones políticas no reflejan las tendencias solidarias de la sociedad.

[18] «El viejo plan, esencialmente político, de confederar directamente a los gobiernos, parece actualmente irrealizable, pues la mayoría de ellos está subordinada a la voluntad de los norteamericanos» (Ingenieros 1979, pág. 443).

A partir de este principio su propuesta se encamina a reconstruir la política desde su base, desde la renovación de las relaciones naturales entre los pueblos, entre los individuos y entre las comunidades. En opinión de Ingenieros, la sociedad civil, con el apoyo de la juventud y de los núcleos ilustrados, basándose en las tendencias sociológicas de la humanidad, deberá crear primero una conciencia y un sentimiento de integración, los cuales servirían de fundamento para crear instituciones de cooperación económica, política y jurídica.[19] Resulta correcta la valoración de Kohan sobre el papel de Ingenieros en el desarrollo de una tradición que, desde el romanticismo o desde la crítica moral, se enfrentó a la aniquilación de diversos sujetos sociales, al ser integrados a los intereses de un Estado nacional que representaba al capitalismo dependiente (Kohan 2008, pág. 50). Sin embargo, ante este tipo de enfoques que resalta los valores de un pensamiento dividido entre corrientes ideológicas contrapuestas, se hace imprescindible aclarar las tendencias universales del pensamiento de Ingenieros. Lo que incluye definir las determinaciones reales de su ideario político y de su esquema filosófico. A diferencia del análisis ecléctico que, como apuntaba Marx, en toda categoría o realidad encuentra lados buenos y lados malos, la investigación científica se ve precisada a encontrar la solución dialéctica de cada contradicción.[20]

En este sentido, el pensamiento filosófico de Ingenieros expresa las mutaciones ideológicas de un autor que no logra superar las características de una etapa de tránsito. El avance de los antagonismos entre el proyecto liberal y el proletariado en la región, que pulverizó o subordinó las viejas contradicciones de la colonia y colocó en un terreno superior las cuestiones de la dependencia, del subdesarrollo, de la unidad regional y del sujeto histórico latinoamericano en un contexto en el que las burguesías nacionales

[19] Sobre esta estrategia señala Ingenieros: «Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchando el concepto y el sentimiento de patria, haciéndolo continental, pues así como el municipio se extendió a la provincia, y de la provincia al Estado político, legítimo sería que alentado por necesidades vitales se extendiera a una confederación de pueblos...» (Ingenieros 1979, pág. 443).

[20] «La coexistencia de dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una nueva categoría constituyen el movimiento dialéctico. El que se plantea el problema de eliminar el lado malo, con ello mismo pone fin de golpe al movimiento dialéctico» (Marx 1979, pág. 91).

resultan parte del problema, provocó una rápida obsolescencia de los esquemas filosóficos del positivismo y del «antipositivismo». Los aportes dispersos de Ingenieros a estas problemáticas no deben confundirse con una solución definitiva. Esfuerzo creativo, lleno de espacios de lucidez, pero aún sin constituirse síntesis superadora. Su filosofía intentó sostener una postura intermedia entre el socialismo y el liberalismo, entre la actividad política y la producción espiritual, entre la concepción del sujeto individual y la actividad práctica de las clases sociales, pero, en realidad, logró sistematizar en un plano lógico-abstracto las concepciones ideológicas del proyecto liberal.

Estas concepciones se inclinaron a la deformación especulativa de las teorías científicas, a la exaltación del individuo como núcleo de las relaciones sociales, a la idealización del capitalismo de libre competencia en una etapa de avance imperialista. El esquema filosófico de Ingenieros sistematizó la extrapolación del papel de la producción espiritual y de los intelectuales en la actividad social, convirtiéndolos en componentes determinantes para el desarrollo del sujeto histórico, superando en importancia a la actividad económica y política de las clases sociales, a la organización partidista y al control del Estado por las mayorías explotadas.

Por otro lado, sus sugerencias más brillantes hacen pensar en antecedentes de posteriores teorías del poder no como centro en un solo aparato, sino como tejido de relaciones sociales. También laten en sus análisis lo que sería evidente para algunos clásicos del pensamiento revolucionario posterior: la alianza con grupos diversos, inclusive de la propia clase dominante, sería un imperativo, una urgencia no despreciable para los explotados en la lucha por la hegemonía y en la conquista del cielo por asalto. Tanto por las interrogantes que planteó, como por su capacidad para interpretar el choque de intereses históricos reales, incluso por sus inevitables errores, merece homenaje entre los clásicos del pensamiento latinoamericano José Ingenieros.

Referencias bibliográficas

ALBA, VÍCTOR

1964 *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Ciudad de México: Editorial Limusa Wiley, referencia citada en páginas 487-489.

BAGÚ, SERGIO
1955 *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires: El Ateneo, referencia citada en páginas 490, 502.

BARANDELA ALONSO, CARMEN
1995 *Las concepciones filosóficas y sociológicas de José Ingenieros*, Tesis de Doctorado, Instituto de Filosofía de La Habana, referencia citada en página 503.

BIAGINI, HUGO
1985 (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 506.

ENGELS, FRIEDRICH
1979 *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación: La Habana, referencia citada en página 514.

FARRÉ, LUIS
1985 «La ética de José Ingenieros», en *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano: Buenos Aires, referencia citada en página 510.

GALFIONE, MARÍA CARLA
2012 *La sociología criminal de Enrico Ferri y algunas derivas argentinas: socialismo, positivismo e intervención disciplinaria*, recuperado de <http://horizontesyc.com.ar/archivos/1350764863/LA_SOCIOLOGIA_CRIMINAL_EN_ENRICO_FERRI_POR_MARIA_GALFIONE.pdf> (visitado el 19-12-2013), referencia citada en página 495.

GUADARRAMA GONZÁLEZ, PABLO
2008 *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs. alienación*, Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana, vol. II, referencia citada en página 503.

INGENIEROS, JOSÉ
1913a *Principios de psicología biológica*, Madrid: Daniel Jorro, referencia citada en páginas 504, 505.
1913b *Sociología argentina*, Daniel Jorro Editor: Madrid, referencia citada en páginas 499, 500.
1919 *Crónicas de viaje*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, referencia citada en página 508.
1936 *Las fuerzas morales*, Ediciones Ercilla: Santiago de Chile, referencia citada en páginas 512, 516, 519, 520.
1961 *Hacia una moral sin dogmas*, La Habana: Editorial Luz-Hilo, referencia citada en página 511.
1979 *Antiimperialismo y nación*, Ciudad de México: Siglo XXI, referencia citada en páginas 491, 492, 495-498, 508-510, 517, 519-521.

INGENIEROS, JOSÉ

2001 *El hombre mediocre*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, referencia citada en páginas 504-507.

s/f(a) «¿Qué es el socialismo?», en *Enciclopedia Popular Ercilia*, recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/ingenieros/ingenieros-que-es-el-socialismo.pdf>, referencia citada en páginas 492, 493.

s/f(b) *La simulación en la lucha por la vida*, recuperado de <http://www.librodot.com>, referencia citada en página 500.

s/f(c) *Los tiempos nuevos*, La Habana: Orbe Editores, referencia citada en páginas 512-516.

KOHAN, NÉSTOR

2008 *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre marxismo argentino y latinoamericano*, La Habana: Instituto Cubano de Investigación y Desarrollo para la Cultura «Juan Marinello», referencia citada en páginas 516-518, 521.

LENIN, VLADIMIR ILICH

1977 *Obras escogidas*, vol. 8: *Acerca del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeñoburgués*, 12 vols., Moscú: Editorial Progreso, referencia citada en página 515.

LÖWY, MICHAEL

1997 *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa central*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, referencia citada en página 517.

MARTÍNEZ DÍAZ, NELSON

1988 *Hipólito Yrigoyen. El radicalismo argentino*, Madrid: Anaya, referencia citada en página 490.

MARX, KARL

1975 *Crítica del programa de Gotha*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, referencia citada en página 493.

1979 *Miseria de la filosofía*, Moscú: Editorial Progreso, referencia citada en página 521.

MORALES BRITO, JORGE

2014 *Filosofía y política en el pensamiento de José Ingenieros*, Tesis de Doctorado, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, recuperado de <https://dspace.uclv.edu.cu/handle/123456789/8241>, referencia citada en páginas 485, 501.

ROCK, DAVID

1978 *El radicalismo argentino, 1880-1930*, Buenos Aires: Amorrortu, referencia citada en página 487.

ROSSI, LUIS ALEJANDRO

1999 «Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: La crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina», en *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación: 1915-1929*, Buenos Aires: Universidad Nacional De Quilmes, referencia citada en páginas 509, 510.

sin fecha *Los proyectos intelectuales de José Ingenieros*, recuperado de <http://unq.academia.edu/LuisRossi>, referencia citada en página 503.

TERÁN, OSCAR

1979 «José Ingenieros o la voluntad de saber», en *José Ingenieros. Antiimperialismo y nación*, Ciudad de México: Siglo XXI, referencia citada en páginas 487, 491, 492, 494, 495, 501, 503, 509.

CAPÍTULO 22

Modos de amar: resonancias afectivas en la obra de José Ingenieros

MARISA MUÑOZ*

La propensión y estudio de la vida afectiva ocupa un lugar relevante y de larga duración en la producción de José Ingenieros. Así, en un arco de escritos, que publica en los inicios de su trayectoria intelectual hasta los textos reunidos en el *Tratado del amor*, se pueden advertir diversas aristas y niveles de reflexión por los que transitan sus posicionamientos. Nuestro hilo de lectura se concentra en el análisis de la vida afectiva y los entramados teórico-conceptuales que son propiciados en su obra, así como las implicancias biológicas, psicológicas y de orden social que se encuentran a la base de sus tesis interpretativas.

I

El interés por la vida afectiva en Ingenieros se hace visible de manera muy temprana. La sexualidad, el feminismo y los derechos conyugales son parte de los temas sobre los que escribe en diarios, periódicos y revistas.[1] Estos escritos son la punta del iceberg de una crítica social y política que no escatima aludir a la idea de

* FFyL-UNCuyo / INCIHUSA-CONICET.

[1] «La condena a Alcira Boni», en *La Montaña* (abril, 1897); «Bases del feminismo científico», en *El Mercurio de América* (noviembre, 1898); «El amor múltiple en las futuras relaciones sexuales», en *El Mercurio de América* (junio, 1899). Cfr. los trabajos de Fernández Cordero (2011), Muñoz (2015) y Vezzetti (2013).

clase y a la diferencia sexual para tratar de entender los vínculos afectivos. Cuenta con apenas veinte años, y ya ha transitado por el anarquismo, el socialismo, la masonería, así como también ha dedicado gran parte de su tiempo al estudio y formación profesional. Egresa de la Facultad de Medicina en 1900. Lector asiduo de literatura, ciencia y política, participa de la bohemia porteña y de tertulias conspirativas. Ciencia, filosofía, literatura, espiritismo, teosofía, masonería, política, conforman un amplio espectro de la cultura intelectual y científica argentina en la transición del siglo XIX al siglo XX. Editor de la revista estudiantil *La reforma* (1893); publica, junto a Leopoldo Lugones, el periódico socialista revolucionario *La Montaña* (1897) y el periódico literario *El Lirio Rojo*. En 1902, funda una de las revistas científicas más prestigiosas del país y de América Latina: *Archivos de Psiquiatría y criminología* (1902-1913). Estos años conforman la etapa más representativa de sus estudios ligados a las ciencias biológicas y naturales desde las que abordará la cuestión social.[2]

Varios trabajos y estudios sobre el amor siguieron a los iniciados a fines del siglo XIX. En la editorial Claridad publica *Estudios sobre el amor*, libro que incluye una serie de conferencias que formaron parte del curso sobre «Psicología de los sentimientos», dictado en la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.[3] En la *Revista de Filosofía*, que funda en 1915, escribe casi una decena de artículos vinculados al amor.[4] Algunos de estos escritos, en versiones más acotadas, se publican también en la revista *La Novela Semanal*.[5]

---

[2] Cfr. los trabajos de Barrancos (2011), Fernández (2020), Plotkin (2021), Tarcus (2011) y Terán (1979).

[3] En el ejemplar no sale la fecha de edición. En este libro está incluido su ensayo «El delito de besar», que ya había dado a conocer en *La psicopatología en el arte* (1903). Buenos Aires, Etchepareborda.

[4] La *Revista de Filosofía; Ciencia, Cultura y Educación* (1915-1929), fue fundada por José Ingenieros en 1915. Con motivo de su fallecimiento, en 1925, asume la dirección Aníbal Ponce. Los artículos sobre la vida afectiva mencionados en la *Revista de Filosofía* se publican entre 1918 y 1924. En ellos se abordan los temas de la personalidad sentimental, el nacimiento del amor, los celos, la pasión en la literatura, la desilusión amorosa, el instinto maternal y la familia, y su teoría del amor.

[5] *La Novela Semanal* fue una revista de mucha circulación que se publicó en Buenos Aires entre 1917 y 1927. En 1917 y 1918, José Ingenieros publica dos trabajos: «Werther y don Juan» y «La psicología de los celos». Beatriz Sarlo afirma «El peso intelectual de Ingenieros en la sociedad argentina de las tres primeras décadas del siglo XX era muy grande. Se trataba de

Parte de su primer capítulo sobre la Metafísica del amor que está incluido en el *Tratado del amor*, es publicado en la revista *Nosotros*, en 1925.[6]

Ingenieros hace un plan de exposición sistemática sobre la vida afectiva. El proyecto no alcanza a concretarse en su totalidad. De modo que, el *Tratado del amor*,[7] texto que condensa en gran parte sus ideas, será un libro póstumo que reunirá algunos trabajos publicados, otros inéditos, y algunos temas, solo enunciados, que no alcanzaron a desarrollarse. Aníbal Ponce ofrece algunas coordenadas de ese plan original propuesto por Ingenieros. Las secciones del libro están organizadas en torno a cuestiones metafísicas, teoría genética y psicología del amor. Estos temas aparecen conjugados con definiciones y caracterizaciones del instinto sexual, maternal y familiar, así como también desarrolla tesis de interpretación respecto de dos lazos relevantes de los vínculos afectivos: familia y matrimonio.[8]

Este equipaje de escritos, tesis y claves de lectura respecto de los modos de amar, nos habilita para afirmar que el amor es un tema de larga duración en su trayectoria intelectual. El análisis de lo afectivo en sus indagaciones se cualifica en relación con búsquedas teórico-metodológicas, afincadas en la cultura científica de la que

---

un escritor-científico de colocación múltiple, ubicado en diversos lugares del campo intelectual, y, por lo tanto, capaz de influir de una manera más extensa en las ideologías sociales que desbordan los límites del propio campo… Protagonizó un movimiento profundo de secularización del pensamiento sobre el amor, el matrimonio y la familia» (cfr. Sarlo 2011, pág. 84).

[6] Revista *Nosotros*, vol. 51, n.° 199, diciembre 1925, págs. 531-536. Este número de la revista estará dedicado a José Ingenieros, quien fallece el 31 de octubre de ese año.

[7] Algunos capítulos de este libro póstumo, fueron primero publicados en la *Revista de Filosofía*, *La novela semanal* y el libro *Estudios sobre el amor*, anteriormente mencionados, así como algunos de esos mismos textos formaron parte de conferencias dictadas por el autor. No haremos referencia a la génesis y avatares de la publicación. Para la exposición de las tesis del autor hemos tomado el texto publicado en las *Obras Completas*, editadas por Mar Océano (cfr. Fernández 2016, págs. 67-80).

[8] Aníbal Ponce primero y luego Julia Laurencena se ocuparán de la publicación del *Tratado del amor*. En la nota de Advertencia que precede a este texto, en las *Obras Completas* de Ediciones Mar Océano, se dice que «Aunque Ingenieros no alcanzó a desarrollar totalmente el plan de este libro, quedaron sus materiales lo bastante ordenados como para hacer posible su publicación» (Ingenieros 1962a, vol. 3, pág. 327).

forma parte, como también a una sensibilidad social que propicia no solo posicionamientos políticos, sino también reacomodamientos conceptuales. Ambos aspectos no dejaron de articularse a lo largo de su vida.

II

La rejilla interpretativa de José Ingenieros es una trama repleta de matices y singularidades. La clave biológica es un sustrato que mantiene cierta estabilidad y permanencia en sus escritos. El análisis y significación del mundo de los sentimientos, emociones y pasiones en el autor, cabalga entre lo biológico y lo social. Ambas esferas del saber, con diversos alcances y niveles de pertinencia, son asumidas por Ingenieros en articulaciones por momentos complejas y contradictorias, que van a terminar por cualificar sus tesis de lectura de la vida afectiva. Asimismo, el interés por los estados en los que transcurre y se expresa la vida afectiva, es un tema que se hace visible en otros estudios realizados entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, muy en sintonía con los avances científicos, cuya matriz de sentido la otorgan las ciencias naturales y biológicas. Se estudian los alcances de las esferas del sentimiento, de la vida emotiva, de las pasiones y del amor en la naturaleza humana.[9]

El rechazo a conceptos y categorías esencialistas como los de razón, conciencia, pensamiento, son comunes en la cultura científica del período. Lo humano y el proceso de humanización son abordados como capítulos de la historia natural del universo y de las especies. Los métodos científicos son renovados y, no rara vez, antepuestos a la teoría. El concepto de observación toma fuerza en abierta alianza con los estudios experimentales. La observación externa, en su faz cuantitativa o cualitativa, se impone sobre la interna, más ligada a la concepción del paradigma racionalista anterior en conjunto con la antropología esencialista que se desprende

[9] En Argentina se publican varios estudios sobre el amor, la vida afectiva, el lenguaje afectivo en las primeras décadas del siglo XX. Cfr. Baires (1910), Palcos (1925), Ponce (1929) y Sfondrini (1928, 1932). En 1930 aparece la traducción Edward Carpenter, *El reinado del amor* (*Love's coming of age*), Buenos Aires, Editorial Oriente. Macedonio Fernández publica en 1928, *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. En esta obra el amor y la pasión son estructurales a todo conocimiento. Cfr. Muñoz (2013).

de sus tesis. Si por esta época los estudios psicológicos comienzan a independizarse de los filosóficos en los que parecían estar confundidos, ambos saberes se muestran, sin embargo, con una fuerte sujeción a lo biológico y a concepciones evolucionistas. La afectividad es motivo de atención en los estudios psicopatológicos. Si bien el positivismo y el cientificismo no pueden ser homologados con quienes formaron parte de la cultura intelectual de este período, sí se puede decir que incluso, los que no estaban en sintonía con estas ideas, terminaban discutiendo un corpus de problemas en común cuya agenda había sido puesta desde cierta hegemonía de la cultura científica imperante (Muñoz 2013).

La obra *Principios de psicología genética* (1911),[10] condensa una serie de ideas, temas y problemas que pueden leerse como parte del soporte teórico que está en la base de sus estudios respecto de la vida afectiva. En este libro, Ingenieros logra sistematizar y proponer una filosofía científica con la idea de instaurar las bases biológicas de la psicología contemporánea: discutir con viejos paradigmas, dar cuenta de los estudios, métodos, figuras y debates más relevantes de la cultura científica y filosófica. Las tesis de José Ingenieros referidas al ámbito de los afectos pueden ser leídas articuladas a esta obra. Asimismo, este conjunto de escritos representa una tarea de investigación del pasado filosófico con una intención crítica expresada en el rechazo del espiritualismo romántico de origen ecléctico, la reelaboración del monismo, la toma de distancia con el experimentalismo puro, las prevenciones respecto de lo que el autor denomina «neo-idealismo», en el que incluye al positivismo espiritualista y al pragmatismo.

Esta obra está caracterizada por un realismo gnoseológico y un anti-intelectualismo que da paso a una teoría de la representación. Uno de los conceptos clave, que hace de centro en su esquema interpretativo, es el de experiencia. Este concepto es permeable a

[10] El libro *Principios de psicología biológica* fue publicado primero en la *Revista Argentina Médica*, Buenos Aires, 1910. Luego, se publica en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología* con el nombre de Psicología genética (Historia natural de las funciones psíquicas). Buenos Aires, 1911. Habrá también otras ediciones, todas intervenidas por el autor quien detalla parte de los cambios operados en la obra y alude a la edición de 1919 como la definitiva (Editorial Rosso). Esta versión es la que se reproduce en el tomo 3 de las *Obras Completas* publicadas por Mar Océano en 1962. Cfr. Mailhe (2016) y Soler (1968).

reacomodamientos que amplían el campo semántico y las esferas de acción a que remite su significación (Muñoz 2013). La filosofía científica que Ingenieros despliega en esta obra permite acceder a ciertos conceptos y proposiciones transversales que impactan sobre el plano afectivo. Es decir, la teoría genética sobre la que se monta la filosofía científica es también una piedra angular para desplegar en distintos formatos sus interpretaciones sobre los afectos. Asimismo, la faz social de sus análisis se vertebra en torno a grandes bloques del saber: filogenética, sociogenética y ontogénetica. Los problemas vinculados a la especie, a la sociedad y al individuo son interpelados desde cierta cohesión teórico-metodológica.

Según la lectura de Théodule Ribot, referente de los estudios psicológicos y filosóficos del período, se pueden identificar dos concepciones respecto de la vida afectiva: una denominada «intelectual» y otra «fisiológica». Tanto una como la otra han propiciado tesis interpretativas y métodos de investigación desde los que avalan sus presupuestos. En un caso los estados afectivos dependen de la inteligencia o intelecto, mientras que, en las tesis fisiológicas, los estados afectivos son irreductibles al intelecto. Los sentimientos –dice Ribot– en afinidad con la lectura fisiológica, «arrancan de lo más profundo del individuo; tienden sus raíces en la necesidad y en los instintos…» (Terán 1986, pág. 11).

> «… la naturaleza de la vida afectiva no puede comprenderse si no se la sigue en sus transformaciones incesantes, en su historia. Separarla de las instituciones sociales, morales, religiosas, de los cambios estéticos e intelectuales, que la traducen y encarnan, es reducirla a una abstracción vacía y muerta» (Terán 1986, pág. 12).

Esta atención a las instituciones y a las objetivaciones que propician, es uno de los modos en que el positivismo argentino elabora sus tesis acerca de lo social y sus formas de representación. En el caso de Ingenieros la representación se inscribe en el marco del realismo gnoseológico y el antiintelectualismo. La representación es abordada como fenómeno psíquico y como fenómeno colectivo. En el primer caso es una función biológica que sirve para la adaptación a las condiciones del medio. De ahí que la noción de sujeto que propone pueda ser entendida como una unidad de experiencia. Dicho de otro modo: la experiencia, según Ingenieros, vendría a ser el conjunto de representaciones que se constituye sin la intervención de «una actividad superior o extraña a los mismos datos

de la experiencia, como pretende el racionalismo y el idealismo» (Ingenieros 1911, pág. 242). Respecto a la representación colectiva, ésta es el resultado de la constitución social. Las costumbres e instituciones como expresiones de estas representaciones dependen de las «condiciones intrínsecas del ambiente» (Ingenieros 1911, pág. 177). Las costumbres y las instituciones se organizan como moral y como derecho. No poseen, entonces, un peso intelectual, sino valorativo, no hay teleología; tampoco juicios de verdad o falsedad. Desde la perspectiva aludida, estas expresiones son un reflejo biológico-social. Asimismo, estos posicionamientos de José Ingenieros eran comunes en la cultura científica de la que formaba parte, cercanas al enfoque fisiológico aludido, cuyos exponentes fueron el mismo Ribot, Bain, Spencer, James, Lange, entre algunos de los representantes más leídos en el ámbito filosófico argentino de esos años.

Respecto del método que la psicología genética postula, Ingenieros intenta establecer una superación del método puramente experimental, además de establecer la «observación exterior» como el «único método aplicable a todas las formas de evolución de las funciones psíquicas» (Ingenieros 1911, pág. 331). El método introspectivo, en el que se basa la observación interior, forma parte de esa filosofía de la conciencia que rechaza Ingenieros, aunque no lo elimina totalmente de las prácticas investigativas. Así, por ejemplo, Ribot alude a la figura del amante al que solo le interesa gozar y que, por eso mismo, no hace psicología. A diferencia del amante que sí reflexiona en torno a las causas del amor, de sus fluctuaciones, de su durabilidad, etcétera. Quién sí reflexiona sobre la vida afectiva elabora, de algún modo, una psicología del amor y la pasión. Para Ingenieros, sin embargo, el análisis de Ribot puede caer en el error de confundir e incluso contraponer la psicología a las ciencias naturales y a la biología.

Lo social, como una clave recurrente de sus reflexiones, atraviesa por niveles y alcances diferentes. Lo biológico es propuesto como sustrato decisivo que opera a modo de traducción de los diferentes ámbitos y problemas referidos por José Ingenieros: filogenética, sociogenética y ontogenética. Asimismo, algunos conceptos, como el de consciencia, obran de modo transversal. Lo biológico, en este sentido, es un sustrato predominante y complejo. Por momentos, su biologismo es utilizado como condición de posibilidad de interpelar y traducir la faz social. Traducción que igualmente

no cierra los ojos a los mecanismos propiciados por una moral y poder dominantes respecto de la sujeción de los individuos. De todos modos, tal como está planteado por Ingenieros, lo biológico también comporta formas de sujeción. Así, la vida afectiva, en sus máximas expresiones, sigue atada a la idea de evolución biológica. Los elogios de indocilidad a la que hace referencia Ingenieros, finalmente, apuestan a la fuerza de la naturaleza biológica como modo de resistencia a la regulación social operada por la cultura patriarcal. En todo caso, el instinto es lo indócil respecto a la regulación social, económica y jurídica respecto del amor. Lo biológico es un piso, casi inamovible, del que dispone la especie humana para los sucesivos desarrollos y adaptaciones a su medio ambiente. Lo social y la cuestión social si bien no se homologan son ámbitos tensionados por esta matriz biologista de base.

Haciendo referencia a la «lógica de los sentimientos» desarrollada por Ribot (1905),[11] Ingenieros dice lo siguiente:

> «Ribot ha agotado el estudio de uno de los más difundidos entre los modos extralógicos del pensar, el razonamiento afectivo. Su *Lógica de los sentimientos* es uno de esos libros que convencen desde la primera página, pues interpretan en términos inequívocos ciertos hechos evidentes de la experiencia común (...). Ribot coincidió con los pragmatistas en negar los postulados del intelectualismo racionalista; puso de relieve la función primordial de la vida afectiva en la formación de las creencias y la significación de estas en la vida mental de los individuos y de los agregados sociales» (Ingenieros 1911, págs. 262-263).

Se trata de reparar, entonces, sobre los modos de racionalidad que caracterizan a los seres humanos. Estos están lejos de enmar-

[11] Este libro, traducido casi inmediatamente al español, fue un intento precursor respecto a investigar la afectividad en el signo. Tuvo una importante repercusión en la intelectualidad argentina. La editorial española Daniel Jorro se encargó de difundir sus textos y fue Ricardo Rubio quien tradujo la mayoría de los libros. Se trataba de contraponer a la «lógica racional», contra la que reaccionó Ribot, una «lógica vital» nacida bajo las «condiciones de la vida» que la crea y mantiene. Ingenieros había coincidido con Théodule Ribot especialmente en lo que se refiere al planteo de la «ilogicidad del hombre», además, tuvieron en común el anti-intelectualismo y el evolucionismo. La idea de base es que el pensar no solo puede ser estudiado desde las funciones conscientes; por eso mismo entra también en contradicción con la vieja lógica tradicional e intelectualista anclada en una psicología racionalista.

carse en una lógica pura, abstracta y alejada de la experiencia. De modo que lo extralógico, para Ingenieros, es la constante del razonamiento humano. Es decir, lo afectivo, volitivo, imaginativo, etcétera. La psicología genética, constituida en «filosofía científica», es el saber que está en condiciones de mostrar y demostrar los procesos intelectuales-afectivos que se desenvuelven a través de la evolución biológica. En este sentido, Ingenieros lee la personalidad consciente en el marco del desarrollo ontogenético de las funciones psíquicas. La personalidad individual viene a ser así el «resultado natural de condiciones puramente objetivas: las propiedades biológicas del ser vivo y las acciones y reacciones entre este y el medio» (Ingenieros 1911, pág. 280). En esta personalidad «orgánica», lo psíquico es uno de sus aspectos y, dentro de este, se configura lo consciente. Estas definiciones y características señaladas son las que tensionan respecto del modelo intelectualista.

Para Ingenieros, el papel de la psicología genética es poner en evidencia las manifestaciones de la naturaleza humana sin hacer cortes en nombre de la razón o de la moral extrínseca al individuo. De este modo, lo consciente tal como lo interpreta se vuelve relativo en la constitución de la subjetividad humana, siempre teniendo presente que lo consciente no es un atributo exclusivo de la especie humana. Asimismo, el pensar no puede comprenderse, únicamente, como una función consciente, así como la voluntad y los sentimientos, en sus expresiones más auténticas, atentan contra la «razón», en tanto constructo abstracto, sin dejar de formar parte de los modos de racionalidad humana. No lo dice exactamente en estos términos, pero entendemos que es posible traducir así sus tesis.

En sintonía con Ribot, Ingenieros alude a la existencia de una «consciencia primordial puramente afectiva» sobre la que se constituye el desarrollo intelectual. De este modo, para la psicología biológica que postula, las funciones conscientes vienen a ser una variación útil de las funciones psíquicas en la evolución orgánica (Ingenieros 1911, pág. 311). La consciencia, afirma, es una «abstracción objetivada» que responde a fenómenos biológicos en ciertas condiciones. Así como también, la consciencia no implica en el individuo la posibilidad de «elección», es decir, de libertad, sino que es una «determinación extrínseca». De este modo, Ingenieros vuelve a inscribirse en postulados biologistas para pensar la personalidad individual (Ingenieros 1911, págs. 233-312).

III

En el primer número del periódico *La Montaña* (abril de 1897),[12] en la sección de actualidad «La Quincena», Ingenieros escribe una nota sobre «La condena a Alcira Boni», la «matadora» de Pedro Intronich. En ella, analiza críticamente el fallo del juez, la doble moral burguesa y la carencia de todo tipo de derechos, en particular para las mujeres proletarias. En el artículo se alude, sin dar muchos detalles del caso, a la condena («presidio indeterminado») por el delito de homicidio. Se deduce que fue en defensa propia. Por el hecho de haber mantenido relaciones sexuales prematrimoniales, el juez (según la lectura del fallo de Ingenieros) entiende que Boni «no tiene derecho de herir o matar al que intente violarla», pues ha perdido el honor. Asimismo, quien defiende un honor, «no mancillado», sí tiene derecho a que la ley la ampare. Se alude así, al caso de Elena Parson, quien en una situación análoga ha dado muestras de honestidad e integridad como mujer. Lo interesante de este breve escrito es la lectura que realiza José Ingenieros. En el relato de los hechos aparecen los nombres del juez, de las mujeres, del hombre muerto y se transcriben extractos de un fallo, no solo mal escrito, según Ingenieros, sino también concebido en los marcos de una ideología burguesa y patriarcal. Ambas mujeres anticipan figuras que encarnan, por una parte, el amor natural (Alcira Boni) y, por otra, la domesticidad (Elvira Parson). Estas nociones, así formuladas, todavía no aparecen en sus escritos, pero sí se pueden advertir algunas ideas que serán desarrolladas en un momento posterior de modo más sistemático. El honor, al que se menciona como condición de derecho de las mujeres, forma parte de lo que Ingenieros denominó la inmoralidad social del amor. «La opinión pública y las leyes escritas –nos dice en uno de los capítulos del *Tratado*– estuvieron al servicio de los hombres, para custodiar la castidad y la fidelidad, convertidas por la costumbre en la virtud esencial de las mujeres» (Ingenieros 1962b, pág. 317).

Ingenieros retrata así las condiciones de existencia de dos mujeres, una proletaria, otra burguesa. Una puede amar sin restricciones, sin prevenciones, con su cuerpo. En el otro caso, el de la «burguenzuela», como la llama Ingenieros, no hay afecto genuino, no hay

[12] Los Redactores de este periódico «Socialista Revolucionario» fueron José Ingenieros y Leopoldo Lugones. Se alcanzan a publicar 12 números, de abril a septiembre de 1897.

amor, solo conveniencias, castidad pactada, comercio, interés. Ingenieros transforma en figuras a estas mujeres para mostrar la injusticia dentro de la justicia burguesa. El sexo, la clase social, la domesticación del amor natural, operan en los entramados de los vínculos amorosos atravesados por la violencia real y simbólica.

En 1902 sale publicado un escrito de José Ingenieros sobre el beso.[13] El breve texto es una tentativa de lectura filosófica con ciertas notas humorísticas. Ingenieros busca mostrar las tramas jurídicas en las que puede verse envuelto el beso cuando este no ha sido consentido o cuando, siendo consentido, su manifestación atenta contra la moral en espacio público. Ingenieros señala, no sin cierta parodia respecto de algunos tópicos del higienismo, que el beso puede revestir aristas riesgosas para la salud en la medida que estos pueden propiciar focos de contagio. En este caso, la responsabilidad penal se mide por las consecuencias que genera. Avanza también en la clasificación de los tipos de besos, desde los más inocentes hasta los más voluptuosos. En este caso, la responsabilidad penal se mide por las consecuencias que genera. Avanza también en la clasificación de los tipos de besos, desde los más inocentes hasta los más voluptuosos. Hace referencias a códigos y regulaciones sociales de distintos lugares del mundo en torno al beso de amor. Ingenieros quiere hacer visible que las manifestaciones de afecto no son tan libres como pueden parecer. El beso, en cuanto acto inscrito en una cultura determinada está lleno de adherencias biológicas, sociales, morales, religiosas y culturales.

El escrito de José Ingenieros no deja de tener límites interpretativos: la mujer es presentada como objeto del acto de besar y los besos son un epítome de parejas heterosexuales. De todos modos, su texto «El delito de besar» arremete contra la criminalización del beso cuando procede de la hipocresía social; desnuda las opacidades en las que se instalan los afectos; quiebra y repone algunas claves románticas en torno del amor; y muestra también los límites del higienismo. Amar es un derecho y besar es uno de los actos más profundamente humanos. Termina así con un elogio personal no ingenuo del beso como manifestación del amor. La cuestión social, en estos primeros escritos, parece sobreponerse a la ma-

[13] El escrito «El delito de besar», aparece por primera vez en *La psicopatología en el arte* (1903) y forma parte del tomo 1 de las *Obras Completas*, Mar Océano, 1962.

triz biologista que caracterizará a sus estudios de la vida afectiva desarrollados con posterioridad.

IV

Si pasamos en limpio las tesis de lectura en torno a la vida afectiva, tal como aparece en su *Tratado*, se puede decir que el componente natural y biológico del amor es un marco epistemológicamente útil, aunque no es suficiente para encarar la crítica a la construcción social de la ideología patriarcal y burguesa que es una de las pretensiones que pone en juego José Ingenieros. Vamos, entonces, a buscar reconstruir algunos aspectos centrales de su argumentación en estos escritos.

Para José Ingenieros, el amor es un «sentimiento de preferencia individual» (Ingenieros 1962b, pág. 260), que acontece en un lugar y momento determinado. La preferencia es una cualidad propiamente humana. No estuvo siempre, es parte del desarrollo evolutivo. Se diferencia de la selección inconsciente, a la que se refiere Schopenhauer para dar cuenta del instinto sexual, como un móvil central de la física y metafísica del amor que propone. La preferencia mencionada se establece respecto de otro ser humano, de «sexo complementario», con quien se habrá de satisfacer «tendencias instintivas» vinculadas a la reproducción de la especie. «Amar implica elegir para procrear mejor; el sentimiento amoroso es un instrumento natural de elección» (Ingenieros 1962b, pág. 269).

El sentimiento amoroso pertenece al individuo, de ahí la noción de preferencia que da lugar a la individuación del deseo. El deseo es caracterizado como la «representación consciente de la necesidad trófica de eliminar del organismo los gérmenes maduros» (Ingenieros 1962b, pág. 262); hambre sexual lo denomina y también, en una clave psicológica, el deseo es descrito como «la afirmación volitiva que acompaña a la preferencia por el cónyuge elegido» (Ingenieros 1962b, pág. 268). En estos términos la emoción sexual adviene como «objeto inmediato del deseo». Ni el instinto sexual está enfocado solamente en la reproducción, ni el sentimiento amoroso opera exclusivamente bajo el instinto sexual, desde la perspectiva puesta en juego por Ingenieros. El pasaje o conversión del instinto sexual a sentimiento amoroso, según su lectura, se hace posible mediante la constitución del «juicio afectivo» portado por el individuo, no por la especie.

Ahora bien, las consecuencias del sentimiento de preferencia respecto de la elección de los cónyuges, si bien pueden ser estudiadas como una inflexión decisiva que impacta en la constitución de los vínculos en el curso del proceso de humanización, comporta también una faz negativa: la tendencia a la estabilidad de los vínculos. Para Ingenieros, sus epítomes son la familia y el matrimonio moderno-burgués.

En este sentido, la estabilidad en las relaciones afectivas es la piedra angular para la elaboración de la noción de «domesticidad», que, si bien no alcanzará a desarrollarse en el plan original de la obra, sí se puede entrever en parte el sentido que el autor le otorga a este concepto. Aníbal Ponce, al analizar y trabajar con los escritos del *Tratado del amor*, nos dice: «Ingenieros se disponía a estudiar la concepción doméstica del amor desentrañándola de la Teología cristiana» (Ingenieros 1962b, pág. 229), así como también pensaba abordar el amor como «genio de la especie», discutiendo las tesis naturalistas. Algo de esto último sí alcanzó a escribir en relación con la teoría erótica de Schopenhauer. A diferencia de este, el amor no es quimera ni artimaña para asegurar la vida. De este modo, Ingenieros pone en cuestión lo que denomina hipótesis «panpsiquistas antropomorfas», «vitalistas» y generalizaciones metafísicas del instinto sexual desplegadas por el filósofo de la voluntad (Ingenieros 1962b, págs. 251-253). Sin embargo, su idea de «ilusión de amor» lo vuelve a acercar a las tesis que rechaza, aunque esta idea esté interceptada en el autor por tramas psicológicas y literarias, vinculadas, en parte, a la teoría de la «cristalización» de Stendhal. Las tesis freudianas no forman parte de su andamiaje teórico-metodológico aunque no las desconoce.

La «estabilidad doméstica» a la que se refiere Ingenieros es retomada al abordar el sentimiento de amor. Monogamia e indisolubilidad del matrimonio atentan contra la naturaleza contingente del amor. Así como el amor no puede ser eterno, tampoco puede ser exclusivo. El amor libre no es la contracara de la domesticidad tampoco. La contingencia equivale a «variación incesante» de las condiciones sociales de existencia, aunque son justamente estas variaciones las que han propiciado algunos equívocos. Lo que sigue asegurando José Ingenieros es que el amor es un instrumento natural y útil. La elección del cónyuge no obedece a una «causalidad extrínseca», sino a juicios valorativos de orden afectivo, a diferencia de la tesis de la «selección natural» aludida.

El amor natural, si bien puede entenderse como una tendencia en el marco de la personalidad sentimental, no se expresa del mismo modo en cada individuo. Encarnarlo de modo adecuado sintetiza tanto el carácter biológico natural como al psicológico-social. De ahí que existan personalidades sentimentales excepcionales o que sea posible identificarlas a partir de personajes o figuras literarias que condensan la complejidad y riqueza del ideal amoroso. La herencia, el temperamento, la franja etaria, el estado de salud, son algunas de las condiciones que cualifican y diferencian las aptitudes sexuales. Es decir, en el amor natural no todos los individuos son iguales.

Un modo de acercarse a la concepción doméstica del amor en Ingenieros es a partir de la caracterización que hace del «instinto doméstico». La familia es el marco que le permite avanzar en sus argumentaciones en torno a los lazos que propicia la vida en común. Al igual que la relación conyugal, la familia, en términos de domesticidad, se caracteriza por vínculos afectivos duraderos, estables. Hay unión, cuidado, protección entre sus integrantes y, particularmente, de los padres a los hijos.

El instinto social que está a la base de esta microsociedad que es la familia transforma la selección sexual en doméstica. Asimismo, tanto el instinto sexual como el instinto maternal son leídos como formas evolutivas útiles para la reproducción. El instinto doméstico es caracterizado como «el conjunto de hábitos tematizados hereditariamente en un espacio para que los individuos se adapten eficazmente a las condiciones de vida familiar y protección de sus hijos» (Ingenieros 1962b, pág. 287). Esta condición afectiva que genera la vida familiar trae aparejados el sentimiento de propiedad, la hegemonía masculina y también, dice Ingenieros, la esclavitud de la mujer. El amor que puede haber estado al comienzo del vínculo también puede ausentarse sin que desaparezca la familia. Habrá vida en común pero no vida amorosa. «El matrimonio -nos dice- se presenta como la forma brutal, comercial, religiosa o legal de adquirir la propiedad de las madres y de asegurar la transmisión del rango y los bienes para los hijos» (Ingenieros 1962b, pág. 293).

De este modo, advierte Ingenieros, que la unión familiar es más bien una asociación de intereses. Se conquistaron algunos derechos contractuales, pero a la base se sostiene un derecho de propiedad. Propiedad de los padres, de los maridos, de los hijos varones. El hombre ya no es el amo, pero sí quien concentra el poder

para Ingenieros. Así planteado, los efectos de la familia patriarcal son la eliminación del amor natural y la adaptabilidad social, es decir, el estado de domesticidad. La moral de estos vínculos es «inmoralidad», en la medida que solo son un conjunto de reglas destinadas a perpetuar relaciones que impiden la libertad amorosa. Esta última, más que una demanda romántica, se sostiene en la propia naturaleza humana.

La moralidad es «el resultado espontáneo de la experiencia colectiva». Está sometida como toda experiencia a constantes renovaciones. La moral patriarcal, la moral doméstica, con sus prácticas e ideología, con la religión (el cristianismo), detiene ese flujo vital de la experiencia humana, disciplina socialmente las pasiones y el sentimiento amoroso. Otorga, de este modo, una estabilidad artificiosa e interesada en la medida en que finalmente se muestra lo que realmente es: una «moral económica». En este sentido, para esa moral amar antes o después del matrimonio es un delito. Delito que atenta contra la propiedad. La moral doméstica en nombre de la sociedad patriarcal desde la cual emerge, criminaliza toda expresión y acción del amor natural (Ingenieros 1962b, págs. 307-321).

Si bien, el marco interpretativo de Ingenieros es relevante para mostrar las aristas del amor como sentimiento individualizado y como parte de la vida en común, resulta insuficiente para encarar la crítica al amor burgués que despliega en clave evolutiva. La postulación de la estabilidad de los vínculos amorosos y sociales como resorte del amor doméstico, no alcanza a convertirse en tesis, así como el «amor natural» que defiende queda entrampado en concepciones biologistas. Es cierto también que el autor dejó trunco el desarrollo de la idea de domesticidad apuntada en su plan original. De todos modos, se puede advertir que lo biológico, como lugar de enunciación crítica, es la trampa en que cayeron los positivistas al analizar las representaciones sociales. Sin dudas, José Ingenieros se interesó por la vida afectiva y este interés fue transversal en su obra. Los modos de amar que identifica, conjuga y pone en cuestión, son una inflexión en la que se manifiesta la encarnadura de sus tesis en los enunciados que propone y despliega. Los límites de algunas de sus ideas respecto de su concepción de la vida amorosa y el no desarrollo de algunos conceptos propuestos ya los tratamos de señalar.

Para Ingenieros, el amor, entendido como amor de pareja, es un sentimiento individualizado, así como los afectos, en un sentido amplio, son inscritos en lo colectivo. En el espacio social, en el que se desarrollan las comunidades humanas, nuevamente operan, en distintos grados, categorías biológicas vinculadas al ambiente, la raza, la carga eugénica. La vida afectiva colectiva no escapa de los marcos biológicos, cuestión que le otorga coherencia a la serie de postulaciones que formula, en distintos momentos, durante su producción. En *Las fuerzas morales*, obra póstuma al igual que el *Tratado del amor*, en una de las secciones, Ingenieros formula el trinomio justicia-simpatía-solidaridad. Esta vez, los afectos, inscritos en sus sermones laicos, se vinculan a la justicia y la justicia a los afectos (Ingenieros 1957, págs. 33-42). Lo individual encuentra su curso en el sentimiento profundo de lo colectivo: la solidaridad; así como esta última no puede ser posible en ausencia de justicia. Son precisamente estas inflexiones en su obra, las que por momentos adelgazan el espesor de la matriz biológica. El idealismo ético propicia la proliferación de resonancias morales y también afectivas en sus textos. En suma, Ingenieros despliega en su obra una política de los afectos que vale la pena reconstruir y restituir en la cultura filosófica argentina.

Referencias bibliográficas

BAIRES, CARLOS

1910 *Teoría del amor. Estudio de la psicología de los sentimientos sexuales y la sensibilidad afectivo-moral*, Buenos Aires: Juan Alsina, referencia citada en página 530.

BARRANCOS, DORA

2011 «El otro rostro de la modernidad: socialistas y ciencia esotérica (1890-1930)», en *Estudios Sociales*, n.º 40, referencia citada en página 528.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ

2016 «Entre la *Revista de Filosofía* y *La Novela Semanal*: el *Tratado del amor* de José Ingenieros», en *Tiempos de papel. Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*, ed. por Verónica Delgado y Geraldine Rogers, Buenos Aires: UNLP, referencia citada en página 529.

2020 *José Ingenieros y las reescrituras de la vida: del caso clínico a la biografía ejemplar*, Buenos Aires: Eudem, referencia citada en página 528.

FERNÁNDEZ CORDERO, LAURA

2011 «Versiones del feminismo en el entre siglos argentino (1897-1901)», en *Políticas de la Memoria*, referencia citada en página 527.

INGENIEROS, JOSÉ

1911 «Sarmiento y Ameghino», en *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, vol. 9, n.º 26, referencia citada en páginas 533-535.

1957 «Criminología», en *Obras Completas de José Ingenieros*, Buenos Aires: Elmer Editor, vol. 7, referencia citada en página 542.

1962a *Obras Completas*, 8 vols., Buenos Aires: Mar Océano, referencia citada en página 529.

1962b *Tratado del Amor*, en, *Obras completas*, vol. 3, Buenos Aires: Mar Océano, referencia citada en páginas 536, 538-541.

MAILHE, ALEJANDRA

2016 *Archivos de psiquiatría y criminología 1902-1913: concepciones de la alteridad social y del sujeto femenino*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, referencia citada en página 531.

MUÑOZ, MARISA

2013 *Macedonio Fernández filósofo. El sujeto, la experiencia y el amor*, Buenos Aires: Ediciones Corregidor, referencia citada en páginas 530-532.

2015 «Los estudios sobre el amor a principios del siglo XX en la Argentina», en *Pensares y quehaceres*, vol. 1, referencia citada en página 527.

PALCOS, ALBERTO

1925 *La vida emotiva*, Buenos Aires: Gleizer, referencia citada en página 530.

PLOTKIN, MARIANO BEN

2021 *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 528.

PONCE, ANÍBAL

1929 *Gramática de los sentimientos*, Buenos Aires: Rosso, referencia citada en página 530.

RIBOT, THÉODULE

1905 *La lógica de los sentimientos*, Madrid: Jorro, referencia citada en página 534.

SARLO, BEATRIZ

2011 *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 529.

SFONDRINI, CARLOS

1928 *El placer y el dolor: (teoría de los sentimientos)*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, referencia citada en página 530.

1932 *El amor y el genio. El amor como factor del intelecto humano*, Buenos Aires: Poblet, referencia citada en página 530.

SOLER, RICAURTE

1968 *El positivismo argentino*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 531.

TARCUS, HORACIO

2011 «Bio-bibliografía de José Ingenieros», en *Fondo de archivo José Ingenieros: guía y catálogo*, Buenos Aires: UNSAM Edita, referencia citada en página 528.

TERÁN, OSCAR

1979 *José Ingenieros. Antiimperialismo y nación*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en página 528.

1986 *José Ingenieros, pensar la Nación*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en página 532.

VEZZETTI, HUGO

2013 «Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros», en *Políticas de la memoria*, n.º 13, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 527.

CAPÍTULO 23

José Ingenieros, dos ideas discordantes con el reformismo de los veinte

HÉCTOR MUZZOPAPPA*

En 1921 José Ingenieros publica *Los tiempos nuevos*, un libro que contiene una serie de artículos escritos durante el curso de la Gran Guerra, a la que ha asistido «con el inquieto anhelo de encontrar los gérmenes del porvenir», en donde cree haber hallado «los balbuceos de un naciente mundo moral». En ese libro Ingenieros reúne una serie de textos escritos entre 1914 y 1920 recorridos por el espíritu de cambio que la guerra europea y la revolución social habrían provocado.

Guerra europea y revolución social han determinado el inicio de los *tiempos nuevos*. A partir de ellos se habría abierto una nueva etapa histórica en la que Ingenieros cree advertir un horizonte pleno de transformaciones.

Dentro de ese contexto histórico ha acontecido la Revolución Rusa; en ella Ingenieros sintió que se «iniciaba una nueva era en la historia de la humanidad» (Ingenieros 1939, págs. 7-8).

La Revolución Rusa inspira cuatro artículos, dedicados a exponer los cambios y las consecuencias de la Revolución. Pero en dos de ellos, «La democracia funcional en Rusia» y «La educación integral en Rusia», ambos de 1920, Ingenieros no solo describe y reflexiona sobre los cambios, sino que además sorprende por su adhesión a principios insólitos a la realidad argentina. Lo sorprendente que encontramos en ellos no son los cambios revolucionarios

* Universidad Nacional de Lanús.

que se están realizando, sino la adhesión de Ingenieros a ideas que enfrentan y contradicen las ideas corrientes en Argentina, no solo a las conservadoras, sino también a las progresistas. Ambos artículos llaman la atención por proponer ideas al margen de las hegemónicamente reconocidas en la Argentina.

El primero señala y promueve un nuevo régimen político, el corporatista, totalmente alternativo al clásico modelo liberal que imperó en el siglo XIX. El segundo está orientado hacia un nuevo fundamento de la educación: el trabajo.

23.1 La democracia funcional

En un contexto que se apartará notoriamente de las ideas liberales vigentes, el artículo, «La democracia funcional en Rusia», sostiene que la organización político-social de la revolución Rusa está abriendo una nueva perspectiva política, la organización funcional de la sociedad. Los principios organizativos del régimen político de los nuevos tiempos deber dejar de lado los presupuestos atomísticos que caracterizaron al régimen liberal, reemplazándolos por la representación de cuerpos organizados según la función que cumplen en la sociedad.

Pero Ingenieros no emite una opinión fugaz; por el contrario, lo propone como el modelo deseable de organización política, extendiéndose en su fundamentación. Para hacerlo, va a partir de una crítica radical al paradigma político vigente desde la Revolución Francesa, en especial a su expresión institucional, el parlamentarismo.

El principio del que parte Ingenieros es el de que «los sistemas políticos efectivos son siempre el resultado de la experiencia», no de abstractas ideas utópicas. «Por eso es necesario acudir al método genético que permite establecer el significado histórico de un principio a una doctrina» (Ingenieros 1939, pág. 79).

El actual régimen político reconoce como fundamento y punto de partida a la Revolución Francesa, que opuso al absolutismo fundado en el derecho divino y en la desigualdad de clases, «la filosofía política de la democracia, radicando en la soberanía popular toda autoridad legítima».

A partir de ese fundamento, el ejercicio del gobierno surgido de la Revolución Francesa fue asignado a las asambleas modernas, en las cuales la representación estuvo determinada «cuantitativamen-

te, dividiendo al pueblo soberano en tantas secciones electorales cuantos representantes debía elegir». Así disgregó los privilegios característicos del régimen feudal, «pero al mismo tiempo suprimió el carácter funcional de la representación» (Ingenieros 1939, pág. 83).

En consecuencia, se introdujo un criterio de representación «topográfico y cuantitativo», organizado en provincias, distritos, circunscripciones, etcétera, en donde el resultado es la indiferenciación de funciones: el diputado de una de esas jurisdicciones

> «(...) representa "al mismo tiempo" los intereses de los banqueros, los agricultores, los ladrones, los rentistas, los acróbatas, los albañiles, los rufianes, los farmacéuticos, los jueces, etcétera, radicados en su jurisdicción electoral. (...) Esta técnica de la representación es la más ilógica y primitiva de todas las posibles dentro del sufragio universal; la sociedad no está representada por funciones naturales, sino por secciones artificiales. (...) El sistema de representación parlamentaria, vigente un siglo después de afirmarse la soberanía popular, ha burlado la universalidad del sufragio» (Ingenieros 1939, pág. 84).

De este modo, el régimen parlamentario actual estaría muy lejos de adecuarse las funciones efectivas de las sociedades contemporáneas. Ingenieros se suma a las críticas al parlamentarismo que se vienen extendiendo sobre todo después de la Gran Guerra; en el desarrollo de estas ideas cita y sigue detallada y fielmente a un sociólogo positivista belga, Guillaume De Greef, partidario del socialismo.[1] La radicalidad y desarrollo de las ideas de De Greef ameritan exponerlas con cierta extensión.

23.2 Las ideas de De Greef

El régimen político que correspondería a una nueva etapa histórica, –afirma De Greef– es aquel que habría de cerrar a la hegemonizada por el modelo del individualismo racionalista y parlamentarista (De Greef 1892).

[1] Guillaume De Greef (1842-1924), es un sociólogo belga, perteneciente al campo del socialismo positivista, autor de varios trabajos escritos hacia fines del siglo XIX en los cuales describe el régimen político que correspondería a una nueva etapa histórica, a aquella que habría de cerrar a la hegemonizada por el modelo del individualismo racionalista y parlamentarista.

El principio que rige sus preocupaciones teóricas es el *progreso*, concepto al que se propone redefinir y refundamentar a partir de la situación de decadencia, que ha puesto en cuestión al optimismo progresista que caracterizó al siglo XIX.

De Greef pretende dar respuesta a ese *pathos* decadentista que empieza a acosar a la sociedad europea de fin de siglo. De allí que el tema de uno de sus ensayos sea el tema de los ciclos progresivos y regresivos de la humanidad (*Progrès et Regrès des sociétés*) (De Greef 1895, cap. I), en donde intenta darle una renovada formulación a la teoría del progreso frente a los sentimientos y predicciones de una regresión a formas pasadas. Las regresiones, afirma De Greef, no son, sino aparentes; en realidad no son sino un momento dialéctico del progreso. Es tarea de la ciencia social, precisamente, la de descubrir, hacer conocer y sobre todo, de reformar para que el progreso siga siendo la dominante cultural (De Greef 1895, pág. 513).

Para ello construye una ecuación en donde los conceptos de progreso, ciencia, socialismo y orden orgánico constituirían las bases para una nueva etapa de la humanidad. Dentro de este cuadro y este diagnóstico De Greef desarrolla sus ideas respecto al nuevo régimen político.

La sociedad es un organismo que como tal, se compone a su vez de órganos por medio de los cuales desempeña su proceso vital. De Greef desarrolla su concepción de la sociedad orgánica y sus funciones en la segunda parte de su *Tratado de sociología* (De Greef 1889). Allí describe las funciones y órganos sociales, económicos, morales, artísticos, científicos, jurídicos y políticos. Conforme al modelo de una sociedad positiva en donde la ciencia es el principio rector, De Greef establece un ordenamiento jerárquico de las funciones productivas de la sociedad a partir de un principio científico: las superiores son aquellas profesiones en donde el componente de conocimiento es mayor; así se construye el orden del sistema productivo.

Finalmente, está el Estado, cuyas funciones, de acuerdo con el estadio positivo, ya no serán despóticas, como en el ciclo antiguo y feudal, sino de servicio: la razón y la voluntad, representadas por el derecho y la política, deberán ser las funciones reguladoras de la complejidad social (De Greef 1889, págs. 413-414).

La propuesta de una sociedad funcionalmente organizada es consecuencia de la concepción positivista:

1) el progreso es el principio motriz de la historia humana;
2) la sociedad es un organismo;
3) el positivismo intenta restaurar el orden en la sociedad moderna;
4) la sociedad moderna es una sociedad industrial, y su orden está determinado en base al sistema productivo;
5) la sociedad está inmersa en la historia, y cada etapa histórica tiene un principio ordenador, que determina su estructura esencial.

Su idea básica es que al nuevo orden social de la sociedad industrial le corresponde una nueva institucionalidad política. Los partidos y el parlamento han quedado obsoletos, ya que corresponden a una etapa histórica determinada, caracterizada por el pensamiento metafísico destructor, que es el correspondiente al inaugurado por la Revolución Francesa.

A partir de estas premisas De Greef construye una propuesta de ordenamiento que porta en su seno una crítica radical a las formas políticas imperantes durante el ciclo del modelo liberal.

Ingenieros sostiene que estas son las ideas que está llevando a cabo la Revolución Rusa.

Pero no es difícil advertir que tales ideas no son las que se difundirán como caracteres distintivos de la Revolución Rusa, sino del fascismo italiano. Hasta donde conocemos, este aspecto de Ingenieros ha sido pasado por alto, no dando lugar a posteriores desarrollos fundados en estos principios de parte de los partidarios de sus ideas.

23.3 La educación integral

Conforme a su espíritu revolucionario, la Revolución Rusa introduce «hondas transformaciones en el régimen educacional», «pues las revoluciones más estables son las que se hacen educando». Así lo hizo la Revolución Francesa, extendiendo la educación en las clases populares y no en la minoría privilegiada de la Universidad.

Ingenieros afirma que «Un concepto central ha dominado en todos los estudios teóricos y ensayos prácticos: *la función social de la*

educación pública». Aunque se han obstruido las pocas aplicaciones encaminadas a fines sociales.[2]

> «Bajo diversos nombres tendían a lo mismo la introducción de los trabajos manuales en la escuela primaria, la adaptación de ésta y de los institutos secundarios a los caracteres de la economía regional, la creación de institutos superiores destinados a crear aptitudes útiles en su medio; y mientras de esa manera se procuraba dar capacidad manual y técnica a la población, se realizaban esfuerzos por que una mayor cultura pasase del aula a la sociedad, mediante extensiones escolar, secundaria y universitaria» (Ingenieros 1939, pág. 113).

En una palabra, se buscaba «aumentar sus aplicaciones útiles al bienestar efectivo de los hombres».

Ingenieros va a exponer la revolución educativa que se está llevando a cabo bajo la dirección de Lunatchasky. Los principios que la guían son los mismos que estableció Paul Robin para la educación integral.

Ingenieros describe el tema en cuatro aspectos:

1) La unificación del sistema escolar.
2) Capacitación para el trabajo de utilidad social.
3) Educación para la vida civil y política.
4) La educación de los adultos.

La unificación del sistema escolar trata de otorgarle a todos los niveles y ramas de la enseñanza «la unidad de espíritu que los hace converger hacia resultados homogéneos, a la vez que aseguran la continuidad del desenvolvimiento educacional» (Ingenieros 1939, pág. 123), desde el jardín de infantes la Universidad. Para ello se ha establecido un sistema de continuidad entre todos los niveles.

Después de detallar los cambios institucionales introducidos respecto de los distintos niveles, tendientes a democratizar el sistema, Ingenieros pasa a describir el aspecto más revolucionario de la educación, *la capacitación para el trabajo de utilidad social*, que es el fundamento técnico de la nueva escuela. Está fundado en el que el trabajo es una función de utilidad pública. El primer ciclo está

[2] Ingenieros pone como ejemplo la guerra que debió sufrir Paul Robin con su escuela de «educación integral», un proyecto educativo lanzado en 1893 que contemplaba fundar una escuela en la que se impartiera conjuntamente la educación física, la educación intelectual, la enseñanza técnica, y la educación moral.

dirigido a despertar todas las aptitudes del niño. En el segundo ciclo, los niños desde los trece años comparten la tarea de la escuela trabajando fuera de ella, en talleres, fábricas, campos, etcétera. En la enseñanza del trabajo se ha procurado la adaptación al medio social: los niños de las ciudades son capacitados en la producción industrial, los del campo en la agrícola o ganadera, siguiendo el principio de que lo que es más próximo al niño debe ser el primer tema de educación (Ingenieros 1939, pág. 124).

Al terminar el segundo ciclo de enseñanza obligatoria, todo ciudadano se encuentra en situación de servir a la sociedad realizando el trabajo más útil según su vocación y dentro del medio en que vive. Si lo desea, puede seguir cursos universitarios para perfeccionar sus conocimientos profesionales. «Si posee aptitudes especiales puede seguir una carrera técnica universitaria y ello le permitirá consagrarse a investigaciones o aplicaciones de las ciencias» (Ingenieros 1939, pág. 125).

Pero lo importante de la educación para el trabajo es que su aporte no queda limitado a un mero adiestramiento para cumplir con las funciones productivas; se desprende de ella que el trabajo introduce en el ciudadano y la sociedad el nuevo principio que la recorre, una igualdad no formal, sino basada en la concurrencia de todos a una desvalorizada actividad anteriormente asignada a las clases inferiores.

Esto se verifica en *La educación para la vida civil y política* que sigue los lineamientos establecidos desde la Revolución Francesa, cuyo objetivo es formar un ciudadano activo y consciente en la vida política del país. La educación para el trabajo de utilidad social ha introducido nuevos fundamentos a partir de los cuales concebir la ciudadanía. «La labor social y productiva y la total labor escolar, deben educar al ciudadano futuro para una comunidad solidaria y socialista» (Ingenieros 1939, pág. 127). El trabajo introduce también un nuevo principio de integración política y social. El trabajo tiene también un contenido moral.

Finalmente, *La educación de los adultos* intenta superar un histórico legado de la era zarista, que es una sustancial masa de adultos cuyo analfabetismo los sitúa en los márgenes de la sociedad. La alfabetización (sin la cual en un futuro cercano no se podrá en Rusia acceder al trabajo), adquiere caracteres obligatorios, junto con la promoción de organizaciones obreras que contribuyan no solo

a la erradicación del analfabetismo, sino también que promuevan «desde abajo» el interés por participar de la cultura letrada.

23.4 III

El desarrollo de este conjunto de ideas y principios fundamentales por parte de José Ingenieros es sorprendente porque en modo alguno se concierta con las ideas progresistas vigentes en la Argentina en los años 20, ni tampoco con las que él viene sosteniendo, inscriptas dentro del tronco liberal, salvo con las incipientes ideas nacionalistas que se manifestarán a partir del gobierno de Uriburu. Todo este conjunto colisiona ya sea con las de la dimensión político-institucional o con las del mundo educativo, particularmente con las ideas surgidas de la Reforma Universitaria. Ingenieros aparece aquí manejando ideas «alternativas».

En primer término, la propuesta de una reforma tendiente a instaurar un régimen funcional, se inscribirá dentro de la que el corporativismo fascista introducirá pocos años después, enfrentándose radicalmente con las ideas políticas del régimen liberal existente. En cuanto a las ideas educacionales, se aparta notoriamente de las tradicionales orientaciones del ámbito educativo. Baste para ello recordar la fuerte descalificación que sufrió el proyecto de Osvaldo Magnasco tendiente a introducir una educación práctica.

Si recurrimos a los trabajos de Ingenieros sobre la universidad (Ingenieros 1956),[3] nada encontramos en ellos acorde con el modelo educativo descripto. Su concepción al respecto se desarrolla dentro del campo de la crítica positivista a la fragmentación de la unidad del saber que había construido la universidad medieval. Como consecuencia del predominio hacia profesionalización de los estudios, la universidad ha abandonado la idea de una unidad orgánica, que debería fundamentarse en una ideología científica acorde con los tiempos modernos. Por lo tanto, su arquitectura institucional no concuerda ni con la idea de la ciencia moderna ni con sus resultados. Además, sigue encerrada en sí misma, no volcándose a los problemas sociales del presente. Permanece en-

[3] Este libro recoge las contribuciones de Ingenieros sobre el tema, a partir del presentado en el Segundo Congreso Panamericano celebrado en Washington en 1916 con el título «La Filosofía científica en la organización de las universidades». Hemos desarrollado la historia y fundamentos de este debate en Muzzopappa (2015).

claustrada dentro de una concepción institucional que perpetúa el aristocrático aislamiento medieval.

Pero con esta crítica –concordante con la de la Reforma Universitaria– propone para la universidad la «extensión universitaria» y su «exclaustración»; al analizar esta propuesta se advierte que el lugar desde el que se la piensa es el mismo que el tradicional: la universidad es una institución más del modelo aristocrático aún presente en el orden conservador, situada «por encima» de la sociedad, a la que en realidad debería asistir llevándole la ciencia de la que carece. Las conferencias para obreros, de aspecto «progresista» exhiben la persistencia de una dualidad social que no ha cuestionado el paradigma epistemológico en el que se inserta esa universidad. Los obreros –propondrá la Reforma Universitaria– deben ingresar a la universidad; es decir, deben ingresar a un espacio de saberes ajeno a ellos, sin advertir en su pretensión renovadora y reformista que ya desde mediados del siglo XIX se viene debatiendo en Europa y los Estados Unidos la ruptura del paradigma epistemológico tradicional con el ingreso de los saberes producidos desde el trabajo: la educación técnica ya se ha convertido en una nueva dimensión educativa. Nada más ajeno a la Reforma Universitaria, que cuestionar tal paradigma epistemológico, pues no cuestionó la universidad de médicos y abogados vigente, que constituía el contenido esencial de lo perimido que había que cuestionar; solo se dedicó a discutir la distribución del poder institucional, instaurando en su seno el dominio de los partidos políticos. Sus postulados «progresistas» se inscriben dentro del ciclo de las ideas decimonónicas, a pesar de sus retóricos llamados a insertarla con la clase obrera.[4] Nada más ajeno a ella que reconocer que el trabajo no solo era algo asignado a la clase obrera, sino que porta en su seno, como subraya Ingenieros, un principio moral.

23.5 IV

Hacia fines de siglo dentro del cuerpo de la sociología francesa se puede observar un fuerte desarrollo de las ideas corporatistas.

[4] «La Reforma Universitaria: Cumplimiento y consumación del orden conservador», en FEPAI, *Boletín de Filosofía*, n.° 76, segundo semestre de 2018; «La Reforma Universitaria ¿principio de una nueva era o fin de un ciclo?» En FEPAI, *Boletín de Historia*, n.° 72, segundo semestre 2018.

Dos autores serán notorios en este proceso: Guillaume De Greef (1842-1924) y Émile Durkheim (1858-1917). Durkheim no fue ajeno a los trabajos de De Greef; en 1886 escribe una reseña sobre los intentos de Degreef de fundamentar las ciencias sociales, y figurará entre sus autoridades. El despliegue que realiza Durkheim en su obra acerca de la vindicación del corporatismo tiene los mismos fundamentos que los de De Greef, la búsqueda de nuevas formas de socialidad ante los síntomas de decadencia de la sociedad europea. Tal contribución lo convertirá según algunos autores, en uno de los principales inspiradores científicos de las ideas corporatistas, junto con Sorel y Leon Duguit, que fundamentarán los regímenes fascistas.[5]

Esto tuvo como consecuencia que unas décadas después se desarrollase un debate en torno a la posible contribución de esas ideas al origen del fascismo. Pizarro Noël señala que una vez materializado el fascismo, Marcel Mauss, discípulo de Durkheim, interpretara, y aceptara con arrepentimiento, sus consecuencias.

Tal vez con Ingenieros hubiese ocurrido otro tanto si hubiese tenido tiempo de observar todas las derivaciones de este tipo de ideas. De todos modos, puede observarse que quienes han seguido sus ideas no se han detenido en este aspecto, aun cuando hayan pasado sobre *Los tiempos nuevos*.

Sin embargo, la multiplicación de los conflictos, nacidos de la compleja relación entre identidades sociales, políticas y culturales (los extranjeros, los pobres, los excluidos) ha legitimado la discusión sobre la integración social, tema que Durkheim trató en profundidad (Gautier 1994).

La experiencia histórica del fascismo se transformó en un límite decisivo para la discusión del tema de la organización e integración funcional de la sociedad. En parte, ello se debe a la hegemonía del pensamiento liberal, que ha tomado aquella experiencia como un fantasma a agitar frente a toda posible discusión de sus fundamentos atomísticos.

Sin embargo, a partir de la República de Weimar se legitimaron formas de organización funcional sobre las cuales se fue construyendo la alternativa del Estado Social, centrado en el reconocimien-

[5] François Pizarro Noël, Du Désaveu du Social a La Présentation Nominaliste: Le Mouvement de la Réception de Durkheim (1893-1939), cap. 7.2 «Le discrédit totalitaire» http://www.archipel.uqam.ca/3116/1/D1859.pdf.

to de la organización del trabajo, cuyos orígenes residen, en parte, en la perspectiva abierta por la crítica al atomismo iniciada por las ideas funcionalistas (Fernández Riquelme 2012; Rosanvallon 2007).

Referencias bibliográficas

DE GREEF, GUILLAUME

1889 «Fonctions et Organes», en *Introduction à la Sociologie*, Bruxelles, referencia citada en página 548.

1892 *Le régime représentatif*, Bruxelles: Office de publicité, referencia citada en página 547.

1895 *Le transformisme social: essai sur le progrès et le regrès des régimes sociales*, París: Alcan, referencia citada en página 548.

FERNÁNDEZ RIQUELME, SERGIO

2012 «La historia del corporativismo en Europa. Aproximación a las formas jurídico-políticas de representación del trabajo», en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, vol. 13, n.º 1, recuperado de <http://www.scielo.sa.cr/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1409-469X2012000100006>, referencia citada en página 555.

GAUTIER, CLAUDE

1994 «Corporation, société et démocratie chez Durkheim», en *Revue française de science politique*, vol. 44, n.º 5, recuperado de <https://www.persee.fr/doc/rfsp_0035-2950_1994_num_44_5_394866>, referencia citada en página 554.

INGENIEROS, JOSÉ

1939 *Los tiempos nuevos. Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución*, Buenos Aires: L. J. Rosso, referencia citada en páginas 545-547, 550, 551.

1956 *La universidad del porvenir*, Buenos Aires: Ateneo, referencia citada en página 552.

MUZZOPAPPA, HÉCTOR

2015 *Educación y trabajo en el Orden Conservador. Ideas alberdianas y vanguardia normalista*, Buenos Aires: Biblos y UNLa, referencia citada en página 552.

ROSANVALLON, PIERRE

2007 *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo de 1789 hasta nuestros días*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 555.

CAPÍTULO 24

El fucilazo de un genio. Mariano Moreno en *La evolución de las ideas argentinas* de José Ingenieros

GERARDO OVIEDO*

> «Sin el breve fucilazo de su genio, aquella Junta hubiera naufragado en un mar de papel...» (José Ingenieros).

24.1 La legitimación de un revolucionario

El Pampero revuelto y levantisco de la historia, que en el Río de la Plata arrastró en el nombre de Mariano Moreno el comienzo –el linaje– del martirologio laico de la Revolución de Mayo, halló en la historiografía filosófica de José Ingenieros su legitimidad de origen y de destino. En la pluma de quien también fuera un joven de ideas revolucionarias.

Se sabe que la crisis civilizatoria deparada por la Primera Guerra Mundial suscitará en el pensamiento de José Ingenieros la emergencia de la «cuestión nacional» con una fuerza y gravedad inusitadas. No era, desde luego para esta época, un tema que le resultara indiferente. Como mínimo estaba ya presente en su *Sociología argentina*. Sí acaso, desde *La Montaña*.[1] Pero es en el clima

* UNLa.

[1] «Es como si se pudiera afirmar –arriesga Horacio González– que Ingenieros ha vivido recogiendo los ecos de *La Montaña*, su obra magnífica juvenil –suya y de Lugones–, y al mismo tiempo invirtiéndola (retorciéndola) en criminología lombrosiana y observaciones de patología médica con

de época de crisis civilizatoria que Ingenieros valorará especialmente la función nacionalizadora y no solo el rol revolucionario –en principio subversivo– de Mariano Moreno.[2] Donde lo que lo acucia es la legitimidad *nacional* de la Revolución.

A todo esto, ¿qué es una Revolución para nuestro autor? Ingenieros sostiene que solo merece el nombre de *revolución* un cambio de régimen que comporte hondas transformaciones de las ideas o radicales desequilibrios entre las clases que coexisten en el Estado. Debido a esto, lo que llama la «Revolución Argentina» no es un episodio, sino un proceso. Esta, además de impulsar un nuevo orden económico, afirmó la soberanía popular como fuente del derecho político. Transmutó el organismo administrativo del Virrreinato y marcó una nueva orientación ideológica de la minoría ilustrada que la ejecutó.

Desde luego, Ingenieros lee este vórtice de virajes desde la *evolución de las ideas.* Simboliza, o mejor, sintetiza en tres grandes obras

---

perspectiva estatal. Pero todos los problemas de *La Montaña* –invertidos, retorcidos, quebrados, fragmentados, desdoblados, rechazados, abdicados, recobrados o renegados- permanecen como el invisible hilo conductor de su obra» (González 2000, pág. 46).

[2] «La profunda quiebra cultural abierta por la guerra europea» –explica Oscar Terán–, parece tener todo que ver con el abordaje, por parte de Ingenieros, de una *temática nacional.* En este terreno, su práctica se dirige a dotar al país de un par de órganos culturales donde se expresen las nuevas preocupaciones. En el mismo año de 1915, encara dos empresas que definen su actividad como un vital organizador de la cultura argentina. En enero aparece la *Revista de Filosofía*, que contará con su dirección –bastante más compartida con Aníbal Ponce– hasta su muerte, y en mayo ve la luz el primero de una larga serie de libros editados por La Cultura Argentina, de cuya constitución nos ha dejado un pormenorizado relato. A través de ambas líneas editoriales, durante años fue sentando una dirección teórica y bibliográfica de amplias repercusiones no solo en su país, sino en otras latitudes latinoamericanas. Además, dentro de su producción de entonces hay tres textos de ese mismo año que delimitan la búsqueda de una temática nacional: «La formación de la raza argentina», «Para una filosofía argentina» y «El contenido filosófico de la cultura argentina», que ya se inscriben en la indagación del subsuelo histórico del país, en una tarea que culminará hacia 1918 con *La evolución de las ideas argentinas* (Terán 1979, pág. 90). «La reflexión sobre el problema de la nación –plantea Fernando Degiovanni- constituye una de las constantes de la obra de José Ingenieros, pero su propuesta de desarrollar una política nacionalista bajo la forma de canon ocurre solo a partir de la fuerte variación que su aproximación al tema experimenta en la segunda década del siglo XX» (Degionanni 2007, pág. 227).

del siglo XVIII las fuentes ideológicas de la revolución sudamericana. Señala como expresión del liberalismo político, el *Contrato Social* (1762) de Jean-Jacques Rousseau, programa de la democracia, que tendía a dar a los gobernados una participación legítima en su propio gobierno. Como expresión del liberalismo económico, menciona las *Máximas generales del gobierno económico* (1767), de François Quesnay, comentadas para justificar los intereses comerciales de las colonias contra el monopolio de la metrópoli. Y como expresión del liberalismo filosófico, apunta al *Tratado de las sensaciones* (1754), de E. B. Condillac, asimilado en América de segunda mano por quienes quisieron emancipar la educación de la escolástica peninsular. Estas ideas orientaron la nueva mentalidad de la minoría revolucionaria que luchó contra el espíritu reaccionario de base colonial. Esto significa que para Ingenieros solo merece el nombre de «Revolución» un cambio de régimen que introduzca radicales transformaciones ideológicas y tienda a establecer un nuevo estado de equilibrio entre los intereses que coexisten en el Estado.

Según Ingenieros, la «Revolución Argentina», pese a que en su período más estricto duró no menos de ocho años (desde el 15 de agosto de 1806 hasta la Asamblea del Año XIII), en su verdadera gestación histórica se extendió medio siglo: desde Carlos III y el virreinato de Vértiz (1778) hasta el gobierno presidencial de Rivadavia en 1826. Ahora bien, la «Revolución Argentina» no consistió meramente en el episodio substitutivo de autoridades que se efectuó el 25 de Mayo de 1810; antes bien, fue un dilatado *proceso* de mutación y cambio de instituciones. La «Revolución Argentina» renovó cualitativamente el orden administrativo del régimen colonial. En su carácter de crisis, en consecuencia, no fue tanto una convergencia de energías afines, cuanto una lucha convulsa entre fuerzas heterogéneas que no encontraban su nuevo estado de equilibrio. Esto explica que detrás de las pasiones personales y localistas entraran en conflicto dos sistemas: la Revolución y la Contrarrevolución. Solo sobre este esquema binariamente agonal –*revolución versus contrarrevolución*– se puede comprender el legado sacrificial de Mariano Moreno.

En la narrativa de Ingenieros, Moreno fue el referente máximo de la minoría ilustrada de jóvenes porteños, luego vinculada con otras minorías del interior, cuyo programa político era el de la Revolución Francesa, y su credo, el Contrato Social. Incluso el voca-

bulario político tiene un origen francés: «Triunvirato», «Asamblea General Constituyente», «Directorio». A ello se sumaba el liberalismo de los fisiócratas difundido por Belgrano, y el militarismo expansivo de Castelli. Pero lo decisivo aquí –asevera Ingenieros– es que la «minoría revolucionaria del Virreinato del Río de La Plata tuvo su personaje representativo en Moreno, fuerza genitriz que caracterizó la variación argentina; la masa conservadora, que representó la herencia colonial, encontró su intérprete en Funes» (Ingenieros 1918, pág. 166).

Ingenieros sabe perfectamente que la conciencia social es heterogénea, fundamentalmente en el seno de la masa del pueblo. Son las élites las que detentan los ideales comunes. Pero al interior de estas, si las clases propietarias son esencialmente conservadoras, en cambio, la juventud ilustrada es visiblemente revolucionaria. La voluntad social de progreso, sostiene Ingenieros, es un privilegio de pequeñas minorías que se anticipan a su tiempo, y los cambios que éstas piensan y ejecutan suelen ser más tarde aprovechados por los otros grupos que las imitan. Su tesis sugiere que las masas populares tienen por misión conservar lo que antes fue iniciativa de sus núcleos innovadores, y más aún si se trata de minorías revolucionarias. Estas son portadoras y agentes de las «fuerzas de variación», generadoras del cambio y anticipatorias del porvenir, a su vez enfrentadas a las «fuerzas de herencia», que constituyen la tradición y consolidan el pasado. Por ello existe un vaivén continuo entre la remoción de las ideas y las instituciones, pugnando por su legitimidad. No hay progreso sin conflicto, en suma. Es el producto de la lucha de la variación contra la herencia, de los melioristas contra los tradicionalistas. En los momentos de crisis social, semejante enfrentamiento selectivo y adaptativo representa la lucha de los revolucionarios contra los contrarrevolucionarios. Ambos bandos reflejaban, conforme a medios distintos y objetivos incompatibles, los dos regímenes que en la Revolución Francesa se habían trabado en lucha mortal, encarnándose, a menor escala, en el territorio virreinal. Eran así vehículos antagónicos de dos sistemas de filosofía política.

Con ello advierte que los protagonistas del proceso revolucionario hasta la disolución del Virreinato no solo conformaban dos bandos políticos, sino un concepto teórico absolutamente diverso, procedente de filosofías políticas inconciliables. A ello se suma además una fuerte diferencia generacional entre aquellos educados

en las viejas ideas hispano-coloniales, y quienes, más jóvenes, se educaron en las ideas revolucionarias. Su recuento etario arroja que en la *Junta del año X*, Mariano Moreno tenía treinta y dos años, mientras que Liniers cincuenta y siete; en el *Año XI*, Cornelio Saavedra tenía cincuenta y el Deán Funes sesenta y dos; en el *Primer Triunvirato*, Bernardino Rivadavia tenía treinta y un años; en la *Sociedad Patriótica*, Bernardo Monteagudo tenía veintisiete años; en el *Año XII*, Carlos María de Alvear tenía veintiocho años y José de San Martín treinta y cuatro; en el *Año XVI* Manuel Dorrego tenía veintinueve años, y en el *Año XXVIII*, al final del ciclo revolucionario, Juan Lavalle tenía veintiún años.

El relato de la Revolución presenta una filigrana de actos dramáticos. Ingenieros piensa que el 25 de Mayo tiene más valor simbólico que histórico. Afirma que no «fue un grito heroico, no fue una poblada tumultuaria, no fue el gesto imperativo de una masa sublevada». De modo que «lo que vino a diferenciarla de ellos ante la historia» no fue «la independencia, pues todo se hizo en nombre de Fernando VII; no la destitución del Virrey, pues ya se había destituido a Sobremonte cuando se eligió a Liniers; no la soberanía del pueblo, porque ella había sido ya reconocida». ¿Qué fue la «Revolución Argentina», entonces? «Simplemente: Mariano Moreno», responde Ingenieros. Porque sin «el breve fucilazo de su genio, aquella Junta hubiera naufrago en un mar de papel, se habría convertido en un expediente más para el proceso de la agonía colonial» (Ingenieros 1918, págs. 171-172).

Los jóvenes revolucionarios predicaban la soberanía popular, la libertad de conciencia, la igualdad ante la ley, la supresión de privilegios y la dictadura revolucionaria en caso de que fuese necesario aplicar la fuerza de una voluntad férrea, decidida, inapelable e inexorable. De ahí que –precisa Ingenieros–, como «todo revolucionario verdadero, Moreno era considerado peligroso por los enemigos internos de la Revolución, dispuestos a paralizar su curso en cuanto llegara el momento propicio de aprovecharla sin arriesgarse en complicaciones temerarias»; el secretario ciertamente «era temible, en verdad para los cautos aprovechadores: sobrábale temperamento para convertirse en un Robespierre, si hubiera sido indispensable, y no desperdició la pequeña ocasión en que pudo ensayarlo» (Ingenieros 1918, pág. 177).

Pese a maniobrar en medio de una tempestad jacobina, Moreno estaba dotado de una conciencia democrática y liberal, dispuesta a

consumar la emancipación inminente. «Lucero de nuestro amanecer, encendido por un nuevo espíritu contra el feudalismo colonial, Moreno es el personaje simbólico y representativo de la Revolución Argentina», escribe Ingenieros, de modo tal que si en los «días preliminares del 25 de Mayo se gastaron muchas palabras; Moreno comprendió que el momento de obrar había llegado» (Ingenieros 1918, págs. 179-180).

Los morenistas querían que el cambio de régimen fuese extensivo a todo el virreinato, irradiando la revolución desde Buenos Aires. Proyectaban insurreccionar las regiones más apartadas, para lo cual se enviaron las expediciones militares de Castelli y Belgrano. Impulsaban el programa de compeler los Cabildos a destituir los funcionarios nombrados por el rey y asumir provisoriamente el gobierno en su jurisdicción local, hasta que reunidos sus diputados, constituyeran un gobierno central del Virreinato. Ingenieros considera que los morenistas eran, en este sentido, *nacionalistas*; se proponían dar a la nacionalidad los límites del Virreinato mismo. Sucede que la minoría porteña no era solo *separatista*, sino además *revolucionaria*, y en consecuencia para Ingenieros, *nacionalizadora*.

Los saavedristas porteños y las oligarquías municipales del interior entendían, en su condición de fuerzas conservadoras, que debían asumir los gobiernos locales, constituidos en cabildos autónomos, hasta que se regularizara la situación de la situación de la monarquía española. No solo los conservadores eran contrarios a un cambio de régimen, sino que carecían en su mayoría de espíritu separatista. Por ello la expedición revolucionaria, desde Córdoba en adelante, se encontró en territorio enemigo. En realidad, los municipios fueron nombrando sus delegados a la Junta de Buenos Aires pero no para reforzar la *revolución nacional*, sino para impedirla en defensa de intereses regionales y localistas. De este modo la Junta, en la visión de Moreno y los revolucionarios, debía instaurar una Asamblea Constituyente del Virreinato emancipado. En cambio, para Saavedra y los conservadores, el cambio de régimen debía ser un acuerdo de los municipios disgregados hasta que los acontecimientos peninsulares señalasen la conducta a seguir. Se trataba de la mentalidad de dos sociedades diferentes que coexistían sin fundirse en una nueva configuración nacional. La nueva nación debía eliminar su parte retrógrada. Ingenieros confirma que cuando el destino le señala su puesto en la secretaría de la Junta de Mayo, Moreno se convierte en tirano para servir a la libertad.

De ahí que Ingenieros sostenga que la imputación de «jacobino», en rigor, constituye su más legítimo título de gloria desde el punto de vista de la Revolución. Ingenieros defiende el hecho de que «las revoluciones se obran siempre fuera de legalidad, como que es su objeto reemplazar un orden legal vigente por otro que se considera mejor para la patria o la humanidad». Por consiguiente, «los actos revolucionarios solo pueden triunfar cuando se los ejecuta con firmeza, sin trabarse las manos con expedientes y formalidades; las doctrinas renovadoras son eficaces cuando se despojan de todo exceso de crítica que las empaña como la herrumbre al metal» (Ingenieros 1918, pág. 178).

No, lo que brillaba era el metal de la revolución. De toda subversión evolutiva. Porque resultaba «fatal que en la gran hora palingenésica de la Revolución encarnase las resistencias del espíritu colonial a los ideales subversivos de Mariano Moreno» (Ingenieros 1918, pág. 214).

Y es así como merece leerse el *Plan de Operaciones*, más allá de la fantasmática autoral que también le confiriera su aura hermenéutica. A propósito, Ingenieros aduce que no «siempre son los *documentos oficiales*, destinados al público –con más frecuencia para engañarlo que para ilustrarlo– los que reflejan la verdadera finalidad de los sucesos y los propósitos de los actores», por lo cual, debería tenerse «por fiel trasunto del espíritu morenista el famoso "Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia"», pues, atribuido «al mismo Moreno y negada con buenas razones la atribución –problema tan importante para la crítica histórica como accesorio para quien examina el espíritu de la época-, ese *documento privado*, y aun *clandestino*, proyecta luz vivísima sobre lo que bullía detrás del "fernandismo" oficialmente reiterado por los revolucionarios de Buenos Aires, como por todos los de América en el momento inicial» (Ingenieros 1918, pág. 184).

24.2 Un deriva filosófico-histórica en torno al *Plan de Operaciones*

Se diría que los textos de la patria nos miran de cuclillas. Los leemos esperando el momento en que den otra vez su salto felino en la historia. El *Facundo* da su zarpazo de modernidad devoradora

y el *Martín Fierro* declina una imaginada lengua cultural de Estado. Mitos de la Nación cuya caución última, cuyo resguardo final, es ser literatura. Pero con los documentos secretos y las polémicas de archivo de la época de la Revolución de Mayo sucede otra cosa. Ya no hay reaseguros. Nos sumen en un vértigo profundo de pretensiones de verdad. Pero más que su vacilación empírica, ese vértigo nos deja al filo de nuestras coordenadas temporales fundamentales. Aquellas que se abisman de presente utópico y de futuro pasado, esperanza de liberación y cálculo político, salvación pública y guerra total, emancipación y jacobinismo.

Sobre esa intersección vertiginosa de la moderna conciencia revolucionaria habría sido escrito, sincrónica o diacrónicamente, el *Plan de Operaciones*. En su escritura se dan cita las expectativas de un tiempo nuevo cuya osadía máxima es la invocación de la felicidad pública, y su apocalíptica laica, la aceleración histórica radical que su anuncio comporta en nombre del ciclo revolucionario. Y en medio de ese furioso ovillo de tiempo, su efigie suprema de redención profana: la voluntad política. Pues solo la voluntad ilustrada sabe que el presente revolucionario es apenas el vano de la puerta por donde ingresa el cambio histórico, cuya buena nueva es torcer el horizonte en dirección «meliorista» hacia lo venidero venturoso. El archivo de la Revolución sabía esto desde el principio, pero desconocía hasta qué punto el sentido de la historia cuyos designios exigían servirse, en apariencia, del encendido secretario de la Primera Junta, en rigor movilizaban el realismo maquiavélico del poder y la instrumentación sin miramientos de todos los medios disponibles de sometimiento del enemigo contrarrevolucionario, desde la economía y las armas hasta la simulación y la intriga. ¿No debiera ser la paradoja jacobina de la liberación que realiza la Libertad en manos de un absolutismo terrorista cuyo estado de excepción decide y funda la Soberanía,[3] motivo suficiente de las

[3] «Una razón sistemática de carácter lógico jurídico –afirma Carl Schmitt– hace del "estado de excepción" el término por excelencia para la definición jurídica de soberanía. La decisión sobre lo excepcional es la decisión por antonomasia». «Como quiera que el estado excepcional es siempre cosa distinta de la anarquía y del caos, en sentido jurídico siempre subsiste un orden, aunque este orden no sea jurídico. La existencia del Estado deja en este punto acreditada su superioridad sobre la validez de la norma jurídica. La "decisión" se libera de todas las trabas normativas y se torna absoluta, en sentido propio. Ante un caso excepcional, el Estado suspende

acaloradas disputas sobre la legitimidad del poder revolucionario? Pues se ve que sí, aunque parecen obrar razones más profundas.

El debate sobre el *Plan de Operaciones* tiene algo de escandaloso, o mejor, de inquietante. Lejos está de ser una mera controversia erudita. Numerosas querellas intelectuales atraviesan la cultura argentina y, sin embargo, muy pocas revelan el drama histórico y cultural determinante que ponen en juego. La célebre discusión en torno a la autoría de ese crucial y perturbador documento no puede agotarse solo en un plano heurístico. No se trata meramente de una puja por fuentes documentales e indicios probatorios. Si seguimos la polémica en su trayecto clásico, digamos, aquella que transita por los trabajos de Norberto Piñero, Paul Groussac, Ricardo Levene, Rodolfo Puiggrós o Enrique De Gandía –aunque los nombres pueden multiplicarse y los pormenores también– advertimos que siempre hay algo más en juego; que algo queda sin decir del todo, que algo queda repicando. Ello no podía pasar desapercibido a alguien como Ingenieros. Según su lectura, la polémica por el *Plan de Operaciones* reviste una densidad filosófico-histórica cuya problemática no se dirime en los términos de una querella historiográfica ni en una disputa planteada en clave de positividad archivológica, aunque fuese ésta su forma aparencial de manifestación. Para decirlo de una vez: la apocriticidad o autenticidad del documento encubre la determinación político-existencialmente densa que aquí está en juego: la configuración del enemigo absoluto. Pues el escándalo de ese documento es haber expuesto a la superficie el enclave ontológico-temporal *trágico*, si se me permite así decirlo, de una matriz de representación del tiempo histórico y su horizonte de expectación fundamental.

Su sola emergencia archivológica articula una narratividad alegórica.[4]

---

el Derecho por virtud del derecho a la propia conservación» (Schmitt 2004, págs. 23-24).

[4] «Las narraciones históricas –dice Haydn White–, los productos de las "narrativizaciones", no puede decirse que correspondan a algo distinto que a los tipos genéricos de relato de los cuales son instancias. Las narraciones históricas necesariamente se desvían del orden y los contenidos de las descripciones literales de los eventos dados en la crónica. El proceso de desviación misma es gobernado por procedimientos de tipo más "trópico" que "lógico". Por decodificación tropológica, los "hechos" registrados en la crónica reciben un significado secundario, figurativo. Este significado se da más en la naturaleza de una alegoría que de una explicación. Entendido de

Pero en tanto deja al descubierto la desmesura trágica que da su sustancia fatídica a la voluntad política.[5]

---

esta manera, el significado que se supone será provisto por la narración del relato "verdadero" que yace encarnado e n los "hechos" registrados en la crónica, podría sin duda consistir en parte en la verdad que se afirma para el reporte, pero también consiste en reclamar que los eventos descritos posean la *forma* de una historia». «El relato "real" se opone a un relato "ficticio" o "mítico" como una consideración (de cualquier cosa) a ser tomada literalmente, se opone a una consideración cuyo propósito sea ser tomada alegóricamente. Pero esta oposición oscurece el hecho de que una historia factual puede ser aprehendida *como una historia* solamente en la medida en que puede ser leída como una alegoría de los procesos envueltos en la creación de eventos "imaginarios" con la coherencia del tipo de trama ficcional». «En cuanto narrativa, la narrativa histórica no disipa falsas creencias sobre el pasado, la vida humana, la naturaleza de la comunidad, etcétera; lo que hace es comprobar la capacidad de las ficciones que la literatura presenta a la conciencia mediante su creación de pautas de acontecimientos "imaginarios". Precisamente en la medida en que la narrativa histórica dota a conjuntos de acontecimientos reales del tipo de significados que por lo demás solo se halla en el mito y la literatura, está justificado considerarla como un producto de *allegoresis*. Por lo tanto, en vez de considerar toda narrativa histórica como un discurso de naturaleza mítica o ideológica, deberíamos considerarla como alegórica, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra» (White 1992, págs. 61-63).

[5] Ciertamente, en este punto podemos dejarnos asistir por Eduardo Rinesi, cuando en su aguda comprensión del vínculo entre *tragedia y política*, establece un modelo analógico entre ambas formas de experiencia. En la relevante apuesta de Rinesi por construir un *paradigma epistemológico trágico*, la política se presenta constituida por lo que considera que son los dos grandes principios generadores de la sociedad: el conflicto y el poder. Principios que también conforman la división y la articulación, la apertura y el cierre, el desorden y el orden de la Polis. La posición del autor respecto del problema de si la tragedia es un «momento» del pensamiento dialéctico o la dialéctica es un «momento» del pensamiento trágico, estriba en sugerir que, desde su perspectiva, «la *dialéctica es, podríamos decir, la tragedia más un "pero"*». Entonces, si al «final de *Antígona*, varias vidas se perdieron, la de Creonte se ha arruinado para siempre, y nadie puede tener un buen consuelo para tanta desgracia», empero la «*humanidad ha aprendido una lección*», sintetiza «dialécticamente». Ya que para «la dialéctica, las tragedias de la historia "dejan una lección" a los hombres, y en eso radica su sentido trascendente». Pero del mismo modo reversible, para «el pensamiento trágico, que piensa la historia desde la perspectiva de lo que en la historia queda de *no* recuperable, de *no* reintegrable, de *in*-aprensible, la dialéctica solo puede decir *una parte* de la verdad de esa historia», con lo que el «pensamiento trágico sería así el que se obstina en pensar la historia desde el punto de vista del sufrimiento infligido, *y que nunca podrá ser reparado*». Por ello dice que la «*tragedia, en efecto, es la*

Un exceso funesto inherente al drama revolucionario, que la figura de Moreno encaja en una trama fatal de dimensiones mítico-trágicas, al encarnar energías superiores que lo conducen a un desenlace mortal por efecto de una decisión extrema y perentoria.[6]

Más lo escandaloso es que la Revolución se sirviera de la desmesura fatídica de la voluntad de poder en su exaltación no solo bélica e insurreccional sino aun policial y dictatorial, sin la cual no hubiese tenido –hipotético- cumplimiento. Si la historiografía

dialéctica más un "pero"». Pues al pensamiento trágico «no le basta saber que el sufrimiento es, o puede llegar a ser, cosa del pasado». Más bien acepta «que las desgracias de la historia siempre dejan algo de irreductible, de *no recuperable* por el movimiento ascendente del conocimiento de la humanidad». Por lo que, en suma, «si la dialéctica es un movimiento que va devorando (negando, asimilando) los distintos momentos particulares que la integran, la tragedia, en cambio, *no* busca disolver en una unidad mayor los extremos de las oposiciones que la constituyen», sino «que se define exactamente por su obstinación en preservarlos intactos, irreductibles, inasimilables». Se trataría pues, en el seno de la tragedia, de pensar que la dialéctica es «*una de las posibilidades* de ese mundo de lo trágico». Y en consecuencia, se puede ver como «*una de las alternativas de lectura* que ese mundo de lo trágico tolera y hasta propone». De este modo, es «*siempre posible leer "dialécticamente" un texto trágico*». Con lo cual, «si la dialéctica es la tragedia más un "pero", la tragedia nos presenta *un juego de "peros"* infinito e irresoluble», pues si el «pero» del «pensamiento dialéctico es *un "pero" pedagógico, o "metodológico"*: un pasaporte con el cual el pensamiento se abre paso a un momento posterior; el "pero" del pensamiento trágico es *un "pero" radical*: la obcecada afirmación de una dualidad irreductible». De ahí que el «diálogo entre la tradición trágica y la tradición dialéctica», sea un «diálogo *interior a la primera de ellas*». Y por ello es que «existe una cierta estrategia epistemológica y narrativa –a la que aquí hemos dado el nombre de "pensamiento trágico"– que hace de la inescapable e irresoluble tensión entre esos dos "puntos de vista" (el punto de vista de la Totalidad Armónica y el punto de vista de la singularidad disidente) su propio tema, su propia materia» (Rinesi 2005, págs. 250-252).

[6] «Es cierto que la tragedia –apunta Paul Ricouer- tiene como tema la acción, como oiremos decir a Hegel después; la tragedia es obra de los propios agentes y de su individualidad. Pero, como atestigua la *Antígona* de Sófocles, estos agentes están al servicio de grandezas espirituales que no solo los sobrepasan, sino que, a su vez, abren camino a energías arcaicas y míticas, que son también las fuentes inmemoriales del infortunio» (Ricoeur 1996, pág. 261).

clásica liberal pudo, con Mitre[7] y López[8] a la cabeza, celebrar agonalmente la épica revolucionaria como gesta patriótica, el *Plan* ponía de manifiesto que la lógica radical del acontecer revolucionario forzaba la tragedia de la acción política hasta sus extremos despóticos de militarización y control de la baja sociedad.[9] Hasta el propio Moreno habría de morir joven, con un halo de héroe y de mártir. Me resulta imposible disociar el *Plan* respecto de la muerte política de Moreno, que no sea como aros de estanque del mismo círculo revolucionario concéntrico. Creo que ese nexo sacrificial

[7] «Y lo más notable aún en esta evolución uniforme –dice Mitre–, es que, al insurrecionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispanoamericanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden a un plan general de insurrección determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen» (Mitre 1946, pág. 120).

[8] «Para llenar el terrible cometido que le había dado el pueblo de la capital –escribe López-, la Junta Gubernativa de 1810 hubo de ser armada con las facultades ilimitadas que imperiosamente asume todo poder revolucionario que se arroja en masa contra un orden de cosas adverso a sus pasiones y a sus intereses. Constituida así en un organismo simple y repentino como el hecho violento que la había engendrado, el régimen social tomó en sus manos la forma de un poder demoledor y guerrero arrebatado en las alas del movimiento popular. Si esto hacía inestables sus bases al azar de los sacudimientos y de las agitaciones populares, la deba, por otro lado, una acción más febril, más audaz, más poderosa y más tremenda contra el enemigo que iba a combatir. He aquí pues en toda su sencillez el temperamento político del Régimen Nuevo, que el 25 de Mayo de 1810 subrogaba en la Capital al Régimen Colonial que España había construido pieza a pieza desde el siglo XVIII» (López 1913, pág. 75).

[9] «Dueños del ejército urbano –escribe Halperin Dongui-, dueños de la entera máquina administrativa de la capital virreinal en que la hostilidad abunda, pero no osa expresarse directamente, los jefes revolucionarios no tienen, en lo inmediato, demasiado que temer de Buenos Aires. Aun así, les era preciso consolidar su nuevo poder; de grupo lanzado al abordaje del poder político se había transformado por su mismo éxito en los titulares de ese poder; ello les imponía establecer rápidamente nuevas vinculaciones con la entera población subordinada, solo en parte afectada por los procesos militares y políticos que habían dado lugar al surgimiento de una facción revolucionaria dotada de séquito popular. En esas vinculaciones, el estilo autoritario del viejo orden no había de ser abandonado; el prestigio y los medios de coacción derivados del uso tradicional del poder eran frente a esos sectores marginales, una ventaja cierta» (Halperin Dongui 1979, pág. 171).

entre praxis revolucionaria y muerte trágica es agravado por la irrupción archivológica del *Plan*, hasta por su forma fenoménica de aparición. De acuerdo a su *epifanía*, para decirlo más etimológicamente. Donde Mariano Moreno ya no es la figura decisiva. Solo lo es la conciencia ilustrada del tiempo que legitima el *pathos* de la violencia revolucionaria y la lógica de la guerra total.

Recojo aquí dos fragmentos del Plan que ofician de marcadores temporales utópicos en su función de legitimación de la voluntad de poder revolucionaria. La política revolucionaria se legitima por el destino de la historia. No hay fundamento o fondo de sustentación detrás de esta matriz de temporalización utópica del acontecer del presente, cuyo grandioso espectáculo de resoluciones tremendas y decisiones trascendentales para el Futuro, encarna la voluntad general del nuevo soberano. Dicho rápido: la Revolución realiza el Destino. Dice Moreno –dicen que dice Moreno- en su Introducción al Plan: «No admiremos la Providencia ni desconfiemos de ella, recordando que de las fatalidades más desastradas, saca las grandes e importantísimas lecciones que determinan el destino del mundo» (Moreno 2007, págs. 339-340).

El destino histórico mismo es pues la figura última que confiere el mando, su sujeto agente final. Pues el «pueblo» mismo no se halla en el presente, sino en el futuro. Lo postuló con extrema nitidez Ingenieros: es una *minoría*. Su sujeto de la historia no está en el presente, sino en la historia. Del pueblo real que está-ahí no debe esperarse sino su Resurrección. Entretanto, la guerra externa e interna, y la consiguiente muerte. La acción trágica: «las fatalidades más desastradas». Que empero forman su régimen temporal de legilibilidad del presente, pues «determinan el destino del mundo». Pero esta *dispositio* trágica del *Plan* tiene su propio principio de intelección futurológica en la reunión apocalíptica de sus fragmentos presentificados, preñados de posibilidades. Por ello la minoría revolucionaria siempre sabe *qué hacer*. Dispone no solo de un cálculo de los cuadrantes del movimiento de la «rueda movible» del *tempo* de su propia volición revolucionaria secular,[10]

[10] «El *tempo* de la historia –afirma Pérez Zagorín– continuaba pasando despacio hasta que fue acelerado repentinamente por los efectos de las revoluciones de América y Francia, que supusieron la destrucción del Antiguo Régimen. El primero de estos sucesos ocurrió en uno de los más importantes actos fundacionales, la creación de los Estados Unidos como república federal. El nuevo Estado y nación proclamaron su adhesión a los

sino aun de una *antropología política* que fundamenta el proyecto de instauración inaugural de una nueva subjetividad humana.

Así, la pasión política de la voluntad autoconsciente funda un orden de legitimidad e inaugura su propio espacio axiológico, su cosmos de valores. En consecuencia, todo acto revolucionario es al tiempo racional y justo, legal y moral, legítimo y ético. En tanto matriz de temporalidad la *Revolución* es, en su condición de «singular colectivo» –como le llama Koselleck– antes que un nuevo orden político en procura de nuevos pactos, más bien una conversión metahistórica que da origen a una reorientación de la praxis vital en su conjunto, flexionando en su giro cíclico irreversible el horizonte de la experiencia práctico-normativa del mundo en general.[11] Cuando menos para sus protagonistas.[12] Esto es lo que comprendió Moreno en Mayo del *Año X*, y el *Plan* no hace sino operativizar estatalmente esa matriz del Tiempo Nuevo de la

---

principios de libertad popular, igualdad y gobierno representativo en la Declaración de Independencia de 1776 y en la Constitución federal de 1787. Esta última se abría con palabras que podrían haber utilizado los *Levellers*, "Nosotros el Pueblo", definiendo, por consiguiente, la fuente última de autoridad. El sello de la república americana llevaba el motivo *Novus ordo seculorum*, identificando así la fundación de la república con el comienzo de una nueva era en el mundo» (Zagorín 1986, págs. 260-261).

[11] «Hay que asegurar, como una novedad –muestra Koselleck–, que la "revolución" se concentra en un *singular colectivo* desde 1789 –como se señalaba ya en Mercier: en este mundo todo es revolución-. De forma parecida al concepto alemán de "historia" que como "historia sin más" recoge las posibilidades de todas las historias individuales. De este modo la revolución se convierte en un "concepto metahistórico", desprendiéndose completamente de su origen natural y tendiendo ahora a ordenar históricamente las experiencias revolucionarias correspondientes. Con otras palabras, la revolución recibe un acento trascendental, y se convierte en principio regulador tanto para el conocimiento como para la acción de todos los hombres incluidos por ella. El proceso revolucionario y la conciencia de la revolución, afectada por aquel y que vuelve a actuar sobre él, se corresponden desde entonces de forma inseparable. Todos los demás se nutren de este significado de trasfondo metahistórico» (Reinhart 1993, pág. 76).

[12] «En la experiencia de quienes la viven, en efecto, toda revolución es absoluta –observa Tulio Halperin Dongui–, en cualquier plano que ella se realice.» «La continuidad entre pasado prerrevolucionario y revolución puede –y acaso debe– ignorarla quien hace la revolución; no puede escapar a quien la estudia históricamente, como un momento entre otros del pasado. Pero al mismo tiempo este no puede ignorar que esa continuidad se da a través de lo que –llegue a ser lo que sea– se propone constituir una ruptura total» (Halperin Dongui 2009, pág. 26).

modernidad, de esa *Neuzeit* desplegada como táctica y estrategia revolucionaria.

Lo inusitado que el *Archivo de Indias de Sevilla* permitió ver era mucho más, entonces, que una dirección jacobina y ni siquiera una conciencia de Estado en su faz de decisionismo excepcional. La intriga puesta aquí en juego es mucho más profunda y determinante. Es un documento de la Revolución, en efecto, y es *operatorio*. Pero sus «operaciones» conciernen en último término a la mutación misma del horizonte experiencial de la autoconciencia del tiempo histórico, cuyas consecuencias en el «sentido largo» de la historia forman una trama de efectos en la que aún estamos implicados. Si esa malla de efectuación tuviese la forma de una telaraña, es innecesario preguntarnos quién era la araña y quiénes las víctimas atrapadas. ¿Formamos todavía hoy parte de esa red intrincada? Es que el *Plan* es el corazón y la autoconciencia de la Revolución. Se autocomprende como una transformación total de la condición histórica, de la reconfiguración plena del presente. Nada le es contingente en su estallido de instantes de apertura generativamente anticipatoria. Sin necesidad de anoticiarse de Hegel, el *Plan* «sabe» que todo lo real es racional y que para su propio tiempo todo lo racional es real. Por ello el *Plan* justifica la tragedia; aún más, la propicia deliberadamente en nombre de la Razón en la Historia. En su temeraria autorrealización proyectante, el *Plan* exhibe impúdicamente un preciso y delicado punto de engarce, como si fuese una rasgadura atroz que deja expuesto un hueso, una rótula, una articulación del acontecer. Quiero decir, el *Plan* es una herida. Expone las costuras de su combate en la arena de la historia, cuyas cicatrices llegan hasta nosotros. De otro modo no se explicaría su intensidad dramática en los derrames de tinta de las polémicas filológicas y archivológicas. En homología con los derrames de sangre que el *Plan* legitima en su comprensión auroral y avizora de la historia republicana moderna.

Ahora bien, el *Plan* surge por azar; como es sabido, por un descuido afortunado de Eduardo Madero. Se lo descubre, en fin, por accidente. Esta forma fenoménica accidental, esta condición de lo inesperado e hiriente que su revelación provoca, no podría ser analógicamente más apropiado. Tal accidente heurístico abrió una herida meta-histórica en la conciencia liberal argentina, abismada ante la contingencia radical de sus propios fundamentos de legiti-

midad republicana.[13] Es un desgarrón en la carne historiográfica liberal que deja expuestos al rojo vivo los nervios de conexiones trágicas que tejen el acontecer revolucionario en su trama profunda metahistórica. El *Plan* es una articulación secreta de la Revolución, donde su expectativa escatológica profana asume su radicalidad trágica última: la violencia redentora. Todo efecto funesto de la acción revolucionaria es legítimo, incluyendo la propia muerte. La Revolución es el designio supremo de la historia. Funda su propio mito y procrea sus propios dioses y demonios.

La «nación», la «república», la «soberanía popular» aparecen como categorías de un lenguaje político moderno que aunque vestido con las ropas lexicales del pasado, sin embargo, habita un único ciclo del acontecer: la praxis revolucionaria. La modernidad y la nación es un acaecer revolucionario que consuma el ser-para-la-muerte de la política en su propia meta última, que es el anuncio del futuro como Apocalipsis laico de la liberación. Ninguna prevención genealógica que apele a su diccionario epocal puede desactivar esa lección terrible: la Tierra Prometida de la Libertad en el Futuro exige imperiosa e imperativamente la tragedia infernal de la acción política en el presente. Cuya metamorfosis despoja en cada torsión vivida una forma general de la acción: la guerra. En su acontecer mundial de cuño eurooccidental, la guerra, o si se quiere, la posibilidad de las armas, es la crisálida de la larva de la revolución.[14] De

[13] «Asoma aquí el fantasma de un fundamento *decisionista* en la base de toda formación institucional, aquello, en fin, impensable para el pensamiento liberal-republicano: el carácter radicalmente contingente (en última instancia arbitrario) de los fundamentos de todo orden político» (Palti 2007, pág. 143).

[14] «La historia demuestra –asevera Charles Tilly– que la fuerza militar marcaba la diferencia entre las situaciones y los resultados revolucionarios. En efecto, en no pocas ocasiones, diversos elementos enfrentados a las autoridades que ocupaban el poder consiguieron plantear situaciones revolucionarias cuando los gobernantes se extralimitaban y aunque, de hecho, no tuvieran capacidad para conquistar el poder, pero nunca fue posible conquistar el poder del Estado sin antes haber controlado la fuerza militar. En Europa estallaron repetidas veces revueltas campesinas, que casi nunca pudieron triunfar a menos que se aliaran con magnates o municipios que poseían sus propias fuerzas armadas. Puesto que la organización de la fuerza militar tiene su propia historia, una historia íntimamente vinculada a la organización cambiante de los Estados en general, la probabilidad y la naturaleza de la revolución se modificó a medida que tenía lugar la transformación de los estados europeos» (Tilly 1995, pág. 294).

ahí a decir que toda estabilización política republicana contiene genealógicamente una revolución armada larvada puede ser algo más que una tentación metafórica.

En la hoguera de la Revolución los individuos son meras chispas. A ese fuego lo alimenta y agita el viento de la marcha de la historia. Del *sentido de la historia*. Si el torbellino temporal de su instante supremo nos envuelve, dictamina también sobre nuestros destinos personales. Literalmente, nos arrastra en su arremolinado acontecer. Entonces los días del calendario revolucionario se suceden en frenéticas efemérides, y los mortales –las masas– se aprestan a recibir órdenes, e intermitentemente en un futuro, incluso a votar y delegar representantes en asambleas. La república es el ardor revolucionario de las promesas de soberanía que circulan por la opinión pública letrada, también en *La Gaceta*, tanto como la quemazón de los campos norteños que pronto atravesarán, en condiciones bíblicas, las batallas independentistas secretamente planificadas por los patriotas porteños. En este *teatro de operaciones temporales*, o mejor, de *operaciones sobre la temporalidad* dispuesto por el *Plan*, se deja ver en la superficie el pliegue entre dos planos de la densidad semántica y antropológico-histórica de la constitución de la conciencia moderna en el cono occidental de la América del Sur. Dicho con categorías merecidamente célebres, el *Plan* es un documento que deja impúdicamente a la vista su densidad meta-histórica, pues muestra el nexo operatorio entre un «espacio de experiencia» que se destruye y retrae, y un «horizonte de expectativa» que se construye como *posibilidad absoluta*.

El *Plan* anuncia y ejecuta un acortamiento radical del umbral del presente por donde ingresa el futuro. El *Plan* es el *Mesías*. No podrían sorprendernos, pues, sus posteriores lecturas mesiánicas. Esa recepción mesiánica no hace más que participar de su propia clarividencia. Por ello el *Plan* bebe hasta escanciarse de la fuente de futuridad que brota de la historia de salvación escatológica secularizada acuñada por la moderna conciencia ilustrada.[15] Al salvar

[15] «El futuro –consigna Karl Löwith- es el verdadero punto candente de la historia siempre que la verdad reside en el fundamento religioso del Occidente cristiano, cuya conciencia histórica está determinada por el motivo escatológico: así es desde Isaías hasta Marx, desde Agustín hasta Hegel y desde Joaquín de Fiore hasta Schelling. La importancia de esta intención de un fin último –como *finis* y *telos*- consiste en que hace uso de un esquema de orden y significación progresivos, que pudo superar

la República redime a la historia. El *Plan*, literal y metafóricamente, *avanza*.

Atrás y delante del umbral revolucionario está el precipicio de la historia y sus vacíos temporales abiertos, el descampado del pasado y el baldío del futuro. La revolución llena a la vez que forma, o mejor, forma llenando. Sarmiento, que también celebraba a Moreno, solo le imprimió a este esquema trascendental de proyección temporal, las categorías de su terrible poética telúrica romántica. La revolución forma su propio suelo temporal de referencia. Inventa el desierto de la historia donde ya había vida histórica, y llena de futuro el espacio vacío de una escatología secular del reino de la libertad en la tierra, donde antes había otros espacios semánticos de legitimidad. No hay regreso que no esté implicado en los mismos pasos dado sobre ese suelo; esto es, que no sea reacción contrarrevolucionaria, ni adelanto que no haga más que extender ese piso histórico en su propia dirección, acortando los segmentos de espera utópica, comprimiendo sus instantes mesiánicos a manos de los propios hombres en su historia intramundana.[16] Acaso el

---

el antiguo temor al *fatum* y a la *fortuna*. El *éschaton* no solo le pone un final al curso de la historia, sino que lo articula y lo completa según una meta determinada. El pensamiento escatológico puede dominar la temporalidad de un tiempo que se traga a sus propias creaturas si no es limitado por una meta última. Comparable con la brújula, que nos orienta en el espacio y nos hace capaces de dominarlo, la brújula escatológica nos da orientación en el tiempo, apuntando al reino de Dios, como meta y término últimos. solo dentro de esta demarcación escatológica del proceso histórico la historia devino "universal". Su universalidad no descansa ya en al fe en *un* Señor todopoderoso, sino también en que la historia de la Humanidad se hace *una*, en la medida en que el Señor, desde un comienzo, la dirige a una última meta. Cuando el Segundo Isaías describe la futura gloria de Jerusalén, su nacionalismo religioso es, en verdad, universalismo teleológico. La "humanidad" jamás ha existido en el pasado histórico y tampoco puede existir en ningún presente; ella es una idea y un ideal del futuro, en tanto horizonte necesario de la concepción escatológica de una historia universal» (Löwith 2007, págs. 32-33).

[16] «¿En qué se diferencia el acortamiento del tiempo en el horizonte escatológico –se pregunta Koselleck- del juicio universal de la aceleración en el horizonte del progreso? Por un lado, ya no es Dios el señor de la acción, sino que lo es el hombre que provoca el progreso. Se trata de un lento cambio del sujeto de la acción. Por otro lado, ya no es el tiempo mismo el que es privado de su regularidad natural, y, por tanto, acortado, sino que es más bien el hombre quien se sirve del siempre uniforme tiempo de la naturaleza para medir cronológicamente los progresos impulsados por

Plan mira secretamente por nuestros ojos cada vez que abrimos la vista a un horizonte de expectación utópica, o nos cubre el mismo cono de sombra que se cierne sobre todo espacio antiutópico y contrarrevolucionario en cada fragmento cilíndrico del presente.

El *Plan* no es más, pero jamás menos, que un documento de la secularización radical del tiempo. Dios y la Providencia pueden ser invocados, pero su inspirador –fraudulento o no-, ya sea un joven revolucionario rioplatense educado en el Alto Perú, una minoría ilustrada, un intrigante secreto, ejecutan el programa de la Revolución misma en su lógica extrema e inexorable. Su autor, por tanto, es la Revolución misma, el *Año X* y su gobierno revolucionario. El carácter inicialmente secreto y conspirativo de la praxis estatal patriótica, cuyo espesor ontológico-político fue debidamente advertido,[17] es solo el primer acto del drama revolucionario.

él. La aceleración esperada o ya confirmada de los progresos es calculada en un tiempo en sí mismo uniforme –en oposición al acortamiento del tiempo, del que Dios dispone. Por esta vía el régimen argumentativo se modifica radicalmente. El acortamiento del tiempo, que antes ponía fin prematuramente desde el exterior a la historia, se torna ahora una aceleración que es registrada en la historia misma y de la que disponen los hombres. La novedad reside en la representación de que el fin no se acerca más rápidamente, sino que, en comparación con los lentos progresos de los siglos pasados, los actuales avances se producen a un ritmo cada vez más veloz. Ambas posiciones tienen algo en común. En efecto, sus argumentaciones se nutren de la fijación de una meta, de la determinación de una teleología, de un *télos* que debe ser alcanzado cada vez más de prisa. La meta de los progresos acelerados era el dominio de la naturaleza y, de modo creciente, también la autoorganización de la sociedad constituida políticamente. Desde entonces la salvación ya no es buscada al término de la historia, sino en el desarrollo y ejecución de la historia misma» (Reinhart 2003, pág. 54).

[17] «No es posible pensar en ninguna significación política –escribe Horacio González- si no la constituimos en una trama de posibilidades abiertas, intenciones declaradas y distintas hipótesis sobre la distancia entre el material verbal expedito y lo que naturalmente se reserva como el "borrador" de la acción. Este esbozo inconcluso no necesitará de una voluntad proclamativa o exteriorizadora. Llamamos ontología, en este caso, a la relación entre lo formulado e informulado de la política. Es la relación misma la que reviste carácter fáctico, real e imperante». «Podemos decir entonces que la "ontología de la conspiración" presupone que toda ella se engarza en un plan que busca permanecer momentáneamente ignorado (velando o alterando el orden de ciertas causalidades interpretativas) para darle consistencia a su proliferación futura. En todo momento de la formulación política que sea, hay un capítulo conspirativo, tanto de carácter simple (el

El *Plan* solo revela que el espacio de experiencia revolucionario instaura el horizonte de espera de la nación como violencia formadora. Recordemos lo que el *Plan* declaraba: *nosotros producimos las circunstancias del destino*. Una frase impresionante, imbuida de certeza temporal y promesa performativa. Pragma promesante. En su apoteosis praxiológica, el *Plan* es el partero de la matriz fundamental abridora de una «imagen del mundo» constituida a la luz del racionalismo occidental y su éxtasis del «Progreso».[18] Revela su refracción reflexiva en una forma de conciencia secularizada que da apertura a una nueva época del acontecer público-político, en un espacio de legitimación del poder radicalmente desplazado, cuyo «campo semántico» inaugural se multiplica en intensas torsiones significantes. Así genera una trasmutación metafórica de las categorías de posibilidad de un «régimen de historicidad»[19] político que utiliza la voluntad armada y la intriga política como medios racionales de su abismada apertura utópica republicana. Comporta un acontecimiento revolucionario en su discursividad elocutivamente constituidora del mundo histórico, que emplea la lógica de la guerra total en su esperanza regenerativa emancipa-

---

sigilo espontáneo que rodea las prefiguraciones de la acción) como más complejo (la planificación de acciones cuya autoría permanente se obscurece para atribuirla dañosamente a otros autores, que se perjudicarían si debieran hacerse cargo de ellas)» (González 2004, pág. 31).

[18] «Por medio del hilo conductor del progreso –secularización extrema del *procursus* al reino de Dios y de la onto-teo-lógica cristiana–, la filosofía de la historia y su vuelco/acabamiento historicista llenan de articulaciones de sentido la dimensión temporal. Solo mediante este llenarse de sentido, de esta dotación de sentido, llega la temporalidad a adquirir un valor *in se*: ya no es escenario o marco, sino *esencia* de los fenómenos que acaecen. La legitimación de lo que ocurre es pues solo aparentemente intrínseca al acontecimiento mismo: tiene lugar en una proyección futurológica del mito prometeico del *homo faber*, esto es, en el presupuesto de que sentido y significado manan de la praxis humana de apropiación-transformación de la naturaleza y de planificación proyectiva del tiempo» (Marramao 1989, págs. 81-82).

[19] «La noción de régimen de historicidad (como lo observa Jacques Revel) ejemplifica totalmente esa categoría híbrida, esa "vaguedad operatoria" para pensar el entrecruzamiento de la historicidad "objetiva" y la conciencia histórica.» «La noción de régimen de historicidad es por cierto un "modelo", pero, a diferencia de otros "modelos", es de la competencia de una relación que se halla en el corazón de la condición histórica y del hacer de la historia, la relación con el tiempo», Delacroix, Christian, «Genealogía de una noción» (Delacroix *et al.* 2010, pág. 41).

toria. Con esta voluntad mesiánica secularizada el *Plan* «hace la historia»: *hace* las «circunstancias del destino». Y esta es su clave de legitimación de la Modernidad.[20] En fin, el *Plan* ejecuta el sentido de la historia como un drama de violencia salvadora y guerra libertaria, libradas genesíacamente a producir mundo desde su pulsión escatológica secular. El resto son precisiones archivológicas y genealogías lexicográficas.

24.3 La pregunta de Ingenieros

Con todo, no voy a prescindir aquí de algunas consignaciones bibliográficas que jalonan la famosa controversia. Pero he elegido dos momentos de la querella en donde la conciencia meta-histórica o mejor, filosófico-histórica de la disputa es asumida en su descarada trascendencia ontológico-política. Si no me equivoco demasiado, esa lectura, atenta a las consecuencias profundas que afectan un régimen de historicidad en su espacio de posibilidad fundamental, se da en los lectores del siglo XX que tuvo el *Plan*. Me refiero a José Ingenieros y a Ernesto Quesada. Fueron lo suficientemente radicales en sus lecturas como para ver la emergencia de un horizonte de temporalidad antes que una mera disputa sobre la verosimilitud atributiva de fuentes primarias. Y no porque fueran sociólogos positivistas, si algún desprevenido quisiera aportar este dato. No, pues apelo aquí a sus escritos históricos. Precisamente porque Ingenieros y Quesada fueron historiadores ensayísticos y mentalidades históricas muy refinadas es que tuvieron la conciencia de que en el *Plan*, más allá de sus timbres archivológicos, se oía el rumor profundo del espacio empírico-trascendental por donde corre tumultuoso el acontecer de la historicidad público-política de la modernidad periférica argentina.

[20] «La transferencia del esquema estructural de progresos estéticos, teóricos, técnicos o morales, a la representación general de la historia –explica Hans Blumenberg- presupone que el ser humano se ve a sí mismo, en esa totalidad, como el único *competente*, se tiene a sí mismo por el *hacedor de la historia*. Y entonces puede considerar posible la deducción de la propia marcha de la historia a partir de la autocomprensión del sujeto racional, demiúrgico y creador. El futuro se convertiría en la consecuencia de acciones actuales, la realización de los puntos de vista disponibles en el presente. solo así se trueca el progreso en un compendio de las determinaciones del futuro a través del presente y su pasado» (Blumenberg 2008, pág. 42).

En la lectura que hace Ingenieros de Mariano Moreno y lateralmente del *Plan* hay una interrogación que va directamente al grano, advertida de la gravedad tremenda del asunto. Permítaseme leer enfáticamente el pasaje de *La evolución de las ideas argentinas* donde Ingenieros se pregunta lo siguiente: «¿Qué derecho tiene una minoría pensante y activa para imponer revolucionariamente sus ideales a una mayoría pasiva que los ignora, los teme o los repudia?» (Ingenieros 1918, pág. 161).

Qué derecho tiene una minoría pensante y activa para imponer revolucionariamente sus ideales a una mayoría pasiva que los ignora, los teme o los repudia, interroga Ingenieros. «Toda la filosofía política podría concentrarse en torno a esa pregunta, a las que siempre darán respuestas contradictorias los progresistas y los conservadores», resume Ingenieros (Ingenieros 1918, pág. 161).

Lo que está en juego es la legitimidad revolucionaria misma del nacimiento de una Nación. Por ello Ingenieros declara que los «argentinos, que aceptamos como legítima la situación de hecho creada por la Revolución, no podemos desconocer el derecho de la exigua minoría que en 1810 la inició desde Buenos Aires, fracasando en su intento de extenderla a todo el Virreinato», pues rara «vez todos los habitantes de un agregado político poseen la homogeneidad de ideas y de sentimientos que constituye un espíritu nacional; causas históricas y geográficas se suman para engendrar sociedades diferentemente evolucionadas, que coexisten en el Estado, sin refundirse por la contigüidad», y porque «dentro de cada una, en apariencia homogénea, la diversa cultura de las clases sociales engendra grupos distintos, cuyos anhelos suelen no concordar en el orden político, económico y moral» (Ingenieros 1918, págs. 161-162).

¿No es la de Ingenieros también una pregunta, sino *la* pregunta que podríamos traer descaradamente al espacio de actualidad que ilumine normativamente toda ética de la militancia revolucionaria? Lo cierto es que Ingenieros no era alguien de ahorrarse las respuestas una vez que lanzaba al ruedo preguntas terribles. El positivista izquierdista Ingenieros no tiene empacho en conferir fuerza de legalidad nomológica empírica a la afirmación –que para muchos es un canto celestial- de que la «voluntad social» es «un privilegio de pequeñas minorías que se anticipan a su tiempo», pues todo «progreso histórico ha sido, es y será la obra de minorías revolucionarias». Bajo esta clave teleológico-evolutiva Ingenieros

comprende el papel del patriota Mariano Moreno, la encarnación personificada de la fuerza revolucionaria de Mayo, su función histórica de protagonizar biográficamente un cambio histórico de escala total. Según José Ingenieros, Moreno reunió tres rasgos que produjeron el efecto decisivo de la Revolución: espíritu nuevo, acción y terror. Obsérvese que en primer término Ingenieros coloca como virtud revolucionaria el «espíritu nuevo» de Moreno, o sea, su conciencia del tiempo, y solo en último término el terrorismo jacobino. Moreno era un «místico» de la revolución, califica Ingenieros, junto a otros epítetos glorificantes tales como «tirano que sigue a la libertad» y «evangelio» de la Junta. Moreno, dice Ingenieros, no experimenta «temor a las consecuencias funestas» de su acción, quien además «se inmoló por la revolución». Con ello advierte con claridad el carácter trágico de la existencia de Mariano Moreno. Ingenieros no se refiere sino muy elusivamente al *Plan*, de soslayo y por su mención de la polémica entre Piñero y Groussac, además de mostrarse al tanto de las posturas de Quesada y Diego Luis Molinari. Pero define a Moreno como «el personaje simbólico y representativo de la Revolución argentina». Siendo crucial el hecho de que «Moreno introdujo en ella tres factores revolucionarios: un espíritu nuevo, la acción y el terror» (Ingenieros 1918, pág. 172).

La hipótesis histórica de Ernesto Quesada sobre Mariano Moreno y su atribuido *Plan* va mucho más allá que Ingenieros en su comprensión de la potencia trágica de la Revolución de Mayo. Dicho en un golpe de vista, Quesada asigna al *Plan de Operaciones* y a la política de Moreno su función paradigmática de gobierno revolucionario, cuyo beneficiario último será ni más ni menos que Rosas. En el tomo primero de *La época de Rosas* hay un capítulo, el XV, cuyo título condensa una tesis «filiación histórica de la política terrorista: el plan de Moreno». Allí, pues leemos: que los «enciclopedistas y Robespierre, con sus doctrinas y ejemplos termidorianos, habían seducido por la grandeza trágica de esas teorías a las inteligencias argentinas», de modo tal que en las «graves circunstancias» del año X, se le encomienda a Moreno la redacción de un *Plan*, que «produce un documento verdaderamente admirable por su alcance, su profundidad, y la sombría energía del sistema de gobierno que aconseja» (Quesada 1926, pág. 144).

Al amparo de esta sombra, Rosas ejecutó con coherencia ejemplar las recomendaciones terroristas de Moreno, históricamente objetivas y necesarias. Quesada argumenta que en medio de la

crisis de 1840, con sublevaciones inminentes en las provincias, bloqueo francés, conspiraciones en Buenos Aires, invasiones unitarias y miseria generalizada, Rosas se dispuso a leer y aplicar el «plan de gobierno» de Moreno. En medio de la calamidad y la penuria de la anarquía –sospechamos a partir de la pluma de Quesada– hay un Rosas lector de Moreno, un dictador que al abrigo de la medianoche repasa minuciosamente el *Plan de Operaciones*. Inferir en Rosas un lector nocturnal y taciturno del *Plan* es una imagen grandiosa, teatral, espeluznante, que destilan las sobrias páginas del propio libro de Quesada. En su reconstrucción, afirma que la política terrorista de Rosas se sirve de la política terrorista de la Primera Junta, cuyos decretos, escribe Quesada, no habían sido nunca derogados. Quesada reseña ágilmente todas las recomendaciones y órdenes del *Plan* que levantan la sólida catedral de la violencia revolucionaria. Para Quesada, esas órdenes cumplen con la rigurosa legalidad nomológica de la evolución histórica universal. Los vocablos que colorean de rojo las citas de Quesada hablan por sí mismos: fusilamiento, castigo, escarmiento, persecución, confiscación, enemigo, destierro, etcétera, y por cierto, algunas frases célebres de Moreno, tales como «el menor pensamiento de un hombre que sea contrario a un nuevo sistema, es un delito»; o es preciso «verter arroyos de sangre»; o «cuando lo exige la salvación de la patria debe sacrificarse sin reparo hasta el ser más querido». Quesada traza en el *Plan* todo el cuadro de horror del drama revolucionario. Que es el drama de la conciencia histórica argentina y con ella de sus dramas de archivo. «La importancia capital de este documento, cuya claridad no admite tergiversación, nos obliga a detenernos un instante», escribe, pues, revelado «hace poco aquel grave secreto de Estado, y publicado dicho documento, a nadie podía ocultarse la gravedad y alcance de su texto, que venía a cambiar gran parte del concepto de nuestra historia» (Quesada 1926, pág. 145).

A doscientos años del Plan y a cien años de la pregunta de Ingenieros sobre el vanguardismo esclarecido revolucionario, yo reformularía su pregunta con un tono más grave, quesadiano, pero ya sin la certeza cientificista de ambos. Es el caso que Moreno e Ingenieros pisaban un mismo suelo filosófico-histórico: la matriz ilustrada de una temporalidad escatológica racionalizada en su progresión universal y necesaria, que todavía podía hacer convivir a Rousseau y Marx. Nosotros ya no caminamos esa superficie

temporal de referencia. No al menos sin vacilación, sin vértigo. Más bien somos testigos de un socavón profundo en el suelo histórico de las expectaciones revolucionarias. Sin los garantes metafísicos últimos que sostenían los pilares del racionalismo ilustrado y el materialismo histórico, o digámoslo más descarnadamente aun, sin el trasfondo de la subjetividad moderna y la inversión del idealismo hegeliano, la pregunta de Ingenieros se agrava aún más: la violencia de la voluntad carece de certificaciones ontológicas que acrediten la salvación profana de la historia. En nuestro espacio de experiencia ultrasecularizado, la voluntad en armas que realiza su utopía escatológica, precisamente ese hilo rojo del acontecer que el *Plan* y sus intérpretes positivistas elevaban a epifanía de la liberación, debería hoy argumentar públicamente sus pretensiones de valor, precisamente desfigurando su apelación vehemente a la racionalidad teleológica de la violencia. En fin, se la desarmaría en nombre del discurso, que sin más puede presentarse como portador confiado de esa promesa temporal matinal.

Quizá la pregunta de Ingenieros pueda hoy reformularse así (pero es solo una posibilidad entre otras): ¿qué derecho tiene una minoría pensante y activa, ya sin certeza histórica objetivo-universal alguna que no sea su fe en el dios o demonio interior que la anima –dicho con el viejo Max Weber–, para imponer revolucionariamente sus ideales a una mayoría pasiva que los ignora, los teme o los repudia, y ante la que ni siquiera puede alegar una moralidad superior por su actividad política, pues en ella ha de dejar la santidad de sus decisiones? En menos y más sinceras y recias palabras: ¿Cómo podría una vanguardia, en este contexto secularizado hasta el tuétano, persuadir a sus miembros de que el cálculo épico-militar que manda a «vencer o morir» hoy cabe transferirlo –una vez más- a la entrega total por un Líder? Pero entonces, ¿qué nuevas preguntas aguardan los documentos de la patria más allá del ademán de horror que muchas de sus inflexiones histórico-políticas puedan provocar? ¿Qué palabras inaugurales se requieren para hacer hablar utópicamente a los dramas argentinos de archivo? ¿Qué debates debemos, o mejor, podemos proseguir entre el fuego arrasador de la pasión emancipadora y el mar helado de la responsabilidad moral? ¿Sería esta una clave adecuada para releer todo Ingenieros?

Referencias bibliográficas

BLUMENBERG, HANS

2008 *La legitimación de la edad moderna*, Valencia: Pre-textos, referencia citada en página 577.

DEGIONANNI, FERNANDO

2007 *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario: Beatriz Viterbo, referencia citada en página 558.

DELACROIX, CHRISTIAN; FRANCÇOIS DOSSE Y PATRICK GARCIA

2010 *Historicidades*, Buenos Aires: Waldhuter Editores, referencia citada en página 576.

GONZÁLEZ, HORACIO

2000 «Cien años de sociología en Argentina: la leyenda de un nombre», en *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires: Colihue, referencia citada en página 558.

2004 *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios*, Buenos Aires: Colihue, referencia citada en página 576.

HALPERIN DONGUI, TULIO

1979 *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 568.

2009 *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 570.

INGENIEROS, JOSÉ

1918 *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 1: *La Revolución*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., referencia citada en páginas 560-563, 578, 579.

LÓPEZ, VICENTE FIDEL

1913 *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires: Kraft, vol. III, referencia citada en página 568.

LÖWITH, KARL

2007 *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*, Buenos Aires: Katz, referencia citada en página 574.

MARRAMAO, GIACOMO

1989 *Poder y secularización*, Barcelona: Península, referencia citada en página 576.

MITRE, BARTOLOMÉ

1946 «Historia de San Martín», en *Obras Completas*, Buenos Aires: Estrada, vol. IV, referencia citada en página 568.

MORENO, MARIANO

2007 *Plan de Operaciones*, con comentario de Norberto Piñero y Paul Groussac, con introdución de Horacio González, con prólogo de Estaban De Gori, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, referencia citada en página 569.

PALTI, ELÍAS

2007 *El tiempo de la Política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 572.

QUESADA, ERNESTO

1926 *La época de Rosas*, Buenos Aires: Artes y Letras, Nueva edición corregida y aumentada con un prólogo sobre «El criterio doctrinario en estas investigaciones históricas», referencia citada en páginas 579, 580.

REINHART, KOSELLECK

1993 «Criterios históricos del concepto moderno de revolución», en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós, referencia citada en página 570.

2003 *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia: Pre-textos, referencia citada en página 575.

RICOEUR, PAUL

1996 «Lo trágico de la acción», en *Sí Mismo como Otro*, Madrid: Siglo XXI, referencia citada en página 567.

RINESI, EDUARDO

2005 *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*, Buenos Aires: Colihue, referencia citada en página 567.

SCHMITT, CARL

2004 «Definición de soberanía», en *Teología política. Cuatro ensayos sobre la soberanía*, Buenos Aires: Struhart & Cia., referencia citada en página 565.

TERÁN, OSCAR

1979 «José Ingenieros o la voluntad de saber», en *José Ingenieros. Antiimperialismo y nación*, Ciudad de México: Siglo XXI, referencia citada en página 558.

TILLY, CHARLES

1995 *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona: Crítica, referencia citada en página 572.

WHITE, HAYDN

1992 «La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual», en *El contenido de la forma. Narrrativa, discurso y representación histórica*, trad. por Jorge Vigil Rubio, Barcelona: Paidós, referencia citada en página 566.

ZAGORÍN, PEREZ

1986 *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna*, vol. II: *Guerras revolucionarias*, Madrid: Cátedra, referencia citada en página 570.

CAPÍTULO 25

Las huellas cubanas en la *Revista de Filosofía* (1915-1925)

ADRIANA CLAUDIA RODRÍGUEZ[*]
Y JUAN MARTÍN MESSIGA FARIZANO[**]

25.1 Tópicos introductorios

José Ingenieros figura puntal de la intelectualidad argentina y latinoamericana puede estudiarse desde diferentes aristas que performan un accionar amplio y de gran peso simbólico en una generación que lo toma como referente y maestro, en el sentido arielista y que le otorga a su vez un lugar preferencial en las redes intelectuales de la época,

La historización de su cronobiografía ya marca diferentes etapas en el eslabonamiento de relaciones con actores del pensamiento nuestroamericano que parten de manera neurálgica de la Reforma de 1918–sin desconocer el largo camino andado desde fines del siglo XIX– en tanto articuladora de una rica interacción que permite posicionar a Ingenieros como artífice y actor de las vanguardias estético políticas de 1920 obrando a manera de puente generacional.

La finalidad de este trabajo se dirige a visibilizar un recorte específico de las redes cubanas que se exhiben en la *Revista de Filosofía* a través de artículos de autor, reseñas y canjes mostrando desde sus ediciones más tempranas la presencia de una pléyade de actores que reflejan tanto a su contexto presente como temas específicos y

* CEINA-UNS-CECIES-UNAM.
** CEINA-UNS-CECIES-UNAM.

al imperialismo entre otras cuestiones. Sin duda que la génesis de esta presentización se construye a través de las relaciones de José Ingenieros con la Isla en tanto comunicaciones epistolares como sus dos visitas a Cuba. Cabe también preguntarnos, apelando al origen de autores que escriben acerca de la misma, si no se vuelve a reiterar una *antillanía* en cuanto tópico y autores.

25.2 Las revistas y su impronta

La importancia de las revistas culturales en la vida intelectual de América Latina en el siglo XX no fue esquiva para una referencia intelectual ineludible en Argentina y la región como fue José Ingenieros. El pensador nacido en Palermo (Italia) en 1877, médico de profesión, además de haber sido un precursor en varios campos que van desde la sociología hasta la psiquiatría, desarrolló un profuso trabajo en el campo revisteril. Si antes de la mayoría de edad ya había impulsado la revista *La Reforma* (1892), luego codirigió junto a un todavía izquierdista Leopoldo Lugones *La Montaña* (1897), publicación de corte anarco socialista. También sobre fines del siglo XIX participa como secretario de redacción de La semana médica (1899) y en 1902 lanza la revista *Archivos de psiquiatría, criminología, medicina legal y ciencias afines*, publicaciones más ligadas a su profesión de origen lo cual demuestra la versatilidad de Ingenieros además del carácter embrionario de muchas de las disciplinas que se encontraban en un proceso de autonomización. En ese sentido, tal como plantean Fernández y Galfione (2021), podemos decir que la *Revista de Filosofía*, fundada en 1915 por el intelectual ítalo argentino, tiene entre sus objetivos «avanzar en la definición de un campo disciplinar» (pág. 11). Tal como lo indica su nombre –el cual formalmente tenía el título más extenso de *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*– el quehacer filosófico era la preocupación principal, hecho que también se deduce de los artículos del primer número que las historiadoras más arriba mencionadas postulan como posibles textos programáticos, aun cuando no haya sido esa su intención explícita. Sin embargo, la revista estaba lejos de tener una orientación meramente académica o científica y en ella se abordaron una multiplicidad de tópicos que no se agotaban en la filosofía.

Dentro de las 160 páginas que habitualmente traía cada número, podemos ubicar problemáticas tales como el integracionismo

latinoamericano, la cuestión de la mujer, el imperialismo y temas coyunturales como el fascismo, la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria por mencionar algunos. Una característica saliente resaltada en el estudio introductorio del libro de Biagini *et al.* (1984) acerca de la revista es el mosaico de autores y corrientes ideológicas que se entrecruzan en cada número. Podemos decir que este «infrecuente pluralismo doctrinario» formaba parte de las intenciones de su director quien, en carta al venezolano Alberto Zérega Fombona le asegura que en *Revista de Filosofía* tienen lugar «idealistas, positivistas, espiritualistas, escépticos y teósofos» sin que eso implique la adscripción a alguna de esas corrientes. De esta manera, la publicación con sede en Buenos Aires se constituyó en lo que Biagini consideró un «verdadero reservorio conceptual» (…). Esta heterogeneidad fue posible a partir del nutrido plantel de autores que colaboraron con la revista para lo cual fue de gran ayuda el prestigio de su director. Podemos pensar a la *Revista de Filosofía* como una terminal a donde arriba una red que tiene en Ingenieros un nodo central del campo intelectual latinoamericano hacia el primer cuarto del siglo XX.

Ligado a esto, nos interesa tomar a la publicación dirigida por José Ingenieros a la luz de los nuevos abordajes que tienen lugar en el campo de estudio de las revistas culturales en América Latina. Una característica saliente de las nuevas miradas en torno a estos textos colectivos (Beigel 2003) tiene que ver con ser considerados «artefactos culturales complejos» (Grafton 2007) y no solamente un soporte textual. Siguiendo dicha caracterización, la revista debe ser analizada a partir de las tres dimensiones propuestas por Pita González y Grillo (2015): la material –compuesta por los aspectos técnicos–, la inmaterial –el grupo humano que la hace posible incluyendo sus lectores y una combinación de ambas, es decir, el contenido–. Es así que recogemos su enfoque metodológico encuadrado en el esquema bourdieuano de «estructura estructurada estructurante» (Bourdieu 2003). De esta forma, la publicación es analizable en su interrelación como soporte material –estructura–, práctica social –estructurada– y/o espacio de sociabilidad –estructurante–. En ese sentido, impera la caracterización de la revista como objeto dinámico, polimórfico y heterogéneo (Grillo 2020), toda vez que, tal como señala Sarlo (1992), funciona como banco de prueba con una sintaxis diseñada para intervenir en la coyuntura. La misma autora también las cualifica como instrumen-

to para la batalla cultural y en función de ello, la definición de los tópicos a colocar en el centro –como también elegir cuáles callar–. Por último, es importante resaltar la condición de proyecto colectivo que estas encarnan. En ese sentido, como nos recuerda Tarcus (2020), son forjadoras de identidad y están integradas por una cadena de actores –lectores y colaboradores, avisadores, suscriptores y distribuidores– que constituyen una comunidad intelectual con sus propias jerarquías –contando con directores, los mencionados colaboradores e incluso referentes que participan de forma indirecta a través de las citas (Pita González 2014)-. Ligado a esto, no podemos soslayar su carácter relacional para lo cual es necesario considerar a las publicaciones insertas en lo que Tarcus (2020) denominó el campo revisteril. Subordinado al campo intelectual, este se compone de agentes –las revistas– que construyen una correlación de fuerzas donde cada uno lucha por el reconocimiento, desarrollando distintas estrategias de alianza, competencia y rivalidad (Tarcus 2020, pág. 24). Además, a través del «intercambio de ejemplares, la correspondencia, los avisos de promoción mutua y las colaboraciones cruzadas» se forman las redes revisteriles, las cuales aportan una «mayor carnadura histórica» a las redes intelectuales. Así, siguiendo a Tarcus, podemos traducir a las revistas como formaciones revisteriles al funcionar como nodos de las diferentes redes trazadas a nivel local e internacional (Tarcus 2020, pág. 80).

No son ajenas las revistas al campo comunicacional y del mismo entendiendo al periodismo cultural como un espacio extenso y diverso que congrega distintos enfoques y debe siempre tener en cuenta un abordaje histórico es decir no descontextualizado, es que podemos adscribirnos al mismo tomando algunas herramientas. Tales como el tema de la creación y la reproducción, la pluralidad como un signo de época y la preocupación por dar a conocer. Los temas del periodismo cultural también exploran otros públicos como el caso americano. Conocernos no solo los pueblos, sino también los autores de las obras nuestroamericanas, existe una necesidad de contar como con un estado de la cuestión del conocimiento y las formas de conocimiento en la etapa en que trabajamos.

Otro punto importante es el rol que juegan las revistas si reproducen al *Statu Quo* o son críticas o denuncialistas, ocupando así un

lugar importante en la cultura. La revista también como zaguán del libro, como tablado o como tribuna para debatir y polemizar.

25.3 Las huellas en movimiento

La Isla de Cuba hospedó a José Ingenieros en dos oportunidades, en un primer viaje que proviene desde la costa del Pacífico de Costa Rica, Puerto Limón en 1915 y luego en 1925 meses antes de su muerte, ambos fueron estadías cortas. En el primero llega como parte de la delegación argentina rumbo al Congreso Panamericano Científico en Washington. Su segundo viaje lo realiza en tránsito a México a la zona de Yucatán. Ingenieros ya llamado padre de las juventudes tuvo en las dos oportunidades una excelente recepción e incluso homenajes de los que participaron jóvenes intelectuales, editores, publicistas y estudiantes.

El primer viaje a Cuba (1915), realizado por José Ingenieros suscitó una gran expectativa en intelectuales publicistas y editores cubanos –como señalamos, una estancia de paso camino a Estados Unidos– pese al corto tiempo que pasó en la Isla pudo encontrarse con figuras como Arturo Carricarte, Antonio Iraizos y otros representantes de la cultura cubana con quienes estrecha relaciones que se plasmarán en un epistolario importante en el período de posguerra y generan a a la vez un intercambio de producciones de diverso formato, muchos de ellos, aparecerán en la *Revista Filosofía*, además habilita también la publicación de artículos de Ingenieros en la Isla.

En el segundo viaje fue recibido por Emilio Roig de Leuchsering y se entrevista con Enrique Varona. También conoce a Julio Antonio Mella a quien retrata según palabras de Bergman (1946) en el libro *Juventud de Juventudes* como un «gran muchacho tan bien plantado, osado con visión de águila una de las esperanzas del continente…» (Bergman 1946, pág. 161).

Podemos inferir que a pesar de estas cortas estancias su presencia marcó un ida y vuelta de correspondencia y materiales de publicación que enviaban desde la Isla a la *Revista Filosofía* y los que le eran solicitados al mismo Ingenieros para otras publicaciones latinoamericanas.

Por el momento elaboramos un corpus de la presencia cubana en esta publicación cultural durante la dirección de José Ingenieros (1915-1925) a través de la participación de ocho autores y quince

colaboraciones. Once de ellas en formato artículo otras en el sector de «Bibliografía», que hospeda discursos y publicaciones en diversos diarios y revistas de Cuba, tres de ellos son de Enrique Varona, autor que más se destaca en publicaciones propias y publicaciones de otros autores sobre su obra y trayectoria.

Por lo tanto, se corrobora la presencia de autores o residentes cubanos vinculados tanto a instituciones académicas como a publicaciones. Tal como observaremos más adelante, estas producciones fueron resultado de una asidua circulación epistolar que se consolida ya desde el primer viaje de Ingenieros en especial con el director de la revista *Cuba Contemporánea* y con el director del semanario *Patria*.[1]

De lo seleccionado entonces contamos con una pléyade de escritores que identificamos a través de la investigación de las biografías propias y el cruce con documentación de distinto origen, así pudimos inferir que todos se manejan en un circuito de relaciones con referentes de la cultura cubana, incluso compartiendo espacios intelectuales y ampliándose hacia el resto de América.

El objetivo de poner en nombre a los autores, responde a la necesidad de mostrar cómo los mismos se mueven en red en el ámbito endógeno, es decir en la Isla y también en otras publicaciones como la que estamos contemplando en este trabajo. Asimismo y en la atmósfera de época que se inscribe al calor de la Reforma universitaria de 1918 y el rol de los jóvenes en el camino de las transformaciones, vemos que en Cuba se marca también una sutura intergeneracional que llega hasta la década crítica y que aúna a los integrantes de una resistencia joven pero aliada a personajes de peso como Enrique Varona y Carlos Baliño. De allí que encontramos también artículos de profunda crítica que se direccionan a objetivos emancipatorios inconclusos y en especial la densidad y peso de las políticas imperialistas en la región antillana y Centroamérica.

25.4 Entretejiendo trayectos y producciones

Las colaboraciones de escritores cubanos a la *Revista Filosofía* datan de una etapa contemporánea a la primera conflagración bélica mundial para extenderse hacia el período de la posguerra,

[1] Respecto a las correspondencias véase el fondo epistolar de José Ingenieros custodiado por el CEDINCI y Muñiz (2015).

como señalábamos al principio la heterogeneidad en los artículos se ve marcada por las diferentes colaboraciones que retoman en algunos casos puntos comunes como el imperialismo, la situación de Cuba después de su independencia formal, temas económicos, entre otros.

Principian las publicaciones cubanas una reseña realizada por Vicente Sierra al libro de Caravallo Sotolongo. «El imperialismo norteamericano», publicado en La Habana, por la imprenta el Siglo XX, en 1914 en el tomo I de la *Revista Filosofía* en 1915. Este autor tuvo una estrecha relación con Enrique Varona y fue creador entre otras instituciones de la asociación cívica cubana y precursor de la lucha política de las mujeres y su derecho al voto.

José Sixto de Solá (1888-1916) cubano de nacimiento residió en diversos países como España, Francia y Estados Unidos, cuando retorna al Isla estudia la carrera de derecho. Fue cofundador y jefe de redacción de la revista *Cuba Contemporánea*, periodista y Doctor en Leyes.

El texto publicado en el tomo III de la *Revista Filosofía* en 1916, reproduce un artículo que este autor de la revista *Cuba contemporánea* le dedica al libro de Ingenieros *El Hombre Mediocre* y desde la misma *Revista Filosofía* se destaca el siguiente pie de página:

> «El autor de este artículo redactor de la revista *Cuba Contemporánea,* fue uno de los más eximios escritores de la nueva generación. Pocos días después de publicar estas páginas falleció inesperadamente. Las reproducimos como un homenaje a su memoria violando la norma de conducta que hasta hoy ha impedido publicar en la *Revista Filosofia* cualquier trabajo elogioso para el director de la misma o para sus obras científicas» (pág. 266).

El texto «Un catecismo de moral para los americanos», expresa con una fuerte carga literaria la influencia martiana de una ideología genuina de pensamiento. Casi como un parafraseo de los ensayos «Madre América» y «Nuestra América», identifica que la mayor dificultad entre los pueblos nuestro americanos está representada en su desconocimiento, hecho que produce divisiones y siguiendo con esta unidad de pensamiento reconfirma que la unión se antepone la fragmentación y a las confrontaciones poscoloniales especialmente vinculadas a problemáticas territoriales. Así señala:

> «Los hombres de América no nos conocemos. Los países de América Hispana han luchado y han vivido por largo tiempo sin preocuparse unos de otros, a

> no ser para ventilar rivalidades o para resolver alguna enojosa cuestión de límites o fronteras. Se asemejan a un barrio populoso y distante de alguna gran capital, cuyas vías de comunicación, todas paralelas y conduciendo a la ciudad ofrecen escasas facilidades para las comunicaciones de las distintas partes del barrio entre sí» (pág. 266).

Además de problematizar en torno al nombre Latinoamérica que asumimos y con el que se nos conoce, denuncia la marginalidad o periferia en la que se desarrollan las naciones hispanoamericanas, reconociendo un solo centro externo en Europa como parte de un pensamiento imitivista declarando:

> «Por otra parte, la América que llamamos Latina siendo el lenguaje lo único latino que tiene, es el barrio extremo. Europa es la gran capital todas nuestras vías de comunicación cultural han estado establecidas entre América y Europa. Las comunicaciones entre los diversos países de la América no pueden ser más deficientes» (pág. 266).

En esta publicación se denuncian también formas de dominación como el colonialismo y al ya anclado imperialismo estadounidense al que define como: «utilitario» y matriz de una política que se despliega por diversas aristas de las relaciones e exteriores a través del panamericanismo y de la misma ciencia dando como a ejemplo a los congresos científicos con capacidad de imponer hegemonía en el comercio, la cultura, las relaciones internacionales, entre otras formas de penetración (pág. 268).

El contexto de guerra que se vivía por fuera de nuestra América es entendido por este escritor como una posibilidad y un beneficio para lograr el desarrollo en unión de pensamiento y una de una política común, «Busquemos el tacto de codos para poder resistir la fuerza con la fuerza. Pero para ello no bastan congresos y alianzas. Tenemos no solamente que dar mayor unidad a nuestros intereses» (pág. 268).

Otro punto importante se manifiesta en la preocupación de ampliar el conocimiento latinoamericano y desplegarlo a través de la interacción con autores de esa impronta y sus obras, interés típico de las vanguardias que aspiran a multiplicar debates e intercambiar ideas y publicaciones. Anota también, la multiplicación de escritores americanos y a su vez un aumento de lectores. Legitimando así la tarea incluso que el mismo ha desarrollado con esta revista. «Las revistas solicitan y publican trabajos de escritores

americanos, además de los nacionales y el público lee esos trabajos con interés y con gusto. Las librerías traen cada vez más libros americanos entendiéndose por tales los por americanos escritos y cada se venden mejor» (pág. 271).

Los párrafos anteriores conforman la primera parte del escrito que tiene una segunda dedicada a la obra de José Ingenieros *El hombre mediocre*, a la que caracteriza como obra de una fuerte carga ética y de lectura obligatoria para reflexionar y profundizar, leerlo y tomarlo como una autoreflexión y también como una reflexión de contexto y señala;

> «El hombre mediocre como dice su autor, no aspira a mi modo de ver, a desarrollar un sistema filosófico de psicología a de moral. O hablando con más propiedad a desarrollar un sistema filosófico de psicología de moral (...). Lo que leemos es la verdad, es lo grotesco, del género humano expuesto al desnudo y castigado por el látigo de fuego de un alma superior» (págs. 272-273).

Disputan al interior del texto dos figuras antagónicas representadas en el idealismo de hombres honestos y nobles y capaces de transformar la realidad embelleciéndola como una virtud, en tanto la figura del mediocre arrastra vicios y cualidades negativas representados en la vulgaridad, la oscuridad considerado una «hez social». Rescata de Sola del final del libro esa chispa de esperanza que se observa en el último capítulo: «los forjadores de ideales» y dado todo su análisis que aquí hemos sintetizado por razones de espacio, recomienda la lectura de este texto portador de un didactismo moral que merece ser comprendido y aplicado.

Carlos de Velasco, nació en La Habana en 1884 y murió en 1923. Director de la revista *Cuba Contemporánea*, considerada como primera revista del siglo XX (1913-1927) mantiene también una comunicación fluida con Ingenieros y hace llegar varios aportes de la revista que dirige.

En el tomo IV de la revista del año 1916, se reproduce un artículo del autor anotado denominado «El pensamiento de la revolución cubana», en el mismo de Velasco se sumerge de lleno en la inconclusividad de la emancipación cubana en tanto obtención de una salida formal de independencia pero no completa, marcando el hito de 1898 como un inicio, pero que debe completarse a manos de la llamada nueva generación señalando una inercia de un presente que no despierta hacia un verdadero cambio político.

> «... ha realizado por completo la República el ideal revolucionario... No; el impulso inicial se amortiguó una vez lograda la independencia, puesto que la obra revolucionaria está estancada, ha retrogradado en ciertos aspectos y no ha barrido con todo lo que tenía y tiene que barrer a fin de que podamos constituirnos sobre nuevas bases y no sobre las viejas y carcomidas del antiguo régimen; pero después del tiempo transcurrido el impulso renace y es preciso que quienes tuvieron valor y empuje bastantes para lazarse a la guerra y afrontar sus consecuencias todas, tengan ahora apoyados por la nueva generación por cuantos quieren aparecer o en realidad están libres de prejuicios y no desean quedarse a la zaga, la decisión, la firmeza y la sabiduría indispensables para completar harmónicamente (...) la revolución política» (pág. 79).

Encuentra también una influencia residual del dominio hispano que despliega la fuerza del colonialismo encriptada en una colonialidad de costumbres y conductas. Si bien el colonialismo ya no es fuerza de sujeción directa, sus marcas han quedado grabadas en una subjetividad que verticaliza en la vida cotidiana en forma de anomia o desapego.

> «La vida colonial, a pesar de los cambios ocurridos, de la transformación que en distintos órdenes se ha operado aquí subsisten varios de sus aspectos más repugnantes y algunos de ellos de los más condenados por la Revolución.
>
> »Hay que decir porque es la verdad que muchas de estas cosas que subsisten o han revivido se deben no tanto a los gobernantes como a la indiferencia nuestra, a ese despego con que la gran mayoría de los cubanos ve las cosas que no afectan a su familia respectiva, pero que afectan a la nación y, por tanto, a ellos; se deben a que casi todos los cubanos por sus vicios educacionales ven lo malo que se hace y no lo combaten» (pág. 80).

Se pregunta entonces dónde encontrar la esencia de la Revolución y con quien continuarla y aquí cabe destacar el papel que le cabe a los jóvenes que tienen apertura de internalizar lo nuevo caracterizando a un juvenilismo «que surge y lucha ya y va inyectando la nueva savia, y dejando de un lado las rancias tendencias: se educa mental y físicamente, se nutre de cuanto cree bueno y útil proceda de donde proceda y constituye así a vigorizar el sistema nacional» (pág. 81).

Pensando también en una unión de actores más amplia a los jóvenes se sumarían todos aquellos que tengan espíritu revolucionario eslabonando un anillo intergeneracional afirmados «en el

pensamiento de sus directores, en la visión que algunos de ellos tuvieron, al viajar por países que no gemían bajo el yugo de la servidumbre».

Sergio Cuevas Zequeira nació en Puerto Rico en 1863 y murió en La Habana en 1926, fue doctor en Filosofía y Profesor de la Universidad de La Habana. Fundó la Academia de Historia de Cuba. Presidente de Bellas Artes. Tuvo una activa labor periodística como redactor del diario *La Marina*, *El Liberal* y *La República cubana* y como director de la *Gaceta de Bellas Artes*. A su vez fundó los periódicos *El Fígaro* y *Bohemia* y también la *Revista Antillas*.

Si repasamos los autores provenientes de la Isla en la revista, se verifica la preeminencia de Varona en las redes construidas por José Ingenieros. En ese sentido, tanto sus cuatro colaboraciones como la recepción de su nombramiento como Profesor Honorario de la Universidad de La Habana en 1918, sustentan esta afirmación. En el número de mayo de 1920 nos encontramos tanto con el discurso pronunciado por el propio Varona ante dicho nombramiento como con aquel dado por Sergio Cuevas Zequeira, docente en la misma institución. En este último caso, el discurso publicado bajo el título «Enrique José Varona, pensador y filósofo», estuvo centrado en la labor del intelectual cubano que lo consolidó al final de su vida como «Maestro» de las juventudes. Allí, el filósofo portorriqueño comenzó por resaltar el «honor» que significó reemplazar a Varona en la cátedra que «iluminó con los resplandores de la ciencia y enalteció con el prestigio de su nombre esclarecido» (pág. 370). Rescatando el origen camagüeyano del homenajeado, Cuevas Zequeira señaló la labor autodidacta de Varona y el parteaguas que significó en su biografía el estudio de la obra de Augusto Comte y la filosofía positivista. Sin embargo, el autor puso el acento en la articulación entre «pensamiento» y «acción» que tuvo el trabajo de Varona, quien en su «apostolado filosófico» aportó las ideas que se tradujeron en «hechos» e «instituciones» de la revolución independentista. A su vez, Cuevas Zequeira inscribió al pensador cubano en una genealogía intelectual de la Isla que lo llevó a concluir que «en el período colonial de América, solo de Cuba puede afirmarse con certeza que poseyó verdadera filosofía» (pág. 372). Allí aparecen también los nombres del Padre Varela y de Luz Caballero, alejados de «toda especulación abstracta y de toda investigación metafísica», elementos de los que el autor es muy crítico.

Asimismo, Cuevas Zequeira resaltó cuatro momentos destacables en la trayectoria de Varona. En primer lugar, el año de 1880 es aquel en que el intelectual cubano publica un «famoso opúsculo» contra la «Metafísica universitaria» retomando el pensamiento de Varela y Luz Caballero (pág. 373). A continuación y ligado a ese mismo año, tienen lugar «una serie de conferencias» impartidas por Varona donde le «señaló a los jóvenes los nuevos derroteros que debía seguir, si no quería quedarse triste y estérilmente rezagada en el movimiento general de ideas que por entonces agitaba al mundo» (pág. 373). En tercer lugar, la mención a la «magnífica arenga» lanzada desde la «tribuna de la Caridad del Cerro» (pág. 374) en que el Cuevas Zequeira entendía que Varona trazó implícitamente un paralelismo entre un grupo de estudiantes polacos de la región de Samogicia con los estudiantes de medicina cubanos fusilados en 1871. Por último, aparece la mención al folleto donde «la protesta armada del pueblo cubano tuvo su mejor exponente y su mayor justificación» (pág. 374). Lo expuesto, sumado a la labor renovadora de Varona en la enseñanza universitaria llevaron al autor del discurso publicado en la revista a considerarlo el «más alto símbolo de la mentalidad cubana contemporánea» el cual se presentó como «guía de la conciencia nacional» y «el primero y el más grande de nuestros maestros» (pág. 377)

En ese mismo número también se transcribió el discurso dado por el propio Varona, el cual resultó el primer texto de aquel en *Revista de Filosofía*. Allí podemos leer la caracterización del período realizada por el Maestro cubano, quien consideraba tanto a «la fábrica política» como a «la fábrica social del mundo» en una situación «amenazada de desquiciamiento» (pág. 378). Pronunciado en tiempos de la Gran Guerra, Varona apela en su discurso a la «guerra monstruosa en que nos vimos envueltos», la cual no encuentra paralelo «con los de ninguna de las otras que han azotado a la humanidad» (pág. 378). No obstante, el catedrático se dirige a los profesores universitarios en tanto «preparadores y guías de nuestra juventud» los cuales no deben desertar de su puesto (pág. 379). Ligado a esto, considera que «para llegar al bueno concierto social demandado por esa obra futura, se necesita preparar en toda su plenitud al individuo» (pág. 379). También subraya «el noble empeño» dirigido al «concierto social» que implica la labor docente al ser quienes tienen en sus manos «el cerebro del mancebo» (pág. 380). Es interesante destacar que en las palabras finales Varona retoma

un tópico martiano que es la crítica al imitivismo al señalar la miopía de aquel ciudadano «para quien las necesidades de su patria quedaran resueltas con solo copiar, con más o menos tino y ajuste, las instituciones y las prácticas de otros pueblos» (pág. 381). Para el autor, la misión se trata de no formar ni un «individuo» como un «mero autómata» ni tampoco «el pueblo» como «mero reloj de repetición» (pág. 381).

La segunda colaboración de Cuevas Zequeira con *Revista de Filosofía* se publicó en Ateneo de La Habana. Con el nombre de «El Quijote y El Examen de Ingenios», el autor analiza estas dos obras a las cuales considera pilares de la literatura en lengua castellana. Si la consagración de la obra de Cervantes, a la cual denomina «libro capital de la hispana literatura» (pág. 293), ya era un consenso establecido por cualquier entendido en la literatura española, Cuevas Zequeira también se ocupa de rescatar la importancia del *Examen de Ingenios para las Ciencias* escrito por Juan Huarte. Basado en un trabajo anterior del «profesor Salillas de la Universidad de Madrid», el intelectual portorriqueño postula que la obra de Huarte fungió de «estímulo» e «inspiración» para que Cervantes escriba su obra más conocida (pág. 293). Una de las hipótesis que sustenta esta relación es el hecho de que el *Examen de Ingenios…* fue escrito en 1557 y este último en 1580 a la vez que un «diligente rebuscador de impresos» como el autor del Quijote no podría haber desconocido el trabajo de Huarte (pág. 294). De esta manera, según Cuevas Zequeira podemos encontrar personajes del libro de Cervantes inspirados en las páginas del *Examen…*.

Un elemento que el autor del artículo subraya como denominador común en estas obras escritas en el siglo XVI tiene que ver con lo que caracteriza como un «llamamiento a la gente hispana para que abandonando las inaccesibles alturas del ensueño echara pie a tierra y recomenzara sus antiguas y acostumbradas excursiones por el campo de la realidad» (pág. 294). Como ya vimos en el discurso publicado en el número de mayo de 1920, Cuevas Zequeira arremete con particular ímpetu contra todo atisbo metafísico, resaltando así el «realismo sobrio» que compone al «alma hispana» (pág. 295) y las creaciones que de ella emanan. Por eso entiende que «la filosofía española abandona desde el alborear de su existencia los laberínticos derroteros de la especulación metafísica» y así «da al mundo» a Séneca y Luis Vives, uno «el más grande filósofo de la España romana» y el otro «en la riente aurora del renacimiento»

señalado como «el más vigoroso de sus pensadores» (pág. 295). Así, por un lado, considera que el trabajo de Huarte ya en sus «primeras páginas» logra romper con las «supersticiones teleológicas» propias de su tiempo y consigue su objetivo de «refutar errores filosóficos incongruentes con el genio de su raza, para contribuir a la gloria de su patria y a la felicidad de sus conciudadanos» (pág. 299). Por otro lado, Cuevas Zequeira considera que «salvando la natural distancia» existente entre «el luminoso haz de científicas investigaciones» en alusión al *Examen de Ingenios…* y «la más alta ficción que jamás conocieron los tiempos» por *Don Quijote de la Mancha*, en este último caso todavía se logra captar «la fisonomía moral del pueblo hispano» (pág. 300). El autor del artículo señala el realismo presente en la obra de Cervantes cuyas «desventuradas andanzas del amante de Dulcinea» lejos de «matar endriagos, hender gigantes y descabezar serpientes, acuchilla cueros de vino, alancea molinos de viento y deshace ejércitos de mansas bestezuelas» (pág. 300). Por último, Cuevas Zequeira asocia a Cuba con esta literatura a través de Cecilia Valdés, «nuestra más intensa producción artística» y señalando que Varela y Luz Caballero fueron como Séneca y Vives, entre otras cosas por su apartamiento sistemático «de toda abstracción metafísica» (pág. 302).

Como podemos observar, en Cuevas Zequeira hay un interés por rescatar y trazar una genealogía de la filosofía hispanoamericana en donde Cuba no quede al margen de ella. Así, en el artículo publicado en el número de mayo de 1921, «Para la Historia de la Filosofía en Cuba», se ocupa del ya mencionado Padre Varela. Cuevas Zequeira exhibe el papel preponderante que tuvo Félix Varela en la renovación filosófica de la Isla. Es que señala que el nacido en 1788, en lo que refiere a la instrucción pública «vino al mundo en plena edad media» (pág. 438). En ese sentido, el autor describe la situación de la universidad en La Habana en la que «se atiborraba de Teología en latín a discípulos que no conocían gramaticalmente el castellano» (pág. 438) y que se correspondía con la decadencia en la que se encontraba la propia instrucción española. De esta manera, la labor de Varela, formado en la propia institución habanera, estuvo destinada a «la renovación total de los métodos de investigación científica y la implantación de un sistema filosófico que él llamó ecléctico» en tanto «llegaba hasta las últimas afirmaciones en que Condillac dio forma definitiva al sensualismo de Locke» (pág. 441). Asimismo, la renovación se

hizo presente en tanto proscribió el «latín *bárbaro de las escuelas*, sustituyéndolo por el idioma patrio» y secularizó «la ciencia y la Filosofía, sustrayéndolas a todo vasallaje a las Sagradas Escrituras» (pág. 441). En ese proceso también se encontró «atento a cortar de raíz el árbol estéril del escolasticismo» y para eso se abocó a poner a la Universidad de La Habana en la «ancha vía de progreso» para poder «hablar un lenguaje científico congruente con el que ya poseían las naciones que marchaban a la vanguardia de la civilización». Asimismo, Cuevas Zequeira destaca la parte propositiva de la reforma llevada adelante por el Padre Varela cuyo sistema tuvo como «influencia inicial» a René Descartes pero también otros autores como el mencionado Condillac, Gassendi, Cabanís, Newton, Destutt Tracy, Bichat o Buffon (pág. 443). A su vez, el autor destaca el «grande y atrevido paso» de Varela en sumergirse en cuestiones de Fisiología, «elemento indispensable para el estudio cabal de las actividades humanas en el campo de la Psicología» (pág. 444). Por último, el autor rescata la lucha de Félix Varela por la «desintegración del vetusto sistema colonial imperante en Cuba» en tanto como diputado de las cortes de 1822 reclamó al gobierno metropolitano por «reformas en la legislación del país y libertades para sus habitantes» (pág. 452). Finalmente «condenado a muerte, desengañado y entristecido por el restablecimiento del absolutismo en España y el consiguiente fracaso de toda aspiración liberal en Cuba» (pág. 452), el autor recuerda que este verdadero precursor de la filosofía cubana –y latinoamericana– falleció lejos de su tierra natal.

Enrique José Varona (1849-1933) nació en Camagüey y realizó sus estudios medios en La Habana. Filósofo reconocido de vasta trayectoria política y profusa producción intelectual. Forma parte del partido autonomista del que se retira por diferencias en torno a posturas conservadoras que chocan con su posición abolicionista. Se une al sector independentista forma parte del Partido Revolucionario Cubano y colabora con el semanario *Patria* y luego tiene una activa participación con la resistencia. Forma parte de las vertientes que se unen intergeneracionalmente a la resistencia frente a la dictadura y la alianza al imperialismo.

En el tomo XIV, de septiembre de 1921, se transcribe de la *Gaceta de América* publicada en París, en junio del mismo año, el escrito «Por Santo Domingo y por Cuba» de Enrique José Varona.

En el mismo despliega la noción de antillanía frente a la ocupación estadounidense de Haití 1915-1924 y República Dominicana 1916-1934, ambas inauguran para los autores de esta etapa y que se refieren a Estados Unidos, una fase diferente del imperialismo, la llamada etapa de imperialismo de posguerra, que instala formas de intervención más violentas, colocando interventores que controlan la vida política y material de los países con economías de enclave como centro América y Antillas. Estas dos intervenciones casi paralelas en las islas que conforman un importante arco estratégico como pontones de entrada al Caribe, suscitan en diversos círculos intelectuales y en el incipiente movimiento estudiantil una resistencia que se plasmará en antiimperialismo y que incluso crece hacia formas más orgánicas como la creación de ligas u otros formatos de unión antiimperialista.

La noción de antillanía es repuesta en este documento a este acto exógeno y marca el reconocimiento de una lucha conjunta de herencia integracionista que se había dado en las islas de matriz hispana como Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba que emprendieron luchas conjuntas para el logro de sus independencias imitando la gesta continental de 1810. Ese «Por Santo Domingo y Por Cuba», representa un grito de defensa ante la escalada norteamericana que es condenada por Varona en un llamamiento a la unión y a la solidaridad en un párrafo que emula a Martí y su frase «o juntos nos salvamos o juntos perecemos» afirmando el autor que

> «El caso de Santo Domingo no interesa peculiarmente a Santo Domingo y para nosotros podría ni debería ser nunca extraño; es un caso antillano, más aún aun comprende y afecta de un modo vital a los pueblos de la cuenca oeste del Golfo y a los de todos nuestros mediterráneos».

También caracteriza la virulencia y radicalidad de las políticas imperialistas comparándolas con la política de tortura y reconcentración de Valeriano Weyler uniendo prácticas del colonialismo a las del imperialismo

> «Por ellos se verá que los métodos weylerianos han retoñado en la conducta inicua de los que fueron sus enemigos y ahora son sus imitadores. La tortura del agua, la del torniquete, el incendio de habitaciones con mujeres y niños dentro, la caza del hombre a tiros por los campos toda la escala de iniquidades humanas perpetradas por los fuertes contra los débiles» (pág. 312).

La crítica al imperialismo constituye dado el contexto antillano y centroamericano un tema recurrente al que Varona recurre en varias ocasiones alertando acerca de la necesidad de mantener el orden y la paz en los territorios llamando a «no dar pretextos con nuestra conducta a la intromisión de nuestros poderosos vecinos» (pág. 313).

Así, completando este tema, otro de los artículos de José Varona en la *Revista Filosofía* es el discurso que este escritor ofreció el 25 de diciembre de 1921, en la Academia Nacional de Artes y Letras y reproducido por el diario *La discusión* de La Habana y posteriormente en la *Revista Filosofía*, tomo XV, «El imperialismo Yankee en Cuba», se constituye en una verdadera pieza maestra sobre el tema, ya que la isla de Cuba ha representado y representa un verdadero laboratorio para el análisis del imperialismo estadounidense. Desde los frustrados intentos de compra, pasando por la injerencia en la guerra de independencia, luego en una la intervención militar e institucional -que define una salida republicana tutelada- y las consecuencias de la permanencia de Estados Unidos en la Isla durante la primera mitad del siglo XX. Esta problemática es rescatada por las palabras de Enrique José Varona a principios de 1920 en la *Revista de Filosofía* que representan una certera reflexión continuadora de la línea de pensamiento martiano y que convierte al discurso del peligro y alerta en una verdadera acción de despliegue que se asienta en un intra-análisis profundo de sus consecuencias; pero también en las permeabilidades y disfuncionalidades del propio itinerario nacional emancipador, colocándonos en el doble juego de las verticalizaciones internas del poder imperial en Cuba y las conductas posibilistas para su anclaje. El texto constituye un claro ejemplo de un análisis de contexto pos independentista al que Varona nos tiene acostumbrados en tanto prosa precisa e incisiva, que se introduce en las entrañas de la «propia casa» refiriéndose a Cuba y a las conductas de Estados Unidos sobre la misma. Tal como anunciaba Martí en 1891 acerca de la necesidad de unión, Varona afirma que «No es hora de dividirnos sino de juntar hombro con hombro. Ir de frente y compactos a vencer los obstáculos que descubramos delante». Si la situación pretérita había sido la independencia ahora el deber era alcanzarla.

El tono del inicio del discurso marca una interpelación clara al auditorio y con esperanzado despliegue hacia todos los conciudadanos para formar un todo que pudiera transformar esa contempora-

neidad a la que cualifica historizando el desarrollo del imperialismo estadounidense en la Isla:

> «Hemos sido arrastrados vertiginosamente por el malestrom de la política, como si esta fuera en sí un fin, cuando no constituye sino un medio el camino donde ha de llegar al afianzamiento de la organización social, para que dentro de ella, protegidos y robustecidos por ella todo los intereses humanos encuentren campo franco y vía expedita» (pág. 475).

Desglosa al imperialismo económico, y describe la política de los halcones republicanos en especial la doctrina Mahan a quien considera la doctrina madre de la expansión y luego de la violencia al suturar elementos económicos con militares y de allí ejemplifica el deterioro en Cuba hacia adentro alertagando la proliferación de instituciones cubanas libres, infisionando en el poder judicial que no responde a la independencia de poderes. La crítica profunda que realiza a su presente parece ocupar un lugar sombrío del que la Pluma Varoniana se despega en sus reflexiones finales:

> «Ante vosotros se abre la vida mucho más larga. La vida es combate, más no significa siempre, no debe significar derrota: puede significar debe significar victoria. Justadores en esta noble arena teneis delante a la patria. A Cuba que os exhorta diciéndonos: Vuestro precursores me dieron sin regatear su sangre; dadme vosotros vuestra devoción entera, vuestro esfuerzo constante. Ellos rompieron mis cadenas; romped vosotros el muro de hielo de la desidia pública y alzadme en vuestoras brazos al firme asiento que me prepararon mis héroes y debieron asegurarme mis mártires» (pág. 476).

Arturo Carricarte (1880-1948) desarrolló estudios de derecho, cumplió funciones diplomáticas y fue director de la Biblioteca Municipal de La Habana. Estudioso de José Martí y guardián de su Patrimonio logró rescatar la casa Natal del apóstol. Fue además periodista, literato y diplomático.

En el tomo XVI de la *Revista Filosofía* Arturo Carricarte hace llegar una copia del «Testamento Cívico» considerado en esa época como una autoría de José Martí. La revista presenta al escrito con gran entusiasmo y empatiza con su contenido, como todas las producciones de mayor radicalidad crítica. Lo publicita como un manuscrito inédito resaltando la figura de Carricarte quien conocía a José Ingenieros y mantenía correspondencia con él, así comienza: «El distinguido crítico Arturo de Carricarte ha dado a la publicidad

la siguiente página de José Martí hallada entre sus escritos inéditos» (pág. 158-159).

Luego destaca la importancia del escrito en tanto necesidad de lectura frente al contexto del momento para una nuestra América que perdía su soberanía se su interés para los hispanoamericanos es muy grande, en época en que todos los gobiernos se inclinan a resolver sus dificultades internas contrayendo empréstitos con los Estados Unidos sin advertir que ello importa hipotecar la independencia de los pueblos.

Sobre «Testamento Cívico», texto firmado por José Martí y aparecido en el número 4 de julio de 1922, es interesante destacar brevemente su trayectoria y su particular historia. Este artículo aparece por primera vez el 15 de noviembre de 1921 en el periódico *El Comercio de Cuba* y figura como un presunto descubrimiento de Arturo Carricarte. Habiendo sido replicado en muchas otras publicaciones -también lo ubicamos en el número de *Repertorio Americano* del 11 de abril de 1922- hacia los años de 1980 el Centro de Estudios Martianos, detecta su condición de apócrifo. Es decir, este texto fue una falsificación llevada adelante por el propio Carricarte quien se encontraba en contacto con muchas de las revistas en que este salió publicado. En su estudio sobre la recepción de José Martí en la Isla, el alemán Ottmar Ette (1993) ubica la aparición de este texto en un momento en el que los escritos del prócer cubano tuvieron poco interés en contraposición al significado «sacrosanto» que adquirió su nombre en una práctica fomentada desde el Estado cubano. Este objetivo de manipulación de las autoridades estuvo facilitado por el desconocimiento de los escritos martianos que permitió abonar a la construcción de lo que Ette denominó el «Mito Martí» (pág. 80)

Aurelio Boza Masdival nació en Camagüey en 1900 y falleció en La Habana en 1959. Fue profesor de la Universidad de La Habana, Doctor en Farmacia y Filosofía. Se dedicó a los estudios clásicos en especial italianos y dio luz a varias instituciones de esa matriz en Cuba. Dicta la cátedra de Literatura italiana en la Universidad de La Habana. Su artículo «El estoicismo Griego» aparecido en el tomo XVIII n.° 4 de la revista en estudio, es parte de su tesis doctoral y se encuadra dentro de los aportes científicos dedicados a esta vertiente filosófica.

La última colaboración desde Cuba que encontramos antes de la muerte de Ingenieros fue la de Antonio Iraizos (1890-1976)

quien lo conoce personalmente en unos de sus viajes, mantiene una correspondencia activa y le acerca material de Varona. Fue Doctor en Pedagogía y Filosofía de la Universidad de La Habana, también un literato reconocido. Director de la Academia de la Lengua, miembro de la Academia de Historia de Cuba y de la Academia de Historia de Panamá y de la Academia de la Ciencia en México. Incursionó en la política y ejerció cargos diplomáticos.

Su escrito puede verse en el tomo XXI, de marzo de 1925 en la reproducción de una conferencia que Iraizos pronunció en el Club Cubano de Bellas Artes de 1924. Su discurso entrama a través de un eje central: la estética acrática de José Martí toda una biografía de los géneros literarios en Martí con aportes originales y profundos suturando la personalidad y la obra de Martí en base a cualidades que se reflejan en sus textos. Así la cualidad de rebelde atraviesa también a su prosa:

> «Rebelde a todos los cánones, enemiga de todos los preceptos libertaria por su espíritu sin más sello ni marca que el de su personalidad vigorosa sincera no reconoció gobierno, ni respetó límites, ni acató autoridades; y así lo vemos remontarse a las alturas llenas de sol echando verso del alma» (págs. 250-251).

Señala como lugar de formación literaria a España durante su primer exilio donde además comienza a moldear un estilo genuino de allí la lectura de los clásicos españoles del Siglo de oro y «y el sabor antañón y deleitoso que gustaba en los giros alambicados de Gracián, modelábase su estilo que quería fuera suyo y no de otro, y que habría de ser nuevo y antiguo a la par, raro y desconcertante, sencillo a veces y a veces ampuloso» (pp. 251-252).

La cualidad matriz revolucionaria se desplazaba a lo literario a la prosa con gestos anti convencionalistas, buscando libertad de expresión sin perder la estética de un lenguaje ecléctico que refleja directa un estilo que se asemeja a «descomposición de un rayo de sol (…). Aquí del sabor clásico», allá del sentido simbólico, luego la tendencia mística, después la acción circundante de nuevas ideologías y todo concentrándose en su espíritu raro y emotivo (pág. 252).

A su vez la esa conciencia revolucionaria impacta en el lenguaje martiano como una fusión entre el pueblo y el líder independentista que se reconoce en ese pueblo subyugado por el colonialismo y

el pueblo se expresa a través de sus palabras «No eres tú es tu pueblo que se queja. Esa misma voz le dice al derrochar su lirismo: hay algo más grande que tu dolor es el dolor de tu pueblo». Y por ese pueblo también el sentido de sacrificio de José Martí quien no ignora cuál es su misión a la hora de organizar la guerra y su lugar en la misma «el sigue aquella otra voz íntima imperiosa y fuerte como el mandato divino que recibiera Jesús en el Huerto Sagrado y que ahora le dice ha llegado tu ocaso de gloria ve al sacrificio» (pág. 255).

Podemos llamar a Martí también hombre océano. Su vida tuvo olas, flujo y reflujo, gemir de vientos, las águilas de sus ideas volando sobre las espumas irritadas, naufragios dolorosos en las rocas de la envidia y la indiferencia; languidecía en la fina arena de la bondad, como la onda y cual la tromba rugiente irguióse ante el despotismo; y cayó en pleno huracán con la pena y asombro de todo un continente. Su obra política y literaria de cualquier mirador en que se la observe da la sensación de inmensidad (pág. 262).

25.5 Conclusiones

Es importante sin duda alguna la recepción de Ingenieros en Cuba y otros países de nuestra América, pero la recepción lejos de encriptarse tanto en los adentros como en los afueras de la Isla, actúa como un resorte que articula un ir y venir epistolar y de producciones entre distintos países, en este caso entre Cuba y la *Revista Filosofía.* Demandas en círculo que enriquecen el conocimiento de un vasto campo intelectual nuestroamericano.

También es notable en Ingenieros la necesidad de articular a Cuba entre los diversos espacios intelectuales y las nuevas vertientes políticas como el antiimperialismo en sutura apretada con otros intelectuales de América Latina ante la fuerza que Estados Unidos adquiere después de la Primera Guerra y sus intervenciones directas en República Dominicana y Haití.

Un trabajo aislado de las huellas cubanas en la *Revista Filosofía* no dejaría a claro de manera integral la importancia de los autores y sus publicaciones como señalamos en algunos casos en forma de escritos de crítica y opinión, en otros centrados en estudios académicos de corte filosófico o literario. Asimismo, anotamos también los signos de publicaciones en la sección de bibliografía como rese-

ñas o reproducción de artículos cortos de otras publicaciones en general periódicas o de conferencias.

La vertebración de trayectorias y temáticas se logra a través de un trabajo integrador que pone en escena esas huellas que levantan su inercia para ponerse en movimiento. Así Las diversas colaboraciones representan temas de interés para la agenda editorial de la revista y exhiben la asiduidad con que Varona introduce temas como la Antillanía, la expansión norteamericana y sus diversas formas. La inconclusividad de la emancipación cubana y del del resto de las naciones americanas.

El corpus de escritos refrenda la noción de heterogeneidad aunque tanto de Sola, como Cuevas Zequeiro y Varona, inyectan una carga crítica muy importante y a su vez dejan asentada la necesidad de apelar a la nueva generación de jóvenes que están surgiendo unido a quienes ya había iniciado el camino revolucionario marcando la importancia de la intergeneracionalidad. Los trabajos críticos asidos a un contexto muestran un ida y vuelta de pendientes y nuevas demandas que muestran una realidad a transformar en torno a la emancipación de los pueblos americanos. En este sentido se historiza un imperialismo que desde el Norte de América venía acumulando estrategias y acciones que lo colocan en un presente de mayor violencia e intervención directa en el área antillana y centroamericana.

Se observa también un rescate de políticos e intelectuales de Cuba que desde el pasado llegan a las páginas de la revista en lenguaje martiano y hasta apócrifamente martiano a través del «Testamento Cívico». En el caso de Martí exhibe también una recurrencia en la escritura, sea tomado como referente político o analizado desde su biografía, su cualidad de revolucionario o desde el ángulo de su pensamiento y producciones. Es tal el interés que se muestra por el estudio de esta figura que lo lleva a Antonio Iraizos a afirmar -en el articulo analizado en este trabajo- que: «Fue Martí tipo de un estado de conciencia de la patria; confirmando esta interpretación de aquel hombre extraordinario, cuya frente era un horizonte», Medardo Vitier, otros de los que con Varona, Néstor Carbonell, Justo de Lara, García Calderón, Carricarte, Max Henríquez Ureña, y Caraballo Sotolongo, han estudiado la fuerte personalidad literaria del apóstol.

Vemos también la voluntad integracionista que parte de la cultura aspirando a unir fuerzas. En varios artículos se habla del codo a

codo, de la solidaridad entre los pueblos basados en el reconocerse y conocerse sobre bases genuinas y propias.

Referencias bibliográficas

BEIGEL, FERNANDA

2003 «Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana», en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, n.º 20, referencia citada en página 587.

BERGMAN, ANTONIO

1946 *Juventud de Juventudes*, Ciudad de México: Ediciones Cuadernos Americanos, referencia citada en página 589.

BIAGINI, HUGO EDGARDO; ELENA ARDISSONE Y RAÚL SASSI

1984 *La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación (1915-1929). Estudio e índices analíticos*, Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias, referencia citada en página 587.

BOURDIEU, PIERRE

2003 *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 587.

FERNÁNDEZ, CRISTINA BEATRIZ Y CARLA GALFIONE

2021 *La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación: índices y aproximaciones a un proyecto editorial*, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 586.

GRAFTON, ANTHONY

2007 «La historia de las ideas. Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá», en *Prismas. Revista de historia intelectual*, vol. 11, n.º 2, referencia citada en página 587.

GRILLO, MARÍA DEL CARMEN

2020 «Introducción al dossier Redes e impresos en América Latina-Siglos XIX y XX. Alcances, posibilidades y límites de los métodos cuantitativos», en *Revista de historia de América*, n.º 159, referencia citada en página 587.

MUÑIZ, MANUEL

2015 «Del Caribe al Plata, del Plata al Caribe. Sobre la recepción en Cuba de José Ingenieros a partir de la correspondencia (1915-1925)», en *Políticas de la Memoria*, n.º 15, referencia citada en página 590.

PITA GONZÁLEZ, ALEXANDRA

2014 *Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas sociales y espacios de sociabilidad*, ed. por Hanno Ehrlicher y Nanette Ribler-Pipka, Aachen Shaker Verlag, referencia citada en página 588.

PITA GONZÁLEZ, ALEXANDRA Y MARÍA DEL CARMEN GRILLO

2015 «Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales», en *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, vol. 5, n.º 1, referencia citada en página 587.

SARLO, BEATRIZ

1992 «Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970)», en *Cahiers du CRICCAL*, n.º 9-10, referencia citada en página 587.

TARCUS, HORACIO

2020 «Ingenieros, José», en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, recuperado de <http://diccionario.cedinci.org>, referencia citada en página 588.

CAPÍTULO 26

Presencia de la obra de José Ingenieros en Centroamérica y el Caribe

CARLOS ROJAS OSORIO*

> «Los ideales pueden no ser verdades; son creencias. Su fuerza estriba en sus elementos afectivos: influyen sobre nuestra conducta en la medida en que lo creemos» (José Ingenieros).

El presente artículo sintetiza de modo breve algunas manifestaciones de la presencia de la obra del filósofo argentino José Ingenieros en la América Central y el Caribe. Pensadores como el cubano Pablo Guadarrama González, el puertorriqueño Ángel Villarini, el panameño Ricaurte Soler, el también cubano Jorge Morales Brito, el mexicano Raúl Carranca Rivas, y el autor de este artículo, hemos estudiado o hecho alguna importante referencia a la obra del filósofo argentino.

El filósofo panameño Ricaurte Soler, en su libro *El positivismo argentino*, hace referencia a Ingenieros. Alude, sobre todo, al aspecto sociológico de su obra, y resalta la base biológica de su enfoque. «Según Ingenieros las leyes biológicas son los factores determinantes más generales de todas las formas de la conducta humana» (Soler 1968, pág. 186). Al referirse a la conducta humana incluye lo psicológico, lo social, lo económico y hasta lo jurídico. «El origen jurídico del pensamiento sociológico de Ingenieros es evidente. La ecuación: positivismo penal positivismo sociológico, o más bien: antropología jurídica biologismo sociológico, es una de las constantes del pensamiento argentino» (...). Obviamente, Soler

* UPRICO.

se refiere al período positivista del pensamiento argentino. Soler cita las siguientes expresiones de Ingenieros: «La crisis contemporánea del derecho preparada por la escuela histórica, se ha definido por el incremento de las ciencias biológicas y por la influencia de estas en las ciencias sociales» (Ingenieros 1913, pág. 26).[1] Aunque es evidente que el pensamiento de Ingenieros está ambientado en el positivismo spenceriano, Ricaurte Soler es explícito en destacar que la idea spenceriana de lo supraorgánico no se encuentra en el positivista argentino. «Para Ingenieros es ilegítimo establecer analogías entre el organismo biológico y los organismos sociales; el concepto de lo supraorgánico de Spencer no posee significación real». (1968: 186) A pesar de que la ciencia social no estudia organismos biológicos, sin embargo, para Ingenieros la sociología no deja de ser una ciencia natural y como tal se fundamenta en «determinaciones biológicas generales». Escribe Ingenieros: «La evolución social puede definirse como la variación de la especie humana bajo la influencia del medio donde vive; porque ella es una especie viviente, está sometida a las leyes biológicas» (Ingenieros 1946, pág. 12).[2] Ahora bien, Ricaurte Soler entiende que el sociobiologismo de Ingenieros adopta principios importantes del materialismo histórico. «La sociología biológica reemplazaría al organicismo spenceriano, y permitiría la asimilación del materialismo histórico, quedando reducida la interpretación económica de la historia a una de las formas especializadas de los determinismos biológicos. La lucha de clases no sería en el fondo sino una de las formas de lucha por la vida» (Soler 1968, pág. 187). Pablo Guadarrama señala que el pensamiento de Ingenieros no está ausente de cierto darwinismo. Me parece que en este señalamiento de Ricaurte Soler según el cual la lucha de clases es una forma de la lucha por la vida está precisamente la presencia ese aspecto darwinista señalado por Guadarrama.

Asimismo, observa Soler que al parecer Ingenieros no estudió ni leyó directamente las obras de Karl Marx, y que su fuente principal está en el marxista italiano Aquile Loria, y otros marxistas italianos. El filósofo panameño se muestra en desacuerdo con la lectura que hace Raúl Orgaz, según la cual el pensamiento fundamental de Ingenieros sería el economicismo. Aunque reconoce que las inter-

[1] Citado en Soler (1968, pág. 186).
[2] Citado en Soler (1968, pág. 187).

pretaciones históricas de Ingenieros son sobre todo económicas, sin embargo, él no desarrolló una teoría general de la sociedad. «Ello implica, quizá, que la única determinación general que aplica Ingenieros a la realidad hispanoamericana es la ley biogenética fundamental de Haeckel: la evolución política de los países americanos sintetiza en un corto espacio de tiempo, "las transformaciones que, en otros pueblos han requerido siglos para realizarse"».[3] Soler observa que, precisamente, esta es una idea que defendía Aquile Loria. Concluye que «biologismo e interpretación materialista de la historia constituyen, pues los fundamentos de la concepción de la historia de Ingenieros» (Soler 1968, pág. 191).

Guadarrama González (2004) escribe sobre Ingenieros en su libro *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. Anota que Ingenieros se formó bajo la influencia de Domingo Faustino Sarmiento y del positivismo francés e inglés. Sus obras están dirigidas a la juventud, no solo argentina sino también latinoamericana. En ese sentido también elogió a Juan Bautista Alberdi considerándolo un pensador revolucionario porque fue inspirador de las reformas universitarias, y en especial de la autonomía de la Universidad. El positivismo de Ingenieros tiene un componente darwiniano, pero no es fatalista, pues con el progreso social se atenúa la lucha por la existencia. Asimismo, aunque reconocía la validez de la determinación de las leyes naturales, sin embargo, también reconocía la importancia de la acción consciente. De ahí que la verdad es una fuerza revolucionaria, y que las revoluciones tengan su base en las doctrinas de los grandes pensadores. «La obra de Ingenieros estaba dirigida a renovar el pensamiento filosófico de la época y trataba por todos los medios de que ese pensamiento se articulara con proyectos políticos» (Guadarrama González 2004, pág. 204).

El filósofo cubano vuelve sobre el pensamiento de Ingenieros en su obra *Pensamiento filosófico latinoamericano*, y se refiere en especial a *El hombre mediocre*. «Su pensamiento se corresponde con el de su momento histórico y cumplen con las exigencias que las circunstancias les ha deparado. No se adaptan simplemente a ella, sino que tratan de modificarla de algún modo y la mejor forma de plantearse su transformación es indagando sobre los caracteres de la condición humana para buscar la mejor forma de perfeccionarla» (Guadarrama González 2012, págs. 228-229).

[3] La última parte de la frase es de Ingenieros, citada en Soler (1968, pág. 190).

Ingenieros presenta su obra *El hombre mediocre* como una crítica a la moralidad y el esfuerzo de crear una ética funcional. Esta obra fue ampliamente difundida y traducida a varios idiomas, llegando así a una fama universal. Esta obra, junto con *Hacia una moral sin dogmas*, sobresale en el pensamiento latinoamericano como el desarrollo de una ética liberada de la sujeción a la metafísica y a la teología. Su obra se ambienta en el positivismo que a la sazón dominaba en Argentina, y en realidad en Latinoamérica. En él predomina el evolucionismo y el materialismo; pero señala Guadarrama que ello no contradice su «idealismo ético. En función de la experiencia social, inconfundible con los capciosos idealismos de la vieja metafísica que caracteriza todo su pensamiento social» (Guadarrama González 2012, pág. 230).

Ingenieros se propuso alentar en los jóvenes el optimismo, por lo cual sus libros se convirtieron en lectura obligada de generaciones inconformistas y de sociedades regidas por anticuadas moralidades. Testificó sus ideas con la participación en la reforma universitaria de Córdoba en 1918 y con el emergente socialismo de la revolución rusa de 1917. Del mismo modo participó en movimientos progresistas de su tiempo. «De este modo *El hombre mediocre* es un libro en el cual la crítica a la rutina, la vulgaridad, la vanidad, la envidia, el vicio, la deshonestidad, le servirán a Ingenieros para enaltecer el cultivo de valores morales, de los ideales que impulsan progresivamente la humanidad» (Guadarrama González 2012, pág. 230). Guadarrama ubica la obra de Ingenieros entre los humanismos que han enaltecido el pensamiento latinoamericano. Es así por su «profunda confianza en el perfeccionamiento humano a través del cultivo de los ideales». Se trata de ideales emancipatorios que enriquecen la cultura y abren el camino hacia nuevas potencialidades. La cultura fue para Ingenieros una forma de reconstrucción social y moral. En las sociedades existen hombres mediocres y hombres superiores. El progreso es inviable sin elevados ideales éticos. Ahora bien, los ideales evolucionan tanto como evoluciona la sociedad. «Los ideales están en perpetuo devenir, como las formas de la realidad que anticipan», escribe el propio Ingenieros. No hay tal cosa como una moral eterna del mismo modo que no hay una naturaleza humana invariable. La vida solo es digna de ser vivida cuando la ennoblecen nobles ideales que nos conducen al perfeccionamiento. Su confianza en la juventud la expresa de modo explícito y entusiasta. «Toda juventud es inquieta. El impulso

hacia lo mejor solo puede esperarse de ella. (…) Solo hay juventud en los que trabajan con entusiasmo para el porvenir; por eso los caracteres excelentes se pueden resistir sobre el apeñuscarse de los años» (Ingenieros 1955, pág. 16).

Se ha señalado que por el estilo y hasta contenido el libro de Ingenieros parece nietzscheano. Pero Guadarrama observa que «no se dejó, el pensador argentino, atrapar en las redes del voluntarismo aristocrático del filósofo alemán, ni compartió muchas de sus nihilistas posiciones respecto del progreso, la modernidad y el socialismo» (Guadarrama González 2012, pág. 233). Los hombres superiores necesitan un clima social y cultural en que su semilla puede fructificar. El hombre superior personifica nuevas ideas para los pueblos; su obra es noble y grande por ello puede perdurar en el tiempo. «Por estas razones las ideas de Ingenieros encontraron tanto eco en varias generaciones de jóvenes dispuestos a desempeñar esa función seminal. Lo mismo en Mariátegui, que Mella, el Che Guevara que Fidel Castro encontraron en la obra de José Ingenieros un manantial inagotable de fuerza para creer en la fuerza de las ideas» (Guadarrama González 2012, págs. 233-234).

También observa Guadarrama que Ingenieros supo valorar el auténtico significado de «pueblo» distinguiéndolo de las turbas. «Su intención está dirigida a evitar que los pueblos caigan en la modorra de la "mediocracia"» (…). De ahí su idea fundamental: «Quien vive para un ideal no puede servir a ninguna mediocracia». Su aspiración parece ser a una meritocracia, según el siguiente criterio: «Un régimen donde el mérito individual fuese estimulado por sobre todas las cosas, sería perfecto» (Ingenieros 1955, pág. 164).

Guadarrama concluye: «La obra intelectual de Ingenieros se inscribe entre los grandes logros del pensamiento latinoamericano del siglo XX, que trascendió el ámbito académico y se convirtió en un arma ideológica más que contribuyó a la fermentación de ideas renovadoras y nutritivas de varias generaciones juveniles decididas a cambiar el destino de los pueblos» (Guadarrama González 2012).

En su más reciente libro, *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano* (2021), vuelve Pablo Guadarrama sobre otro aspecto del pensamiento de José Ingenieros. En efecto, el pensador argentino se inscribe en la idea de integración latinoamericana. «Con estos fermentos, dirigidos sobre todo a la juventud -como posteriormente lo harán también Montalvo, Rodó e Ingenieros, se cultivará un espíritu latinoamericanista que se desarrollaría

en mayor medida en la confrontación contrahegemónica frente al monroísmo, el cual iba tomando cuerpo real, más allá de las declaraciones» (Guadarrama González 2021, pág. 52). Los defensores del pensamiento integracionista latinoamericano fueron también conscientes antiimperialistas, como lo muestran los casos de Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances, José Martí, José Ingenieros, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, entre otros. Refiriéndose a Ingenieros escribe: «Este filósofo argentino, cuya obra llegó a alcanzar una gran aceptación entre las nuevas generaciones latinoamericanas de la primera mitad del siglo XX, asumió una clara postura antiimperialista y promotora de la cultura integracionista latinoamericana» (Guadarrama González 2021, pág. 289). A continuación cita un importante pasaje de la obra de Ingenieros:

> «No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina Monroe, que pudo parecernos durante un siglo garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirnos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia financiera ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en un sentido imperialista, hasta convertir el gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria ni moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico "América para los americanos", no significa otra cosa que reserva de América –nuestra América Latina– para los norteamericanos» (citado en Guadarrama González 2021, pág. 289).

Ante dicha situación, Ingenieros propone la Unión Latinoamericana, con el fin de «prepararse en común a defender su independencia». Para Ingenieros, cita Guadarrama, «cada patria es un elemento de humanidad, el anhelo de dignificación nacional debe ser un aspecto de nuestra fe en la dignificación humana» (Guadarrama González 2021, pág. 304). Y comenta: «Para hacer posible tal instancia supranacional, Ingenieros llamó a que los pueblos presionaran a los gobiernos y los forzaran a la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter

continental». (…) Un aspecto de la cultura que Ingenieros destacó es el desarrollo científico y técnico, pues tanto uno como otro son aspectos ineludibles de la cooperación entre los pueblos y en especial en la «Unión Supranacional latinoamericana» (…). «Al acoger y estimular el desarrollo de la ciencia y de la técnica en su aplicación nacional, acudió a las *fuerzas morales* -concepto más tarde retomado por Ingenieros, en las peculiares condiciones de México y los demás países de América Latina». (…) Esta promoción de la industria, la técnica y la ciencia es parte del legado positivista latinoamericano, como lo muestran los casos de José Ingenieros, Eugenio María de Hostos, Enrique José Varona, Justo Sierra, Juan Enrique Lagarrique, González Prada y César Zumeta (Guadarrama González 2021, pág. 379).

El filósofo puertorriqueño Ángel Villarini cita un significativo pasaje de *El hombre mediocre* que dice así:

> Cuando pongas la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarse para grandes acciones. Custódiala: si la dejas apagar no se reenciende jamás; y si ella muere en ti, quedas inerte; fría bazofia humana. Solo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone a lo real. El concepto abstracto de una perfección posible toma su fuerza de una verdad que los hombres le atribuyen: todo ideal es una fe en la posibilidad misma de la perfección. En su protesta involuntaria contra lo malo se revela siempre una indestructible esperanza de lo mejor: en su agresión al pasado fomenta una sana levadura de porvenir (Villarini 2004, pág. 24).

Comenta Villarini: «Un fin es un ideal porque el carácter moral trata de convertir el mundo "que es" en lo que "debe ser". José ingenieros, en su obra *El hombre mediocre* lo resumió magistralmente» (Villarini 2004, pág. 24). Villarini trata en este libro de la educación moral y ética, e incluye como componentes de la moral: la conciencia, el sentimiento, el juicio moral, el razonamiento moral, y la voluntad que decide las acciones a seguir. El tema del Ideal lo relaciona con la conciencia. «La moral depende de un cierto ideal que nos hemos formado del bien. La moral es el continuo contraste entre ese ideal que tenemos y la realidad que vivimos; es la lucha perenne por acercarnos ese ideal. Perenne porque con nuestro perfeccionamiento, también se perfecciona el ideal y con ello vuelve a alejarse; por ello siempre es inalcanzable. Cuando confundimos

los ideales con la realidad, se pierde nuestra capacidad para criticarla y transformarla; es decir, se pierde nuestra capacidad de perfeccionamiento y con ello nuestra capacidad moral. Por ello toda crisis moral delata una pérdida de ideales o su sustitución por ideologías» (Villarini 2004, pág. 24).

El jurista mexicano Raúl Carrancá y Rivas escribe una «introducción» a *El hombre mediocre*. Ubica su pensamiento en el positivismo y más allá en el humanismo socialista. Ingenieros participa del positivismo autóctono como en Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre y en Domingo Faustino Sarmiento, pero también se nutre del positivismo europeo tanto de Herbert Spencer como de August Comte. De este toma el método de los hechos y su relación, es decir, las leyes científicas. De Spencer la idea de la evolución y, sobre todo la idea según la cual la ética también es resultado de la evolución, pues sigue el dinamismo natural de la adaptación. Para Ingenieros se trata de adaptación «a lo mejor». Y lo mejor es el ideal de perfección. La conducta humana en cuanto busca lo mejor se motiva por grandes ideales. Para Ingenieros los ideales no son ideas *a priori*, sino que tienen su fuente en la experiencia. Por eso Carrancá habla de un positivismo ético experimental para caracterizar la ética de Ingenieros. Los ideales son a modo de una anticipación de la experiencia, o como dice el propio Ingenieros, son «hipótesis perfectibles». En cuanto la conducta humana se caracteriza por su motivación en ideales, se puede decir que se trata de un idealismo ético, agrega Carrancá. Es bueno aclarar que no se trata de un idealismo epistemológico, sino como en la diferenciación que hace José Gaos, de un idealismo de los ideales.

Del humanismo socialista toma cierta forma de entender la espiritualidad, pues Marx, heredero de Hegel, también aprecia el espíritu, solo que se trata del espíritu en su realidad objetivada en la cultura de una sociedad. El marxismo afirma Carrancá, no es ajeno a los valores e ideales éticos.

El hombre mediocre del que habla Ingenieros no se refiere a la idea antigua del «áurea *mediocritas*», es decir a la virtud como el justo medio entre dos extremos viciosos según Aristóteles. Tampoco se refiere a la tranquilidad del alma en que consiste la virtud según Epicuro, pues Ingenieros no rechaza «un mediano bienestar tranquilo, preferible a la opulencia llena de "preocupaciones"», según la fórmula de Horacio, citada por Carrancá y Rivas (1974, pág. XII) El hombre mediocre es lo opuesto al hombre idealista,

es decir, al que tiene fe y confianza en ideales éticos. «El hombre mediocre se detiene a medio camino porque le presionan compromisos de timidez espiritual (…). Tal mediocridad es funesta, lastima el orden espiritual de la vida, tuerce el camino del carácter recto, afecta a los intereses más hondos de la inteligencia» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XIII). Para Carrancá este libro de Ingenieros es una orientación y guía de la conducta humana. Esta no es una realidad aislada, sino que se relaciona con la sociedad y la historia más los factores subjetivos de la personalidad. La instrucción se refiere a la experiencia pasada y actual, la educación «consiste en sugerir los ideales que se presume son propicios a la perfección» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XIII). Por eso Carranca concluye: «no se crea que Ingenieros en su positivismo descuida la aventura del espíritu» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XVI). Los sujetos humanos en cuanto evolucionan hacia lo mejor son los que prevén el sentido de la evolución. «El verdadero idealista para Ingenieros es un afán de alta cultura intensa» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XVIII).

Para Ingenieros hay hombres mediocres y hombres idealistas: el hombre medio es falto de ideales. Para Cervantes Don Quijote es el hombre de los ideales y Sancho el hombre de la mediocridad. Carrancá le reprocha a Ingenieros que solo vea un Sancho vulgar, mediocre, bruto. «Falta pupila, a mi juicio, porque el escudero es a veces tan idealista como su amo» (…). Y señala que Madarriaga se dio cuenta de ello: «la quijotización de Sancho, por una parte, y el influjo contrario por otra parte». Los dos personajes son para Madarriaga «hermanos de la ilusión» (…).

El idealista de Ingenieros es experimental porque se basa en la experiencia y la anticipa; en cambio, se opone al idealista romántico que es sentimental. Agrega Carrancá que se trata de un idealismo experimental y estoico, pues «la experiencia regula la imaginación haciéndolo ponderado y reflexivo» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XIX). Y agrega: «La serena armonía clásica reemplaza a la pujanza impetuosa. El idealismo dionisiaco se convierte en idealismo apolíneo» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XIX). La ética idealista de Ingenieros postula dos principios: el cultivo del espíritu y la práctica de la virtud. Para Ingenieros, el individualismo solo es noble si se sostiene sobre ideales altos y nobles. Escribe Ingenieros, citado por Carrancá: «Para concebir una perfección se requiere cierto nivel ético y es indispensable alguna educación intelectual» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XXI). El hombre medio-

cre es supersticioso, fanático, y es enemigo de la solidaridad y el progreso. «El positivismo de Ingenieros está orlado de idealismo vivo y deslumbrante» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XVIII). Y continúa diciendo nuestro comentarista: «Hay fuerzas morales que embellecen y califican la vida» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XVIII).

Para Ingenieros el hombre mediocre es producto de un mundo desvalorizado, «sin afán de elevación hacia ideales definidos» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XXV). Y afirma, «el verdadero ideal implica meditación, pensamiento, solidez intelectual» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XXV). El propio Ingenieros escribe: «Los ideales son formaciones naturales, aparecen cuando la función del pensar alcanza tal grado de desarrollo que la imaginación puede anticipar la experiencia» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XXV). Reconoce la relatividad de los ideales. Agrega que no se puede hablar del hombre normal, pues la conducta humana evoluciona según las épocas y las diferentes sociedades y culturas. De ahí que no reconoce la ética del llamado «derecho natural». Las leyes dependen de la sociedad y evolucionan con la historia. «El hombre mediocre de José Ingeniero es un libro con más de setenta años. Ahora bien, su frescura original, su sentido de la "proporción ideológica, su capacidad conceptual, sus atisbos, no han perdido vigencia sino al contrario"» (Carrancá y Rivas 1974, pág. XXX).

Raúl Carrancá y Rivas es jurista, y como tal alude varias veces a los estudios criminológicos de Ingenieros, incluyendo su tesis según la cual el positivista introdujo en Argentina el estudio de la criminología. Alude también a los estudios psiquiátricos y criminológicos de Lombroso que tuvieron un breve auge en su tiempo, pero que poco después fueron severamente rechazados. Menciona lo primero, pero no percibe el rechazo y desacreditación posterior en que cayó la idea lombrosiana según la cual hay criminales natos.

Jorge Morales Brito escribe una tesis doctoral sobre Ingenieros en la Universidad Marta Abreu de Santa Clara, Cuba, y que intitula: «Filosofía y sujeto histórico en la obra de José Ingenieros. Contradicciones y dificultades». La fuente que utilizo es una síntesis que hace el autor en la revista *Cultura Latinoamericana*, (n.º 26 de 2017). Oscar Terán lo caracteriza por la idea de un «crecimiento de la noción de ideal» y también por el papel rector asignado a las minorías. Alejandro Korn considera que Ingenieros nunca abandonó su materialismo cientificista. Barandela Alonso (1995) considera que su filosofía es una síntesis del pensamiento científico natural de la

época. También Aníbal Ponce se fija en el hecho de que Ingenieros enfatiza sobre todo el pensamiento científico natural, pero en vista a una visión de totalidad. Pablo Guadarrama analiza el pensamiento de Ingenieros desde un enfoque humanista concreto. En cambio, Alejandro Rossi considera que Ingenieros tiene su punto de partida en la filosofía evolucionista de Herbert Spencer, el cual exige una visión científica de síntesis filosófica.

Morales Brito considera que debemos ir a lo «concreto», y entiende por «concreto, la valoración de la teoría desde y más allá del discurso» (…). Se trata de u método de «ascensión de lo abstracto a lo concreto». Pues «sin el análisis del *ser otro* en la práctica, el estudio de la teoría se torna escolástico» (…). Las distintas interpretaciones carecen de atención a la cultura y sus «componentes espirituales» de la sociedad. Vale decir, para no caer en un idealismo especulativo es necesario analizar el vínculo entre filosofía y política. La conciencia de clase es un momento de la producción espiritual. No se trata de caer en un reduccionismo al considerar la filosofía de un pensador solo desde la política. En Ingenieros es notable «el esfuerzo continuado por profundizar en el vínculo entre sus producciones teóricas y los problemas políticos y sociales» (…).

Ingenieros es un pensador comprometido, aunque esto «entra en conflicto con los aparentes espacios "despolitizados" de su obra» (…). Según Morales Brito su esquema teórico general es «la cuestión social». Y de ahí que su posición política sea «determinante en su obra» (…). Es preciso caracterizar el pensamiento de Ingenieros según las diversas etapas de su evolución intelectual. La primera etapa se caracteriza por su contribución intelectual a la «organización del movimiento obrero argentino» (…). Su intento de unir teorías contrarias debe considerarse como un instrumento para el cumplimiento de sus objetivos sociales. «La simbiosis y adaptaciones por la teoría son medios al servicio de la totalidad cultural que las produce» (…). Los cambios y virajes de su pensamiento se producen en su pensamiento, conectados con las relaciones de poder: «Emancipación/subordinación». El fracaso de las reivindicaciones obreras argentinas lo lleva a su posición cientificista en la que introduce las disciplinas como la biología, la psicología, la psiquiatría y la sociología. Antes de este periodo el social-darwinismo estaba ya insertado en su pensamiento, «pero limitados por su subordinación a las ideas anarquistas, socialistas y marxistas» (…).

La determinación de quién es el sujeto histórico que debe y puede organizar el progreso social se manifiesta de modo continuo en toda su obra. Su pensamiento es una respuesta a la crisis «del proyecto liberal y de los sujetos que los protagonizaron» (…). El socialismo de la época adoptó una estrategia reformista, con lo cual el socialismo no logró el propósito de llegar a ser la vanguardia de la clase obrera. Los positivistas defendieron la existencia de un sujeto popular con «las mismas aspiraciones que caracterizan a la burguesía» (…). Es preciso ver los posicionamientos de la clase media pues es desde ahí que mejor se puede entender la posición de Ingenieros. En el pensamiento de Ingenieros hay una contradicción que le impide resolver la cuestión social. Es así porque no pudo superar el liberalismo.

De 1895 a 1899 la posición de Ingenieros es socialista, marxista y anarquista. Pero su conflicto, su contradicción, aparece porque fragmentariamente aparecen posiciones propias del liberalismo. La segunda etapa de su pensamiento es cientificista (1900-1911). Predomina el discurso especializado de las disciplinas científicas como la psiquiatría y la sociología. «A ello corresponde una gran identidad entre teoría sociológica y reformismo político» (…). Su socialismo se transforma en «socialismo positivo» (es decir, positivista), con la consecuencia que elimina «las aristas críticas, y asume la deformación economicista y el revisionismo internacional» (…).

La tercera etapa (1912) consolidación del esquema filosófico de Ingenieros dominado por «el idealismo basado en la experiencia», y de la cual El *hombre mediocre* es la mejor expresión. Critica los proyectos sociales de la clase media. «Individualismo, elitismo, idealismo resultan nuevos marcos para la continuidad del social-darwinismo, el biologismo y el racismo de Ingenieros» (…). En este tercer periodo vuelve el choque entre el saber filosófico y el pensamiento positivista. Ahora bien, con la revolución rusa de 1917 reaparece en su obra el tema del sujeto revolucionario. Ingenieros escribe *Tiempos nuevos*. Se mantiene el enfoque moralista idealista y también el socialismo marxista. Así, destaca la contradicción entre el capital y el trabajo y aparece en su obra el análisis del imperialismo y del latinoamericanismo. Mantiene aún el enfoque de que la vanguardia histórica depende de los intelectuales. Es universal su preocupación por identificar el sujeto histórico que puede transformar la realidad (…). Morales Brito rechaza la tesis de Sergio Bagú según la cual el socialismo marxista de Ingenieros solo

se mantuvo durante su etapa juvenil. Morales Brito considera que aún con su radicalismo socialista, Ingenieros se mantiene en una posición moralista e individualista, pues «se interesa más por el papel de las características individuales que concurren a la producción que por la determinación histórico social (clasista) de la propia actividad productiva» (…). Parecería estar más en la tendencia del socialismo utópico, conservando posiciones liberales. El individuo tiene derechos a aprovecharse de los frutos íntegros de su esfuerzo laboral. De todo modos, reconoce Morales Brito que hay elementos no despreciables de permanencia del esquema marxista. Señala la precariedad de las fuentes marxistas de Ingenieros. Conceptos como plusvalía, plustrabajo, y la idea de la extinción del Estado para la superación del capitalismo están muy presentes en su obra. Su principal defecto es la lectura economicista del marxismo, al parecer siguiendo la lectura de Aquile Loria. Pero también utilizó autores soviéticos como Lenin, Máximo Gorki, Lunatcharsky, aunque eran referencias sueltas.

Como sujeto histórico a partir de la revolución rusa de 1917, Ingenieros recurre a las masas organizadas como actores de la vida social. Descubre las bases materiales del imperialismo y recupera la importancia de lo político. «La filosofía de Ingenieros se movió entre la hegemonía positivista y la reacción idealista y voluntarista que ocupó el panorama cultural latinoamericano» (…). Predomina lo que Oscar Terán denominó «el crecimiento de la noción de ideal» (…). Insiste en la capacidad transformadora de los ideales. «El hombre mediocre marca un punto de inflexión del que no retorna Ingenieros en toda su obra». (…) Su socialismo es inseparable del positivismo. Socialismo interpretado de modo deformado por el economicismo. Aunque Morales Brito destaca que no puede reducirse su marxismo a la deformación economicista.

En mi libro *Latinoamérica. Cien años de filosofía* dediqué algunas páginas al pensamiento de Ingenieros. Hago la siguiente observación: «El positivismo de Ingenieros debe entenderse en un sentido muy amplio, pues él no rechaza la posibilidad de la metafísica; la acepta y le asigna como objeto "lo inxperienciable"» (Rojas Osorio 2002, pág. 61). Lo inexperienciable no es lo sobrenatural, ni siquiera lo desconocido, sino que es un límite que se mueve con la evolución de la ciencia y el conocimiento. «Es aquello que en determinado momento de la evolución del pensamiento está más allá de los logros positivos de la ciencia. Como el ser humano nunca puede

impedir que exista un residuo inexperiencial, puede hablarse de la permanencia de la metafísica» (Rojas Osorio 2002, pág. 61). El propio Ingenieros fórmula así su posición: «La filosofía científica podrá definirse como un sistema de hipótesis legítimas, concordantes con la experiencia, que se propone explicar problemas que permanecen fuera de la experiencia» (Ingenieros 1937, pág. 20).

La filosofía de Ingenieros se mueve, pues, entre esta posibilidad de la metafísica, la psicología y la ética. En cuanto a la psicología la relaciona con la biología, pues adopta un enfoque evolucionista. El instinto no se opone a la inteligencia, ni la inteligencia se opone al instinto. La función de la inteligencia es la adaptación al ambiente y a la lucha por sobrevivir. «Los modos reales de pensar son resultados de la experiencia de la especie manifestándose bajo la forma de tendencias congénitas del individuo» (Ingenieros 1937, págs. 139-140).

La ética ha sido el aspecto del pensamiento de Ingenieros que mayor resonancia ha tenido. La ética es el programa de vida de un individuo. Los ideales son programas de perfección para adaptaciones futuras. «Los ideales son instrumentos de acción. Los ideales más legítimos son los que concuerdan con el ideal de la experiencia, son anticipaciones de la realidad que deviene». El idealismo ético es un continuo llamado a ideales de perfección y de progreso moral para la humanidad. Como bien afirma Francisco Romero, Ingenieros es uno de los autores latinoamericanos más leídos y que alimentó los ideales éticos de la juventud de varias generaciones. En el Primer Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México en 1921 se reconocieron como maestros de juventudes a José Ingenieros, José Martí y José Enrique Rodó.

En mi libro *Hostos apreciación filosófica*, recojo una importante observación que hace Ingenieros sobre el krausismo y el positivismo en España, que tanto influyó en algunos latinoamericanos como Hostos, Martí, etcétera. «En todo tiempo el krausismo mantuvo firme vinculación con la corriente positivista; en la actualidad sería difícil señalar límites a ambos, que son el límite inicial de una posible filosofía científica española. Después de Sanz del Río, el grupo tornóse cada vez más acentuadamente republicano en lo político y laico en lo religioso, no conservando de "krausismo" más que el nombre, como un símbolo tradicional del grupo. Por eso muchos de sus adscritos no vacilaron en llamarlo krauso-positivismo, denominación introducida por Adolfo Posada» (Ingenieros 1939,

pág. 79). Ingenieros cita de Compayré su *Études sur l'enseignment et sur l'education*, en la cual afirma: «Se dice en España un krausista como antiguamente en Roma un estoico, dando a esta palabra una virtud hasta el puritanismo». Estas dos observaciones son importantes en el sentido de que no fue la metafísica de Krause lo que más interesó en España, sino los aspectos políticos (liberales y republicanos), éticos y educativos. El positivismo repudia la metafísica, pero no siendo esta lo que interesó al krausismo español y latinoamericano, no hay problema en la unión de krausismo y positivismo de que habla Ingenieros. Giner de Los Ríos fue el krausista más destacado en el área de la educación. Hostos recibió el influjo del krausismo en especial en la pedagogía y en su teoría del derecho y la ética. Los hermanos Juan y Valeriano Fernández llevaron la pedagogía krausista a Costa Rica.

En conclusión, los autores aquí presentados han analizado aspectos diferentes pero complementarios del pensamiento de José Ingenieros. Su humanista confianza en los ideales éticos ha sido destacada por Pablo Guadarrama, Ángel Villarini, Ricaurte Soler y Raúl Carrancá y Rivas. Guadarrama resalta también el pensamiento de la integración latinoamericana, muy presente en Ingenieros. Jorge Morales Brito ha ubicado este idealismo ético en el periodo final del pensamiento de Ingenieros, siendo precedido por un primer período socialista marxista y por un periodo más abiertamente positivista. Según este exégeta Ingenieros no abandona nunca cierto socio-darwinismo, ni tampoco cierta inspiración marxista pues aún en el periodo final, más ético, y renovado por la revolución rusa de 1917, conserva dicha inspiración. Todos los exégetas aquí considerados destacan la importancia que tuvo su teoría de los ideales éticos en la juventud latinoamericana.

Referencias bibliográficas

BARANDELA ALONSO, CARMEN

1995 *Las concepciones filosóficas y sociológicas de José Ingenieros*, Tesis de Doctorado, Instituto de Filosofía de La Habana, referencia citada en página 618.

CARRANCÁ Y RIVAS, RAÚL

1974 «Introducción», en José Ingenieros, *El hombre mediocre*, Ciudad de México, referencia citada en páginas 616-618.

GUADARRAMA GONZÁLEZ, PABLO

2004 *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana: Editorial Ciencias Sociales, referencia citada en página 611.

2012 *Pensamiento filosófico latinoamericano*, Bogotá: Planeta, vol. II, referencia citada en páginas 611-613.

2021 *Cultura integracionista en el pensamiento latinoamericano*, Bogotá: Penguin Random House, referencia citada en páginas 614, 615.

INGENIEROS, JOSÉ

1913 *Criminología*, Madrid: Daniel Jorro Editor, referencia citada en página 610.

1937 *Obras Completas*, Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, referencia citada en página 622.

1939 *La cultura filosófica en España*, Buenos Aires: Elmer Editor, referencia citada en página 622.

1946 *Sociología argentina*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 610.

1955 *El hombre mediocre*, Buenos Aires: Ediciones Tor, referencia citada en página 613.

ROJAS OSORIO, CARLOS

2002 *Latinoamérica, cien años de filosofía*, San Juan: Editorial Isla Negra, referencia citada en páginas 621, 622.

SOLER, RICAURTE

1968 *El positivismo argentino*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en páginas 609-611.

VILLARINI, ÁNGEL

2004 *Desarrollo de la conciencia moral y ética. Teoría y práctica*, Río Piedras, Organización para el Fomento del desarrollo del pensamiento, referencia citada en páginas 615, 616.

CAPÍTULO 27

Reflexiones acerca de *El lenguaje musical (y sus perturbaciones histéricas)* de José Ingenieros. Los comienzos de la semiología musical en Argentina.

JORGE SAD LEVI*

El lenguaje musical (y sus perturbaciones histéricas) es un libro de José Ingenieros publicado en francés en 1907 y recién editado en español en 1952 en Buenos Aires, aunque algunos de sus capítulos fueron escritos originariamente en castellano y publicados en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología* de Buenos Aires, según reza la solapa del mismo.[1]

En su prefacio, el editor, Aníbal Ponce, previene al lector sobre el posible anacronismo de las ideas presentadas, probablemente debido a que en el lapso entre las publicaciones en francés y español, la cantidad de transformaciones acaecidas en el mundo (y en la música) hacían muy difícil, sino imposible, soslayar el aspecto normativo del texto, entendible por sus destinatarios iniciales, las fuerzas del orden, y totalmente a contramano de las corrientes artísticas y científicas que le eran contemporáneas, como las teorías lingüísticas de Ferdinand de Saussure, la música atonal, las nuevas tecnologías del sonido como el gramófono, los nuevos tempera-

* UNTREF.

[1] Ingenieros fue «Jefe de clínica en el Servicio de Observación de Alienados que se acababa de fundar en la Policía de la Capital, como anexo a su cátedra de medicina legal» (Suárez Urtubey 1978, pág. 32).

mentos y las estéticas del ruido surgidas de la invención de los *intona rumori* de los futuristas italianos.

El libro fue enormemente apreciado en círculos académicos europeos en el momento de su aparición, como lo demuestra el artículo de «La patología musical en la obra de José Ingenieros» (Suárez Urtubey 1978) en el que se recogen los testimonios de aprecio y reconocimiento de una importante cantidad de científicos contemporáneos al autor. Este exhibe un nivel de erudición apabullante: la cantidad de referencias a trabajos de sus contemporáneos es asombrosa, la mayoría provenientes del campo de la psicología experimental francófona y la psiquiatría, constituyendo a Ingenieros en pionero en varios campos que posteriormente se establecerían como disciplinas autónomas, como la psicología de la música, la musicoterapia, la semiología de la música.

En el mismo plantea un marco teórico fundamentado en la lectura de Spencer, a quien cita reiteradamente y de quien toma ideas en relación al origen de la música y el basamento psicofisiológico de la emoción musical. De esta manera, toma posición en la polémica que se había desencadenado años antes, que sigue vigente hasta la actualidad con variantes, entre quienes conciben la música como pura forma, tal como lo enunciara Hanslick (1947) en su célebre libro «De lo bello en la música» publicado por primera vez en 1852 y aquellos qué, como Wagner concebían el poder de la música como vía para ampliar el poder narrativo del drama, enfatizando el valor sensorial y semántico de la emoción por sobre los valores formales y semióticos de lo sonoro construido y organizado[2] de manera autónoma, que fue el paradigma de la estética de la modernidad musical.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, Ingenieros intenta trazar los orígenes de la música a partir de la voz y la música

[2] «Spencer afirma que todos los sentimientos, agradables o desagradables, tienen este carácter común: son excitantes del sistema muscular y tienden a convertirse en acción (…) existe una relación inmediata entre los sentimientos y los movimientos, la intensidad de estos aumentando en proporción a la energía de aquellos. Esta regla general podría, en suma, reducirse al principio conocido de la actividad refleja; concuerda con el concepto moderno que agrupa los fenómenos psicológicos alrededor de dos funciones fundamentales –la estesia y la kinesia–, considerándolos como formas evolutivas superiores de las dos funciones biológicas elementales: la sensación y el movimiento» (Ingenieros 1952, pág. 16).

y su relación con el lenguaje, y ese gesto fundante que desarrolla con argumentos sólidos y variadísimas fuentes bibliográficas ubica a *El lenguaje musical* como el primer tratado de semiología musical del que se tenga registro en la historia del pensamiento argentino.

En la segunda parte, el autor va a proponer una interpretación de las conductas musicales en el marco de la semiología médica, exponiendo una importante cantidad de casos clínicos y desarrollando una nosología que pretende proyectar como en un espejo, las afecciones del lenguaje natural sobre aquellas que afectan el lenguaje musical.

La riqueza de la primera sección del libro, en donde reflexiona sobre tópicos tan variados como el origen y función de la música, el gesto vocal, la relación entre ritmos musicales y ritmos biológicos, el sonido hablado y el sonido cantado, colisionan con la semiología médica que propone en la segunda sección, aunque, debe decirse, esta se apoya totalmente en las teorías musicales expuestas en la primera.

La continuidad entre lenguaje musical y lenguaje natural que propone Ingenieros está en sintonía con los criterios utilizados por muchos de los etnomusicólogos que se han enfrentado a interesantes dilemas teóricos en el siglo XX al abordar a corpus musicales desconocidos, en los que los bordes entre música y lenguaje son imprecisos. Asimismo, la música desde principios de siglo XX ha jugado con esa ambigüedad, desde la literatura James Joyce jugó asimismo en esos límites en los que la sonoridad prevalece por sobre el sentido.

Según Molino (1975), la etnóloga Geneviève Calame-Griaule «ha mostrado de qué manera, entre los Dogon, la diferencia entre el canto y la palabra ordinaria no es una diferencia de naturaleza, sino, podríamos decir, de grado». Sin embargo, esa noción de continuidad esbozada al principio del libro se desplaza de manera peligrosa a la idea de una absoluta homología entre música y lenguaje. Para Ingenieros

> «El estudio de la psicofisiología del lenguaje musical y sus trastornos patológicos evidencia que él guarda una íntima correlación con el lenguaje verbal ordinario; por eso observamos un marcado paralelismo entre las afasias ordinarias y las afasias musicales o amusias. Ya se trate de sus elementos sensoriales (auditivos y visuales), o de sus elementos motores (oral, escrito y mímico), la correlación es visible en todos los casos; ese hecho resulta

> más evidente si se consideran los numerosos afásicos en quienes coexiste la amusia, pues generalmente son homólogas las perturbaciones del lenguaje verbal y del musical» (Ingenieros 1952, pág. 140).

La posibilidad de la transposición directa entre categorías del lenguaje verbal a la música es uno de los mayores problemas de la semiología musical que va a poner en juego el libro, ya que equipara implícitamente la significación musical a la significación verbal, fenómeno que no se verifica prácticamente, ya que, como sostiene Nattiez, citando a Michel Imberty «el significante musical refiere a un significado que carece de un significante verbal (...) la significación musical tan pronto es explicada con palabras se pierde en significaciones demasiado precisas, demasiado literales: lo traicionan» (Nattiez 1987).

Ingenieros no ignora el problema en absoluto y escribe, en casi los mismos términos que Imberty, (aunque luego lo pasará por alto): «Es verdad que la música expresa estados psicológicos menos concretos que los expresados por el lenguaje hablado o las matemáticas; pero entiéndase que ese carácter es inherente al contenido psicológico, a la inteligencia musical, y no al lenguaje musical, que es su medio de expresión. No es posible expresar definidamente estados psicológicos indefinidos» (Ingenieros 1952).

Esta relación especular entre afasias y amusias que establece el autor lo conduce a forzar varios casos clínicos para que entren dentro de una categoría predeterminada de alteraciones de las funciones verbales, conduciendo a descripciones como la que sigue:

> «OBSERVACION II. Sordera musical (pura, parcial). Enferma de 22 años, casada, de mediana posición social. Padre muy nervioso, madre coqueta, y dos hermanos muy nerviosos. Ella tiene manifestaciones histéricas desde la niñez, especialmente crisis de ansiedad y terrores nocturnos. A los 17 años sufrió ataques de pequeña histeria; refiere que una vez, a consecuencia de un susto, quedó muda por más de 24 horas (mutismo histérico). El matrimonio no ha influido sobre su estado nervioso, pues su cónyuge no satisface, en manera alguna, sus necesidades sexuales. Desea curar de sus ataques de pequeña histeria. En su anamnesis nos refiere el hecho siguiente, sin atribuirle mayor importancia: poco tiempo antes de casarse, a la edad de 20 años, sufrió un ataque histérico mientras tocaba el piano; desde esa fecha no pudo tocar más, pues no oía lo que tocaba, sino un ruido de percusión, como si tocara en un piano que tuviese tablitas en lugar de cuerdas. La enferma observó esta particularidad el mismo día de ocurrirle el accidente; pero como tocaba

> de oído, y no lo hacía muy bien, se privó fácilmente de ese ejercicio. Esa situación duró más de un año; después fue recuperando el oído musical, pero muy deficientemente, a punto de que no puede tocar el piano, por su mal oído. Sobre esa referencia, investigamos los siguientes datos: la enferma tocaba de oído: es decir, era analfabeta musical. Su lenguaje se componía, pues, de tres funciones: canto, audición y ejecución instrumental. Faltaban la lectura y la escritura musical. La enferma conservó el canto y la ejecución musical, por simple memoria muscular; pero no oía lo que cantaba o tocaba. La pérdida de la audición musical era completa, para todos los instrumentos y para todas las voces: había "sordera tonal", como en los sujetos que hemos clasificado de "idiotas musicales". En suma, estaba suprimida la función del centro de las imágenes sensoriales auditivas, conservándose los centros de la articulación del canto y de la ejecución instrumental. El lenguaje hablado no sufrió ninguna perturbación perceptible para la enferma. La pronunciación, la escritura, la audición y la lectura de las palabras eran normales. El carácter funcional y sistematizado de esta sordera musical es evidente; se trata, como en el caso precedente, de una amusia pura, es decir sin afasia. La etiología y la evolución corresponden a la naturaleza histérica del trastorno» (Ingenieros 1952, pág. 162).

La categoría de «sordera tonal» que se aplica en el caso anterior, había sido precedida en la primera sección del libro por este notable párrafo dedicado al idiotismo musical, uno de los casos de inteligencia musical (o falta de ella que tipifica Ingenieros).

«Frecuentemente, observa Dauriac, se encuentran niños que oyen muy bien y a mucha distancia; las personas que los educan alaban su buen oído, pero ellos, sin embargo, no distinguen la altura musical, no perciben la notación de los sonidos. Ignoran los nombres de las notas, y si los supieran se equivocarían al nombrarlas; este género de errores solo probaría, a primera vista, la necesidad de aprender el solfeo. El error en cuestión es más grave: consiste en oír dos o más sonidos de altura diferente y no percibir la diferencia, sin comprender la distancia que separa a los dos sonidos en la escala sonora». Esta diferencia fue señalada por Ferrand con el nombre de sordera tonal. Curable o no, esta ineptitud, mientras dura, equivale a una sordera parcial. «No percibir una diversidad de altura, cuando se produce entre sonidos medianamente distantes; no diferenciar dos notas vecinas; creer que se oye el mismo sonido cuando el dedo del ejecutante sube o baja en los grados contiguos de la escala musical; ignorar si una nota es justa o falsa; permanecer

impasible ante disonancias que asustan; en suma, oír ruidos donde otros oyen sonidos, implica una sordera especial para la música, una verdadera deficiencia mental» (Ingenieros 1952, pág. 67).

Analfabetos, idiotas e imbéciles musicales aparecen como sujetos desviados de la norma. El idiota musical es «el niño cuya ineptitud resiste a toda enmienda, a toda educación», el niño «que no oye como los demás tiene sordera tonal» (Ingenieros 1952, pág. 77), «el imbécil musical oye la música, pero no la entiende» (Ingenieros 1952, pág. 79) «no comprende los sentimientos expresados en la música» (Ingenieros 1952, pág. 80).

Esta caracterización es coherente con las teorías expuestas en su libro más popular, *El hombre mediocre*: «Estudiemos, pues, a los enemigos de toda perfección, ciegos a los astros. Existe una vastísima bibliografía acerca de los inferiores e insuficientes desde el criminal y el delirante hasta el retardado y el idiota; hay también una rica literatura consagrada a estudiar el genio y el talento» (Ingenieros 2000, pág. 33).

En la búsqueda casi persecutoria, coherente con la función de apoyo a la criminalística del libro , Ingenieros hace aparecer pseudopatologías como la «compulsión» a improvisar (cualquier improvisador apasionado del *free jazz* entraría en este rubro), la audición coloreada (una capacidad que permitió a músicos tan enormes como Olivier Messiaen convertirse en uno de los mejores orquestadores de la historia de la música), las asociaciones *mórbidos musicales* (sin las cuales la carrera de Madonna o de Taylor Swift no existirían) la melodización de la lectura (que llevó a la paciente luego de que se reprimiera ese «síntoma» a dejar de hablar por años y que casualmente coincide con la técnica del *sprechgesang* que Schönberg usa en su maravillosa, *Pierrot Lunaire* compuesta en 1912. Este último caso es descripto como sigue:

> «Se trata de una joven histérica de 29 años de edad. Presenta fenómenos de inestabilidad y tuvo accesos convulsivos por emociones intensas. Estudió pedagogía y se recibió de profesora, posee además una educación musical completa. A los 18 años tuvo una singular perturbación de la lectura ordinaria. Acostumbraba a leer en voz alta y a escuchar su voz monótona y sin expresión. Con la intención de corregir ese defecto, lo que ella hacia no era leer sino cantar. Se le hizo esa observación y la joven experimentó una tendencia cada vez más irresistible, cantaba cuando leía. Al cabo de unas semanas la acentuación de las inflexiones fue de tal modo exagerada que fue necesario

> prohibirle la lectura. La joven cantaba en voz alta y con todas las inflexiones melódicas de una romanza interminable y continuamente improvisada. La lectura no se acompañaba de canto mental. La joven tenía un tipo mental auditivo-motor y no aprendía sus lecciones si no las pronunciaba en voz alta y escuchando su propia voz. Como le era imposible pasar todo el día cantando, debió suspender la lectura en voz alta e interrumpir sus estudios durante años, *la curación fue espontánea*».[3]

Comos sostiene Marc Decimo:

> «Los alienistas pretenden constituir "una tipología de discursos", elaborar "una semiología que distinga una especificidad de códigos". Su objeto es "una patología del lenguaje en la que podrían clasificarse los enunciados que se desvían de la norma" (Starobinski, 1980); determinan "correlaciones fijas entre ciertas características de estilo y las formas de demencia aprobadas" (según el estándar académico de sintomatología médica) (Thévoz, 1990, p. 91). De tal manera que, para Monique Plaza en particular (1986, p. 9), la locura surge solo "como una relación de tensión irreductible entre las producciones (palabras, actos, textos, modos de ser en el mundo) de un individuo y los criterios de inteligibilidad de un grupo (familiar, profesional, social, cultural...)"» (Décimo 1992).

Desde comienzo del siglo XX, exactamente en la época de publicación del libro de Ingenieros, la búsqueda de nuevas sonoridades, el uso de instrumentos de países no occidentales y los modos de pensamiento sobre la materia musical aparentemente descentrados de los paradigmas de la tradición europea, produjeron una profunda transformación en los modos de concebir el fenómeno musical, los cuáles colisionan con el etnocentrismo que propone Ingenieros y la hegemonía del lenguaje musical centro europeo concebido con mayúsculas, único posible entre cientos de culturas humanas.

Un año después de la aparición de *Le langage musicale* en París, Schönberg proponía la liberación de la disonancia en su seminal *Tratado de armonía* (1908), Russollo proponía la idea del «sonido-ruido» en su manifiesto futurista *El arte de los ruidos* (1913), Julián Carrillo desarrollaba desde 1895 su teoría microtonal en México. Sin ir tan lejos, compositores más tradicionales como Claude Debussy o Maurice Ravel cuyas obras se tocaban con gran éxito en calidad de estreno en ese momento y lugar no figuran en ningún

[3] Destacados propios.

momento como figuras musicales de su tiempo, a pesar de que ambos estaban vivos. Por el contrario, todo el corpus musical de referencia de Ingenieros se basa en obras que habían visto la luz al menos cuarenta años atrás.

Como sostiene Chomsky, la «(...) defensa de las gramáticas normativas oculta un efecto de pura ideología que ya hemos denunciado. Es sabido que el poder económico que determina las clases sociales está penetrado profundamente por el poder del lenguaje: el dominio de la gramática normativa es considerado como uno de los criterios de la diferencia y de la discriminación social. La lingüística cuestiona la idea de que ciertas formas de hablar son objetivamente inferiores a otras» (Ronat 1978).

En ningún momento aparecen consideraciones relativas a la posibilidad de educación de aquellos que se presentan como idiotas e imbéciles, o discusiones acerca de la influencia del contexto cultural, o a la posibilidad de trabajo sobre las condiciones innatas, la posibilidad de enmarcar las aptitudes musicales en un contexto de económico, geográfico o social.Tampoco parece considerarse la posibilidad que un analfabeto en un sistema musical, el sistema tonal, sea competente en otro, un pigmeo o un mapuche podría no ser sensible a los refinamientos de la modulación en una sonata de Beethoven, pero si a las variaciones propias de la música propia de su comunidad simbólica.

La subordinación de la semiología de la música a la semiología médica, es una combinación explosiva en la medida en que convierte las conductas musicales en síntomas, que a su vez se transforman en estigmas irreversibles que portan los supuestos enfermos, quienes serán objetos de observación y eventualmente persecución por las autoridades policiales.

La relación entre música y lenguaje es compleja, matizada y objeto de reflexión continua. Desde nuestra perspectiva, consideramos que tanto música como lenguaje natural, son fenómenos simbólico-sonoros en continua competencia: una cantidad de analogías sorprendentes no alcanzan para trazar definiciones que pueden conducir a esos enormes malentendidos, ya que como sostiene Barthes (1985, pág. 263) «más que intentar cambiar directamente el lenguaje de la música, sería mejor cambiar el objeto musical mismo, tal como se presenta al discurso».

Las perturbaciones histéricas del lenguaje musical tal vez sean simples desvíos de los caminos predeterminados establecidos de

antemano por la cultura en un momento y lugar determinado, es sabido que uno de los más grandes compositores del siglo XX, Mauricio Kagel, argentino, que según cuenta la leyenda urbana fue rechazado tres veces en sus intentos de entrar al Conservatorio Municipal de Buenos Aires, ha compuesto música que en gran medida son una puesta en escena de casi todas las «patologías» que enuncia y denuncia Ingenieros.

La perspectiva estética autoritaria que sostuvo Ingenieros, apoyado en una concepción de la música como expresión de sentimiento, convergentes con los valores del realismo socialista propuesto por Zdanov en el Congreso de Escritores de la URSS de 1952 y discutida por Sartre (1966), sigue presente en los modos de concebir la música en los medios de comunicación masivos del capitalismo, en los que prácticamente no existen resquicios a las expresiones sonoras diferentes a la musicalidad normal, estandarizada tanto del pop como de la música clásica de Occidente. Raros son los casos en que músicas de etnias o pueblos no occidentales o de músicas muy cercanas o muy lejanas en el tiempo sean difundidas.

Sin embargo, y a pesar de todo estos rasgos autoritarios, Ingenieros inauguró discusiones sobre la naturaleza de la música que siguen vigentes y marcó sin dejar lugar a dudas, la necesidad y la exigencia de la lectura y la ilustración exhaustiva como prerequisito para hablar sobre música desde el campo intelectual.

Referencias bibliográficas

BARTHES, ROLAND

1985 *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona: Paidós, referencia citada en página 632.

DÉCIMO, MARC

1992 «Sémiologie et Sémiologie», en *Langages*, n.º 107, referencia citada en página 631.

HANSLICK, EDWARD

1947 *De lo bello en la música*, Buenos Aires: Ricordi Americana, referencia citada en página 626.

INGENIEROS, JOSÉ

1952 *El lenguaje musical (y sus perturbaciones histéricas)*, Buenos Aires: Editorial Hemisferio, referencia citada en páginas 626, 628-630.

INGENIEROS, JOSÉ

2000 *El hombre mediocre*, Buenos Aires: El Aleph, referencia citada en página 630.

MOLINO, JEAN

1975 «Fait musical et sémiologie de la musique», en *Musique en Jeu*, n.º 17, referencia citada en página 627.

NATTIEZ, JEAN JACQUES

1987 *Musicologie Générale et Sémiologie*, París: Christian Bourgois Editeur, referencia citada en página 628.

RONAT, MITSOU

1978 *Conversaciones con Chomsky*, Buenos Aires: Granica, referencia citada en página 632.

SARTRE, JEAN PAUL

1966 *Literatura y arte*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 633.

SCHÖNBERG, ARNOLD

1974 *Tratado de armonía*, Madrid: Real Musical, referencia citada en página 631.

SUÁREZ URTUBEY, PAOLA

1978 «La patología musical en la obra de José Ingenieros», en *Revista del Instituto de Investigación Musicológica «Carlos Vega»*, vol. 2, n.º 2, referencia citada en páginas 625, 626.

CAPÍTULO 28

Diversas maneras de recordar a José Ingenieros

NORMA ISABEL SÁNCHEZ*

28.1 Introducción

Es una verdad de Perogrullo que información o alusiones a José Ingenieros (JI) se hallan en cientos de lugares; acá nos hemos limitado a unos pocos y se podría seguir buceando, hasta agotar (solo tal vez), la totalidad (y lejos estamos de este objetivo).

Unos son sus críticos, otros lo valoran y va de suyo que esto tiene que ver con su abundante producción, de matices diferentes, de enfoques dispares y de distintos momentos de su vida.

Abriremos los siguientes ítems: materiales en los reservorios y/o archivos que guardan parte de sus documentos; las jornadas que lo tuvieron como *leitmotiv*; qué expresan algunos diccionarios de uso corriente; los catálogos de tesis; unas pocas revistas; los historiadores de la medina; los especialistas en historiografía argentina; los que lo han sido de la ciencia, de la cultura, de las ideas. Con inclusión de dos peculiaridades.

Agregamos, los lugares y sitios que llevan su nombre.

Sus notas están dispersas y varias firmadas con seudónimos y heterónimos, al modo de: Arbitre, Carmelia Miranda, Evangelina, Espartaco, Francisco Javier Estrada, Hermenio Simel, Pedro Lascano, Julio Barreda Lynch, Luis Emilio Pena, Raúl H. Cisneros, Vestilio Ixel, Alberto J. Solari.

* Directora del Instituto de Historia de la Ciencia (de la Sociedad Científica Argentina).

28.2 Materiales en archivos y/o acervos

1 — En CeDinCi

Este Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, dispone del Fondo de Archivo (FA-021), de 36 cajas de papeles y tres carpetas; material en gran medida ordenado por Delia (Kamia) Ingenieros, abierto a la consulta pública. Solo una parte de su biblioteca personal se conserva ahí,[1] su correspondencia con intelectuales de América Latina, apuntes, originales de sus obras y demás informes.

2 — Se puede recorrer el Archivo del Museo del Servicio Penitenciario Federal Antonio Ballvé (CABA). Tiene un programa de recuperación, clasificación y conservación de reportes.

28.3 Jornadas

3 — Tenemos presentes las VI, organizadas por CeDinCi (noviembre de 2011),[2] que duraron tres días. En esa oportunidad Horacio Tarcus recibió de manos de los herederos de J. I. lo detallado líneas arriba.

28.4 Diccionarios

Mencionaremos seis:

4 — Ferrater Mora (1971) en *Diccionario de Filosofía*, lo ubica como nacido en Buenos Aires; presenta un copioso listado de sus obras y una acotada bibliografía.

5 — Tarcus (2007) (director) en *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueve izquierda» (1870-1976)*, cita sus obras y fuentes.

6 — Cutolo (1971) en *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, le dedica un largo espacio, con datos biográficos e incluye una clásica bibliografía.

---

[1] En vida donó cientos de volúmenes (que nutrieron las bibliotecas de la Sociedad Luz, de la Obrera del Partido Socialista, del Colegio Libre de Estudios Superiores). Véase http://cedinci.unsam.edu.ar/PDF/Publicaciones/Catalogos/GA_JI.pdf (2011).

[2] Véase (revista de diario *Clarín*). CABA, 19 de diciembre de 2011. Artículo firmado por Inés Hayes.

7 — Abad De Santillán (1958) en *Gran Enciclopedia Argentina*, tras ofrecer los datos obvios, agrega: «Su vasta obra creó el clima intelectual necesario para un desarrollo fecundo de la ciencia argentina y sembró estímulos para el trabajo tenaz y una concepción idealista de la vida». Recomienda la lectura del texto de Agosti (1945).[3]

8 — Lappas (2000) en *La masonería argentina a través de sus hombres*, lo preludia así:

> «Una de las más admirables y esclarecidas figuras de la intelectualidad argentina, doctorado en medicina, ... especializándose en el campo de la Psicología, Psiquiatría y Criminología. Catedrático de Psicología Experimental y de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y vicedecano de la misma; ... un maestro de las juventudes ... Sin lugar a dudas, ha sido uno de los grandes maestros del pensamiento nacional y americano ... Junto con su padre publicó una breve historia de la Masonería y dos interesantes obras explicativas de la filosofía y los fines la institución» (Lappas 2000, págs. 253-254).[4]

No hemos trascripto la totalidad de lo declarado, pero lo consideramos uno de los mejores «resúmenes», con buen despliegue argumentativo.

9 — Finalicemos con uno muy simple, económico y de amplia difusión; el: *Diccionario Biográfico Argentino. Un compendio de hombres y mujeres del siglo XX*, que lo define como escritor (aunque completa: *sociólogo, médico, psiquiatra*), con un (discreto) resumen a dos columnas. Sin embargo, hay dos errores: asegura «(le dedicó la tesis) a Eduardo Wilde (sic), mereció la medalla de oro de la Academia Nacional de Medicina (sic) y marcó su ingreso a la carrera de psiquiatría».[5]

---

[3] Abad De Santillán (1958, pág. 150). Incorpora datos sobre su hija Delia (hermana de Amalia, médica graduada en 1942, en la UBA).

[4] Hay una edición anterior, de 1958; véase pág. 163.

[5] *Página/12*, mayo de 2001, pág. 377-378. Por el contrario, Cutolo dice que se la dedicó «Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad». No es lo mismo director de tesis, que dedicatoria. Cutolo está en lo cierto.

28.5 Catálogos de tesis

Dos para atender.

10 — Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Médicas. Biblioteca. *Catálogo de la colección de tesis, 1827-1917*.[6]

Se trata de una colección de 3 652. En este sumario, se incluye la de José Ingenieros, con el título «Simulación de la locura por alienados verdaderos»,[7] hallable por ordenamiento alfabético, metódico y temático (en psiquiatría forense).

11 — Candioti (1920) en *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires. Catálogo cronológico de las tesis, en su primer centenario (1821-1920)*,[8] expresa:

> «Esta notable disertación del distinguido escritor y profesional graduado hace 20 años en la Facultad, es una parte... de su obra *Simulación de la locura*. El autor solicitó a la Academia de Medicina que se le eximiera de la impresión de la tesis por su conocida carencia de recursos y porque su trabajo doctoral no era sino una comunicación provisoria que para tener valor científico requería ser ampliado y corregido después de nuevos estudios y nuevas observaciones... De que el trabajo era meritorio no quedó duda, pero la Academia no hizo lugar al petitorio...» (Candioti 1920, págs. 340-341).[9]

12 — Agregamos que J. I. fue director de varias tesis (y existe un inventario al respecto, algunas hallables en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la UBA). Además, prologó otras y va como ejemplo: *La mala vida en Buenos Aires*, de Eusebio Gómez (1908). No omitiremos, el prefacio a *Las neurosis...*, de José M. Ramos Mejía.[10]

---

[6] Catálogo de Tesis. Buenos Aires, Talleres Gráficos A. Flaiban, 1918. Se encuentra en la Biblioteca de Graduados «Montes de Oca», de la FM/UBA; ubicación: 951T.

[7] Impresa en Buenos Aires, *La Semana Médica*, 1900, 49 páginas. Padrino de tesis: Eduardo Wilde. Palabras claves: trastornos mentales, insanía.

[8] Nota: el autor la sitúa en el tramo 1880-1920; época de planes de estudios ampliados, exigencia de presentación impresa de la tesis y otros requisitos. Recordemos que Medicina fue incorporada a la Universidad en 1874; nacionalizada en 1881. Eran cinco las facultades.

[9] Nota: son los decanatos de Enrique E. del Arca y Juan Ramón Fernández.

[10] En efecto, varias páginas introductorias acompañan a: *Las neurosis de los hombres célebres. De los hombres célebres en la historia argentina* (Buenos Aires, Anaconda, s/f); que terminan así: (al enterarme de su muerte) un «nudo me apretó la garganta y no pude contener algunas lágrimas. Son las más angustiosas que he llorado en mi vida».

28.6 Revistas

Su nombre está en:

13 — *La Semana Médica*; es obvio, formó parte de ella, durante una temporada, como secretario de redacción.

14 — *Archivos de Psiquiatría y Criminología, aplicadas a las Ciencias Afines. Medicina Legal. Sociología: Derecho. Psicología. Pedagogía.*

15 — La *Cultura Argentina.*

16 — La *Revista de Filosofía.*

17 — Un número homenaje de *Cursos y Conferencias.*

18 — Un número extraordinario de *Nosotros* (1925).

19 — La del *Colegio de Médicos* (n.° 98, 1941).

20 — *Todo es Historia* (con notas de Hebe Clementi, Emilio Corbiére, Enrique Díaz Araujo, Germán Ferrari, Delia Ingenieros y más).

28.7 En la historiografía argentina

Tomamos tres autores (Carbia; Scenna; Pérez Amuchástegui)

21 — Rómulo Carbia, en su *Historia de la historiografía argentina*, lo incluye en el capítulo IV Los ensayistas,[11] sus opiniones son duras y lo sitúa entre los amables diletantes.

Para definir qué entiende por «ensayistas» plasma: tratan de «organizar sus elementos eruditos en el sentido de una demostración particularizada o en el de una exhibición integral de cualquier determinado suceso del pretérito …; que partiendo de la tendencia de escribir la historia en filósofo, marchan hacia la fácil sociología que no requiere mayor información para filosofar sin freno y sin reparos, y a aquellos otros que teniendo su punto de arranque

[11] Carbia (1925, pág. 185), divide la obra en: «Introducción» y «Primera parte» que abarca a las escuelas básicas e incluye, por ejemplo, a José Manuel Estrada, el iniciador del ensayo entre nosotros, inspirado en François Guizot; a las escuelas menores, como los heurísticos y los cronistas, al modo de Groussac; los ensayistas, con los sociólogos, al modo de Ingenieros; los cientificistas, con ensayos psiquiátricos y psicológicos, como Jose María Ramos Mejía; la historiografía didascálica y un algo más. Es una clasificación no fácil de entender.

en la misma tendencia, caminan hacia la ordenación genética de los hechos por la línea de sus causas generadoras, a las que buscan, empeñosamente y con tesón. Los primeros son los sociólogos declamadores que siembran el sofisma de la generalización y los segundos los eruditos que trabajan con rectitud de espíritu, asignando a cada cosa su valor y a cada hecho un lugar en su serie» (Carbia 1925, págs. 186-187).

Le presta atención a dos obras: *La evolución sociológica argentina* y *La evolución de las ideas argentinas*, donde «aparenta una imparcialidad y una segura erudición de que carece …» y cierra así: «Ingenieros hace escuela, y es ese un peligro para el futuro de nuestra historiografía sobre todo porque acomoda a sus obras, cuanto he dicho acerca de la explotación historiográfica de las leyendas negra y roja» (Carbia 1925, págs. 204-205).[12]

Con el fin de evitar confusiones, advertimos que Carbia alude solo a dos obras, vinculadas a la sociología o historia de las ideas. No hace referencias a su obra «médica».

22 — Miguel Ángel Scenna, lo trata en *Los que escribieron nuestra historia*, en el capítulo VII: «La tercera generación».[13] Comienza así:

> «El más acabado modelo positivista en nuestras letras es La evolución de las ideas argentinas… [No] era historiador y carecía de sentido historiográfico, lo que se echa de ver a cada paso… Tampoco puede presentarse … como un modelo de lealtad de ideas. En su juventud fue un izquierdista tirabómbico y pirotécnico. Después fue socialista evolucionista, lo que no le impidió cortejar al establishment, llegar a secretario del general Julio A. Roca, hacerse conservador e intentar –según refiere Manuel Gálvez– ser incorporado a la alta burguesía. Como no lo logró, en sus últimos años se volcó a la revolución bolchevique» (Scenna 1976, págs. 147-148).

[12] En una nota aclaratoria (a pie de la pág. 204) asegura: «Ingenieros hace alegato y no investigación».

[13] Ha dividido en: El tiempo de los españoles; Los precursores; La primera generación (un ejemplo es Mitre); Los clásicos (Vicente Fidel López); La segunda generación (Adolfo Saldías); Entre siglos (Ramón J. Cárcano); La tercera generación (Miguel Ángel Cárcano); La nueva escuela historiográfica (Rómulo Carbia); Ortodoxos y heterodoxos (Ricardo Levene); Cuarta generación (Jose Luis Busaniche); Los revisionistas (Julio Irazusta); La quinta generación (Ricardo Zorraquín Becú); La sexta generación (Felix Luna); Los otros historiadores.

Completa con la afirmación: «fue supervalorado y … en muchos sentidos su prestigio es superior a los méritos reales». Entiende que *El hombre mediocre*, es de pobreza literaria, médica y psicológica alarmante. Que adhirió a la leyenda negra de la conquista española.

Su posición está cerca de la dirección de Carbia y, aclaramos, alude a sus obras de tinte histórico y sociológico; no a la «médica» o de «alienista», de donde salieron cátedras, revistas, instituciones públicas de notable valor.

23 — En Antonio Jorge Pérez Amuchástegui, quien por años fue profesor de historiografía, hallamos referencias en su libro: *Mentalidades Argentinas (1860-1930).*

Al aludir al pasaje de la sociedad señorial (con mucho de tradición hispánica) a la que se perfila en la segunda mitad del XIX, que es liberal, aburguesada, anota:

> «José Ingenieros -que seguramente peca muchas veces de apresurado, pero jamás de tonto- advierte que las presidencias consecutivas de Mitre y Sarmiento representan una época de cambio significativo» (Pérez Amuchástegui 1984, pág. 53).

Es una posición intermedia: no desvaloriza su producción y no le levanta loas.

28.8 En los historiadores de la ciencia y la medicina

Incluimos unos pocos autores.

24 — José Babini, en: *La evolución del pensamiento científico argentino*, expresa:

> «J. I., médico al que se deben numerosas trabajos e iniciativas en el campo de la psiquiatría y de la criminología, y profesor universitario de psicología, fue uno de los publicistas más prestigiosos de su tiempo» (Babini 1954, págs. 229-230).

[Tras valorar a *Sociología argentina* (1908) y la *Evolución…* (1918-1920)], completa: se le debe la edición de *La Cultura Argentina*, colección de 114 obras de los más grandes pensadores argentinos y la publicación de la *Revista de Filosofía*, bimestral (1915-1927).

25 — Osvaldo y Osvaldo Elías Loudet, en: *Historia de la psiquiatría argentina*, interpretan:

> «Su producción científica ... fue múltiple, original, brillante. Esto nos permite ubicarlo en la historia de la psiquiatría argentina» (O. Loudet y O. E. Loudet 1971, pág. 117).

Completan: «en 1901 la Academia Nacional de Medicina había instituido un premio para la mejor obra de medicina, cirugía y ciencias afines. El jurado formado por los doctores Roberto Wernicke, Abel Ayerza, José María Ramos Mejía, José Semprun y Diego Cavia adjudicó la recompensa a la Simulación de la locura (2 de noviembre de 1904)» (O. Loudet y O. E. Loudet 1971, pág. 121).

En efecto; esta pieza circular integra el medallero de la Biblioteca de la Facultad de Medicina (UBA). También la tiene la Academia Nacional de Medicina (ANM).[14]

26 — Osvaldo Loudet, en otro de sus libros, lo incluye bajo un subtítulo: Irreverencia estudiantil ...; y relata:

> [Con motivo de la visita de un inspector al Colegio Nacional, que vivió un episodio menor, origen de algunas descortesías estudiantiles] «Uno de los primeros, si no el primero en reír, fue aquel muchachito movedizo, juguetón, rápido en la ocurrencia feliz, que hacía las delicias de sus compañeros; de frente alta y despejada, ojos vivaces, grandes, denunciadores de sus anhelos de saber, que se llamó José Ingenieros. De él partió la chispa que se transformó en famoso escándalo» (O. Loudet 1963, pág. 32).[15]

En pocos trazos, el párrafo muestra aspectos físicos y de la personalidad de un estudiante que ese momento tenía cerca de 15 años; de este mini-incidente nació el ILSE.[16]

27 — Kohn Loncarica (1979, 1981), en uno de sus artículos lo califica de «alma inquieta que se perfecciona en París, Lausana y Heidelberg».

---

[14] ANM (de Buenos Aires). *Exposición de medallas de medicina*. Buenos Aires, 1972; registrada bajo el n.° 118. Con un detalle de lo representado en el anverso y reverso (1904).

[15] Nota: el epígrafe transcrito, pertenece a un testigo epocal: Ernesto H. Celesia, quien así lo expresó en: *Discurso del Cincuentenario* (Buenos Aires, Instituto Libre, 1942).

[16] Creado el 16 de mayo de 1892.

28 — En un escrito, de varios colaboradores, leemos

> «Existe un personaje singular en los anales médicos: J. I. Fuera de toda consideración política o social, fue hombre supranacional por la proyección de su magisterio científico y filosófico ... (Brindó) a la ciencia del positivismo una clasificación de los criminales, sin dudas un aporte de real valor. Pero,... *El hombre mediocre*, le concedió increíble notoriedad, pues fue el breviario donde condensó sus amargas quejas contra injustos procederes de la sociedad de su tiempo» (Guerrino *et al.* 1969, pág.3 y 71).

29 — Otros autores, de la Facultad de Medicina de la UBA, lo posicionan entre las figuras relevantes (apartado: psiquiatría, criminología y medicina legal):

> «Humanista, historiador, criminólogo, sociólogo y psiquiatra de origen italiano. En 1900 da a conocer su clasificación de los delincuentes, ordenamiento que obtuvo importante difusión dentro y fuera del país. Incursionó en la psiquiatría, desde su tesis sobre la simulación de la locura por los alienados; en la psicología y la psicopatología de enfermos y criminales» (Agüero *et al.* 2007).

28.9 En una historia de la cultura argentina

30 — José Luis Cosmelli Ibáñez, en su *Historia de la cultura argentina*, expresa: «es considerado el más importante representante de la corriente positivista, con manifiesta inclinación al evolucionismo, pues su pensamiento osciló entre ambas tendencias ... a su iniciativa se debió la colección de obras nacionales editadas en el título de *La Cultura Argentina*» (Ibañez 1975, págs. 394-396).

28.10 En los historiadores de las ideas

Seleccionamos algunas opiniones:

31 — José Luis Romero, en *Las ideas políticas en la Argentina*, cita a J. I. de manera muy sintética. En el capítulo de: «La línea de la democracia popular».

> «[El socialismo] actuó con perseverancia...; en su seno se formaron hombres de estudio que analizaron con espíritu crítico el panorama político del país, como Juan B. Justo, Enrique del Valle Iberlucea y J. I., este último autor de algunos ensayos importantes sobre nuestro desarrollo político y social, como

> *Evolución de las ideas argentinas* y la *Sociología argentina*» (Romero 1946, pág. 215).

En otro de sus libros, tiene conceptos más contundentes: [J. I. publicó entre 1918 y 1920], «La evolución …, que forma parte de las obras que enriquecieron la perspectiva histórica y la imagen del pasado argentino» (Romero 1987, pág. 120)

32 — Roig (1969, pág. 363, 395-400), en *Los krausistas argentinos*. lo menciona así: «José Ingegnieros [es un hombre] de reputación universal en el mundo científico [concretamente en psicología]» y, *a posteriori*, brinda la fundamentación a lo dicho y destaca su defensa del krausismo, por su sentido «ético-político-pedagógico».

33 — Diego Pro, lo considera un prototipo de la generación de 1896 (Pro 1973) y, remitimos a la lectura de su artículo, donde brinda la justificación de su inclusión en este grupo.

34 — Juan Jose Sebreli, en *Crítica de las ideas políticas argentinas*, dice así:

> «Al positivismo de derecha, biopsicologista de Bunge o Ramos Mejía, se sumaba el positivismo de izquierda, bioeconomicista de JI. Este sostenía en *Sociología Argentina* (1913) que la economía social estaba condicionad por leyes biológicas y la lucha de clases reproducía la "lucha por la vida" darwiniana … No alcanzó a presenciar la derivación inesperada que pocos años después esta escuela de pensamiento tendría en el nacionalsocialismo».

Completa: «Los intelectuales positivistas del liberalismo -Carlos Octavio Bunge o José Ingenieros- justificaron el aniquilamiento de indios y gauchos con sus consabidas explicaciones biologistas y racistas del positivismo y el darwinismo social».

En otra parte, apunta a su posición contra la política exterior norteamericana (en Centroamérica) y cierra: «El socialismo a diferencia del anarquismo, no tuvo dificultades en integrarse a la sociedad y el sistema político, encontró adeptos en sectores intelectuales, tal el caso de J. I. …» (Sebreli 2003, págs. 82, 85 y 341).

Nos encontramos, una vez más, con un autor que pormenoriza unas pocas obras de JI, con críticas, en ocasiones, severas.

35 — En tanto, Biagini (1975) compiló el libro el *Positivismo argentino*,[17] donde J. I. está citado de manera permanente y hay tres capítulos específicos, firmados por Damis, Lértora Mendoza, Farré. Del primero, leemos:

> «(Es) un pensador de transición ... (y la) primera vertiente por donde arriba Ingenieros a la preocupación moral es la antropología de los anormales ... es un pensador de una coherencia irreprochable ... No se descubren afirmaciones contradictorias en el decurso de su obra, y lo que puede sospecharse como tal no es más que el acentuamiento, en cada época, de un determinado aspecto del sistema» (Damis 1985, págs. 528-530).

Lértora Mendoza escribe:

> «Dentro de este esquema de las preocupaciones filosóficas de nuestros positivistas, se hace claro que la propuesta original de Ingenieros es la constitución de una filosofía de la psicología, que puede considerarse extensible a la constitución de una filosofía científica» (Lértora Mendoza 1985, pág. 542).

28.11 Dos particularidades

36 — Nunca fue socio de la SCA y no hay artículos alusivos a su vida y obra en ninguno de los números publicados por los *Anales de la Sociedad Científica Argentina.*

Además, le debe un sitio la filatelia nacional.

28.12 En el Archivo General de la Nación. En el Banco de Imágenes de la FM/UBA

37 — El primero dispone de una colección de fotografías. Una, altamente significativa y muy difundida lo muestra dictando clases, en agosto de 1904.

38 — Por el contrario, en la Biblioteca Central «Montes de Oca», solo se enumera un retrato.

28.13 Los caricaturistas

39 — Los entendidos diferencian tres grandes grupos de dibujos caricaturescos: los deformativos (jocoso o cómicos), los caracterizantes (realizados por astutos observadores) y los simbolistas (que

[17] En la tapa se reproduce un dibujo de J. I., realizado por José B. Maril, que apareció en revista *Ideas* (julio de 1916).

ayudan a pensar). No son burlas, y pueden aludir a figuras de la política, el deporte, el arte, … y los cultivadores de la ciencia. Las de Ingenieros pueden ubicarse en las tres clasificaciones.

En el país hay antecedentes en los tiempos coloniales, en los de la temprana independencia (como los de Hipólito Bacle), del tramo rosista y posterior. Ahí están las páginas que le dieron cabida: *La Tijera, El Cascabel, El Mosquito, Don Quijote, La Presidencia, Caras y Caretas*, en *El Cid Campeador, PBT*, (ciertas páginas de) *Crítica*, con un listado que llega a la actualidad. Buscaban divertir, con comentarios, en ocasiones propios de un periodismo chacotón, otras de mayor rigor.

Algunos de quienes lo han representado son: (¿?) Batle, José María Caos, Pedro Ángel Zabala (Pelele), Mauricio Giacomino, José B. Maril.

28.14 Su nombre en un hospital. Plazas y plazoletas. Paseos, boulevares, barrios, centros culturales

40 — Brindamos unas pocas referencias.

1) Existe el hospital subzonal especializado en salud mental (Melchor Romero/La Plata). Fundado en 1956.
2) Con su apellido y nombre se etiqueta el Centro Cultural de la FM/UBA.
3) Una biblioteca popular de la CABA.
4) Una plaza de Vicente López, provincia de Buenos Aires, Villa Adelina.
5) La Escuela de Comercio n.° 9 (CABA), de Caseros Norte.
6) La Escuela de Educación Secundaria Técnica, n.° 1.
7) Varias escuelas de educación primaria. Damos un ejemplo: en el departamento de General Alvear/Mendoza.
8) Una localidad del partido de Tres de Febrero (Noroeste de Bs As); que se conocía, hasta 1925, como Kilómetro 2.
9) La Estación Ferroviaria, de Ciudad Evita (La Matanza/provincia de Buenos Aires).
10) El barrio, también llamado Los Complejos o Monoblocks de La Tablada, del extremo norte de Ciudad Evita (partido de La Matanza).
11) La Biblioteca Popular de 9 de Julio (provincia de Buenos Aires), fundada en 1935.

12) En las Guías Médicas; de las pocas a las que pudimos acceder, la que corresponde al año 1910, señala que tiene su consultorio en Santa Fe 1.134; sin otros datos.
13) En varias calles del país.
14) Existe una abundantísima bibliografía que examina su obra escrita.[18] No falta su mención en algunas historias de la literatura argentina; en historias generales (al modo de *Nueva Historia de la Nación Argentina*, de la Academia Nacional de la Historia); en las series de filosofía, psiquiatría, sociología, etcétera.
15) En múltiples páginas web; ejemplo la de la AMA –Asociación Médica Argentina– de la que fue el 15° presidente, entre 1909 y 1910. Hay, en esta, materiales para su análisis.
16) Un bar en Olivos (y, el listado podría continuar: hasta en La Habana, Cuba, tiene su espacio; pero, no fue el objetivo de este escrito salir del territorio argentino).

28.15 Mini encuesta

Una mañana de julio de 2022, de manera azarosa, preguntamos a 20 personas si sabían quién era José Ingenieros. Tuvimos respuestas muy singulares: un ingeniero italiano; un médico, un ferroviario, un educador, otros lo desconocían por completo. Los interrogados eran todos universitarios, cursando, posiblemente, niveles superiores de la carrera de grado. Uno asoció su apellido con una profesión; otros, por diversas razones, acertaron con su labor de médico; varios lo afiliaron con una estación de trenes; un cuarto había concurrido a un establecimiento que lleva su nombre (y demostró solvencia, porque, año a año, una de las tareas era presentar una semblanza) y los más respondieron que «les era familiar el nombre, pero ignoraban de quién se trataba». Sin dudas que lo relatado está lejos de un crédito estadístico; es casi un juego, que carece de rigor.

[18] A modo de ejemplo, véanse las reflexiones de Hugo Vezetti, Oscar Terán, Sergio Bagú, Alejandra Mailhe. Y seleccionamos de Lila Caimari: «Su propuesta imprimió un giro psiquiátrico y psicológico de largo plazo a los estudios argentinos del criminal delineando, además, un proyecto institucional que preveía la conexión fluida entre prisión y manicomio, así como el vínculo estrecho entre saberes criminológicos y psicológicos… La nueva tradición interpretativa del delincuente, la "escuela psicopatológica" había nacido en la Argentina» (Caimari 2004, págs. 93-94).

Aun así, no deja de ser sorprendente: es una figura de la que saben mucho los de los ámbitos académicos y dentro de determinadas profesiones; para los demás, un desconocido.

28.16 Punto final

Existen amplias posibilidades que la publicación de este libro de conjunto, ayude a revitalizar su labor. Suelen ser muy útiles las celebraciones, los aniversarios, los cincuentenarios, los centenarios para poner «en escena» a las figuras algo olvidadas.

Entendemos que los capítulos y la bibliografía aportados por los autores, resultarán valiosos. Cuando llegue 2025 (aunque no deja de ser algo incierto cómo devendrán las futuras labores educativas, los intereses eruditos) habrá, tal vez, un reverdecer de la vocación por reinterpretar su obra. El coordinador de esta tarea, se está adelantando a los tiempos; en buena hora.

Referencias bibliográficas

ABAD DE SANTILLÁN, DIEGO

1958 *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires: Ediar, vol. IV, referencia citada en página 637.

AGOSTI, HÉCTOR

1945 *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires: Futuro, referencia citada en página 637.

AGÜERO, ABEL *et al.*

2007 «Contribuciones originales de la medicina argentina a la medicina universal», en *Revista de Historia & Humanidades Médicas*, vol. 3, n.º 1, referencia citada en página 643.

BABINI, JOSÉ

1954 *La evolución del pensamiento científico argentino*, Buenos Aires: Ediciones La Fragua, referencia citada en página 641.

BIAGINI, HUGO

1975 (comp.), *Positivismo argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 645.

CAIMARI, LILA

2004 *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 647.

CANDIOTI, MARCIAL

1920 *Bibliografía doctoral de la Universidad de Buenos Aires. Catálogo cronológico de las tesis, en su primer centenario (1821-1920)*, Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, referencia citada en página 638.

CARBIA, RÓMULO

1925 *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, referencia citada en páginas 639, 640.

CUTOLO, VICENTE OSVALDO

1971 *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires: Editorial Elche, vol. 3, referencia citada en página 636.

DAMIS, JOSÉ LUIS

1985 «José Ingenieros (1877-1925)», en *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 645.

FERRATER MORA, JOSÉ

1971 *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires: Sudamericana, vol. 1, referencia citada en página 636.

GUERRINO, ANTONIO *et al.*

1969 *Aporte argentino al progreso de la ciencia médica (Síntesis histórica*, referencia citada en página 643.

IBAÑEZ, JOSÉ COSMELLI

1975 *Historia de la Cultura Argentina*, Buenos Aires: Editorial Troquel, vol. II, referencia citada en página 643.

KOHN LONCARICA, ALFREDO

1979 «Contribuciones originales de la medicina argentina a la medicina universal», en *La Semana Médica*, vol. 154, n.º 14, referencia citada en página 642.

1981 «Contribuciones originales de la medicina argentina a la medicina universal», en *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. XXXIII, referencia citada en página 642.

LAPPAS, ALCIBÍADES

2000 *La masonería argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires: Sucesores de AL, referencia citada en página 637.

LÉRTORA MENDOZA, CELINA

1985 «Ciencia y filosofía en José Ingenieros», en *El movimiento positivista argentino*, comp. por Hugo Biagini, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, referencia citada en página 645.

LOUDET, OSVALDO

1963 *Historia del Instituto Libre de Segunda Enseñanza*, Buenos Aires: Ediciones ILSE, referencia citada en página 642.

LOUDET, OSVALDO Y OSVALDO ELÍAS LOUDET

1971 *Historia de la psiquiatría argentina*, Buenos Aires: Troquel, referencia citada en página 642.

PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, ANTONIO JORGE

1984 *Mentalidades Argentinas (1860-1930)*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 641.

PRO, DIEGO

1973 «Periodización y caracterización de la historia del pensamiento filosófico argentino», en *Historia del Pensamiento Filosófico Argentino*, Mendoza: UNCuyo, vol. I, referencia citada en página 644.

ROIG, ARTURO

1969 *Los krausistas argentinos*, Puebla: Editorial José Cajica, referencia citada en página 644.

ROMERO, JOSÉ LUIS

1946 *Las ideas políticas en la Argentina*, Ciudad de México: FCE, referencia citada en página 644.

1987 *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Biblioteca Actual, referencia citada en página 644.

SCENNA, MIGUEL ÁNGEL

1976 *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires: La Bastilla, referencia citada en página 640.

SEBRELI, JUAN JOSÉ

2003 *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 644.

TARCUS, HORACIO

2007 (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la «nueve izquierda» (1870-1976)*, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en página 636.

CAPÍTULO 29

El ingenioso Ingenieros. La universidad mediocre y el porvenir

MARTÍN UNZUÉ*

> «El especialista cree que su hoja es la principal de todo el árbol sin sospechar que todas las demás, como la suya, reciben savia desde raíces comunes...».[1]

Los sucesos de la Reforma Universitaria de 1918, el movimiento estudiantil que se levanta contra la universidad anquilosada en la tradicional Córdoba, y que rápidamente, luego de recibir los apoyos del gobierno central de Buenos Aires, redobla la apuesta, para llamar a una transformación mayor, que exceda los estrechos límites de esa casa de estudios proyectándose por todo el continente, van a encontrar en José Ingenieros, a uno de sus primeros y más fervientes defensores.

No solo porque es un movimiento de ruptura, que surge de la juventud educada, que desgarra los moldes y las tradiciones perpetuas, denunciando su decadencia senil, sino que además, presenta tempranamente una dimensión que hoy podríamos pensar como latinoamericana (como se lee en el encabezado del *Manifiesto Liminar*, es la juventud universitaria de Córdoba la que convoca a los hombres libres de Sudamérica), lo que se alinea con ese clima coyuntural del «suicidio» de la civilización europea luego de la devastadora experiencia de la Gran Guerra.[2]

* Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de La Plata.

[1] Ingenieros, 1920.

[2] En septiembre de 1914 Ingenieros escribe «El suicidio de los bárbaros» donde sostiene: «La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras

La confluencia de hechos que lleva a ese decidido apoyo a la revuelta estudiantil resulta fundamental, pues es el prestigio de grandes intelectuales como nuestro autor, y una enorme lista en la que se incluyen Manuel Ugarte, Alfredo Palacios, Joaquín y Julio V. González, Alejandro Korn, Telémaco Susini, Mario Bravo, entre muchos,[3] algunos de trascendencia internacional, lo que fortalece la difusión de los ideales del movimiento. Sin esa sólida apuesta la Reforma hubiese naufragado tempranamente, con la primera clausura de la universidad por parte de las autoridades que cuentan con el apoyo de la fuerza pública.[4]

Sin embargo, la simpatía de Ingenieros por el reclamo estudiantil, su postura a favor del cambio profundo, debe leerse como la culminación de todo un proceso intelectual que podemos ver a lo largo tanto de su vida, como de su obra.

29.1 La juventud como actor

Un primer aspecto lo encontramos sin dudas en su confianza en la juventud. Son numerosas las referencias de Ingenieros al rol de los jóvenes como elemento dinamizador del cambio, que también tiene como contracara el señalar a la vejez como conservadora y decadente.

En *El hombre mediocre*, obra editada en 1913 y fruto de su estadía europea, se sostiene que «Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor solo puede esperarse de ella: jamás de los enmohe-

---

de Europa, ha resuelto suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra.» En *Los tiempos nuevos*, pág. 11.

[3] Del Mazo lista como apoyos al movimiento estudiantil entre los profesores a Alejandro Korn como primer decano reformista de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, Alfredo Palacios como decano de las facultades de derecho de Buenos Aires y La Plata, Joaquín V. González como presidente de esta segunda, Ricardo Rojas primero como decano de FFyL y luego rector de la Universidad de Buenos Aires, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Estanislao Zeballos, Josué Gollán entre otros (en Del Mazo 1946). Lazarte por su parte afirma que la reforma no tuvo maestros «aunque se coqueteó con Vasconcelos, Palacios e Ingenieros» (Lazarte 1935, pág. 11) y dice de este último «el único valor serio entre los intelectuales que luchó por una Reforma verdaderamente revolucionaria».

[4] «El 2 de abril el Honorable Consejo Superior atento a los reiterados actos de indisciplina que públicamente vienen realizando los estudiantes (…) resuelve clausurar las aulas de la Universidad Nacional de Córdoba hasta nueva resolución» citado en Ciria y Sanguinetti (1987, pág. 26).

cidos y de los seniles. Y solo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda» (Ingenieros 2003, pág. 22). De ello deriva que la juventud no es solo una cuestión de edad (poco después dice «no se nace joven, hay que adquirir la juventud»), pero que resulta un elemento de peso para el fortalecimiento del idealismo transformador que, recordemos, es lo opuesto a la mediocridad.

La juventud con ideales, como la que ve en Deodoro Roca y los otros líderes estudiantiles fervorosos, que se comprometen por la transformación de la vetusta y senil universidad mediterránea, que alzan la voz a todo el mundo para denunciar «el orden monárquico y monástico» de los claustros, no puede dejar de ser pensada por Ingenieros como expresión de sus propias ideas.

Los jóvenes que se rebelan desafiantes, asumiendo los riesgos de ello, salen a denunciar el orden inmóvil, los saberes caducos, los esfuerzos ausentes de los académicos. Pujan y luchan por nuevos ideales, por el cambio, por la evolución primero de la universidad y luego de la propia sociedad, pues, como recuerda Portantiero (1978), «el puro universitario es una cosa monstruosa».[5] Del Mazo, repasando los logros de la Reforma sostiene: «La Reforma Universitaria, en razón de sus propios planteamientos, hace inexcusable para el estudiante su neutralidad política como ciudadano» (Del Mazo 1957, pág. 29).

Por eso dice nuestro autor: «el idealista perfecto sería romántico a los 20 y estoico a los 50; es tan anormal el estoicismo en la juventud como el romanticismo en la edad madura. Lo que al principio enciende su pasión, debe cristalizarse después…» (Ingenieros 2003, pág. 24). Ingenieros entiende que es lo natural, lo que le permite hacerle una crítica al propio Cervantes, por haberle puesto una edad avanzada al Ingenioso Hidalgo. «Fue un error de Cervantes la avanzada edad en que Don Quijote emprende la persecución de su quimera. Es más lógico Don Juan casándose a la misma altura en que Cristo muere…» escribe (Ingenieros 2003, pág. 28).

Frente a esa juventud tenemos la vejez, a la que identifica como una etapa tendencialmente de decadencia, en la que se afianza la mediocridad, lo que va acompañado por «las funciones del organismo que empiezan a decaer a cierta edad» (Ingenieros 2003, pág. 156). La «involución intelectual» comienza por hacer desapa-

[5] La frase recogida por Portantiero (1978) es de Deodoro Roca.

recer la capacidad de desafiar, de cambiar las cosas, de imaginar lo nuevo, lo que identifica con «la mentalidad individual». Escribe por ello «La vejez comienza por hacer de todo individuo un hombre mediocre» (Ingenieros 2003, pág. 157)[6] y pone en esa lista a grandes genios como Goethe, Kant, Virchow, Lombroso y Tolstoi cuyos aportes de juventud le resultan inconmensurablemente más valiosos que los de sus tramos finales de vida. Está claro que nadie se sustrae a esa tendencia, entonces ¿cómo podrían salvarse los catedráticos de la universidad de Córdoba, vitalicios y embalsamados junto a sus lecciones incólumes a los cambios del paso del tiempo?

Ni los jóvenes profesores acceden a dar clases en la tricentenaria universidad, donde un círculo cerrado se muestra refractario a toda novedad. Ni Darwin ni Marx ni ningún avance del conocimiento atraviesa las paredes de la casa de Trejo, ni ingresa a sus bibliotecas, ni a sus aulas. Es una universidad estancada y mediocre.

En su obra de edición póstuma, *Las fuerzas morales*, que completa a *El hombre mediocre*, y que se dedica a la juventud como destaca Biagini (2008), se anuncia el papel de esa nueva generación de los estudiantes de la Reforma, la que entre 1918 y 1923 ha generado «un nuevo espíritu en nuestra América Latina» (Ingenieros 1955b, pág. 5). En la advertencia del autor se lee, con fecha 1925, «cada generación renueva sus ideales. Si este libro pudiera estimular a los jóvenes a descubrir los propios, quedarían satisfechos los anhelos del autor, que siempre estuvo en la vanguardia de la suya y espera tener la dicha de morir antes de envejecer» (Ingenieros 1955b, pág. 5).

Es tan grande el compromiso de Ingenieros con la juventud, su comprensión de la vejez como tendencia decadente, su estrecha consecuencia entre idea y vida, que declara su deseo de que la propia no se extienda hasta esa declinación, tal vez ya intuyendo que está ante sus últimos momentos. Las fuerzas morales de la nueva generación en América Latina están llamadas a, en sus pala-

[6] Sin embargo, cuando el autor hace el análisis del papel de Emilio Boutroux en la filosofía universitaria francesa, al que ubica en un lugar central, termina reconociendo que su principal aporte es ya en su madurez, a los 63 años. En sus propias palabras: «reconozcámoslo en su honor; basta leer *Ciencia y Religión*, de 1908, para encontrar un Boutroux más interesante, el de la plena madurez; sus principios espiritualistas son casi los mismos, pero se ha despojado de la dialéctica juvenil, con todas sus contingencias» (Ingenieros 1955a, pág. 89).

bras, «desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental». Los jóvenes sin compromisos, no contaminados, son los únicos capaces de promover «una fervorosa reforma ética, ideológica e institucional» (Ingenieros 1955b, pág. 14).

Pero a no confundirse, no todos los jóvenes tienen ese espíritu, ese entusiasmo necesario para romper con el pasado,[7] por eso, la generación cordobesa le despierta esa confianza que se la ha ganado en la acción, persiguiendo ideales, con voluntad desafiante, asumiendo la incomodidad y el riesgo de romper la inercia social. En una sentencia que luego resonará en otro movimiento estudiantil medio siglo posterior: «lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor» (Ingenieros 1955b, pág. 58).

El señalamiento de lo valioso de esa juventud no es un cheque en blanco a todos los que tienen pocos años. La universidad como lugar de reunión de la juventud, puede aglutinar a una juventud decrépita, nacida vieja, sin ideales ni proyectos, apática, conservadora y conformista cuando no sumisa y cómplice del mal. Solo una nueva generación hambrienta de porvenir, como la que se condensa resistente a la opresión en el 18, es una fuerza moral transformadora de la universidad primero, y luego de la sociedad y del continente… una juventud digna con ideales y proyectos que aspira a la justicia.

29.2 Genio y multitud

La problematización de la dicotomía masa/multitud, por un lado, y «genio» o «idealista» por el otro, es un elemento recurrente, casi un clima de época que se despliega en paralelo con la vida de Ingenieros.[8]

De allí que el éxito de la publicación de *El hombre mediocre* donde realiza esa caracterización de la mediocridad, de la medianía,

[7] «Los jóvenes que no saben mirar hacia el Porvenir y trabajar para él, son miserables lacayos del Pasado y viven asfixiándose entre sus escombros» (Ingenieros 1955b, pág. 25).

[8] Montaldo (2010) ubica esta referencia en el período 1880-1930, poniendo a Ortega y Gasset como ejemplo del cierre de esa tensión o malestar con la multitud, que rastrea en múltiples autores, incluidos Ramos Mejía e Ingenieros.

en definitiva de las mayorías que forman la masa, pero que se encuentran en todos lados, sea importante.[9]

Si *El hombre mediocre* se presenta como un libro «de moral» y se centrará en el estudio de esa «vacancia» que es el mediocre, que ha pasado desapercibido según Ingenieros,[10] ese trabajo lo lleva a comenzar con el planteo de su contracara, «los idealistas», que serán los desafiantes al orden de «los mediocres».

Se trata de los hombres de mentes preclaras, los que poseen imaginación y que por ello pueden lograr que evolucionen los ideales. Ingenieros nota que hay climas y momentos que permiten que un ideal se persiga, y otros en que solo pueden estar latentes. En cada época algunos pueden ver esos ideales, y frente a ellos se produce el seguimiento o la indiferencia «del rebaño». No hay evolución humana sin esos ideales,[11] y la fuerza de la mediocridad es la que obstruye su desarrollo.

Cyrano, Stockmann o el Quijote son los arquetipos referidos en múltiples momentos para dar cuenta de los hombres de genio, los seres desiguales, virtuosos y dignos que tienen la capacidad de imaginar, movimiento necesario hacia lo perfecto, pero también de ruptura, desafiante con el pasado, con las reglas.

---

[9] Él entiende que se ha trabajado mucho sobre los genios y talentosos, y sobre los estratos inferiores, como criminales, delirantes, retardados o idiotas, ambos extremos excepcionales, pero que se ha desatendido a la capa media, mediocre, esa «gran masa imposible de caracterizar por inferioridades y excelencias» (Ingenieros 2003, pág. 38). Ese grupo fue visto como intrascendente, pero advierte el autor que «su existencia es, sin embargo, natural y necesaria. En todo lo que ofrece grados hay mediocridad; en la escala de la inteligencia humana ella representa el claroscuro entre el talento y la estulticia» (Ingenieros 2003, pág. 39).

[10] Notemos que su crítica a la psicología de la multitud, que desarrolla cuando aborda el tratamiento del libro de su maestro Ramos Mejía *Las multitudes argentinas*, del que concluye «resulta una reconstrucción grande y hermosa, pero incompleta; el talento y la ilustración no han podido compensar la deficiencia original: tesis forzada y falta de método científico» *Sociología Argentina* pág. 78, es parte de esta lectura.

[11] «Una humanidad que evoluciona no puede tener ideales inmutables, sino incesantemente perfectibles, cuyo poder de transformación sea infinito como la vida. Las virtudes del pasado no son las virtudes del presente; los santos de mañana no serán los mismos de ayer» (Ingenieros 2003, pág. 113).

No hay progreso sin imaginación, sin ideales, y sin aquellos portadores de ambos a los que califica como «la parte viva y dinámica de la humanidad» (Ingenieros 2003, pág. 21).

El hábito, la repetición, la rutina vienen de la mano de la ignorancia como las fuerzas paralizantes.

Notemos que la referencia al rol productivo y fundamental del «genio» tiene resonancias con el uso que había realizado bastante antes, John Stuart Mill, particularmente cuando publica *Sobre la libertad* (1859). Se trata de un autor conocido por Ingenieros. La referencia al inglés en el número 3 de *La Montaña*[12] ya muestra su seguimiento.

Mill hijo,[13] como Tocqueville previamente, plantea el problema de la «tiranía de la mayoría» pero entendida como una tiranía social. En sus términos, la sociedad ejerce, a través de la opinión colectiva, de las costumbres, una forma de control social sobre los individuos. Ello define e impone las reglas de conducta y la moral pública.[14]

El tratamiento de la cuestión moral en Mill (también central en Ingenieros) tiene un aspecto represivo, pero también una dimensión de construcción social. Sobre lo primero, va la denuncia del inglés al peso de las costumbres que no se cuestionan, que son

[12] *La Montaña* es el periódico de juventud que fundan Ingenieros y su amigo Leopoldo Lugones, editado durante los breves meses de abril y septiembre de 1897, lleva por subtítulo «Periódico socialista revolucionario». Allí en el número 3 incorporan un breve texto de Stuart Mill sobre las clases sociales. La Universidad Nacional de Quilmes compiló la edición facsimilar de los doce números del periódico en 1996, en un libro pensado para el centenario de *La Montaña*.

[13] Una curiosidad es que el padre de John Stuart, James Mill, es el autor de los *Elementos de Economía* (1821), obra que es traducida al español como libro de texto para la recientemente creada Universidad de Buenos Aires en 1823. La traducción de ese texto le fue encargada a Santiago Wilde (que además era el fundador del periódico *El Argos de Buenos Aires*), y habría sido un pedido directo de Bernardino Rivadavia (Unzué 2012). Este Wilde es el abuelo de Eduardo Wilde, quien será el tutor de la tesis de graduación de Ingenieros. Aníbal Ponce sostiene en relación con este vínculo que: «una tesis con tal dedicatoria solo a Eduardo Wilde se le podía confiar en padrinazgo, a Eduardo Wilde cuya tesis famosa sobre el Hipo fuera también, en su tiempo, una pedrada a los vidrios de la Facultad» (Ponce 1948, pág. 35).

[14] «Donde quiera que exista una clase dominante, la moral pública derivará de los intereses de esa clase, así como de su sentimiento de superioridad» (Mill 1980, pág. 27).

aceptadas por «el pueblo» a partir de «un servilismo» impuesto por las reglas de conducta, reflejo de las supuestas preferencias o aversiones de sus dueños o dioses. Pero allí también ve esa función reproductiva: «los intereses generales y evidentes de la sociedad (…) han desempeñado un papel, y un papel importante, en la dirección de los sentimientos morales» (Mill 1980, pág. 28).

Mill escribe que «Encontrándose la mayoría satisfecha de los hábitos actuales de la humanidad (pues ellos son quienes la hacen ser como es), no puede comprender por qué no han de ser lo bastante buenos para todo el mundo» (Mill 1980, pág. 72), lo que sugiere la voluntad de imponerlos y la incomprensión frente a aquellos que los desafían. Por ello, en términos de Ingenieros, los mediocres cumplen funciones indispensables «para el equilibrio de la sociedad» (Ingenieros 2003, pág. 53). El mediocre no inventa, no crea, no empuja ni rompe nada, desempeñan la misma función que la herencia en la evolución biológica, «conservan y transmiten las variaciones útiles para la continuidad del grupo social» (Ingenieros 2003, pág. 53).

Pero ahí también, como en nuestro autor, se produce la denuncia de esa imposición. «El espíritu humano se curva bajo el peso del yugo; incluso en las cosas que los hombres hacen por puro placer, la conformidad con la costumbre es su primer pensamiento; su elección recae siempre sobre las cosas que se hacen siguiendo lo acostumbrado; se evita, como si fuera un crimen, toda singularidad de gusto, cualquier originalidad de conducta, si bien, a fuerza de no seguir el dictamen de su natural modo de ser, no posean ya ningún modo de ser que seguir…» (Mill 1980, pág. 76). Ingenieros retoma esta idea en diversos momentos, cuando considera que la mediocridad oprime a los diferentes. «Los idealistas suelen ser esquivos o rebeldes a los dogmatismos sociales que los oprimen. Resisten la tiranía del engranaje nivelador, aborrecen toda coacción, sienten el peso de los honores con que se intenta domesticarlos y hacerlos cómplices de los intereses creados, dóciles, maleables, solidarios, uniformes en la común mediocridad» (Ingenieros 2003, pág. 22).

Por ello Mill sostiene que la originalidad es un gran valor, porque «pocas personas hay, en comparación con toda la especie humana, cuyas experiencias, en caso de ser adoptadas de modo general, sean aptas para producir algún progreso sobre el uso establecido. Pero estas pocas personas constituyen la sal de la tierra. Sin ellas, la

vida humana llegaría a convertirse en una poza estancada» (Mill 1980, pág. 79). Allí nuevamente encontramos puentes vinculantes, no solo porque para Ingenieros también se trata de una minoría la que puede desafiar el orden y aportar novedad, sino porque allí radica la única fuente del progreso social. Dice Ingenieros sobre los innovadores «son la minoría estos; pero son levaduras de mayorías venideras. Las rutinas defendidas hoy por los mediocres son simples glosas colectivas de ideales, concebidos ayer por hombres originales» (Ingenieros 2003, pág. 53).

Se trata siempre de una minoría. Mill escribe: «En verdad los hombres de genio están y probablemente estarán siempre en minoría; pero para que pueda haberlos, es necesario conservar el suelo sobre el que han de desarrollarse. El genio no puede respirar libremente más que en una atmósfera de libertad. Los hombres de genio son, *ex vi termini*, más individuales que los que no lo son; menos capaces, por consiguiente, de adaptarse, sin padecer una presión perjudicial, a cualquiera del corto número de moldes que la sociedad proporciona para evitar a sus miembros el trabajo de formarse su propio carácter» (Mill 1980, pág. 79). Ingenieros por su parte afirma: «Toda moral futura es un producto de esfuerzos individuales, obra de caracteres excelentes que conciben y practican perfecciones inaccesibles al hombre común. En eso consiste el talento moral, que forja la virtud, y el genio moral, que implica la santidad. Sin estos hombres originales no se concebiría la transformación de las costumbres: conservaríamos los sentimientos y pasiones de los primitivos seres humanos. Todo ascenso moral es un esfuerzo del talento virtuoso hacia la perfección futura; nunca inerte condescendencia con el pasado, ni simple acomodación al presente» (Ingenieros 2003, pág. 103).

Por eso la importancia del genio y de dejar que se desarrolle. Su originalidad abre los ojos, mientras que la opinión pública es vista como una «mediocridad colectiva», la «tiranía de la opinión» que es intolerante ante toda singularidad (Mill 1980, pág. 81).

El despotismo de la costumbre se opone al avance de la humanidad, porque impide el aspirar a algo más que lo acostumbrado.

Estos señalamientos jugarán un papel fundamental en la percepción de Ingenieros sobre el movimiento cordobés. Son los jóvenes educados, pero desafiantes, los que levantarán la voz contra la tradición, la mediocridad, la servidumbre voluntaria que se transmite en los claustros de esa universidad que no dejaba de ser monacal.

Primero porque es la juventud el sujeto de la revuelta y allí Ingenieros tendrá clara la vinculación entre juventud y cambio.

Pero además, es la juventud ilustrada. Dice Ingenieros: «para concebir una perfección se requiere cierto nivel ético y es indispensable alguna educación intelectual. Sin ellos pueden tenerse fanatismos y supersticiones; ideales jamás» (Ingenieros 2003, pág. 38).

En tercer lugar, porque es la juventud americana, la del sur, la de *nuestra América*, que está llamada a ser la nueva fuente de la civilización frente a la barbarie de la Europa de la guerra. Esa juventud puede rebelarse a la domesticación que la propia universidad les ha transmitido, sale a denunciarla y a cambiarla.[15]

29.3 Genio y universidad

El planteo no supone que toda la vida en la universidad, o en la academia, se corresponde con la moral idealista de los genios y los transformadores. La universidad de Córdoba está allí para recordárnoslo en 1918.

Porque los idealistas no pueden ser «tibios» ni acomodaticios y en la universidad, al abrigo del empleo académico, abundan los que sostienen esos comportamientos mediocres. Aclaremos, Ingenieros afirma que hay mediocres en la universidad y en la academia como en todos lados.

Hay también «vulgares» a los que califica como el aguafuerte de la mediocridad. Sobre estos, afirma: «Los hay en todas partes y siempre que ocurre un recrudecimiento de la mediocridad: entre la púrpura lo mismo que entre la escoria, en la avenida y en el suburbio, en los parlamentos y en las cárceles, en las universidades y en los pesebres» (Ingenieros 2003, pág. 57).

El hombre mediocre busca el éxito y para ello «triunfa humillándose, reptando, a hurtadillas, en la sombra, disfrazado, apuntándose

[15] «Habría que copiar por entero el elocuente *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, escrito por La Boétie en su adolescencia y cubierto de gloria por el admirativo elogio de Montaigne. Desde él, miles de páginas fustigan la subordinación a los dogmatismos sociales, el acatamiento incondicional de los prejuicios admitidos, el respeto de las jerarquías advenedizas, la disciplina ciega a la imposición colectiva, el homenaje decidido a todo lo que representa el orden vigente, la sumisión sistemática a la voluntad de los poderosos…» (Ingenieros 2003, pág. 121).

en la complicidad de innumerables similares» (Ingenieros 2003, pág. 77).

Por eso «la vanidad empuja al hombre vulgar a perseguir un empleo expectable en la administración del Estado, indignamente si es necesario, sabe que su sombra lo necesita. El hombre excelente se reconoce porque es capaz de renunciar a toda prebenda que tenga por precio una partícula de su dignidad» (Ingenieros 2003, pág. 78).

Acá se plantea la gran división entre el sometimiento por conveniencia, que predomina en la universidad del silencio, y la distinción ideal que no se subordina ni se corrompe a la comodidad, el sueldo, el subsidio… lo que mostrará Ingenieros en su propia vida universitaria en diversos momentos, como cuando le dedica su tesis al portero de la Facultad de Medicina generando una gran conmoción por ese desafío al saber, o luego cuando renuncia a todos sus cargos por la decisión presidencial de excluirlo de una cátedra.[16]

Ello lo habilita a desplegar su punto sobre la mediocridad intelectual y el peligro que conlleva la educación cuando busca «borrar toda originalidad poniendo iguales prejuicios en cerebros distintos» (Ingenieros 2003, pág. 62), ya que «es más contagiosa la mediocridad que el talento». Por ello, hay falsos modestos, que se creen genios incomprendidos pero son fracasados que se resignan a la mediocracia, y que devienen funcionarios. También hay «maledicentes» que son mediocres inclinados a la hipocresía por cobardía. «Los maledicentes florecen (…) en los cenáculos, en los clubs, en las academias, en las familias, en las profesiones, acosando a todos los que perfilan alguna originalidad» (Ingenieros 2003, pág. 74). Más adelante agrega: «si chapalean la ciencia, su andar es de mula mon-

[16] Bagú (1963), en su ornamentada pintura sobre la vida de Ingenieros, no ahorra detalles para relatar el modo en que el joven estudiante muestra sus destellos de crítica impertinencia al dedicarle su trabajo de tesis «Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad». Ponce (1948) en su biografía del autor sostiene que ese gesto también fue por el servicio de García, que logró destrabar un demorado pedido del joven estudiante, entrampado en la burocracia de la facultad. Pero años después y ya más maduro, no altera su actitud consecuente, cuando al ser excluido por el poder ejecutivo a cargo de Sáenz Peña de la titularidad de la cátedra de medicina legal, renuncia a todo (incluida la dirección del instituto de criminología) emprendiendo el viaje a Europa en el que escribirá *El hombre mediocre* (para detalles de esta decisión Vermeren y Villavicencio 1998).

tañesa, deteniéndose a rumiar el pienso pastado medio siglo antes por sus predecesores. Esos fieles de la rapsodia y de la paráfrasis practican esa pudibunda modestia que es su mentira convencional; se admiran entre sí, como solidaridad de logia…» (Ingenieros 2003, pág. 76). ¿Qué duda cabe de esta lectura que su desprecio por los universitarios existentes, por los que se aferran a sus cátedras, a sus curules, a sus pequeños privilegios, que les permiten vagar, abandonar el estudio, autocongratularse mutuamente, es elevado? ¿La logia referida no encuentra en la academia, en la *Corda Frates*, expresiones concretas desafiadas por la Reforma?

> «Para crear una partícula de Verdad, de Virtud o de Belleza, se requiere un esfuerzo original y violento contra alguna rutina o prejuicio; como para dar una lección de dignidad hay que desgoznar algún servilismo. Todo ideal es, instintivamente, extremoso; debe serlo a sabiendas…» (Ingenieros 2003, pág. 23).

De allí que la reforma, o la revolución, sean necesarias para superar el pasado. Por eso el apoyo decidido a los estudiantes del 18 es consistente con su obra. En Córdoba se está levantando la vida, la verdad y la dignidad frente a la mediocridad definida como la ausencia de características personales que distingan al individuo de su sociedad.

29.4 ¿La universidad del porvenir había llegado?

Corre el año 1920, y mientras los ecos de la Reforma Universitaria siguen inflamando a la juventud estudiantil, José Ingenieros publica *La universidad del porvenir*.

Es parte de su apuesta por la regeneración social, que lo ha acompañado desde sus primeros pasos[17] y que termina de encontrar en las demandas de los estudiantes una comunión plena. Como anuncia ya desde las palabras iniciales del texto: «Los grandes cambios sociológicos suelen coincidir con variaciones fundamentales del pensamiento colectivo» (Ingenieros 1956, pág. 5) para completar poco después «en las naciones civilizadas contemporáneas, la

[17] En 1888, aun estudiante del Colegio Nacional, a decir de Ponce «siempre entre los primeros de su clase y entre los primeros de la huelga» (Ponce 1948, pág. 20) funda un periódico estudiantil que lleva el anticipatorio título de «La Reforma».

Universidad aspira a ser el laboratorio donde se plasma la ideología social, recogiendo todas las experiencias, auscultando todas las aspiraciones, elaborando todos los ideales. Ningún problema vital para la sociedad puede serle indiferente» (Ingenieros 1956, pág. 5).

Podemos sostener que el apoyo de Ingenieros a la Reforma cordobesa, que se extiende por nuestra América, y que llega ya en el tramo final de su vida, es el corolario de toda su trayectoria previa.

En *La universidad del porvenir* se hace la denuncia de las universidades que no cumplen su función, que resultan inactuales por su espíritu y exóticas por su origen y organización (en especial, por el legado medieval de esa universidad escolástica que perdura).

Ingenieros comprende que la universidad ha perdido su capacidad de dirección, deviniendo un engranaje administrativo integrado por escuelas profesionales que se limitan a formar especialistas. Esa universidad abandona su misión fundamental, que es fijar los principios, las direcciones, los ideales que organizan la cultura superior en servicio de la sociedad.

Por eso, y en especial en Córdoba, por su componente tradicional y clerical, Ingenieros contrapone la sociedad feudal y su cultura teológica con la sociedad democrática y científica, y es evidente que el contraste encuentra en la provincia mediterránea su forma de expresión contemporánea. Allí esas tensiones de siglos se vuelven insostenibles, y generan la revuelta estudiantil, el desafío a la pétrea costumbre en toga. Recordemos las palabras de Sarmiento en *Facundo*, cuando caracteriza a Córdoba *la docta*, y su universidad «en cuyos claustros sombríos han pasado su juventud ocho generaciones de doctores en ambos derechos, ergotistas insignes, comentadores y casuísticas» (Sarmiento 1988, pág. 102). Se refiere a un siglo antes, pero muchos de esos rasgos perduran.

La apuesta es a que la universidad se adapte a su época, a los cambios, a las nuevas ideas, superando el inmovilismo de la academia, con sus profesores vitalicios.

La universidad debe formar hombres, con una educación integral, y esa tarea excede a las facultades transmisoras de saberes técnicos y profesionales, y se deposita en la dirección de la universidad.

La universidad se debe exclaustrar en primer lugar. Su cerrazón se dio mientras fueron universidades de minorías, de clases privilegiadas. También deben desarrollar la extensión universitaria como

parte de sus herramientas para elevar intelectual y técnicamente a todo el pueblo, y para esos cambios cuenta con los profesores suplentes y los estudiantes (allí la referencia fuerte a las nuevas formas de representación funcional que ve en la Rusia revolucionaria, y que tienen su aplicación directa en los órganos colegiados de gobierno de las universidades).

La crisis de las universidades que Ingenieros denuncia en plena Reforma, es por su incapacidad de desempeñar las funciones culturales más necesarias, que no se corresponden con un modelo único de universidad, porque allí también ve que hay «nacionalidades sociológicas» (Ingenieros 1956, pág. 17): la universidad latinoamericana se adapta a su ambiente, a su realidad, al medio que ofrece nuestra América.

Si sentencia que «las universidades nuevas tienen más posibilidades de renovarse que las viejas», como pasó en Buenos Aires pocos años antes o en La Plata,[18] y no sucede en la colonial Córdoba, solo una nueva dirección general de la universidad puede avanzar por esa vía de cambio, impulsando las profundas transformaciones imprescindibles.

¿Dónde se encarna ello? Ingenieros recupera una larga tradición, con ecos kantianos,[19] para referirse al papel de una facultad de ciencias morales o humanidades o filosofía y letras, como el instrumento ideológico de la nueva universidad, como el espacio en el que se debe generar la interdependencia ideológica de las facultades, que no se confunde con una mera vinculación burocrática-administrativa como existe. Por eso el intercambio de estudiantes entre facultades favorece la amplitud de criterio.

Pero esta apuesta no niega la realidad. Ingenieros ve que hay fuerzas conservadoras potentes que pugnan por impedir todos los cambios. «En todas las universidades existen poderosos intereses creados, opuestos a todo plan de renovación» (Ingenieros 1956,

[18] Notemos que con la organización inicial del movimiento estudiantil ya desde los primeros años del siglo pasado, y en parte a raíz de las huelgas estudiantiles en algunas facultades de la universidad porteña (en Derecho en 1903, en Medicina en 1905), la misma concede diversos cambios que se plasman en reformas estatutarias (en 1906). Por otro lado, la en ese entonces muy reciente Universidad de La Plata, concebida con un modelo científico con cierta inspiración humboldtiana, también es una universidad mucho más dinámica y permeable a los cambios que la de Córdoba.

[19] En *El conflicto de las facultades*.

pág. 16), a lo que se le suma que «no es posible, desgraciadamente, contar siempre con el factor extraordinario y providencial representado por los hombres de genio, cuya función consiste en ver más lejos y adelantarse a su tiempo» (Ingenieros 1956, pág. 17). Esos son los estudiantes de Córdoba como Roca, Del Mazo, Lazarte y muchos otros, que enfrentan al orden interno, pero también a la reacción que vendrá rápidamente de afuera. Aníbal Ponce nos recuerda que ya en 1919 Ingenieros está retirado de la universidad «para no complicarse en las sucias intrigas con que la política corrompía a la Reforma» (Ponce 1948, pág. 150). Para 1922, con el cambio de gobierno y la asunción de Marcelo Torcuato de Alvear, expresión de los sectores más conservadores del radicalismo, las ambigüedades devienen una clara contrarreforma, y muchos de los logros iniciales se revierten.

29.5 La universidad y el porvenir

La confianza de Ingenieros en los jóvenes reformistas del 18, su decidido apoyo a la revuelta y al sentido general de los cambios que se propusieron, fue una apuesta política, tal vez su última jugada, ya de madurez, intentando pasar la antorcha generacional, esperando que sean esos otros los que iluminen el camino del futuro, el de una universidad, pero fundamentalmente de una sociedad diferente.

Los tiempos nuevos que vislumbraba hace un siglo, eran presentados como «los balbuceos de un naciente mundo moral» que sabemos hoy que no ha llegado. En ese escenario la educación debía ser integral, transmitiendo conocimientos para el trabajo, pero también formadora de ciudadanos para «ese gran proceso que tiende a sobreponer la justicia al privilegio, la cultura a la ignorancia, la dignidad a la servidumbre» (Ingenieros 1961, pág. 29), completando poco después: «Creo posible que nuestros hijos miren como cosas corrientes muchos de los ideales que nuestros padres consideraban utopías irrealizables: el nuevo régimen tributario, la desaparición de los privilegios de clase, los derechos de los trabajadores, la capacidad política y civil de la mujer, la asistencia social por el Estado, los tribunales de arbitraje en materia internacional, la eugenesia,[20] la supresión de las burocracias parasitarias, la igualdad de las igle-

[20] La referencia a la eugenesia parece exótica en esta enumeración, pero nos devuelve al clima positivista que resulta indisociable de la obra del autor.

sias ante el Estado, la educación integral, etcétera» (Ingenieros 1961, pág. 29) son las que llamará las nuevas aspiraciones.

Pero ese ideal de transformación social, así como su capítulo en la universidad, ha quedado trunco, como el proyecto reformista, reducido a una serie de consignas que perduran hasta el presente, vaciadas de sus sentidos originales.

El proyecto de la educación integral fue sacrificado hace décadas en nombre de la imposición del profesionalismo, la transmisión de saberes técnicos y la visión neoutilitarista. La abdicación de la juventud estudiantil en este reclamo, severamente transformada en el ciclo de las postdictaduras en *Nuestra América*, pero también distraídas por los efectos del hegemónico orden neoliberal en los países norteños, parece inconmovible. Si el motor del cambio estaba en la savia juvenil, los nuevos movimientos estudiantiles que se consolidan en las últimas décadas, aunque refieran a la Reforma del 18 como lejano antecedente (no es claro que en otras latitudes se reivindique la activación estudiantil de fines de los años sesenta), han renunciado a cualquier cambio sustancial, a cualquier compromiso político de transformación para orientarse al pragmatismo presentista.

Lo mismo podemos decir el resto de los actores universitarios. Como escribía Horacio González, «hace muchos años que no se escucha a las autoridades universitarias (…) proferir temas, conceptos o razonamientos que se refieran a las tradiciones propias del conocimiento. Es decir, a la filosofía en su relación con las artes y las ciencias, o a las relaciones del conocimiento con las condiciones de la existencia social. Este vacío de universidad corre el riesgo de caracterizar hoy a la misma universidad» (González 2017, pág. 147).

Hoy la universidad argentina, como la latinoamericana en general, siguiendo los ritmos impuestos por el proceso de esterilización de la universidad a nivel mundial, persigue la gloria de escalar en los ránkings universitarios, en general de pretensiones mundiales, que sugieren homogenizaciones imposibles y sin sentido, deshistorizadas, descontextualizadas, burocratizando toda la labor académica de transmisión y producción de conocimiento y de extensión social.

El abandono de la docencia como función transformadora de la sociedad, junto al avance de lo que podríamos llamar la *commodi-*

tización de la misma,[21] contracara de su desapasionamiento, de la pérdida del compromiso transformador (que se puede encontrar un poco de todos lados en las aulas), conducen a una enseñanza de contenidos, sin reflexión sobre implicancias y resultados, y con escasa propensión a la crítica.

El personal docente embarca sus esfuerzos en el desarrollo de la productividad académica, que se expresa en las nuevas formas que adopta la carrera universitaria y científica. La reproducción de las pautas de «acumulación» que se internacionalizan, es clara y los esfuerzos se limitan a trabajar en esa dirección, agregando renglones a los cv's que reproducen un formato predefinido, con pocas variaciones, que ayuda a orientar comportamientos.

Es cierto que en este siglo que nos separa de la obra y la vida de Ingenieros, no siempre las aguas han estado tan calmas. No en todos los momentos la historia estuvo tan detenida, e incluso podríamos ver que más allá del 18, en algunas encrucijadas de la coyuntura, la universidad pareció retomar su lugar de motor de un cambio, de una regeneración y su compromiso con un porvenir mejor. Pero no fueron esas las potencias que lograron imponerse. La normalización tendió a relegar, cuando no mutilar, esos intentos de ruptura y apuesta por un nuevo futuro. La universidad fue cediendo ante las presiones despolitizadoras, por las inercias burocrático institucionales, cuando no por sus lógicas políticas subordinadas a juegos externos, a heteronomías impuestas por la mercantilización

[21] El proceso de *commoditización de la docencia* se entiende a partir de una serie de transformaciones que, por un lado, avanzan sobre la estandarización de la función del docente universitario, le restan valor, y los hace intercambiables. La calidad de las *commodities* se entiende que es estándar, tiende a la uniformidad con ligeras variaciones. Esto se logra en el proceso de construcción de un mercado de trabajo docente universitario, y es inescindible de la burocratización de las tareas, de la domesticación del docente, obligado a destinar tiempos crecientes a actividades repetitivas, no creativas o administrativas. Por ello va surgiendo un perfil de docente o investigador que cumple con los requisitos explicitados por las instituciones, cada vez más claramente pautados. Que construye sus antecedentes, que a fuerza de estandarización, comienzan a parecerse entre todos. De allí que pierda relevancia quién es el profesor. El profesor deviene un producto genérico, y por eso la creatividad, la originalidad, la pasión o el compromiso tienden a perder relevancia, en definitiva, devienen a fuerza del abandono del esfuerzo, la creatividad y la novedad, la mediocridad presentada por Ingenieros.

u otras fuerzas desligadas de las lógicas del saber, su producción y transmisión.

Pero las tensiones siguen allí, latentes, sepultadas debajo de los múltiples malestares que abriga nuestra contemporaneidad, y que fermentan lentamente a la espera de las nuevas voces que reaviven el desafío, como esas que escuchó Ingenieros hace un siglo, aunque no llegó a ver su desenlace.

Referencias bibliográficas

BAGÚ, SERGIO

1963 *Vida de José Ingenieros*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 661.

BIAGINI, HUGO

2008 «La cultura de la resistencia juvenil y el proceso emancipador», en *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, n.º 11, referencia citada en página 654.

CIRIA, ALBERTO Y HORACIO SANGUINETTI

1987 *La Reforma universitaria*, Buenos Aires: CEAL, vol. 1, referencia citada en página 652.

DEL MAZO, GABRIEL

1946 *Estudiantes y Gobierno universitario*, Buenos Aires: El Ateneo, referencia citada en página 652.

1957 *La Reforma Universitaria y la universidad latinoamericana*, Buenos Aires: Coepla, referencia citada en página 653.

GONZÁLEZ, HORACIO

2017 *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*, Buenos Aires: Paradiso, referencia citada en página 666.

INGENIEROS, JOSÉ

1955a *Emilio Boutroux*, Buenos Aires: Meridion, referencia citada en página 654.

1955b *Las fuerzas morales*, Buenos Aires: Editorial TOR, referencia citada en páginas 654, 655.

1956 *La universidad del porvenir*, Buenos Aires: Ateneo, referencia citada en páginas 662-665.

1961 *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 665, 666.

2003 *El hombre mediocre*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en páginas 652-662.

LAZARTE, JUAN

1935 *Líneas y trayectorias de La Reforma Universitaria*, Rosario: Librería Ruiz, referencia citada en página 652.

MILL, JOHN STUART

1980 *Sobre la libertad*, Buenos Aires: Hyspamérica, referencia citada en páginas 657-659.

MONTALDO, GRACIELA

2010 «Hombres de la multitud y hombres de genio en el fin de siècle», en *Entre hombres: masculinidades del siglo XIX en América Latina*, ed. por Ana Peluffo e Ignacio Sánchez Prado, Madrid: Vervuert, referencia citada en página 655.

PONCE, ANÍBAL

1948 *José Ingenieros, su vida y su obra*, Buenos Aires: Editores Iglesias y Matera, referencia citada en páginas 657, 661, 662, 665.

PORTANTIERO, JUAN CARLOS

1978 *Estudiantes y política en América Latina*, Ciudad de México: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 653.

SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO

1988 *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 663.

UNZUÉ, MARTÍN

2012 «Historia del origen de la Universidad de Buenos Aires (a propósito de su 190 aniversario)», en *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, vol. III, n.º 8, referencia citada en página 657.

VERMEREN, PATRICE Y SUSANA VILLAVICENCIO

1998 «Positivismo y ciudadanía: José Ingenieros y la constitución de la ciudadanía por la ciencia y la educación en la Argentina», en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, n.º 15, referencia citada en página 661.

CAPÍTULO 30

Ingenieros y la aventura filosófica francesa

PATRICE VERMEREN*

La mort d'Emile Boutroux en 1922 aura été pour Ingenieros l'occasion de régler son compte à la philosophie universitaire en France.[1] Il l'écrit d'emblée : il n'y a pas eu de philosophes dignes de ce nom à la Sorbonne ou à l'Ecole Normale Supérieure au dix-neuvième siècle. Comte, Renouvier, Fouillée, qu'il tient manifestement pour d'authentiques philosophes, ayant élaboré un système propre, se sont tenus, ou ont été tenus, hors de la bureaucratie enseignante ; et ne furent reconnus comme professeurs de philosophie ni Lamennais, ni Saint-Simon, ni Taine, ni Renan. Il n'y en a pas plus en ce début du vingtième siècle. Boutroux, le personnage le plus en vue de la philosophie universitaire française, aura été successivement adepte du spiritualisme de Ravaisson, professeur d'une histoire de la philosophie à l'allemande naturalisée française, moraliste mystique, trois personnages qui sont à comprendre à travers les influences du milieu dans lequel il a évolué, et en font un tempérament, non un philosophe.

Ingénieros commence par décrire la philosophie officielle de la Monarchie de juillet, en s'inspirant de Les philosophes classiques en France, pamphlet –« agudisimo libro »– de Taine, et du Victor

* Laboratoire d'Etudes et de Recherches sur les Logiques Contemporaines de la Philosophie, Université París 8.

[1] José Ingenieros : « Emilio Boutroux y la filosofía francesa de su tiempo », *Revista de Filosofía*, mai 1922, págs. 321-425, repris en livre en 1923 sous le titre *Emilio Boutroux y la filosofía francesa*. Voir Hugo Biagini, Elena Ardissone et Raúl Sassi : *La Revista de Filosofía. Cultura, Ciencias y Educación (1915-1929)*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, 1984.

Cousin « magnífico ensayo biográfico sobre su cabecilla » de Jules Simon :[2] d'abord une philosophie grise du sens commun importée d'Ecosse par Royer-Collard, pour faire pièce aux doctrines sensualistes, puis le panthéisme rationaliste de Victor Cousin, inspiré de Schelling plus que de Hegel, avec la préservation de trois mythes classiques : Dieu, l'âme immortelle et le libre arbitre. En ajoutant un peu de patriotisme, avec Descartes et Maine de Biran, l'éclectisme était né, devenant la doctrine de la jeunesse romantique et roulant avec les idées libérales de la monarchie constitutionnelle. De Cousin, Ingenieros écrit : « Sa carrière de philosophe se termine au moment précis où il se convertit en philosophe influent », recevant en échange de son allégeance au vainqueur de la révolution de 1830, le roi Louis-Philippe, le tutorat de l'enseignement officiel, sans limites. Sa doctrine évolue rapidement vers un compromis spiritualiste pour défendre l'ordre social contre la réaction théologique des catholiques conservateurs et le panthéisme invasif des saint-simoniens et des positivistes de gauche. Ingénieros ajoute que tout ce que Schopenhauer a écrit sur le philosophisme professionnel et universitaire en Allemagne peut s'appliquer à celui de la France de cette époque, évacuant toute doctrine politiquement inconvenante, et il décrit avec précision les carrières des membres du « régiment » de Cousin.

Cette hégémonie de l'éclectisme sur les orientations éducationnelles et philosophiques durant la Monarchie de Juillet est mise à mal par la crise politique et succombe en trois temps. La révolution de 48 donne le pouvoir aux républicains anticléricaux et socialistes, le saint-simonien Hippolyte Carnot, collaborateur de Pierre Leroux et Jean Reynaud, secondé par Edouard Charton et Charles Renouvier, auxquels Ingenieros adjoint les jeunes rassemblés autour de Amédée Jacques et Jules Simon dans la revue *La liberté de penser*, et les professeurs autrefois compromis avec l'administration de Cousin devenus anti-orléanistes et critiques de l'éclectisme : Ravaisson, Vacherot, Cournot. Ingénieros porte une attention singulière à la figure de Renouvier, auteur du Manuel républicain de l'homme et du citoyen, qui provoqua la chute du ministre Carnot. Après l'insurrection populaire de juin 1848, l'alliance des libéraux royalistes

[2] Taine (1857), republié ensuite sous le titre *Les philosophes classiques en France* ; Jules Simon : Victor Cousin, París, Hachette ; voir Ingenieros (1947, pág. 37).

et des catholiques traditionalistes paniqués, et la proclamation de la loi Falloux, qui vit Thiers et Cousin « baiser la main de ceux qui les avaient anathèmisés », le coup d'Etat de Louis-Napoléon Bonaparte fait triompher les forces conservatrices et la nouvelle crise politique modifie le calcul de l'Etat enseignant : il supprime l'instrumentalisation politique du philosophisme officiel, et son enseignement dans les classes terminales des lycées. La bureaucratie des éclectiques aura finalement expiré sous le triple coup des républicains de Carnot, des catholiques de Falloux et des bonapartistes de Fortoul.

Ingenieros peut alors décrire le nouveau monde intellectuel que l'Empire libéral veut édifier comme théâtre, loin de tout préjugé philosophique, de tout dogme religieux, de toute utopie politique, et l'entrée en scène de Félix Ravaisson. La décadence de l'éclectisme universitaire se marque emblématiquement par le changement d'étiquette : vivants asphyxiés, mais vivants malgrè tout, confinés dans l'enseignement supérieur, sans pouvoir bureaucratique, les disciples de Victor Cousin se revendiquent maintenant du spiritualisme. Le néo-positivisme libéral et scientifique, marqué par la lecture de Hegel et le déterminisme, laisse toute leur place aux figures de Renan, Berthelot et Taine, qui sont la cible privilégiée de la campagne des catholiques contre l'athéisme et le matérialisme. Le néo-criticisme républicain, sous la bannière de Kant et de la liberté, avec Cournot, Vacherot et Renouvier, est irréductible à l'Empire et se prépare à faire école. Pour se tenir à l'écart de ce champ agonistique, le nouveau ministre de l'Instruction publique, Duruy, nommé en 1864, cherche un homme qui puisse rallier de nouvelles couches intellectuelles et donner au gouvernement de l'Empire la force morale dont le coup d'Etat l'avait privé. Ce sera Félix Ravaisson.

Le portrait que dresse Ingenieros de Ravaisson réduit le philosophe à sa fonction d'homme de la situation politique, le décrivant comme « sin aristas », demeuré disciple de Schelling avec de vagues influences d'Aristote et de Leibnitz, et qui pour mieux prouver sa capacité à se distancier des éclectiques, dès avant 48 « répétait à toute heure qu'il ne l'était pas ». S'adaptant facilement à tous les pouvoirs, passant sans émoi de la monarchie à la république puis à l'Empire, agrégé de philosophie devenu haut-fonctionnaire, nommé inspecteur des bibliothèques par Cousin ministre de Thiers en 1840 puis inspecteur général de l'enseignement supérieur par

Rouland ministre en 1859, il s'attache sous l'Empire à satisfaire la bureaucratie qui détestait les positivistes et les criticistes, se gardant bien de se rendre suspect d'athéisme ou de nier le libre-arbitre, jusqu'à incarner dans son Rapport sur la philosophie en France au XIX° siècle en 1868 le spiritualisme le plus pur, absolu, philosophisme officiel opportunément propre à servir la cause politique de l'Empire libéral, et à rétablir le prestige des études métaphysiques dans l'enseignement universitaire. Ingenieros ne veut voir dans ce Rapport qu'une simple recension, quasi bibliographique, des travaux publiés dans le siècle. Lachelier prendra le relais de cette « difficile gestion des négoces philosophiques », étayant l'insuffisance du spiritualisme de Ravaisson avec une certaine dose de kantisme, prenant sa part dans le débat suscité par la défense par Elme Caro de l'idée de Dieu, combattant Taine et saluant Renouvier, devenant « le véritable sauveteur de la philosophie universitaire ».

Ingenieros ne reconnaît en rien ce qui pourrait apparaître, comme l'a décrit Stéphane Douailler[3], « un ressourcement de la philosophie française à l'initiative de Ravaisson, intronisant Maine de Biran contre Royer-Collard et contre l'aventure éclectique comme source de la philosophie spiritualiste française, et qui dans cette substitution engagerait en réalité un 'véritable changement d'orientation dans la philosophie française[4]' que Bergson lui-même salue comme tel à la fin du siècle ». Loin de prendre la mesure d'une reconnaissance qui s'était imposée de tenir le Rapport pour une œuvre de philosophie et représentation vraie de l'activité philosophique, il y voit certes une façon de débarrasser l'horizon de la philosophie des querelles sur les petites manières de tenter de faire coïncider les vérités doctrinales et le gouvernement des esprits propres au philosophisme cousinien, mais en rien une autre manière de philosopher, ni « la possibilité de prendre une vue devant laquelle tout effort de pensée, qu'il le veuille ou non,

[3] Stéphane Douailler : « L'âme à la Sorbonne », S. Douailler, R.P.Droit, P.Vermeren:*Philosophie, France, XIX° siècle*, París, Le Livre de Poche, 1994, pág. 869.

[4] Henri Bergson : *Notice sur la vie et les œuvres de M.Félix Ravaisson-Mollien*, Séances de l'Académie des sciences morales et politiques, 20-27 février 1904, pág. 28. Voir Dominique Janicaud : *Ravaisson et la métaphysique. Une généalogie du spiritualisme français*. París, Vrin, 1997.

conspirait en réalité à la métaphysique ».[5] A fortiori Ingenieros refusera-t-il de percevoir la profondeur de « cette identification de la tradition philosophique de la Sorbonne à ce geste qui révèle en toute pensée et en tout acte la puissance qui l'emporte vers la fin métaphysique des choses », à partir de la différence opérée par Ravaisson entre le sujet attesté dans l'instantané du cogito et l'expérience révélatrice de l'intemporalité de l'effort volontaire, et de Boutroux plaçant bientôt leur point de départ « non plus comme chez Descartes dans la raison », mais dans la science, voire « dans la science et les institutions ».[6]

Les circonstances dans lesquelles Boutroux et sa génération apparaissent sont référées à la politique et à la crise de 1870-1875, de la proclamation de la République, la guerre franco-allemande (perdue) et la Commune de Paris (réprimée dans le sang), jusqu'à la Constitution de 1875, et au vote qui conforte la République à une voix de majorité. Quelles étaient les positions politiques des philosophes selon Ingenieros ? Les spiritualistes Caro et Janet à la Sorbonne sont antirépublicains, antibonapartistes et antilégitimistes, donc proches des orléanistes Thiers et Mac Mahon ; parmi les éclectiques Bouiller s'était rallié aux bonapartistes et Franck était plus conservateur que jamais ; Ravaisson disposé à servir le parti au gouvernement était devenu conservateur au Louvre, laissant à son disciple Lachelier la défense de la philosophie à l'Ecole Normale Supérieure ; les philosophes non-universitaires, Vacherot et Renouvier, étaient républicains et anti-cléricaux ; les positivistes, libéraux, antibonapartistes, antilégitimistes et anti-cléricaux ; les catholiques, monarchistes et papistes. De la jeune génération philosophique qui s'avance, trois noms se distinguent : Alfred Fouillée, le plus brillant, idéaliste-positiviste, qui cherche à concilier Platon et Hegel avec Taine ; Ribot, positiviste, proche de Taine ; Boutroux, spititualiste dialectique, sur la ligne de Ravaisson et de Lachelier. Toute cette jeunesse ne traitait que d'un thème :

---

[5] Stéphane Douailler, *op.cit.* pág. 870. Voir aussi Renzo Ragghianti : « In margine ad una nuova traduzione della *Contingence* di Boutroux », *Giornale Critico della filosofia italiana*, vol.XVII, anno C (...), fasc.1, 2021, note 2 pág. 135.

[6] Emile Boutroux : « La philosophie en France depuis 1867 », *Revue de métaphysique et de morale*, tome XVI, 1908, *op.cit.* pág. 873, republié dans Roger-Pol Droit, Stéphane Douailler, Patrice Vermeren : *Philosophie, France, XIX° siècle*, op.cit. pág. 912 sq.

Liberté ou déterminisme. C'était le titre de la thèse de Fouillée (1872), l'astre de sa génération, qui prenait une position vraiment originale ; celle de Ribot portait sur L'Hérédité psychologique (1873) et était franchement déterministe ; celle de Boutroux sur la contingence des lois de la nature (1874), renovait, avec une indéniable ingéniosité dialectique, l'attitude indéterministe des éclectiques et des spiritualistes.

Ingenieros lit ce dernier texte avec attention, et en restitue le dispostif spéculatif, pour mieux montrer que Boutroux, proclamant la contingence des lois naturelles sans réellement la démontrer, sauvait le libre arbitre et ses conséquences morales et religieuses, se conciliant les esprits réactionnaires, monarchistes et catholiques : sa thèse fut la dernière expression du spiritualisme universitaire français, bien loin d'annoncer une renaissance de la métaphysique, Dans ses cours, il n'hésite pas à revendiquer de tâcher d'expliquer la philosophie de Kant comme il l'expliquerait lui-même, mais il ajoute qu'il tâchera ensuite de tirer profit de cette étude historique en vue de la solution des questions qui se posent aujourd'hui, qui ne peut être imputée qu'au néocriticisme du républicain Renouvier. Mais elle permit à Boutroux de remplacer Fouillée à l'Ecole Normale, et Janet à la Sorbonne, et dans ce temps de triomphe de la république, Boutroux se réfugie dans l'histoire de la philosophie. « Le philosophisme universitaire de tous les temps et dans tous les pays s'est caractérisé par une tendance à la docte rumination des textes classiques, comme si les problèmes philosophiques étaient des pièces mortes d'une archéologie idéologique », écrit Ingénieros, citant comme exemple exemplaire de l'historicisme en France l'école de Cousin. L'œuvre de Boutroux en ce domaine est pauvre, trois conférences, « agréables dissertations sans transcendance », à l'Ecole Normale de Fontenay aux roses ; une compilation d'articles –et non des livres– publiés entre 1863 et 1897, une monographie sur Pascal, avec pour méthode « relire les œuvres d'un auteur, les comprendre bien et les exposer comme le ferait leur propre auteur ».[7]

[7] Dans ses cours à la Sorbonne, Boutroux n'hésite pas à revendiquer de vouloir « expliquer la philosophie de Kant comme il l'expliquerait lui-même », mais il ajoute qu'il tâchera ensuite de tirer profit de cette étude historique en vue de la solution des questions qui se posent aujourd'hui. Soit par exemple l'idée que Kant, en faisant de la liberté une fin et un moyen, nous offrirait une solution à la principale difficulté que présente le socialisme, qui part de cette idée que tous les individus sans exception

Ce que Ingenieros appelle faire un résumé. Le troisième moment de la carrière de professeur de Boutroux correspond au triomphe des politiques « modérés », des philosophes « mystiques » et de la littérature « décadente », face aux excès de la réaction idéaliste et mystique contre l'enseignement laïque, la science et la démocratie, emblématiquement marquée par l'article de la Revue des Deux Mondes du 1er janvier de 1895, rédigé par son directeur Ferdinand Brunetière, sous le titre Après une visite au Vatican, annonçant la banqueroute de la France intellectuelle. Boutroux est la figure philosophique de la politique de réconciliation de Raymond Poincaré : « A une politique de réconciliation correspond naturellement une philosophie de la conciliation, des tendances modérées et conservatrices, propice aux "idées moyennes", sans angles ni aspérités ». Boutroux sera le philosophe de ce nouvel ordre moral, avec ses quelques conférences et préfaces réunies dans Science et religion en 1908. Habilement, il oppose les tendances naturalistes, Comte, Spencer et Haeckel, aux spiritualistes, Ritschel ou Sabatier, et se positionne pour incarner les idées médianes entre le catholicisme scolastique de la droite et le protestantisme kantien de la gauche, entre le cléricalisme et l'anticléricalisme : il est devenu « l'homme représentatif d'une conciliation entre les droites et les gauches, la raison et le sentiment, la science et le mysticisme ». S'il n'est pas l'auteur d'un système philosophique capable de lui survivre, il aura contribué à développer l'esprit philosophique dans les sciences spéciales, aussi la multiplicité des disciplines particulières avec un caractère philosophique : « Ningun maestro ha contribuido tanto a reanimar ese amor a la filosofía que después se ha convertido en una moda tan triunfante como la del tango », écrit Ingenieros.

En France, Edmond Goblot donnera ce compte-rendu critique du livre d'Ingénieros dans la Revue philosophique de la France et de l'Etranger, qui sera repris dans la Revista de filosofia :

---

doivent être des fins, et voulant la réaliser, risque de faire disparaître l'individu dans une solidarité universelle et inflexible, et au risque que l'égalité cherchée ne fasse s'abîmer la société dans la médiocrité. Voir E.Boutroux : *La philosophie de Kant*, París, Vrin,1926 pág. 280.

REVUE PHILOSOPHIQUE

IV. Philosophie contemporaine.

José INGENIEROS Emilio Boutroux y la filosofia universitaria en Francia. Buenos-Aires, Agencia general de libreria, 1923, 1 vol.163 p.

Il est certain que l'enseignement philosophique n'a pas toujours joui dans l'Université de France de la liberté intellectuelle qui lui est aujourd'hui reconnue et assurée. En étudiant la vie et les écrits d'E. Boutroux, l'auteur d'El porvenir de la filosofia fait l'historique de l'orthodoxie philosophique naguère imposée à nos enseignements secondaire et supérieur pour des motifs d'ordre politique. Depuis la « chute » de V. Cousin en 1863 et la fin de ce que l'auteur appelle sa « dictature », les maîtres de la doctrine officielle, qui furent successivement Ravaisson, Lachelier et Boutroux, n'ont laissé après eux qu'un petit nombre de pages imprimées contenant des doctrines inoffensives. On trouve, au contraire, des idées hardies et une production aussi brillante qu'abondante chez des philosophes qui ont quitté l'Université pour reprendre leur liberté, comme Taine et Fouillée, ou ne lui ont jamais appartenu, comme Auguste Comte et Renouvier.

M. Ingenieros distingue trois époques dans la vie d'E. Boutroux. C'est d'abord l'ingénieux et subtil dialecticien (l'auteur dit même « ergoteur », ergolista) de la Contingence des Lois de la Nature, puis l'excellent historien de la philosophie des cours de l'Ecole normale et de la Sorbonne, enfin le « mystique moral » de Science et Religion.

On ne peut qu'admirer les pages magistrales dans lesquelles M. Ingenieros condense l'argumentation déjà si serrée de la thèse sur la Contingence. Toute la documentation du livre est abondante, circonstanciée, précise. On s'étonne qu'un étranger puisse parler avec une connaissance si parfaite, une pénétration si juste, des livres, des hommes et des choses de chez nous. On lui sait gré de le faire avec tant de sympathie, même dans la critique.

Ce qui lui a échappé, c'est que les trois hommes en qui il voit les représentants de la philosophie officielle furent en réalité les esprits les plus libéraux, les véritables ouvriers et les champions victorieux de la liberté intellectuelle dont nous jouissons aujourd'hui. Boutroux, dans les dernières années de sa vie, a été considéré à l'étranger comme le plus éminent des philosophes français vivants. M. Ingenieros semble déçu de trouver, après sa mort, son œuvre si maigre. Cette déception est assez pénible pour ses élèves, qui ont gardé de leur maître un souvenir si affectueux, respectueux et reconnaissant. La vérité est qu'il fut avant tout un incomparable professeur. Il avait une aptitude

extraordinaire à entrer dans la pensée de ses élèves pour la clarifier, l'animer, la féconder; jamais il ne cherchait à y substituer la sienne. L'élève n'était pas obligé d'être disciple il sentait naître en Iui des forces nouvelles, il ne se sentait pas remorqué, dominé, même dirigé par un autre esprit. C'est au point qu'on se demandait quelles étaient les opinions personnelles de Boutroux et que chacun faisait, à cette question une réponse différente... Nous avons reçu de lui, nous ses élèves, non un doctrine, mais nous lui devons beaucoup mieux qu'une doctrine. Cette même faculté de s'insérer à volonté dans les attitudes philosophiques les plus diverses fait de lui un merveilleux historien; il s'identifiait avec le penseur dont il étudiait l'oeuvre et se transformait en passant de l'un à l'autre. On comprend qu'un tel esprit protégé ne laisse pas après lui un système, on ne comprendrait pas qu'il aurait été le gardien d'une philosophie officielle.

Lachelier dispose absolument seul, pendant une longue période, de tout le personnel des professeurs de philosophie de l'enseignement secondaire, avec un tel esprit de justice, une telle sûreté de jugement, un tel respect de toute liberté intellectuelle que personne n'éleva jamais une plainte. Il participera volontiers à la défense de ceux qui étaient inquiétés à cause des hardiesses de leur enseignement. Je le sais, car je fus du nombre.

Dès 1882 et pendant longtemps, le programme de la classe de philosophie fut accompagné d'une note avertissant qu'une entière liberté était laissée aux professeurs quant aux solutions adoptées et à l'ordre des questions envisagées. Ayant cru reconnaître dans cette note la marque du libéralisme de M. Lachelier, je l'en remerciai. Cette note, m'a répondu-il, a été rédigée par M. Paul Janet et insérée sur sa demande. Elle aurait pág. être de Lachelier.

La liberté intellectuelle dans l'enseignement universitaire, est une conquête de la Troisième République, conquête tardive et assez pénible. Elle fut surtout l'oeuvre de ces philosophes qui n'en avaient guère besoin pour eux-mêmes, car leurs doctrines n'inspiraient aucune inquiétude aux pouvoirs politiques, mais qui étaient foncièrement libérales : Jules Simon, Ernest Bersot, Paul Janet, Ravaisson, Lachelier, Boutroux.

Il n'est pas surprenant que de telles choses, qui soient, même en France, à peu près ignorées en dehors de l'Université, aient échappé à un étranger.

Edmond Goblot[8]

[8] *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, XCVI, juillet-août 1923, p.458-459. Voir *Revista de Filosofía* n°3, mayo 1924, págs. 473-474.

La recension du livre d'Ingenieros dans la revue de philosophie française la plus académique est habile : Goblot fait état du long commentaire informé qui se fait outre-atlantique de la thèse de Boutroux, mais aussi de l'ignorance dans laquelle un étranger se trouve placé s'il s'agit de rendre compte de la scène de liberté de penser, de parler et d'écrire conquise par les professeurs sous la Troisième République.

Ingénieros, qui a assisté à quelqu'une de ses leçons, n'ignore pas la popularité dont a joui Boutroux à Paris. En atteste par exemple, selon Romain Rolland, jeune élève à l'Ecole Normale Supérieure, un de ses condisciples, Mélinand, de retour du cours du professeur à la Sorbonne : « C'est trop beau. C'est trop sublime, ce n'est pas humain. Le terrible, c'est qu'il est plus beau que celui dont il parle. Aujourd'hui il a été plus beau que Malebranche. La dernière fois, c'était encore bien plus fort, il était plus beau que Spinoza. » Et à un autre normalien, Suares, qui lui dit : « -Alors pour toi, Boutroux est un des plus grands penseurs », Mélinand répond : « Positivement »,[9] ajoutant que le passage à l'écrit de la leçon sera décevant, sans la voix et le geste. Car cet élève de l'école normale ne croit pas que les idées du professeur soient toujours vraies, mais c'est pour lui la plus belle œuvre d'art. Romain Rolland ajoute : « Plusieurs des dames qui viennent écouter, sans comprendre, ses leçons sur Leibniz, sont certainement amoureuses de lui ; sa voix pénétrante, sa pâleur, sa mauvaise santé, ses paroles qui sont un bruit harmonieux, au milieu duquel rayonnent les mots sublimes : Dieu, l'Infini, l'Eternité, - tout cet ensemble agit sur elles avec autant plus de force qu'il se présente enveloppé d'un vague poètique ».[10] Cette mise en scène théâtrale et mondaine de la philosophie à la Sorbonne peut évoquer celle de son prédécesseur, Elme Caro, et lointainement celle de Victor Cousin. Mais l'idéalisme de Boutroux apparait plus radical que celui de ses prédécesseurs. Le romancier Paul Bourget, connu pour avoir fustigé les philosophes matérialistes sous les traits d'Adrien Sixte, le Spinoza du jardin des Plantes,[11] ne

[9] Romain Rolland : Le cloître de la rue d'Ulm. Journal (1886-1889), Cagiers Romain Rolland 4, París, Albin Michel, 1952, p. 173.

[10] *Ibidem* p.194.

[11] Paul Bourget : *Le disciple*, París, Lemerre, 1889. Voir Stéphane Douailler : article « Paul Bourget : *Le Disciple* », *Encyclopédie philosophique universelle*, tome III, París, Puf, 1993, et Patrice Vermeren : « Le Spinoza du Jardin des Plantes », *Spinoza et la politique*, sous la direction de Humberto Gian-

tarit pas d'éloge à l'Académie française sur l'impétrant (dans un discours de réponse à celui de Boutroux lors de la réception de celui-ci, qu'Ingenieros a lu), parce qu'il a su justifier le monde psychologique et moral que l'explication du scientisme détruisait, et dont le travail de maturité aura été de préciser et promouvoir cette doctrine. Bourget évoque en ces termes la soutenance de la thèse de doctorat de Boutroux sur la contingence des lois de la nature : Cette conception qu'il y a d'autres Sciences que les Sciences positives, avec d'autres méthodes, un autre objet, des lois d'un caractère différent et cependant une certitude aussi rigoureusement scientifique, c'était, à cette époque, une bien audacieuse hérésie ! Vous avez dû reculer d'abord devant elle, hésiter, en éprouver, en essayer la valeur sur l'intelligence du savant (Tannery) qu'un heureux hasard vous donnait pour collègue et qui devait assister, comme auditeur, à la soutenance de votre thèse. J'y étais avec lui. Je vois encore la petite salle où nous nous pressions. Je vois M. Caro, M. Janet, ces maîtres issus de M. Cousin, que l'originalité de votre philosophie déconcertait. En vous attaquant au Scientisme, vous affrontiez une doctrine qu'ils combattaient depuis des années, sans avoir trouvé le défaut de la cuirasse. Vous l'aviez trouvé, vous, et vous enfonciez le fer avec une tranquille hardiesse qui les épouvantait. J'entends M. Caro poser à votre idéalisme transcendantal, et d'un ton presque irrité, cette question : « Mais enfin, Monsieur, le corps existe. Qu'en faites-vous dans votre philosophie ? Et je vous entends, après un silence, répondre cette phrase que l'auteur de l'Imitation n'eût pas désavouée : "Le corps ? Le corps ? Ce n'est peut-être qu'une infirmité." Formule spirituellement paradoxale qui servit de texte à une complainte fantaisiste de Tannery. Il y représentait M. Ravaisson, l'admirateur passionné de la Vénus de Milo, s'arrêtant devant le marbre sublime et s'écriant : 'Quoi ? Son beau corps n'est qu'une infirmité !...'. Ces outrances dans l'expression de la pensée sont jeux de philosophes. Ce qui n'était pas un jeu, c'était votre critique de la Science et votre réfutation du Scientisme ».[12]

Dans l'institution philosophique française, on accorde à Boutroux une place honorable dans le courant spiritualiste. Léon Brun-

nini, Pierre-François Moreau, Patrice Vermeren, París, L'Harmattan 1997 pág. 139 sq.

[12] Paul Bourget : Réponse au discours de réception de Emile Boutroux à l'Académie Française, 22 janvier 1914.

schvicg le resitue avec Lachelier dans la postérité de l'enseignement de Ravaisson et de la « forme un peu vague » de son inspiration, sous condition de sa réponse à la question : quelle attitude convient à l'esprit en face de la science ? De la contingence des lois de la nature ouvre la voie à Bergson.[13] Georges Canguilhem a traduit en 1927 sa thèse latine sur « Les vérités éternelles chez Descartes », mais il s'interroge sur le fait d'avoir fait figurer Boutroux au programme de l'agrégation de philosophie : « l'importance d'une doctrine ne se mesure pourtant pas à sa prolifération universitaire ».[14] Martial Guéroult lui consacre vingt pages de son Histoire de l'histoire de la philosophie : « La conception que Boutroux se fait de l'histoire de la philosophie et de sa méthode repose en dernière analyse sur sa conception de l'essence de toute philosophie ; et celle-ci, à son tour, est commandée par sa conception de l'univers et de l'homme, c'est à dire par sa formule nouvelle du spiritualisme. Par ce trait, il poursuit l'effort de Lachelier, bien qu'il s'oppose à lui pour le continuer. Il restaure en effet un certain réalisme, substituant au problème de l'objectif et du subjectif, qui était fondamental pour la philosophie de Ravaisson et de Lachelier, le problème de la liberté et de la nécessité. Ce n'est donc plus, comme chez Lachelier, l'idéalisme et l'analyse réflexive de la conscience qui fonde pour lui le spiritualisme, mais c'est la considération de l'univers et de l'interprétation qu'en donne la science ».[15]

Mais pour Ingenieros en 1922, Boutroux n'accède pas à la dignité de philosophe. En Argentine, Gregorio Bermann ne cache pas son malaise devant le traitement infligé par Ingenieros au professeur français, et ses accusations sur l'hypocrisie des philosophes et contre les universitaires qui remplissent des fonctions officielles, qui n'ont pas le caractère génial des coups de massue assénés par Schopenhauer sur les professeurs allemands. Mais il surmonte son premier jugement pour se recentrer sur la thèse centrale du livre, politico-philosophique, formulée sous condition d'un combat contre le philosophisme universitaire et les tendances spiritualistes. Boutroux n'a ni un système ni un corps de doctrines,

[13] Léon Brunschvicg : « Le bergsonisme dans l'histoire de la philosophie », *Les Nouvelles Littéraires* du samedi 15 décembre 1928.

[14] Georges Canguilhem : « L'Agrégation de philosophie », *Méthode. Revue de l'enseignement philosophique*, n°1, mai 1932.

[15] Martial Guéroult : *Histoire de l'histoire de la philosophie*, París, Aubier, 1988 tome III, p.755.

sinon l'amour de la philosophie : c'est un tempérament, soutient Ingenieros, mais a-t-il réussi son but : faire descendre Boutroux du piédestal où l'avaient installé ses contemporains ? (Berman 1926, pág. 108) A la même époque, León Dujovne porte une attention particulière à la méthode génétique et fonctionnelle avec laquelle Ingenieros restitue les relations entre la philosophie et l'histoire politique, le dispositif spéculatif d'un auteur et les conditions politiques de son émergence. Mais pour lui, établir le parallélisme entre l'évolution des idées métaphysiques et les alternatives de la politique militante ne permet pas de rendre compte de la position proprement philosophique d'un auteur, puisqu'à des positions politiques identiques peuvent correspondre des doctrines philosophiques contradictoires, et réciproquement : soit par exemple Jaurès et Lafargue ; ou bien Kropotkine et Kautsky, Ostwald et Haeckel (Dujovne 1927, réédition Cordoba-Buenos Aires, Aniceto López, 1930, págs. 109-135).

Qu'est-ce qu'un philosophe selon Ingenieros ? Celui qui avait pris position dès ses premiers écrits contre le culte du fait qui régnait dans les Ecoles de Médecine de son temps ne reconnaît plus à la fin de sa vie qu'une exigence philosophique : construire un système de métaphysique qui lui permette d'aborder ce qu'il considére comme expérimentalement inabordable. Il écrit : « No podemos llamar filósofos a los teóricos que agitan sentimientos sociales, ni a los simples eruditos que viven ruminando la historia de las doctrinas filosóficas pasadas. Cousin, propagandista, y Zeller, historiador, no tienen rango alguno como filósofos, aunque sean de alabar la retórica del uno y la erudición del otro (…). Filósofo es el que propone buenas soluciones a los problemas filosóficos, o renueva con originalidad las soluciones ya previstas ».[16] Contre la philosophie des professeurs (« una simple componencia de profesores –no de

[16] Jose Ingenieros : *Hacia una moral sin dogmas*, Buenos Aires (1917), réédition Elmer, 1957 p.57. Voir Rodrigo Diaz Maldonado : « Positivisme et anti-positivisme dans la Réforme Universitaire latino-américaine : José Ingenieros et José Vasconcelos », *Le Télémaque*, Presses Universitaires de Caen, 2018, n°54 p.125 ; Dante Ramaglia : « El diferendo positivismo-antipositivismo en Ingenieros y Korn », Hugo Biagini y Arturo A.Roig, directores : *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, tome I, 2004, p.135 : et Susana Villavicencio et Patrice Vermeren : « Positivismo y ciudadanía : Jose Ingenieros y la constitución de la ciudadania por la ciencia y la educacion en la Argentina », *Cuyo, Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, Mendoza, 1998 n°15 p.61 sq.

filósofos– que hacían carrera en el mundo renunciando a toda verdad peligrosa en homenaje a las opiniones medias difundidas en la sociedad semi-culta, representada por la clase gobernante),[17] » il revendique dès ses Principios de Psicología une métaphysique de l'expérience, dont l'exercice est indissociable de son engagement dans le mouvement d'émancipation américain, et finalement sa proximité avec la Révolution russe, sans préjudice de sa référence à Nietzsche (Agosti 1950, pág. 95), contre l'hypocrisie de ceux qui prétendent passer pour impartiaux –ce que sincèrement ne peut être n'importe quel homme qui a des principes et des idéaux–. De cet idéalisme fondé sur l'expérience, il tire l'idée que tout temps futur sera meilleur (voir Endara 1921). Ingenieros le spécifie comme un idéalisme éthique en fonction de l'expérience sociale « impossible à confondre avec les capricieux idéalismes de la vieille métaphysique », à comprendre à la lumière de El hombre mediocre comme Critique de la moralité, Hacia una moral sin dogma comme Théorie de la moralité, et Las fuerzas morales comme Déontologie de la moralité.[18]

Pourquoi Ingenieros a-t-il entrepris de rédiger Emile Boutroux et la philosophie française en 1922, et de mettre son paradigme politico-philosophique à l'épreuve de la figure d'un philosophe de la Sorbonne parmi d'autres peu connus en Argentine ?[19] « Le livre a les apparences d'un hommage en l'honneur d'une haute gloire française et entre éloges et civilités, tout tend à fustiger une complaisante mediocrité universitaire », dit de lui Anibal Ponce. « Le 'spiritualisme' de Boutroux apparaît ainsi comme une forme de conciliation avec le catholicisme, parallèle à la politique de rapprochement entre le Saint-Siège et la France de Poincaré. Plus qu'un Tartuffe, Boutroux fut un médiocre distingué et dans peu de temps, il n'y aura personne pour se souvenir de lui… ».[20] Victor Cousin et les éclectiques avaient subi en France des attaques en règle

[17] José Ingenieros : *op.cit.* p.37.

[18] Cité par Gregorio Weinberg dans sa préface au tome VII de Jose Ingenieros, *Obras completas*, Buenos Aires, Mar Océano, pág. 15.

[19] Voir Marisa Munoz : Macedonio Fernández philosophe. Le sujet, l'expérience et l'amour, préface de Arturo A. Roig, París, L'Harmattan, 2012 ; et Jorge Dotti : La Letra Gótica, Recepcion de Kant en Argentina desde el romanticismo hasta el treinta, Buenos Aires, UBA, 1992.

[20] Anibal Ponce : « Para una historia de Ingenieros », *Revista de Filosofía*, XII, n°1, janvier 1926, p.66-67.

contre l'inconsistance de leur doctrine et leur entrave à la vraie philosophie, avec la Réfutation de l'éclectisme de Pierre Leroux (1839), et un questionnement sur leur statut de penseurs attitrés et rémunérés de l'Etat, avec Les philosophes salariés de Joseph Ferrari (1849). Mais c'est Les philosophes français du XIX° siècle de Taine qui inspirent Ingenieros, violent pamphlet « contre la philosophie régnante, officielle », pour lui substituer un hymne en l'honneur de « l'avenir de la Science », sous condition de préserver à chaque discipline son domaine, singulièrement pour la philosophie. On pourrait voir aussi dans son Boutroux et la philosophie française comme une anticipation des pamphlets écrits par deux philosophes marxistes contre la philosophie universitaire : La fin d'une parade philosophique : le Bergsonisme (1829), de Politzer et Les chiens de garde (1932) de Paul Nizan. A propos du premier qu'il trouvait fameux, Georges Canguilhem écrivait à l'époque qu'une philosophie uniquement préoccupée de la pureté spiritualiste est une philosophie inhumaine, et que la revendication du concret chez Bergson se traduisait bien dans le chauvinisme de ses articles dans le Bulletin des Armées, où il retrouvait Boutroux, recherchant en 1916 les germes des crimes allemands dans l'histoire de la philosophie allemande (Canguilhem 1929). Le second reproche aux philosophes leur indifférence par rapport aux désordres du monde social, aux inégalités, à la souffrance des classes populaires, qui en fait les meilleurs défenseurs de la bourgoisie, et la figure emblématique n'est plus Boutroux ou Bergson, mais Léon Brunschvicg. Ingenieros, évoquant le philosophisme universitaire, prenait déjà pour cible l'exercice de la pensée philosophique et son inscription intellectuelle dans l'institution propre à la Troisième République, ce que l'on retrouve aussi à des titres divers dans Mort de la pensée bourgeoise (1929) d' Emmanuel Berl, dans les textes de Charles Péguy et dans La trahison des clercs (1929) de Julien Benda (Blanco 2013, pág. 131; Fabiani 2010, págs. 107-108). En réponse au vénézuelien Zerega Fombona, qui lui avait adressé depuis Paris un article qu'il avait rédigé sur lui dans la Revue de l'Amérique Latine, Ingenieros écrit :

> « Conocía su excelente publicación y sus tendencias políticas, pues en ella escriben hombres como Baudrillart y Maurras, que representan la extrema derecha en la actual ideología francesa; probablemente usted conoce mi proximidad con Anatole France y Henri Barbusse, que en las letras representan la

> extrema izquierda. De esta divergencia política me parece una consecuencia natural nuestra diferente posición filosófica, como ocurre actualmente en todos los países. De ello encontrará una explicación en mi estudio sobre Emile Boutroux, publicado en la Revista de Filosofía, Mayo de 1922; le ruego me haga el honor de leerlo ».[21]

Et il refuse le titre de chef de l'école latino-américaine dont Fombona l'afflige, comme celui de porte-parole du positivisme, pour revendiquer que sa dédication à la philosophie répond au projet de cultiver la métaphysique, non pas les métaphysiques classiques passées, mais la métaphysique de l'avenir : antidogmatique, perfectible, fonctionnelle. Et il revendique ses sympathies pour le petit groupe communiste Claridad (Clarté), contre celles de son correspondant pour le pesant syndicat de Poincaré, renvoyant de nouveau, pour ce qu'elles ont à voir avec la philosophie, à son Boutroux et à son parallèlisme politico-philosophique.

Références bibliographiques

AGOSTI, HÉCTOR
1950 *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, 20 ed., Buenos Aires : Santiago Rueda, referencia citada en página 684.

BAGÚ, SERGIO
1955 *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires : El Ateneo, referencia citada en página 686.

BERMAN, GREGORIO
1926 *José Ingenieros*, Buenos Aires : M. Gleizer, referencia citada en página 683.

BLANCO, GIUSEPPE
2013 *Après Bergson*, París : PUF, referencia citada en página 685.

CANGUILHEM, GEORGES
1929 « La fin d'une parade philosophique : le bergsonisme, de Georges Politzer », en *Libres propos* (10 de abril de 1929), referencia citada en página 685.

DUJOVNE, LEON
1927 *La obra filosófica de José Ingenieros*, Buenos Aires : Imprenta de la Universidad, referencia citada en página 683.

[21] Lettre de J. Ingenieros à Z. Fombona du 18 juillet 1922; voir Bagú (1955, pág. 193).

ENDARA, JULIO

1921 « José Ingenieros y el porvenir de la filosofía », en *Revista de la Biblioteca Nacional de Ecuador*, referencia citada en página 684.

FABIANI, JEAN-LOUIS

2010 *Qu'est-ce qu'un philosophe français ?*, París : EHESS, referencia citada en página 685.

INGENIEROS, JOSÉ

1947 *Hacia una moral sin dogmas*, Buenos Aires : Losada, referencia citada en página 672.

TAINE, HYPPOLITE

1857 *Les philosophes français du XIX° siècle en France*, París : Hachette, referencia citada en página 672.

CAPÍTULO 31

El joven Ingenieros: un recorrido de temas, problemas y respuestas

ALEJANDRO ZOPPI*

31.1 Introducción

El periodo que abarca la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX representó para las izquierdas en la Argentina un momento de crecimiento y debate. Por un lado, porque, sobre todo a partir de la crisis de 1890, estas se convirtieron en los movimientos que ofrecieron voz a los crecientes sectores obreros.[1] Pero, por el otro, porque este crecimiento estuvo acompañado por diversas disputas que se expresaron en los distintos movimientos.

Al interior del anarquismo, por ejemplo, la discusión se centró entre quienes reivindicaban una militancia individualista y aquellos que buscaban organizar al movimiento. A su vez, en el socialismo donde, sobre todo, a partir de fundación del partido propiamente dicho en 1896, diversas facciones discutieron las formas y métodos para intervenir y transformar la realidad.[2]

* Universidad del Salvador.

[1] Al respecto, Juan Suriano expresa que uno de los efectos más relevantes de la crisis sobre el mundo del trabajo fue «el crecimiento y cierta madurez alcanzada por las representaciones político ideológicas de los trabajadores». Esto se tradujo en el incremento huelguístico en términos cuantitativos, pero también cualitativos, ya que «al número de organizaciones gremiales y la participación creciente de socialistas y anarquistas» se sumaron nuevas demandas. Véase Suriano (2003).

[2] Suriano refiere que al interior del socialismo se produjo una polémica hacia 1894 entre un viejo grupo caracterizado por obreros migrantes y

Fue, a su vez, un periodo de emergencia de diversos actores y actoras que intervinieron en el debate público con voz propia y expresaron su perspectiva de la realidad. Sujetos como las mujeres que a través de *La Voz de la Mujer*[3] pronunciaron sus reivindicaciones desde el anarquismo. Pero también de grupos que, en el socialismo, gestaron un matiz entre los sectores moderados y los considerados extremistas.

Justamente, este trabajo busca profundizar sobre el pensamiento de José Ingenieros. La elección de este pensador no es azarosa, sino que tiene que ver con su posición como fundador del partido socialista y militante de un sector extremo del mismo que sostuvo un nutrido contacto y debate con el anarquismo. Se estudiarán sus obras tempranas, escritos como los folletos *¿Qué es el socialismo?* y los artículos de *La Montaña*.

Sobre estos textos se busca observar: ¿cuál es la agenda de problemas que el autor enuncia? ¿Qué tópicos considera relevante trabajar? ¿Qué elementos invoca al momento de construir autoridad? ¿Cuáles son las continuidades y cuáles las rupturas a lo largo de las fuentes del periodo?

Antes, no obstante, de ingresar al análisis de fuentes y a la búsqueda respuestas a las preguntas planteadas resulta relevante revisar que es lo que diversos estudiosos han escrito acerca de Ingenieros y su pensamiento durante el periodo propuesto. En esta ocasión me detendré solo en algunos de ellos.

31.2 Los estudios de Falcon y Terán: Las periodizaciones y la trayectoria de José Ingenieros

Dos estudiosos que introducen a las ideas de Ingenieros, a la vez que proponen periodizaciones para las distintas etapas en las que caracterizan su pensamiento son Ricardo Falcón y Oscar Terán.

---

un nuevo sector constituido por intelectuales y profesionales argentinos, o naturalizados, entre los que incluye a Juan B. Justo, José Ingenieros y Leopoldo Lugones. A su vez, también refleja las diferencias entre las tácticas de anarquistas individualistas y organizativos (véase Suriano 2003, págs. 115-116).

[3] Periódico publicado por mujeres entre 1896 y 1897 que se definió como Comunista-Anárquico. Al respecto es importante mencionar que Gonzalo Zaragoza, en la clasificación que realizó sobre periódicos anarquistas del periodo, ubica a *La Voz de la Mujer* entre los exponentes *pro-organizadores* (véase Zaragoza 1996, pág. 165).

El primero de ellos, en su texto *Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros* (Falcón 1985), se dedica a trabajar, justamente, sobre la construcción que realizó Ingenieros acerca de los intelectuales y su rol al momento de intervenir en la realidad social.

En ese sentido, identifica al menos tres grandes etapas en el pensamiento de Ingenieros entre las cuales establece similitudes y diferencias. El periodo estudiado en este trabajo, coincide con el primer momento identificado por Falcón que lo ubica entre 1894 y fines de 1897, etapa denominada como la del *socialista revolucionario* (Falcón 1985, pág. 179). Desde ese lugar, caracteriza a la propuesta de Ingenieros como la de un *socialismo libertario* (Falcón 1985, pág. 180) en muchos aspectos cercano al anarquismo, aunque alejado de este principalmente por la postura que tenía frente a la acción política.

No obstante, una aclaración que es relevante al momento de hablar de periodizaciones es que, el propio Falcón, considera que la segunda etapa comienza a *insinuarse* entre 1898 y 1902 por lo que es posible considerar que, en realidad los límites entre el primer momento y el segundo no estarían tan claros.

Un elemento que, según los argumentos de Falcón, será clave a lo largo de los diversos momentos del pensamiento de Ingenieros es la figura del intelectual que será caracterizado de forma genérica como *comprometido pero independiente*, consciente de una misión respecto a la sociedad que variará dependiendo de la fase que se esté trabajando (Falcón 1985, pág. 192).

¿Cuál es, entonces, la misión específica del intelectual durante este primer periodo? La respuesta para el estudioso es que tendrían un rol predominantemente pedagógico, ya que debían ser los promotores del sentimiento de emancipación entre los explotados. Y esta función sería posible debido a que estos buscan comprender y abordar desde una perspectiva científica la cuestión social.

Es por ello que Ingenieros no preferirá el *socialismo* a secas, sino que se inclinará por el *Socialismo Científico* como corriente de pensamiento y hará énfasis en las explicaciones que se apoyen en la economía y, principalmente la sociología (Falcón 1985, págs. 180-181).

Para Falcón, este vínculo entre los *intelectuales y la política* (Falcón 1985, pág. 177) constituyó una preocupación que impactó en toda el área rioplatense que, en sus debates, tuvo como protagonistas, además de Ingenieros, a individuos como Alfredo Palacios,

Juan B. Justo, Alberto Ghiraldo o Leopoldo Lugones. Personas que dieron entidad a lo que él denomina *intelectuales de izquierda* (Falcón 1985, pág. 178) y que se hallaban vinculados tanto a corrientes del socialismo, como del anarquismo.

A su vez Falcón menciona la presencia de una mirada alejada de las realidades del movimiento obrero, ya que para él, no parece quedar demasiado claro que los obreros encontraran representación en las ideas de esa intelectualidad de izquierda. De hecho, sugiere que Ingenieros, al proponer la proletarización del intelectual, estaba entendiendo el problema de manera inversa a la realidad, porque según la comprensión del estudioso, la cuestión no pasaba tanto por la posibilidad de que los intelectuales se inclinen por las ideas de izquierda, sino más bien por incrementar el número de personas que recibían educación tanto elemental, como media y universitaria.

Por su parte, Oscar Terán en su trabajo *Pensar la Nación* (Terán 1986), propone trabajar a Ingenieros como un exponente de la *extrema complejidad de las configuraciones teóricas* de finales de siglo XIX y principios del XX en la Argentina (Terán 1986, pág. 8).

El estudioso propone una periodización similar a la trabajada por Falcón, ya que establece una primera etapa para el pensamiento del joven Ingenieros que se desarrolla entre los años 1895 y 1898 a la cual caracteriza como un momento de *modernización y crisis moral* (Terán 1986, pág. 9).

Según esa propuesta, Ingenieros desarrolló su mirada teórica con una base en los acontecimientos de la crisis de 1890 que fue interpretada como una consecuencia del desenfreno materialista (Terán 1986, pág. 11). Desde esa óptica, la cuestión social fue el núcleo en torno al cual se planteó la problemática y la decadencia fue producto del parasitismo capitalista que Ingenieros vinculaba a la inmoralidad (Terán 1986, págs. 14-15).

Un aspecto que resulta interesante es que Terán, al referirse a los diferentes escritos del autor, habla de una superposición de estéticas que combina romanticismo, realismo, naturalismo, positivismo y otras corrientes lo cual resulta en que, al leer a Ingenieros, es probable hallar múltiples estilos a partir de los cuales trabajó sus tópicos.

Por otro lado, se refiere a la vinculación entre Ingenieros y el anarquismo. En ese sentido, plantea como necesario revisar el lugar que este ocupaba al interior del socialismo, ya que su adhesión a

las posturas más extremas, expresada por ejemplo en el Primer Congreso del Partido Socialista narradas por Bagú (1963, pág. 13) lo ubicaba adentro del partido, pero en una posición que, sobre todo en temas vinculados a la crítica a la autoridad, era cercana a los grupos anarquistas de la corriente organizadora (Terán 1986, págs. 15-16).

Dentro del análisis que ofrece Terán, también aparece la relevancia de la ciencia y las elites. El estudioso explica que, para Ingenieros un *objeto teórico que permanecerá invariante a través de casi toda la producción* serán las llamadas *minorías activas* (Terán 1986, págs. 17-18). Estas eran elites que tenían la capacidad de movilizar las conciencias influyendo en el devenir político y cuya legitimidad provenía del contacto que estas tenían con el conocimiento científico.

Para el estudioso, 1898 marcó el nacimiento del Ingenieros clásico, vinculado de lleno a la sociología y que, a su vez, supuso una ruptura teórica respecto del periodo anterior, discontinuidad marcada por el abordaje por parte de Ingenieros de otros temas.

De esta forma, ya no observará en el capitalismo a una *bestia improductiva y expoliadora*, sino que lo interpreta como una estructura económica en la que era posible lograr el desarrollo de las fuerzas productivas a la vez que gestaba una *clase social destinada a superarlo* (Terán 1986, pág. 28).

En virtud de lo expuesto es que se propone, a través de este texto, un recorrido por los temas que Ingenieros trabajó en sus primeros años, los problemas que identificó y las soluciones que propuso. En ese sentido, como se pudo observar, las propuestas vinculadas a las periodizaciones que realizan los dos estudiosos ubican este primer momento en el último lustro del siglo XIX comprendiendo que todo establecimiento de cotas temporales tiene cierta elasticidad.

31.3 José Ingenieros: propaganda entre el «proletariado intelectual»

En 1895 José Ingenieros publicó su folleto titulado *¿Qué es el socialismo?* para el Centro Socialista Universitario fundado un año antes.[4] Se trataba de un texto dirigido a compañeros de estudios

[4] Sergio Bagú narra que el centro se fundó en diciembre de 1894 en el Hospital de Clínicas. Al describir la función que tuvo Ingenieros lo destaca

que, desde las primeras líneas de su prólogo, proponía una caracterización de la forma en que debía ser abordado aquello que él llamó *el gran problema que agita a los sociólogos europeos y comienza por efecto reflejo a agitar a nuestros mejores economistas*, es decir, *la cuestión social* (Ingenieros s/f, pág. 5).

A través de esa definición, Ingenieros no solo enunciaba cual era la principal problemática, sino que también establecía una pista acerca de quiénes eran responsables de estudiar ese gran problema y hallarle una solución, es decir, los economistas y sociólogos. Pero también aproximaba una primera respuesta, ya que, en el párrafo siguiente, identificaba como solución al socialismo, pero de un tipo particular, el *socialismo científico* (Ingenieros s/f).

El agregado del carácter científico, no era casual, sino que reflejaba una postura que Ingenieros tuvo a lo largo de sus textos: la preeminencia que le dio a la ciencia y las disciplinas consideradas como científicas al momento de construir autoridad en su discurso. En esa línea, reconocía que la cuestión social no era una novedad de su tiempo. No obstante, en su opinión, la forma en la que había sido trabajada hasta ese entonces, tenía que ver con propuestas utópicas, desviadas del *sendero de la ciencia y la razón* (Ingenieros s/f, pág. 14), de las cuales él se diferenciaba.

Este abordaje científico se ve reflejado a lo largo de todo el texto. El propio capítulo primero ya invocado, más que desarrollar la cuestión social, busca establecer su existencia desde tiempos antiguos y reafirmar a la ciencia y la razón como la forma válida de trabajarlas. Según Horacio Tarcus:

> «El socialismo científico moderno sería el resultado del encuentro entre las antiguas aspiraciones del socialismo con el rigor metodológico que aportaron sociólogos y economistas adscriptos al positivismo» (Tarcus 2013, pág. 235).

De esta forma, el historiador, entiende que el abordaje de Ingenieros es la conjugación de la vieja preocupación por la cuestión social pero atravesada por el saber científico moderno.

Esta perspectiva es sumamente visible en el segundo capítulo del texto que se puede comprender como un escrito de análisis económico acerca de la crisis y sus causas. Allí, no solamente adopta el lenguaje de la disciplina económica a partir de expresiones como

---

como «su primer secretario, inspirador y dirigente, su orador obligado, el redactor de sus documentos y, finalmente, su teórico» (Bagú 1963, pág. 10).

salarios, *oferta*, *demanda* o *consumo*, sino que también presenta un análisis de los *factores que regulan la producción* (Ingenieros s/f, pág. 22), cuestión en la que, se propuso discutir con los economistas burgueses sobre su concepción de los mismos, así como también, analizar la forma en que se relacionaban entre sí.

Pero, además, aparece otra cuestión clave en el discurso de Ingenieros que es la caracterización de la crisis moderna del capitalismo como un acontecimiento cuyas causas se pueden hallar en la *exuberancia de productos y sed de especulación* (Ingenieros s/f, pág. 16). Probablemente, al hablar de crisis tenía como referencia la acontecida en 1890 en la Argentina,[5] evento, que según Terán tuvo gran influencia en la temprana producción intelectual de Ingenieros y que marcó su caracterización del capitalismo como un sistema inmoral a raíz del parasitismo de los sectores explotadores (Terán 1986, págs. 13-14).

A fin de cuentas, esto resulta interesante porque, continuando con el planteo de Terán, esa postura resultaba cercana con la propuesta de diversos sectores anarquistas en la época, por lo que allí habría un primer síntoma de ese *socialismo libertario* (Falcón 1984, pág. 180) del que habla, por ejemplo, Ricardo Falcón.

A su vez, aparece un elemento más que lo vincula a los sectores libertarios y es la postura frente a la autoridad del Estado *mayor de los grandes propietarios y el más gigantesco de todos los capitalistas* (Ingenieros s/f, pág. 18). Cercanía que, por otro lado, no resulta sorpresiva en vista de que *el socialismo del joven Ingenieros se construye sobre una matriz anarquista* (Tarcus 2013, pág. 244).

Sobre este punto regresará en el cuarto capítulo del folleto en el que, siguiendo con ideas de aroma libertario se refirió a la autoridad política y estableció que su destino era el de ser sustituida por la organización social. Desde su mirada:

> «(...) el Estado político no productor bajo el punto de vista económico puede solamente crear una estirpe de estériles consumidores, y debe necesariamente ser sustituido por una organización que, si no será directamente productora,

[5] Falcón también destaca que la crisis un acontecimiento significativo que influyó en los contenidos de otros grupos socialistas como el encabezado por Germán Ave Lallemant que, a partir de ese suceso comenzó a abordar desde las páginas de *El Obrero* la *problemática nacional* (Falcón 1984, pág. 94).

> aumentará indirectamente la producción regularizándola y mejorándola» (Ingenieros s/f, pág. 33).

De esta forma, reaparece el aspecto parasitario del Estado en cuanto este, no es productor y establece que el socialismo, cumple un rol clave al momento de enfrentarlo. Sin embargo, aclara que, una vez que se haya impuesto por la fuerza, este culminará su obra con la *destrucción de toda autoridad política* (Ingenieros s/f, pág. 34).

Respecto del socialismo, o la mirada particular que Ingenieros propone acerca de este, se debe destacar que, Horacio Tarcus ha trabajado con profundidad el tema por lo que aquí, únicamente se tomaran algunos aspectos que consideramos relevante destacar.[6]

Primeramente, resulta interesante reparar en la forma en la que Ingenieros inicia su discurso. Sobre todo, porque es una forma que utilizó con frecuencia y tiene que ver con el reconocimiento de estudios, ideas y autores que lo antecedieron, pero que, sin embargo, habían incurrido en el error.

Es así que, cuando inicia el capítulo tercero, lo hace mencionando la *lastimera confusión que reina en el campo económico*. O expresando que las refutaciones que se han presentado al socialismo, a lo sumo combaten versiones de *Socialismo de Estado* o *Utopías de los Fourier y los Moore*. Incluso, critica a los que llama *anarquistas de salón*, cuya ignorancia acerca del colectivismo los conduce a conclusiones erróneas (Ingenieros s/f, pág. 25). Entonces, partiendo del error ajeno, Ingenieros comienza a construir sus argumentos los cuales, nuevamente, enuncia desde la estética de la economía, sociología e incluso, la biología. Es decir, construye autoridad desde el discurso científico.

Pero hay otro elemento interesante y es que, aparece el colectivismo como forma de organización deseable. Esta propuesta buscaba responderles a interlocutores tanto burgueses como anarquistas que, proponían que el colectivismo no estaba en consonancia con *las modernas doctrinas sobre la evolución de las especies y sobre su selección por supervivencia de los más aptos* (Ingenieros s/f, pág. 30). Es decir, respondía a un planteo fundamentado en las ciencias naturales por lo que, al momento de replicar, argumentó desde la misma clave estableciendo que, en realidad, la selección natural

[6] Para mayor información consultar Tarcus (2013, págs. 233-266).

solo podía acontecer cuando los individuos estaban en igualdad de condiciones. De no ser así, lo único a lo que se podía aspirar era a un proceso de selección artificial.

Por supuesto, Ingenieros encontraba en la sociedad una multiplicidad de factores de desigualdad entre los que enumeraba imposibilidad de acceder a los estudios que eran *privilegio de unos pocos* (Ingenieros s/f, pág. 31); alimentación insuficiente y falta de educación moral a los menores que nacían en la miseria.

En ese sentido, retomando las nociones ya trabajadas, se propone nuevamente al *Socialismo Científico, defensor de la escuela colectivista* como el modelo capaz de colocar *a todos los individuos en condiciones igualmente favorables para desarrollar libremente sus aptitudes*. Este era, a la vez, el modelo que *realizará una vez para siempre la fórmula de los más nobles economistas*, es decir, *a los productores, el producto de su trabajo* (Ingenieros s/f, págs. 32-33).

Los medios a través de los cuales el *Socialismo Científico* tendrá éxito son trabajados en el capítulo quinto del folleto. Para Ingenieros, la revolución cumplía un papel crítico, pero este solo podría ser llevado a cabo cuando la evolución económica se encuentre en un momento propicio, realizarla antes de tiempo conllevaría al fracaso como ocurrió en París en 1871.

Su mirada, esta signada además por el rechazo de los atentados violentos porque consideraba que promovían fuertes represiones por parte de la burguesía. En ese sentido proponía que estos métodos eran estériles, propios de los utopistas (Ingenieros s/f, pág. 42). En contraste, resaltaba la importancia que tenía la propaganda a la que comparaba con los rayos solares que fortalecían el cultivo (Ingenieros s/f, pág. 43). De esta forma, la propaganda se legitimaba desde una estética científica, ya que invocaba una analogía de las ciencias naturales.

Además de la propaganda, las huelgas, las cooperativas y los boicots eran observadas como estrategias válidas, aunque, es importante mencionar que analizó cada uno de estos mecanismos y concluyó en que solamente algunas expresiones de estos eran de utilidad y, en la mayoría de los casos, con alcances limitados.

Sería la *lucha política*, en definitiva, el medio de mayor racionalidad y el que mejores resultados podía ofrecer (Ingenieros s/f, pág. 50). Esta, era entendida como la constitución de un partido con organización democrática que conquiste bancas.

En este punto, toca un tema que resulta interesante y es el sufragio universal. No obstante, lo piensa desde la dinámica de la propaganda. Es decir, la conquista de lugares en el parlamento no tendrá directamente un poder transformador de la organización de la sociedad. Sin embargo, la posibilidad de discutir leyes en favor de la ampliación de derechos para los proletarios y la repercusión que esas discusiones puedan tener, harán que esas bancas sirvan como tribunas de propaganda, incluso, aunque los proyectos de ley que se propongan, no sean aprobados (Ingenieros s/f, pág. 51).

Al hablar de sufragio *universal* no termina por explicar los alcances de esa universalidad, aunque al hablar del caso alemán mencionaba entre la masa que daba apoyo al proletariado a *las mujeres que carecen de derecho electoral* (Ingenieros s/f, pág. 53). En ese sentido, en el folleto, no parece clara su postura frente al voto femenino. No obstante, tiene registro de que son sujetos que intervienen en la política[7] apoyando diversos programas a pesar de carecer del derecho al voto.

Este debate, ofrece una oportunidad para plantear los temas de la familia y la instrucción, tópicos que Ingenieros menciona y vincula entre sí en varios capítulos del folleto. En el segundo, por ejemplo, al hablar de los factores de la producción analizó el efecto que tenía, según su observación, la inclusión de las mujeres y las infancias en el mundo del trabajo sobre el salario de los proletarios.

> «La entrada de la mujer a cooperar en la producción no significa más que un aumento en el número de competidores con desastrosas consecuencias para el proletariado en general, aparte de que la explotación económica ha sentado también sus reales entre la infancia, realizando el hecho más indecoroso que pudo cumplir jamás sociedad alguna: se arranca el libro al niño, para hacerle empuñar la herramienta y colocarle frente a su padre en la gran lucha sin cuartel de la competencia en el trabajo» (Ingenieros s/f, págs. 22-23).

[7] La consideración de la mujer como sujeto de intervención política tiene su correlato con propuestas en el campo anarquista como *La Voz de la Mujer*. No obstante, de la misma forma que en Ingenieros, la postura frente al voto femenino no parece quedar clara, tampoco hay demasiadas definiciones sobre el lugar que debe tener la mujer en otras instancias de participación. En ese sentido, la propuesta de las mujeres anarquistas era mucho más clara respecto del grado de autonomía que pretendían tener en relación con los militantes varones (véase Zoppi 2021, pág. 22).

De esta forma, aparecía la familia obrera y el registro de, al menos, dos problemáticas. Primero, la cuestión de la competencia laboral al interior del hogar, ya que tanto el trabajo de la mujer como el infantil, sobre todo en ciertas tareas, resultaba en mayor mano de obra para cubrir puestos de trabajo. En segundo lugar, la deserción escolar y la no matriculación de sus hijos en las escuelas, ya que necesitaban que estos aporten un ingreso económico al hogar.[8]

El capítulo cuarto, también ofrece una mirada acerca de estos temas. Sobre la instrucción, caracteriza al sistema educativo como una *enseñanza gratuita falsísima* (Ingenieros s/f, pág. 36). ¿Qué es lo que hace que esa gratuidad constituya un engaño? Continuando con la cita anterior, que los niños deben abandonar los libros para empuñar las herramientas.

Profundizando su análisis, establece que los obreros suelen tener familias numerosas, pero salarios escasos por lo que, muchos menores, al alcanzar cierta edad deben abandonar la escuela para ir a trabajar. Esta problemática se ve agravada, en parte porque como se mencionó anteriormente, el incremento de mano de obra aumenta la competencia por los puestos de empleo. Pero, además, agrega una cuestión más que es el salario, porque, en general tanto las infancias como las mujeres, recibían una remuneración menor, lo cual, en lo particular incrementaba su competitividad al momento de la contratación, pero, además, en términos generales terminaba empujando el nivel de salarios a la baja (Ingenieros s/f, pág. 37). A su vez, denuncia que, para los casos en que la instrucción primaria pueda ser finalizada, será muy complejo acceder a la educación secundaria.

Sobre este tema, regresa en el capítulo séptimo, cuando al criticar el sistema educativo expresa que

[8] Lilia Bertoni en sus trabajos ha registrado las dificultades tanto en materia de matrícula como deserción escolar que existieron en las últimas dos décadas del siglo XIX. Entre las causas mencionadas para explicar estos fenómenos invoca justamente al trabajo infantil y a ciertos gastos demandados por la escolaridad que, aunque mínimos, representaban una dificultad para las familias más modestas (véase Bertoni 2007, pág. 51). Además, Alejandro Herrero, registra en sus trabajos que, aun en tiempos del Centenario, tanto el analfabetismo como la deserción en los primeros grados continuaban siendo los principales problemas (véase Herrero 2021, pág. 160).

> «Desde el umbral de la escuela primaria, de que se rechaza a los que no tienen suficientes medios para estudiar, se inicia la artificiosa selección de los más pudientes, quedando condenados a la reclusión en el taller y la usina los que aun siendo inteligentes no tienen suficiente dinero para usufructuar la enseñanza gratuita» (Ingenieros s/f, pág. 65).

Esta cita resulta relevante, ya que ofrece otro rostro de la preocupación de Ingenieros, ya que, mientras en el segundo la crítica a la deserción y no matriculación parece estar centrada más en el efecto que eso tiene para el salario de los proletarios, en el séptimo aparece como problema el propio sistema educativo que, desde un criterio clasista, rechaza aún a aquellos que Ingenieros caracteriza como *inteligentes*.

A su vez, regresa también sobre la temática de la familia a la cual define como

> «(...) la asociación de dos personas de sexo diferente, impelidos por esa ley natural que hace del hombre y de la mujer dos seres destinados a unirse para la propagación y el perfeccionamiento de la especie» (Ingenieros s/f, pág. 38).

En ese sentido, hay varios elementos que merecen una mención. Por un lado, la definición heterosexual de la unión en función de una *ley natural*, ya que hay un destino de reproducción al servicio de la especie.

Sobre esa asociación, expresa que los socialistas entienden a la familia como *una unión libre que no debe confundirse por ningún concepto con el amor libre* (Ingenieros s/f). Esa unión libre tiene su *racional fundamento en la emancipación social de la mujer y su igual nivelamiento desde el punto de vista de los derechos con el hombre* (Ingenieros s/f, pág. 39). A su vez, la piensa como fundamentada en el amor, un elemento que diferencia moralmente de las prácticas burguesas en las que ve uniones forzosas basadas en acuerdos financieros.[9]

[9] Respecto de la diferenciación entre *unión libre* y *amor libre*, Ingenieros parece recoger una controversia que también aconteció al interior del anarquismo, sobre todo a partir de la publicación por parte de *La Questione Sociale* del folleto *Un episodio de amor en la colonia socialista Cecilia*, texto que recopilaba una experiencia de sociedad anarquista llevada a cabo por Juan Rossi en Brasil. Para mayor información sobre el debate véase Fernández Cordero (2017, págs. 116-117).

A su vez, se trata de una unión, idealmente para toda la vida, con libertad de elección y con el cariño recíproco primero y luego con los hijos como *lazos naturales que asegurarían la indisolubilidad del matrimonio* (Ingenieros s/f, pág. 39). No obstante, contempla la posibilidad de que, de haber sentimientos divergentes, la unión se disuelva ya que la prole producto de una asociación sin amor mutuo podría incrementar el *número de degenerados morales que fluctúa desde la enajenación mental hasta el idiotismo* (Ingenieros s/f). Este último vínculo entre el ambiente de crianza y degeneración moral y mental, sumado a la idea de unión cuyo sentido es la reproducción y perfeccionamiento de la especie, podrían incluso enmarcarse entre las hipótesis centrales de la eugenesia cuya recepción en la Argentina entre 1883 y 1930 estuvo marcada por la utilidad que esas ideas ofrecían en cuanto al *cultivo de la raza*. Según Mariana Miranda, esa es la *probable razón por la cual integró el programa de los más variados sectores del espectro político* (Miranda 2020, pág. 35).

Resulta interesante porque, la unión descrita por Ingenieros aquí parece ser del tipo monogámica, visión diferente de la que tendrá pocos años después cuando en sus *Bases del Feminismo Científico* se pronuncie en favor de la noción de pluralidad afectiva.

Ahora, hay un último tema que trabaja, sobre todo en los dos últimos capítulos del folleto que es el de las elites y su rol en este escenario.

Al trabajar este tema, resulta interesante que, en el capítulo séptimo, al iniciar el texto, adopta una estética epistolar definiendo como destinatario al grupo de *estudiantes* (Ingenieros s/f, pág. 64). La utilización de este recurso en el texto tiene correlación con el objetivo de este capítulo que es el de establecer la existencia de un proletariado intelectual.

> «Nosotros que consagramos nuestros mejores instantes de actividad y potencia intelectual al estudio, perdemos también el derecho a la existencia de la organización burguesa, que nos priva de la libertad individual para condenarnos a ser víctimas de las leyes inflexibles del salario; por eso debemos ser los campeones más esforzados de la agitación socialista en pro de la emancipación económica de la humanidad» (Ingenieros s/f).

Aquí, Ingenieros no solo se incluye en el grupo de intelectuales compuesto por sus compañeros invocados al comienzo, sino que

establece que también se encuentran en condición de explotados de la burguesía a partir de su dependencia del salario. No obstante, se hace eco de la misión que poseen por ser intelectuales que es la de ser los principales promotores del socialismo a la vez que constituyen al sector más relevante del proletariado universal (Ingenieros s/f).

Para sostener estas premisas, habla, nuevamente del sistema educativo al que critica describiendo todos los filtros que debe atravesar una persona para avanzar y finalizar sus estudios en los diversos niveles. Pero también plantea que, al recibirse, para quienes efectivamente logren hacerlo, el mercado laboral tampoco será muy amistoso, ya que tanto los médicos, como los ingenieros e incluso, los artistas y literatos, todos ellos, se hallan dentro de la *clase de los asalariados* (Ingenieros s/f, pág. 70).

El último capítulo complementa al séptimo, ya que es un llamamiento final. En este, Ingenieros parte de la idea de que, a pesar de ser parte del proletariado universal, dentro de las condiciones ofrecidas por el mercado laboral los médicos tendrán un porvenir. Por ende, se pregunta qué rol deben cumplir desde el lugar que ocupan.

Su respuesta es *que la juventud estudiosa tiene el deber sagrado de dedicar parte de su actividad intelectual y material a la gran causa del proletariado universal* (Ingenieros s/f, pág. 71). Porque, en definitiva, ellos también son obreros, solamente que, mientras el trabajador de una fábrica utiliza herramientas manuales, aquellos que él llama *obreros de la ciencia*, sustituyen a estas con el *esfuerzo vibratorio de la masa encefálica que del cerebro arranca una idea o un pensamiento* (Ingenieros s/f).

En definitiva, se refiere al perfil propuesto por Falcón, ese intelectual comprometido y poseedor de una misión (Terán 1986, págs. 17-18). O las minorías activas de las que habla Terán, esas elites que, desde una posición privilegiada poseen una misión que es la de despertar al proletariado manual de su letargo haciéndolo consciente de su propia explotación (Falcón 1984, pág. 192).

31.4 Continuidad temática en los artículos de *La Montaña*

En 1897, Ingenieros, en conjunto con Leopoldo Lugones comenzó la edición de un periódico llamado *La Montaña*. La orientación extrema de la publicación era manifiesta desde el encabezado que

se proclamaba como *socialista revolucionario* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 11). A la vez, tanto el nombre que referenciaba a los grupos políticos asociados al jacobinismo durante la Convención Nacional de 1792, como el formato de la fecha, expresada tanto en los términos del calendario gregoriano, como en los del calendario republicano francés daban cuenta de la pretensión del texto de representar el discurso de los sectores más extremos del socialismo.

Aparte de estos rasgos formales que aparecían en la portada, el periódico se estructuraba a lo largo de varias secciones. La titulada *Estudios Sociológicos*, constaba de varios artículos que trabajaban cuestiones doctrinarias desde un punto de vista científico y, según Tarcus, *no es aventurado conjeturar que la sección estuvo a cargo de Ingenieros* (Tarcus 2013, pág. 413). La segunda, llamada *Arte, Filosofía y Variedades*, acercaba a *La Montaña* al modernismo literario y probablemente haya estado bajo la conducción de Lugones. La tercera sección, bajo el título *Actualidad*, trabajó principalmente a través de dos series de artículos que constituían ensayos morales. Por un lado, «Los políticos de este país», escrita por Lugones. Y por el otro, «Los reptiles burgueses», que se encuentra firmada por Ingenieros. La coyuntura argentina se hallaba presente en la cuarta sección, bajo el título *La Quincena* y la última sección llamada *Bibliografía*, comentaba libros y folletos de diversos autores.

Es importante mencionar que, al haber sido uno de los editores del periódico, es probable que Ingenieros haya tenido conocimiento y control sobre el material publicado en las diferentes secciones. No obstante, al centrar el estudio en el discurso de Ingenieros, el presente trabajo hará énfasis en aquellas intervenciones que estén firmadas por el autor.

Desde ese lugar, su primera intervención firmada aparece en el primer número, fechado el 1 de abril de 1897. Este artículo que apareció en la sección de estudios sociológicos y tituló, *El factor de la Revolución* presentaba una continuidad con su folleto de 1895, ya que identificaba en la explotación una problemática que tenía una forma característica en el desarrollo capitalista y que debía ser combatida.

En sí, realizaba un análisis acerca del devenir histórico y como este había evolucionado a través de tres grandes fases: *salvajismo, barbarie y civilización* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 18). A partir de ese análisis, Ingenieros buscaba caracterizar a la etapa puntual del estadio de civilización contemporánea, es decir el capitalismo

que tenía por cualidades principales el *desarrollo de la industria*, la *introducción del maquinismo* y *la concentración de capital* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 19). A partir de argumentos económicos, concluía en que

> «Esa organización económica, consecuencia del actual sistema de producción, hace que la esclavitud y la servidumbre revistan su forma última, pero más gravosa, el salariado» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 20).

Para abandonar ese sistema explotador, debía acontecer un proceso de expropiación de medios de producción que pasarían a ser comunes y por ende la sociedad dejaría de estar dividida en clases con la consecuente disolución de las diversas instituciones que sostenían al sistema y que eran de carácter estatal, religioso y moral. En ese sentido, la Revolución cobraba sentido porque sería a través de ese método que el proletariado, tanto manual como intelectual, expropiaría a los expropiadores.

De la misma forma que el diagnóstico tenía continuidad, también la tenía su opinión acerca de los métodos de acción que se debían utilizar como se puede observar en el artículo de *La Quincena* del tercer número del periódico. Allí, Ingenieros emitió su opinión acerca de un atentado fallido contra Humberto de Saboya, a la vez que expresaba su desaprobación por esa estrategia como forma válida. De hecho, utilizó este caso para, justamente explicar la manera en que este tipo de acciones lo único que hacían era promover la represión de los sectores obreros por parte de la burguesía.

También en *La Quincena*, pero de la sexta entrega, firmó un artículo que se llamó «Anarquistas y Socialistas» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 146). El texto acusaba el recibo de dos periódicos anarquistas, *L'Avvenire*, perteneciente a la rama organizadora y *La Autonomía*, promotor del individualismo y los atentados como método de acción. La recepción y comentario de estas publicaciones evidenciaba que, nuevamente en continuidad con *¿Qué es el socialismo?* el vínculo y debate con el anarquismo fue un tema recurrente también en las páginas de *La Montaña*.

En esta ocasión, el autor aprovechó para trabajar la cuestión de los métodos de acción que, en su opinión fueron causa de la *escisión, tan profunda como perjudicial e inevitable, entre anarquistas y socialistas* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 147). En ese sentido,

para él, la táctica defendida por *L'Avvenire* era cercana a la que promovía el socialismo por lo que era posible establecer lazos y diálogo con ese grupo. Por el contrario, reconocía en *La Autonomía*, al *verdadero defensor de la táctica anarquista tal y como siempre la hemos comprendido* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 148). Aunque, esa cualidad alejaba a aquel grupo del socialismo.

Pero, además de identificar una problemática y trabajar sobre los métodos de acción, el artículo «El factor de la revolución» tenía continuidad de ideas respecto del folleto de 1895 porque el análisis que proponía era realizado desde el saber científico. De hecho, el propio título de la sección enmarcaba al artículo como un estudio de la sociología, pero también el lenguaje evidenciaba la estética de una propuesta con elementos propios de la ciencia positiva.

Esta preeminencia de la ciencia se sostuvo a lo largo de los artículos e incluso, tendió a profundizarse. Tanto es así que, por ejemplo, en el tercer número al evocar luchas pasadas en su texto «Retrospección», Ingenieros concluía en que los compañeros que las habían llevado adelante combatieron *en nombre de la ciencia y de la justicia* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 75). En el mismo número, en la sección *La Quincena*, realizó una denuncia contra un sacerdote de la localidad de Magdalena[10] porque este hablaba en contra del socialismo, tenía la intención de fundar un círculo de obreros católicos[11] y, además, todos los días al terminar las clases recorría las escuelas de la zona ofreciendo lecciones de catecismo, algo que contradecía a *la Ciencia y la Razón* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 77).

[10] El sacerdote en cuestión era Benigno Prado López, un párroco con el que Ingenieros había sostenido una controversia el año anterior cuando había viajado a Magdalena en calidad de propagandista socialista. Horacio Tarcus, registra que, en aquella visita Ingenieros se había apersonado en la misa donde increpó al sacerdote (véase Tarcus 2011, pág. 21). Resulta interesante porque en el artículo de *La Montaña*, el propio Ingenieros mencionaba un episodio en el que algún socialista, presente en la misa, *tomo allí mismo la palabra y lo desenmascaró ante la feligresía asombrada*. Me atrevería a aventurar que Ingenieros no dio el nombre de aquel socialista porque se trataba de él mismo, durante su visita el año anterior.

[11] Desde 1892, a partir de la encíclica Rerum Novarum publicada un año antes, se constituyeron estas agrupaciones que se caracterizaron por oponerse a las huelgas y polemizar con el anarquismo y el socialismo (véase Falcón 1984, pág. 103).

La misma tendencia continua en el sexto número a partir de una crítica a Groussac y su lectura del socialismo que Ingenieros realizó en la sección de *Actualidad*. Allí, le cuestionaba al director de la Biblioteca Nacional que este, conocía al socialismo a través de Echeverría y el problema era que

> «Lo que si hay -no en el Dogma de Echeverría, sino en el cerebro de su crítico- es el más completo desconocimiento de las teorías científicas revolucionarias que constituyen el Socialismo» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 143).

Aquí, Ingenieros retomaba el contraste entre el socialismo científico y las corrientes utópicas que desarrolló en *¿Qué es el socialismo?* Justamente la crítica a Groussac se fundamentaba en que este se apoyó tanto en Echeverría como en otros autores que calificaba de idealistas utópicos, por ende, alejados de la ciencia y, en la opinión de Ingenieros, ajenos al socialismo.

En esa misma línea, se halla el artículo escrito por Ingenieros para la sección estudios sociológicos del séptimo número. Bajo el título «Socialismo y revolución» (Ingenieros y Lugones 1998) se sirve de algunos elementos evolucionistas y biológicos para establecer una analogía entre las estrategias de supervivencia de algunos animales y la forma en que algunos falsos socialistas habían tratado de promocionar al movimiento.

Una característica que vuelve a estar presente es que Ingenieros construyó legitimidad al adoptar el lenguaje de las ciencias naturales, ya que para ilustrar a estos falsos socialistas, invocaba el ejemplo de algunos insectos que se camuflan con las hojas a los que denominaba según sus nombres científicos *Acanthoderus* y *Kallina paradecta* (Ingenieros y Lugones 1998). Pero, al igual que en el mundo biológico, este falso socialismo constituía una estrategia

> «La clase opresora, no pudiendo dominar la hidra roja de tantos millones de cabezas como no podrían tronchar las siervas filosas de todos los Deibler, ha disfrazado con mantos rojos a muchos de sus fieles y los ha rotulado con el mote: Socialismo» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 162).

Pero ¿cómo distinguir entonces a los socialistas verdaderos de los falsos? La respuesta que hallaba estaba en que los segundos a diferencia de los primeros, eran revolucionarios. No obstante, no bastaba con ser simplemente revolucionario, porque esa revolución tenía una definición especifica que estaba dada por la ciencia de manera que

> «Socialista y Revolucionario son dos cualidades inseparables; proclamémoslo bien alto, desechando falsos pudores y mezquinas conveniencias. Y con eso evitaremos confusiones perjudiciales, poniendo en evidencia que solo son Socialistas los que aceptan la Revolución tal como la ha definido la sociología moderna» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 163).

La estrategia de adoptar la estética de diversas disciplinas a través del uso del lenguaje, también fue aplicada en el octavo número, en la serie de ensayos morales «Los reptiles burgueses». Allí, la crítica a la burguesía adoptó el lenguaje estadístico para explicar que había un 99 % de burgueses a los que llamó *bolsistas* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 192) que, para Ingenieros, eran derrochones, puercos, avaros, inicuos, cretinos, estúpidos, aunque destacaba que en todas esas cualidades había honestidad, ya que se trataba de personas que no pretendían ser aquello que no eran.

No obstante, el principal problema y mayor peligro, radicaba en el 1 por ciento restante que, a fuerza de carisma y dinero lograba rodearse de *hombres de verdadero talento* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 193) y financiaba sus obras con el objetivo de llegar a la que, según Ingenieros era la *suprema aspiración del burgués* que era ser llamado *intelectual* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 194).

Este recurso de adopción del lenguaje estadístico aparecerá también en su crítica a la obra del anarquista Jean Grave en la sección de *Actualidad* del noveno número. Allí, bajo el título «El individuo y la sociedad» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 214), Ingenieros señalaba que este era *un buen libro de propaganda, no una obra de sociología* (Ingenieros y Lugones 1998). De esa forma, aparecía nuevamente la sociología como medida de rigor científico, ya que la obra

> «(...) a cada paso se tropieza con la idolatría por los principios abstractos y por las palabras sugestivas: hay fanatismo por la Libertad, el Individuo, la Rebelión, etc. Muy bello, bellísimo, pero completamente abstracto y divorciado de toda correlación científica con los hechos reales» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 215).

Nuevamente, Ingenieros se refería a la utopía como antagonismo de la ciencia, a la vez que aparecía otra vez el debate con el anarquismo al que le adjudicaba justamente esa cualidad idealista. Sin embargo, coincidía con algunas apreciaciones de Grave,

sobre todo aquellas contrarias al individualismo y negadoras del principio de autoridad.

No obstante, admitió que no solo el anarquismo incurría en el error, ya que el *95 % de los socialistas* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 216) compartían algunas de las falsas ideas de Grave. En ese sentido, aparecen en la crítica de Ingenieros varias diferencias respecto de la interpretación económica de la historia y sus apreciaciones acerca de la revolución.

Al momento de sintetizar su opinión declaró que, las ideas generales eran acertadas, aunque Grave tiene una *tendencia hacia lo ideal, impulsando al autor a descuidar lo real, que son los hechos* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 218).

Un último ejemplo de la utilización que realizaba Ingenieros de la adopción de lenguaje disciplinar para darle peso científico a sus argumentos puede constituirlo su crítica a los parlamentarios de su serie moral «Los reptiles burgueses», publicada en el décimo número del periódico.

Allí, tomando el lenguaje matemático sugería que todos los legisladores, al ser burgueses, poseían una mala cualidad en común que denominaba *X*. Por otro lado, reconocía que podían tener buenas cualidades que denominaba *a, b, c*, etcétera, pero estas tenían un carácter individual. Por ende, utilizando estas premisas, elaboraba una ecuación según la cual si había 100 legisladores burgueses teníamos *100 X*, pero solo *1a*, *1b*, *1c*, *etcétera* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 240). El resultado indicaba que, si de burgueses se trataba, las peores cualidades siempre superarían aquellas virtudes que individualmente podían tener.

Ahora, respecto de la ciencia y su preeminencia, habría que realizar una aclaración, ya que, el propio Ingenieros entendía que existía una disputa entre diversas miradas científicas. Esta observación es evidente, por ejemplo, en la sección *La Quincena* del décimo primer número. En esa entrega, Ingenieros firmó un artículo que llevó por título «La ciencia oficial y la Facultad de Ciencias Herméticas» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 269). El texto consiste en un comentario de celebración acerca de la fundación de dicha casa en Buenos Aires.

Para el pensador, este establecimiento resultaba clave porque interpretaba que constituía una herramienta para combatir al *monopolio que de la ciencia pretenden hacer los sabios que podemos llamar oficiales* (Ingenieros y Lugones 1998). Desde su mirada exis-

tían, al menos, dos ciencias, la *oficial*, que prefería no discutir y una *revolucionaria* que estaba representada en el nuevo establecimiento (Ingenieros y Lugones 1998). Es decir, Ingenieros definía un par opuesto entre lo que llama *oficial* contra lo *revolucionario*.

Sobre este tema hay que decir que no realizó grandes aclaraciones respecto de las diferencias entre esos opuestos salvo, quizás la crítica que hizo respecto del carácter ortodoxo en la ciencia oficial que *es tan absurda y tan perniciosa a la investigación de la verdad como la ortodoxia religiosa o sociológica* (Ingenieros y Lugones 1998) Por tanto, no solo era la ciencia la que jerarquizaba, sino la *buena ciencia*, que se alejaba de las convenciones oficiales.

Ahora, si bien es cierto que adoptó la estética y el lenguaje de las disciplinas científicas, y que las consideraba superiores al punto de utilizarlas al momento de construir autoridad para sus argumentos. También es verdad que, como plantea Terán la coyuntura ideológica de fines del siglo XIX, hallaba reunidos

> «(...) al último romanticismo, el realismo, el naturalismo, el parnasianismo, el simbolismo, el positivismo, el espiritualismo, el vitalismo, etcétera» (Terán 2015, pág. 13).

Esta riqueza de corrientes que *penetra el clima intelectual argentino* (Terán 2015), impactó en la producción de pensadores como Ingenieros y promovió esta superposición de estéticas a partir de la cual, el autor se posicionó y adoptó diversos lenguajes para trabajar distintos temas.

Este fenómeno ya era visible en *¿Qué es el socialismo?*, en donde la estética variaba dependiendo del objetivo del fragmento. Si se trataba del análisis de la cuestión social o si buscaba interpelar directamente a sus compañeros de estudios. Pero en *La Montaña*, probablemente por tratarse de una publicación periódica con diversas secciones, esa superposición aparece con mayor evidencia.

Cuando Ingenieros retoma tópicos como la familia, la mujer y el amor, abordados también en su folleto de 1895, esta superposición vuelve a estar presente. Tanto es así que, en el primer número, en la sección de estudios sociológicos la referencia a la familia monogámica y la miseria sexual como elementos de la moral cuya existencia respondía a las necesidades del dominio de una clase sobre la otra aparecían como unidades de análisis abstracto (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 20).

Pero, a la vez, en el mismo número, también aparecía una nota en *La Quincena*, sección que recogía temas de actualidad en la que Ingenieros trabajaba nuevamente sobre el amor y su comprensión de los vínculos sexo afectivos. Esta vez, se apoyó en la condena a una mujer socialista llamada Alcira Boni que fue acusada de matar a su amante.

El punto nodal del fallo, surgía de la comparación de ese caso con otro que involucraba a una mujer de nombre Elena Parson. Para el juez, la diferencia entre ambas acusadas radicaba en que, mientras Parson en ningún momento había sostenido una relación con su agresor, Boni tenía un vínculo consentido previo y, por ende, era partícipe de una relación ilícita. De hecho, cita el fallo que establecía que

> «Solamente la mujer que no ha sacrificado su honestidad con ninguna concesión, ni ha violentado su pudor, tiene derecho de herir o matar al que intente violarla» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 31).

Una primera conclusión es que el fallo, de por sí, legitimaba la violación o intento de violación según ciertas circunstancias que, según el discurso del juez tenían que ver con una cuestión de *honradez* o *liviandad* (Ingenieros y Lugones 1998).

Para Ingenieros la cuestión pasaba por otro lugar. Mientras que la relación entre Alcira Boni y su amante había sido un *resultado natural del enorme afecto que le tenía* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 32), en el caso de Elena Parson, si no había tenido relaciones íntimas con su pretendiente era porque en definitiva, esta era burguesa y especulaba con un casamiento sin amor porque *el matrimonio burgués, que es comercio, implica la negación del amor* (Ingenieros y Lugones 1998). De esta forma, lo que se oponía no era honor frente a liviandad, sino la naturalidad de la libre unión basada en al amor, frente a la artificialidad de la unión por conveniencia.

Aparece, de esta forma en los textos de *La Montaña*, esta idea de que el vínculo basado en el amor sincero tenía una connotación moral superior que la unión por interés.[12] Es importante recordar que en *¿Qué es el socialismo?*, en su capítulo cuarto el autor

[12] Hugo Vezzetti llega a comparar la imagen que retrata Ingenieros sobre Alcira Boni con la figura literaria de Julieta quien sería una heroína amorosa (véase Vezzetti 2013, pág. 52).

concluía en que este tipo de vínculo podía, incluso, afectar a los descendientes biológicos a nivel moral y mental.

Ahora, la estética del tratamiento de la misma temática volvía a ser económica cuando Ingenieros realizó comentarios sobre un texto de Guesde y Lafargue que aparece en la sección de estudios sociológicos de la cuarta entrega. El texto en cuestión se titulaba *El trabajo de las mujeres y el salario* y resulta relevante, ya que se trata de un texto que, desde la economía, daba cuenta del efecto que el trabajo de las mujeres producía en el salario.[13]

Allí aparecían elementos que Ingenieros ya había observado en 1895 acerca de cómo la inclusión de la mujer en el mundo del trabajo percibiendo un salario inferior al del varón por tareas similares promovía la especulación por parte de los empleadores que, o preferían tomar mujeres para cubrir puestos de empleo, o presionaban para bajar el salario de los varones.

No obstante, el texto, agregaba algunas variables de análisis. Por un lado, porque a la explotación económica, agregaba la explotación sexual de la mujer en la fábrica. Pero, además, porque proponía que la mujer para ser libre y pertenecerse a sí misma, debía ser capaz de procurar sus propios medios de existencia. Por ende, Guesde y Lafargue, no veían como una opción la exclusión de las trabajadoras. En vez de ello, lo que debía ser reclamado era que el mismo trabajo reciba igual remuneración, independientemente de que sea realizado por una mujer o un varón.[14]

Para este caso resulta relevante que Ingenieros coincidió con el análisis realizado por Guesde y Lafargue, ampliando de esta forma

---

[13] Respecto de la participación de la mujer en el mundo del trabajo, el censo nacional de 1895 registró aproximadamente que el 44.45 % de la población de mujeres mayores de 14 años, tanto extranjeras como argentinas que habitaban el territorio tenían alguna actividad laboral. Véase *Segundo Censo de la República Argentina*, tomo II, Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1895, pág. CXLII.

[14] Mirta Lobato registra en sus trabajos diversas consideraciones acerca de las condiciones laborales para las mujeres y la diferenciación que existía respecto a la remuneración por una misma tarea. Incluso menciona que, algunas habilidades que eran consideradas destrezas femeninas a partir de un criterio natural, no eran pensadas como un nivel de especialización merecedor de una remuneración acorde, sino como cualidades inferiores. En última instancia, el trabajo femenino era visto como una actividad complementaria, ya que la función de proveer era eminentemente masculina y, por ende, esa calificación avalaba un jornal inferior (véase Lobato 2007, págs. 81-114).

algunos aspectos que él mismo había trabajado sobre el tema en 1895, aunque, posicionándose desde el análisis económico, discutió algunas de sus conclusiones.

Muy distinto de este último, fue, por ejemplo, la posición que Ingenieros adoptó en la misma edición del periódico para el texto que escribió en la sección de arte, filosofía y variedades. Este escrito cuyo título es «Bautismo de sangre», constituía una narración alusiva a la lucha sobre las barricadas durante la comuna de París en 1871. Al igual que otros textos de Ingenieros y, a diferencia de sus escritos y comentarios de la sección de *estudios sociológicos*, en esta ocasión la estética adoptada tenía un matiz literario.

En sí, la narración constituía un relato cargado de romanticismo que evocaba la lucha y el heroísmo de una semana de 1871. Pero lo más interesante es la diferencia que aparecía al momento de hablar de los varones y las mujeres, ya que para describirlos a ellos expresaba que

> «Caían uno tras otro; con la sonrisa en las pupilas y la fe en el corazón. Morían con el estoicismo de la gloria, como los apóstoles roídos por las fieras en las arenas del circo romano» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 94).

Los pocos que iban quedando eran *valientes y terribles como los caballeros del Sepulcro* (Ingenieros y Lugones 1998). De esta forma, la figura que representaba al varón era la de mártir o guerrero, en ambos casos rodeados de gloria y cargados de valentía.

Pero en las barricadas no solo había varones. También había una mujer, que era descrita como *madre de 20 años, hermosa y pálida* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 95). Que, al momento del enfrentamiento, al oír el llanto del niño hambriento,

> «abrió su casaca andrajosa, y mostrando a la muerte su seno túrgido, lleno de vida y de promesas, dio a la voz hambrienta su néctar preñado de ideales y aspiraciones» (Ingenieros y Lugones 1998).

Para Ingenieros, la mujer era parte de la lucha, no se quedaba en el hogar, pero aun así tampoco luchaba en las mismas condiciones que el varón. Llevaba a sus hijos a cuestas y debía interrumpir sus acciones y exponerse para alimentarlo. De hecho, pocas líneas más adelante el relato completaba que

> «Y mientras en un brazo de los suyos esculturales sostenía al heredero de su miseria y sus odios, descargaba con el otro su arma vindicadora sobre los búhos enemigos» (Ingenieros y Lugones 1998).

Este texto resulta revelador porque también, al proponerse desde otra estética, permite correrse de algunos argumentos teóricos para profundizar en la mirada que el propio Ingenieros tenía sobre la diferencia sexual.

Después de todo, en *¿Qué es el socialismo?*, la propuesta era *la emancipación social de la mujer y su igual nivelamiento desde el punto de vista de los derechos con el hombre* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 39). Al leer el texto de Guesde y Lafargue, coincidía en que no se debía atentar contra la inclusión de la mujer en el mundo del trabajo.

No obstante, aquí aparece también una cuestión vinculada a una división sexual del trabajo que es, a la vez coincidente, con aquella mirada de la familia también presente en su texto de 1895 que, invocando a la *ley natural*, proponía la unión de dos seres cuyo objetivo era la *propagación y el perfeccionamiento de la especie* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 38).

El tema de la mujer, la sexualidad y la función reproductiva aparecía en varios de los artículos de las diversas secciones, muchas veces vinculado, por ejemplo, a la decadencia y la inmoralidad de la burguesía. Tal es, por ejemplo, el caso de la serie de ensayos morales titulada *Reptiles burgueses*, que en su entrega del segundo número del periódico narró escenas de la peregrinación a Luján. En este caso, la estética responde, más a un desarrollo literario que se nutre de metáforas y comparaciones que a un texto de análisis y argumentación económico o sociológico.

Comenzaba su narración en la estación de tren desde donde los peregrinos iniciaban su viaje. El eje central del relato, intentaba evidenciar la hipocresía de los burgueses de manera que

> «(...) después que las niñas en celo han estrechado con ardores de juventud no satisfecha las manos de sus novios, que suben en coches distintos y allí, a través de los bolsillos horadados, sacian con mano convulsa los apetitos de la bestia humana despertados por las provocaciones de las novias peregrinantes» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 49).

De esta forma, se daba inicio a una farsa que continúa a lo largo de toda la jornada y de los ritos, incluso, al interior del santuario. Enumeraba allí a los reptiles, es decir, los banqueros, los especuladores, *comerciantes que importan mujeres de Polonia y Hungría*, senadores y diputados, jueces, llegaba incluso a mencionar a un

ministro de Juárez Celman al que acusaba de padecer de *vicios contra natura* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 50).

De esta descripción resultan interesantes aspectos como, la identificación de burgueses y reptiles de individuos que pertenecen al Estado, pero también a la especulación, lo cual continúa con la idea de que el parasitismo burgués está íntimamente vinculado a la decadencia.

Pero, por otro lado, las referencias a lo sexual para describir esa decadencia e hipocresía. En primer término, porque describe el deseo no materializado de los jóvenes que para contener al impulso que caracteriza como *natural* deben viajar separados, aunque, aun así, no lo logran. En ese sentido, la burguesía reprime a la fuerza de la naturaleza que es tan potente que, incluso la propia Virgen María, desde su altar lamenta *no ser ella una de las festejadas por los jóvenes* (Ingenieros y Lugones 1998). En ese caso, la inmoralidad, factor que demostraría la hipocresía de los burgueses se hallaría en ir en contra de las leyes de la naturaleza.

Pero la cuestión continuaba, porque define otras descalificaciones que también eran contrarias a la naturaleza. De manera que la república era llamada *prostituta*, los jóvenes pretendientes tenían infecciones y el ministro practicaba la homosexualidad.

En ese sentido, la moral que aparece en el razonamiento de Ingenieros, parece apoyarse, entre otras cosas, en la eugenesia. Después de todo, no parecía estar en contra del deseo de *las parejas de enamorados* (Ingenieros y Lugones 1998). No obstante, en cuanto el deseo ponía en debate la integridad física o, no tenía por búsqueda la reproducción y perfeccionamiento de la especie como podía ser el caso de la homosexualidad y la prostitución, entonces se trataba de una práctica inmoral y decadente.

El ensayo moral del quinto número continuaba esta línea de disputa moral. El propio título, *Cerberos de la moral*, se refería a los burgueses, pero de una forma particular, ya que jugaba con la idea del guardián, pero, en este caso, según la analogía mitológica, guardianes del Hades.

Esta postura era respaldada por su propia experiencia y las clases de catecismo que recibió de niño, ya que según proponía, esa enseñanza era una forma de instalar en la mente de las personas parámetros morales según los cuales la sociedad, luego juzgaba.

Pero esos supuestos guardianes morales quedaban en evidencia por sus propias acciones y prácticas, ya que Ingenieros los

denunciaba como *uranistas, homosexuales, invertidos, o como quiera llamárseles para no decirles pederastas* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 12). Nuevamente, en la mirada del autor, la posibilidad de expresar amor o erotismo hacia otra persona del mismo sexo era una violación de la ley natural y la igualaba a la pederastia.[15]

Además, se refirió a la violación que algunos jueces realizaban de *cuantas jóvenes proletarias se ponen a su alcance para condenarlas más tarde, sin escrúpulos, por aborto o por infanticidio* o, directamente la acusación de ciertos funcionarios de frecuentar e incluso financiar prostíbulos (Fernández Cordero 2017, pág. 122). La hipocresía tenía que ver con que todos ellos, a la vez de cometer los actos y prácticas descritos eran, ante la mirada pública *individuos de la buena sociedad* (Fernández Cordero 2017, pág. 121).

Sobre la narración de su experiencia recibiendo clases de catecismo, vale la pena mencionar que al recordar los textos leídos evocaba el décimo mandamiento bíblico y citaba puntualmente la frase *No desear la mujer del prójimo* a lo que aclaraba que *podría discutirse el derecho de propiedad del prójimo sobre la mujer* (Fernández Cordero 2017) En ese sentido, aparece una disputa por la idea de la propiedad que puede ser leída desde la libre unión que proponía en su mirada sobre la familia.

No obstante, al igual que en su narración de la Comuna de París que había presentado en el cuarto número, esa búsqueda por la emancipación e igualdad para la mujer tenía tensiones en el pensamiento de Ingenieros.

En ese sentido, en la décima entrega, en su artículo «Los reptiles burgueses», Ingenieros eligió para iniciar el texto una frase del criminólogo italiano Scipio Sighele según la cual «psicológicamente la cámara es una hembra, y con frecuencia una hembra histérica» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 239).

El artículo en sí era un ensayo moral que tenía por objetivo criticar a la legislatura y, por ende, acusó un elemento que, según interpretaba, disminuía a su objeto de crítica, es decir, ser *hembra*, pero no cualquier hembra, sino el peor tipo, la *histérica*. De esta forma, no solo invocaba lo femenino asociado de forma violenta

[15] De hecho, Laura Fernández Cordero utiliza esta misma cita para ejemplificar el amplio abanico de términos disponibles en la época, algunos vinculados a las *viejas categorías morales* y otros, a las *nuevas teorizaciones sobre lo sexual* (véase Fernández Cordero 2017, pág. 128).

con la histeria, sino que le daba un sentido crítico para disminuir a un adversario.

Continuando con las críticas a los legisladores los llamó *castrados de conciencia* lo cual se refería a una cuestión de fertilidad. Pero, además, mencionó aquellas ocasiones en que la legislatura sancionaba por unanimidad

> «(...) con fuerza de ley todos los proyectos equivalentes a una succión lujuriosa en el pezón de esa inagotable glándula mamaria que se llama presupuesto» (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 240).

En sí, la ilustración refería a una escena de lactancia que se podría considerar hasta positiva desde un punto de vista nutritivo. Sin embargo, incluía un elemento perverso, ya que la lactancia, que en otros artículos el propio autor vinculaba con la maternidad y la pureza, en este caso era narrada como una *succión lujuriosa*, lo cual, hasta podría sugerir una forma incestuosa.

Pero había otra aparición de lo sexual y era la mención de la *prostitución moral* para referirse a la compra venta del voto en la legislatura. Nuevamente, no se reducía a una simple transacción comercial, lo cual ya de por sí sería imputable penalmente, sino que, nuevamente, lo sexual era un agravante.

La eugenesia entra entonces como categoría de análisis en tanto y en cuanto las ilustraciones funcionan a modo de insulto en la medida en que tanto la castración, como la prostitución y perversión no se vinculaban a una función reproductora que contribuya al perfeccionamiento de la especie y, por tanto, según la moral de lo natural, representaban degradación.

Un último tema en el que también existió continuidad con su propuesta de *¿Qué es el socialismo?*, tuvo que ver con el elitismo y con el rol que adjudicaba a los intelectuales. De hecho, en el mismo artículo que criticaba a la legislatura en el número diez se preguntaba cómo alguien podía dudar de la mediocridad de esos hombres si no eran *hombres de talento*. Pocas palabras después, definía quienes eran para él los *hombres de talento*, es decir los *economistas, filósofos, hombres de ciencia, literatos o siquiera esa mezquina cosa que se llama hombres políticos* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 240).

Lo interesante de la lista, no era tanto qué ocupaciones incluía, sino la ausencia de personas con oficios, obreros, trabajadores. En

ese sentido, si bien en su folleto de 1895 caracterizaba tanto a intelectuales y obreros manuales como parte del proletariado, también es cierto que el proletariado intelectual tenía un rol privilegiado al momento de despertar las conciencias de quienes aún no habían percibido su propia explotación.

Este rasgo se hacía más profundo en el último texto que escribió para *La Montaña*. Este estaba en la sección de actualidad y se titulaba «La paradoja del pan caro». Allí Ingenieros expresaba su propia perplejidad porque el precio del pan había aumentado, pero el pueblo no presentaba reacción.

¿Qué es lo que él observaba y qué esperaba? Primeramente, expresaba que, la no protesta se podía comprender según la imagen de una bestia que, en vez de herir, lamía la mano del amo y, en su consideración eran *abyectos los que lamen, son viriles los que hieren* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 287). Es decir, que, según su forma de plantear una reacción, la correlación entre virilidad y violencia estaba presente.

Pero, además, continuaba su argumento expresando que *lo que urge es exigir; exigir con energía* y *no pedir, porque pide el débil*. Cada trabajador, en opinión de Ingenieros debía notar que *por cada una de las innumerables cabezas hay cuatro extremidades vigorosas con excelentes aptitudes para lesionar* (Ingenieros y Lugones 1998, pág. 287). De esta forma, reclamaba fortaleza, pero comprendía que esa fuerza no provenía de los pensamientos e ideas, sino de la capacidad de choque que podía tener el proletariado manual.

31.5 Consideraciones generales

Es posible afirmar que entre *¿Qué es el socialismo?* y los artículos de *La Montaña* existe una continuidad temática. Más allá de que se trata de publicaciones de carácter diferente en ambas se puede apreciar el tratamiento y análisis de tópicos como la cuestión social, el socialismo revolucionario, la preeminencia de las disciplinas científicas, los métodos de acción, comentarios sobre el mundo del trabajo y el salario, observaciones sobre la familia y el rol de la mujer.

Una de las pocas excepciones, parece ser la cuestión de la educación y, puntualmente la instrucción, tema sobre el cual no regresó en el periódico que condujo junto a Lugones, salvo por alguna mención tangencial.

A su vez, hay continuidad en la multiplicidad de estéticas adoptadas por Ingenieros al momento de posicionarse, aunque pareciera ser que, en *La Montaña*, probablemente por el tipo de publicación, esta diversidad apareció con mayor evidencia.

La continuidad registrada pareciera tener coherencia, sobre todo porque las fuentes trabajadas están contenidas en el periodo que Ricardo Falcón definió como el del *socialista revolucionario* y lo ubico entre los años 1894 y 1897. No obstante, respecto de las periodizaciones es importante tener el recaudo de pensar que tanto Falcón como Terán coinciden en que los límites superiores que separan esta etapa de la posterior no son demasiado claros por lo que es probable que en la lectura de trabajos de Ingenieros posteriores a los estudiados sigan apareciendo elementos de continuidad.

En materia de aportes, resulta relevante el registro de temas que Ingenieros trabaja en estas fuentes y que se hallan por fuera de otros análisis previamente realizados. Sobre todo, sus reflexiones sobre el sexo y la familia que, si bien suelen ser comentados a partir de sus escritos de la primera década del siglo XX, en general no se encuentran en trabajos que indaguen en su producción temprana.

Por otro lado, es importante destacar la inclusión y análisis de las opiniones dadas por el autor en *¿Qué es el socialismo?* respecto de la instrucción y el vínculo que se establece entre el moralismo del autor y las hipótesis de la eugenesia.

Por último, destacar que el presente trabajo, realiza, en términos generales una lectura de las fuentes teniendo en cuenta para el análisis de los sentidos allí expresados la perspectiva de género. Esto resulta fundamental en relación con trabajos anteriores realizados sobre *La Voz de la Mujer*, ya que ofrece una perspectiva de la forma en que los sectores de las izquierdas revolucionarias liderados por varones construyeron a la mujer y se construyeron a sí mismos.

En ese sentido, se comprende que hay mucho camino por delante y que será necesario que futuras investigaciones profundicen en este tipo de lecturas.

Referencias bibliográficas

BAGÚ, SERGIO

1963 *Vida de José Ingenieros*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en páginas 693, 694.

BERTONI, LILIA ANA

2007 *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 699.

FALCÓN, RICARDO

1984 *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas 695, 702, 705.

1985 «Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros», en *Anuario de la Escuela de Historia*, n.º 11, referencia citada en páginas 691, 692.

FERNÁNDEZ CORDERO, LAURA

2017 *Amor y anarquismo: experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas 700, 715.

HERRERO, ALEJANDRO

2021 *De las Provincias Unidas a la Nación Argentina*, Buenos Aires: Ediciones FEPAI, referencia citada en página 699.

INGENIEROS, JOSÉ

s/f «¿Qué es el socialismo?», en *Enciclopedia Popular Ercilia*, recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/ingenieros/ingenieros-que-es-el-socialismo.pdf>, referencia citada en páginas 694-702.

INGENIEROS, JOSÉ Y LEOPOLDO LUGONES

1998 (eds.), *La Montaña: periódico socialista revolucionario (1897)*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, referencia citada en páginas 703-710, 712-717.

LOBATO, MIRTA

2007 *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 711.

MIRANDA, MARIANA ADRIANA

2020 *¡Madre y patria! Eugenesia, procreación y poder en una Argentina heteronormada*, Buenos Aires: Teseo, referencia citada en página 701.

SURIANO, JUAN

2003 «La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo», en *Revista Entrepasados*, vol. XII, n.º 24-25, referencia citada en páginas 689, 690.

TARCUS, HORACIO

2011 «Bio-bibliografía de José Ingenieros», en *Fondo de archivo José Ingenieros: guía y catálogo*, Buenos Aires: UNSAM Edita, referencia citada en página 705.

TARCUS, HORACIO

2013 *Marx en Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en páginas 694-696, 703.

TERÁN, OSCAR

1986 *José Ingenieros, pensar la Nación*, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en páginas 692, 693, 695, 702.

2015 *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, referencia citada en página 709.

VEZZETTI, HUGO

2013 «Los ensayos sobre el amor en los primeros escritos de José Ingenieros», en *Políticas de la memoria*, n.º 13, Buenos Aires: CEDINCI, referencia citada en página 710.

ZARAGOZA, GONZALO

1996 *Anarquismo Argentino (1876-1902)*, Madrid: Ediciones de la Torre, referencia citada en página 690.

ZOPPI, ALEJANDRO

2021 *La mujer anarquista y sus interlocutores en la prensa de Buenos Aires (1890-1901)*, Buenos Aires, referencia citada en página 698.

Colofón

La composición tipográfica de este libro se realizó utilizando gbTeXpublisher.

Las familias tipográficas utilizadas dentro del libro son: IBM Plex, una superfamilia de tipografía abierta, diseñada y desarrollada conceptualmente por Mike Abbink en IBM con colaboración de Bold Monday y Libertinus, bifurcación de la fuente Linux Libertine, diseñada para el texto del cuerpo y la lectura extendida.

Esta obra colectiva contiene una serie de estudios en torno a la obra de José Ingenieros, quien integra nada menos que el elenco histórico de los patriarcas o fundadores del filosofar latinoamericano, siendo apreciado como un gran maestro de las nuevas generaciones.

Se trata de una figura que sobrepasa y revierte a su manera el principio pretendidamente axiomático "de joven incendiario, de adulto bombero". Podemos así identificar –en sus comienzos públicos– a un Ingenieros iconoclasta que encabeza la vanguardia socialista y le dedica su título universitario al portero de la Facultad.

Tras esa etapa inicial, produce un consabido salto cualitativo: cultiva la nordomanía, se pliega al darwinismo social y flirtea con el roquismo. Sin embargo, a diferencia de los cánones ideológicos habituales, nuestro personaje culmina su carrera intelectual con un giro vertiginoso hacia la izquierda y se proclama a favor de la Revolución Rusa, levantando las banderas antiimperialistas y la mancomunión continental, todo lo cual le depararía una legión de seguidores.

Mas allá de ese poco habitual viraje, según lo asevera el prologuista de nuestro libro, deberíamos despojarnos de las interpretaciones simplistas sobre el legado que nos dejó José Ingenieros, dentro de una multiplicidad temática como la que resulta ostensible en el presente volumen.

En ella nos vamos a enfrentar con un sinnúmero de cuestiones, entre las que sobresalen: la gravitación de Ingenieros desde el Plata al Caribe hasta su misma incidencia en Francia; sus consideraciones sobre la ética y el amor; sus reflexiones acerca del juvenilismo y la universidad, el obrerismo y la justicia social, la epistemología y el lenguaje musical, junto a la diversificación de autores en juego, así como su vínculo con una logia bohemia cuyo análisis se da a conocer en esta ocasión tan especial.

IIGG
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UBA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANUS
UNLa

ISBN 978-950-793-438-4